La espada de Joram

Margaret Weis
Tracy Hickman

Volumen 1
La Forja



Lectulandia

En el reino de Merilon, Magia significa Vida. Nacido sin poderes mágicos y privado de su herencia, a Joram se le da por muerto; sin embargo, el joven llega a la edad adulta en un remoto pueblo campesino ocultando su carencia de poderes gracias a que se mantiene constantemente alerta y a sus grandes dotes de prestidigitación. Obligado a matar a un hombre en defensa propia, Joram ya no puede ocultar por más tiempo su secreto a los habitantes del pueblo. Huyendo al País del Destierro, se une a los proscritos Tecnólogos, practicantes desde hace mucho tiempo de las prohibidas artes científicas. Es allí donde se encuentra con Saryon, un estudioso catalista. Juntos, Joram y Saryon empiezan su búsqueda de un más noble destino, un destino que se inicia con el descubrimiento de los libros secretos que les permitirán derribar al malvado usurpador, Blachloch… y forjar una poderosa arma que absorbe la Magia: la Espada de Joram.

Lectulandia

Margaret Weis & Tracy Hickman

La Forja

La espada de Joram I

ePUB v1.0
Volao 17.04.12

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

La negra y grasienta columna de humo empezó a perderse en el aire helado, mientras las cenizas de la víctima caían sobre aquellos que, muy satisfechos de sí mismos, creían firmemente que acababan de salvar un alma. Aquí y allá, aparecían lenguas de fuego por entre las humeantes ruinas, ávidas de más cosas que quemar. Pero no encontrando más que restos carbonizados, el fuego chisporroteó y acabó extinguiéndose mientras el humo se elevaba hacia el cielo, amortajando la desdichada aldea y ocultando el sol tras un espeso velo.

La muchedumbre se dispersó, muchos de ellos santiguándose, combinando ese gesto con otros destinados a alejar el mal de ojo u otras maldiciones que pudieran estar aún presentes en la contaminada atmósfera. Las palabras «asquerosa bruja», que muchos murmuraban entre dientes, servían de sombrío acompañamiento a las mojigatas súplicas que el sacerdote elevaba a alguien —podría haber sido a Dios, aunque el clérigo no parecía estar demasiado seguro de ello— para que perdonase los pecados de aquel ser torturado y le facilitase el descanso eterno.

Dos figuras permanecían semiocultas en un callejón infestado de ratas. Ambos hombres iban vestidos exactamente igual, con túnicas negras y capuchones que les caían sobre los ojos. Uno de ellos se apoyaba sobre un bastón de madera tallada, muy pulimentado, y adornado con nueve extraños símbolos. Evidentemente era el más anciano de los dos, puesto que su cuerpo aparecía encorvado y la mano que se apoyaba en el bastón estaba arrugada, aunque lo sujetaba con firmeza.

Su compañero era mucho más joven, ya que se mantenía muy erguido, aunque tenía los hombros caídos y parecía embargarle un gran dolor. Se tapaba la nariz y la boca con un trapo, en apariencia para resistir el hedor dulzón de la carne quemada, pero, en realidad, para que el anciano no se diera cuenta de que estaba llorando.

Su presencia no había sido detectada por la muchedumbre, porque ambos habían escogido pasar inadvertidos, permaneciendo allí de pie, observando, en silencio. Luego, mientras las últimas cenizas de alguien a quien habían amado se dispersaban por las callejuelas de resquebrajadas losas, el anciano dejó escapar un lento suspiro.

—¿Es eso todo lo que sabes hacer? —exclamó el otro con voz entrecortada, ahogada casi por el dolor—. ¿Suspirar? Debieras haberme dejado... —Hizo unos rápidos y complicados dibujos en el aire con una mano—. Debieras haberme dejado...

El anciano lo contuvo posando una mano sobre su brazo.

—No. Eso únicamente hubiera empeorado las cosas para nosotros. Ella era poderosa. Se hubiera podido salvar a sí misma, pero guardó nuestro secreto, a pesar de que destrozaron y quemaron su cuerpo. ¿Le arrebatarías ese triunfo?

—¿Por qué han hecho esto? ¿Por qué nos están haciendo esto? —sollozó el joven con desesperación, esforzándose por borrar los rastros de su dolor con sus largas y

delgadas manos—. ¡No hemos hecho ningún mal! Sólo hemos intentado ayudar...

En el rostro del anciano apareció un rictus severo y su voz crepitó igual que las llamas cuando le replicó:

—Temen aquello que no comprenden, y destruyen todo aquello que temen. Siempre ha sido así con los de su especie. —Suspirando de nuevo, sacudió la encapuchada cabeza—. Pero preveo que cada vez será peor. Se acerca una nueva era, una era en la que no habrá lugar para nosotros. Uno a uno, nos buscarán, nos arrancarán de nuestros hogares y nos arrojarán a sus codiciosas hogueras. Perseguirán y destruirán nuestras creaciones, exterminarán a nuestros duendes...

—Y mientras tanto nos quedamos aquí, lamentándonos, y dejamos que nos maten sin decir nada —lo interrumpió amargamente el joven.

—¡No!

El anciano clavó con vehemencia la mano que tenía apoyada en el brazo del joven.

—¡No! —repitió en un tono de voz que hizo que un sentimiento de esperanza mezclado con un escalofrío de temor recorriera el cuerpo del joven, que se volvió para mirarlo fijamente—. ¡No, no vamos a hacer eso! He estado pensando mucho en esto, sopesando los peligros, las alternativas. Ahora estoy convencido. Ahora me doy cuenta de que no podemos escoger. Hemos de irnos.

—¿Irnos? —repitió el más joven débilmente, aturdido—. Pero ¿adónde iremos? No existe un lugar seguro; nuestros hermanos nos han dicho que esta persecución existe dondequiera que salga el sol...

Como si sus palabras lo hubieran conjurado, el sol apareció entre las grises nubes; pero los carbonizados restos del cadáver despedían más calor que la consumida esfera, que brillaba pálida y hostil en el cielo invernal.

Mirándola con fijeza, el anciano sonrió torvamente.

—¿Dondequiera que salga el sol? Sí, es verdad.

—Entonces...

—Existen otros soles, hijo mío —dijo, pensativo, fijando la mirada en el cielo y acariciando los símbolos grabados en su bastón—. Otros soles...

LIBRO I

La Profecía

Cuando un Patriarca del Reino de Thimhallan recibe en solemne ceremonia la mitra que le designa como cabeza espiritual y corazón del mundo, su primer acto oficial se realiza en secreto, privadamente, oculto incluso a los ojos de aquellos a quienes llama Soberanos.

Siguiendo las órdenes de los *Duuk-tsarith*, el Patriarca se retira a sus aposentos y activa los encantamientos que lo aislarán del mundo exterior. Una vez hecho esto, deja entrar a una sola persona —un Señor de la Guerra, Jefe de la temible Orden de los *Duuk-tsarith*—, la cual trae a su Divinidad un pequeño cofre, de oro purísimo, hecho por los alquimistas. Este cofre está rodeado de tales sortilegios de defensa y protección, que únicamente el Señor de la Guerra puede abrirlo y sacar aquello que guarda: una hoja de viejo pergamino manuscrito. Cuidadosa y reverentemente, el Señor de la Guerra coloca este pedazo de papel frente al perplejo Patriarca.

Este, entonces, levanta la hoja de pergamino y examina el documento con cuidado. Es antiguo, escrito siglos atrás. El papel está manchado, como si alguien hubiera llorado sobre él, y la escritura, aunque evidentemente es obra de un escriba experto, resulta prácticamente ilegible.

A medida que el Patriarca va consiguiendo descifrar esta misiva, su expresión cambia, y deja de ser de perplejidad para convertirse en una mueca de sobresalto y pavor. Invariablemente, levanta la vista para mirar al Jefe de la Orden de los *Duuk-tsarith*, como preguntándole si conoce el contenido de la carta y si es cierto lo que dice. El Jefe de la Orden simplemente asiente con la cabeza, ya que son gente que raramente hablan, y cuando se ha convencido de que el Patriarca ha comprendido el contenido del documento, el Señor de la Guerra hace un movimiento y el pergamino abandona las manos del Patriarca para volver al cofre. El *Duuk-tsarith* se retira entonces, dejando tras de sí a un hombre trastornado e inquieto, con las frases leídas en el pergamino bulléndole en la cabeza.

Perdonadme, aquellos de vosotros que en una época futura estéis leyendo esto. Mi mano tiembla. ¡Que Almin me ayude! ¡Me pregunto si alguna vez dejaré de temblar! No, sé que no podré dejar de hacerlo, mientras siga vivo en mi imaginación el trágico acontecimiento que es mi deber relatar, ni mientras sigan resonando en mis oídos aquellas palabras.

Sabed, pues, que en los oscuros días que siguieron a las Guerras de Hierro, cuando el país era un caos y muchos predecían el fin de nuestro mundo, el Patriarca del Reino decidió invocar al futuro, para que pudiéramos tranquilizar al pueblo. Se preparó durante un año para soportar el esfuerzo que significaba realizar aquel conjuro. Nuestro amado Patriarca rezó a Almin diariamente. Escuchó la música apropiada, que le fue recomendada por los Theldara, música que armonizaría lo espiritual con lo físico. Tomó los alimentos adecuados, absteniéndose de toda bebida fuerte. Sus ojos no vieron más que aquellos colores que relajaban la mente y aspiró el incienso y los perfumes prescritos. Durante el mes anterior a la Profecía, ayunó, no bebiendo más que agua, eliminando de su cuerpo toda influencia desagradable. Durante todo ese tiempo, permaneció día y noche en una pequeña celda, sin hablar con nadie y sin que nadie le hablara.

El día de la Profecía llegó. ¡Oh! ¡Cómo se agita mi mano! No puedo cont__(En este punto, hay un borrón sobre el papel y la escritura se pierde en el margen del pergamino.)

Ya pasó, os pido perdón. Vuelvo a ser yo mismo de nuevo. Nuestro querido Patriarca descendió al Pozo Sagrado que hay en el corazón de El Manantial y se arrodilló sobre el borde marmóreo del Pozo, que es, o así se nos enseña, la fuente de la que emana la magia de nuestro mundo. Los más importantes catalistas del país se habían reunido en ese lugar sagrado para ayudar al teúrgo a realizar aquel conjuro. Permanecían de pie, alrededor del Pozo, con las manos cogidas para que la Vida circulase a través de ellos.

De pie junto a nuestro Patriarca estaba el anciano teúrgo, uno de los últimos que quedan en este mundo, nos tememos, puesto que los de su raza se inmolaron a sí mismos en sus intentos de poner fin a aquella atroz guerra. Absorbiendo Vida de los catalistas que lo rodeaban, el Conjurador de Espíritus utilizó su potente magia, invocando a Almin para que diera a conocer el futuro al Patriarca. Éste añadió sus plegarias a aquel conjuro, y aunque su cuerpo estaba debilitado por el ayuno, había fuerza y fervor en su voz.

Y Almin apareció.

Nosotros, todos nosotros, sentimos su presencia, y nos arrodillamos embargados por el temor y el respeto, incapaces de contemplar Su terrible belleza. Nuestro Patriarca, mirando fijamente al interior del Pozo, con expresión absorta y fascinada, bajo los efectos de un poderoso hechizo, empezó a hablar con una voz que no era la

suya. Sus palabras no fueron las esperadas. Son éstas. Espero poder ser capaz de transcribirlas.

«Nacerá de la Casa Real alguien que está muerto y que no obstante vivirá, que morirá de nuevo y volverá a vivir. Y cuando regrese, en su mano llevará la destrucción del mundo...»

Seguramente hubiera continuado, pero en ese momento nuestro amado Patriarca lanzó de repente un grito terrible —un grito que resonará en mi corazón de la misma forma en que su voz sigue sonando en mis oídos— y, llevándose las manos al pecho, cayó hacia adelante quedando tendido en el borde del Pozo, muerto. El teúrgo se desplomó a su lado como fulminado por un rayo, con los miembros paralizados, mientras movía los labios sin poder emitir ningún sonido inteligible.

Y nos dimos cuenta de que estábamos solos. Almin nos había abandonado.

¿Cuándo tendrá lugar esta Profecía? ¿Qué significa? No lo sabemos, a pesar de que nuestras mentes más preclaras la estudian palabra por palabra, letra por letra incluso. El nuevo Patriarca está considerando la posibilidad de conjurar otra Visión, pero hay pocas probabilidades de que pueda llevarse a cabo, puesto que el teúrgo se está muriendo y casi con toda seguridad era el último de los de su clase que quedaba vivo en este mundo.

Por lo tanto, se ha decretado que yo escriba esto para aquel que tal vez pueda ver un futuro en el que muchos de nosotros no creemos. Este pergamino será entregado a los Duuk-tsarith para que lo custodien. Su existencia únicamente la conocerán ellos, que todo lo saben, y el Patriarca del Reino, al cual se le dará a conocer el día de su coronación.

Manténgase pues en secreto, para evitar que el pueblo se alce presa del pánico para destruir las Casas Reales y descienda sobre nuestro país un reinado de terror como el que nos obligó a abandonar nuestro antiguo hogar.

Que Almin esté contigo... y con todos nosotros.

El nombre escrito al final es ilegible y tampoco tiene importancia.

Desde ese momento, todos los Patriarcas del Reino —y ha habido muchos— han leído la Profecía. Todos se han preguntado, atemorizados, si se cumpliría durante su mandato. Todos han rezado para que no fuera así...

... y en secreto han planeado qué es lo que harían si se cumpliera.

1. El catalista de Merilon

El niño estaba Muerto.

En cuanto a eso, todo el mundo estaba de acuerdo.

Todos los brujos, los magos y los supermagos que flotaban en un reluciente círculo sobre el suelo de mármol, cuya tonalidad había sido cambiada precipitadamente la noche anterior, para pasarla del blanco radiante al tono de azul apropiado para el luto, estaban de acuerdo. Todos los Señores de la Guerra, que vestidos con sus negros ropajes mantenían su actitud de fría reserva y estricta atención al deber, mientras flotaban hacia los lugares que se les había asignado, parecían, por la postura aún más rígida que habían adoptado, estar totalmente de acuerdo. Todos los taumaturgos —los catalistas—, que permanecían humildemente de pie sobre el suelo azul, también estaban, tal como lo indicaban los sombríos colores de sus túnicas, de acuerdo.

Una lluvia suave, cuyas lágrimas se deslizaban por las bóvedas acristaladas que coronaban las paredes de cristal de la magnífica Catedral de Merilon, se derramaba mostrando su conformidad. El mismo aire que circulaba por el interior de la Catedral, matizado por las débiles emanaciones de la luna que los brujos habían hecho aparecer para que iluminase aquella solemne ocasión, coincidía en ello. Incluso los árboles blancos y dorados del parque de la Catedral, cuyas airosas ramas relucían bajo la pálida y nebulosa luz, estaban de acuerdo; o le parecía a Saryon que lo estaban. Le parecía como si pudiese oír las hojas susurrar con un murmullo quedo y lúgubre: El Príncipe está Muerto..., el Príncipe está Muerto...

El Emperador estaba de acuerdo. (Para obtener aquella conformidad, pensó Saryon, mordaz, el Patriarca Vanya se habría pasado sin duda la mayor parte de la noche anterior de rodillas, exhortando a Almin para que le concediera la facilidad de palabra de la serpiente.) Suspendido en el aire de la Catedral, el Emperador flotaba junto a la vistosa cuna de madera de palisandro situada en el centro de una plataforma

de mármol, con la mirada fija en el bebé y los brazos cruzados sobre el pecho para indicar rechazo. Su rostro se mostraba severo e inmutable. El único signo exterior de su dolor era el cambio gradual en el color de sus vestiduras, que iba pasando de *Sol Áureo* a un tono *Azul Llanto*: el mismo color que el suelo de mármol. El Emperador conservaba la serena majestad que de él se esperaba, incluso en aquella hora, en que su última oportunidad de conseguir un heredero para el trono se había esfumado con aquella minúscula criatura; ya que el Patriarca Vanya había conjurado la Visión y había pronosticado que la Emperatriz, cuya salud era frágil y precaria, no tendría más descendencia.

El Patriarca permanecía de pie sobre la plataforma de mármol cerca de la cuna de palisandro. No flotaba sobre ella, como lo hacía el Emperador. De pie también él, Saryon no pudo evitar preguntarse si Vanya sentiría la misma envidia que roía al catalista; envidia de los magos, quienes, incluso en aquella solemne ocasión, parecían quererse pavonear de su poder ante los débiles taumaturgos, cerniéndose sobre ellos desde el aire.

Son únicamente los magos de Thimhallan quienes poseen el Don de la Vida, en tal abundancia que son capaces de viajar por el mundo en las alas del viento. La Fuerza Vital del catalista, por el contrario, es tan reducida que se ve obligado a conservar cada chispa de ella. Puesto que está destinado a andar sobre la tierra toda su vida, el símbolo de la Orden de los catalistas es el zapato.

El zapato: un símbolo de nuestra piadosa abnegación, un símbolo de nuestra humildad, reflexionó Saryon amargamente, apartando su mirada, con un esfuerzo, de los magos y obligando a su mente a concentrarse de nuevo en la ceremonia. Vio, entonces, cómo el Patriarca Vanya inclinaba la mitrada cabeza para orar a Almin y vio, también, al Emperador observando atentamente al Patriarca, esperando sus indicaciones, aguardando instrucciones. A una sutil señal de Vanya, el Emperador inclinó también la cabeza, al igual que toda la corte.

Por el rabillo del ojo, Saryon echó una nueva ojeada a los magos que flotaban alrededor y por encima de él, mientras murmuraba la oración distraídamente. Pero esta vez su actitud era pensativa. Sí, un símbolo humilde el zapato...

El Patriarca Vanya levantó la cabeza con rapidez y otro tanto hizo el Emperador. Saryon observó que la sensación de alivio que experimentaba Vanya en aquellos momentos se marcaba acusadamente en su rostro. Que el Emperador hubiera estado de acuerdo con él en que el Príncipe estaba Muerto lo hacía todo más fácil. La mirada de Saryon se desvió hacia la Emperatriz. Allí habría problemas; el Patriarca lo sabía, todos los catalistas lo sabían, toda la corte lo sabía. En una reunión de catalistas, convocada apresuradamente la noche anterior, se les había advertido a todos sobre cómo debían reaccionar. Saryon se percató de que todo el cuerpo de Vanya se ponía en tensión. En apariencia, estaba repasando todas las formalidades con el Emperador,

según el ritual prescrito por la ley.

—... Este cuerpo sin Vida será llevado a El Manantial, donde tendrá lugar la Vigilia...

Pero, en realidad, Vanya observaba atentamente a la Emperatriz, y Saryon vio cómo el Patriarca fruncía el entrecejo de manera casi imperceptible. El color de la túnica de la Emperatriz, que hubiera debido ser el más vivido, el más hermoso tono *Azul Llanto* de todos los allí presentes, aparecía ligeramente apagado: una especie de *Gris Ceniza* pálido. Pero Vanya se abstuvo de recordarle discretamente, como hubiera hecho en cualquier otra ocasión, que lo cambiara. Daba gracias —todos los allí presentes daban gracias— de que la mujer pareciera haber recuperado el control de sí misma. Siendo una maga poderosa, una de los *Albanara*, su primera reacción, provocada por el dolor y el sentimiento de haber sido ultrajada que había producido en ella la noticia de que su hijo estaba Muerto, había sido tal que todos los catalistas le retiraron sus conductos por temor a que utilizara la Fuerza Vital que ellos le facilitaban para sembrar la destrucción en el Palacio.

Pero el Emperador había hablado con su amada esposa, y ahora incluso también ella parecía estar de acuerdo. Su hijo estaba Muerto.

De hecho, el único de entre los presentes que *no* estaba de acuerdo en que el niño estaba Muerto parecía ser el mismo niño, quien no paraba de berrear frenéticamente; pero sus lloros se perdían en el inmenso y abovedado cielo de cristal que había sobre él.

El Patriarca Vanya, su mirada ahora fija en la Emperatriz, pasó al capítulo siguiente de la ceremonia con bastante más precipitación de lo que era estrictamente correcto. Saryon sabía por qué. El Patriarca temía que la Emperatriz cogiera al niño, cuyo cuerpo había sido lavado y purificado. Ahora, únicamente al Patriarca Vanya le era permitido tocarlo.

Pero a la Emperatriz, exhausta por el difícil parto y por su reciente arrebato, no le quedaba, aparentemente, energía para desafiar las órdenes de Vanya. Carecía incluso de fuerzas para flotar sobre la cuna, por lo que permanecía sentada junto a ella, vertiendo lágrimas de cristal que se hacían añicos sobre el mármol azul. Aquellas brillantes lágrimas mostraban su conformidad.

Un músculo se contrajo en el rostro de Vanya, cuando aquellas lágrimas empezaron a caer sobre el suelo con melodioso sonido. A Saryon incluso le pareció ver que Vanya esbozaba una sonrisa de alivio, pero el Patriarca se sobrepuso a tiempo y recompuso cuidadosamente su semblante para que mostrara una expresión de dolor más apropiada.

Cuando el Patriarca acabó sin contratiempos el ritual, el Emperador asintió, una vez, con gran solemnidad, repitiendo las antiguas frases prescritas, cuyo significado nadie recordaba, con tan sólo una ligerísima sombra de temblor en la voz.

—El Príncipe está Muerto. *Dies irae, dies illa. Solvet saeclum in favilla. Toeste David cum Sibylla.*

Vanya, que se relajaba cada vez más a medida que la ceremonia se acercaba a su final, se volvió entonces hacia la corte para asegurarse de que cada cual estaba en el lugar que le correspondía y de que cada uno había cambiado el color de sus ropas por el tono azul que designaba su posición social.

Su mirada pasó del Cardinal a los dos Sacerdotes presentes y de ellos a los tres Diáconos, sobre los que se detuvo su mirada. El Patriarca frunció el entrecejo.

Saryon se estremeció. ¡Los severos ojos del Patriarca estaban clavados en él! ¿Qué era lo que había hecho? No tenía ni idea de qué era lo que estaba mal. Miró a su alrededor con desesperación, esperando obtener alguna indicación de los que estaban cerca de él.

—¡Demasiado de ese maldito verde! —murmuró entre dientes el Diácono Dulchase.

Saryon bajó la mirada apresuradamente hacia su túnica. ¡Dulchase tenía razón! ¡Las ropas de Saryon eran de color *Agua Turbulenta*, mientras que las de los demás eran de color *Cielo Lacrimoso*!

Sintiendo que su rostro se ruborizaba de tal manera que era un milagro que no vertiera gotas de sangre sobre el suelo, de la misma manera que la Emperatriz vertía lágrimas, el joven Diácono procuró cambiar el color de su túnica para que hiciera juego con las de sus hermanos, que permanecían de pie en el Círculo de Ilustres de la Corte. Puesto que para cambiar el color de la vestimenta se precisa únicamente un mínimo de Fuerza Vital, es un acto mágico que incluso los catalistas más débiles pueden realizar. Saryon dio gracias por ello; hubiera sido muy embarazoso si se hubiera visto obligado a pedirle a uno de los magos que le ayudara. De todas maneras, estaba tan nervioso que apenas si pudo llevar a cabo aquel sencillo conjuro; su túnica pasó de *Agua Turbulenta* a *Estanque Dormido*, permaneció así durante unos angustiosos momentos y luego, finalmente —en un supremo esfuerzo—, el joven Diácono consiguió el color *Cielo Lacrimoso*.

La vista de Vanya permaneció fija en él hasta que hubo acertado el color. Para entonces, los ojos de todos los presentes estaban clavados en el pobre hombre, incluso los del Emperador. «Probablemente fue una suerte que yo no hubiera nacido mago —pensó Saryon, agonizante—; me hubiera desvanecido en el acto.» Tal y como estaban las cosas, no podía hacer más que permanecer allí, sintiéndose morir bajo la airada mirada del Patriarca, hasta que, aún con el ceño fruncido, Vanya completó su inspección, recorriendo con la vista el semicírculo hasta llegar a los nobles de la corte.

Satisfecho, Vanya se volvió de cara al Emperador y se embarcó en la parte final de la ceremonia que se oficiaba por el Príncipe Muerto. Saryon, absorto en su propia

vergüenza, no prestó atención a lo que se estaba diciendo. Sabía que se le reprendería. ¿Qué diría en su defensa? ¿Que el llanto del niño le angustiaba?

Eso, al menos, era bastante cierto. El niño, que sólo tenía diez días, yacía en su cuna, llorando con fuerza —era un niño fuerte, bien formado— para reclamar el amor, las atenciones y los alimentos que una vez recibiera pero que ahora ya no se le volverían a dar. Saryon podía ofrecer aquello como su excusa, pero sabía por propia experiencia que el rostro del Patriarca Vanya no mostraría más que una expresión de infinita paciencia.

—No podemos oír el llanto de los Muertos, únicamente su eco —le oyó decir Saryon, tal como había dicho la noche anterior.

Quizás era verdad; pero Saryon era muy consciente de que aquel eco atormentaría su sueño durante muchísimo tiempo.

Podía decirle esto al Patriarca, lo cual era verdad, pero sólo parte de la verdad, o podía decirle el resto: «Me sentía angustiado porque la muerte de este niño ha arruinado *mi* vida».

Podría o no decir mucho en favor del Patriarca, pensó Saryon con pesimismo, pero tenía el presentimiento de que Vanya estaría más dispuesto a simpatizar con la segunda explicación del motivo de su error en el asunto de la túnica, que con la primera.

Al recibir un ligero codazo en las costillas —era el codo de Dulchase—, Saryon inclinó rápidamente la cabeza de nuevo, obligando a las palabras rituales a salir de entre sus apretados dientes. Luché desesperadamente por serenarse, pero era difícil. El llanto del niño le partía el corazón. Sentía unos deseos locos de precipitarse fuera de la sala y deseaba sinceramente que la ceremonia terminara de una vez.

La salmodiante voz de Vanya se apagó. Levantando la cabeza, Saryon vio cómo el Patriarca miraba interrogativamente al Emperador, quien debía dar su permiso para que se iniciara la Vigilia. Ambos hombres se miraron durante lo que a Saryon le pareció una eternidad; luego, asintiendo con la cabeza, el Emperador se volvió de espaldas al niño y permaneció, con la cabeza inclinada, en la postura que establece el ceremonial de duelo. Saryon exhaló un suspiro de alivio tan sonoro que el Diácono Dulchase, escandalizado, le golpeó de nuevo en las costillas.

A Saryon no le importó; la ceremonia estaba ya casi terminada.

Con los brazos extendidos, el Patriarca Vanya dio un paso hacia adelante en dirección a la cuna. Al oír el roce de sus ropas, la Emperatriz levantó la mirada por primera vez desde que la corte se había reunido allí para la ceremonia. Mirando a su alrededor, aturdida, vio a Vanya que se acercaba a la cuna. Frenética, buscó con la mirada a su esposo, encontrándose con la espalda del Emperador.

—¡No!

Con un gemido desgarrador, echó los brazos por encima de la cuna, apretándola

contra su pecho. Fue un gesto conmovedor. Incluso en su dolor, no se atrevía a tocar a su hijo, para no desafiar a los catalistas.

—¡No! ¡No! —sollozó una y otra vez.

El Patriarca Vanya lanzó una rápida mirada al Emperador y carraspeó significativamente. El Emperador, que observaba a Vanya por el rabillo del ojo, no precisó volverse. Lentamente, asintió de nuevo con la cabeza. Vanya avanzó con determinación. Entonces, con gran audacia, abrió un conducto en dirección a la Emperatriz, intentando utilizar el flujo de Vida para mitigar su irracional dolor. A Saryon aquello le pareció una insensatez. Era darle más poder a una maga ya de por sí poderosa. Pero, a lo mejor, Vanya sabía lo que estaba haciendo; después de todo, conocía a la Emperatriz desde hacía treinta años, desde que era una niña.

—Querida Evenue —dijo Vanya, dejando de lado el protocolo—. La espera puede ser larga y dolorosa. Necesitáis descansar para recuperar vuestra salud. Pensad en vuestro amante esposo, cuyo dolor iguala al vuestro, y que, sin embargo, debe sobrellevar además vuestro sufrimiento. Permitidme que me lleve al niño y realice la Vigilia en nombre de todo Thimhallan...

Alzando un rostro surcado de lágrimas, la Emperatriz miró a Vanya con sus ojos castaños que brillaban ahora tan negros como sus cabellos. Bruscamente, empezó a atraer la energía, absorbiendo Vida del catalista. El conducto por el que corría la magia, normalmente invisible a la vista, brilló resplandeciente entre ambos, formando un arco de cegadora luz blanca cuando la Emperatriz, con un movimiento de la mano, hizo que el Patriarca saliera despedido por el aire a un metro y medio de distancia. Ni un solo miembro de la corte se atrevió a moverse, contemplando con pavor aquel formidable torrente de fuerza mientras Vanya aterrizaba pesadamente sobre el mármol color *Azul Llanto* del suelo.

Al atraer la Energía Vital que fluía a través del conducto del Patriarca, la debilitada Emperatriz obtenía una fuerza que ella de por sí no poseía. Dando un salto, la maga se suspendió en el aire por encima de la cuna de su hijo. Resonó el chisporroteo de unas palabras mágicas y, extendiendo las manos, la maga hizo aparecer una llameante esfera, encerrándose ella y el niño entre sus ardientes paredes.

—¡Jamás! ¡Fuera! —chilló, con voz que abrasaba como el fuego—. ¡Vete, bastardo! ¡No te creo, no os creo a ninguno! ¡Fuera! ¡Mentiste! ¡Mi hijo no falló las Pruebas! ¡No está Muerto! ¡Le tienes miedo! ¡Temes que te usurpe tu precioso poder!

Un murmullo acompañado de un crujir de ropajes se extendió por el Círculo de Ilustres, sin que nadie supiese hacia dónde mirar. No era correcto dirigir la vista hacia el Patriarca, estando éste en una postura tan poco digna; con la mitra en el suelo y la tonsurada cabeza brillando a la luz de la luna, el Patriarca, que se había enredado en su vestimenta ceremonial, luchaba por ponerse en pie. Algunas personas miraron en dirección a la Emperatriz, pero era lastimoso contemplarla y resultaba aún más

penoso escuchar sus sacrílegas palabras.

Saryon se refugió en la contemplación de sus zapatos, deseando desesperadamente poder estar a cientos de kilómetros de distancia de aquella patética escena. Evidentemente sus sentimientos eran compartidos por muchos cortesanos, ya que las tonalidades de *Azul Llanto*, tan cuidadosamente diferenciadas para reflejar rango y posición social, cambiaban a gran velocidad según el nerviosismo de cada uno, de modo que el efecto general era el de diminutas olas en un apacible lago.

El Patriarca consiguió finalmente ponerse en pie con la ayuda del Cardinal. Ante la visión de su rostro lívido, toda la corte se echó hacia atrás, amedrentada, incluso muchos magos descendieron ligeramente colocándose más cerca del suelo. El mismo Emperador, que se había vuelto, palideció visiblemente a la vista de la cólera del Patriarca. Mientras el Cardinal volvía a colocar la mitra sobre su cabeza, Vanya alisó sus ropas para colocarlas en su sitio —aquel hombre tenía tal control sobre sí mismo, que su vestimenta no había cambiado de color en lo más mínimo— y, reuniendo las fuerzas que aún le quedaban, cerró bruscamente el conducto que iba hacia la Emperatriz.

La ardiente esfera se desvaneció. No obstante, la Emperatriz había obtenido tanta Vida del Patriarca, que siguió flotando sobre el niño, vertiendo lágrimas de cristal sobre la criatura. Lágrimas que, al chocar con el desnudo y diminuto pecho, se hacían añicos, provocando que el niño gritase con más fuerza, chillando en plena crisis histérica, causada por el terror y el dolor. Toda la corte pudo ver cómo el niño sangraba.

Vanya apretó los labios. Aquello había ido demasiado lejos. Tendrían que volver a lavar y purificar al niño. El Patriarca le lanzó otra mirada al Emperador; esta vez, la mirada de Vanya no era interrogativa. Vanya ordenaba, y todos los presentes se dieron cuenta.

La severa expresión del Emperador se suavizó. Flotando por el aire, fue a detenerse junto a su esposa y, alargando la mano, le acarició dulcemente la hermosa y brillante cabellera. Se comentaba entre los miembros de la Casa Real que idolatraba a aquella mujer y que hubiera hecho cualquier cosa por complacerla. Pero, aparentemente, no podía darle la única cosa que ella quería: un niño vivo.

—Patriarca Vanya —le dijo el Emperador al catalista, aunque sin mirarlo directamente—, tomad al niño. Enviadnos la señal cuando todo haya terminado.

Una sensación de alivio inundó la corte. Saryon pudo oír los suspiros elevándose en el aire. Lanzando una mirada a su alrededor, observó que el color de las vestiduras de casi todo el mundo había vuelto a cambiar ligeramente. Donde antes había habido un perfecto espectro *Azul Luto*, ahora había tonalidades y matices que oscilaban errantes entre *Verdes Enfermizos* y *Grises Desconsolados*.

El alivio mezclado con la ira estaba, también, patente en el rostro del Patriarca.

Incluso él estaba demasiado débil para ocultarlo por más tiempo. Un hilillo de sudor le bajaba por la afeitada cabeza, brotando de debajo de la mitra. Enjugándoselo, respiró profundamente; luego le hizo una reverencia al Emperador.

Con movimientos mucho más rápidos de lo que se consideraba correcto en una ocasión tan solemne, y manteniendo todo el tiempo los ojos fijos en la Emperatriz, que seguía flotando sobre él, el Patriarca alargó los brazos y tomó en ellos a la frenética criatura. Volviéndose hacia un Señor de la Guerra, un Mariscal de los Ejecutores, le dijo en voz baja y ronca:

—Por medio de tu poder, llévame hasta El Manantial. —Luego añadió, dirigiéndose al Emperador—: Os enviaré la señal, Majestad. Estad a la espera.

El Emperador no pareció oírle, sus ojos seguían fijos aún en su frágil esposa; pero el Patriarca no perdió más tiempo. Haciéndole una señal al Cardinal, el cargo de más importancia dentro de la Orden después de él mismo, Vanya le murmuró algunas palabras. El Cardinal hizo una inclinación y, girándose hacia el Mariscal, abrió un conducto hacia el Señor de la Guerra enviándole toda la energía de que era capaz, concediéndole así Vida más que suficiente para efectuar el viaje por los Corredores de regreso a la fortaleza montañosa de El Manantial, centro neurálgico de la Iglesia en Thimhallan.

A pesar de su turbado estado de ánimo, Saryon se encontró a sí mismo efectuando de manera mecánica los complicados cálculos matemáticos necesarios para un viaje tan largo. Al poco tiempo, ya los había terminado, dándose cuenta de que el Cardinal había desperdiciado su energía, lo que era un grave pecado entre los catalistas, pues los deja débiles y vulnerables y les da a los magos energía extra que pueden guardar y utilizar de nuevo a voluntad. De todas formas, supuso Saryon, en aquella ocasión no importaba, ya que el Cardinal, que no obstante era un hábil matemático, hubiera tenido que calcular durante un buen rato para obtener el mismo resultado que Saryon había obtenido en unos segundos, y, tanto Saryon como el Cardinal, sabían que aquél era un tiempo del que no disponían.

Rápidamente, siguiendo las instrucciones de Vanya, el Señor de la Guerra penetró en el Corredor que se abrió ante él, en forma de disco azul que se precipitaba en el vacío. El Patriarca lo siguió llevando su diminuta carga. Cuando los tres estuvieron en su interior, el disco se alargó, comprimiéndose, y se desvaneció.

Todo había terminado. El Patriarca y el niño se habían ido.

La corte volvió a funcionar de nuevo. Los miembros de la Casa Real se elevaron hacia el Emperador para ofrecerle sus condolencias y su más sentido pésame, y para recordarle que estaban allí. El Cardinal, que le había transferido toda su energía al Mariscal, se desplomó, haciendo que la mayoría de los miembros de su Orden echaran a correr en su ayuda.

No obstante, uno de los catalistas no se movió. Saryon permaneció de pie en su

lugar del Círculo, que ahora había quedado roto, mientras sus planes, sus esperanzas y sus sueños se desmoronaban a su alrededor, haciéndose pedazos, como las lágrimas de la Emperatriz al caer sobre el suelo color *Azul Llanto*. Ensimismado en su propio dolor, a Saryon le pareció que aún podía oír, flotando en el aire, el débil llanto del niño y el lúgubre murmullo de los árboles.

—El Príncipe está Muerto.

2. El Don de la Vida

El mago estaba de pie en el portal de su casa solariega. Era una vivienda sencilla; ni opulenta ni ostentosa, puesto que aquel mago, aunque de noble cuna, era, sin embargo, de rango humilde. Y aunque se hubiera podido permitir un deslumbrante palacio de cristal, aquello hubiera sido considerado impropio en alguien de su posición social. No obstante, se sentía contento con su vida, y en aquellos momentos contemplaba sus tierras a las primeras luces del día, con un aire de tranquila satisfacción.

Se volvió al oír un ruido a su espalda que venía del vestíbulo.

—Date prisa, Saryon —dijo, enviándole una sonrisa a su pequeño hijo, que estaba tumbado en el suelo luchando por ponerse los zapatos—. Date prisa, si quieres ver cómo los Ariels entregan sus discos.

Con un definitivo y desesperado tirón, el chiquillo consiguió introducir el talón del pie en el zapato; luego, incorporándose de un salto, corrió hacia su padre. Levantando al niño en brazos, el mago pronunció las palabras que obligaban al aire a cumplir sus órdenes, y, montándose sobre el viento, éste lo levantó del suelo, haciéndolo flotar sobre el campo, mientras sus sedosas ropas se agitaban a su alrededor como las alas de una brillante mariposa.

El niño, agarrándose con una mano al cuello de su padre, abrió la otra para saludar el amanecer.

—¡Enséñame a hacer esto, Padre! —gritó Saryon, deleitándose con la sensación que producía el aire primaveral al azotarle el rostro—. Dime las palabras que hacen que el viento te obedezca.

El padre de Saryon sonrió y, sacudiendo la cabeza negativamente, le pellizcó solemnemente uno de los pies que los zapatos de cuero aprisionaban.

—Ninguna palabra tuya convocará jamás al viento, hijo mío —le dijo, apartando los rubios cabellos que caían sobre el decepcionado rostro del niño—. Tú no tienes ese don.

—A lo mejor no ahora —contestó Saryon tozudamente mientras flotaban sin rumbo fijo por encima de las largas hileras de campos recién arados, olfateando la fuerte y densa fragancia que despide la tierra húmeda—. Pero cuando sea mayor, como Janji...

Pero su padre volvió a negar con la cabeza.

—No, hijo, ni siquiera cuando seas mayor.

—¡Pero eso no es justo! —sollozó Saryon—. Janji no es más que un criado, como su padre, y sin embargo él puede ordenar al aire que le lleve a cuestas. Por qué...

Se detuvo, al sorprender la mirada de su padre.

—Es debido a estas cosas, ¿no es verdad? —dijo de repente—. Janji no lleva

zapatos. Ni tampoco los llevas tú. Sólo yo y mi Madre. ¡Bueno! ¡Me desharé de ellos!

Sacudiendo los pies con fuerza, hizo que uno de los zapatos saliera despedido y fuera a caer en un campo arado, donde permaneció hasta que una Maga Campesina, que tropezó con él por casualidad mientras trabajaba, lo recogió y se lo llevó con ella a casa como curiosidad. Saryon intentó sacudirse el otro zapato, pero la mano de su padre se cerró sobre el pie del pequeño.

—Hijo mío, no tienes la suficiente... Vida...

—Sí que la tengo, Padre —insistió Saryon, interrumpiéndolo—. ¡Mira! ¡Mira esto!

Con un movimiento de su diminuta mano, obligó a su propia túnica, que le llegaba hasta las rodillas, a cambiar su color verde por un anaranjado intenso; estuvo a punto de añadirle manchas azules para conseguir una vestimenta que le gustaba bastante, pero que su madre jamás le permitía lucir dentro de casa. A su padre, sin embargo, no le importaba, y por lo tanto generalmente lo dejaba que la exhibiera cuando estaban solos, recorriendo la finca. Pero, en esta ocasión, el niño vio cómo la expresión de su padre, normalmente bondadosa, se tornaba severa, así que, con un suspiro, se calló y reprimió aquel impulso.

—Saryon —le dijo el mago—, tienes cinco años. Dentro de un año iniciarás tus estudios como catalista. Es el momento de que me escuches e intentes comprender lo que voy a decirte. Tú tienes el Don de la Vida. ¡Loado sea Almin! Algunos nacen sin él. Por lo tanto, debes estar agradecido por este don y utilizarlo juiciosamente; y no debes desear nunca más que aquello con lo que se te ha bendecido, porque ése es un sendero de oscura y amarga desesperación, hijo; escoger ese sendero conduce a la locura o a algo aún peor.

—Pero si tengo el don, ¿por qué no puedo hacer con él lo que quiera? —preguntó Saryon, temblándole el labio inferior tanto a causa de la desacostumbrada seriedad de su padre, como por el hecho de que, muy dentro de él, el niño sabía ya la respuesta pero se negaba a aceptarla.

—Hijo mío —replicó su padre con un suspiro—, yo soy un *Albanara*, y conozco muy bien el arte de guiar a aquellos que están a mi cuidado, de gobernar y mantener mi casa, de hacer que mi tierra brinde sus frutos y mis animales sus presentes como es su misión. Ése es mi don, que me fue concedido por Almin y que yo utilizo para obtener sus favores.

Descendiendo del cielo, el mago fue a posarse en un claro de un bosquecillo situado en el límite de los campos labrados, estremeciéndose ligeramente cuando sus pies desnudos entraron en contacto con la hierba húmeda por el rocío.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó el niño—. Aún no hemos llegado allí.

—Porque quiero andar —respondió el mago—. Esta mañana, siento una especie de agarrotamiento en los músculos; debo desentumecerlos.

Puso a su hijo en el suelo y empezó a andar, arrastrando la túnica por la hierba.

Saryon empezó a caminar con dificultad siguiendo a su padre, con la cabeza inclinada, un pie calzado y el otro no, lo que lo obligaba a andar con paso torpe y vacilante. Volviendo la vista, el mago vio cómo su hijo se rezagaba y, con un movimiento de la mano, hizo que desapareciese el zapato que aún le quedaba.

Bajando los ojos hacia sus pies descalzos con momentáneo asombro, Saryon se echó a reír, disfrutando de aquella sensación cosquilleante que le producía la hierba fresca.

—¡Hagamos una carrera, Padre! —le gritó y se lanzó hacia adelante.

Consciente de su dignidad, el mago vaciló, pero luego se encogió de hombros y sonrió. Después de todo, aquel mago era muy joven, pues aún no había cumplido los treinta años; así que, recogiendo su larga túnica en una mano, echó a correr tras su hijo. Corrieron a través del claro, el niño chillando de excitación mientras su padre fingía estar siempre a punto de atraparlo, aunque no llegaba a hacerlo. Poco acostumbrado a realizar un ejercicio tan agotador, el mago se quedó pronto sin aliento y se vio obligado a dar por terminada la carrera.

Algo jadeante, se acercó a una roca de bordes afilados, que sobresalía del suelo, y, tocándola suavemente con la mano, hizo que se volviera lisa y brillante. Luego, dejándose caer con alivio sobre la roca recién moldeada, le indicó a su hijo que se acercara. Una vez recuperado el aliento, volvió al tema de su conversación anterior.

—¿Ves lo que he hecho, Saryon? —le preguntó el mago, golpeando la roca ligeramente con la palma de la mano—. ¿Ves cómo he moldeado la roca que, antes, no nos era útil y en cambio ahora es un banco sobre el que nos podemos sentar?

Saryon asintió, sus ojos fijos en el rostro de su padre.

—Este tipo de cosas las puedo hacer con el poder de mi magia; pero ¿no sería maravilloso, me pregunto a veces, poder levantar esta roca, arrancándola de la tierra y darle la forma de..., de... —vaciló, luego con un movimiento de la mano continuó— una casa, donde pudiéramos vivir... tú y yo...?

Una sombra oscureció el rostro del mago cuando volvió la cabeza en dirección a la casa que acababan de abandonar, la casa donde su esposa ya estaría levantada y ocupándose de cumplir con el ritual de la plegaria matutina.

—¿Por qué no lo haces, Padre? —preguntó el hijo ansiosamente.

El mago volvió su atención hacia lo que le rodeaba, y sonrió de nuevo, aunque en su sonrisa había una amargura que Saryon vio pero no comprendió.

—¿Qué es lo que estaba diciendo? —murmuró el mago, frunciendo el entrecejo —. ¡Ah!, sí. —Su expresión se aclaró—. No puedo transformar una roca en una casa, hijo. Sólo los *Pron-alban*, los magos artesanos, han recibido ese don de Almin. Tampoco puedo cambiar el plomo en oro, como lo pueden hacer los *Mon-alban*. Debo utilizar aquellos poderes que Almin me ha concedido...

—Entonces, no me gusta nada Almin —replicó el pequeño, malhumorado, hurgando en la hierba con uno de los dedos de su pie—, ¡si todo lo que me ha concedido a mí han sido esos viejos zapatos!

Saryon miró hacia su padre por el rabillo del ojo después de haber hablado, para ver el efecto que causaba un comentario tan atrevido y blasfemo. Su madre se hubiera puesto a temblar lívida de enojo; pero el mago, por el contrario, se puso una mano sobre los labios como si quisiera evitar que se le escapase una sonrisa. Rodeando a su hijo con el brazo, lo acercó a él.

—Almin te ha dado el don más importante de todos —le dijo—. El don de transferir Vida. Tienes el poder, y es sólo tuyo, de absorber la Vida, la magia, que existe en la tierra, en el aire y en todo lo que nos rodea, haciendo que penetre en tu cuerpo, concentrarla y dármela a mí o a alguien como yo para que podamos usar su poder para acrecentar el nuestro. Ése es el don que Almin da al catalista. Y por lo tanto, ése es el don que te ha concedido a ti.

—Yo no creo que sea un don muy bueno —replicó Saryon con un puchero, retorciéndose entre los brazos de su padre.

Levantándolo del suelo, el mago lo colocó sobre sus rodillas. Era mejor explicarle las cosas al niño ahora y permitirle que expulsara toda su amargura mientras estaban los dos solos, que dejar que trastornara a su piadosa madre.

—Es un don lo bastante bueno como para haber sobrevivido a través de los tiempos —respondió severamente el mago—, y nos ha ayudado a *nosotros* a sobrevivir durante todos estos siglos, incluso en los tiempos del viejo Mundo Arcano donde vivieron los antiguos, de acuerdo a lo que nos han contado.

—Lo sé —repuso el pequeño. Recostando la cabeza sobre el pecho de su padre, recitó la lección con facilidad, hablando, sin darse cuenta, con la misma voz precisa, fría y concisa de su madre—. En aquella época se nos denominaba duendes y los antiguos nos utilizaban como depo..., depos... se-positarios —se embarulló con aquella difícil palabra pero finalmente consiguió pronunciarla, sonrojándose orgulloso al haberlo conseguido— de su energía. Esto lo hacían para evitar que el fuego de la magia destruyera sus cuerpos y para que sus enemigos no pudieran descubrirlos. Para protegernos a nosotros, ellos nos daban la forma de pequeños animales, y de esta manera colaborábamos para mantener la magia en el mundo.

—Exactamente —dijo el mago, acariciando la cabeza del niño con aprobación—. Recitas muy bien tu catecismo, pero ¿estás seguro de haberlo comprendido?

—Sí —dijo Saryon con un suspiro—. Creo que lo entiendo.

Pero frunció el entrecejo al decirlo.

Colocando un dedo bajo la barbilla del pequeño, el mago levantó la solemne carita hacia la suya.

—¿Lo comprendes y le estarás agradecido a Almin, y trabajarás para

complacerle... y para complacerme a mí? —preguntó el mago dulcemente. Vaciló y luego continuó—: Porque tú me harás feliz, si intentas ser feliz en tu trabajo, a pesar de que..., a pesar de que puede que yo no esté cerca para hacerte saber que te observo y me preocupo por ti.

—Sí, Padre —dijo el niño, percibiendo un profundo pesar en la voz de su padre, que deseaba aliviar—. Seré feliz, lo prometo. Pero ¿por qué no estarás aquí? ¿Adónde vas?

—No voy a ningún sitio, al menos no de momento —le dijo su padre, sonriendo de nuevo mientras le despeinaba los rubios cabellos—. De hecho, serás tú quien me dejará a mí. Pero eso tardará aún un poco en llegar, así que no te preocupes. Mira... —Cambiando de tema bruscamente, señaló con el dedo a cuatro hombres alados que volaban sobre las copas de los árboles llevando dos enormes discos dorados entre ellos. El mago se incorporó, colocando al pequeño sobre la roca—. Ahora, quédate aquí, Saryon. Debo lanzar el hechizo sobre la simiente...

—¡Ya sé lo que vas a hacer! —exclamó Saryon, poniéndose en pie sobre la roca para poder ver mejor. Los hombres alados se acercaban surcando el aire, con sus discos dorados brillando como si fueran soles jóvenes trayendo un nuevo amanecer a la tierra—. ¡Déjame ayudar! —suplicó el niño ansiosamente, alargando la mano hacia su padre—. Déjame que te transfiera la magia tal como lo hace Madre.

De nuevo la sombra oscureció el rostro del mago, pero se desvaneció casi al instante cuando posó la mirada sobre su pequeño catalista.

—Muy bien —repuso, aunque sabía que el niño era demasiado pequeño para poder realizar la complicada tarea de localizar la magia y abrir un conducto hacia él.

Necesitaría muchos más años de estudio para conseguir dominar aquel arte; años durante los cuales el padre ya no podría disfrutar de la compañía de su hijo. Viendo aquella carita que lo miraba ansiosa, el mago reprimió un suspiro y, alargando la mano, tomó la de su hijo en la suya y con gran solemnidad fingió aceptar el Don de la Vida.

Cualquier persona que nazca en Thimhallan, nace para ocupar un rango y una posición social concretos, algo que no tiene nada de extraño en una sociedad feudal. Un duque generalmente nace ya siendo duque, por ejemplo, lo mismo que un campesino generalmente nace ya campesino.

Thimhallan poseía sus familias nobles, que lo habían gobernado durante generaciones, y tenía sus campesinos. Lo que hacía de Thimhallan algo único, era que para algunos de sus habitantes, el lugar y la posición social que debían ocupar venían determinados no por la sociedad, sino por el hecho de dominar de manera innata uno de los Misterios de la Vida.

Existen Nueve Misterios. Ocho de ellos versan sobre la Vida o la Magia, pues, en el mundo de Thimhallan, Vida *es* Magia. Todo lo que existe en el país, existe bien por

voluntad de Almin, quien lo creó antes incluso de que llegaran los antiguos, o bien porque a partir de entonces ha sido «moldeado, formado, convocado o conjurado», siendo éstas las cuatro Leyes de la Naturaleza. Estas Leyes están controladas a través de, al menos, uno de los ocho Misterios: Tiempo, Espíritu, Aire, Fuego, Tierra, Agua, Sombras y Vida. De estos Misterios, actualmente sólo subsisten en el país los cinco últimos. Los otros dos —los Misterios del Tiempo y del Espíritu— se perdieron durante las Guerras de Hierro, y con ellos se perdieron para siempre los conocimientos que poseían los antiguos: la habilidad de predecir el futuro, el talento para construir los Corredores y la capacidad para comunicarse con aquellos que habían abandonado esta vida para ir al Más Allá.

En cuanto al último Misterio, el Noveno, aún se practica, pero sólo por aquellos que se mueven en la oscuridad. Considerado por muchos como la causa de las destructivas Guerras de Hierro, el Misterio fue desterrado del país, sus Hechiceros enviados al Más Allá y sus herramientas y maquinarias mortíferas fueron destruidas. El Noveno Misterio es el misterio prohibido; conocido por el nombre de Muerte, se le llama también Tecnología.

Cuando un niño o una niña nacen en Thimhallan, deben pasar unas pruebas para descubrir aquel Misterio concreto para el que están más dotados. Así se determina el lugar que ocupará cada niño en la Vida.

Estas pruebas pueden indicar, por ejemplo, que el niño domina el Misterio del Aire. Si pertenece a las castas inferiores, se convertirá en uno de los *Kan-Hanar*, entre cuyos deberes se incluye la conservación de los Corredores, que son el medio más rápido para viajar por Thimhallan, y la supervisión de todo el comercio que se realiza entre y dentro de las ciudades del país. El hijo de una familia noble que domine este arte será ascendido, con toda seguridad, a la categoría de supermago y se le nombrará *Sif-Hanar*, quienes entre sus innumerables responsabilidades tienen la del control del tiempo climatológico. Son los *Sif-Hanar* quienes hacen que el aire de las ciudades sea suave y esté impregnado de deliciosas fragancias un día, y al siguiente blanquean los tejados de las casas con una decorativa nevada. En las tierras de labranza, es deber de los *Sif-Hanar* ocuparse de que la lluvia caiga y el sol brille cuando así sea necesario y de que ninguno de los dos haga su aparición cuando no se los necesite.

Aquellos que nacen dominando el Misterio del Fuego se convierten en los guerreros de Thimhallan. Son brujas y hechiceros a los que se denomina Señores de la Guerra, los cuales pasan a formar parte de los *Dkarn-Duuk*, que tienen el poder de invocar las fuerzas destructivas de la guerra. Son también los guardianes del pueblo. A este grupo pertenecen también los enlutados *Duuk-tsarith*, llamados los Ejecutores.

El Misterio de la Tierra es el más común de todos los Misterios y engloba a la mayoría de los habitantes de Thimhallan. Entre éstos se encuentra la casta más

inferior del país: los Magos Campesinos, aquellos que cuidan de las cosechas. Por encima de éstos se encuentran los artesanos, divididos en gremios según sus diferentes habilidades: los *Quin-alban*, que hacen hechizos; los *Pron-alban*, que son brujos; los *Mon-alban*, que son alquimistas. Los que ocupan el puesto de mayor categoría dentro de este grupo, los grandes magos o magas, llamados también *Albanara*, dominan todas estas habilidades y son los responsables de gobernar al pueblo.

Un niño que nace sabiendo controlar el Misterio del Agua es un Druida. Estos magos, que poseen una gran sensibilidad hacia la naturaleza, utilizan su don para nutrir y proteger a todos los seres vivientes. Los *Fihanish*, o Druidas Campesinos, se ocupan principalmente de hacer crecer y prosperar la vida vegetal y animal. No obstante, los Druidas más venerados son los Hacedores de Salud; el arte de curar es tan complejo, que utiliza la propia magia del mago, combinada con la del paciente, para ayudar al cuerpo a curarse a sí mismo. Los *Mannanish* tratan las enfermedades y las heridas de menor importancia, además de asistir en los partos; y la categoría más alta, aquella que precisa de más poder y estudio, la integran los *Theldara*, que se ocupan de las enfermedades más graves. Aunque se cree que antiguamente tenían el poder de resucitar a la gente, los *Theldara* ahora ya no pueden devolver la vida a los muertos.

Aquellos que practican el Misterio de las Sombras son los Ilusionistas, los artistas de Thimhallan. Crean atractivas ilusiones visuales y pintan cuadros en el aire con paletas de lluvia y polvo de estrellas.

Finalmente, un niño puede nacer poseyendo el más excepcional de los Misterios, el Misterio de la Vida. El taumaturgo, o catalista, es el distribuidor de magia, aunque él no la posee en gran medida. Es el catalista quien, como indica su nombre, toma la Vida de la tierra y el aire, del fuego y el agua, y, una vez su cuerpo la ha absorbido, puede incrementarla y transferirla a aquellos magos que pueden utilizarla.

Y, desde luego, a veces un niño nace Muerto.

3. Saryon

Saryon nació catalista. No pudo escoger. Provenía de una pequeña provincia situada más allá de las murallas de la ciudad de Merilon. Su padre era un mago que pertenecía a la nobleza de tercera categoría; su madre, prima de la Emperatriz, era una catalista de cierta importancia. Había dejado la Iglesia tan sólo después de habérsele comunicado que se había celebrado la ceremonia de la Visión y se había profetizado que su matrimonio con aquel noble daría descendencia. Sus poderes catalísticos serían transmitidos a un heredero.

La madre de Saryon obedeció sin dudar, a pesar de que se casaba con alguien de una clase inferior. Su padre se casó también sin hacer preguntas; un noble de su posición puede o no obedecer una orden del Emperador, pero nadie, cualquiera que fuera su categoría social, se rehusaba a hacer algo que hubieran solicitado los catalistas.

La madre de Saryon desempeñó sus deberes matrimoniales de la misma manera que desempeñaba todos sus deberes religiosos. Cuando llegó el momento adecuado, ella y su esposo viajaron hasta las Arboledas de la Curación, donde los *Mannanish*, doctores de segundo orden, tomaron la semilla de él y la pasaron a su esposa. A su debido tiempo, nació el niño tal y como había augurado la Visión.

Como era habitual, el pequeño Saryon empezó su aprendizaje a la edad de seis años; lo que ya no era tan normal fue el hecho de que se le permitiera realizar este aprendizaje bajo la tutela de su madre, debido a la importante posición de ésta dentro de la Iglesia. El niño fue llevado ante su madre al cumplir los seis años y, a partir de aquel momento, durante los catorce años siguientes, pasó con ella cada uno de sus días en estudio y oración. Cuando Saryon cumplió los veinte años, abandonó para siempre la casa de su madre, viajando a través de los Corredores hasta el lugar más santo y más sagrado de Thimhallan: El Manantial.

La historia de El Manantial es la historia de Thimhallan. Hace muchos, muchísimos siglos, en una época cuyo recuerdo quedó destruido y sus restos diseminados en el caos provocado por las Guerras de Hierro, un pueblo perseguido huyó a este mundo, exiliándose voluntariamente del suyo. El viaje, realizado mediante la magia, fue terrible. La gran cantidad de energía que se precisó para realizar tal hazaña agotó hasta el último vestigio de vida en muchos de ellos, que sacrificaron gustosamente sus vidas para que los de su especie pudieran sobrevivir y prosperar en una tierra que ellos mismos jamás podrían ver.

Llegaron allí porque la magia de aquel mundo era poderosa, tan poderosa que los atrajo hacia él, como si un imán los hubiera guiado a lugar seguro a través del tiempo y el espacio. Y permanecieron en aquel lugar porque era un mundo vacío y solitario.

No obstante, tenía sus inconvenientes. En aquella tierra nueva y salvaje se

desencadenaban terribles tormentas: las montañas escupían fuego, las aguas corrían con violencia y la vegetación era espesa e indomable. Pero, en el mismo momento en que sus pies tocaron el suelo, sintieron cómo la magia latía y se agitaba bajo ellos, como los latidos de un corazón. La sentían, la percibían; y buscaron su origen, soportando innumerables dificultades e indecibles sufrimientos durante la marcha.

Finalmente encontraron el lugar de donde surgía aquella magia: una montaña cuyo fuego se había extinguido, dejando la magia tras de sí, reluciente como un diamante bajo el brillante y desconocido sol.

A aquella montaña la llamaron El Manantial y fue allí, en el Pozo de la Vida, donde los catalistas establecieron su hogar y el núcleo de su mundo. En un principio sólo tenían unas pocas catacumbas, talladas y moldeadas apresuradamente por aquellos que deseaban a toda costa escapar de los peligros del mundo exterior. A través de los siglos, aquellos escasos y toscos túneles habían ido aumentando hasta convertirse en un laberinto de pasillos y salas, de aposentos y habitaciones, de cocinas, patios y jardines colgantes. En una universidad edificada en la ladera de la montaña, se enseñaba a los jóvenes *Albanara* las artes que les serían necesarias para gobernar sus tierras y sus vasallos. Los jóvenes *Theldara* acudían para aumentar sus habilidades curativas, los jóvenes *Sif-Hanar* para estudiar diferentes formas de controlar los vientos y las nubes, y todos ellos recibían la ayuda de jóvenes novicios escogidos de entre los catalistas. Los Gremios Artesanales también tenían allí sus centros de enseñanza, de modo que, para poder atender a las necesidades de los alumnos y de sus profesores, se levantó una pequeña ciudad a los pies de la montaña.

En la cumbre misma de la montaña se alzaba una enorme Catedral, cuyo techo abovedado lo formaba la misma cima del pico montañoso, siendo el panorama que se contemplaba desde los ventanales de tal magnificencia que muchos lloraban embargados por la emoción y la belleza de aquel espectáculo.

Sin embargo, pocos eran los habitantes de Thimhallan que podían contemplar el panorama desde la cumbre. En una época, El Manantial había estado abierto a todo el mundo, desde el Emperador al mago residente; pero después de las Guerras de Hierro, las normas habían cambiado. Ahora, únicamente los catalistas, junto con aquellos pocos privilegiados que trabajaban para ellos, podían penetrar en el interior de sus muros sagrados, y sólo a los funcionarios eclesiásticos de mayor rango se les permitía la entrada en la cámara sagrada del Pozo. Existía una ciudad en el interior de la montaña además de la que existía en su exterior, en la que los catalistas encontraban todo aquello que necesitaban para vivir y continuar su trabajo en el interior de El Manantial. Muchos novicios cruzaban sus puertas siendo hombres y mujeres jóvenes y, si alguna vez salían, era bajo la apariencia, cualquiera que ésta fuese, que toman los muertos para hacer su viaje al Más Allá.

Saryon era uno de aquellos novicios, y hubiera podido permanecer allí viviendo

pacíficamente toda su vida, al igual que lo habían hecho innumerables personas antes que él.

Pero Saryon era diferente. En realidad, llegó a pensar que sobre él pesaba una maldición...

El *Theldara*, uno de aquellos pocos forasteros que habían sido elegidos para vivir en El Manantial, estaba trabajando al aire libre en su jardín de herbolario, cuando un anciano y venerable cuervo avanzó a saltitos por el sendero que discurría entre las bien cuidadas hileras de plantas jóvenes y, con un graznido, anunció a su amo que el paciente había llegado. Dándole las gracias amablemente al pájaro —que, por haber perdido gran parte de las plumas de su cresta a causa de su avanzada edad, se asemejaba bastante a un catalista—, el Druida abandonó su soleado jardín, para volver a la tranquilidad de los frescos y oscuros confines de su enfermería.

—Que el sol te alumbre, Hermano —saludó el *Theldara*, penetrando en la Sala de Espera sin hacer ruido, su túnica marrón barriendo el suelo de piedra con un suave roce.

—Qu... que el sol os alumbre, Hacedor —tartamudeó el joven, sobresaltado. Había estado mirando por una ventana melancólicamente y no había oído entrar al Druida.

—Si quieres venir por aquí —continuó el *Theldara*, mientras su aguda y penetrante mirada no dejaba escapar ni un detalle del aspecto físico del joven catalista, desde la anormal palidez de su cutis, pasando por las uñas mordidas hasta llegar a su actitud nerviosa y preocupada—, iremos a mis aposentos privados, que son más cómodos, para tener nuestra pequeña charla.

El joven asintió y le contestó con educación, pero el Druida se dio perfecta cuenta de que si hubiera invitado al catalista a tirarse por un acantilado hubiera recibido la misma vaga respuesta. Atravesaron la enfermería con sus largas hileras de camas, cuya madera había sido modelada amorosamente, dándole la forma de manos ligeramente ahuecadas que sostenían colchones de hojas perfumadas y hierbas medicinales cuya olorosa combinación estimulaba el sueño y el descanso. Aquí y allí, reposaban algunos pacientes, escuchando la música que se les había recetado y concentrando la energía de sus cuerpos en el proceso curativo. El *Theldara* le dedicó unas palabras a cada uno de ellos al pasar, pero no se detuvo, conduciendo a su paciente fuera de aquella zona hacia otro aposento, más reservado y privado. Llegados a una soleada habitación cuyas paredes eran de cristal, una habitación repleta de semilleros, el Druida tomó asiento sobre un almohadón de blandas agujas de pino e invitó a su paciente a hacer lo mismo.

El catalista así lo hizo, desplomándose pesadamente sobre su almohadón. Era un joven alto, de espaldas encorvadas, y manos y pies que parecían desproporcionadamente grandes en relación con su cuerpo. Iba vestido

descuidadamente, con una túnica que le quedaba demasiado corta, y bajo los apagados ojos se apreciaban sombras oscuras producidas por el cansancio. El Druida se dio cuenta de cada una de estas cosas, sin que exteriormente pareciera tomarse un interés excepcional por su enfermo, charlando todo el rato sobre el tiempo, mientras preguntaba al catalista si le aceptaría un relajante té.

Tras recibir una respuesta afirmativa apenas audible, el *Theldara* hizo un ademán y una esfera de hirviente líquido flotó obedientemente hacia él desde el fuego, llenó dos tazas y volvió a ocupar su lugar. El Druida sorbió cautamente su té; luego, con aire distraído, hizo que la taza descendiera flotando hasta reposar sobre la mesa. Aquélla era una mezcla de hierbas concebida para relajar las inhibiciones y estimular la conversación. Observó con atención cómo el joven se bebía el té de un trago, con avidez, sin preocuparse, al parecer, de si la bebida estaba muy caliente y, probablemente, sin saborearla siquiera. Dejando su taza sobre la mesa, el joven miró al exterior por uno de los grandes ventanales de cristal.

—Estoy contento de que hayamos tenido esta oportunidad de vernos, Hermano Saryon —dijo el Druida, haciéndole una señal a la esfera para que volviera a llenar la taza del joven—. Normalmente sólo os veo a vosotros los jóvenes cuando estáis enfermos. Tú te encuentras bien, ¿no es así, Hermano?

—Estoy perfectamente, Hacedor —contestó, sin apartar la vista de la ventana—. Vine aquí tan sólo a petición de mi Maestro.

—Sí, pareces estar bastante bien físicamente —dijo el *Theldara* con suavidad—, pero nuestros cuerpos no son más que caparazones de nuestras mentes. Si la mente sufre, el cuerpo sale perjudicado.

—Estoy bien —repitió Saryon con un ligero tono de impaciencia en la voz—. Es sólo algo de insomnio...

—Pero se me ha dicho que has estado faltando a los Rezos Vespertinos, que no das tu paseo diario y que algunas veces tampoco apareces a la hora de las comidas. —El Druida permaneció en silencio un momento, observando con ojos expertos cómo el té empezaba a hacer su efecto. La espalda encorvada se relajó, los párpados se entrecerraron y las inquietas manos fueron a posarse lentamente sobre el regazo del catalista—. ¿Cuántos años tienes, Hermano? ¿Veintisiete, veintiocho?

—Veinticinco.

El Druida enarcó una ceja. Saryon asintió con la cabeza.

—Se me admitió en El Manantial a los veinte —dijo como aclaración, ya que a la mayoría de los jóvenes, tanto hombres como mujeres, no se los admitía hasta los veintiuno.

—¿Y cuál fue la razón para ello? —preguntó el *Theldara*.

—Soy un genio para las matemáticas —contestó Saryon en el mismo tono indiferente que hubiera podido utilizar para decir «soy alto» o «soy un hombre».

—¿De veras?

El Druida se acarició la gris y luenga barba. Aquello explicaría fácilmente que se le hubiera admitido en El Manantial tan pronto; la transferencia de Vida desde los elementos de la naturaleza a los magos que la han de utilizar, es una ciencia delicada, que se basa casi por completo en principios matemáticos. Debido a que la fuerza mágica que se extrae del mundo circundante se concentra en el interior del catalista, quien dirigirá entonces aquella concentración de Vida hacia el sujeto escogido, los cálculos matemáticos para decidir la cantidad de energía a transferir deben ser muy precisos, ya que la transferencia de magia deja al catalista extremadamente débil. Sólo en casos de suma emergencia o en época de guerra, le es dado a un catalista inundar de Vida a un mago.

—Sí —dijo Saryon, que se sentía más relajado bajo la influencia del té, dejando que su largo y desgarbado cuerpo se hundiese en el almohadón—. Aprendí todos los cálculos básicos de pequeño. A los doce años, podía darle la cifra exacta de energía que se precisaría para levantar un edificio de sus cimientos y lanzarlo por el aire y, al mismo tiempo, efectuar los cálculos necesarios para hacer aparecer un suntuoso traje para la Emperatriz.

—Eso es extraordinario —murmuró el Druida, mirando a Saryon atentamente por entre sus párpados entreabiertos.

El catalista se encogió de hombros.

—Es lo que mi madre pensaba. A mí no me parecía nada especial; era como un juego, la única fuente de diversión que tuve de niño —añadió, empezando a pellizcar el tejido que cubría el almohadón.

—¿Estudiaste con tu madre? ¿No fuiste a las escuelas?

—No. Ella es sacerdotisa. Iba para Cardinal, pero entonces se casó con mi padre.

—¿Un arreglo político?

Saryon sacudió la cabeza negativamente con una sonrisa forzada.

—No. Debido a mí.

—¡Ah! Claro. Ya entiendo.

El Druida tomó otro pequeño sorbo de té. En Thimhallan los matrimonios siempre se han concertado de antemano y están, en general, bajo el control de los catalistas. Esto es así a causa del Don de la Visión. La Visión, el único vestigio que queda del antaño floreciente arte de la adivinación, permite al catalista predecir si una unión tendrá descendencia y será por lo tanto un matrimonio acertado. Si no se prevé que vaya a haber descendencia, se prohíbe la celebración del matrimonio.

Puesto que los catalistas sólo pueden engendrar catalistas, sus matrimonios están gobernados de manera aún más estricta que los de los magos, y los concierta la misma Iglesia. Como existen tan pocos catalistas, se considera un privilegio el tener uno en la familia; además, los gastos de educación y formación de un catalista corren

a cargo de la Iglesia. Un catalista tiene su puesto asegurado en la sociedad, lo que le facilita a él y a su familia un nivel de vida más que regular.

—Tu madre ocupa una posición de categoría dentro de la Orden. Tu padre debe de ser un noble muy poderoso.

—No. —Saryon negó con la cabeza—. Mi madre se casó con alguien de rango inferior, algo que nunca dejó que mi padre olvidara. Ella es prima de la Emperatriz de Merilon y él únicamente era Duque.

—¿Tu padre? Hablas de él en pasado...

—Murió —respondió Saryon sin demostrar emoción—. Murió hará unos diez años, cuando yo tenía quince. A causa de una enfermedad que lo fue debilitando. Mi madre hizo todo lo que pudo; llamó a los Hacedores de Salud, pero no se esforzó demasiado en salvarle la vida y él tampoco hizo excesivos esfuerzos por vivir.

—¿Te afectó mucho?

—No demasiado —murmuró Saryon, hurgando con el dedo en el agujero que había hecho en el almohadón. Encogiéndose de hombros siguió—: No lo había visto desde hacía mucho tiempo. Cuando cumplí los seis años, empecé a estudiar con mi madre y... mi padre empezó a estar más y más tiempo fuera de casa. Le gustaba la vida cortesana de Merilon. Además —frunciendo el entrecejo, Saryon concentró su atención en agrandar el agujero del almohadón, moviendo los dedos afanosamente—, yo... tenía otras cosas... en las que pensar.

—A los quince años eso suele pasar —dijo el *Theldara* despacio—. Cuéntame sobre estos pensamientos. Deben de ser pensamientos sombríos, ya que son como una nube que cubre la radiancia de tu propio ser.

—No... No puedo —farfulló Saryon, mientras en su rostro se alternaba el rubor con la palidez.

—Muy bien —repuso el Druida, conciliador—. Lo...

—¡Yo no quería ser catalista! —explotó Saryon bruscamente—. Yo quería tener la magia. Es..., es la primera idea concreta que recuerdo haber tenido, incluso desde niño.

—No es nada de lo que haya que avergonzarse —observó el *Theldara*—. Muchos miembros de tu Orden experimentan los mismos celos de los magos.

—¿De veras? —Saryon levantó los ojos, esperanzado; luego su expresión se oscureció. Empezó a arrancar agujas de pino del cojín, doblándolas entre los dedos—. Bueno, eso no es lo peor.

Se quedó callado, ceñudo.

—¿Qué tipo de mago te gustaría ser? —preguntó el Druida, sabiendo adónde conduciría todo aquello, pero prefiriendo que las cosas se desarrollaran de forma natural. Le hizo una señal a la esfera para que volviera a llenar la taza del catalista—. *Albanara*...

—¡Oh, no! —Saryon sonrió con amargura—. Nada tan ambicioso. —Levantó los ojos de nuevo para mirar por el ventanal—. Creo que me gustaría ser *Pron-alban*, uno de los que moldean la madera. Me encanta el tacto de la madera, su uniformidad, su olor, los nudos y los recovecos entre sus fibras. —Suspiró—. Mi madre decía que es porque percibo la Vida que hay en el interior de la madera y la venero.

—Tal y como debe ser —observó el Druida.

—¡Ah, pero no es así! —dijo Saryon, dirigiendo su mirada hacia el *Theldara*, la sonrisa convertida en una mueca—. ¡Yo quería cambiar la madera, Hacedor! ¡Cambiarla utilizando mis manos! ¡Quería unir un pedazo de madera con otro para que de ambos surgiera un objeto nuevo!

Recostándose hacia atrás, se quedó observando al Druida con aire satisfecho, esperando ver una reacción mezcla de escándalo y horror.

En un mundo donde la unión física de cualquier cosa —animada o inanimada— está considerada como el más imperdonable de los pecados, aquella confesión de Saryon era algo espantoso, rayano en las Artes Arcanas. Únicamente los Hechiceros, aquellos que practican el Noveno Misterio, pensarían en hacer algo semejante. El *Pron-alban*, por ejemplo, no construye una silla, la moldea. Toma la madera —un sólido tronco de árbol lleno de vida— y utiliza su magia para darle forma a la madera amorosamente hasta reproducir aquella imagen que ve en su mente; de esta forma la silla es simplemente otra fase de la Vida de la madera. Si los magos cortaran o mutilaran la madera, la doblaran con sus manos y unieran por la fuerza aquellos pedazos mutilados y deformes para darles la apariencia de una silla, la madera misma gritaría de dolor y, desde luego, no tardaría en morir. Y sin embargo, Saryon había confesado que quería realizar aquel acto atroz. El joven suponía que el Druida palidecería horrorizado, que quizá lo echaría incluso de su casa.

Sin embargo, el *Theldara* simplemente lo miró con placidez, como si Saryon hubiera afirmado que le encantaba comer manzanas.

—Todos sentimos una muy natural curiosidad por tales cosas —dijo con calma—. ¿Qué otras cosas soñabas con hacer en aquella época? ¿Unir madera? ¿Eso es todo?

Saryon tragó saliva. Bajando la vista hacia el almohadón, perforó el tejido con un dedo.

—No. —Sudoroso, se cubrió el rostro con las manos—. ¡Que Almin me ayude! —sollozó entrecortadamente.

—Mi querido amigo, Almin intenta ayudarte, pero primero debes ayudarte tú mismo —le dijo el Druida con seriedad—. Soñaste con tener relaciones físicas con mujeres, ¿no es cierto?

Saryon levantó la cabeza, su rostro era febril.

—¿Cómo..., cómo lo supisteis? Habéis leído en mi pensamiento...

—No, no. —El *Theldara* levantó las manos con una sonrisa—. Yo no sé vaciar

las mentes como hacen los Ejecutores. Este tipo de sueños es bastante natural, Hermano. Un resto de la época oscura de nuestra existencia; sirven para recordarnos nuestra naturaleza animal y que seguimos estando ligados al mundo. ¿Nadie habló nunca contigo sobre ello?

La expresión en el rostro de Saryon era tan cómica, al mezclar alivio con sobresalto e ingenuidad, que al Druida le costó un verdadero esfuerzo mantener la seriedad, incluso mientras, interiormente, maldecía aquel entorno frío, estéril y sin amor que debía de haber fomentado aquella sensación de culpa en el joven. El *Theldara* se dispuso a aclarar aquel asunto en muy pocas palabras.

—Se especula con que en el oscuro y sombrío país de nuestro pasado, nosotros los magos nos veíamos obligados a unirnos carnalmente para producir descendencia, tal como hacen los animales. Ello no nos permitía controlar la reproducción de nuestra especie, y hacía que nuestra sangre se mezclara con la de los Muertos. Incluso en los años posteriores a nuestra llegada a este mundo, o por lo menos así se cree, seguimos apareándonos de esa forma; pero entonces descubrimos que teníamos la facultad de tomar la semilla del hombre y transferirla —utilizando la Energía Vital— a la mujer. De esta forma podemos controlar el crecimiento de la población a la vez que elevamos a la gente por encima de los deseos animales de la carne. Pero no es tan fácil como parece, ya que la carne es débil. Supongo que esos sueños quedaron atrás —continuó el *Theldara*—, o quizás aún te preocupa...

—No —interpuso Saryon apresuradamente, algo confuso—. No, no me preocupan... Tampoco lo superé... no creo... Quiero decir... Las matemáticas —explicó finalmente—. ¡Des... descubrí que lo que anteriormente había sido... un juego, era mi... salvación! —Incorporándose en el almohadón, miró al Druida mientras su rostro se iluminaba—. ¡Cuando estoy inmerso en el mundo de mis estudios, me olvido de todo! ¿Entendéis, Hacedor? *Ésa* es la razón de que falte a los Rezos Vespertinos. Me olvido de comer, de las horas de paseo; ¡todo me parece una pérdida de tiempo! ¡Saber! Estudiar, aprender y crear: nuevas teorías, nuevos cálculos. ¡He reducido la fuerza mágica necesaria para crear cristal de la roca a la mitad! ¡Y esto no es nada, *nada*, comparado con algunas de las cosas que he estado planeando! Pero, si he descubierto incluso...

Saryon se interrumpió bruscamente.

—¿Has descubierto qué? —preguntó el Druida como sin darle importancia.

—Nada que os pueda interesar —repuso el catalista con sequedad. Fijando la vista en el almohadón, observó de pronto el agujero que había hecho en él. Ruborizándose, intentó arreglar, sin demasiado éxito, el estropicio que había causado.

—Puede que no entienda de matemáticas —dijo el *Theldara*—, pero me interesaría mucho oírte hablar de ello.

—No. No es nada, en realidad. —Saryon se levantó, algo vacilante—. Siento lo

del almohadón...

—Se arregla fácilmente —le contestó el Druida poniéndose en pie sonriente, aunque, una vez más, estudiaba al joven catalista atentamente—. ¿Volverás de nuevo para que podamos discutir ese nuevo descubrimiento tuyo?

—Es posible. No..., no lo sé. Como he dicho, no es realmente importante. Lo que tiene importancia en mi vida son las matemáticas. ¡Son más importantes para mí que cualquier otra cosa! ¿No lo entendéis? La obtención de conocimientos... ¡*Cualquier* clase de conocimientos! Incluso aquellos que son... —Saryon se detuvo abruptamente —. ¿Puedo irme ahora? —preguntó—. ¿Habéis terminado conmigo?

—No he «terminado» contigo, porque, en realidad, nunca he «empezado» contigo —le reprendió el *Theldara* amablemente—. Se te aconsejó que vinieras aquí porque tu Maestro estaba preocupado por tu salud. Yo también lo estoy. Evidentemente estás trabajando demasiado, Hermano Saryon. Esa magnífica mente tuya depende de tu cuerpo; tal como he dicho antes, si descuidas uno, la otra también sufrirá.

—Sí —murmuró Saryon, avergonzado de su arrebato—. Lo siento, Hacedor. Quizá vos tengáis razón.

—¿Te veré en las comidas... y en el patio de ejercicio?

—Sí —respondió el catalista, reprimiendo un exasperado suspiro; y, dándose la vuelta, se encaminó a la puerta.

—Y deja de pasar *todo* tu tiempo en la Biblioteca —continuó el Druida, siguiéndole—. Hay otros...

—¿La Biblioteca? —Saryon giró en redondo, pálido como un muerto—. ¿Qué tiene que ver la Biblioteca?

El *Theldara* parpadeó, sobresaltado.

—Pues, nada, Hermano Saryon. Mencionaste el estudio. Naturalmente, yo he deducido que pasabas la mayor parte de tu tiempo en la Biblioteca...

—¡Bien, pues estáis equivocado! ¡No he estado allí desde hace un mes! —le espetó Saryon con vehemencia—. Un mes, ¿me oís?

—Sí, claro...

—Que Almin os acompañe —dijo el catalista hablando entre dientes—. No hace falta que me guiéis, conozco el camino.

Con una torpe inclinación de cabeza, atravesó apresuradamente la puerta saliendo de los aposentos del Druida, con la corta túnica golpeándole en los huesudos tobillos mientras cruzaba la enfermería rápidamente y salía por la puerta que había al otro extremo.

El Druida se quedó mirando pensativamente hacia el lugar por donde el muchacho se había ido, durante un buen rato después de que él hubiera salido, acariciando con aire ausente el plumaje del cuervo, que había entrado volando por la ventana y se había posado sobre su hombro.

—¿Qué? —le preguntó al pájaro—. ¿Dijiste algo?

El ave graznó una respuesta, limpiándose el pico con una pata, mientras, también ella, miraba con sus brillantes ojillos negros hacia la dirección que había tomado el catalista.

—Sí —contestó el *Theldara*—, tienes razón, amigo mío. Esa alma vuela ciertamente en las alas de la oscuridad.

4. La Cámara del Noveno Misterio

El Maestro Bibliotecario no estaba de guardia cuando ocurrió el incidente. Era pasada la medianoche y hacía mucho rato que había sonado ya la Hora del Reposo. La única persona de guardia era un anciano Diácono al que se conocía como el Submaestro.

En realidad, el término Submaestro era totalmente inapropiado, puesto que no era maestro de nada, ni especializado ni sin especializar. De hecho, no era más que un vigilante, cuya principal responsabilidad en la Biblioteca Interior era la de disuadir a las ratas de frecuentarla, ya que, totalmente indiferentes a la búsqueda de la sabiduría, últimamente habían tomado por costumbre digerir los libros en lugar de los conocimientos que contenían impresos en su interior.

El Submaestro era uno de los pocos habitantes de El Manantial al que se le permitía permanecer levantado después de la Hora del Reposo, aunque aquello le importaba muy poco, puesto que, de todas maneras, tenía por costumbre dar cabezadas a cualquier hora del día. Su calva cabeza de amarillenta piel estaba, de hecho, empezando a inclinarse peligrosamente sobre las páginas del volumen que, según él, leía atentamente, cuando oyó un ruido como de algo que se arrastrase al otro extremo de la Biblioteca.

El ruido le hizo dar un respingo, al tiempo que el corazón le daba un vuelco. Tosiendo nerviosamente, miró con ojos miopes hacia las sombras que cubrían la inmensa Biblioteca con la esperanza (o más bien el temor) de descubrir qué era lo que había provocado el ruido. En ese momento recordó las ratas, y se le ocurrió que una rata que produjera un sonido audible a tanta distancia, debía de ser un ejemplar extraordinariamente grande. También se le ocurrió que tendría que cruzar una sección muy oscura de la Biblioteca para poder darle su merecido a aquella bellaca. Tomando en cuenta aquellas dos posibilidades, decidió finalmente, tras un momento de profunda consideración, que no había oído ningún ruido, que tan sólo se lo había imaginado.

Sumamente reconfortado, volvió a su lectura, empezando por el mismo párrafo que había estado intentando leer desde hacía una semana y que infaliblemente le sumía en un profundo sopor, al poco rato.

Esta vez no fue ninguna excepción. Su nariz tocaba ya la página cuando volvió a oírse aquel ruido de algo que se arrastraba.

Este Diácono había visto muchas maravillas durante su juventud, habiendo sido testigo de una escaramuza entre los reinos de Merilon y Zith-el. Había visto llover fuego del cielo, brotar lanzas de los árboles; a los Señores de la Guerra transformar hombres en centauros, gatos en leones, lagartos en dragones, ratas en babeantes monstruos. De modo que, como para aquel entonces la rata había alcanzado en su

mente un tamaño que estaba en relación con sus recuerdos, el Diácono se levantó, tembloroso, de su silla y se precipitó hacia la puerta.

Sacando la cabeza fuera de la Biblioteca, pero sin atreverse a salir completamente (¡no fuera a decirse que abandonaba su puesto!), el Diácono abrió la boca para pedir ayuda a los *Duuk-tsarith*. Sin embargo, la visión de aquella figura alta vestida de negro y encapuchada allí de pie inmóvil, con las manos cruzadas al frente, le hizo vacilar, llenándole de un temor casi idéntico al que le había provocado el misterioso ruido. Quizá no era nada. Quizá fuera simplemente una rata *pequeña*...

¡Se oyó de nuevo! ¡Y esta vez acompañado del sonido de una puerta que se cerraba!

—¡Ejecutor! —siseó el Diácono, haciendo un ademán con una mano paralizada por el terror—. ¡Ejecutor!

La cabeza encapuchada giró en su dirección. El Diácono pudo ver dos ojos brillantes y luego, en un suspiro y sin que pudiera observársele movimiento alguno, la enlutada figura se materializó ante él en silencio.

Aunque el Señor de la Guerra no habló, el Diácono oyó una pregunta en su mente, con toda claridad.

—No..., no estoy se... seguro —respondió tartamudeando el Diácono—. He oído un ruido.

El *Duuk-tsarith* inclinó la cabeza, aunque la única prueba de ello que tuvo el Diácono fue que el extremo de su puntiaguda y negra capucha se estremeció ligeramente.

—Pa... parecía muy grande, no el ruido, claro. Quiero decir, como si lo hubiera hecho algo bastante grande y... *me pareció* oír cerrarse una puerta.

Un soplo de aire húmedo y caliente se escapó de la negra capucha.

—¡Claro que no! —El Diácono pareció escandalizarse—. Es la Hora del Reposo. A nadie se le permite estar aquí. Yo tengo dis... dispensa —añadió, aturullándose a causa del nerviosismo.

La cabeza encapuchada se volvió para examinar los sombríos pasillos que formaban las estanterías de cristal y su valioso contenido.

—A... ahí —dijo el Diácono con voz trémula, indicando hacia el extremo opuesto de la Biblioteca—. No vi nada. Simplemente oí un ruido, una especie de crujido, y luego... luego la puerta...

Se detuvo, al llegarle otro apagado suspiro.

—¿Qué hay ahí al fondo? Un momento. Dejad que piense. —La totalidad de su calva cabeza se arrugó mientras atravesaba penosamente la Biblioteca Interior con su imaginación. Por fin, su vacilante paseo mental le condujo a hacer un descubrimiento sorprendente, puesto que sus ojos se abrieron de par en par y se quedó mirando fijamente al *Duuk-tsarith* con espanto—. ¡El Noveno Misterio!

La negra capucha del Ejecutor dio un bandazo.

—¡La Cámara del Noveno Misterio! —El Diácono se retorció las manos—. ¡Los libros prohibidos! Pero si la puerta está siempre sellada. Cómo... Qué...

Pero le estaba hablando al vacío. El Señor de la Guerra había desaparecido.

Debido al estado de agitación en que se encontraba, el Diácono tardó un poco en asimilar lo que realmente había ocurrido. Pensando, en un principio, que el *Duuk-tsarith* podría haber huido aterrorizado, el Diácono estuvo a punto de seguirlo cuando le asaltó un pensamiento mucho más lógico. Estaba muy claro. El Ejecutor había ido a investigar.

Imágenes de la gigantesca rata surgieron amenazadoras ante los ojos del Diácono. «Quizá debería permanecer aquí vigilando la entrada», pensó. Pero entonces, la imagen del Maestro Bibliotecario reemplazó a la del enorme roedor, y, con un suspiro, el Diácono se recogió los faldones de la ondulante túnica blanca para que no arrastrasen por el polvo, y atravesó a toda prisa la Biblioteca, en dirección a la habitación prohibida.

Sintiéndose perdido, por un momento, en aquel laberinto de estanterías de cristal, el sonido de unas voces a su derecha, un poco más adelante, le indicó el camino a seguir y echó a correr, llegando ante la puerta de la cámara prohibida justo en el mismo momento en que otro silencioso y enlutado *Duuk-tsarith* se materializaba surgiendo de la nada. Como el primer Ejecutor había retirado el sello de la puerta, el segundo entró inmediatamente. El Diácono hizo un movimiento para seguirlos, pero la inesperada aparición del segundo Ejecutor le había alterado los nervios de tal manera que se vio obligado a apoyarse en la puerta durante unos segundos, apretando una mano sobre su palpitante corazón.

Al poco, recobrándose y no queriendo perderse el espectáculo de dos *Duuk-tsarith* batallando contra una rata gigante, el Diácono se asomó cautelosamente al interior de la cámara. A pesar de que las vetustas sombras habían sido rechazadas a sus rincones por la luz de una vela, parecían estar esperando la menor oportunidad para saltar fuera de ellos y volver a tomar posesión, una vez más, de su mohoso hogar; y mientras miraba al interior de la habitación, la rata gigante se esfumó de la enrarecida imaginación del Diácono, siendo reemplazada por un horror más real y profundo. En aquel momento se dio cuenta de que tenía que enfrentarse con algo mucho más siniestro y terrible.

Alguien había penetrado en la habitación prohibida. Alguien estaba estudiando sus oscuros y arcanos secretos. Alguien se había dejado seducir por el espantoso poder del Noveno Misterio.

Parpadeante, intentando acostumbrar sus ojos al brillante haz de luz que despedía la vela, el Diácono no pudo reconocer, al principio, a la figura acobardada que sujetaban los dos oscuros Señores de la Guerra. Únicamente pudo ver una túnica

blanca bordeada de gris como la suya. Un Diácono de El Manantial, por lo tanto. Pero ¿quién...?

Un rostro demacrado y de aspecto desdichado levantó la vista hacia él.

—¡Hermano Saryon!

5. Los aposentos del Patriarca

Poniéndose en pie pesadamente, una vez realizada la Ceremonia del Alba, el Patriarca Vanya se alisó las rojas vestiduras y, dirigiéndose hacia la ventana, se quedó contemplando la salida del sol, con los labios apretados y el entrecejo fruncido. El sol, como si se hubiera dado cuenta del severo examen al que se le sometía, asomó tímidamente sobre los picos de las lejanas montañas Vannheim. Pareció incluso dudar durante unos pocos segundos, balanceándose sobre las agudas crestas de los nevados picos, aparentemente dispuesto a ocultarse de nuevo al momento a la más mínima indicación por parte del Patriarca.

El Patriarca, no obstante, se apartó de la ventana, tomando y colocándose pensativamente alrededor del cuello la cadena de oro y plata que simbolizaba el cargo que ostentaba y al mismo tiempo hacía juego con el reborde en oro y plata de sus ropas. Como si hubiera estado aguardando aquel momento, el sol se precipitó hacia el firmamento, inundando de luz la habitación del Patriarca. Frunciendo aún más el entrecejo, el Patriarca Vanya se dirigió de nuevo majestuosamente hacia la ventana y corrió las pesadas cortinas de terciopelo.

Un suave y tímido golpe en la puerta interrumpió a Vanya cuando se disponía a sentarse a su mesa para empezar con sus tareas diarias.

—Entrad con la bendición de Almin —dijo con voz suave y placentera, aunque dejó escapar un suspiro inmediatamente después, con expresión malhumorada, al posar la mirada sobre el montón de misivas, recién entregadas por los Ariels, que descansaban sobre la reluciente madera.

No obstante, la expresión ceñuda se había esfumado cuando el visitante hizo su aparición en el umbral. Un rebelde rayo de sol, que había conseguido filtrarse por un resquicio de las cortinas, hizo centellear un pedazo del reborde plateado que adornaba la blanca túnica de aquel hombre. El Cardinal se deslizó al interior de la habitación, sin que sus zapatos hicieran el menor ruido al andar sobre la gruesa alfombra; luego, tras haber saludado con una reverencia desde la puerta abierta, la cerró cuidadosamente tras él y se acercó temeroso.

—Divinidad —empezó, pasándose la lengua por los labios nerviosamente—, un incidente de lo más lamentable...

—Que el sol os alumbre, Cardinal —saludó el Patriarca desde su asiento de detrás del enorme escritorio.

El Cardinal se ruborizó.

—Os pido disculpas, Divinidad —murmuró, inclinándose de nuevo—. Que el sol os alumbre. Que la bendición de Almin os acompañe en este día.

—Y también a vos, Cardinal —deseó el Patriarca plácidamente, mientras estudiaba las misivas que los mensajeros le habían entregado en mano la noche

anterior.

—Divinidad, un incidente de lo más lamentable...

—No debemos permitir nunca que las cosas mundanas nos afecten de tal manera que nos olvidemos de invocar la bendición de Almin —observó Vanya, con aspecto ensimismado, aparentemente absorto en la lectura de una de las cartas, que estaba envuelta por el aura dorada del Emperador. En realidad, no estaba leyendo la carta en absoluto. Otro «lamentable incidente». ¡Maldición! Acababa de vérselas con uno: un pobre estúpido, un Catalista Residente, que se había enredado con la hija de un noble de rango menor hasta tal punto, que ambos habían cometido el horrendo pecado de mantener relaciones carnales. La Orden había decretado su ejecución mediante la Transformación; una decisión muy sabia. Pero, de todas maneras, no había sido nada agradable y había trastornado la vida en El Manantial durante una semana—. Lo recordaréis, ¿verdad, Cardinal?

—Sí, desde luego, Divinidad —titubeó el Cardinal, mientras el rubor le ascendía desde el rostro a la calva cabeza. Vaciló.

—¿Bien? —El Patriarca levantó los ojos—. ¿Un muy lamentable incidente?

—Sí, Divinidad. —El Cardinal aprovechó de inmediato la oportunidad—. Uno de los Diáconos jóvenes fue descubierto anoche en la Gran Biblioteca después de haber sonado la Hora del Reposo...

Vanya frunció el entrecejo, malhumorado, y agitó su mano rechoncha con un movimiento impaciente.

—Que uno de los Submaestros determine el castigo que merece, Cardinal. Yo no puedo perder el tiempo ocupándome de todas las infracciones...

—Os pido disculpas de nuevo, Divinidad —interrumpió el Cardinal, dando un paso hacia adelante llevado por su ardor—, pero ésta no es una infracción corriente.

Vanya clavó la mirada en el rostro del otro y se dio cuenta, por primera vez, de la aterradora seriedad y solemne intensidad que se reflejaba en él. Con semblante grave, el Patriarca depositó la misiva del Emperador sobre el escritorio y le dedicó a su ministro toda su atención.

—Adelante.

—Divinidad, al joven se lo encontró en la Biblioteca Interior —el Cardinal se interrumpió, no porque intentara darle más dramatismo a la situación intencionadamente, sino porque precisaba reunir fuerzas para enfrentarse a la reacción que esperaba de su superior—, en la Cámara del Noveno Misterio.

El Patriarca Vanya contempló al Cardinal en silencio, con el disgusto oscureciéndole el semblante.

—¿Quién? —gruñó.

—El Diácono Saryon.

La severa mirada se acentuó.

—Saryon..., Saryon —murmuró, tamborileando abstraído con los dedos de su gordinflona mano sobre la mesa, mientras los movía arriba y abajo, como tenía por costumbre.

Al Cardinal, que ya se lo había visto hacer en otras ocasiones, le recordó vividamente a una araña que se moviera con lentitud y de manera inexorable por la negra madera. Con un movimiento involuntario, retrocedió un paso mientras refrescaba la memoria de su superior.

—Saryon. El matemático prodigioso, Divinidad.

—¡Ah, sí! —Las erizadas cejas se relajaron ligeramente, la indignación se redujo algo—. Saryon. —Se quedó pensativo un momento, luego volvió a fruncir el entrecejo—. ¿Cuánto tiempo permaneció dentro?

—No mucho, Divinidad —se apresuró a asegurarle el Cardinal—. Los *Duuk-tsarith* fueron alertados casi inmediatamente por el Submaestro, que oyó un ruido en el otro extremo de la Biblioteca. Por consiguiente, pudieron detener al joven a los pocos minutos de haber entrado.

El alivio se reflejó en el rostro del Patriarca, que estuvo casi a punto de sonreír. No obstante, al darse cuenta de que aquella expresión de alivio no había pasado inadvertida al Cardinal, y que éste le observaba con una creciente mirada de escandalizada desaprobación, Vanya adoptó inmediatamente un aire sombrío y severo.

—Esto no debe quedar sin castigo.

—No, desde luego que no, Divinidad.

—Este Saryon debe servir de ejemplo, no sea que los demás cedan a la tentación.

—Eso es exactamente lo que yo estaba pensando, Divinidad.

—Sin embargo —dijo Vanya pensativo, suspirando pesadamente y poniéndose en pie—, no puedo por menos que pensar que esto es en parte culpa nuestra, Cardinal.

Los ojos del Cardinal se abrieron desmesuradamente.

—Yo os aseguro, Divinidad —protestó con frialdad—, que ni yo, ni ninguno de nuestros Maestros ha siquiera...

—¡Oh, no quiero decir eso! —lo cortó Vanya, agitando la mano—. Recuerdo haber oído algunos comentarios sobre que ese joven estaba descuidando su salud y sus oraciones en favor de sus libros. Obviamente, hemos permitido que Saryon se dejara absorber de tal manera por sus estudios que ha llegado a perder el contacto con este mundo. Incluso ha estado a punto de perder su alma —añadió el Patriarca solemnemente, sacudiendo la cabeza—. ¡Ah!, Cardinal, se nos podría haber hecho responsables de la pérdida de esa alma, pero, gracias a la misericordia de Almin, se nos da una oportunidad de salvar a ese joven.

—Alabado sea Almin —murmuró entre dientes el Cardinal, al recibir del Patriarca una mirada llena de reproche, aunque era evidente que no consideraba que

aquello constituyese una de las grandes bendiciones de su vida.

Dándole la espalda a su enfurruñado pastor, el Patriarca se dirigió a la ventana y, apartando la cortina a un lado con una mano, miró al exterior como si meditase sobre lo hermoso del día; pero el día estaba muy lejos de su pensamiento, como lo evidenció el hecho de que, al ver que el Cardinal no decía nada más, Vanya, sujetando aún la cortina con la mano, lo miró con el rabillo del ojo, y añadió:

—El alma de ese joven es de suprema importancia; ¿no estáis de acuerdo, Cardinal?

—Naturalmente, Divinidad —dijo el Cardinal, parpadeando al darle la luz en los ojos, y viéndola centellear en el ojo del Patriarca.

El Patriarca volvió a su contemplación de la hermosa mañana.

—Me parece a mí, por lo tanto, que nos corresponde algo de culpa por la caída de ese joven, a causa de nuestra negligencia al permitirle que vagara solo, sin guía o supervisión. —Al no recibir respuesta, Vanya exhaló un suspiro y se golpeó en el pecho duramente con la mano—. Yo me incluyo también entre aquellos a quienes hay que culpar, Cardinal.

—Su Divinidad es demasiado bondadoso...

—Por lo tanto, ¿no sería lógico que su castigo cayera sobre nosotros? ¿Que sirviéramos nosotros de ejemplo, no ese joven, puesto que hemos sido nosotros quienes le hemos fallado a él?

—Supongo...

Dejando caer la cortina bruscamente, sumergiendo de nuevo la habitación en una fresca penumbra, Vanya se apartó de la ventana volviéndose de cara a su pastor, que de nuevo parpadeaba, esforzándose por ajustar su visión a la semioscuridad al igual que se esforzaba por ajustar su mente al pensamiento del Patriarca.

—Humillarnos públicamente a causa de este incidente le haría a la Iglesia, no obstante, un mal servicio; ¿no lo creéis así, Cardinal?

—¡Desde luego, Divinidad! —La agitación del Cardinal iba en aumento, lo mismo que su confusión—. Algo así es inimaginable...

Con semblante pensativo y meditabundo, el Patriarca se puso las manos a la espalda.

—¿No es contrario a todos nuestros preceptos, sin embargo, que pague otro por nuestros pecados?

El Cardinal, perdido totalmente el hilo, únicamente pudo murmurar una evasiva.

—Por lo tanto —continuó el Patriarca con voz suave—, considero que sería lo mejor para la misma Iglesia y para el alma de ese joven que este incidente fuera... olvidado.

El Patriarca mantuvo la vista fija en el pastor. El Cardinal parecía indeciso, pero finalmente su expresión se endureció obstinadamente. El entrecejo de Vanya se

frunció de nuevo. Los dedos de sus manos se enroscaron unos con otros irritados, mientras permanecían, escondidos, a su espalda. El Cardinal era, generalmente, un hombre apacible y sin pretensiones cuya mejor cualidad, por lo que se refería a Vanya, era su lentitud de pensamiento; pero esta misma lentitud tenía sus inconvenientes en algunas ocasiones. La propia vida del Cardinal estaba repartida en porciones iguales de blanco y negro; por consiguiente, nunca podía ver más allá de aquellas escuetas rayas para discernir los sutiles tonos grisáceos. Si su ministro pudiera hacer su voluntad, reflexionó Vanya amargamente, ¡al joven Saryon se lo sentenciaría con toda probabilidad a la Transformación!

Con voz tranquila, Vanya murmuró en voz baja, haciendo hincapié en las cuatro últimas palabras:

—Lamentaría causarle a la madre de Saryon la más mínima pena, especialmente en un momento en que está tan preocupada, como lo estamos todos, por la salud de *su prima, la Emperatriz...*

El rostro del Cardinal experimentó una leve crispación. Podía ser lento de pensamiento, pero no era ningún estúpido; y ésta era otra de sus valiosas cualidades.

—Comprendo —dijo, inclinándose.

—Estaba seguro de que lo haríais —repuso el Patriarca Vanya con sequedad—. Ahora —se dirigió de nuevo a su escritorio y siguió con energía—, ¿quién está enterado de la infracción cometida por ese desgraciado joven?

El Cardinal se puso a pensar.

—El Submaestro que lo encontró y el Director...; tuvimos que informarle, naturalmente.

—Lo supongo —murmuró Vanya, mientras su mano reptaba una vez más por el escritorio—. Los Ejecutores. ¿Alguien más?

—No, Divinidad. —El Cardinal negó con la cabeza—. Afortunadamente era la Hora del Reposo...

—Sí. —Vanya se frotó la frente—. Muy bien. Los *Duuk-tsarith* no serán un problema. Puedo confiar en su discreción. Enviadme a los otros dos, junto con ese desdichado joven.

—¿Qué haréis con él?

—No lo sé —dijo Vanya suavemente, tomando la carta del Emperador y mirándola sin verla—. No lo sé.

Pero, cuando una hora más tarde, entró en el despacho el Sacerdote que desempeñaba el cargo de secretario del Patriarca para anunciarle que el Diácono Saryon estaba allí esperando para verle, tal y como se le había pedido, Vanya ya había decidido lo que iba a hacer.

Teniendo sólo un vago recuerdo del aspecto de Saryon, el Patriarca había estado intentando que acudiera a su memoria la fisonomía del joven desde que el Cardinal lo

dejara. Aquello no podía considerarse como un descrédito a los poderes de observación del Patriarca, ya que éstos eran muy agudos; y, en cambio, sí decía mucho en su favor el que consiguiera finalmente extraer el rostro serio y demacrado del joven genio de las matemáticas, de entre los otros rostros de los cientos de hombres y mujeres que entraban y salían de El Manantial.

Una vez que hubo fijado aquel rostro firmemente en su cerebro, Vanya continuó trabajando durante la media hora siguiente al anuncio de la llegada del joven. «Dejemos que el pobrecillo sufra un poco», se dijo Vanya con tranquilidad, sabiendo perfectamente que la más exquisita forma de tortura es aquella que uno se inflige a sí mismo. Echándole una ojeada al reloj de cristal que descansaba sobre su escritorio, observó, por la posición del diminuto y mágico sol que giraba por encima del reloj de sol que encerraba aquella prisión de cristal, que había transcurrido ya el tiempo necesario. Levantando una mano, hizo vibrar un pequeño carillón de plata, que dejó escapar una suave nota. Luego, poniéndose en pie sin prisa, el Patriarca se colocó la mitra sobre la cabeza y se alisó las ropas. Una vez listo, avanzó hacia el centro de la suntuosa habitación, y se quedó allí de pie, aguardando con gran majestuosidad.

La puerta se abrió, y el secretario apareció en ella durante un instante, pero su presencia quedó inmediatamente oscurecida al pasar junto a él las figuras enlutadas y encapuchadas de los silenciosos *Duuk-tsarith*, que rodeaban la figura vacilante de un joven al que sujetaban, envolviéndolo al igual que la noche envuelve la Tierra.

—Podéis dejarnos —les dijo el Patriarca a los Ejecutores, quienes se desvanecieron haciendo una reverencia. La puerta se cerró silenciosamente, dejando solos al Patriarca y a su joven transgresor.

Manteniendo cuidadosamente una expresión fría y severa, Vanya miró al joven con curiosidad, diciéndose a sí mismo con satisfacción que su evocación de las facciones de Saryon había sido exacta, aunque tuvo que estudiarlo con detenimiento durante algunos segundos para asegurarse de ello, de tal forma había cambiado el rostro que se presentaba a sus ojos. Demacrado ya lo había estado, debido a las largas horas de estudio, pero ahora aparecía cadavérico y atacado de una palidez propia de un difunto. Los ojos brillaban febriles, y se hundían en los elevados pómulos; el largo y delgado cuerpo temblaba, al igual que las enormes manos. El sufrimiento, el remordimiento y el temor eran visibles en cada línea de aquel tembloroso cuerpo, en los enrojecidos ojos y en las huellas dejadas por las lágrimas, que le recorrían el rostro.

Vanya se permitió sonreír para sus adentros.

—Diácono Saryon —empezó con voz profunda y sonora.

Pero antes de que pudiera decir nada más, el desdichado joven atravesó la habitación de un salto y, cayendo de rodillas ante el sobresaltado Patriarca, agarró el borde de su túnica y se lo llevó a los labios. Luego, gimoteando algo incoherente,

Saryon rompió a llorar.

Ligeramente desconcertado, el Patriarca frunció el entrecejo al ver cómo una gran mancha se extendía por el reborde de su costosa túnica de seda, y la arrancó de las manos del muchacho. Saryon no se movió, sino que continuó inmóvil de rodillas, doblado sobre sí mismo con las manos cubriéndole el rostro, sollozando lleno de aflicción.

—¡Serénate, Diácono! —dijo Vanya bruscamente, añadiendo luego con más amabilidad—: Vamos, muchacho. Has cometido un error, pero no es el fin del mundo. Eres joven. La juventud es la época de la exploración. —Agachándose, sujetó el brazo de Saryon—. Es un momento de nuestra vida en el que nuestros pasos nos llevan por caminos inexplorados —siguió, tirando casi de él para levantarlo del suelo —, donde, algunas veces, tropezamos con las tinieblas. —Conduciendo sus vacilantes pasos, el Patriarca llevó a Saryon hasta una silla, mientras le hablaba con dulzura—. Todo lo que tenemos que hacer en estos casos es dirigirnos a Almin para que nos ayude a encontrar el buen camino. Aquí, eso es. Ahora, siéntate. Imagino que ni anoche ni esta mañana habrás comido ni bebido nada, ¿verdad? Ya lo pensaba. Prueba este jerez. Es realmente delicioso, proviene de los viñedos del Duque Algor.

El Patriarca le sirvió una copa de jerez a Saryon, que el joven se negó a aceptar echándose hacia atrás como si le ofrecieran veneno, aterrado de que el Patriarca le sirviera a él.

Observando el desconcierto del joven con secreta complacencia, Vanya incrementó sus atenciones hacia él, colocando la copa de jerez en su reacia mano; luego, quitándose la mitra, el Patriarca se sentó frente a él en una mullida, confortable y a la vez elegante silla. Sirviéndose una copa de jerez, la dejó suspendida en el aire cerca de su boca y se alisó las ropas, poniéndose cómodo.

Totalmente estupefacto, Saryon no podía hacer otra cosa que mirar con los ojos abiertos de par en par a aquel gran hombre, que en aquellos momentos tenía más el aspecto de un pariente cercano algo sobrado de peso, que no el de una de las autoridades más poderosas del país.

—Alabado sea Almin —brindó el Patriarca, haciendo que la copa le rozara los labios, y tomando un pequeño sorbo de aquel excelente jerez.

—Alabado sea Almin —musitó Saryon reflexivamente, intentando beber y derramándose en su nerviosismo la mayor parte del jerez sobre las ropas.

—Bien, Hermano Saryon —dijo el Patriarca Vanya, adoptando el aire de un padre que está a punto de castigar a su hijo más querido—, dejemos de lado las formalidades. Quiero saber de tu propia boca lo que ocurrió exactamente.

El joven parpadeó; la copa, que había conseguido finalmente hacer flotar en el aire, se tambaleó al perder la concentración sobre ella, y tuvo que agarrarla precipitadamente, depositándola sobre una mesita cercana con mano temblorosa.

—Divinidad —murmuró el infortunado Saryon, aturdido—, mi crimen... es algo perverso... imperdonable...

—Hijo mío —dijo Vanya en un tono de tal infinita paciencia y dulzura, que los ojos de Saryon volvieron a llenarse de lágrimas—, Almin, en su infinita sabiduría, conoce tu crimen, y en su misericordia, te perdona. Comparado con nuestro Padre, yo no soy más que un pobre mortal, pero, también yo desearía conocer el crimen para poder unirme a su perdón. Explícame qué fue lo que te llevó a dar ese desgraciado paso.

El pobre Saryon estaba tan desmoralizado, que durante un buen rato no le fue posible hablar. Vanya aguardó, sorbiendo su jerez, mostrando exteriormente una expresión de paternal benevolencia, mientras que interiormente ocultaba una sonrisa de satisfacción. Finalmente, el joven Diácono empezó a hablar. Sus palabras surgieron vacilantes y desmayadas al principio, mientras sus ojos se clavaban en el suelo; luego, al encontrar compasión y comprensión cada vez que levantaba los ojos para ver el efecto que causaban lo que él creía que eran las confesiones de un alma tan embrutecida y corrompida que debía estar ya perdida para siempre, empezó a calmarse. Sus pecados brotaron como un torrente.

—¡No sé qué fue lo que me obligó a hacerlo, Divinidad! —exclamó con impotencia—. Yo me sentía tan feliz, tan satisfecho aquí...

—Creo que lo sabes. Ahora debes confesártelo a ti mismo —repuso Vanya sosegadamente.

Saryon vaciló.

—Sí, quizá lo sé. Perdonadme, Divinidad, pero últimamente me he sentido...

Titubeó, como si no estuviese dispuesto a confesarlo.

—¿Aburrido? —sugirió Vanya.

El joven se sonrojó, sacudiendo la cabeza.

—No. Sí. Quizá. Los deberes son tan simples... —Movió la mano con impaciencia—. He aprendido todas las técnicas necesarias para hacerle de catalista a cualquier clase de mago. Sí —añadió como respuesta a la mirada escéptica de Vanya —. No me estoy vanagloriando. Y no es sólo eso, sino que he desarrollado nuevas fórmulas matemáticas para reemplazar los tradicionales y torpes cálculos que hemos estado utilizando durante siglos. Supongo que eso hubiera debido satisfacerme, pero no ha sido así. Me hizo desear más. —Absorto en lo que decía, Saryon empezó a hablar más y más deprisa, para, finalmente, levantarse y empezar a pasear por la habitación, gesticulando con las manos—. ¡Empecé trabajando en fórmulas que prepararían el terreno para nuevas maravillas, actos mágicos nunca antes soñados por el hombre! Ahondé más y más en las bibliotecas que existen en El Manantial. Finalmente, en un remoto rincón de la Biblioteca, descubrí la Cámara del Noveno Misterio.

»¿Podéis imaginar lo que sentí? No. —Saryon miró de reojo al Patriarca, azorado —. ¿Cómo podríais vos, vos que sois la bondad personificada? Me quedé mirando los caracteres rúnicos que había grabados sobre la entrada y me invadió un sentimiento muy parecido al Hechizo que sentimos cada mañana cuando percibimos la magia. Sólo que ese sentimiento no era uno que iluminase y llenase de satisfacción; era como si la oscuridad que invadía mi alma se intensificase hasta llegar a absorberme en su interior. Me sentía desfallecer y, literalmente, temblaba de deseo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Vanya, fascinado a pesar suyo—. ¿Entraste entonces?

—No. Estaba demasiado asustado. Permanecí de pie frente a la cámara, con los ojos clavados en ella durante no sé siquiera cuánto tiempo —suspiró Saryon fatigadamente—. Debí de permanecer así durante horas, porque repentinamente noté que tenía las piernas doloridas y me sentí mareado. Entonces me derrumbé sobre una silla aterrorizado, y miré a mi alrededor. ¿Y si me habían visto? ¡No había duda de que aquellos pensamientos prohibidos que habían pasado por mi cabeza debían reflejarse claramente en mi rostro! Pero no había nadie, estaba solo.

Saryon volvió a derrumbarse sobre su silla, uniendo la acción a las palabras de manera inconsciente.

—Sentado ahí, en la Sala de Estudio, cerca de la habitación prohibida, supe lo que era ser tentado por el Mal. —Hundió la cabeza entre las manos—. ¡Divinidad, yo sabía, tan seguro como que estaba sentado en aquella silla de madera, que podía atravesar aquellas puertas prohibidas! Claro que están custodiadas y protegidas por hechizos y runas —se encogió de hombros con impaciencia—, pero están selladas con unos hechizos tan elementales que cualquiera que tenga algo de Vida puede fácilmente deshacerlos. Es como si estuvieran custodiadas de esa manera por puro trámite, al darse por sobreentendido que nadie en su sano juicio querría jamás estar cerca de los textos prohibidos, y mucho menos leerlos.

Entonces, el muchacho se quedó silencioso. Bajando la voz, habló como si lo hiciese consigo mismo:

—Quizá no estoy en mi sano juicio. Últimamente parece como si todo lo que mirase estuviese distorsionado y nebuloso, como si mirara a través de una cortina hecha de gasa. —Levantando los ojos hacia Vanya, sacudió la cabeza y continuó, con la voz teñida de amargura—: En aquel instante me di cuenta de algo más, Divinidad. No había descubierto aquellos libros por casualidad. —Apretó el puño con fuerza—. No, yo los había estado buscando, buscándolos deliberadamente sin querer confesármelo a mí mismo. Mientras estaba sentado allí, me vinieron a la mente pasajes enteros de libros que había leído, pasajes que hacían referencia a libros que nunca había podido encontrar y que di por sentado que habían sido destruidos después de las Guerras de Hierro. Pero, cuando encontré aquella habitación, lo vi todo diferente. Estaban allí dentro. Tenían que estar. De hecho lo había sabido

siempre.

»¿Qué hice? —Se echó a reír histéricamente, con una risa que se quebró en un sollozo—. ¡Salí huyendo de la Biblioteca como si me persiguieran fantasmas! Corrí sin parar hasta llegar a mi celda y me arrojé sobre la cama temblando de miedo.

—Hijo mío, debieras haber hablado con alguien —le reprendió suavemente Vanya—. ¿Tan poca fe tienes en nosotros?

Saryon sacudió la cabeza, enjugándose las lágrimas con gesto impaciente.

—Estuve a punto de hacerlo. El *Theldara* me hizo llamar. Pero estaba asustado. —Suspiró—. Pensé que podía arreglármelas por mí mismo. Intenté ahogar en mi trabajo aquella sed de conocimientos prohibidos. Busqué limpiar mi alma en la oración y el cumplimiento de mis deberes. Después de aquello no falté ni una sola vez a la Ceremonia Vespertina, y empecé a hacer ejercicio junto con los otros en el patio, hasta quedar tan agotado que no podía ni pensar.

»Por encima de todo, me mantuve alejado de la Biblioteca. Sin embargo, no había un solo momento, tanto si estaba despierto como dormido, en que no pensara en aquella habitación y en el tesoro que yacía en su interior.

»Debiera haberme dado cuenta entonces de que estaba perdiendo mi alma. —Sus propias palabras lo arrastraron a seguir hablando—. Pero el dolor que me causaba el deseo era demasiado fuerte, y me rendí. Anoche, cuando todos los demás se habían retirado a sus celdas porque era la Hora del Reposo, me deslicé al exterior y atravesé los pasillos sin ser visto hasta llegar a la Biblioteca. No sabía que se había apostado allí al anciano Diácono para que asustara a los roedores, pero no creo que me hubiera detenido de haberlo sabido, de tan consumido como estaba por el deseo.

»Tal y como había previsto, fue muy sencillo deshacer los hechizos. Incluso de niño hubiera podido realizarlo. Conteniendo el aliento, me detuve en el umbral, saboreando el dulce tormento de la anticipación. Luego penetré en la habitación prohibida, con el corazón latiéndome de tal manera que estuvo a punto de estallarme, y el cuerpo bañado en sudor.

»¿Habéis estado en alguna ocasión allí dentro? —Saryon miró al Patriarca, quien enarcó las cejas de forma tan alarmante que el joven se echó hacia atrás—. No, no, su... supongo que no. Los libros no están colocados cuidadosamente, ni tampoco siguen ningún orden. Simplemente están amontonados como si los hubieran lanzado allí dentro, apresuradamente, manos que estuvieran impacientes por librarse de la contaminación. Cogí uno, el primero que encontré. —Las manos de Saryon se crisparon—. El júbilo y la satisfacción que sentí al tocar aquel pequeño libro me hicieron perder el sentido de la vista y del oído, perdí incluso la noción de dónde estaba y de lo que estaba haciendo. Tan sólo recuerdo que lo sujetaba entre las manos y que pensaba en qué maravillosos misterios estaban a punto de serme revelados, y que aquel dolor abrasador brotaría finalmente al exterior y me vería libre de mi

tormento.

—¿Y cómo era el libro? —preguntó el Patriarca Vanya muy dulcemente.

Saryon sonrió tristemente.

—Aburrido. Soso. A medida que volvía las páginas me sentía más y más confuso. ¡No entendí absolutamente nada, absolutamente nada! Estaba lleno de toscos dibujos de artefactos extraños y sin sentido, conteniendo referencias indirectas a cosas como «ruedas», «mecanismos» y «poleas». —Con un suspiro, Saryon inclinó la cabeza y suspiró como un niño al que acaban de desilusionar—. No mencionaba ni una palabra sobre matemáticas.

La sonrisa que Vanya había estado reprimiendo, por fin se hizo visible en sus labios, pero no importaba. Saryon no lo miraba, el joven tenía los ojos fijos en sus zapatos.

Con una voz sin vida, Saryon concluyó su relato:

—En aquel momento, llegaron los Ejecutores y... todo se oscureció. No... no recuerdo nada más hasta que... hasta que me encontré en mi celda.

Exhausto, se dejó caer de nuevo sobre los blandos cojines de la silla, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué hiciste entonces?

—Me di un baño. —Levantando la cabeza, Saryon vio la sonrisa de Vanya y, suponiendo que era debida a su afirmación, añadió a guisa de explicación—: Me sentía tan sucio y lleno de porquería...; debo de haberme bañado por lo menos unas veinte veces esta noche.

El Patriarca Vanya asintió, comprendiéndole.

—Y, sin duda, debes haber pasado toda la noche imaginando cuál podría ser tu castigo.

La cabeza de Saryon se inclinó de nuevo.

—Sí, Divinidad, desde luego —musitó.

—Indudablemente, te viste sentenciado a transformarte en uno de los Vigilantes, convertido en piedra para permanecer para siempre en la frontera del país.

—Sí, Divinidad —contestó Saryon en voz baja, apenas audible—. No es más que lo que me merezco.

—¡Ah!, Hermano Saryon, si a todos se nos castigara tan drásticamente por perseguir el conocimiento, éste sería un país de estatuas de piedra, y muy merecidamente. La búsqueda del conocimiento no es ningún mal. Tú lo buscaste en el lugar equivocado, eso es todo. Esos espantosos conocimientos fueron desterrados por un motivo: estuvieron a punto de destruir nuestro país. Pero tú no eres el único. A todos nosotros nos ha tentado el Mal en un momento u otro de nuestras vidas. Lo comprendemos. No lo condenamos. Debes confiar en nosotros. Debieras haber acudido a mí o a uno de los Maestros en busca de consejo.

—Sí, Divinidad. Lo lamento.

—En cuanto a tu castigo, éste ya ha sido infligido.

Asombrado, Saryon levantó la cabeza. Vanya sonrió suavemente.

—Hijo —le dijo, su voz llena de amabilidad—, esta noche has sufrido mucho más de lo que merecía tu leve pecado. No incrementaría ese sufrimiento por nada del mundo. No, de hecho, voy a hacerte un ofrecimiento para intentar, de alguna manera, compensarte por lo que me temo es mi parte de culpa en tu crimen.

—¡Divinidad! —El rostro de Saryon se tornó colorado, luego palideció—. ¿Vuestra parte de culpa? ¡No! Soy yo el único...

Vanya movió una mano con desaprobación.

—No, no, yo no he estado abierto a vosotros los jóvenes. Es evidente que me consideráis inaccesible. Lo mismo sucede, empiezo a darme cuenta, con los otros miembros de la jerarquía. Intentaremos remediarlo. De momento, necesitas un cambio de aires para quitarte esas polvorientas telarañas de la cabeza. Por lo tanto, Diácono Saryon —dijo el Patriarca—, me gustaría llevarte conmigo a Merilon, para que ayudases en las Pruebas que se le harán al Heredero de la Corona, cuyo nacimiento se espera en cualquier momento. ¿Qué respondes?

El joven no pudo responder, ya que se había quedado literalmente sin habla. Aquél era un honor por el que todos los miembros de la Orden habían estado compitiendo y rivalizando astutamente durante meses: desde el momento en que se anunció que la Emperatriz había quedado embarazada. Saryon, que había estado absorto en sus estudios y consumido por su sed de conocimientos prohibidos, no había prestado demasiada atención a las habladurías. De todas formas, él no pertenecía al círculo de jóvenes de ambos sexos que gozaban de gran popularidad en el seminario, y se imaginó que no le pedirían que fuese, aunque él quisiera ir.

Observando la perplejidad del joven, y dándose cuenta de que aún tardaría un poco en poder tomar una decisión, Vanya le empezó a hablar de las bellezas de la ciudad real y a comentarle las ramificaciones políticas de aquel nacimiento hasta que Saryon pudo, finalmente, musitar uno o dos comentarios inteligibles. El Patriarca comprendió lo que el joven estaba pensando. Habiendo esperado ser arrojado a la oscuridad y la ignominia, se encontraba, repentinamente, con que lo iban a llevar a la ciudad de la belleza y el placer, y lo iban a presentar en la Corte. Aquello le garantizaría un porvenir, no había duda de ello.

Hacía años que no había nacido un Heredero de la Corona. La Emperatriz había ascendido al trono a la muerte de su hermano, que no había tenido hijos. Las celebraciones que preparaba la ciudad de Merilon iban a ser de una espectacularidad increíble. A Saryon, como miembro honrado y reverenciado del personal del Patriarca Vanya, a la vez que emparentado —aunque de manera lejana— con la Emperatriz por parte de madre, le invitarían a fiestas y comidas los nobles más poderosos del país.

Indudablemente, alguna noble familia le invitaría a ser su Catalista Residente; había varias plazas vacantes que necesitaban cubrirse. Tendría el porvenir asegurado.

Y, lo que era más importante, se dijo a sí mismo el Patriarca mientras acompañaba cortésmente hasta la puerta al todavía aturdido Saryon, el joven viviría en Merilon. No regresaría a El Manantial durante mucho, mucho tiempo, si es que regresaba alguna vez.

6. Merilon

Encantada ciudad de ensueño..., Merilon. Bautizada por él gran mago que guió a su pueblo hasta aquel mundo lejano, quien la contempló con ojos que habían visto el transcurrir de siglos, y escogió aquel lugar para su tumba, donde ahora yace bajo el Hechizo Final en el claro que tanto amó.

Merilon. Su Catedral y sus palacios de cristal centellean como lágrimas congeladas sobre la faz del firmamento azul.

Merilon. Dos ciudades: una construida sobre plataformas de mármol forzadas, mediante la magia, a flotar en el aire como pesadas nubes que hayan sido domesticadas y moldeadas por la mano del hombre. Conocida por el nombre de Ciudad Superior, proyecta sobre la Ciudad Inferior una perpetua luz crepuscular de tonos rosados.

Merilon. Rodeada por una esfera mágica, decorativas nevadas caen bajo un tórrido sol veraniego, y fragantes brisas perfuman el gélido y quebradizo viento invernal.

Merilon. ¿Puede el visitante que se traslada hacia las alturas en dorados carruajes, tirados por corceles cubiertos de pelaje y plumas creados mediante prodigiosos encantamientos, contemplar esta ciudad sin que su corazón se inflame hasta hacer que su rostro rebose orgullo y felicidad?

Desde luego, Saryon no podía; sentado en un carruaje creado a semejanza de media cáscara de nuez, hecho de oro y plata, y tirado por una extravagante ardilla alada, observaba las maravillas que le rodeaban sin apenas poderlas ver a causa de las lágrimas. Sin embargo, aquello no era nada de lo que tuviera que avergonzarse, puesto que la mayoría de los catalistas del séquito del Patriarca Vanya sentían una emoción similar, con la única excepción del cínico Dulchase. Éste, habiendo nacido y pasado su infancia en Merilon, ya lo había visto todo con anterioridad y ahora permanecía sentado en el carruaje mirando a su alrededor con una expresión de aburrimiento que era la envidia de sus compañeros.

Para Saryon, las lágrimas que derramaba constituían un alivio y una bendición. Los últimos días pasados en El Manantial no habían sido fáciles para él; el Patriarca Vanya había conseguido mantener en secreto la infracción del joven, y había convencido a Saryon de que era de vital importancia para la Iglesia que él tampoco hablara del tema. Pero Saryon disimulaba muy mal, y su sentimiento de culpa le hacía percibir las palabras «Noveno Misterio» como si resplandecieran sobre su cabeza en letras de fuego para que todo el mundo pudiera verlas. Tan desgraciado se sentía, a pesar de las amables palabras de Vanya, que más tarde o más temprano le hubiera confesado su pecado a la primera persona que le mencionara la palabra «Biblioteca». Lo único que lo salvó y lo mantuvo demasiado ocupado para pensar en

su crimen, fue el frenesí de actividad en el que se vio precipitado mientras se preparaba para aquel viaje.

Y eso era, precisamente, lo que Vanya había previsto.

El mismo Patriarca, que precedía a su comitiva en el carruaje de la Catedral, formado por hojas de oro bruñido y tirado por dos aves de brillante plumaje rojo, estaba reflexionando sobre ello y preguntándose cómo se las estaría arreglando su joven pecador, mientras su mirada vagaba por la ciudad. A Vanya tampoco le impresionaban las bellezas de Merilon. Las había visto muchas, muchas veces.

La mirada aburrida del Patriarca pasó con rapidez sobre las paredes de cristal de las tres Casas Gremiales, que podían verse, colocada cada una de ellas sobre una plataforma de mármol de su mismo color, conocidas con el sobrenombre de Las Tres Hermanas. Le echó una ojeada a la Posada del Dragón, llamada así porque sus paredes de cristal estaban decoradas con una serie de quinientos maravillosos tapices, uno para cada habitación, que, cuando se los desenrollaba simultáneamente por la tarde, formaban el dibujo de un dragón cuyos colores llameaban en el cielo como un arco iris. Y bostezó cuando pasó junto a las mansiones de la nobleza, cuyas paredes acristaladas relucían con cortinas hechas de rosas, sedas o arremolinadas brumas. Sin embargo, al levantar la mirada hacia el cielo, hacia el Palacio Real que refulgía sobre la ciudad como una estrella, el Patriarca Vanya suspiró. No fue un suspiro de admiración y asombro, como los que dejaba escapar su séquito tras él. Fue un suspiro de preocupación e inquietud, o quizá de exasperación.

El único edificio de los niveles superiores de Merilon que captó totalmente la atención del Patriarca fue el edificio hacia el que se dirigían los carruajes: la Catedral de Merilon. Sus agujas y contrafuertes de cristal, que se había tardado treinta años en moldear, refulgían como una llama a la luz del sol, cuyo habitual color amarillento había sido cambiado aquel día por los practicantes del Misterio de las Sombras, los ilusionistas, por un brillante y refulgente rojo dorado, para disfrute del pueblo. Pero lo que atrajo la atención de Vanya no fue la resplandeciente belleza de la Catedral —cuya visión llenó a su comitiva de respeto—, sino un defecto que descubrió en el edificio.

Una de las gárgolas vivientes había cambiado ligeramente de postura y miraba ahora en la dirección equivocada. El Patriarca se lo mencionó al Cardinal, que estaba sentado a su lado, quien se mostró escandalizado. El secretario, sentado frente al Patriarca, tomó nota mentalmente y al descender se lo mencionó al Cardinal Regional, que era quien dirigía los asuntos eclesiásticos en Merilon y sus alrededores, y que se encontraba en aquellos momentos en la escalinata de cristal, resplandeciente en sus ropajes color verde ribeteados en oro y plata, aguardando para recibir a su Patriarca. El Cardinal Regional levantó la mirada y palideció; inmediatamente fueron enviados dos novicios para ocuparse de la gárgola que había cometido tal ofensa.

Una vez corregida la infracción, el Patriarca y su séquito penetraron en la Catedral, acompañados por los vítores de la gente que se alineaba en los puentes que unían las plataformas de mármol de Merilon con un entramado de hilos de oro y plata. El Patriarca se detuvo para enviar una bendición a la muchedumbre, que guardó silencio respetuosamente. Luego Vanya y su comitiva desaparecieron en el interior de la Catedral y el gentío se dispersó para volver a sus diversiones.

La ciudad de Merilon, tanto la Superior como la Inferior, estaba repleta de gente. En Merilon no se había conocido tal excitación desde el día de la coronación. Nobles de remotas regiones que tenían familiares en la ciudad les honraban con su presencia, mientras que aquellos nobles que no tenían la misma suerte se alojaban en la Posada. El Dragón de Seda estaba totalmente lleno, desde la punta del morro hasta el extremo de la cola. Los *Pron-alban* y los *Quin-alban*, artesanos y hacedores de hechizos, habían estado trabajando horas extras para añadir habitaciones de invitados a las ricas moradas de las mejores familias de Merilon. De esta forma las Casas Gremiales se veían inmersas en una actividad desacostumbrada, y muchos de sus miembros habían tenido que viajar desde lugares lejanos para ayudar con el trabajo extra.

La vida diaria de Merilon prácticamente se había detenido, mientras todo el mundo se preparaba para la más grandiosa celebración de que se tuviera noticia en la historia de la ciudad. El aire rebosaba con los sones de las músicas que se ensayaban en patios y jardines, con el murmullo de las poesías que los actores ensayaban en los teatros, con los gritos de los vendedores que voceaban sus mercancías y con las misteriosas capas de humo que ocultaban el trabajo de los artistas hasta que pudiera ser desvelado llegado el gran momento.

Pero sin importar lo ocupados que estuvieran, los ojos de cada habitante de Merilon miraban constantemente hacia las alturas, contemplando el Palacio Real, que relucía serenamente bajo el ardiente sol. El Palacio se convertiría en un arco iris perfecto de sedas de colores cuando tuviera lugar el gran acontecimiento, cuando naciera el Heredero de la Corona.

Cuando se produjera el alumbramiento, se declararía fiesta nacional y la ciudad de Merilon bailaría, cantaría, reluciría, se divertiría tumultuosamente, comería y bebería hasta caer en un estado de dicha suprema.

En el interior de la Catedral reinaba la tranquilidad, el frescor y la penumbra mientras el sol se hundía por detrás de las montañas y la noche cubría Merilon con sus alas aterciopeladas. Durante un instante, la única luz visible fue la de un lucero de la tarde que brillaba sobre la punta de una de las agujas, pero se desvaneció casi al instante cuando el resto de la ciudad estalló en una llamarada de luz y de color. Tan sólo la Catedral permaneció serenamente oscura; y, lo que era bastante extraño, pensó Saryon, mirando hacia arriba a través del transparente techo de cristal, tampoco se veía luz en el Palacio Real.

Aunque quizá no fuera tan extraño que el castillo permaneciera a oscuras. Saryon recordó que su madre había mencionado que se esperaba que la Emperatriz tuviera un parto difícil, ya que su salud era delicada y frágil en el mejor de los casos. Indudablemente, pues, las actividades cotidianas de la alegre y fastuosa vida palaciega se habían visto restringidas.

La mirada de Saryon regresó a la ciudad, que era más bella de lo que nunca hubiera imaginado, y, momentáneamente, se arrepintió de no haber ido con Dulchase y los otros para visitarla. Sin embargo, después de pensárselo bien, se sintió satisfecho de estar donde estaba, rodeado por una agradable oscuridad y escuchando la dulce música de los novicios que ensayaban un *Te Deum* de acción de gracias. Mientras se encaminaba al pabellón de invitados de la Abadía, decidió que saldría a la noche siguiente.

Sin embargo, ni Saryon ni ninguno de los otros residentes de la Catedral salieron a la noche siguiente. Acababan de cenar cuando el Patriarca Vanya fue requerido a Palacio con urgencia, junto con varios *Sharak-Li*, los catalistas que trabajaban con los Hacedores. El Patriarca salió inmediatamente con una expresión fría y severa en su rostro redondo.

Nadie durmió en la Catedral aquella noche. Todos, desde el más joven de los novicios hasta el Cardinal del Reino, permanecieron despiertos para ofrecer sus plegarias a Almin. Sobre sus cabezas, el Palacio Real aparecía con todas sus luces encendidas, contrastando su resplandor con la fría luz de las estrellas. Al amanecer aún no había noticias. Cuando la luz de las estrellas empezó a desvanecerse para dar paso al sol naciente, a los catalistas se les permitió abandonar los rezos para atender a sus obligaciones, aunque el Cardinal les exhortó a seguir rezando constantemente a Almin con el corazón.

Saryon, quien no tenía obligaciones que cumplir puesto que era un visitante, pasó la mayor parte de su tiempo vagando por los inmensos salones de la Catedral, contemplando las maravillas de la ciudad que le rodeaba a través de los muros de cristal, con incansable curiosidad. Observó a la gente que pasaba flotando, con las finas túnicas arremolinándose alrededor de sus cuerpos mientras iban a sus asuntos diarios. Observó los carruajes y sus maravillosos corceles; sonriendo incluso ante las payasadas de los estudiantes de la Universidad que, sabiendo de la inminencia de unas vacaciones, se sentían animadísimos.

«¿Podría yo vivir aquí? —se preguntó—. ¿Podría abandonar mi tranquila vida de estudio y penetrar en este mundo de diversiones y esplendor? Hace un mes hubiera dicho que no. Me sentía satisfecho. Pero no ahora. No podría volver a entrar en la Biblioteca Interior, no sin ver aquella cámara sellada con las runas encima de la puerta. No, esto es mucho mejor —decidió—. El Patriarca tenía razón; he permitido que mis estudios me absorbieran demasiado. He olvidado que existe el mundo. Ahora

debo volver a ser parte de él y dejar que él forme parte de mí. Asistiré a las fiestas. Me daré a conocer. Haré todo lo posible para que me inviten a permanecer como catalista en una casa de la nobleza.»

Satisfecho por aquel cambio de situación, lo único que inquietaba a Saryon era su total desconocimiento de los deberes de un Catalista Residente en Merilon, y decidió discutir aquella cuestión con el Diácono Dulchase a la primera oportunidad.

No obstante, aquella oportunidad tardó en llegar. Durante la Hora Máxima, los dos Cardinales fueron llamados a Palacio y partieron con expresión preocupada, mientras a los demás catalistas se los reunía de nuevo para orar. Para entonces, el rumor ya estaba en la calle, y pronto todos los habitantes de Merilon estuvieron enterados de que la Emperatriz estaba de parto, y de que las cosas no iban demasiado bien. La música cesó. El júbilo dio paso a la tristeza, y la gente se congregó bajo los brillantes arcos de oro o plata, hablando en voz muy baja y dirigiendo con cara seria la mirada hacia el Palacio. Ni siquiera el Dragón de Seda mostró aquel día sus brillantes colores, sino que, por el contrario, permaneció agazapado en las sombras, al tiempo que los magos encargados de controlar el clima, los *Sif-Hanar*, ocultaban el violento resplandor del sol bajo un manto de nubes color gris perla, que sosegaba la vista y predisponía a la oración y a la meditación.

Cayó la noche. Las luces del Palacio brillaban con siniestra intensidad, mientras los catalistas, llamados de nuevo a la oración después de la cena, se reunían en la enorme Catedral. Arrodillado sobre el suelo de mármol, Saryon luchaba por mantener la cabeza erguida, vencido por el sueño; finalmente, levantando los ojos para observar a través del techo de cristal, procuró concentrarse en aquellas luces para mantenerse despierto.

Entonces, poco antes del amanecer, las campanas del Palacio Real empezaron a repicar triunfantes. La esfera mágica que rodeaba la ciudad estalló en deslumbrantes banderas de fuego y seda, y la gente de Merilon empezó a danzar en las calles cuando llegó la noticia desde Palacio de que la Emperatriz había dado a luz un niño y de que ambos se encontraban bien. Saryon se levantó del duro suelo, agradecido, y se unió a los demás catalistas que en el patio de la Catedral contemplaban el espectáculo aunque sin unirse al regocijo general. Todavía no.

Aunque las Pruebas de la Vida no eran más que una formalidad, los catalistas no celebrarían el nacimiento del niño hasta que se hubiera demostrado que estaba Vivo.

Sin embargo, no eran las Pruebas las que ocupaban la mente de Saryon mientras él y el Diácono Dulchase descendían las escaleras de mármol que conducían a uno de los niveles subterráneos de la Catedral, diez días después del nacimiento del niño.

—De modo que, ¿cuáles son exactamente las obligaciones de un Padre en una casa de la nobleza? —preguntó Saryon.

Dulchase empezó a contestarle pero, justo en aquel momento, llegaron a un

pasillo desconocido que se bifurcaba en tres direcciones. Los dos Diáconos se detuvieron, mirando a su alrededor con incertidumbre. Finalmente, Dulchase llamó a una novicia que pasaba.

—Perdóname, Hermana —le dijo—, pero estamos buscando la habitación donde se le efectuarán las Pruebas al Heredero de la Corona. ¿Podrías indicarnos qué dirección tomar?

—Será un honor para mí acompañaros, Diáconos de El Manantial —murmuró la novicia, una encantadora joven, quien, al posar los ojos en la alta figura de Saryon, le sonrió tímidamente mientras les mostraba el camino, mirando de reojo de cuando en cuando en dirección al joven Diácono.

Consciente de ello, y consciente también de la sonrisa divertida de Dulchase, Saryon se ruborizó y repitió su anterior pregunta.

—Catalista Residente —reflexionó Dulchase—. Así que eso es lo que el viejo Vanya tiene pensado para ti. No pensaba que pudiera interesarte ese tipo de vida —añadió mirando de soslayo al joven Diácono—. Creía que únicamente te importaban las matemáticas.

El rubor de Saryon se intensificó, y musitó unas palabras confusas sobre que el Patriarca había decidido que necesitaba ampliar horizontes, sacar partido a su potencial, y aquel tipo de cosas.

Dulchase enarcó una ceja mientras descendían por una nueva escalera, pero, aunque evidentemente sospechaba que había algo más de lo que era visible a simple vista, se abstuvo de hacerle más preguntas al joven, con gran alivio para Saryon.

—Te aviso, Hermano —le dijo con voz solemne—. Los deberes de un catalista en una casa noble son extremadamente agotadores. Veamos, cómo te lo podría explicar sin alarmarte. Los sirvientes te despertarán más o menos a media mañana con el desayuno, que te servirán en bandeja de oro...

—¿Y qué pasa con la Ceremonia del Alba? —lo interrumpió Saryon, mirando a Dulchase indeciso, sospechando que se le hacía objeto de una broma.

Los labios de Dulchase se curvaron en una sonrisa burlona, una expresión habitual en aquel Diácono de más edad, quien, a causa de su afilada lengua y comportamiento irreverente, probablemente permanecería como Diácono todo lo que le quedase de vida. Había formado parte del séquito de Vanya únicamente porque conocía a todo el mundo y estaba enterado de todo lo que ocurría en Merilon.

—¿El Alba? ¡Tonterías! El alba llega a Merilon en el momento en que uno abre los ojos. Alborotas toda la casa si te levantas con el sol. Ahora que lo pienso, al sol tampoco se le permite salir al amanecer; los *Sif-Hanar* se ocupan de ello. Bien, ¿por dónde iba? ¡Ah!, sí, la primera ocupación del día es facilitar a la servidumbre Vida suficiente para toda la jornada. Luego, después de descansar un poco para recuperarse de tan agotadora tarea, en la que has empleado cinco minutos enteros, puede que el

Señor o la Señora de la casa te soliciten el mismo servicio, en el caso de que tengan que realizar alguna actividad importante, como dar de comer a los pavos reales o cambiar el color de los ojos de *milady* para que hagan juego con el de su vestido. Después, si tienen niños, tienes que enseñarles el catecismo a los pequeños sinvergüenzas y darles Vida para que retocen por la casa, haciendo las delicias de sus padres al destrozar el mobiliario. Cuando hayas acabado con todo eso ya puedes descansar hasta entrada la tarde, que es cuando deberás acompañar a *milord* y a *milady* al Palacio Real, permaneciendo junto a ellos para ayudar a *milord* en la creación de sus ilusiones habituales que hacen bostezar al Emperador, o conceder Vida a *milady* para que pueda ganar al Destino del Cisne o al tarot.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Saryon, con inquietud.

Mirándolo a la cara, Dulchase se echó a reír y recibió una mirada de reproche de la severa novicia.

—Mi querido Saryon, ¡qué ingenuo eres! Es posible que el Viejo Vanya tenga razón. Realmente necesitas salir al mundo. Claro que exagero, pero sólo un poquito. De todos modos, es una vida ideal, especialmente en lo que se refiere a ti.

—¿Lo es?

—Desde luego. Tienes toda la magia al alcance de la mano; puedes pasarte las tardes en la Biblioteca de la Universidad de Merilon, que, incidentalmente, posee una de las mejores colecciones del mundo sobre la magia perdida, guardando incluso algunos volúmenes que no se encuentran en El Manantial. Cruzas el puente de plata y ya estás allí. ¿Que quieres llevar a cabo algunos estudios en los Gremios o darles a conocer tu última ecuación para reducir el tiempo necesario en conjurar un diván que se está desvaneciendo? Simplemente te montas en el coche de *milord* y haces que te lleven a Las Tres Hermanas. A lo mejor te apetece ver por ti mismo cómo van las cosechas del Señor; pues el Corredor te traslada a toda velocidad a los campos de labranza, donde puedes observar cómo brotan las pequeñas semillas, o lo que sea que esos pobres desgraciados de los Catalistas Campesinos hagan. Tendrás la vida solucionada. Incluso podrías casarte.

Aquello había estado destinado de manera tan evidente a la joven novicia, que la muchacha sacudió la cabeza con desaprobación, aunque sin poder evitar lanzarle otra mirada al joven Saryon.

—Creo que podría gustarme —dijo Saryon, tras unos momentos de reflexión—, desde un punto de vista académico, desde luego —añadió precipitadamente.

—Claro está —replicó Dulchase, con cierta guasa—. Y, digo yo, querida —dirigiéndose a la novicia—, no nos estarás llevando por un camino equivocado, ¿verdad? ¿O acaso nos estás conduciendo a un lugar apartado de la Catedral para robarnos?

—¡Diácono! —murmuró la novicia, ruborizándose hasta la raíz de sus rizados

cabellos—. Es... es al final del pasillo, la primera puerta a la derecha.

Volviéndose, y posando por última vez sus líquidos ojos sobre Saryon, la muchacha sé alejó, casi corriendo, por el pasillo.

—¿Era necesario? —murmuró Saryon, irritado, siguiendo a la novicia con la mirada.

—¡Oh!, anímate, muchacho —repuso Dulchase resueltamente, frotándose las manos—. Anímate. Esta noche verás la clase de vida que ofrece Merilon. ¡Al fin! ¡Podremos escapar de esta vieja y mohosa tumba! Le haremos las Pruebas a ese pequeño idiota, informaremos al mundo de que tiene un Príncipe Vivo, y nos habrá llegado la hora de mezclarnos con la belleza y la riqueza. Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

—¿En las Pruebas? —preguntó Saryon, pensando por un momento en que Dulchase podía estarse refiriendo a la belleza y a la riqueza—. Espero que sí —respondió suspirando—, me he leído el ritual hasta poderlo decir del revés. Tú ya has hecho esto antes, ¿no es así?

—Cientos de veces, muchacho, cientos. Tú eres el encargado de sostener al niño, ¿verdad? Lo más importante es que te acuerdes de sostenerlo con su pequeño... mmmm... ya sabes... en dirección a ti, apartado del Patriarca. De ese modo, si el pequeño bastardo se orina, lo hará sobre ti y no sobre Su Divinidad.

Afortunadamente para el escandalizado Saryon, habían llegado ya junto a la puerta; Dulchase se vio obligado a acallar su cínica lengua y Saryon se ahorró tener que responder a su último consejo, que le había parecido un tanto irreverente, incluso proviniendo de Dulchase.

Entrando inmediatamente detrás de los otros miembros del personal de Vanya, ambos realizaron las oblaciones de limpieza y purificación, para ser conducidos después, por un Diácono de la Catedral, hasta la cámara donde eran llevados todos los niños que nacían en Merilon para pasar las Pruebas. Normalmente, sólo había dos catalistas presentes. No obstante, aquella vez se había reunido un grupo ilustre. Tantos, de hecho, que apenas quedaba espacio suficiente para que los dos Diáconos pudieran introducirse en el interior de la pequeña cámara. Además del Patriarca Vanya, vestido con sus mejores ropas, había dos Cardinales —el Cardinal del Reino y el Cardinal Regional— y seis miembros del personal de Vanya: cuatro Sacerdotes que actuarían como testigos, y Saryon y Dulchase, los dos Diáconos que harían el trabajo. Estaba también presente el Catalista de la Casa Real, un lord, que sostenía al bebé en sus brazos, y el mismo bebé, el cual —habiendo sido amamantado hacía poco— dormía profundamente.

—Recemos a Almin —dijo el Patriarca Vanya, inclinando la cabeza.

Saryon inclinó la cabeza para orar, pero las palabras surgían de sus labios mecánicamente. Mentalmente repasaba, una vez más, la ceremonia de las Pruebas de

la Vida.

Las Pruebas, que tenían siglos de antigüedad, y de las que se decía que fueron traídas del Mundo de las Tinieblas, eran bastante sencillas. Cuando el niño tiene diez días y se lo juzga lo bastante fuerte como para soportarlas, sus padres lo llevan a la Catedral —o al lugar de culto que tengan más cerca— y lo entregan a los catalistas. El bebé es conducido a una pequeña cámara aislada de influencias externas, y se llevan a cabo las Pruebas.

En primer lugar, al niño se lo despoja de todas sus ropas, luego se lo coloca de espaldas sobre agua previamente calentada hasta igualar su temperatura corporal. El Diácono que sujeta al niño, lo suelta entonces; un niño Vivo permanece flotando de espaldas, sin hundirse, sin darse la vuelta sobre sí mismo, y sin patalear —se queda flotando pacífica y tranquilamente—, ya que la Vida mágica que hay en su interior reacciona de inmediato para proteger su diminuto cuerpo.

Acabada esta primera prueba, un Diácono acerca un reluciente cetro de brillantes y cambiantes colores, y lo sostiene sobre el niño, que sigue flotando en el agua. Aunque los ojos del bebé aún no pueden discernir las cosas, éste se da cuenta de la presencia del cetro y alarga las manos hacia él. Cuando el Diácono lo deja caer, el objeto es arrastrado suavemente en dirección al niño, puesto que la Energía Vital mágica que hay en él reacciona, nuevamente, a los estímulos exteriores, atrayendo el cetro.

Finalmente, el Diácono saca al niño del agua; sosteniéndolo en sus brazos, el catalista lo acuna hasta que el bebé se siente seguro y a gusto. Entonces, el otro Diácono acerca una antorcha encendida, aproximándola cada vez más a la piel del niño hasta que —sin que medie ninguna acción del catalista— la antorcha queda detenida, al actuar de forma instintiva la Energía Vital del niño creando una barrera mágica de protección a su alrededor.

Éstas son las Pruebas: rápidas y fáciles de realizar. Era, tal y. como Dulchase le había asegurado a Saryon, un mero formulismo.

—No sé por qué se siguen realizando —había refunfuñado Dulchase justamente la noche anterior—, salvo que es una manera cómoda de que algunos Catalistas Campesinos pobres obtengan unos cuantos pollos y una fanega de maíz de los campesinos. Además de darle a la nobleza una excusa para dar una nueva fiesta. Aparte de eso, no tienen ningún sentido.

Y no lo habían tenido, hasta aquel momento.

—Diácono Dulchase, Diácono Saryon, empezad las Pruebas —dijo solemnemente el Patriarca.

Avanzando, Saryon tomó el bebé de los brazos del Lord Catalista de la Casa Real. El niño estaba totalmente envuelto en un suntuoso manto hecho de lana de cordero, y Saryon, que no estaba acostumbrado a manipular algo tan pequeño y delicado, se

aturulló al intentar despojar a la criatura de su envoltura sin despertarla. Por fin, sintiendo todos los ojos clavados en él impacientes, Saryon consiguió desnudar al niño y devolvió el manto al Lord Catalista.

Dándose la vuelta para colocar al bebé en el agua, Saryon bajó la mirada hacia la criatura que dormía plácidamente en sus brazos e inmediatamente se olvidó de los ojos que le observaban. El joven catalista no había sostenido nunca antes a un bebé, y se sintió cautivado por aquél. Incluso Saryon pudo darse cuenta de que aquel niño era de una belleza extraordinaria; fuerte y saludable, con una mata de pelo negro y rizado, la piel del niño era como el alabastro, con un tinte azulado alrededor de los cerrados ojos. Las diminutas manos estaban crispadas, y Saryon, tocando una de ellas con suavidad, quedó maravillado al darse cuenta de la perfección de sus diminutas uñas, tanto las de las manos como las de los pies. Qué maravilloso, pensó, que Almin hubiera dedicado parte de su tiempo a ocuparse de detalles tan mundanos, en el momento de crear a aquella personita.

Una tosecilla impaciente de Dulchase le recordó a Saryon sus deberes. El mayor de los dos Diáconos había retirado el sello de la pila que contenía el agua templada, y un agradable y fragante aroma llenó el aire. Uno de los novicios había esparcido pétalos de rosa sobre su superficie.

Murmurando la oración ritual que había pasado la mitad de la noche memorizando, Saryon colocó a la criatura suavemente en el agua. Los ojos del niño se abrieron al sentir el contacto del líquido sobre su piel, pero no lloró.

—Éste es un chico valiente —musitó Saryon, sonriendo al bebé, que miraba a su alrededor con la típica expresión ausente y ligeramente desconcertada del recién nacido.

—Soltad al niño —ordenó el Patriarca ceremoniosamente.

Con gran suavidad, Saryon retiró las manos del cuerpo del bebé.

El Príncipe se hundió como una piedra.

Ligeramente sobresaltado, Dulchase se adelantó, pero Saryon llegó antes que él. Introduciendo las manos en el agua, agarró al niño y lo sacó fuera. Sujetando torpemente a la chorreante criatura, que tosía y balbuceaba, intentando llorar como protesta ante tan brusco tratamiento, Saryon miró a su alrededor indeciso.

—Quizás ha sido culpa mía, Divinidad —dijo apresuradamente, justo cuando el bebé, una vez que hubo conseguido tomar aire, lo dejó escapar con un agudo chillido —, lo dejé ir demasiado pronto...

—Tonterías, Diácono —dijo Vanya, tajante—. Seguid.

No era inusual que una criatura fallase una de las Pruebas, en particular si era excepcionalmente fuerte en uno de los Misterios. Un Señor de la Guerra con gran dominio del Misterio del Fuego, por ejemplo, podía fácilmente fallar la Prueba del Agua.

Recordando haberlo leído, Saryon se relajó y sostuvo al niño mientras el Diácono Dulchase acercaba el cetro y lo sostenía sobre la cabeza de la criatura. Al ver aquel brillante juguete, el Príncipe dejó de llorar y alargó sus diminutas manos con deleite. A una indicación del Patriarca Vanya, el Diácono Dulchase dejó caer el cetro.

El juguete le dio al Príncipe en la nariz y rebotó hasta el suelo en medio de un espantoso silencio, que fue roto inmediatamente por el aullido de dolor e indignación del bebé. En la blanca piel del niño apareció una mancha de sangre.

Saryon miró a Dulchase temerosamente, esperando ver alguna señal que lo tranquilizase; pero los labios de Dulchase, que normalmente mostraban una sonrisa burlona, estaban ahora apretados con fuerza, el brillo cínico de sus ojos había desaparecido y evitaba cuidadosamente encontrarse con la mirada de Saryon. El joven Diácono miró con frenesí a su alrededor, para encontrarse únicamente con que sus compañeros se miraban unos a otros confusos y alarmados.

El Patriarca Vanya le susurró algo al Lord Catalista, quien, con rostro pálido y tenso, asintió con energía.

—Repetid la primera Prueba —ordenó Vanya.

Con manos temblorosas, Saryon suspendió al niño, que no cesaba de chillar, sobre el agua y lo soltó. Tan pronto como quedó demostrado que el bebé se hundía, Saryon —a una apresurada señal del Patriarca— lo asió, sacándolo fuera del agua.

—¡Que Almin se apiade de nosotros! —suspiró el Lord Catalista con voz temblorosa.

—Me parece que es demasiado tarde para eso —replicó Vanya, fríamente—. Trae al niño aquí, Saryon —añadió, poniendo de manifiesto su nerviosismo al olvidar incluir el apelativo formal de «Diácono» al dar la orden.

Intentando torpemente consolar al bebé, Saryon se apresuró a obedecer y se colocó frente al Patriarca.

—Dame la antorcha —le ordenó Vanya al Diácono Dulchase, quien, habiéndola tomado muy en contra de su voluntad, se sintió muy feliz de entregársela a su superior.

Empuñando la llameante antorcha, la dirigió directamente al rostro del bebé. El niño gritó de dolor, y Saryon, sin poder contenerse, agarró el brazo del Patriarca empujándolo hacia atrás con un grito airado.

Nadie dijo ni una palabra. Todos los ocupantes de la habitación podían oler a cabellos chamuscados. Todos podían ver la roja huella de la quemadura en la sien del bebé.

Temblando, y apretando al lastimado niño contra su pecho, Saryon apartó la mirada de aquellos rostros lívidos y de aquellos ojos desorbitados, llenos de horror. Mientras intentaba consolar al niño, que en aquellos momentos chillaba presa de un arrebato histérico, el primer pensamiento incoherente de Saryon fue que había

cometido otro pecado. Había osado tocar el cuerpo de su superior sin permiso, y, lo que era peor, incluso había llegado a empujarlo, encolerizado. El joven se encogió esperando una fuerte reprimenda, pero ésta no llegó. Mirando al Patriarca por encima del hombro, Saryon comprendió el porqué.

El Patriarca, probablemente, ni se había dado cuenta de que Saryon lo había tocado. Miraba fijamente al bebé, el semblante apenado y ceniciento, los ojos abiertos de par en par. El Lord Catalista se retorcía las manos y temblaba visiblemente, mientras los Cardinales permanecían a su lado, mirándose el uno al otro sin saber qué hacer.

Entretanto, el Príncipe seguía gritando con tanta violencia, a causa del dolor que le producía la quemadura, que parecía a punto de ahogarse. No sabiendo qué hacer y dándose cuenta de que el llanto del niño estaba destrozando los nervios a todos los presentes, Saryon intentó desesperadamente hacerlo callar. Por fin lo consiguió, aunque ello se debió más a que el niño quedó exhausto de tanto llorar, que no a que Saryon poseyese algún tipo de habilidad en el cuidado de niños. El silencio se enseñoreó de la habitación como una neblina malsana, siendo roto únicamente de vez en cuando por los hipos del bebé.

Entonces el Patriarca Vanya habló.

—Nunca sucedió algo parecido —susurró—, jamás en toda nuestra historia, ni siquiera si nos remontamos a antes de las Guerras de Hierro.

El temor era evidente en su voz, algo que Saryon podía entender puesto que se correspondía con el suyo. Pero en la voz de Vanya había otra nota que hizo que Saryon sintiera un escalofrío —una nota que no había oído nunca antes en la voz del Patriarca—, una nota de temor.

Suspirando al tiempo que se quitaba la pesada mitra, Vanya se pasó una mano temblorosa por la cabeza tonsurada. Al quitarse la mitra, pareció desaparecer toda la aureola de misterio y majestad que le rodeaba y Saryon vio, mientras palmeaba la espalda del pequeño, a un barrigudo hombre de mediana edad que parecía estar tremendamente fatigado y asustado. Aquello atemorizó a Saryon más que cualquier otra cosa y, a juzgar por las expresiones de los demás, él no había sido el único en recibir aquella impresión.

—Lo que estoy a punto de encomendaros, lo debéis hacer sin preguntar —dijo Vanya con voz velada, sus ojos fijos en la mitra que sostenía en las manos. Distraídamente, le acarició el reborde dorado con dedos temblorosos—. Os podría dar la razón para hacerlo... No. —Vanya levantó los ojos, su mirada era fría y severa—. No, me comprometí a guardar silencio. No puedo romper mi juramento. Vosotros me obedeceréis. No haréis preguntas. Que quede claro que yo asumo toda la responsabilidad de lo que os pediré que hagáis.

Calló un momento y luego, con la respiración temblorosa, empezó a orar en

silencio.

Sujetando al sollozante niño en sus brazos, Saryon miró a los otros para ver si ellos comprendían. Él no entendía nada. No había oído nunca que un niño fallara las Pruebas. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué cosa terrible les iba a pedir el Patriarca que hicieran? Su mirada regresó a Vanya. Todos los ocupantes de la habitación tenían la vista clavada en el Patriarca, esperando que utilizara su magia para salvarlos. Era como si cada uno de ellos hubiera abierto un conducto en su dirección, pero no para darle Vida, sino para tomarla de él.

Es posible que esta misma dependencia le diera fuerzas, puesto que, enderezándose, el Patriarca levantó la cabeza. Sus labios formaron una fina línea, sus ojos miraron sin ver mientras fruncía el entrecejo, pensativo aún. Luego, habiendo aparentemente tomado una decisión, su frente se despejó y su rostro recuperó su fría compostura habitual. Volvió a colocarse la mitra y el Patriarca del Reino apareció de nuevo ante su gente.

—Lleva el niño directamente a la habitación de los niños —ordenó, volviéndose hacia Saryon—. No se lo lleves a su madre. Yo mismo hablaré con la Emperatriz y se lo explicaré. Será más fácil para ella a la larga si la separación la efectuamos de manera rápida y total.

El Lord Catalista dejó escapar un sonido confuso al oír aquello, una especie de gemido entrecortado, pero el Patriarca Vanya, con el rostro gordinflón totalmente inexpresivo como si el silencio helado de la habitación se le hubiera filtrado en la sangre, lo ignoró. Hablando con una voz que no denotaba la más mínima emoción, continuó:

—A partir de este momento, al niño no se le dará ni comida ni agua. Tampoco se le acunará. Está Muerto.

El Patriarca continuó diciendo algo más, pero Saryon no lo escuchó. El bebé seguía hipando apoyado en su hombro y sus mejores ropas de ceremonia estaban empapadas de las lágrimas del niño. El Príncipe, que había conseguido capturar una de sus diminutas manos, se la chupaba ruidosamente mirando a Saryon fijamente con los ojos muy abiertos. El Diácono podía sentir cómo el diminuto cuerpo se estremecía cada vez que un débil sollozo lo sacudía.

Saryon contempló al niño. Sus pensamientos eran confusos, se sentía compungido. Había oído en algún sitio que todos los bebés nacen con los ojos azules, pero los de aquella criatura eran de un azul turbio y oscuro. ¿Se parecía a su madre, de la que se decía que era extraordinariamente hermosa? Saryon recordó haber oído que la Emperatriz tenía los ojos castaños; y tenía una larga cabellera negroazulada, tan exuberante que no precisaba de la magia para hacerla brillar como el ala de un cuervo. Pensando en ello y examinando la rizada cabeza de pelo negro, Saryon vio que en la sien del pequeño empezaban a aparecer ampollas. Instintivamente movió

una mano para tocarla, mientras sus labios formaban las frases de la oración curativa que intensificaría la Energía curativa que había en el propio cuerpo del bebé, y entonces se detuvo, recordando: aquel niño no poseía Energía curativa en su interior. Allí no había Vida.

El joven Diácono sostenía un cadáver en sus brazos.

El Príncipe emitió un profundo y entrecortado suspiro. Pareció como si fuera a llorar, pero en vez de ello continuó chupándose el puño y aquello pareció satisfacerle. Apretándose contra Saryon, lo miró con aquellos enormes ojos de negras pestañas.

«A partir de este momento —pensó Saryon, encogiéndosele de pena el corazón—, yo seré la última persona que lo tendrá en brazos, que le palmeará la espalda, que le pasará los dedos por la diminuta cabeza de sedosos cabellos.» Las lágrimas se agolparon en sus ojos, y miró a su alrededor con impotencia, implorando en silencio que algún otro lo librara de aquella carga. Pero nadie lo hizo. Nadie lo miró siquiera, a excepción del Patriarca Vanya, quien arrugó el entrecejo, al ver que no se obedecían sus órdenes.

Saryon abrió la boca para hablar, para cuestionar aquella cruel decisión, pero la voz se le quebró en la garganta. Vanya había dicho que debían obedecer sin saber la razón; el Patriarca asumiría toda la responsabilidad. ¿Lo conmoverían las súplicas de un Diácono? ¿De un Diácono que había caído en desgracia? No era probable. Saryon no podía hacer más que inclinarse y salir de la habitación, mientras seguía palmeando torpemente la espalda del Príncipe de una forma que parecía tranquilizarle. Sin embargo, una vez en el pasillo, el joven Diácono descubrió que no tenía ni idea de qué dirección tomar en aquella inmensa Catedral. Todo lo que sabía era que, de alguna manera, debía llegar al Palacio Real. Al final del vestíbulo, Saryon vislumbró la oscura sombra de un Ejecutor, y vaciló. El Señor de la Guerra podía indicarle cómo llegar a Palacio. De hecho, podía enviarlo allí utilizando su poder.

Contemplando a la enlutada figura, Saryon sintió un escalofrío y, dando media vuelta, echó a andar deprisa en dirección opuesta. «Yo mismo encontraré el camino hasta el Palacio Real —pensó con repentina y frustrada cólera—. Al menos, si voy andando, le podré ofrecer a la pobre criatura todo el consuelo que pueda antes de... antes de...»

Lo último que Saryon oyó, mientras se alejaba por el pasillo, fue la voz del Patriarca Vanya.

—Mañana por la mañana, el Emperador y la Emperatriz harán público que están de acuerdo en que el niño está Muerto, y yo me llevaré al bebé a El Manantial. Allí, mañana por la tarde, se iniciará la Vigilia. Espero, por el bien de todos, que termine rápidamente.

Por el bien de todos.

Al día siguiente, el Diácono Saryon se encontraba en la hermosa Catedral de

Merilon, escuchando el llanto de un niño Muerto y el cuchicheo de sus planes, esperanzas, visiones y sueños que le decían adiós.

Ahora ya no habría festejos en Merilon, ni presentaciones en sociedad. La gente estaba aturdida. Las fiestas de gala habían cesado bruscamente al difundirse la noticia. Los *Sif-Hanar* envolvieron a la ciudad en una neblina gris; los artistas y los artesanos abandonaron la ciudad y a los estudiantes se los hizo volver de nuevo a la Universidad. Los nobles revoloteaban por entre aquella atmósfera fantasmal, yendo de casa en casa, hablando muy bajo e intentando encontrar a alguien que recordara el ritual a seguir durante el sombrío Período de la Vigilia. Muy pocos sabían cómo se realizaban tales cosas. Hacía años que no había nacido ningún Heredero de la Corona; nadie recordaba haber oído que alguno muriera.

El Patriarca Vanya, desde luego, se sabía todo el ceremonial al dedillo, y finalmente se dieron a conocer las instrucciones. Antes de que Saryon ocupara su lugar en la Catedral, vestido de *Azul Llanto,* la ciudad entera había sufrido una mutación, para lo cual los *Pron-alban*, los artesanos, y los *Quin-alban*, los hacedores de hechizos, habían trabajado febrilmente toda la noche.

La neblina gris permaneció sobre la ciudad y se intensificó hasta que los rayos del sol no pudieron atravesar el manto mágico que cubría el silencio sepulcral de sus calles y se elevaba por entre las rosadas plataformas de mármol. Los alegres colores que habían decorado las resplandecientes paredes de cristal de las viviendas desaparecieron, siendo reemplazados por tapices de un gris lúgubre, haciendo que pareciera como si a la niebla se le hubiera dado forma y consistencia. Incluso el gran Dragón de Seda huyó, refugiándose en su madriguera —según les contaron los padres a sus hijos— para llorar por el Príncipe Muerto.

Las calles estaban silenciosas y vacías. Aquellos cuyos servicios no eran necesarios a la afligida Familia Real, se encerraron en sus casas, añadiendo ostensiblemente sus plegarias a las de sus vecinos, para que la Vigilia terminara rápidamente. Pero, en muchos de aquellos hogares, las plegarias de las madres jóvenes brotaban de labios pálidos y temblorosos mientras se abrazaban a sus hijos, en tanto que aquellas que estaban embarazadas, colocaban las manos sobre sus hinchados vientres y eran incapaces de conseguir que sus labios musitaran plegaria alguna.

Cuando hubo finalizado la ceremonia, se llevaron al niño. La Vigilia había empezado.

Al cabo de cinco días, llegó la noticia de que todo había terminado.

Después de aquello, hubo más niños pertenecientes a la nobleza de Merilon que no consiguieron pasar las Pruebas, aunque ninguno tan drásticamente como el Príncipe. La mayoría de aquellos bebés fueron trasladados a El Manantial, donde tuvo lugar la Vigilia.

La mayoría, pero no todos.

Saryon, a petición de Vanya, permaneció en Merilon para trabajar en su Catedral. Entre sus deberes se incluía el de hacer las Pruebas a aquellos niños. En un principio, le pareció tan odioso que pensó que podía rebelarse y exigir una nueva tarea; cualquier cosa le parecía mejor, incluso convertirse en Catalista Campesino. Pero no era propio de Saryon el rebelarse abiertamente y, después de un tiempo, se resignó a su trabajo, aunque no se acostumbró.

Saryon podía entender las razones que había detrás de la destrucción de aquellas criaturas. De hecho, fueron expuestas con gran detalle por el Patriarca, cuando los fracasos en las Pruebas empezaron a ocurrir con más y más frecuencia. La gente estaba desconcertada y asustada, y empezaba a murmurar a escondidas contra los catalistas, quienes, entretanto, ahondaban en todas las fuentes de información imaginables —incluso en las antiguas— en busca de respuestas a sus confusas preguntas.

¿Por qué sucedía aquello? ¿Cómo se podía parar? ¿Y por qué, exactamente, le sucedía únicamente a la nobleza? Ya que pronto se descubrió que, tanto los ciudadanos corrientes como los campesinos que vivían en los campos o en los pueblos, engendraban criaturas saludables y Vivas. Los habitantes de Merilon exigieron respuestas, obligando al Patriarca Vanya a dar un sermón en la Catedral, destinado a calmar al pueblo.

—Esas infortunadas criaturas no son criaturas en realidad —clamó el Patriarca con gran ardor, apretando los puños con fuerza mientras sus palabras resonaban desde el abovedado techo de cristal—. ¡Son la mala hierba en el jardín de nuestra Vida! Debemos arrancarla de raíz y eliminarla, igual que los Magos Campesinos eliminan las malas hierbas en el campo, o de lo contrario pronto ahogará la magia del mundo.

Aquella espantosa predicción surtió el efecto pretendido. Después de aquello, muchos padres aceptaron la voluntad de Almin y confiaron sus Muertos en manos de los catalistas; pero algunos padres se rebelaron. Les hacían las Pruebas ellos mismos a sus hijos, en secreto, y si el bebé no las pasaba, lo ocultaban hasta que podían sacarlo a escondidas de la ciudad. Los catalistas lo sabían, pero no había nada que pudieran hacer excepto mantener aquellos casos en secreto, de modo que no alarmaran excesivamente a la población.

Y de esta forma, en un número cada vez mayor, los Muertos vagaron por el país —anotó Saryon una noche en su diario—. *Y nuestros temores aumentaron.*

7. Anja

El capataz revoloteaba sobre el suelo en el límite del campo, manteniendo la vista sobre la docena aproximada de magos que flotaban de un lado para otro entre los cultivos como pardas mariposas. Los magos se movían arriba y abajo entre las hileras de judías verdes, con sus sencillas túnicas marrones destacándose contra el brillante verde de las plantas. Cada vez que descendían, secaban las malas hierbas con un toque de sus manos, o daban nueva carga de Vida a una planta falta de vitalidad, o bien retiraban con suavidad algún insecto parasitario obligándolo a seguir su camino.

Asintiendo con satisfacción, el capataz transfirió su mirada al siguiente campo, donde otros magos se movían con dificultad sobre la tierra recién removida. En aquel campo se había recogido una cosecha la semana anterior, y aquellos magos estaban recogiendo los últimos restos de grano. Una vez que hubieran terminado, se dejaría descansar aquel campo antes de que volvieran los magos y, utilizando su fuerza mágica, partieran el suelo en cuidadas hileras con un simple gesto de la mano, preparándolo para la siembra.

Todo iba bien; el capataz hubiera quedado muy sorprendido si no hubiera sido así. Walren era una pequeña colonia de Magos Campesinos, como la mayoría. Formando parte de las posesiones del Duque de Nordshire, era un poblado relativamente reciente, ya que había sido fundado haría tan sólo unos cien años, cuando una terrible tormenta (provocada por una guerra entre dos grupos de *Sif-Hanar*) ocasionó un incendio que limpió el terreno muy eficazmente y dejó suficiente madera muerta para hacer casas. El Duque sacó provecho inmediato de la situación, ordenando a un centenar aproximado de sus labradores que se trasladaran al poblado situado al borde del País del Destierro, que terminaran de limpiar y luego sembraran la tierra. Vivían lejos de las murallas de la ciudad, lejos de otros poblados, y la mayoría de los magos que trabajaban aquellos campos habían nacido allí y sin duda también morirían allí. En Walren no había quejas ni rumores de rebelión, como había sucedido en otros pueblos de los que había oído hablar el capataz.

Un movimiento llamó la atención de éste. Inmediatamente dejó de gandulear y adoptó una actitud seria y severa al ver al Catalista Campesino que se acercaba hacia él, andando penosamente por el sembrado de judías.

En las colonias de Magos Campesinos, el catalista trabajaba tan duro o más que los magos mismos. A los Magos Campesinos únicamente se les permitía recibir la cantidad de Energía Vital mágica suficiente para que pudieran efectuar su trabajo. La razón para ello era que los magos tenían la facultad de almacenar esta Fuerza Vital en su interior, para utilizarla cuando les fuera necesaria. Debido a ciertas señales de descontento y agitación que aparecían de cuando en cuando entre los Magos Campesinos, se consideró que lo más aconsejable era dejarlos tan débiles como fuera

posible. Así pues, el Catalista Campesino se veía obligado a moverse entre los magos y a restituirles su energía mágica casi cada hora. Lo cual era una de las razones por las que se trataba de un trabajo rechazado entre los catalistas y se asignaba generalmente a los de posición social más baja o a aquellos que habían cometido alguna infracción de las reglas de la Orden.

Mientras el catalista cruzaba el campo andando, con los zapatos —el símbolo de su profesión— cubiertos de barro, una maga se hundió en el suelo y no volvió a aparecer. Viendo la mano de la mujer levantarse en el aire, el capataz llamó la atención del catalista moviendo bruscamente el pulgar en dirección a la agotada maga.

—Concédenos un descanso —gimió el catalista, desplomándose pesadamente en el suelo.

Arrancándose los zapatos cubiertos de lodo, empezó a frotarse los pies, no sin antes lanzar una amarga y envidiosa mirada a los desnudos pies del capataz. Aunque morenos por el sol, seguían conservando su tersura, con los dedos rectos y separados, que era el símbolo de los que recorrían el mundo en las alas de la magia.

—¡Descansad! —rugió el capataz.

Y los magos cayeron sobre el suelo como polillas muertas, para ir a yacer bajo la sombra de las plantas, o bien se dejaron arrastrar, boca arriba, por las corrientes de aire, cerrando los ojos ante el refulgente sol.

—Vaya, ¿qué es lo que tenemos aquí? —murmuró el capataz.

Su atención se apartó del campo para ir a posarse sobre una figura que había aparecido en la carretera que llevaba, a través de los bosques, a las llanas tierras de labranza. El catalista, dándose cuenta, consternado, de que tenía una ampolla, levantó la cabeza fatigadamente para seguir la mirada del capataz.

La figura que se acercaba era la de una mujer. A juzgar por sus ropas, evidentemente era una maga. Sin embargo, caminaba; lo cual significaba que había gastado casi toda su Energía Vital mágica. Llevaba un peso a la espalda; un bulto de alguna clase, ropa probablemente, estimó el capataz, examinando a la mujer con atención. Aquélla era otra señal de que su Energía Vital estaba muy baja, puesto que los magos raras veces cargan cosas.

El capataz hubiera podido suponer que aquella mujer era una Maga Campesina, si no hubiera sido porque sus ropas eran de un extraño y vivo color verde, en lugar del marrón pardusco de los que cultivan la tierra.

—Una dama de la nobleza —murmuró el catalista, calzándose los zapatos de nuevo, precipitadamente.

—Sí —refunfuñó el capataz, ceñudo.

Aquello era algo fuera de lo común y el capataz odiaba cualquier cosa que se apartara de lo habitual. Casi siempre significaba problemas.

La mujer estaba ya cerca de ellos, tan cerca que oyó sus voces. Levantando la cabeza, miró directamente hacia ellos y de pronto se detuvo. El capataz vio cómo el rostro curtido por el sol adoptaba una mueca de arrogante orgullo; luego —con lo que debía de haberle representado un enorme esfuerzo— la mujer se elevó lentamente del suelo y flotó en dirección a ellos con actitud distinguida. El capataz le echó una mirada al catalista, quien enarcó las cejas mientras la mujer se deslizaba, de forma algo vacilante, sobre los campos hasta detenerse frente a ellos. Una vez allí, con aire negligente, como si lo hiciera por voluntad propia, no porque careciera de energía para seguir flotando, la mujer descendió suavemente hasta el suelo y se quedó allí de pie mirándolos orgullosamente.

—*Milady* —dijo el capataz, con una inclinación de cabeza a modo de reverencia, pero sin quitarse el sombrero, como era correcto.

Ahora que la tenía más cerca, pudo ver que su vestido, aunque suntuoso y hecho con tela de excelente calidad, estaba estropeado y hecho jirones. El dobladillo mostraba señales de haber sido arrastrado por el lodo y la suciedad de la carretera, y tenía la falda rota. Sus pies desnudos estaban heridos y ensangrentados.

—¿Su Señoría se ha perdido o necesita ayuda...? —balbuceó el catalista, algo perplejo ante el aspecto andrajoso de la mujer y la feroz y desafiante expresión de su rostro lleno de suciedad.

—No me pasa ninguna de las dos cosas —contestó la mujer en voz baja y tirante. Su mirada pasaba rápidamente del uno al otro; con aire altanero añadió—: Necesito trabajo.

El catalista abrió la boca para negarse, pero en aquel momento el capataz tosió e hizo un ligero movimiento con la mano, indicando el fardo que la mujer llevaba a la espalda. Mirando hacia donde le indicaban, el catalista se vio obligado a callar. El fardo se había movido; un par de ojos castaño oscuro lo miraron fijamente por encima del hombro de la mujer.

Un bebé.

El catalista y el capataz intercambiaron una mirada.

—¿De dónde venís, señora? —preguntó el capataz, sintiendo que era él quien debía hacerse cargo.

—¿Y dónde está el padre del bebé? —intervino, no obstante, el catalista, dando un tono severo a su pregunta, tal y como correspondía a un miembro del clero.

La mujer permaneció impávida ante ambas preguntas. Sus labios se fruncieron en una mueca de desprecio, y, cuando habló, se dirigió al capataz, no al catalista.

—Vengo de allá. —Señaló en dirección a Merilon con un movimiento de cabeza —. En cuanto al padre del niño, mi esposo —dijo esto con especial énfasis—, está muerto. Desafió al Emperador y fue enviado al Más Allá.

Ambos hombres intercambiaron miradas de nuevo. Sabían que estaba mintiendo

—hacía un año que no se había enviado a nadie al Más Allá—, pero sus ojos centelleaban de una forma tan extraña y salvaje que ninguno de los dos osaba desafiarla.

—¿Y bien? —preguntó bruscamente, cambiando de posición al bebé, que estaba envuelto en el fardo que llevaba a la espalda—. ¿Me das trabajo o no?

—¿Habéis solicitado ayuda de la Iglesia, *milady*? —preguntó el catalista—. Estoy seguro de...

Ante su asombro, la mujer escupió en el suelo en dirección a sus pies.

—Mi bebé y yo nos moriríamos, nos *moriremos* de hambre antes que aceptar un mendrugo de las manos de tipos como tú. —Tras dirigirle una dura mirada al catalista, le dio la espalda y se enfrentó al capataz—. ¿Necesitas otro peón? —preguntó con su voz profunda y ronca—. Soy fuerte. Trabajaré duro.

El capataz carraspeó, incómodo. Podía ver al bebé asomando por el fardo, clavando en él sus enormes y oscuros ojos. ¿Qué debía hacer? Desde luego nada parecido había sucedido con anterioridad, ¡una mujer de la nobleza buscando trabajo de simple peón!

El capataz lanzó una rápida mirada al catalista, aunque sabía que no podía esperar ninguna ayuda por aquel lado. Técnicamente, el capataz, como Mago Mayor, era el responsable de la colonia, y aunque la Iglesia podía poner en duda sus decisiones, nunca dudaría de su autoridad para tomarlas. Pero ahora el capataz se encontraba en un aprieto. No le gustaba aquella mujer; en realidad, sintió una cierta repugnancia al mirarla a ella y a su hijo. En el mejor de los casos, habría sido probablemente una unión ilegal: había algunos catalistas sin escrúpulos que realizarían algo así si se les pagaba lo suficiente. En el peor, se trataría de un apareamiento, el resultado de la detestable unión del cuerpo de un hombre con el de una mujer. O a lo mejor el niño estaba Muerto; había oído rumores de que se estaban sacando de Merilon, clandestinamente, a niños así. Su primera inclinación fue echar a la mujer y al niño.

Pero hacerlo, él lo sabía, significaba enviarlos a una muerte cierta.

Viendo dudar al capataz, el catalista frunció el entrecejo y avanzó pesadamente hasta colocarse debajo del capataz, que seguía flotando en el aire. Indicando malhumorado al capataz que descendiera a su nivel, el catalista musitó:

—¡No puedo creer que realmente estéis considerando esa posibilidad! Evidentemente ella es..., bien..., ya sabéis... —El catalista se sonrojó, turbado, al ver al capataz sonreír con malicia, y siguió apresuradamente—: Decidle que siga su camino. O, mejor aún, llamad a los Ejecutores...

El capataz frunció el entrecejo.

—No necesito que los *Duuk-tsarith* me digan cómo debo manejar mi colonia. ¿Y qué te gustaría que hiciera?, enviarla a ella y a su bebé al País del Destierro? Ésta es la última colonia a este lado del río. ¿Quieres intentar dormir por las noches,

pensando qué les habrá pasado a ellos ahí fuera?

Volvió a echarle de nuevo una mirada a la mujer. Era joven, probablemente no tendría más de veinte años. Debía de haber sido hermosa alguna vez, pero ahora su orgulloso rostro estaba marcado por la cólera y el odio, su cuerpo era demasiado delgado y el vestido colgaba sin gracia de su cuerpo enjuto.

La agria expresión del catalista le indicó que éste estaba dispuesto a arriesgarse a perder unas pocas noches de sueño a cambio de librarse de aquel miembro del sexo opuesto. Aquello ayudó al capataz a decidirse.

—Muy bien, *milady* —dijo el capataz a regañadientes, fingiendo ignorar la mirada de escandalizada desaprobación del catalista—, tengo trabajo para uno más. Se os dará alojamiento, a cargo de Su Señoría, un pedazo de terreno para que hagáis con él lo que os parezca y una porción de la cosecha. Estaréis en los campos al amanecer y os iréis al anochecer. Se descansa al mediodía. Marm Huspeth cuidará del bebé...

—El bebé se queda conmigo —le informó la mujer fríamente, tirando hacia adelante de las correas del fardo, acomodándolo mejor en la espalda—; lo llevaré con esto mientras trabajo, para tener las manos libres.

El capataz sacudió la cabeza.

—Espero de vos una jornada completa de trabajo...

—La tendrás —lo interrumpió la mujer, irguiéndose en toda su estatura—. ¿Empiezo ahora?

Observando su macilento y pálido rostro, el capataz se movió, incómodo.

—No —contestó de malhumor—. Instalaos vos y el niño. La cabaña de allá abajo, la que está cerca de los árboles, está libre. Por lo menos id a ver a Marm. Os preparará algo de comida.

—Yo no acepto limosnas —dijo la mujer y empezó a alejarse.

—¡Eh! ¿Cómo os llamáis? —preguntó el capataz.

Deteniéndose, la mujer volvió la cabeza, mirándolo por encima del hombro.

—Anja.

—¿Y el bebé?

—Joram.

—¿Se le han efectuado las Pruebas y ha recibido la bendición de conformidad con las leyes de la Iglesia? —preguntó con severidad el catalista, decidido a intentar recuperar algo de su dignidad perdida.

Pero el intento falló. Girando en redondo, la mujer lo miró directamente a la cara por vez primera, y la expresión de sus brillantes ojos era tan extraña, tan burlona y tan salvaje que el catalista, involuntariamente, dio un paso atrás.

—¡Oh, sí! —musitó Anja—. ¡Ha pasado por la ceremonia de las Pruebas y ha recibido la bendición de la Iglesia, puedes estar seguro!

Dicho eso, prorrumpió en unas carcajadas tan agudas y horripilantes que el catalista le lanzó al capataz una mirada de autocomplacencia. Si no hubiera sido por aquella mirada, el capataz hubiera podido volverse atrás de su decisión y echarla de allí. También él notó un dejo de locura en aquella carcajada; pero maldito si se iba a retractar delante de aquel hombrecillo calvo y corto de vista, que había sido un incordio desde que llegara un mes atrás.

—¿Qué estáis mirando todos vosotros? —les gritó a los Magos Campesinos, que habían estado observando con interés lo que sucedía, ansiosos por encontrar cualquier cosa que mitigara el aburrimiento y la monotonía diaria de sus vidas—. Se acabó el descanso. Volved al trabajo. Tolban, otórgales Vida —le dijo al catalista, quien, con el aire afectado de aquel que ha resultado estar en lo cierto, inspiró desdeñosamente y empezó a salmodiar el ritual.

Dirigiendo una sonrisa burlona de triunfo al capataz, como si compartieran un chiste que sólo ellos dos sabían, la mujer se dio la vuelta y avanzó con dificultad en dirección a la pequeña y miserable choza que se encontraba alejada del resto de cabañas de la colonia, con el hermoso vestido verde arrastrando por el barro, enganchándose en las zarzas y enredándose en los matorrales.

El capataz llegaría a conocer muy bien aquel vestido. Seis años más tarde, Anja aún llevaba sus andrajosos restos.

8. Las Tierras de la Frontera

Joram sabía que era diferente del resto de los habitantes del poblado. Era algo que parecía como si lo hubiese sabido siempre, de la misma manera que sabía su nombre o el de su madre o la reconocía por el simple contacto. Pero la razón de aquella diferencia desconcertaba a aquel niño de seis años.

—¿Por qué no me dejas que juegue con los otros niños? —preguntaba Joram cada anochecer cuando se le permitía salir de la vivienda para hacer ejercicio a solas bajo la estricta vigilancia de Anja.

—Porque tú eres diferente —le respondía Anja secamente.

—¿Por qué tengo que aprender a leer? —preguntaba también Joram—. Los otros niños no tienen que hacerlo.

—Porque eres diferente de los otros niños —le contestaba ella.

Diferente, diferente, diferente. Aquella palabra cobró mucha importancia en la mente de Joram, al igual que las palabras que Anja le obligaba a copiar laboriosamente en su pizarra. Era a causa de La Diferencia por lo que se lo mantenía encerrado en el interior de la choza donde vivían, cada vez que Anja iba a los campos. Era a causa de La Diferencia por lo que él y Anja se mantenían apartados de los otros Magos Campesinos, sin participar jamás en sus pequeñas celebraciones o en las breves charlas que sostenían al anochecer, aun cuando se iban a dormir muy temprano.

—¿Por qué soy diferente? —preguntó Joram un día, de mal humor, observando cómo los otros niños jugaban en la sucia calle—. Yo no quiero ser diferente.

—Que Almin te perdone por decir esas tonterías —le espetó Anja, lanzando una mirada de desprecio a los niños que jugaban en el exterior—. Tú estás tan por encima de ésos como la luna lo está de este despreciable suelo que pisamos.

Joram levantó los ojos hacia el firmamento nocturno, donde la pálida luna flotaba en la oscuridad, apartada del mundo y de las débiles estrellas crepusculares que la rodeaban.

—Pero la luna es fría y solitaria, Anja —observó Joram.

—Mucho mejor para ella, hijo. ¡Así no hay nada que pueda herirla! —respondió Anja. Arrodillándose junto a su hijo, lo tomó en sus brazos abrazándolo furiosamente —. ¡Si estás tan solo como la luna no hay nada que pueda herirte!

Bueno, aquélla era una razón, ciertamente, pero no era una razón muy convincente, pensó Joram. Tenía mucho tiempo para pensar, ya que se pasaba solo todo el día, así que mantuvo ojos y oídos muy atentos, espiando a su madre, buscando La Diferencia. Una vez, pensó que podría haberla encontrado.

—¿Qué quieres *tú*, catalista? —exigió Anja groseramente, abriendo la puerta de golpe al oír llamar una mañana antes de que empezara la jornada de trabajo.

El Padre Tolban intentó mantener una sonrisa en los labios, pero era una sonrisa forzada, formando los labios una fina línea.

—Que el sol te alumbre, Anja. Que la bendición de Almin te acompañe en este día.

—Si así es, no será gracias a ti —replicó Anja—. Te lo vuelvo a preguntar, catalista: ¿qué quieres? Sé rápido. Tengo que ir a los campos.

—He venido a discutir —empezó el catalista ceremoniosamente. Pero, empezando a perder el coraje bajo la gélida mirada de Anja, se le fue de la cabeza su bien preparado discurso y tartamudeó a toda velocidad—: ¿Cuántos años tiene tu..., tiene Joram?

Todavía adormecido en las primeras luces del alba, el muchacho yacía acurrucado entre mantas remendadas en un catre que había en un rincón.

—Tiene seis —respondió Anja, desafiante, como si retara al Padre Tolban a enfrentarse con ella.

El catalista asintió e intentó recuperar su compostura.

—Exactamente —dijo en un intento de ser agradable—. Ésa es la edad a la que debería iniciar su educación. Me reúno con los niños durante la Hora Máxima, ya sabes. Déjame... Quiero decir...

Su voz se apagó, al secarse la sonrisa y las palabras lentamente frente a la fría sonrisa sardónica de Anja.

—¡Yo me ocuparé de su educación, no tú, catalista! Después de todo, es de sangre noble —añadió, airada, al parecerle que el Padre Tolban iba a protestar—. ¡Será educado como corresponde a alguien de noble origen, no como tus torpes campesinos!

Dicho esto, se precipitó al exterior, apartándolo al pasar, y selló la puerta de la cabaña. La puerta, hecha de ramas de árbol, había sido diseñada originalmente, como todas las del poblado, representando unas manos que daban la bienvenida; pero las ramas descuidadas y mal acabadas de la puerta de Anja hacían que se parecieran más a unas garras codiciosas y esqueléticas. Echándole al catalista una última mirada de sospecha, Anja rodeó la choza con la aureola mágica de protección que la dejaba tan exhausta de energía cada mañana, que se veía obligada a andar hasta los campos de trabajo en lugar de flotar, como lo hacían los otros magos.

En el interior, Joram levantó la cabeza por entre las mantas cautelosamente. El catalista aún no se había ido. Lo podía oír arrastrando los pies por el exterior. Luego oyó otros pasos que se acercaban.

—¿Lo oísteis? —preguntó el Padre Tolban amargamente.

—Lo mejor es que la dejes en paz —aconsejó el capataz—. Y al crío también.

—Pero debería recibir una educación...

—¡Bah! —resopló el capataz—. ¿Así que el mocoso no sabe el catecismo?

Mientras esté listo para ir a los campos cuando cumpla los ocho años, a mí no me importa si puede o no recitar los Nueve Misterios.

—Si vos pudierais hablar con ella...

—¿Con ella? Antes le hablaría a un centauro. Si quieres al crío, arráncaselo de las garras.

—Quizá tengáis razón —musitó precipitadamente el Padre Tolban—. No creo que importe mucho después de todo...

Ambos se alejaron.

«De modo que eso forma parte de La Diferencia —pensó Joram—. Soy de sangre noble, sea lo que fuere lo que eso signifique.»

Pero había algo más; tenía que haberlo, puesto que, a medida que Joram crecía, se empezó a dar cuenta de que aquella Diferencia lo mantenía aparte de todos: incluso de su madre. Podía verlo algunas veces en la forma en que ella lo miraba cuando él llevaba a cabo alguna tarea vulgar, como levantar un objeto con la mano o atravesar andando la habitación. Veía un temor en sus ojos, un temor que hacía que él también sintiera miedo., aunque no sabía la razón, y cuando empezaba a hacer preguntas, ella miraba en otra dirección y parecía estar muy atareada de repente.

Había una diferencia entre Joram y los otros niños que era evidente: Joram andaba. Aunque siempre tenía tareas asignadas y estudios que debían llevarse a cabo durante el largo día de aislamiento que pasaba en la cabaña, a menudo se pasaba gran parte de ese día en la ventana, mirando con envidia cómo jugaban los otros niños del pueblo. Cada mediodía, y bajo la vigilante mirada del Padre Tolban, flotaban y daban volteretas en el aire, jugando con cualquier objeto que creara su imaginación y que sus limitadas capacidades de magos en desarrollo les permitieran crear. Lo que Joram deseaba más fervientemente era poder flotar, no verse obligado a andar por el suelo como los Magos Campesinos de categoría más baja, o como la más estúpida de las criaturas, según su madre: un catalista.

«¿Cómo sé que no puedo? —se le ocurrió a aquel pequeño de seis años preguntarse a sí mismo un día—. Nunca lo he probado realmente.»

Apartándose de la ventana, el muchacho echó una mirada a lo que le rodeaba en el interior de la cabaña. Ésta estaba formada a partir de un árbol muerto al que se había modelado mediante la magia y se lo había dejado hueco. Las ramas del árbol habían sido hábilmente entrelazadas y trenzadas para formar un tosco tejado. Muy por encima de Joram se extendía una única rama del árbol original que iba de un extremo a otro del techo. Con gran laboriosidad, Joram arrastró la ordinaria mesa de trabajo, formada de un tocón, colocándola debajo de la viga; luego puso una silla sobre la mesa y, subiéndose a ella, miró hacia arriba. No era lo bastante alto. Sintiéndose frustrado, echó una mirada a su entorno y descubrió un cubo de patatas en un rincón. Descendiendo trabajosamente, volcó las patatas, levantó la enorme y

hueca calabaza que constituía el cubo, y, después de muchos esfuerzos, consiguió colocarla sobre la silla.

Ahora podía llegar a la viga, rozándola apenas. Con la calabaza tambaleándose bajo sus pies, Joram tocó la viga con la punta de los dedos y, con un brinco que hizo que la calabaza cayera rodando de la silla, se agarró a la rama, subiéndose sobre ella por un impulso de sus brazos. Mirando hacia abajo, se dio cuenta de que el suelo quedaba muy por debajo de él.

«Pero eso no importa —se dijo con convencimiento—. Voy a flotar como los otros.»

Aspirando con fuerza, Joram estaba a punto de saltar al aire cuando, súbitamente, el precinto mágico se rompió, la puerta se abrió de golpe, y su madre penetró en la habitación.

La mirada sobresaltada de Anja pasó de la mesa a la silla, de ella a la calabaza que había en el suelo y, finalmente, se detuvo en Joram, encaramado en la viga del techo, mirándola con sus negros ojos, su pálido rostro convertido en una máscara fría e inexpresiva. Al instante, Anja dio un salto, y volando hasta el techo, agarró rápidamente al niño en sus brazos.

—¿Qué es lo que crees que estás haciendo, cariñito mío? —le preguntó Anja febrilmente, apretando a Joram con fuerza contra ella mientras se deslizaban hasta el suelo.

—Quiero flotar, como ellos —replicó Joram, señalando al exterior y retorciéndose para escapar de los apretados brazos de su madre.

Dejando a su hijo en el suelo, Anja miró por encima del hombro hacia los hijos de los campesinos y frunció los labios.

—¡No nos deshonres nunca más ni a ti ni a mí con tales ideas! —dijo, intentando parecer severa.

Pero la voz se le quebró, cuando sus ojos se posaron en el tosco artefacto que Joram había ensamblado para lograr su objetivo. Con un escalofrío, se cubrió la boca con una mano; luego, con una expresión de repugnancia, asió la silla apresuradamente, y la arrojó a un rincón. Se volvió para mirar a Joram, con el rostro mortalmente pálido y agolpándosele las palabras de reconvención en los labios.

Pero no pudo pronunciarlas. En los ojos de Joram alcanzó a leer la pregunta, lista para ser formulada.

Y ella no estaba preparada para contestarla.

Sin decir una palabra, Anja dio media vuelta y salió de la choza.

Joram intentó, desde luego, saltar del techo, atreviéndose a ello durante la época de la cosecha, cuando estaba seguro de que su madre estaría demasiado ocupada para volver a comer, tal y como acostumbraba hacer ahora más a menudo. Columpiándose sobre el borde mismo de la viga, el niño saltó, deseando con todas las fuerzas de su

pequeño ser quedar suspendido en el fresco aire otoñal como los grifos, y luego planear hasta llegar al suelo, con la ligereza de una hoja llevada por el viento...

Aterrizó en el suelo, pero no como una hoja llevada por el viento, sino como una roca arrojada por la ladera de una montaña. La caída lastimó al niño gravemente; levantándose, sintió al inspirar un dolor agudo en el costado.

—¿Qué te sucede, mi cielo? —le preguntó Anja alegremente aquella tarde—. Estás muy quieto.

—He saltado del techo —contestó Joram, mirándola fijamente—. Estaba intentando flotar como los otros.

Anja lo miró enojada, y de nuevo abrió la boca para reprender al muchacho; pero, una vez más, vio aquella pregunta en los ojos del chico.

—¿Y qué sucedió? —preguntó con voz ronca, mientras sus manos jugueteaban con los deshilachados restos de su vestido verde.

—Me caí —le respondió Joram a su madre, la cual mantenía los ojos apartados de él—. Me he hecho daño, justo aquí.

Apretó la mano contra el costado.

—Espero que habrás aprendido la lección —comentó Anja sin inmutarse, encogiéndose de hombros—. Tú no eres como los demás. Eres diferente. Y cada vez que intentes ser como los otros, te lastimarás tú mismo o te lastimarán ellos.

«Ella tiene razón. No soy como los otros.» Ahora Joram lo sabía. Pero ¿por qué? ¿Cuál era la razón?

Aquel invierno, el invierno en que cumplió los seis años, Joram creyó de nuevo que podría haber encontrado la respuesta.

Joram era un niño hermoso. Incluso el endurecido capataz no podía evitar detenerse en su diaria rutina para volverse y contemplarlo, en aquellas ocasiones en que al niño se le permitía salir de la cabaña. Debido a que se lo mantenía constantemente encerrado en casa durante el día, la piel de Joram era suave y blanca, y tan translúcida como el mármol. Sus ojos eran grandes y expresivos, rodeados por unas espesas pestañas negras tan largas que le rozaban las mejillas. Las cejas eran negras y estaban muy cerca de los ojos, lo que le daba un meditabundo y severo aire adulto, que concordaba de manera singular con su rostro infantil.

Pero la característica más sobresaliente de Joram era su pelo. Espeso y exuberante, negro como el brillante plumaje del cuervo, surgía de un agudo montículo en el centro de la frente para caerle sobre los hombros en una masa dé rizos enmarañados.

Desgraciadamente, aquel hermoso pelo le amargaba la infancia a Joram. Anja se negaba a cortarlo, y era ya tan espeso y largo que sólo después de horas de peinarlo y darle tirones podía Anja deshacer todos los nudos y enredos. Intentó trenzarlo, pero el pelo era tan rebelde que se soltaba de la trenza a los pocos minutos, rizándose

alrededor del rostro del niño y rebotando sobre sus hombros como si poseyera vida propia.

Anja se sentía extremadamente orgullosa de la belleza de su hijo. Su gran placer consistía en mantener el pelo del muchacho limpio y bien cuidado: de hecho su único placer, ya que se mantenía arrogantemente apartada de sus vecinos. Así que el peinado de los cabellos de Joram se transformó en un ritual que se celebraba cada noche, un ritual muy deprimente para Joram. Cada atardecer, después de su exigua cena y de su breve período de ejercicio físico al aire libre, el muchacho se sentaba sobre un taburete ante la tosca mesa de madera mientras Anja, utilizando su magia y sus dedos, le peinaba la revuelta y brillante cabellera.

Una noche, Joram se rebeló.

Sentado en casa, solo todo el día como de costumbre, había observado desde la ventana cómo jugaban juntos los otros niños, flotando y revolcándose en el aire, persiguiendo una resplandeciente bola de cristal que su cabecilla, un mozalbete de ojos brillantes llamado Mosiah, había hecho aparecer. La llegada de varios padres, que regresaban de los campos, detuvo el violento juego, y los niños se arremolinaron alrededor de sus padres, cogiéndose a ellos y abrazándolos de una forma que hizo que Joram se sintiera triste y vacío en su interior. Aunque Anja lo cubría de atenciones y lo abrazaba constantemente, lo hacía con una especie de feroz intensidad que resultaba más alarmante que afectuosa. A Joram le parecía a veces como si ella quisiera aplastarlo contra su cuerpo para convertirlos a los dos en uno solo.

—Mosiah —llamó el padre del muchacho, agarrando a su hijo, quien, tras un rápido saludo, regresaba a sus juegos—. Pareces un joven león —le dijo el padre, alborotando el pelo de su hijo, que cayó en largos mechones rubios sobre los ojos del niño. Sujetando el pelo del chico entre los dedos, el padre lo cortó suavemente con un rápido y diestro movimiento de la mano.

Aquella noche, cuando Anja llamó a Joram para que se sentara en el taburete y empezó a deshacer lo que quedaba del trenzado de su pelo, Joram se apartó con brusquedad de su madre y se volvió para mirarla solemnemente con los oscuros ojos muy abiertos.

—Si yo tuviera un padre como los otros chicos —dijo con calma—, él me cortaría el pelo. Si tuviera un padre, yo no sería diferente. ¡Él no te dejaría que me hicieras diferente!

Sin decir una palabra, Anja le dio una bofetada en pleno rostro.

El golpe lo arrojó al suelo y dejó sobre su mejilla una señal que tardó días en desaparecer. Lo que vino después dejó una marca en el corazón de Joram, que nunca llegó a borrarse del todo.

Dolorido, enojado y asustado por la expresión que había en el rostro de su madre —Anja se había quedado blanca como un muerto y sus ojos brillaban enfebrecidos—,

Joram empezó a llorar.

—¡Para! —Anja tiró de él poniéndolo en pie, hundiéndole dolorosamente los delgados dedos en el brazo—. ¡Para! —le susurró furiosa—. ¿Por qué lloras?

—¡Porque me haces daño! —murmuró Joram de manera acusadora. Apoyando una mano sobre la mejilla que le seguía escociendo, la miró con fijeza, desafiándola hoscamente.

—¡Te hago daño! —exclamó Anja con desprecio—. Una pequeña bofetada y el niño llora. Ven aquí —lo arrastró a través de la puerta de la cabaña y lo sacó hasta el humilde poblado, cuyos habitantes se preparaban para descansar después de un día de arduo trabajo—, ven aquí, Joram, ¡yo te enseñaré qué significa hacer daño!

Andando tan deprisa que, literalmente, arrastraba al niño, que iba dando traspiés por las embarradas calles —Anja siempre andaba cuando estaba con Joram, una extraña circunstancia que los otros magos habían observado y que les llenaba de asombro—, Anja llegó hasta la vivienda del catalista, situada al otro extremo del pueblo. Usando la magia que había podido guardar después de todo el día de trabajo, hizo que la puerta se, abriera de golpe, de par en par, y ella y el niño la atravesaron acto seguido propulsados por la vehemencia de su furor.

—¡Anja! ¿Qué sucede? —exclamó el Padre Tolban, levantándose asustado de un salto del lugar donde reposaba frente a un alegre fuego.

Marm Hudspeth estaba inclinada sobre las llamas, preparándole la cena, ya que aquella tarea requería más Vida de la que posee un catalista. Unas salchichas permanecían suspendidas sobre el fuego, chisporroteando como la misma anciana, que preparaba gachas en una esfera mágica que borboteaba en el hogar.

—¡Sal fuera! —le ordenó Anja a la anciana, sin apartar los ojos del asombrado catalista.

—Se... será mejor que te vayas, Marm —dijo suavemente el Padre Tolban.

Y le hubiera gustado añadir: «¡Y trae al capataz inmediatamente!», pero se mordió la lengua al ver los brillantes ojos de Anja y su moteado rostro. Parloteando y refunfuñando, Marm envió las salchichas desde el fuego a la mesa, y luego —mirando torvamente a Anja y al muchacho— salió rápidamente por la puerta, haciendo con la mano una señal para preservarse del mal.

Anja cerró la puerta de golpe, con una sonrisa burlona en los labios, y se quedó mirando al catalista. Éste no la había vuelto a visitar desde que le impidiera educar a Joram, y ella jamás le dirigía la palabra en los campos, si podía evitarlo. De modo que el catalista se quedó azorado al verla en su casa, y aún más asombrado al ver al niño con ella.

—¿Qué sucede, Anja? —repitió—. ¿Estáis tú o el niño enfermos?

—Abre un Corredor para nosotros, catalista —exigió Anja con el aire de superioridad que utilizaba cuando se dirigía a personas de rango inferior, un aire que

contrastaba en gran manera con su vestido raído y remendado, y su rostro manchado de mugre—. El chico y yo debemos realizar un viaje.

—¿Ahora? Pero..., pero —tartamudeó el Padre Tolban, totalmente confundido. ¡Era inaudito! No podía permitirse. ¡Aquella mujer se había vuelto loca! Y aquello hizo que el catalista se diera cuenta de otra cosa: estaba solo e indefenso ante una gran maga, una *Albanara* si creía en su historia, cuya Energía Vital él mismo podía percibir emanando de ella al igual que su furia colérica.

Probablemente, ella había ahorrado algo de la energía que se les otorgaba para la tarea diaria, y aunque no podía quedarle mucha, podría ser más que suficiente para transformarlo en algo o destruir su pequeña casa. ¿Qué debía hacer? Ganar tiempo. Quizá la Vieja Marm sería lo bastante inteligente como para ir a buscar al capataz. El catalista, intentando conservar la calma, dejó que su mirada pasara de la madre al niño, que permanecía junto a su madre en silencio, medio escondido entre los pliegues del precioso y andrajoso vestido de Anja.

Incluso en medio de sus terrores y su confusión mental, el Padre Tolban pudo hacer un alto para mirarlo atentamente. Nunca había visto al niño de cerca, ya que Anja los había mantenido siempre separados, y, aunque había oído rumores sobre la hermosura de la criatura, el catalista no estaba en absoluto preparado para algo parecido. Una cabellera de color negroazulado enmarcaba un rostro pálido de grandes ojos oscuros; pero lo que era singular, además de la extraordinaria belleza de la criatura, era que aquellos enormes y relucientes ojos no mostraban temor. Lo que había era una sombra de dolor. El catalista pudo ver las señales dejadas por la mano de Anja en la mejilla del niño. Se apreciaban rastros de lágrimas, pero no había temor, tan sólo una mirada tranquila de triunfo, como si todo aquello hubiera sido cuidadosamente planeado y arreglado.

—Ahora mismo, catalista —siseó Anja, golpeando con el pie desnudo en el suelo —. ¡No estoy acostumbrada a que tipos como tú me hagan esperar!

—Pa... pago —tartamudeó el Padre Tolban. Apartando los ojos con gran esfuerzo del extraño niño, volvió a mirar a la madre, que lo contemplaba con la mirada extraviada, sintiendo cómo le invadía un gran alivio al poder encontrar un refugio seguro en las reglas de su Orden—. De... debe haber un pago, ya sabes —continuó con más severidad, ganando confianza en sí mismo a medida que las reglas le facilitaban la fuerza de siglos de existencia—. Una parte de tu Vida, Señora Anja, y también una parte de la del chico, si viajas con él...

El catalista había esperado que aquello detendría a la mujer. Después de todo, ¿a qué Mago Campesino le quedaba magia suficiente al final del día, como para poder transferir la porción necesaria que exigían los catalistas para la utilización de sus Corredores?

En realidad detuvo a Anja, pero sólo por un momento, y además no exactamente

en la forma en que Tolban había proyectado.

Ante la mención del niño, ella bajó los ojos hacia él con cierta perplejidad, como si se hubiera olvidado de su existencia. Luego, con mirada hosca, los volvió hacia el catalista, que había cruzado los brazos sobre el pecho y se preparaba para dar por terminado el asunto.

—¡Os pagaré, parásitos, lo que necesitáis para vivir! —masculló—. Pero no tomarás nada del muchacho. Te pagaré su parte con Vida mía también. Vamos. ¡Tengo suficiente! ¡Toma mi mano!

Anja tendió la mano al catalista, cuya seguridad en sí mismo se le escapaba como la savia se escapa de un árbol herido. La miró con ojos vacantes y, por un instante, dejó de ver el andrajoso vestido o la piel bronceada por el sol de una Maga Campesina, y en su lugar vio a una mujer alta y bella, vestida regiamente, que había nacido para mandar y hacer que otros la obedeciesen. Sin saber realmente lo que hacía, el catalista tomó la mano de la mujer y sintió cómo la Vida se precipitaba en su interior con tal fuerza que casi lo tiró al suelo.

—¿Dó... dónde quieres ir? —preguntó débilmente.

—A las Tierras de la Frontera.

—¿Las Tierras de la Frontera?

Se quedó boquiabierto por la sorpresa.

Las cejas de Anja se juntaron de manera alarmante. El Padre Tolban tragó saliva, luego frunció el ceño intentando recuperar parte de su dignidad.

—Debo dejar el Corredor abierto para garantizar vuestro retorno —dijo agriamente.

—Deja el Corredor abierto, entonces —le espetó Anja con un resoplido—. Me importa poco. Estaremos fuera sólo un momento. ¡Ahora empieza, ya!

—Muy bien —musitó el catalista.

Utilizando la Vida de Anja, el catalista abrió la ventana para ella en el tiempo y el espacio, uno de los muchos Corredores que habían sido creados originalmente por los Adivinos, los Magos del Tiempo. Hacía muchísimo tiempo que los Adivinos habían desaparecido, y con ellos había muerto también la ciencia para construir los Corredores. Pero los catalistas, que los habían controlado durante siglos, sabían todavía cómo utilizarlos y conservarlos, tomando la Vida necesaria para mantenerlos en activo de aquellos que los utilizaban.

Penetrando en el interior de la ventana, que parecía un hueco negro dentro del cómodo alojamiento del Padre Tolban, Anja y el niño se desvanecieron. Contemplando el abierto Corredor con aprensión, el catalista se encontró jugando, por un instante, con la posibilidad de cerrarlo y dejarlos abandonados en el otro lado. Volvió en sí, sobresaltado, escandalizado ante lo que había estado pensando.

Las Tierras de la Frontera, pensó, sacudiendo la cabeza. Qué extraño. ¿Por qué ir

allí, a aquella región desolada y muerta?

No hay guardianes en las Tierras de la Frontera. No son necesarios. El pasar desde el mundo al interior de aquellas neblinas que flotan a la deriva es penetrar en el Más Allá. Y penetrar en el Más Allá significa morir.

En cuanto a proteger el reino de aquello que está en el Más Allá, sería absurdo hacerlo, puesto que no hay nada en el Más Allá, nada a excepción del reino de la Muerte. Y no ha regresado nunca nadie de ese reino.

La primera línea del catecismo dice así: «Huimos del mundo donde reinaba la Muerte, llevándonos con nosotros la magia y aquellas criaturas mágicas que habíamos creado. Escogimos este mundo porque está vacío. Aquí la magia vivirá, puesto que no existe nada ni nadie que nos pueda amenazar de nuevo. Aquí, en este mundo, existe la Vida.

«No hay guardianes, pero están los Vigilantes.»

Al penetrar vacilante en el Corredor, su mano agarrando con fuerza la de su madre, Joram experimentó la sensación, que duró tan sólo un instante, de que lo estrujaban con fuerza. Hermosas y centelleantes estrellas aparecieron ante su vista, pero antes de que su mente pudiera verdaderamente registrar lo que estaba ocurriendo, aquella sensación desapareció, la centelleante luz se apagó y él miró a su alrededor esperando ver la pequeña habitación del catalista. Pero no estaba en la habitación del catalista; estaba de pie en una extensa y yerma playa blanca.

El muchacho no había visto nunca antes nada parecido y le agradó la sensación que le producía sentir bajo los pies la arena calentada por el sol. Inclinándose, intentó recoger un puñado, pero Anja tiró de él brutalmente hacia adelante, moviéndose por la playa a grandes zancadas, mientras lo arrastraba tras ella.

En un principio, a Joram le gustó andar por la arena, pero eso terminó muy pronto, no obstante, cuando empezó a hundirse en ella, resultándole cada vez más difícil andar. Empezó a hundirse en las móviles dunas, y cuando intentaba avanzar, éstas resbalaban bajo sus pies haciéndole andar a trompicones.

—¿Dónde estamos? —preguntó, sin aliento.

—Estamos en el extremo del mundo —replicó Anja, deteniéndose para secarse el sudor del rostro y orientarse.

Contento de poder descansar, Joram miró a su alrededor.

Anja tenía razón. A su espalda estaba el mundo: la blanca arena cediendo terreno a unos pobres pastos que a su vez daban paso a exuberantes y verdes campos. Altos bosques de un verde aún más oscuro transportaban la vida del mundo a la alturas, a las purpúreas montañas, cuyos picos nevados la elevaban hasta el cielo azul y despejado, y a los ojos de Joram, el cielo parecía saltar desde las montañas para elevarse sobre él, enorme y sereno. Se volvió para seguir la curva del cielo y miró hacia adelante, al lugar donde el cielo se hundía finalmente en el nebuloso vacío que

había más allá de la arena blanca.

Y entonces descubrió a los Vigilantes. Sobresaltado, se cogió con fuerza a la mano de Anja y los señaló con el dedo.

—Sí —fue todo lo que ella dijo.

Pero el dolor y la ira que se reflejaban en su respuesta hicieron que el niño tiritase bajo la menguante luz solar, a pesar de que el calor del mediodía aún emanaba de la arena que tenían bajo los pies.

Anja tiró de Joram hacia adelante, agarrándolo con fuerza de la mano mientras su harapiento vestido, arrastrando por la arena, dejaba un rastro serpenteante a través de las dunas.

Con sus nueve metros de altura, las estatuas de piedra de los Vigilantes se alinean a lo largo de las Tierras de la Frontera, con la mirada clavada eternamente en las brumas del Más Allá. Colocadas a intervalos de unos veinte metros, estas estatuas de piedra se extienden por el borde de la blanca arena hasta donde puede abarcar la vista.

Joram se acercó a ellas, boquiabierto de asombro. ¡Nunca había visto nada tan alto! Ni siquiera los árboles del bosque se elevaban sobre él como aquellas gigantescas estatuas. Acercándose a ellas por la espalda, Joram pensó en un principio que todas eran iguales. Las estatuas eran todas ellas figuras humanas vestidas con túnicas, y aunque algunas parecían ser hombres y otras mujeres, no se apreciaba ninguna otra diferencia entre ellas. Cada una permanecía en la misma posición, los brazos colgando pegados al cuerpo, los pies juntos y la cabeza hacia adelante.

Pero, a medida que se aproximaba, Joram se dio cuenta de que una estatua era diferente. En una estatua, la mano izquierda, que debería haber estado abierta como en las otras, estaba cerrada, convertida en un puño crispado.

Joram se volvió hacia Anja, ansioso por hacerle preguntas sobre aquellas asombrosas estatuas, pero cuando contempló su rostro, contuvo las palabras que pugnaban por surgir de sus labios con tal apresuramiento que se mordió la lengua. Mientras se tragaba sus preguntas, notó el sabor de la sangre en su boca.

El rostro de Anja estaba más blanco y sus ojos más ardientes que la arena sobre la que andaban. Su mirada extraviada y enfebrecida estaba clavada en una de las estatuas, la que mostraba el puño cerrado; y hacia aquella estatua avanzaba con determinación, tropezando y cayendo en la movediza arena.

En aquel momento Joram lo supo. Joram comprendió, con aquella repentina y misteriosa clarividencia que tienen los niños, aunque no hubiera sido capaz de expresarlo con palabras. Un miedo enfermizo se apoderó de él, haciéndolo sentirse débil y mareado. Aterrorizado, intentó separarse de Anja, pero ella sujetó su mano aún con más fuerza. Desesperadamente, chillando cosas que Anja —a juzgar por la expresión ensimismada de su rostro— nunca oyó, Joram hundió los talones en la

arena.

—¡Por favor, Anja! ¡Llévame a casa! No, no quiero verlo...

Cayó al suelo, haciendo que Anja perdiera el equilibrio. Dando un traspié, Anja cayó a gatas y se vio obligada a soltar a Joram para incorporarse. Poniéndose en pie a toda velocidad, el niño intentó escapar, pero Anja se abalanzó hacia adelante y lo sujetó por el pelo, tirando de él hacia atrás.

—¡No! —aulló frenéticamente Joram, sollozando de dolor y de miedo.

Sujetándolo por la cintura con la fuerza que le había dado su trabajo en los campos, Anja levantó al muchacho y lo transportó por la arena, cayendo más de una vez, pero sin renunciar al propósito que se había fijado.

Anja se detuvo al llegar frente a la estatua. Su respiración era vacilante, y, por un momento, permaneció con la vista clavada en la estatua que se elevaba ante ellos.

Con la mano izquierda crispada, la mirada fija, mirando por encima de sus cabezas hacia las brumas del Más Allá, tenía —aparentemente— menos Vida que los árboles de los bosques. Sin embargo, era consciente de su presencia. Joram percibió aquella conciencia, al igual que percibió el terrible dolor que la atormentaba.

Exhausto, cesó de llorar y de luchar. Anja lo dejó caer a los pies petrificados de la estatua, donde se acurrucó, tembloroso, escondiendo la cabeza entre las manos.

—Joram —le dijo Anja—, éste es tu padre.

El muchacho cerró los ojos, apretándolos con fuerza, incapaz de moverse, hablar o hacer nada excepto permanecer tendido sobre la cálida arena a los pies de la gigantesca estatua de piedra.

Pero una gota de agua al caer sobre su cuello hizo que Joram se sobresaltara. Levantando la cabeza del lugar donde la había mantenido, apretada contra la arena, el niño miró hacia arriba lentamente. Por encima de él, pudo ver los ojos de piedra de la estatua mirando al frente en dirección al reino de la Muerte, cuya dulce paz nunca podría alcanzar. Una nueva gota de agua cayó sobre el niño. Con un sollozo angustiado, Joram hundió el rostro en sus pequeñas manos, mientras por encima de él, la estatua lloraba también.

9. El ritual

—Yo era la hija de una de las nobles familias de Merilon. Él, tu padre, era Catalista Residente.

De nuevo en su cabaña y sentado a la mesa, Joram oía la voz de Anja proviniendo de algún lugar por encima de él, surgiendo de una neblina de miedo y horror como las lágrimas de la estatua.

—Yo era la hija de una de las nobles familias de Merilon —repitió, desenmarañando la cabellera de Joram—. Tu padre era Catalista Residente. También él tenía sangre noble, porque mi padre se negó a tener en casa a un catalista como el Padre Tolban, que no es mucho mejor que un Mago Campesino. Yo tenía dieciséis años. Tu padre acababa de cumplir los treinta.

Suspiró, y los dedos que tiraban de los nudos del pelo de Joram se volvieron suaves y acariciadores. Observando su rostro, que se reflejaba en el cristal de las ventanas situadas frente a la mesa de madera donde él estaba sentado, Joram vio a su madre sonreír con una media sonrisa y balancearse ligeramente como al son de una música que sólo ella oía. Levantando una mano, se la pasó por el sucio y enmarañado pelo.

—La de cosas hermosas que creamos él y yo —dijo dulcemente, con una sonrisa distraída—. Yo tenía el Don de la Vida, me decía Mamá siempre. Por las tardes, para complacer y entretener a mi familia, tu padre y yo llenábamos el atardecer con arcos iris e imágenes maravillosas que arrancaban lágrimas de aquellos que las contemplaban. Era natural, decía tu padre, que nosotros, que éramos capaces de crear tal belleza, nos enamoráramos.

Los dedos que se deslizaban por su pelo se crisparon, y las afiladas uñas se clavaron en su carne, y Joram sintió cómo un pegajoso líquido, que era su sangre, se deslizaba por su cuello.

—Fuimos a ver a los catalistas para que nos dieran permiso para casarnos. Ellos realizaron la ceremonia de la Visión, y la respuesta fue no. ¡Dijeron que no tendríamos descendencia viva!

Estirando con fuerza de la enmarañada masa de cabello negro, rasgó los nudos con sus uñas, que parecían garras. Joram se agarró con fuerza a la mesa, alegrándose de sentir aquel dolor físico que enmascaraba el dolor de su alma.

—¡Descendencia viva! ¡Ja! ¡Mintieron! ¡Lo ves! —Abrazándose al cuello de Joram, Anja lo apretó contra ella con codicioso y feroz apasionamiento—. Tú estás aquí conmigo, mi amor. ¡Tú eres la prueba de que son unos mentirosos!

Apretando la cabeza del niño contra su pecho, lo acunó, canturreando en voz baja «mentirosos» mientras le alisaba los sedosos rizos.

—Sí, corazón mío, te tengo a ti —murmuró Anja, parando un momento de

peinarlo para clavar los ojos en el fuego. Las manos le cayeron sobre el regazo—. Te tengo a ti. No pudieron detenernos. Ni siquiera a pesar de que le ordenaron a tu padre que abandonara nuestra casa y regresara a la Catedral, no pudieron mantenernos separados. Regresó para verme aquella noche, la noche siguiente a su asquerosa Visión. Nos vimos en secreto, en el jardín donde habíamos dado Vida a tan maravillosas creaciones.

«Teníamos un plan. Engendraríamos una criatura viva y le demostraríamos al mundo que los catalistas mentían. Entonces se verían obligados a dejarnos casar, ¿no te das cuenta? Necesitábamos a un catalista que realizara la ceremonia que engendraría una criatura en mi vientre, pero no pudimos encontrar ninguno. ¡Cobardes! Aquellos a los que él se atrevió a abordar se negaron, por temor a la ira del Patriarca si se los descubría.

»Y entonces llegó la noticia de que lo enviaban a los campos, ¡como Catalista Campesino! —dijo Anja con un bufido—. ¡A él! Cuya alma era toda belleza y delicadeza, enviarlo a una vida de fatigas y esfuerzos. Una existencia no mucho mejor que la de los campesinos que nacen para ella. Y eso significaba que no nos volveríamos a ver más, ya que una vez que te has arrastrado sobre el barro de los campos, no puedes volver a pisar las calles encantadas de Merilon.

»Estábamos desesperados. Entonces, una noche, me dijo que conocía una manera —una manera antigua y prohibida— que nos podía servir para engendrar un niño.

Las manos de Anja se retorcieron, y se dejó caer sobre un taburete, con los ojos aún fijos en el fuego. Joram no podía mirarla, sentía como un nudo en el estómago provocado por la ira y una extraña, casi agradable, sensación de dolor que no comprendía. En su lugar, miró por la ventana a la tranquila y solitaria luna.

—Me describió cómo era aquella manera antigua de hacerlo —siguió ella dulcemente—. Me dieron náuseas. Era... bestial. ¿Cómo podía yo hacerlo? ¿Cómo podía él? Sin embargo, ¿cómo podíamos no hacerlo? Porque si él me dejaba, yo me moriría. Nos escapamos...

Anja bajó la voz hasta tal punto que Joram apenas podía oírla.

—Recuerdo muy poco de la noche en que fuiste engendrado. Él... tu padre... me dio una bebida hecha de una flor de brillante color rojo... Creo que mi alma abandonó mi cuerpo, dejándoselo a él para que hiciera lo que quisiera. Como si lo soñara... recuerdo que sus manos me tocaban..., recuerdo un dolor horrible y punzante. Recuerdo... una dulzura...

»Pero nos traicionaron. Los catalistas nos habían estado siguiendo, vigilando. Lo oí lanzar una exclamación, entonces me desperté con un chillido y me los encontré allí de pie, contemplando nuestra deshonra. A él se lo llevaron a El Manantial para juzgarlo. A mí también me llevaron a El Manantial. Tienen un lugar allí, donde meten a «las mujeres como yo» según me dijeron. —Anja le sonrió al fuego con amargura

—. Existen más de los nuestros de lo que podrías suponer, mi cielo. Lo busqué, pero El Manantial es un lugar enorme, enorme y terrible. No lo volví a ver hasta el momento del Castigo.

»Tú, cariño mío, hinchabas ya mi vientre cuando ellos me arrastraron a la Zona Fronteriza y me obligaron a permanecer sobre la arena, la blanca y ardiente arena. ¡Me obligaron a permanecer allí y ver cómo realizaban su atroz acción!

Con un gruñido, Anja se puso en pie retorciéndose, y colocándose frente a Joram, le hundió las uñas en los hombros.

—¡A los magos que violan la ley se los envía al Más Allá! —murmuró con furia —. Ése es su castigo por pecar en este mundo. «No se debe Matar a los Vivos», eso dice el catecismo. ¡El mago se adentra en la neblina, en la nada, y así perece! ¡Bah! —Escupió al fuego—. ¿Qué castigo es ése comparado con el de convertirse en piedra viviente? ¡Viviendo una existencia sin fin, sintiendo cómo el viento y la lluvia, y el recuerdo de lo que era estar vivo te corroe eternamente!

Anja contempló la noche con ojos que podrían haber sido de piedra, ya que miraban sin ver. Joram clavó los suyos en la luna.

—Lo colocaron en el lugar que habían marcado en la arena. Vestía la túnica del penitente, y dos Ejecutores lo sujetaban con un siniestro hechizo, de modo que no pudiera moverse. He oído que muchos catalistas aceptan su destino con resignación. Algunos incluso lo agradecen, habiéndoselos convencido de la enormidad de sus pecados; pero no tu padre. Nosotros no habíamos hecho nada malo. —Clavó las uñas con más fuerza en la carne de Joram—. ¡Sólo nos habíamos amado!

Respirando con dificultad, no pudo seguir hablando durante largos minutos, mientras se forzaba a sí misma a rememorar una vez más aquel terrible momento, gozando, por un instante, con su dolor y gozando al saber que compartía aquel dolor con el muchacho.

—Hasta el último momento —continuó bajando la voz, que surgió ronca—, tu padre los desafió. Ellos intentaron ignorarlo, pero yo vi sus expresiones. Sus palabras daban en el blanco. El Patriarca Vanya, furioso, ojalá no encuentre más que escorpiones por donde pise, ordenó que empezara la Transformación.

«Para realizar un cambio así se precisan veinticinco catalistas. Vanya los había traído de todas las regiones de Thimhallan, para presenciar el castigo de nuestro gran crimen, nuestro gran pecado, ¡el pecado de amar!

«Formaron un círculo alrededor de tu padre y, en el centro de ese círculo, se colocó el *Duuk-tsarith* de los catalistas, un Señor de la Guerra que trabaja para ellos y que, a cambio, recibe tanta Vida como le es necesaria para llevar a cabo su asqueroso trabajo. Al llegar él, los dos Ejecutores de rango inferior hicieron una inclinación y se fueron, dejando a tu padre solo en el círculo con aquel al que llaman el Verdugo. El Señor de la Guerra hizo una señal y los catalistas se cogieron de la mano. Cada uno

abrió un conducto en dirección al Verdugo, dándole un increíble poder.

«Éste no se dio demasiada prisa. El castigo es lento y doloroso. Moviendo la mano, el Verdugo Señaló hacia los pies de tu padre. Yo no podía ver las piernas, ocultas por la larga túnica, pero me di cuenta a través de la expresión del rostro de tu padre cuándo empezó a realizarse la transformación. Los pies se le convirtieron en piedra. Lentamente, aquel frío glacial empezó a subirle por las piernas, luego por los muslos, el estómago, el pecho, los brazos. Siguió chillándoles hasta que el estómago se le heló, e incluso cuando su voz cesó, pude ver cómo seguía moviendo los labios. En el último momento, con un último esfuerzo, cerró el puño justo cuando empezaba a convertirse en piedra. Esto lo hubieran podido alterar, desde luego, cuando aumentaron su tamaño hasta alcanzar aquella altura que viste y que todas las estatuas tienen. Pero decidieron dejar que permaneciera aquel símbolo de su desafío como un aviso para los demás.

Sí, pensó Joram, levantando las manos y estrechando las de su madre entre las suyas, también dejaron la expresión de su rostro, un monumento al odio, la amargura y la cólera.

—Lo vi tomar aire por última vez —siguió Anja bajando la voz—. Luego ya no pudo respirar más como un ser normal. Pero la vida sigue alentando en él; ésa es la parte más atroz del castigo que esos desalmados han concebido. Piensa en él cuando algo te hiera, cariño mío. Piensa en él cuando sientas tentaciones de llorar, y te darás cuenta de que tus lágrimas son triviales y vergonzosas comparadas con las suyas. Piensa en él, que está muerto pero sigue viviendo.

Joram pensó en él. Pensó en su padre cada noche, mientras Anja le contaba la historia al peinarle la cabellera, y cada noche cuando se iba a dormir, las palabras «Muerto pero sigue viviendo» llegaban hasta él desde la oscuridad. Desde aquel momento pensó en él cada noche, porque Anja le contó aquella historia una y otra vez, noche tras noche, mientras le desenredaba trabajosamente los nudos del pelo con los dedos.

Al igual que algunos utilizaban el vino para aliviar los sufrimientos de esta vida, de igual manera las palabras de Anja se convirtieron en el vino que ella y Joram bebían. Sólo que este vino no aliviaba el dolor. Nacido de la locura, fue el origen del dolor mismo, pues al fin Joram comprendió cuál era La Diferencia, o al menos así lo creyó. Ahora, al fin, podía comprender el dolor y el odio que sentía su madre y compartirlos.

Siguió observando a los otros niños mientras jugaban, durante el día, pero ahora su mirada no reflejaba envidia. Al igual que la de su madre, era despreciativa. Joram empezó a jugar su propio juego, mientras permanecía día tras día en el silencioso cuchitril. Él era la luna, flotando en el oscuro firmamento, y contemplando desde las alturas a los diminutos mortales, que a veces elevaban la mirada para contemplar su

fría y radiante majestad, pero no podían tocarlo.

Así pasaba los días y, cada noche, mientras le peinaba los cabellos, Anja relataba su historia.

A partir de aquel momento, si Joram lloró alguna vez, nadie vio nunca sus lágrimas.

10. El juego

Joram tenía siete años cuando empezó la parte oscura y secreta de su educación.

Un atardecer, después de cenar, Anja estiró las manos e hizo correr los dedos a través del espeso y enredado pelo de Joram. Éste se puso en tensión; aquello era siempre el preludio de sus historias, un momento que él esperaba y temía a la vez, confuso, durante cada una de las horas de su solitario día. Pero ella no empezó a peinarle el cabello como de costumbre. Desconcertado, el muchacho levantó los ojos hacia ella.

Anja lo miraba con fijeza, acariciándole el cabello distraídamente. Estudió su rostro, moviendo la mano para acariciarle la mejilla. Durante todo aquel tiempo, él se dio cuenta de que algo daba vueltas en su cabeza, jugueteaba con una idea igual que un *Pron-alban* juguetea con una gema para ver si tiene algún defecto. Finalmente apretó los labios resueltamente.

Agarrando a Joram por el brazo, tiró de él para hacerlo sentar junto a ella en el suelo.

—¿Qué pasa, Anja? —preguntó él, inquieto—. ¿Qué vamos a hacer? ¿No me vas a hablar de mi padre?

—Más tarde —dijo Anja con firmeza—. Ahora, vamos a jugar a un juego.

Joram miró a su madre con desconfiado asombro. Anja no había jugado jamás a nada, y tenía el presentimiento de que no iba a empezar ahora. Anja intentó sonreírle al niño tranquilizadoramente, pero las extrañas e insensatas muecas de Anja no hicieron más que aumentar el nerviosismo de Joram. No obstante, la observó con una especie de ávida impaciencia. Cualquier cosa que ella hacía parecía herirle, pero como aquel que no puede evitar pasarse la lengua por encima de la muela cariada, Joram parecía no poder evitar hurgar en su dolorido corazón, sintiendo una cierta satisfacción macabra al cerciorarse de que el dolor seguía allí.

Anja metió la mano en una bolsa pequeña que colgaba de una tira de piel que llevaba alrededor de la cintura y sacó una piedra pequeña y lisa. Lanzándola al aire, utilizó su magia para hacer que el aire se la tragase. Al desaparecer la piedra, Anja miró a Joram con una expresión de triunfo que el muchacho encontró bastante desconcertante. No había nada de maravilloso en que la piedra desapareciese; tales hazañas eran cosa común, incluso en el humilde mundo de los Magos Campesinos. Ahora, si ella le mostrara tan sólo alguna de las maravillas que le había descrito que se creaban en Merilon...

—Muy bien, cariñito —dijo Anja, extendiendo el brazo en él aire y haciendo aparecer la piedra—, puesto que pareces tan poco impresionado, inténtalo tú.

Joram frunció el entrecejo, sus oscuras y pobladas cejas formando una severa línea a través de su rostro infantil. Ahí estaba. Ahí estaba la herida. Hurgó en aquel

dolor sordo.

—Sabes que no puedo —dijo, malhumorado.

—Toma la piedra, mi amor —repuso Anja alegremente, tendiéndosela.

Pero Joram no vio una risa alegre en los ojos de su madre, únicamente determinación, resolución y un extraño y misterioso destello. Estirando el brazo, Joram cogió la piedra.

—Haz que el aire se la trague —ordenó Anja.

Con el ceño aún fruncido, el muchacho lanzó la piedra al aire con un suspiro de exasperación. Ésta golpeó con estrépito a sus pies.

En medio del silencio que siguió, Joram pudo oír cómo la piedra daba vueltas y más vueltas sobre el suelo de madera. Cuando por fin se detuvo, Joram miró a su madre de reojo.

—¿Por qué no puedo hacer que se desvanezca? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué soy diferente? Incluso un catalista puede hacer una cosa tan simple...

—¡Bah! Y también será una cosa muy simple para ti, algún día. —Anja acarició los negros y crespos rizos que se enroscaban alrededor del rostro de Joram—. No te atormentes. Los miembros de la nobleza a veces son algo lentos en desarrollar la magia.

Pero Joram no estaba satisfecho. Ella no lo había mirado mientras le hablaba, su mirada estaba fija en su pelo. Enojado, echó la cabeza hacia atrás, apartándola de sus manos.

—¿Cuándo? —preguntó, tozudo.

El muchacho vio cómo su madre apretaba los labios y se preparó para enfrentarse a su ira, pero entonces la mano de Anja cayó flojamente sobre su regazo. Su mirada se enturbió.

—Algún día, pronto —replicó, sonriendo vagamente—. No, no me molestes con preguntas. Dame la mano.

Joram dudó, mirando a su madre, como dispuesto a discutir. Luego, viendo que no serviría de nada, extendió la mano. Anja la tomó, estudiándola con atención.

—Los dedos son largos y delicados —dijo, hablando con ella misma—. Su movimiento rápido, flexible. Sí, perfecto. Muy bien.

Haciendo que la piedra se elevara en el aire desde el suelo, Anja la depositó en la palma del niño.

—Joram —dijo dulcemente—, te voy a enseñar a hacer desaparecer la piedra. Lo que te voy a enseñar es magia, pero es una magia secreta. No debes enseñársela nunca a nadie más, ni permitir que nadie te vea utilizarla o nos enviarían a ambos al Más Allá. ¿Lo comprendes, corazón mío?

—Sí —replicó Joram.

Los ojos abiertos de par en par y con una mirada de incredulidad, su temor y su

desconfianza habían sido reemplazados por una repentina avidez de conocimientos.

—La primera vez que arrojé la piedra al aire, en realidad no hice que el aire se la tragase. Sólo pareció que lo hacía, lo mismo que únicamente pareció que volvía a sacarla de él. No es verdad. Observa. Mira, la he tirado al aire. Se ha desvanecido. ¿Verdad? ¿No fue eso lo que viste? ¡Ah!, pero mira. ¡La piedra sigue aún aquí! ¡En mi mano!

—No lo entiendo —dijo Joram, desconfiando una vez más.

—Engañé a tus ojos. Observa. Parece como si yo tirara la piedra al aire y tus ojos siguen el movimiento que yo hago con la mano. Pero mientras tus ojos miran eso, mis manos hacen esto. Y ahí va la piedra. Esto es lo que debes hacer de ahora en adelante, Joram, aprender a engañar a los ojos de la gente. No, cariño. No pongas mala cara. No es difícil. La gente ve lo que quiere ver. Ahora inténtalo tú...

De esta forma, Joram inició sus lecciones de prestidigitación.

Practicaba, día tras día, sintiéndose seguro tras la aureola mágica de protección que rodeaba la casucha. Joram disfrutaba con las lecciones; tenía algo que hacer y descubrió que era también algo para lo que servía. Como era un niño, nunca se preguntó cómo había aprendido Anja aquel arte secreto o, si lo hizo, lo consideró como otra de las cosas extrañas que había en ella, como, por ejemplo, su destrozado vestido. Tan sólo una cosa le inquietaba. Una vez más, la cuestión de La Diferencia afloró a su mente.

—¿Por qué debo hacer esto, Anja? —preguntó Joram como sin darle importancia, seis meses más tarde.

Estaba ejercitándose en hacer pasar un guijarro redondo y liso por entre los nudillos, haciéndolo saltar rápidamente por el dorso de la mano.

—Vas a necesitar esa habilidad cuando vayas a los campos a ganarte el sustento el año próximo —repuso Anja distraídamente.

Joram levantó la cabeza con brusquedad, con la rapidez del gato que salta sobre el ratón. Captando la rápida mirada que le echaron aquellos ojos oscuros, Anja añadió apresuradamente:

—Si para entonces no has desarrollado la magia tú mismo, claro.

Ceñudo, Joram abrió la boca, pero Anja desvió la mirada. Contemplando su andrajoso y sucio vestido, alisó el tejido con las encallecidas y bronceadas manos.

—También existe otra razón. Cuando vayamos a Merilon, hijo mío, podrás impresionar a los miembros de la Casa Real con tu talento.

—¿Vamos a ir a Merilon? —gritó Joram, olvidándose de sus lecciones, olvidándose de La Diferencia. Poniéndose en pie de un salto, dejó caer el guijarro y estrechó las manos de su madre—. ¿Cuándo, Anja, cuándo?

—Pronto —respondió Anja con calma, tirándole de los rizos—. Pronto. Debo encontrar mis joyas. —Echó una mirada vaga por aquel cuchitril—. He perdido mi

joyero. No puedo aparecer en la corte sin...

Pero el niño no estaba interesado ni en las joyas, ni en las cada vez más frecuentes incoherentes divagaciones de Anja. Agarrándose a los destrozados restos de la falda de su madre, le rogó:

—Por favor, Anja, dime cuándo. ¿Cuándo veré las maravillas de Merilon? ¿Cuándo veré el Dragón de Seda y Las Tres Hermanas y las Agujas de Cristal Irisado y el Jardín del Cisne y el...?

—¡Ah! Mi corazón, mi vida —le dijo Anja cariñosamente, alargando la mano para acariciarle los negros rizos que le caían por el rostro—. Pronto iremos a Merilon. Pronto verás ese hermoso prodigio que es Merilon, y ellos te *verán a ti*, mi mariposa. Verán a un auténtico *Albanara*, un mago de noble ascendencia. Para eso te estoy educando, para eso es para lo que estoy trabajando. Pronto te llevaré de vuelta a Merilon, y entonces reclamaremos lo que es legítimamente nuestro.

—Pero ¿cuándo? —persistió Joram, tozudo.

—Pronto, mi amor, pronto —fue todo lo que Anja le contestó. Y, con aquello, tuvo Joram que contentarse.

A los ocho años, Joram ocupó su lugar en los campos junto con los otros hijos de los Magos Campesinos. Las tareas que realizaban los niños no eran difíciles, aunque los días se les hacían largos y agotadores, ya que trabajaban el mismo número de horas que los adultos. Se les asignaban trabajos tan triviales como limpiar los campos de piedras o recoger cuidadosamente gusanos u otros insectos, que cumplían con su humilde destino al trabajar en armonía con el hombre en el cultivo de los alimentos que nutrían su cuerpo.

El catalista no transfería Vida a los niños; eso hubiera sido un derroche innecesario de energía. De modo que los chicos andaban por los campos, en lugar de flotar sobre ellos. Sin embargo, muchos poseían suficiente Energía Vital natural en su interior como para permitirles lanzar las piedras al aire o hacer que gusanos que carecían de alas volaran por encima de las plantas. A menudo animaban su trabajo —cuando el capataz y el catalista no los estaban observando— celebrando improvisados concursos de magia. En aquellas raras ocasiones en que conseguían engatusar o incitar a Joram para que les demostrara sus habilidades, éste igualaba con facilidad sus proezas mediante la utilización de sus técnicas de prestidigitación, en las que se había convertido en un experto. Y de esta forma, conseguía pasar inadvertido.

De hecho, la mayoría de las veces los otros niños no invitaban a Joram a participar en sus juegos. A muy pocos les gustaba. Tenía un carácter hosco y reservado, desconfiando inmediatamente de los ofrecimientos de amistad.

—No dejes que nadie se te acerque, hijo —le aconsejó Anja—. No te comprenderán, y temen aquello que no comprenden. Y es por ese motivo por lo que destruyen todo aquello que temen.

Uno a uno, a medida que iban siendo rechazados con frialdad por aquel extraño niño de oscuros cabellos, los otros chicos fueron dejando a Joram totalmente solo. Pero hubo uno de ellos que persistió en sus intentos de ser amable. Era Mosiah, el hijo de un Mago Campesino de mayor categoría. Inteligente y sociable, el muchacho estaba extraordinariamente dotado para la magia, hasta tal punto que se había oído al catalista, el Padre Tolban, mencionar la posibilidad de enviarlo a uno de los Gremios cuando fuera mayor, para que se ganara la vida.

Simpático, extravertido y popular, el mismo Mosiah no podía explicar por qué se sentía atraído por Joram, excepto quizá que lo atraía de la misma manera que el hierro atrae al imán. Cualquiera que fuese la razón, Mosiah se negaba a ser rechazado.

Aprovechaba cualquier oportunidad para trabajar cerca de Joram en los campos. A menudo se sentaba junto a él durante la pausa para el almuerzo, hablando sin parar de esto y aquello, sin esperar ni solicitar una respuesta del silencioso e introvertido chico que tenía al lado. Esta amistad podría haber parecido unilateral y desagradecida. Ciertamente Joram no hacía nada para alentarla y, en sus infrecuentes respuestas, era, la mayoría de las veces, lacónico. Pero Mosiah sentía intuitivamente que su presencia era bienvenida, y por lo tanto siguió adelante, desconchando la pétrea fachada que Joram se había construido, una fachada tan alta y sólida como la que recubría a su padre.

Los años pasaron por el pueblo de Walren y sus habitantes sin incidentes, sucediéndose las estaciones sin pausa, con alguna que otra ayuda ocasional por parte de los *Sif-Hanar* en el caso de que la naturaleza no actuase según sus designios.

Así como las estaciones se fusionaban entre ellas, también las vidas de los Magos Campesinos transcurrían según las estaciones. En primavera, sembraban. En verano, cultivaban. En otoño, cosechaban. Y en invierno luchaban por sobrevivir hasta la primavera, momento en el que el ciclo se iniciaría de nuevo. Pero aunque llevaban una vida de trabajo duro, penalidades y pobreza, los Magos Campesinos de Walren se consideraban afortunados; todos sabían que aún podía ser peor. El capataz era un hombre justo e íntegro, que se ocupaba de que cada uno recibiera su parte de la cosecha y no exigía quedarse con una porción de lo que le correspondía a cada uno de ellos. Allí no se había visto ni oído a los bandidos, que se decía atacaban los poblados del norte, y los inviernos, la peor época del año, aunque eran largos y fríos no eran tan malos como en las tierras del norte.

Incluso a Walren, que estaba lejos de la civilización, llegaron noticias de sublevaciones y rebeliones. De hecho, se realizaron discretas indagaciones entre la población para determinar si deseaban declararse independientes, pero el padre de Mosiah, un hombre que estaba contento con su suerte, sabía por pasadas experiencias que la libertad era algo agradable, pero tenía un precio. Así que se dio prisa en dejar

bien claro, ante cualquier forastero, que él y su gente querían simplemente que les dejaran en paz.

El capataz de Walren se consideraba también un hombre afortunado. Ni una sola vez dejó de recoger una abundante cosecha, nunca tuvo que preocuparse por sublevaciones o disturbios como los que se rumoreaba ocurrían en otras partes. Estaba enterado de los discretos contactos que los alborotadores y agitadores del exterior habían llevado a cabo, pero tenía un excelente acuerdo de trabajo con su gente y confiaba en el padre de Mosiah; por lo tanto, pudo, con ecuanimidad, hacer la vista gorda.

El catalista, el Padre Tolban, no se consideraba a sí mismo tan afortunado. Todos los momentos libres de su triste existencia, y tenía bastante pocos, los dedicaba a trabajar duramente en sus estudios, acariciando la idea de volver a ser aceptado en el rebaño. Su crimen —el crimen que le había convertido en Catalista Campesino— no había sido más que una ofensa menor, cometida en el entusiasmo de la juventud. Un tratado, sólo eso, que versaba sobre Los beneficios de los Ciclos Climáticos Naturales, comparados con la intervención de la magia, con respecto a la obtención de cosechas. Había sido un magnífico trabajo, y se lo honró colocándolo en la Biblioteca Interior de El Manantial. Al menos eso es lo que le dijeron cuando le asignaron aquel puesto y lo enviaron fuera. No podía asegurar que su trabajo estuviera realmente en la Biblioteca Interior, ya que nunca se le había permitido volver a El Manantial para cerciorarse.

Mientras las estaciones se convertían en años, el capataz obtenía sus cosechas y el catalista seguía persiguiendo un sueño que se desvanecía, la vida de Joram cambió muy poco excepto, quizá, que se volvió más sombría.

Quince años después de su llegada al poblado, Anja aún llevaba el mismo vestido, cuyo tejido estaba tan gastado y deshilachado que únicamente se mantenía de una pieza gracias a los encantamientos que ella tejía a su alrededor. Los relatos nocturnos continuaron, realzados con historias sobre las maravillas de Merilon, pero, a medida que pasaban los años, las historias de Anja se volvieron más confusas e incoherentes. A menudo creía estar en el mismo Merilon y, a juzgar por sus delirantes descripciones, la ciudad tanto podría ser un jardín de las delicias como un pozo de los horrores, según la orientación que tomase su locura.

En cuanto a regresar a Merilon, Joram se había dado cuenta, al hacerse mayor, que el sueño de Anja estaba tan raído y hecho jirones como el vestido que llevaba. Hubiera considerado todas sus historias como invenciones, si no hubiera sido porque parecía haber fragmentos de su historia que tenían una cierta solidez, que se aferraban a Anja como los restos de aquella ropa que una vez había sido de una gran elegancia.

La existencia de Joram era triste y dura, una lucha diaria para sobrevivir. Contempló el descenso, cada vez más rápido, de su madre hacia la locura con ojos

que podrían haber sido los de su padre, ojos pétreos que miraban continuamente a lo lejos a algún sombrío reino de las tinieblas. Aceptó su demencia en silencio, tal y como aceptaba todos los demás sufrimientos.

Pero había un dolor que no podía obligarse a sí mismo a aceptar: no había conseguido desarrollar el don de la magia. Día a día se volvía más hábil en el arte de la prestidigitación. Sus trucos engañaban incluso los vigilantes ojos del capataz. Pero la magia que tanto deseaba y que cada mañana esperaba sentir palpitar en su alma nunca llegó.

Cuando cumplió los quince años, dejó de preguntarle a Anja cuándo adquiriría la magia.

En su fuero interno, ya conocía la respuesta.

Las tareas que realizaban los niños se hacían más complejas al crecer éstos y hacerse más fuertes. A los chicos mayores y a los jóvenes se les encomendaban tareas duras que requerían un esfuerzo físico, tareas que los dejaban agotados y mantenían sus mentes ocupadas. Estos chicos y jóvenes eran, según se rumoreaba, los que fomentaban revueltas entre los Magos Campesinos, y aunque el capataz no tenía motivos de queja de su gente, decidió que valía más hacer caso del dicho que dice: «Cuando veas las barbas de tu vecino pelar...». Por lo tanto, cuando se decidió ampliar la tierra cultivable de la colonia, asignó la labor de limpiar el terreno a los jóvenes. El trabajo era arduo; tenían que arrancar o quemar todo el monte bajo, levantar enormes piedras, matar las malas hierbas y había también un centenar de otros trabajos que los dejaban exhaustos. Luego aparecían los Magos Campesinos de mayor categoría y privilegios y, con la ayuda de los *Fihanish*, los Druidas, utilizaban su magia para convencer a los gigantescos árboles de que soltasen sus raíces del suelo y se plantaran en otro lugar. Después de eso, los jóvenes tenían que arrastrar aquellos árboles que estaban muertos hasta el pueblo, adonde, varias veces al año, los *Pron-alban* enviaban a los alados Ariels para transportar la madera a la ciudad.

Todos aquellos trabajos físicos debían realizarse manualmente. El catalista no otorgaba Vida a los jóvenes para ayudarlos en ninguna de aquellas tareas. Incluso Mosiah, que tenía aquel don natural para la magia, estaba generalmente demasiado cansado para recurrir a ella. Aquello se hacía a propósito, para quebrantar el ánimo de los muchachos y convertirlos en auténticos y grises Magos Campesinos, como sus padres.

En cuanto a herramientas... Una vez, Joram, cansado de empujar un enorme pedrusco a través del terreno, tuvo de repente la idea de tomar un palo, colocarlo bajo la piedra y utilizando la fuerza de la palanca hacer que ésta se moviera. Estaba colocando el palo bajo la roca cuando Mosiah, con expresión sobresaltada, lo agarró del brazo.

—Joram, ¿qué estás haciendo?

—Bueno, ¿*qué estoy* haciendo? —le espetó éste con impaciencia, apartándose de él. Odiaba que la gente lo tocara—. ¡Estoy moviendo esta roca!

—¡La mueves porque le estás dando Vida a este palo! —dijo Mosiah—. Le estás dando Vida a algo que no tiene Vida propia.

Joram miró el palo, ceñudo.

—¿Y...?

—Joram —musitó Mosiah, atemorizado—, ¡eso es lo que hacen los Hechiceros! ¡Los que practican las Artes Arcanas!

Joram lanzó un bufido.

—¿Me estás diciendo que las Artes Arcanas no son más que utilizar palos para mover piedras? Por la forma en que todo el mundo las teme, pensaba que, como mínimo, debían de sacrificar bebés...

—No hables así, Joram —lo amonestó Mosiah en voz baja, mirando a su alrededor nerviosamente—. Ellos niegan la magia. Niegan la Vida. Utilizando sus siniestras Artes, la destruirían. ¡Estuvieron a punto de destruirla, durante las Guerras de Hierro!

—Eso es absurdo —masculló Joram—. ¿Por qué querrían destruirse a sí mismos?

—Si están Muertos en su interior, como algunos dicen, ellos no iban a perder nada.

—¿Qué quiere decir «Muertos en su interior»? —preguntó Joram en voz baja, sin mirar a Mosiah, pero mirando fijamente a la piedra a través de la maraña de negros cabellos que le caía sobre el rostro.

—A veces nacen niños sin Vida —contestó Mosiah, mirando a Joram, algo sorprendido—. ¿No has oído nunca hablar de ellos? Pensaba que tu madre te lo habría explicado...

Mosiah se detuvo, confuso.

—No —respondió Joram en el mismo tono de voz bajo e inexpresivo de antes, aunque su rostro palideció y su mano se cerró con fuerza alrededor del palo.

Dándose de bofetadas mentalmente por haber metido a Anja en la conversación, Mosiah continuó hablando, tal y como hacía con normalidad, a un silencioso e impasible Joram.

—Cuando nacemos nos someten a unas Pruebas, y a veces los bebés no las pasan, lo cual quiere decir que no tienen Vida dentro de ellos.

—¿Qué les... sucede a esos bebés? —preguntó Joram con voz tan apagada que Mosiah apenas lo oyó.

—Los catalistas se los llevan a El Manantial —respondió Mosiah, bastante alarmado. Joram no le había formulado jamás ninguna pregunta—. Allí llevan a cabo la Vigilia. Se dice que algunas veces los padres esconden a esos niños para que los catalistas no puedan llevárselos. Sin embargo, a mí me parece que es mucho mejor

para ellos que los dejen morir con rapidez. ¿Puedes imaginar lo que sería? ¿Vivir de esa forma? ¿Sin Vida?

—No —replicó Joram con voz forzada. Tomando el palo, lo lanzó lejos; luego, los ojos fijos en la piedra con expresión sombría y meditabunda, repitió—: No, ni idea.

Observando a su amigo, mientras se preguntaba inquieto el porqué de aquel inusual interés por un tema tan desagradable, Mosiah vio cómo una sombra envolvía a Joram en una oscuridad tan intensa que el muchacho casi levantó la cabeza para comprobar si una nube había cubierto el sol. A veces descendían sobre su amigo unos extraños y oscuros ataques de melancolía. Cuando así sucedía, Joram permanecía encerrado en la cabaña, mientras Anja le decía al capataz en tono retador que se encontraba enfermo.

Una vez, curioso y preocupado por su amigo, Mosiah había regresado furtivamente a la choza de Joram y había atisbado por la ventana. En el interior vio a Joram tendido boca arriba sobre el catre, inmóvil, con la mirada clavada en el techo. Mosiah golpeó en el cristal de la ventana, pero Joram ni se movió ni pareció que lo hubiera oído. Cuando Mosiah se deslizó hasta allí de nuevo por la noche para verlo, continuaba tendido en la misma posición. Su enfermedad duró uno o dos días, después de los cuales Joram volvió a su trabajo, manteniendo su acostumbrada actitud de hosca reserva.

Pero Mosiah había observado otra cosa, algo que nadie más, quizá ni siquiera Anja, había visto. Aquellos ataques de oscuro letargo eran seguidos casi siempre por otros de intensa actividad. Durante días seguidos, Joram se dedicaba a trabajar como si fuera tres personas en una, hasta llegar al borde del agotamiento, de tal modo que, literalmente, volvía a casa sonámbulo.

Ahora, a Joram lo envolvía algún pensamiento sombrío que lo obsesionaba y Mosiah, con la sensibilidad e intuición que había adquirido con los años con respecto a Joram, permaneció junto a él, sabiendo que, de alguna manera, se lo necesitaba.

Mientras permanecía allí, sin apenas atreverse a respirar en tanto que Joram luchaba con cualquiera que fuese el demonio que lo poseía en aquellos momentos, Mosiah estudió a su amigo con atención, intentando como siempre penetrar en aquella fortaleza tan fuertemente custodiada.

Como resultado de su trabajo en el campo, Joram era, a los dieciséis años, un joven fuerte y musculoso. Su belleza, que llamaba tanto la atención de niño, había sido brutalmente tallada y cincelada. Al igual que la estatua de su padre, las señales de su suplicio interior habían quedado grabadas en su rostro.

Su piel de alabastro había adquirido un tono bronceado de tanto trabajar al sol. Las negras cejas se habían espesado formando una oscura línea que le atravesaba la frente en una recta que se hundía ligeramente en el caballete de la nariz, dándole un

aspecto de constante malhumor. La suave, infantil redondez de sus mejillas había dado paso a un rostro anguloso, de pómulos salientes y mandíbula enérgica. Los ojos eran grandes y se los podría haber considerado hermosos a causa de su brillante y transparente color marrón, y de las largas y espesas pestañas, pero existía tanta ira, resentimiento y desconfianza en ellos, que cualquiera que permaneciera durante demasiado tiempo bajo su penetrante mirada se sentía muy pronto incómodo y nervioso.

Sin embargo, la cabellera era la gran belleza que le había legado su infancia. Su madre no había permitido jamás que se cortara, y aquellos que, a veces, se atrevían a atisbar por la ventana de la cabaña por la noche, y veían cómo Anja le peinaba los cabellos, susurraban llenos de respeto que éstos le llegaban hasta la cintura, cayéndole en largos zarcillos negros sobre los hombros.

Aunque Joram no lo admitía, su cabellera se había convertido en su único orgullo y la llevaba peinada en una trenza mientras trabajaba —una gruesa cola que le colgaba por la espalda—, a diferencia de los otros jóvenes, que llevaban el pelo cortado a la altura de la barbilla. La imagen de Joram, sentado en una silla mientras Anja lo peinaba, hizo que corriera una historia entre los campesinos, quienes contaban que una araña con un peine tejía una negra tela de pelo alrededor del muchacho.

Aquella imagen estaba ahora en la mente de Mosiah, mientras contemplaba la negra tela de araña que Joram estaba tejiendo a su alrededor, cuando, de repente, Joram levantó la cabeza y se volvió hacia su amigo.

—Ven conmigo —le dijo.

Mosiah dio un respingo, mientras un estremecimiento le recorría las venas. El rostro de Joram mostraba una expresión tranquila, la sombra se había disipado, la tela se había roto.

—Claro. —Mosiah fue lo bastante inteligente como para contestarle con naturalidad, echando a andar junto al joven, que le sobrepasaba en estatura—. ¿Adónde?

Pero Joram no le contestó. Andando con rapidez, siguió adelante con una extraña y ansiosa expresión de entusiasmo y vigor en el rostro, que contrastaba tan vividamente con su anterior actitud hostil y sombría que parecía como si el sol hubiera aparecido detrás de un negro nubarrón.

Andaron sin parar por los terrenos arbolados que los magos iban recuperando gradualmente para los cultivos, y pronto abandonaron la zona donde habían estado trabajando. Los árboles se hicieron más espesos a medida que se internaban en el bosque; el suelo estaba plagado de matorrales haciendo casi imposible el paso. Viéndose obligado a utilizar su magia más de una vez para despejar el camino, Mosiah sentía cómo su ya escasa energía empezaba a agotarse. Dotado de un gran

sentido de la orientación, sabía perfectamente adónde se dirigían, y un siniestro sonido le confirmó sus temores: el sonido de unas aguas impetuosas.

Aminorando el paso, Mosiah miró a su alrededor, inquieto.

—Joram —dijo, tocando a su amigo en el hombro, observando al hacerlo que Joram, a causa de su extraña excitación, no lo rechazaba como de costumbre—. Joram, estamos cerca del río.

Joram no le replicó, simplemente siguió andando.

—Joram —repitió Mosiah, sintiendo un nudo en la garganta—. Joram, ¿qué estás haciendo? ¿Adónde vas?

Consiguió detenerlo, sujetándolo con más fuerza por el hombro, esperando que en cualquier momento lo rechazaría con frialdad. Pero Joram únicamente se volvió al sentir el contacto de su mano para mirarlo fijamente.

—Ven conmigo —dijo con ojos relucientes—. Vamos a ver el río. Vamos a llegar hasta allí para descubrir qué hay al otro lado.

Mosiah se pasó la lengua por los labios, resecos de tanto andar bajo el brillante sol de media tarde. ¡Vaya idea insensata! Justamente cuando había sido capaz, o así lo creía, de descubrir el inicio de una grieta en aquella fortaleza de piedra, por donde podría penetrar algo de luz, ahora debería ser él mismo quien la cubriese con su propia mano.

—No podemos, Joram —dijo Mosiah pausadamente, aunque en su interior se sentía enfermo de desesperación—. Ésa es la frontera. El País del Destierro está al otro lado. Nadie va ahí.

—Pero *tú* has hablado con gente de allí. Sé que lo has hecho —dijo Joram con aquella delirante ansia que resultaba tan inesperada.

—¿Cómo sabes eso? —murmuró Mosiah, ruborizándose—. No, no importa. Yo no hablé con ellos. Ellos me hablaron a mí. Y... no me gustó... lo que dijeron. —Agarrando a Joram del brazo, tiró de él con suavidad—. Vuelve a casa, Joram. ¿Por qué quieres ir allí?

—¡*Tengo* que irme! —respondió Joram con una voz que de repente se había convertido en ardiente y apasionada—. ¡Tengo que irme!

—Joram —dijo Mosiah, desesperado, intentando descubrir qué podría detenerlo, preguntándose cómo se le había metido aquella absurda idea en la cabeza—. *No te puedes* ir. ¡Detente y piénsalo con calma durante un minuto! Tu madre...

Ante la mención de aquella palabra, el rostro de Joram se quedó sin expresión. No se ensombreció, pero se quedó como sin vida. Su cara se tornó tan inexpresiva y fría como la piedra.

Encogiéndose de hombros, Joram hizo un movimiento brusco para librarse de la mano de Mosiah; luego, dándose la vuelta, se precipitó de nuevo entre los matorrales, sin que pareciera importarle demasiado si su amigo lo seguía o no.

Mosiah lo siguió con el corazón dolorido. La grieta había desaparecido de la fortaleza, y la fortaleza era ahora más sólida y duradera que antes. Y no tenía la menor idea del porqué.

11. Una amarga cosecha primaveral

El momento de la siembra de primavera llegó, y todo el mundo trabajaba en conjunción durante la siembra. Cada uno de ellos, desde el más joven al de más edad, se afanaba en los campos desde antes de la salida del sol hasta muy entrada la tarde, sembrando las simientes, o colocando los planteles criados cuidadosamente durante el invierno, en la tibia y recién arada tierra. Era un trabajo que debía realizarse con rapidez, pues muy pronto llegarían los *Sif-Hanar* para sembrar las nubes, de la misma manera que los Magos Campesinos sembraban la tierra, enviando las suaves lluvias que harían que los campos recuperaran su lozanía y su verdor.

De todas las estaciones del año, la que Joram odiaba más era la que correspondía a la siembra de primavera. A pesar de que ahora, a los dieciséis años, había alcanzado tal habilidad en el arte de la prestidigitación que era casi imposible descubrir sus trucos, las simientes eran tan diminutas que incluso a pesar de su destreza, resultaba torpe y lento en la siembra. Por la noche, las manos y los hombros le dolían terriblemente a causa del duro trabajo y la tensión para mantener viva la ilusión de que poseía magia.

Aquel año iba a resultar especialmente difícil, ya que tenían un nuevo capataz, porque había fallecido el anterior durante el invierno. El nuevo capataz había sido traído del norte de Thimhallan, donde hacía años que se fermentaba la rebelión entre los Magos Campesinos y las clases bajas. Por lo tanto, era una persona que estaba siempre alerta a las señales de sublevación; de hecho estaba siempre a la espera de verlas aparecer. Y las encontró inmediatamente en Joram. Desde un principio, decidió que apagaría aquel fuego colérico que podía ver en los ojos del joven.

Una mañana, los magos llegaron a los campos muy temprano, prácticamente antes de la salida del sol. Agrupándose, permanecieron ante el capataz, aguardando con paciencia a que les asignara sus tareas.

Joram no se quedó de pie pacientemente, no obstante. Empezó a moverse nerviosamente apoyándose primero en un pie y luego en el otro, doblando las bien proporcionadas manos para librarlas del entumecimiento matutino, sabiendo que el capataz lo observaba. Éste lo había elegido para someterlo a una vigilancia especial, aunque Joram no tenía idea del motivo de ello. Más de una vez, al levantar la mirada de su trabajo había descubierto, no sin cierta inquietud, los agudos ojos del capataz clavados en él.

—Claro que te vigila, orgullo mío —le decía Anja afectuosamente cuando Joram le mencionaba sus recelos—. Está celoso, como lo están todos los que te ven. Sabe reconocer a un miembro de la nobleza. Es posible que tenga miedo de tu cólera cuando recibas lo que te pertenece.

Pero Joram hacía tiempo que había dejado de hacer caso a aquellos discursos de

su madre.

—Cualquiera que sea el motivo —le espetó, impaciente—, me está vigilando. Y no son celos, ten en cuenta lo que te digo.

Aunque quitaba importancia a los temores de su hijo, Anja estaba más asustada de lo que quería admitir; también ella había notado que el capataz parecía sentir un extraordinario y aparentemente hostil interés por su hijo y empezó a revolotear alrededor de Joram, trabajando junto a él en los campos siempre que podía, intentando encubrir su lentitud. Sin embargo, en su excesivo entusiasmo por protegerlo, la mayoría de las veces Anja atraía la atención del capataz en lugar de apartarla. A causa de todo ello, Joram se sentía cada vez más nervioso y preocupado, y la cólera que latía siempre en su interior empezó a arder con más fuerza, ahora que tenía un blanco.

—Tú —llamó el capataz, haciéndole una señal a Joram—. Hacia allí. Empieza a sembrar.

Malhumorado, Joram se alejó junto con los otros jóvenes, chicos y chicas, colgándose el saco de semillas al hombro. Aunque no se le había dicho que lo hiciera, Anja siguió a Joram rápidamente, temerosa de que el capataz la enviara a otro punto del campo.

—Catalista —se oyó la voz del capataz—, vamos atrasados. Quiero que le otorgues Vida a toda esta gente. Hoy flotarán en lugar de andar. Imagino que de esta forma podrán cubrir un tercio más de terreno.

Aquélla era una petición desacostumbrada, que hizo que el Padre Tolban mirara al capataz interrogativamente. No iban retrasados, y no había necesidad de aquello, pero, aunque al Padre Tolban no le gustaba aquel hombre, no le puso trabas. El catalista había quedado aprisionado en aquella vida de tediosa y dura labor. Incluso había abandonado finalmente sus estudios. Día tras día, ocupaba su puesto en los campos junto a los otros magos, día tras día recorría penosamente las largas hileras de terreno arado. El viento invernal lo helaba, y el sol del verano lo deshelaba. Todo él se había vuelto tan moreno, reseco y marchito como un tallo de maíz del año anterior.

Cuando el catalista empezó a salmodiar el ritual, Joram se quedó helado. Por mucha Vida que se le otorgara, él permanecería atado al suelo. Muy dentro de él, la vieja herida volvió a dolerle: La Diferencia. Estuvo a punto de dejar de andar, pero Anja, detrás de él, lo empujó hacia adelante, clavándole las afiladas uñas en el brazo.

—¡Sigue andando! —le susurró—. No se dará cuenta.

—Se dará cuenta —replicó Joram, apartando el brazo, enojado.

Anja se agarró a él sin inmutarse.

—Entonces le diremos lo que siempre le dijiste al otro —siseó—. No estás bien, y necesitas conservar tu Energía Vital.

Uno a uno, los Magos Campesinos, a los que el catalista había inundado de Vida,

empezaron a utilizar su magia para elevarse grácilmente en el aire. Al igual que pequeños pájaros pardos, empezaron a volar rozando apenas la superficie del suelo, arrojando las semillas sobre el recién arado campo con rapidez.

Joram y Anja siguieron andando por el suelo.

—¡Eh! ¡Parad! Vosotros dos, esperad un momento. Daos la vuelta.

Joram se detuvo, pero se mantuvo de espaldas al capataz. Anja se detuvo también y se volvió a medias, mirando a través de su enmarañada masa de sucios cabellos, con la barbilla levantada en señal de desafío.

—¿Nos hablabas a nosotros? —preguntó con frialdad.

Ignorándolos por un momento, el capataz se dirigió majestuosamente hacia donde estaba el Padre Tolban.

—Catalista —le dijo, indicando la espalda de Joram—, abre un conducto hacia ese muchacho.

—Ya lo he hecho, capataz —repuso el Padre Tolban, en tono herido—. Soy perfectamente capaz de cumplir con mis deberes...

—¿Lo has hecho? —lo interrumpió el capataz, mirando a Joram con ferocidad—. ¡Y ahora él se queda ahí, absorbiendo Energía Vital, almacenándola para su propio uso! ¡Negándose a obedecerme!

—No creo que eso sea verdad —contestó el catalista, mirando fijamente a Joram como si lo viera por primera vez—. Es muy curioso. No percibo la sensación de que este joven esté absorbiendo Vida de mí en absoluto...

Pero el capataz se alejó con un gruñido del catalista, que seguía aún con su exposición, y atravesó el terreno recién arado en dirección a Joram.

Joram lo oyó acercarse, pero no se volvió para mirarlo. Con la vista fija al frente, sin ver, apretó los puños. ¿Por qué aquel hombre no lo dejaba en paz?

Mosiah, que contemplaba la escena nervioso, sintió cómo la verdad se le deslizaba bajo la piel como si fuera una astilla. Rápidamente le hizo una seña a Joram para que se volviera y le hablara al capataz. ¡Joram podía ocultarlo! Lo había hecho todos aquellos años. Había innumerables cosas que podía ofrecer como excusa.

Pero, si Joram llegó a ver a su amigo, lo ignoró por completo. No sabía cómo hablarle a aquel hombre y mucho menos cómo razonar con él. Sólo podía permanecer allí en silencio, perfectamente consciente de que todos los otros magos se habían detenido y tenían la vista fija en él. La sangre se le subió a la cabeza; la ira y la vergüenza le golpeaban las sienes. ¿Por qué no podían todos ellos dejarlo en paz?

Colocándose detrás de Joram, el capataz estiró un brazo para agarrarlo por un hombro, intentando imponer su voluntad por la fuerza sobre el hosco muchacho; pero antes de que pudiera tocarlo, Anja se colocó entre el capataz y su hijo.

—No se encuentra bien —dijo rápidamente—. Debe conservar su Energía Vital...

—¡No está bien! —resopló el capataz, pasando la mirada por el musculoso cuerpo

de Joram—. Se encuentra lo bastante bien como para ser un condenado rebelde.

Empujando a Anja a un lado, el capataz puso la mano sobre el hombro de Joram. Al sentir su contacto, Joram se volvió para mirarlo, mientras de manera involuntaria se echaba algunos pasos atrás, apartándose de él.

Flotando en el aire cerca de allí, Mosiah empezó a moverse hacia adelante con la idea de intervenir, pero su padre lo detuvo con una mirada.

—Yo no soy un rebelde —dijo Joram, respirando pesadamente. Daba la sensación de que se estaba ahogando—. Dejadme seguir con mi trabajo. Y dejad que lo haga en la forma en que mejor lo hago...

—¡Lo harás como se te diga, bribón! —gruñó el capataz, e iba a dar un nuevo paso adelante cuando el Padre Tolban, que había estado contemplando a Joram con el rostro lívido y los ojos muy abiertos, exhaló de repente un agudo chillido. Avanzando a trompicones, tropezando con su sencilla túnica verde, agarró el brazo del capataz.

—¡Está Muerto! —jadeó el catalista—. ¡Por los Nueve Misterios, capataz, este muchacho está Muerto!

—¿Qué? —Sobresaltado, el capataz se volvió hacia el catalista, que lo zarandeaba frenéticamente.

—¡Muerto! —balbuceó el Padre Tolban—. Me preguntaba... ¡Pero nunca intenté darle Vida a él! Su madre siempre... ¡Está Muerto! ¡No existe Vida en él! No puedo obtener ninguna respuesta...

¡Muerto! Joram clavó los ojos en el catalista. Por fin se habían pronunciado aquellas palabras. Finalmente, aquella verdad que él conocía en su interior había penetrado en su cerebro y en su alma. Recordó fragmentos de la historia de Anja. La Visión. No habría descendencia viva. Recordó las palabras de Mosiah. Niños Muertos sacados subrepticiamente de las ciudades. Niños Muertos sacados clandestinamente de Merilon.

Asustado y aterrorizado, Joram miró a Anja... y vio la verdad.

—No —dijo, dejando caer el saco de simientes al suelo sin que nadie pareciera advertirlo y retrocediendo otro paso—. No —repitió moviendo la cabeza negativamente.

Anja le tendió los brazos. Su rostro aparecía mortalmente pálido debajo de la mugre, los ojos muy abiertos y atemorizados.

—¡Joram! ¡Mi amor! ¡Mi niño! Por favor, escucha...

—Joram —intervino Mosiah.

Se acercó haciendo caso omiso de la mirada de desaprobación de su padre, aunque no tenía ni idea de lo que podía hacer, sintiendo únicamente que podía ofrecer consuelo.

Pero Joram no vio ni oyó a su amigo. Mirando a su madre, horrorizado, el muchacho se echó hacia atrás apartándose de ella mientras sacudía la cabeza

violentamente. La negra cabellera se soltó de sus ataduras y los oscuros rizos le cayeron sobre el rostro, parodiando las lágrimas que su madre le había enseñado a reprimir.

—¡Muerto! —repitió el capataz, aparentemente dándose cuenta en aquel momento de lo que significaba. Sus ojos brillaron—. Existe una recompensa por los Muertos vivientes. Dame Vida, catalista —ordenó—. ¡Luego abre un Corredor! Lo mantendré prisionero hasta que lleguen los Ejecutores...

Sucedió en menos tiempo del que se tarda en guiñar un ojo o exhalar un suspiro.

Con la imagen del rostro pálido de Joram ante sus ojos, Anja se apartó de él para enfrentarse al capataz. Su hijo, su hermoso hijo, sabía la verdad ahora, y la odiaría para siempre, podía ver el odio en sus ojos; la atravesaba como la fría espada de un enemigo. Y resonando en medio de aquel terrible dolor, atormentándola como las notas de una música aguda y discordante, estaba la palabra «Ejecutor».

Mucho tiempo atrás, los Ejecutores, los *Duuk-tsarith*, habían venido para llevarse a su amante, y había sido un *Duuk-tsarith* quien lo había convertido en piedra. Ahora iban a llevarse a su hijo. Igual que cuando vinieron aquella otra vez...

—¡No...! ¡No te lleves a mi bebé! —gritó Anja frenéticamente—. No debes hacerlo. Pronto estará caliente. Yo le daré calor. ¿Que nació Muerto? ¡No! ¡Te equivocas! Mira, lo sostendré así, contra mi cuerpo. Pronto entrará en calor. Respira, mi niño. Respira, pequeñín. ¡Estáis mintiendo, bastardos! ¡Mi bebé respirará! Mi bebé vivirá. La Visión fue una mentira...

—¡Hazla callar y llama a un Ejecutor! —chilló el capataz, alejándose.

El Padre Tolban notó cómo fluía el conducto. Su energía estaba siendo absorbida con tal fuerza, que cayó de rodillas. Con sus últimas energías, consiguió detener aquella fuerza vivificadora, pero era demasiado tarde. Levantando los ojos, contempló con impotencia cómo las uñas de Anja se curvaban convirtiéndose en poderosas y afiladas garras, y los dientes le crecían transformándose en colmillos. El harapiento vestido se convirtió en el sedoso pelaje de un cuerpo de poderosa musculatura. Moviéndose veloz y silenciosa ahora que había adoptado aquel aspecto felino, Anja saltó sobre el capataz.

El catalista gritó algo incoherente a modo de advertencia. Girándose con rapidez, el capataz vislumbró a la enfurecida maga, y levantando el brazo para protegerse, activó con un movimiento reflejo un escudo mágico de defensa.

Se oyó un crujido y un terrible grito agonizante, y Anja cayó al suelo, yaciendo como un montón de restos calcinados sobre el suelo recién labrado. El hechizo desapareció, y recuperando de nuevo la forma humana, levantó los ojos hacia Joram intentando decir algo; luego, sacudiendo la cabeza, se quedó quieta, inmóvil, la mirada clavada en el azulado cielo primaveral.

Debilitado y horrorizado, el Padre Tolban se arrastró hasta allí, arrodillándose

junto a ella.

—Está muerta —murmuró el catalista, aturdido—. La habéis matado.

—No quería hacerlo —protestó el capataz, mirando el cuerpo sin vida de la mujer que yacía en el suelo a sus pies—. ¡Lo juro! ¡Fue un accidente! Ella... ¡Tú la viste! —El capataz se volvió para mirar a Joram—. ¡Estaba loca! Tú lo sabes, ¿verdad? ¡Saltó sobre mí! Yo...

Joram no respondió. El desconcierto había desaparecido de su mente. El temor ya no lo cegaba. Lo veía todo con una sorprendente claridad.

«Del cuerpo de mi madre ha desaparecido la Vida. El mío no la ha conocido nunca.» Ahora que en su interior se había dado a conocer la verdad, podía aceptarla. El dolor se convirtió en una parte de él, sin diferenciarse de cualquier otro dolor.

Mirando a su alrededor, Joram vio la herramienta que necesitaba y, agachándose, cogió la pesada piedra. Se detuvo incluso un momento para reparar en la textura y el tacto de la piedra que tenía en la palma de la mano. Áspera y puntiaguda, sus afilados cantos se le clavaban en la piel. Era un objeto frío y sin vida, tan Muerto como él mismo, y le vino a la memoria, incongruentemente, la piedra que Anja le había dado de niño, diciéndole que hiciera «que el aire se la tragara».

Sopesando la piedra durante un instante, para cogerle el peso, Joram se irguió y la arrojó, con todas sus fuerzas, contra el capataz.

Ésta golpeó al hombre en un lado del rostro, hundiéndose en su cabeza con un sonido parecido al que produce un melón demasiado maduro cuando se lo aplasta contra el suelo.

El Padre Tolban, que seguía arrodillado junto al cuerpo de Anja, se quedó paralizado, como si se hubiera convertido en piedra, y los Magos Campesinos empezaron a descender hasta el suelo, sintiendo cómo la Energía Vital los abandonaba a medida que sus mentes asimilaban con un sobresalto lo que acababa de ocurrir.

Joram permanecía de pie en silencio, sin moverse, mirando los cuerpos que yacían en el suelo.

Anja daba lástima de ver. Delgada y demacrada, vestida con los harapos de sus tiempos felices, había muerto tal y como había vivido, pensó Joram con amargura. Había muerto negando la verdad. Dedicó luego una mirada —sólo una— al capataz, que yacía de espaldas, mientras la sangre que manaba de su terrible herida formaba un charco sobre el barro recién removido. Aquel hombre no había visto venir la agresión, ni siquiera había imaginado tal posibilidad.

Mirando sus manos, y mirando luego la piedra que estaba junto a la aplastada cabeza del hombre, lo único que Joram pudo pensar fue: «Qué fácil... Qué asombrosamente fácil ha sido matar con esta sencilla herramienta...».

Notó que alguien le tocaba el brazo, y girándose atemorizado sujetó a Mosiah,

quien se echó hacia atrás asustado ante la demencia que se reflejaba en aquellos oscuros ojos marrones.

—¡Soy yo, Joram! ¡No te voy a hacer ningún daño!

Mosiah levantó las manos.

Al oír su voz, Joram aflojó ligeramente la presión, mientras un ligero atisbo de reconocimiento afloraba a sus ojos, alejando las tinieblas.

—¡Tienes que irte de aquí! —le dijo Mosiah, apremiante. Tenía el rostro pálido, y los ojos tan desorbitados que parecían totalmente blancos con tan sólo un diminuto punto de color—. ¡Date prisa! ¡Antes de que el Padre Tolban abra el Corredor y traiga a los *Duuk-tsarith*!

Joram contempló a Mosiah sin comprender, luego volvió la cabeza hacia los cuerpos que yacían en el suelo.

—No sé adónde —musitó—, no puedo...

—¡El País del Destierro! —le dijo Mosiah, sacudiéndolo—. A la frontera, donde querías ir aquel día. Hay gente que vive allí. Proscritos, rebeldes, Hechiceros. Tú estabas en lo cierto, he hablado con ellos. ¡Te ayudarán, pero debes darte prisa, Joram!

—¡No! ¡No le dejéis escapar! —gritó el Padre Tolban. Señalando a Joram, el catalista abrió conductos a toda potencia en dirección a los magos, enviándoles Vida —. ¡Detenedlo!

—¿Padre? —gritó Mosiah con urgencia, volviéndose.

—Mosiah tiene razón. Huye, Joram —dijo el mago—. Vete al País del Destierro. Si sobrevives, los que viven allí velarán por ti.

—No te preocupes por tu madre, Joram —se oyó una voz de mujer—. Nosotros nos ocuparemos de la ceremonia. Es mejor que corras, muchacho, antes de que lleguen los *Duuk-tsarith*.

Pero Joram permanecía aún allí, contemplando los cuerpos.

—Acompáñale parte del camino, Mosiah —le dijo su padre—. Está atontado. Nos ocuparemos de que tenga tiempo suficiente para huir.

Los magos se movieron en dirección al Padre Tolban, quien se echó hacia atrás, mirándolos con fijeza.

—¡No os atreváis! —gimoteó el catalista—. ¡Os denunciaré! Una revuelta...

—Vos no nos denunciaréis —dijo el padre de Mosiah con calma, mientras seguía avanzando—. Nosotros intentamos detener al chico, ¿no es verdad?

Los otros Magos Campesinos asintieron con la cabeza.

—Vuestra vida ha sido bastante fácil aquí, Padre. No os gustaría que eso cambiara ahora, ¿verdad? Mosiah, haz que empiece a moverse...

Pero Joram ya había vuelto en sí, como si regresara de muy lejos.

—¿Por dónde? —preguntó a Mosiah con voz segura—. No recuerdo...

—¡Iré contigo!

Joram sacudió la cabeza.

—No, tú tienes una *vida* aquí. —Se detuvo, y añadió con amargura—: Tú tienes una vida. Vamos, ¿en qué dirección? —repitió.

—Nordeste —respondió Mosiah—. Cruza el río, y una vez que estés en el bosque, ten cuidado.

—¿Cómo podré encontrar a esa gente?

—No podrás. Ellos te encontrarán a ti, esperemos, antes de que algo peor lo haga. —Le tendió una mano—. Adiós, Joram.

Joram contempló durante un momento la mano del joven. Era la única vez que recordaba haber visto que alguien le tendiera la mano para ayudarlo o simplemente en señal de amistad. Examinando el rostro de Mosiah, vio compasión en sus ojos, una compasión y una repugnancia que no podía ocultar.

Compasión por un hombre Muerto.

Volviéndose, sin mirar atrás, Joram echó a correr por los campos labrados.

Mosiah dejó caer la mano, y durante un buen rato siguió a Joram con la mirada; luego, con un suspiro, fue a colocarse junto a su padre.

—Muy bien, catalista —dijo el mago, una vez que la figura de Joram hubo desaparecido en los bosques cercanos—. Abrid el Corredor y haced venir a los Ejecutores. Y Padre —añadió mientras el catalista se volvía, encogido, para regresar a su cabaña—, recordad cómo ha ido todo, ¿queréis? Los *Duuk-tsarith* estarán aquí tan sólo unos minutos. Vos os quedaréis aquí durante mucho, mucho tiempo...

Con la cabeza inclinada en señal de asentimiento, el Padre Tolban lanzó a los magos una última y temerosa mirada. Y luego se alejó a toda prisa.

Una de las mujeres se arrodilló junto a Anja y, moviendo las manos por encima de aquel cuerpo quemado, creó un ataúd de cristal alrededor del cadáver mientras los otros magos hacían elevarse el cuerpo del capataz y lo enviaban hacia el poblado.

—Si el chico está realmente Muerto, no le habéis hecho ningún favor enviándolo ahí fuera —observó una mujer, con la mirada clavada en la oscuridad del bosque—. No tendrá la menor posibilidad si se ha de enfrentar a esas cosas que vagan por el País del Destierro.

—Al menos tendrá una oportunidad de luchar por su vida —respondió Mosiah con vehemencia, pero sorprendiendo la mirada de su padre, se atragantó y se quedó silencioso.

La misma pregunta apareció en la mente de todos.

¿Qué vida?

12. La huida

Joram corrió, aunque no lo perseguía nada. Nada que él pudiera ver, claro está. Nada real. Nada tangible. Los Ejecutores no podían haber llegado tan deprisa, y los otros lo protegerían, le darían tiempo. Por lo tanto no estaba en peligro.

Sin embargo, corrió.

Únicamente cuando los espasmos le agarrotaron las doloridas piernas, se dejó caer al suelo y supo entonces que nunca podría dejar atrás a aquel ser oscuro y atormentado que lo perseguía. Nunca podría huir de sí mismo.

Joram nunca supo el tiempo que permaneció tendido en el suelo del bosque. No tenía ni idea de dónde estaba, tan sólo una confusa impresión de árboles y una enmarañada vida vegetal. Le pareció oír en algún lugar el suave murmullo del agua, pero lo único que era real para él, era el suelo que notaba bajo su mejilla, el dolor que le atenazaba las piernas y el horror que sentía en su alma.

Mientras permanecía sobre el lodo, esperando a que se le aliviase el dolor, la parte fría y racional de su mente le dijo que debía incorporarse y seguir adelante; pero bajo la fría y racional superficie de la mente de Joram acechaba un ser, una criatura siniestra que, la mayor parte del tiempo, conseguía mantener encadenada y custodiada. Pero en esta ocasión se soltó de sus ataduras y se apoderó de él, dominándolo completamente.

El manto de la noche cubrió al joven, que yacía exhausto y atemorizado en aquel lugar desolado, y la llegada de la noche liberó la oscuridad que habitaba en el interior de Joram. Libre de nuevo, saltó de su escondite, le hincó los dientes y se llevó a rastras su alma, para roerla y destrozarla.

Joram no se levantó. Una sensación de entumecimiento y parálisis se adueñó de su cuerpo, como la que se siente en un primer instante al despertar de un profundo sueño. Era una sensación agradable. Las piernas dejaron de dolerle, y pronto todo su cuerpo dejó de sentir. Ya no notaba el sabor de la tierra en la boca, allí donde su mejilla se aplastaba contra el enlodado sendero, tampoco tenía conciencia de que estaba tendido en el suelo, ni de que el aire del atardecer era frío, ni de si tenía hambre o sed. Su cuerpo dormía, pero su mente permanecía ensoñadoramente despierta.

Volvía a ser de nuevo un niño pequeño, acurrucado a los pies del mago de piedra que era su padre, sintiendo cómo aquella lágrima abrasadora y amarga lo salpicaba. Luego la lágrima se convirtió en su cabellera, que le caía desordenada, ensortijándose alrededor del rostro y bajándole por la espalda, con los dedos de su madre enredados entre su pelo, tirando de él para deshacer los nudos. Y de repente los dedos de su madre se habían convertido en garras de animales que desgarraban y arrastraban al capataz arrancándole la vida.

Después, la piedra que era su padre se transformó en una piedra que estaba en la mano de Joram. Fría y cortante, la piedra se encogió de repente convirtiéndose en un juguete que bailaba entre sus dedos, apareciendo y desapareciendo en el aire. Pero la piedra había permanecido todo el tiempo en la palma de su mano, en realidad, oculta, escondida. Escondida hasta hoy, en que había crecido tanto en su mano que ya no la había podido ocultar por más tiempo y la había arrojado lejos...

Sólo que seguía regresando y, una vez más, era un niño...

Era de noche, y era de día. Quizá se hizo de noche otra vez y volvió a hacerse de día.

Períodos negros, los llamaba Anja a aquellos períodos en que a Joram lo vencían las tinieblas de su alma. Había empezado a padecerlos alrededor de los doce años y no podía controlarlos. No podía luchar contra ellos, sino que, por el contrario, se pasaba días enteros tumbado sobre su duro camastro, mirando al vacío, negándose incluso a contestar a los frenéticos intentos de su madre para obligarlo a comer, beber o moverse en el mundo real.

Anja no pudo nunca decir qué era lo que lo sacaba de aquellas postraciones. De pronto, Joram se sentaba en la cama, lanzando una amarga mirada alrededor del cuchitril y también a ella, como si la culpara de su regreso. Luego, con un suspiro, volvía a la vida, con el mismo aspecto que si hubiera estado peleando con demonios.

Pero aquella vez se había hundido a tal profundidad que parecía como si nada pudiera despertarlo. La parte fría y racional de su mente parecía dispuesta a dejarse ganar la batalla cuando repentinamente consiguió un aliado muy importante: el peligro.

El primer pensamiento consciente de Joram fue uno de irritación al ser molestado, pero su siguiente sensación fue una de dolor insoportable que le estallaba en la rodilla, extendiéndose por todo su cuerpo y dejándolo sin aliento. Jadeando y gimiendo rodó sobre sí mismo, víctima de un dolor atroz.

—Estar vivo.

Joram levantó la mirada, nublada por el dolor y por los restos de la oscuridad que lo había envuelto, hacia el lugar de donde procedía aquella voz ronca. Recibió una confusa impresión de unos cabellos grasientos y enmarañados que cubrían un rostro que alguna vez habría sido humano, pero que ahora había degenerado en algo cruel y bestial. El pelo cubría unos brazos y un pecho que eran humanos, pero no había sido un pie humano el que le había dado una patada a Joram. Había sido la pezuña de un animal.

El dolor hizo que su mente, cuerpo y sangre fría volvieran bruscamente a la realidad. Una vez más podía ver y sentir, y su primer sentimiento fue de terror. Vio unos afilados cascos junto a su cabeza y, al levantar los ojos, el poderoso cuerpo de la criatura que era medio hombre y medio caballo que se cernía sobre él. Una repentina

visión de aquel casco golpeándole la cabeza hizo que el miedo actuara como segundo estimulante del organismo de Joram, pero no pudo hacer más que eso. Sus músculos estaban agarrotados a causa del largo abandono; su cuerpo, débil por la falta de agua y comida. Apretando los dientes, Joram consiguió ponerse a gatas, para recibir a cambio una patada en las costillas, que lo derribó lanzándolo de cabeza contra un matorral.

Sintió una punzada de dolor. Incapaz de respirar, intentó conseguir aire mientras los cascos chacoloteaban contra el suelo acercándose. Una mano enorme lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él poniéndolo en pie. Tambaleándose sobre unas piernas por las que volvía a circular la sangre, Joram hubiera caído, si no hubiera sido porque otras manos lo sujetaron, atándole los brazos a la espalda rápida y hábilmente.

—Anda, humano —sonó un gruñido.

Joram dio un paso, tropezó y cayó mientras la sangre le hormigueaba por las entumecidas piernas.

Las manos volvieron a ponerlo en pie con una sacudida y lo empujaron hacia adelante. El dolor que sentía en el costado era como un fuego lento, el suelo parecía bambolearse bajo sus vacilantes pasos y los árboles se inclinaban para apalearlo. Tropezó, dio un traspié y se cayó sobre el barro, pesadamente. Al llevar los brazos atados, no pudo asirse a nada y rodó por el lodo.

Los centauros rieron.

—Diversión —dijo uno de ellos.

Lo pusieron en pie de nuevo.

—Agua —jadeó Joram con los labios agrietados y la lengua inflamada.

Los centauros gruñeron. En sus rostros peludos aparecieron unos dientes amarillentos.

—¿Agua? —repitió uno de ellos. Levantando un grueso brazo, señaló en una dirección. Joram, a quien las piernas le temblaban tanto que apenas podía tenerse en pie, volvió la cabeza—. Corre —dijo el centauro.

—¡Corre! ¡Humano! ¡Corre! —le gritó otro centauro, entre carcajadas.

Desesperado, Joram echó a correr tambaleante, oyendo el golpeteo de cascos contra el suelo, sintiendo a su espalda el calor de su aliento, y medio sofocado por un olor fétido y bestial. El río estaba cada vez más cerca, pero Joram sintió que se le acababan las fuerzas. También sabía, con esa certeza hija de la desesperación, que los centauros no tenían la menor intención de dejarlo alcanzar el río.

En otro tiempo seres humanos, aquellas criaturas habían sido mutadas en centauros por los *Dkarn-Duuk*, Señores de la Guerra, y enviadas a luchar en las Guerras de Hierro. Las guerras resultaron ser muy costosas y devastadoras. Los Señores de la Guerra que quedaron vivos habían agotado todo su poder mágico y sus catalistas estaban exhaustos, sin fuerzas para recurrir a las fuentes de la Vida.

Incapaces de utilizar la magia para devolver su forma original a sus creaciones, los *Dkarn-Duuk* abandonaron a sus mutados soldados, enviándolos al País del Destierro. Allí los centauros vivieron como pudieron, procreando con otros animales o con seres humanos que capturaban, creando una raza cuyos sentimientos y emociones humanos se habían perdido casi por completo en la lucha por sobrevivir. Casi perdidos, pero no del todo. Un sentimiento continuaba vivo y floreciente entre ellos, alimentado y mimado a través de los siglos: el odio.

Aunque la razón de aquel odio hacía mucho tiempo que había desaparecido de las mentes de aquellas criaturas, que no conservaban ningún recuerdo de su pasado, los centauros sabían una cosa: torturar y matar seres humanos les producía una profunda satisfacción interior.

Deteniéndose vacilante, Joram se volvió con la idea de luchar. Inmediatamente, una mano le golpeó el rostro haciéndole caer al suelo. Mientras permanecía en el suelo, sintiendo unos dolores atroces en todo el cuerpo, la parte objetiva de su mente le decía: «Muere ahora. Haz que acabe rápido. De todas formas, ya no importa».

Oyó los cascos golpeando el barro a su alrededor. Uno de ellos lo golpeó en el cuerpo. No sintió el golpe, a pesar de que oyó huesos que se quebraban. Lentamente, con determinación, se puso en pie tambaleante, pero los centauros lo derribaron de nuevo. Nuevos golpes de los afilados cascos le rompieron los huesos y atravesaron su cuerpo.

Notó el sabor de la sangre en la boca...

Una voz fría e impersonal hizo que Joram recobrara el conocimiento con un sobresalto, al tiempo que la frialdad del agua le hería los labios.

—¿Podemos hacer algo por él?

—No lo sé. Está bastante mal.

—Está consciente, al menos. Eso es algo —continuó la voz inexpresiva—. ¿Alguna señal de herida en la cabeza?

Joram sintió manos que le tocaban la cabeza; dedos ásperos e indiferentes corriendo por su cráneo, abriéndole los ojos.

—No. Imagino que querían divertirse con él tanto como fuera posible. —Hubo una pausa, luego la misma voz continuó diciendo—: Bueno, ¿se lo llevamos a Blachloch o no?

Otra pausa.

—Cógelo —dijo finalmente la voz inexpresiva—. Es joven y fuerte. Valdrá la pena arrastrarlo hasta el campamento. Entablíllale los huesos, como te enseñó el anciano.

—¿Crees que es el que ha matado al capataz? —una voz retumbó muy cerca del oído de Joram, mientras unas manos rudas atenazaban sus piernas, provocándole un agudo dolor que le hizo sentir náuseas.

—Desde luego —dijo aquella voz fría, sin demostrar emoción—. ¿Por qué otro motivo estaría aquí fuera? Eso lo hace más valioso. Si crea problemas, Blachloch siempre puede devolverlo. Aún conserva sus antiguos contactos entre los *Duuk-tsarith*.

Crujió un hueso, y la oscuridad teñida ligeramente con un rojo intenso envolvió a Joram. Se aferró a aquella voz fría, concentrándose en ella para evitar que la oscuridad lo arrastrase por completo.

—Ve rápido —dijo aquella voz, de mal talante—. Ponlo en el caballo de carga. Y haz que deje de aullar de esa manera. Puede haber otros centauros de cacería por la frontera.

—No creo que vayas a tener que preocuparte por sus alaridos. Míralo. Se ha desmayado.

Las palabras se convirtieron en sonidos confusos, que se desvanecían a lo lejos.

Tuvo la sensación de que lo levantaban...

La sensación de que caía...

Los días y las noches se seguían unos a otros mezclándose con el ruido de aguas tumultuosas. Días y noches con una vaga conciencia, como en sueños, de viajar por el agua. Días y noches de lucha por recuperar el sentido, para conseguir únicamente ser atacado de nuevo por el dolor y el amargo convencimiento de estar solo y abandonado. Días y noches recayendo en la inconsciencia y deseando no volver a despertar jamás.

Luego, tuvo la vaga intuición de que el viaje había terminado y volvía a estar en tierra firme de nuevo. Estaba en una extraña vivienda, y Anja se le acercó, arrodillándose junto a él y desenredándole la enmarañada cabellera negra mientras le susurraba historias de Merilon, Merilon la Hermosa, Merilon la Maravillosa. Y podía ver Merilon en su mente. Podía ver las agujas de cristal y los botes de velas hechas de seda, tirados por animales fabulosos que se deslizaban utilizando las corrientes de aire. Se sintió feliz mientras duraron aquellos sueños y se mitigó el dolor que sentía. Pero cuando regresó el dolor, los sueños se distorsionaron volviéndose terribles, haciendo que Anja se convirtiera en una criatura con colmillos y zarpas, que intentaba desgarrar su pecho y arrancarle el corazón.

Por encima de estos sueños y mezclado con el dolor, percibía constantemente unos extraños ruidos, parecidos a la respiración de un gigante, y un golpeteo, como de una campana desafinada, que iba unido a un siseo, como si hubiera una horda de serpientes a su alrededor. Veía hogueras, que ardían ante sus ojos, consumiendo las hermosas y distorsionadas imágenes de Merilon.

Pero, finalmente llegó la oscuridad y el silencio y, por fin, se apoderó de él el sueño, un sueño tranquilo y sosegado. Por último llegó un día en que sus ojos se abrieron y miraron a su alrededor, y Anja y Merilon habían desaparecido y

únicamente había una anciana sentada junto a él y aquel golpeteo que resonaba en sus oídos.

—Has efectuado un largo viaje, Muchacho de Cabellos Oscuros —le dijo la anciana, alargando la mano para echarle hacia atrás la negra melena—. Un viaje muy largo que estuvo a punto de llevarte al Más Allá. La Hacedora hizo todo lo que pudo, pero sin un catalista que le proporcione Vida, sus artes son limitadas.

Joram intentó sentarse, pero descubrió que sus brazos y sus piernas estaban atados.

—Desatadme —gritó con voz ronca, intentando hacerse oír por encima de los golpes y bramidos que llegaban de algún lugar cercano, pero, aparentemente, fuera de la cabaña.

—No, chico, no estás atado —dijo la mujer, sonriendo ligeramente divertida—. No, ahora quédate quieto. Tenías una pierna rota por dos sitios y un brazo prácticamente arrancado y las costillas aplastadas. Las ataduras que notas mantienen tus huesos en su sitio, jovencito. —Su sonrisa se transformó en una de orgullo—. Un invento de mi esposo, de cuando era joven. Es lo mejor que pudimos hacer por ti, sin un catalista que ayudase a nuestra Hacedora. Esas tablillas sujetan los huesos en su lugar mientras ellos mismos se van uniendo unos con otros por sí solos.

Joram se recostó, confuso y receloso, pero demasiado fatigado para discutir o luchar. Aquellos golpes incesantes parecían provenir ahora del interior de su cabeza. Viéndole hacer una mueca de dolor, la anciana le dio unas palmaditas.

—El ruido es de la forja. Con el tiempo, te acostumbrarás a él. Ahora yo ya no lo oigo, excepto cuando para. Es muy probable que acabes trabajando allí, chico —añadió, levantándose—. Apostaría a que eres fuerte y estás acostumbrado a trabajar duro. Puedo verlo en los callos de tus manos. Nos irá bien un joven fornido como tú; pero no te preocupes de eso ahora. Te conseguiré un poco de caldo, si crees que podrás tragarlo.

Joram asintió. Las vendas le producían picazón y sufrió un fuerte dolor al moverse. Pero entonces sintió un brazo que le pasaba por detrás de la cabeza y el contacto de algo en sus labios. Abriendo los ojos, vio a la anciana que sostenía un cuenco y un extraño utensilio en la mano. Con aquel utensilio, trasladó el caldo desde el cazo hasta la boca de Joram. Tenía un sabor salado y delicioso, llenando su cuerpo de un agradable calorcillo, de modo que lo engulló con avidez.

—Bueno, eso es suficiente —le dijo la mujer, volviéndolo a acostar—. Tu estómago aún no está acostumbrado. Debes intentar dormir otra vez.

«¿Cómo podré dormir con ese ruido infernal?», pensó.

—¿Qué es una forja? —preguntó cansadamente.

—Ya lo verás, todo a su tiempo, Muchacho de Cabellos Oscuros —dijo, inclinándose sobre él con otra cariñosa sonrisa.

Al hacerlo, Joram se fijó en un objeto que colgaba de una cadena de plata que llevaba al cuello, que se había escapado del corpiño de su vestido y se balanceaba ahora ante sus ojos. Era un colgante de alguna especie, se dijo Joram, recordando cómo Anja le había hablado de las resplandecientes joyas que llevaba la gente de Merilon; pero esto no era una joya resplandeciente. Era un círculo hueco y mal acabado, tallado en madera atravesado por nueve delgadas varillas.

Viendo que Joram clavaba la mirada en aquel objeto, la anciana lo tocó con una mano, acariciándolo con el mismo orgullo con que la Emperatriz hubiera podido acariciar sus ricas joyas.

—¿Dónde estoy? —preguntó Joram soñoliento, sintiéndose como si estuviera realizando de nuevo aquel terrible viaje y las aguas lo arrastraran una vez más.

—Estás con aquellos que practican el Noveno Misterio, aquellos que, según algunos, traerían la muerte y la destrucción a Thimhallan.

La voz de la anciana sonaba triste, como el suave murmullo del río. Llegaba hasta él lejana, ahogada por los golpes y los bramidos, y mientras flotaba sobre las aguas, oyó de nuevo la voz de la mujer, susurrante como el viento:

—Somos la Cofradía de la Rueda.

13. El castigo de Saryon

Habían pasado diecisiete años desde que Saryon cometiera el horrible crimen de leer libros prohibidos. Hacía diecisiete años que lo habían llevado a Merilon y también hacía diecisiete años de la muerte del Príncipe. Los habitantes de Merilon y su pequeño imperio de ciudades-estado vecinas acababan de celebrar la fiesta conmemorativa de tan triste suceso, cuando a Saryon se le convocó de nuevo a los aposentos del Patriarca Vanya en El Manantial.

Aquella llamada, al coincidir con el triste aniversario, trajo a Saryon unos recuerdos tan desdichados y espantosos que no pudo evitar obedecer con una cierta turbación. De hecho, había regresado a El Manantial desde su residencia habitual en la Abadía de Merilon expresamente para evitar aquella celebración que le recordaba no sólo sus esperanzas y sus sueños frustrados, y el amargo dolor de la Emperatriz, sino también la tristeza de otros a quienes había visto, cuyos hijos habían nacido Muertos.

Saryon siempre regresaba a El Manantial, si le era posible, durante aquella época del año. Allí, Saryon encontraba consuelo, ya que a ningún habitante de El Manantial se le permitía jamás hacer la menor alusión a la muerte del Príncipe, y mucho menos conmemorarla. El Patriarca Vanya lo había prohibido, algo que a todos les pareció extraño.

—El Viejo Vanya realmente odia esta celebración —le comentó el Diácono Dulchase a Saryon mientras ambos deambulaban por los silenciosos y tranquilos pasillos de la montañosa fortaleza.

—No puedo decir que le culpe —repuso Saryon, sacudiendo la cabeza con un suspiro.

Dulchase soltó un resoplido. Diácono todavía a sus cincuenta años y sabiendo que moriría sin duda alguna siendo Diácono, Dulchase no tenía escrúpulos en decir lo que pensaba, incluso estando en El Manantial, donde, se decía, las paredes tenían oídos, ojos y boca. La razón de que no se lo hubiera enviado a los campos de labranza hacía ya mucho tiempo, debía atribuirse por completo a la intervención del ya anciano Duque de Justar, en cuya familia se había criado.

—¡Bah! Es mejor permitirle ese capricho a la Emperatriz. No es pedir demasiado. Almin lo sabe. ¿Te enteraste de que Vanya intentó disuadir al Emperador de declararla fiesta oficial?

—¡No!

Saryon pareció escandalizado.

Dulchase asintió, satisfecho de saber tantas cosas; de hecho, estaba enterado de todos los comadreos de la corte.

—Vanya le dijo al Emperador que era pecaminoso recordar a alguien que había

nacido sin Vida, alguien que evidentemente estaba maldito.

—¿Y el Emperador se negó?

—Este año volvieron a llenar Merilon de colgaduras color *Azul Llanto*, ¿no es así? —preguntó Dulchase, frotándose las manos—. Sí, el Emperador tuvo agallas suficientes como para enfrentarse con Su Divinidad, a pesar de que ello supuso que Su Divinidad abandonara el Palacio con aire ofendido y ahora se niegue a acercarse siquiera a la corte.

—No puedo creerlo —musitó Saryon.

—¡Oh!, eso no durará. Es sólo para impresionar. Al final será Vanya quien gane, de eso no hay duda. Espera y verás. En la primera cuestión que surja, el Emperador estará encantado de ceder ante él. Harán las paces y Vanya simplemente esperará hasta el próximo año para volver a empezar de nuevo.

—No me refería a eso —dijo Saryon, mirando a su alrededor incómodo y llamando la atención de Dulchase hacia un enlutado *Duuk-tsarith*, que permanecía de pie en el pasillo, en silencio, el rostro oculto en las profundidades de su capucha, las manos cruzadas al frente como era preceptivo. Dulchase volvió a resoplar con desdén, pero Saryon se percató de que el Diácono cruzaba el pasillo para andar por el otro lado—. Quiero decir, que no puedo creer que el Emperador se negara.

—Desde luego, todo fue a causa de la Emperatriz —explicó Dulchase inclinando la cabeza con malicia y bajando ligeramente la voz, tras echarle una ojeada al Ejecutor—. *Ella* ordenó que se hiciese y, por lo tanto, desde luego, se hizo. ¡Tiemblo sólo con pensar qué ocurriría si se le metiese en la cabeza pedir la luna! Pero tú debes saberlo. Has estado en la corte.

—No, no he estado tantas veces —rechazó Saryon.

—¡Vive en Merilon y no va a la corte! —Dulchase le lanzó a Saryon una mirada divertida.

—Mírame —dijo Saryon. Ruborizándose le mostró sus enormes y torpes manos —. Yo no encajo en los ambientes de lujo y belleza. ¿Ya viste lo que pasó durante la ceremonia, hace diecisiete años, cuando le di a mi túnica un color equivocado? ¡Y no creo que haya conseguido nunca que fuera el correcto desde entonces! Si el color debía ser *Albaricoque Flambeado*, el mío era *Melocotón Pasado*. ¡Oh!, puedes reírte, pero es verdad. Finalmente, decidí dejar de cambiar los colores de mi túnica. Era mucho más fácil llevar la sencilla túnica blanca sin adornos que corresponde a mi rango y profesión.

—¡Apostaría que tenías éxito! —dijo Dulchase mordaz.

—¡Oh, desde luego! —le respondió Saryon con una triste sonrisa y encogiéndose de hombros—. Ya sabes cómo me llamaban a mis espaldas: Padre Cálculo, debido a que únicamente podía hablar sobre matemáticas. —Dulchase emitió un gemido—. Lo sé. Se aburrían como ostras. Algunos llegaron a hacerse invisibles para huir. Una

noche, el Conde simplemente se deshizo ante mis ojos. El pobre no quería ofenderme. Se sintió terriblemente avergonzado y se disculpó con mucha elegancia, pero se va haciendo viejo...

—Si tan sólo hicieses un esfuerzo...

—Lo intenté, de verdad. Me uní a los comadreos y a las diversiones —suspiró Saryon—. Pero resultó demasiado difícil. Me *estoy* haciendo viejo, supongo. Me voy a dormir dos horas antes de que la mayoría de los habitantes de Merilon piensen siquiera en sentarse a cenar. —Echó una ojeada a su alrededor, a las paredes de piedra que brillaban suavemente con un resplandor mágico—. Me gusta vivir en Merilon. Sus bellezas me siguen pareciendo tan nuevas y tan impresionantes como me lo parecieron el día que las vi por vez primera, hace diecisiete años. Pero mi corazón está aquí, Dulchase, quiero continuar con mis estudios. Necesito tener acceso a cierto material que hay aquí; estoy trabajando en una nueva fórmula y no estoy muy seguro de algunos de los teoremas mágicos que requiere. Verás, es así.

Dulchase se aclaró la garganta.

—Ah, sí, lo siento —sonrió Saryon—. Aquí está el Padre Cálculo de nuevo. Me entusiasmo demasiado, lo sé. De cualquier modo, estaba pensando en hacer una solicitud para volver aquí, cuando recibí esta llamada del Patriarca... —El rostro de Saryon se ensombreció.

—Anímate. No te asustes —le dijo Dulchase en tono despreocupado—. Es posible que desee ofrecerte su pésame por la muerte de tu madre. Después, probablemente, te invitará él mismo a que vuelvas. Después de todo, tú no eres como yo, tú has sido un buen chico, siempre te has comido la sopa y todas esas cosas. Y no debes preocuparte por ningún miembro de la corte; incluso siendo tan aburrido como tú eres, sin duda, no podrías ser *nunca* más aburrido que el Emperador. —Dulchase dirigió una rápida mirada al rostro que Saryon mantenía desviado—. Te *has* estado comiendo la sopa, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió Saryon apresuradamente, con un esbozo de sonrisa que fue un terrible fracaso—. Tienes razón. Es probable que no sea más que eso.

Lanzándole una mirada a Dulchase, descubrió que el Diácono tenía los ojos clavados en él con curiosidad. El terrible peso de su culpa le asaltó de nuevo y, sintiéndose totalmente incapaz de permanecer cerca del astuto y perspicaz Dulchase por más tiempo, Saryon se despidió de manera bastante confusa y se alejó presuroso, mientras Dulchase lo seguía con la mirada, luciendo una sonrisa retorcida.

«Me gustaría saber qué secreto vergonzoso me ocultas, amigo mío. Yo no soy el único que se ha preguntado por qué te enviaron a Merilon hace diecisiete años. Bien, sea lo que fuere, te deseo suerte. Diecisiete años podrían muy bien ser diecisiete minutos por lo que se refiere a Su Divinidad. Lo que sea que hayas hecho, él no lo habrá olvidado, ni tampoco perdonado.»

Dirigiéndose de regreso a sus propias obligaciones, Dulchase sacudió la cabeza con un suspiro.

Al abandonar a Dulchase, Saryon buscó refugio en la Biblioteca, donde podía contar con estar solo. Sin embargo, no se dedicó a estudiar. Sepultándose bajo un montón de pergaminos, para quedar fuera de la vista de cualquiera que acertase a pasar por allí, el Sacerdote hundió la cabeza tonsurada en las manos, sintiéndose tan desdichado como cuando había sido llamado a los aposentos de Vanya diecisiete años atrás.

Había visto innumerables veces al Patriarca Vanya durante los últimos años, puesto que el Patriarca siempre pernoctaba en la Abadía cuando visitaba Merilon; pero Saryon no había hablado con él desde aquel día fatídico.

Aquello no se debía a que el Patriarca lo evitase o lo tratase con frialdad. Muy al contrario, Saryon había recibido una carta muy amable con motivo del fallecimiento de su madre, en la que el Patriarca le hacía llegar su más sentido pésame y le aseguraba que el cuerpo de su madre reposaría en la misma tumba que el de su padre, en uno de los lugares más sagrados de El Manantial. Incluso se acercó a él durante las ceremonias fúnebres, pero Saryon, con el pretexto de estar profundamente afligido, se alejó.

No se sentía cómodo en presencia del Patriarca. Quizás ello se debía a que nunca había perdonado realmente a Su Divinidad por haber condenado a muerte al pequeño Príncipe, o quizá se debiera a que siempre que miraba a Vanya, Saryon veía únicamente su propia culpa. Tenía veinticinco años cuando cometió su crimen. ¡Ahora Saryon tenía cuarenta y dos, y le parecía como si hubiera vivido mucho más durante aquellos últimos diecisiete años que durante los veinticinco primeros! Lo que le había contado a Dulchase sobre su vida en la corte era sólo cierto en parte. *No* encajaba, eso era verdad, y la gente *realmente* lo consideraba un auténtico y verdadero pelmazo, pero aquél no era el verdadero motivo de que se mantuviera apartado de la corte.

La belleza y las diversiones de la vida cortesana no eran, había descubierto, más que una ilusión. Un ejemplo de ello era que Saryon había presenciado cómo la Emperatriz sucumbía, día a día, a una enfermedad que la iba debilitando sin que los Hacedores de la Salud supieran cómo tratarla. La Emperatriz se moría, todo el mundo lo sabía, y nadie hablaba de ello. Especialmente el Emperador, que no dejaba de comentar ninguna noche el mejorado aspecto que ofrecía su encantadora esposa y lo beneficioso que era el aire primaveral que habían traído los *Sif-Hanar* (hacía un año que era primavera en Merilon) para su recobrada salud. Toda la corte asentía y daba su aprobación, y las artes mágicas de sus damas de compañía ponían color en las pálidas mejillas de la Emperatriz y cambiaban el tono de sus ojos.

—Tiene un aspecto radiante, Majestad. Cada vez está más bella, Majestad. Nunca

la habíamos visto tan animada, ¿no es así, Alteza?

Sin embargo, no podían añadir carne a su rostro hundido, ni apagar el brillo febril de su mirada, y lo que se rumoreaba en la corte era:

—¿Qué hará él cuando ella muera? El título desciende de la mujer. Su hermano está aquí de visita, es el heredero al trono. ¿Te lo han presentado? Permíteme. Podría resultar beneficioso.

Y de entre todo aquello, de entre toda aquella belleza y fantasía, lo único real parecía ser el Patriarca Vanya, moviéndose, trabajando, levantando un dedo para llamar a alguien junto a él, haciendo un gesto con la mano para arreglar algo allí, guiando, controlando, dueño siempre de sí mismo.

No obstante, Saryon lo había visto temblar una vez, hacía diecisiete años, y se preguntó, no por primera vez, qué era lo que Vanya les ocultaba. Oyó de nuevo las palabras del Patriarca: «Os podría dar la razón para hacerlo. —Luego el suspiro que había cortado sus palabras, seguido de una expresión fría y resuelta—. No. Vosotros me obedeceréis. No haréis preguntas».

Un novicio se materializó ante él, golpeándolo suavemente en el hombro. Saryon dio un respingo. ¿Cuánto tiempo habría permanecido allí el muchacho, sin que él lo viera?

—¿Sí, Hermano? ¿Qué sucede?

—Perdonad que os interrumpa, Padre, pero se me ha enviado para que os conduzca a los aposentos del Patriarca, cuando os parezca oportuno.

—Sí. Ahora mismo sería... perfecto.

Saryon se puso en pie con presteza. Se decía que ni el Emperador hacía esperar al Patriarca Vanya.

—Padre Saryon, pasad, pasad.

Incorporándose, Vanya hizo un gesto afectuoso con la mano. Su voz era cálida, aunque a Saryon le pareció que sonaba un poco forzada, como si le costara un esfuerzo mantener aquel tono amistoso.

Al ir a arrodillarse para besarle el borde de la túnica en señal de respeto, a Saryon le vino a la memoria, intensa y dolorosamente, la última vez que había efectuado aquel gesto, diecisiete años antes, y, posiblemente, el Patriarca lo recordó también.

—No, no, Saryon —le dijo afablemente, tomando al sacerdote de la mano—; podemos prescindir del ceremonial. Reservadlo para el público, que es a quien va dirigido. Ésta es una reunión privada, e *íntima*.

Saryon le dirigió una rápida mirada al Patriarca, entendiendo más cosas por el tono en que se pronunciaron aquellas palabras que por lo que decían las palabras en sí mismas.

—Me... me siento honrado, Divinidad —empezó a decir Saryon, algo confuso—, de haber sido llamado a vuestra presencia...

—Hay alguien aquí, Diácono, que me gustaría que conocierais —continuó el Patriarca Vanya sin alterarse, ignorando las palabras de Saryon.

Volviéndose, asustado, Saryon vio que había otra persona en la habitación.

—Éste es el Padre Tolban, un Catalista Campesino del poblado de Walren —dijo Vanya—. Padre Tolban, éste es el Diácono Saryon.

—Padre Tolban. —Saryon inclinó la cabeza como era la costumbre—. Que las bendiciones de Almin estén con vos.

No era de extrañar que Saryon no hubiera advertido la presencia de aquel hombre en el momento de entrar. Tostado por el sol, reseco y consumido, el Catalista Campesino se confundía con el artesonado de madera tan perfectamente como si formara parte de él.

—Diácono Saryon —musitó, balanceándose nerviosamente, mientras su mirada pasaba con rapidez de Saryon al Patriarca para volver a Saryon, y movía las manos nerviosamente, tirando de las largas mangas de su sencilla, raída y enlodada túnica verde.

—Por favor, tomemos asiento —dijo Vanya amablemente, indicando unas sillas con un gesto.

Saryon advirtió que el Catalista Campesino vacilaba un momento, para asegurarse de que realmente se le había incluido en la invitación, supuso. Ello hizo que la situación fuese un poco violenta, ya que, por cortesía, Saryon no podía sentarse si no lo hacía también el Catalista Campesino. De modo que, cuando ya iba a sentarse, se percató de que Tolban seguía aún de pie, lo cual lo obligó a detenerse para volverse a poner en pie, justo cuando Tolban decidía finalmente que le era permitido sentarse. No obstante, al ver que Saryon estaba de pie, el catalista volvió a ponerse en pie de un salto, sonrojándose totalmente azorado. Esta vez, el Patriarca Vanya decidió intervenir, repitiendo con voz afable pero firme su invitación para que se sentasen.

Saryon se dejó caer en una silla, aliviado. Se había visto ya dando saltos de un lado a otro casi toda la tarde.

Después de preguntarles si alguno de ellos deseaba un refresco —cosa que ninguno deseaba— y unos instantes de cortés charla sobre las dificultades de la siembra primaveral y cuáles eran las expectativas para la cosecha de aquel año, a todo lo cual recibió una respuesta apenas audible y bastante confusa del catalista, que mostraba un manifiesto nerviosismo, el Patriarca fue directo al grano.

—El Padre Tolban tiene una extraordinaria historia que contar, Diácono Saryon —dijo, manteniendo el mismo tono amable, como si fueran tres amigos manteniendo una conversación frívola.

Saryon se relajó en cierta medida, pero su perplejidad fue en aumento. ¿Por qué se lo había llamado a los aposentos privados de Vanya, un lugar que no había pisado desde hacía diecisiete años, para oír cómo un Catalista Campesino contaba una

historia? Dirigió una mirada penetrante a Vanya, encontrándose con que el Patriarca lo estaba mirando con una expresión de fría malicia en los ojos.

Rápidamente, Saryon desvió su atención hacia el Catalista Campesino, que respiraba profundamente como si fuera a zambullirse en aguas gélidas, dispuesto ahora a prestar una gran atención a las palabras de aquel reseco hombrecillo. Aunque el rostro del Patriarca aparecía tan afable y plácido como de costumbre, Saryon había visto crisparse su mandíbula, de la misma manera que se había crispado durante la ceremonia por el Príncipe Muerto.

El Padre Tolban empezó su relato, y Saryon se dio cuenta de que no necesitaba obligarse a escucharlo. Le hubiera sido imposible dejar de hacerlo. Era la primera vez que escuchaba la historia de Joram.

El catalista experimentó diferentes emociones durante la narración, emociones que iban desde el sobresalto hasta un sentimiento de ultraje y repulsión, las emociones normales que se experimentan al oír algo tan horrible y siniestro. Pero Saryon experimentó, también, un temor que le atenazaba el estómago y helaba los huesos, un temor que se extendió desde sus entrañas a todo su cuerpo. Con un estremecimiento, se arropó aún más en sus confortables vestimentas.

«¿De qué tengo miedo? —se preguntó a sí mismo—. Aquí estoy, en los refinados aposentos del Patriarca, escuchando el vacilante y torpe relato de este viejo y marchito catalista. ¿Qué es lo que puede estar mal?»

Pero no sería hasta más tarde que Saryon recordaría la expresión en los ojos de Vanya mientras escuchaba la historia; sólo entonces comprendería por qué temblaba de espanto. Pero en aquel momento decidió que se debía únicamente a aquella mezcla de emoción y miedo que se experimenta al escuchar los relatos infantiles, relatos de criaturas muertas que acechan por las noches.

—Y cuando llegaron los *Duuk-tsarith* —concluyó el Padre Tolban tristemente—, hacía horas que el muchacho se había ido. Siguieron su pista hasta el País del Destierro, hasta que quedó bien patente que había desaparecido en aquel territorio salvaje. Pudimos ver que su rastro desaparecía al cruzar las fronteras de la civilización. También se encontraron huellas de centauros y, de hecho, no había mucho más que pudieran hacer, simplemente lo dieron por muerto, ya que todos sabemos que muy pocos de los que se aventuran en esas tierras consiguen regresar. Así es como yo lo comuniqué.

Vanya frunció el entrecejo y el catalista se ruborizó, bajando la cabeza.

—Cre... creo que emití un juicio algo prematuro, puesto que ahora, un año después...

—Eso será suficiente, Padre Tolban —observó el Patriarca Vanya, utilizando todavía un tono afable.

Pero no engañó al Catalista Campesino, que se quedó mirando al suelo con

pesimismo mientras apretaba los puños. Saryon sabía lo que aquel desdichado debía de estar pensando: después de aquel desastre continuaría siendo un Catalista Campesino durante el resto de sus días. Sin embargo, aquello no era en modo alguno asunto de Saryon, como tampoco era el motivo por el que se le había pedido que escuchara aquella siniestra historia de locura y asesinato. Volvió a mirar, perplejo, al Patriarca, esperando encontrar una respuesta, pero Vanya no miraba a Saryon, ni tampoco miraba al pobre Catalista Campesino. El Patriarca miraba al vacío, con los labios apretados y el ceño arrugado, luchando mentalmente, sin lugar a dudas, con algún enemigo invisible. Por fin su lucha terminó, o, al menos, eso pareció, ya que se volvió hacia Saryon, con rostro nuevamente afable.

—Un suceso realmente espantoso, Diácono.

—Sí, Divinidad —repuso Saryon, sintiendo todavía aquel escalofrío que le recorría el cuerpo.

Uniendo las puntas de sus gordinflones dedos, Vanya tamborileó con ellos delicadamente.

—Se han dado varios casos, durante los últimos años, en que nos ha sido posible localizar a niños que nacieron Muertos y a los que, sin embargo, debido a la desafortunada actuación de sus padres, se les había permitido permanecer en el mundo. Cuando se los descubrió, se los liberó misericordiosamente de su terrible suplicio.

Saryon se removió incómodo en su asiento. Le habían llegado rumores de ello, y aunque sabía el tipo de existencia torturada que aquellos desgraciados debían de llevar, no podía evitar preguntarse si tan drásticas medidas eran realmente necesarias. Aparentemente estas dudas se reflejaron en su rostro, puesto que Vanya frunció el entrecejo y, volviendo la mirada hacia el inocente Catalista Campesino, procedió a amonestarlo.

—Ya sabéis, desde luego, que no podemos permitir que los Muertos vaguen por el país —dijo Vanya severamente al Padre Tolban.

—Sssí, Divinidad —tartamudeó el catalista, acobardado ante aquel ataque inmerecido e inesperado.

—La Vida, la magia, proviene de todo lo que nos rodea, del suelo que pisamos, el aire que respiramos, los seres vivos que crecen y se reproducen para servirnos...; sí, incluso las piedras y las rocas, restos destrozados de lo que una vez fueron inmensas montañas, nos facilitan Vida. Es esa energía que invocamos y canalizamos a través de nuestro cuerpo la que le da a los magos la capacidad para moldear y alterar los elementos que están en estado puro para que se conviertan en objetos a la vez útiles y hermosos.

Vanya miró con ferocidad al Catalista Campesino, para comprobar si le estaba prestando atención. El catalista, sin saber qué hacer y totalmente abatido, tragó saliva

y asintió.

—Imaginad —continuó el Patriarca— que esta Energía Vital es un vino generoso con mucho cuerpo, cuyo olor, sabor y aroma —extendió las manos— es perfecto en todos los aspectos. ¿Diluiríais ese maravilloso vino con agua? —preguntó Vanya con brusquedad.

—¡No, oh no, Divinidad! —exclamó el Padre Tolban.

—¡Y sin embargo permitiríais que aquellos que están Muertos se moviesen entre nosotros y, lo que es peor, quizá dejaríais incluso que su semilla cayera en terreno fértil y se reprodujera! ¿Os gustaría que enredaderas de hierbas nocivas asfixiaran las vides?

El mismo catalista se encogió como una uva pasa bajo aquella andanada. El curtido rostro se contrajo, y sus arrugadas facciones se crisparon mientras declaraba enérgicamente que no tenía la menor intención de alimentar malas hierbas. Vanya le dejó parlotear, trasladando su mirada a Saryon, quien inclinó la cabeza. La reprimenda iba dirigida a él, desde luego, pero como no era correcto que un Patriarca regañase a un catalista de El Manantial en presencia de un subordinado, el Patriarca había escogido aquel método para regañarlo. Unos confusos recuerdos de bebés que hipaban y padres que lloraban penetraron en la mente de Saryon, pero los contuvo con firmeza. Había comprendido. El Patriarca estaba en lo cierto, como siempre. No sería el Diácono Saryon quien diluyera el vino.

Pero, se preguntó, mientras estaba allí sentado contemplando fijamente sus manos, que permanecían dobladas con cuidado sobre su regazo, ¿adónde conducía todo aquello?

Con un brusco ademán, Vanya acalló al Catalista Campesino, como quien arranca una planta de raíz y la deja luego en el suelo para que se seque. El Patriarca se dirigió entonces a Saryon.

—Diácono Saryon, os estaréis preguntando, sin duda, qué tiene que ver esta historia con vos, y ahora tendréis una respuesta: os voy a enviar a buscar a ese Joram.

Incapaz de articular palabra, Saryon se quedó mirándolo, horrorizado. Ahora era él quien tartamudeaba y balbuceaba, para alivio del Padre Tolban, quien parecía estar muy agradecido de que la atención se alejara finalmente de su persona.

—Pero... Divinidad, yo... Vos dijisteis que estaba Muerto.

—Nnno —titubeó el Padre Tolban, acobardado—. Yo... Me equivoqué...

—Entonces, ¿es que no está Muerto? —preguntó Saryon.

—No —repuso Vanya—. Y vos debéis encontrarlo y traerlo de vuelta.

Con los ojos fijos en el Patriarca, Saryon rebuscó en su cabeza qué era lo que podía argüir. «Que no soy un *Duuk-tsarith*. Que no tengo ni idea de cómo se arresta a un criminal peligroso. Que ya no soy joven, que soy un catalista, una palabra que es sinónimo de persona débil e indefensa.»

—¿Por qué yo, Divinidad? —consiguió preguntar débilmente.

El Patriarca Vanya sonrió, sintiéndose indulgente ante el desconcierto de su sacerdote. Poniéndose en pie, se paseó hasta la ventana, agitando las manos a su espalda, con un movimiento que iba dirigido a sus dos subordinados, indicándoles que permanecieran sentados, ya que ambos habían hecho intención de levantarse cuando él se puso en pie.

Saryon se volvió a dejar caer sobre los blandos almohadones de la silla, pero al mismo tiempo, intentó cambiar de posición de tal manera que pudiera ver el rostro de Vanya mientras éste hablaba. Le resultó imposible. Dirigiéndose hacia la ventana, el Patriarca se quedó allí dándole la espalda a Saryon, contemplando el patio que había abajo.

—Veréis, Diácono Saryon —empezó; su voz seguía siendo agradable y tranquila —, ese joven, ese Joram, nos plantea un problema bastante especial. *No* encontró la muerte física en el País del Destierro tal y como se nos había informado. —Al llegar a este punto, Vanya se volvió a medias, examinando cuidadosamente un trozo de la tela de la cortina y frunciendo el entrecejo, irritado. El rostro del Catalista Campesino se volvió mortalmente pálido, pero Vanya murmuró al fin—: Tiene un defecto —continuó imperturbable—. El Padre Tolban ha recibido cierta información que nos lleva a creer que ese muchacho, ese Joram, se ha unido a un grupo que se denomina a sí mismo Cofradía de la Rueda.

Saryon miró al Padre Tolban, esperando encontrar alguna pista, puesto que el Patriarca había pronunciado aquellas palabras con un tono tal de terror que le hizo pensar que era la única persona en todo Thimhallan que nunca había oído hablar de ese grupo. Pero el catalista no le sirvió de ayuda; permanecía tan hundido en su silla, que resultaba prácticamente invisible.

Al no recibir respuesta del sacerdote, Vanya lo miró por encima del hombro.

—¿No habéis oído hablar de ellos, Padre Saryon?

—No, Divinidad —le confesó Saryon—, pues yo llevo una vida tan retirada..., mis estudios...

—No es necesario que os disculpéis —cortó Vanya. Cruzando las manos a la espalda, se volvió para mirarlo—. De hecho, me hubiera sorprendido que hubierais oído algo sobre ellos. Al igual que un padre amoroso oculta a sus hijos la existencia de cosas terribles y perversas hasta que sean lo suficientemente fuertes y sensatos para poder enfrentarse con ellas, así ocultamos nosotros a la gente la existencia de esa siniestra sombra, cargando nosotros con el peso para que ellos puedan vivir en la alegría. ¡Oh!, la gente no está en peligro —añadió, al ver que Saryon enarcaba las cejas, alarmado—. Es tan sólo que no permitiremos que vagos temores alteren la bella y apacible vida de Merilon, como han alterado la de otros reinos. Veréis, Padre Saryon, esta cofradía está dedicada al estudio del Arte Arcano, el estudio del Noveno

Misterio, la Tecnología.

Una vez más, Saryon notó cómo aquel temor irracional le atenazaba las entrañas. Una sensación de escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Parece ser que ese Joram tenía un amigo, un joven llamado Mosiah. Uno de los Magos Campesinos se despertó una noche al oír ruidos, y miró por la ventana. Vio a Mosiah y a un muchacho, que está seguro era Joram, absortos en una conversación, y aunque no pudo oír todo lo que decían, jura que sorprendió las palabras «Cofradía» y «Rueda». Dijo que Mosiah retrocedió al oír esto, pero su amigo debió de ser muy persuasivo porque a la mañana siguiente, Mosiah se había ido.

Saryon le echó una mirada al Padre Tolban justo a tiempo para ver cómo el catalista le lanzaba una mirada furtiva a Vanya, que lo ignoraba cuidadosamente. Tolban desplazó la mirada hacia el otro catalista y pescó a Saryon mirándolo. Con un rubor culpable, Tolban volvió a contemplar sus zapatos con fijeza.

—Desde luego, sabemos de la existencia de esa cofradía desde hace algún tiempo. —El Patriarca Vanya frunció el entrecejo—. La componen todos aquellos parias e inadaptados que creen que el mundo les debe algo. No sólo hay Muertos entre ellos, sino también ladrones y bandidos, gente que no ha podido pagar sus deudas, vagabundos, rebeldes... Y ahora, un asesino. Provienen de todo el Imperio, desde Sharakan, que está al norte, hasta Zith-el, que está en el este. Están aumentando en número, y aunque los *Dkarn-Duuk* podrían encargarse de ellos con facilidad, el entrar allí para llevarse a ese joven por la fuerza significaría dar pie a un conflicto armado. Significaría habladurías, molestias y preocupaciones. No podemos permitir eso, no ahora, en que la situación política en la corte se mantiene en un equilibrio tan delicado.

Le lanzó a Saryon una mirada significativa.

—Esto..., esto es terrible, Divinidad —farfulló Saryon, todavía demasiado confuso para entender más de una palabra de cada diez. Pero Vanya lo estaba mirando, esperando una respuesta, así que dijo lo primero que se le vino a la cabeza —. Sin duda... er... algo debe hacerse. No podemos vivir sabiendo que existe esa amenaza...

—Se está haciendo algo, Diácono Saryon —dijo el Patriarca con voz tranquilizadora—. Podéis estar seguro de que el asunto está controlado, lo cual es otro motivo para que la captura del chico se lleve a cabo con delicadeza; pero, al mismo tiempo, no nos atrevemos a permitir que el asesinato de un capataz quede sin castigo. El rumor se va extendiendo entre los Magos Campesinos, que son, como ya sabéis, unos individuos descontentos y rebeldes. Dejar que ese muchacho siga libre después de su horrible crimen les animaría a propagar la anarquía entre ellos. Debido a esto, el joven debe ser capturado vivo y sometido a juicio por su crimen. Capturado vivo —musitó Vanya, ceñudo—. Eso es de gran importancia.

Saryon creyó, finalmente, que empezaba a comprender.

—Entiendo, Divinidad. —Le costó un poco pronunciar aquellas palabras a través del amargo regusto que sentía en la boca—. Necesitáis a alguien que entre allí, aísle a ese joven, abra un Corredor, y conduzca a los *Duuk-tsarith* hasta él sin que nadie se dé cuenta. Y vos me habéis elegido a mí porque me vi envuelto una vez con las Artes...

—Se os ha escogido por los excelentes conocimientos matemáticos que poseéis, Diácono Saryon —lo interrumpió el Patriarca, eludiendo con suavidad la frase de Saryon. Una mirada dirigida al Catalista Campesino y un ligero movimiento de cabeza fueron suficientes para recordar a Saryon que no debía mencionar aquel viejo escándalo—. Estos Tecnólogos, según se nos ha dado a entender, se sienten sumamente atraídos por las matemáticas, ya que creen que son la clave para descifrar sus Artes Arcanas. Eso os facilitará una cobertura ideal y hará que os acepten en su grupo más fácilmente.

—Pero, Divinidad, soy un catalista no un... un rebelde, o un ladrón —protestó Saryon—. ¿Por qué habrían de aceptarme?

—Con anterioridad han existido catalistas renegados —observó Vanya irónicamente—. El padre de ese Joram era uno de ellos, en realidad. Recuerdo muy bien aquel incidente. Se lo consideró culpable de una concepción realizada mediante el repulsivo acto de unirse físicamente con una mujer. Se lo sentenció a la Transformación en Piedra...

Un estremecimiento involuntario recorrió a Saryon. Parecía como si todos sus viejos pecados se apiñaran sobre él. Volvieron a él también las espeluznantes pesadillas de su juventud, aumentando aún más su nerviosismo. ¡La suerte del padre de Joram podría muy bien haber sido la suya! Por un momento estuvo a punto de ponerse enfermo y tuvo que recostarse en los almohadones de su silla, sintiéndose incapaz de prestar atención a las palabras de Vanya, hasta que la sangre no dejó de martillarle en los oídos y fue cediendo aquella sensación de vértigo.

—Seguramente recordaréis el incidente, ¿no es así, Diácono Saryon? Fue hace diecisiete años... Claro, no, me olvidé. Vos estabais... absorto... en vuestros propios problemas en aquella época. Continuando con ello, cuando se le dijo que su hijo no había pasado las Pruebas, la madre, creo que su nombre era Anja, desapareció, llevándose al niño con ella. Intentamos localizarla, pero resultó imposible. Ahora, al menos, sabemos qué les sucedió a ella y a su hijo.

—Divinidad —dijo Saryon, tragándose la bilis que se le había formado en la boca —, no soy joven, y no creo estar preparado para una misión tan importante. Me siento honrado por la confianza que habéis depositado en mí, pero los *Duuk-tsarith* están mucho más capacitados...

—Os subestimáis, Diácono —le contestó afablemente el Patriarca Vanya,

abandonando la ventana y cruzando la habitación—. Habéis estado viviendo demasiado tiempo enterrado entre vuestros libros. —Deteniéndose exactamente frente a Saryon, bajó la mirada hacia el sacerdote—. Quizá tenga otras razones para escogeros, razones que no estoy en condiciones de discutir. Se os ha escogido. Desde luego, no puedo obligaros a hacer esto, pero ¿no creéis que le debéis algo a la Iglesia, Saryon, a cambio de, digamos, pasados favores?

El Catalista Campesino no podía ver el rostro del Patriarca. Tan sólo Saryon podía verlo, y recordó aquella expresión hasta el día de su muerte. Las rechonchas mejillas mostraban un aspecto plácido y tranquilo. Vanya sonreía incluso ligeramente, enarcando una ceja, pero los ojos... Su mirada era terrible: fría, siniestra e inflexible.

Súbitamente, Saryon comprendió la genialidad de aquel hombre y pudo, por fin, darle un nombre a aquel temor irracional que sentía. El castigo de aquel crimen que había cometido tantos años atrás era evidente que no había sido ni olvidado ni perdonado.

No, había sido sencillamente aplazado.

Durante diecisiete años, Vanya había esperado pacientemente por si se presentaba la oportunidad de utilizarlo...

De utilizarlo a él...

—Bien, Diácono Saryon —dijo el Patriarca, todavía con el mismo tono afable—, ¿qué me decís?

No había nada que decir. Nada a excepción de aquellas anticuadas palabras que Saryon había aprendido hacía tanto tiempo... Al repetirlas ahora, igual que las repetía cada mañana durante la Ceremonia del Alba, casi le pareció ver la blanca y delgada mano de su madre trazándolas en el aire.

—*Obedire est vivere. Vivere est obedire*. Obedecer es vivir. Vivir es obedecer.

LIBRO II

El País del Destierro

La frontera entre el mundo civilizado y aquella zona de Thimhallan conocida por el nombre de País del Destierro está señalada al norte de Merilon por un gran río. Su nombre es Famirash, o Llanto de los Catalistas, y tiene su origen en El Manantial, la enorme montaña que domina el paisaje en las cercanías de Merilon, la montaña donde los catalistas han establecido el centro de su Orden. He aquí la razón del nombre del río, un recordatorio diario de las fatigas y los pesares que padecen los catalistas en su labor en favor de la humanidad.

Las aguas del Famirash son sagradas. El lugar de donde brota en la montaña —un alegre y borboteante arroyo— es también un lugar sagrado, cuidado y protegido por los Druidas. El agua que se saca de aquella parte totalmente pura del río, posee propiedades curativas y la utilizan los Hacedores de Salud de todo el mundo. Sin embargo, a medida que el río sigue su curso, saltando y riendo montaña abajo como el tierno infante que aún es, se unen al Famirash otros riachuelos y arroyos que diluyen su inocencia y su pureza. Cuando llega a Merilon, el río ya ha crecido, convirtiéndose en una amplia y profunda extensión de agua. Habiendo ganado en talla y madurez, el río Famirash se civiliza al pasar por Merilon; durante los años que siguieron a las Guerras de Hierro, los Pronalban, magos expertos en el arte de moldear la piedra y el barro, se apoderaron del río, lo domesticaron y recanalizaron, lo partieron y dividieron, retorciéndolo y haciéndolo girar sobre sí mismo, lo hicieron subir a las colinas y bajar por decorativos saltos de agua, y lo aprisionaron también en pintorescos y pequeños estanques. A través de sus artes mágicas y las de sus descendientes, se ha obligado al río a subir a las plataformas de mármol donde borbotea en las fuentes y se lanza al aire en géiseres multicolores. Calentadas sus aguas mediante la magia, el río se desliza recatadamente al interior de perfumados cuartos de baño, o irrumpe descaradamente en las cocinas, listo para trabajar. Finalmente, al Famirash se le permite aventurarse en la Arboleda Sagrada de Merilon, donde está colocada la tumba del gran mago que fundó el país. Aquí el río alimenta las hermosas plantas tropicales y encuentra tiempo para abandonarse a las artísticas creaciones de los Ilusionistas. El río Famirash aparece tan terriblemente cambiado en Merilon, que mucha gente se olvida incluso de que es un río.

Después de haberse visto obligado a soportar todos estos atavíos propios de la civilización, no es de extrañar que tan pronto el río escapa de los muros de la ciudad de Merilon se agite rabioso entre sus dos orillas en un tumultuoso alboroto de espuma blanca. Una vez que el Famirash se ha liberado de su enojo, se tranquiliza, y cuando pasa serpenteando junto a los campos desbrozados y las pequeñas aldeas agrícolas es ya como un anciano y plácido Catalista Campesino, arrastrando penosamente sus turbias aguas por la orilla bordeada de árboles.

Y el río sigue su camino a través de las tierras de labranza, tranquilo y laborioso, hasta que deja atrás las regiones civilizadas. Entonces, una vez fuera de la vista del hombre, el río Famirash efectúa una última y gran contorsión —como si fuera la cola de un dragón— y se zambulle con un salvaje rugido de júbilo hacia el interior del País del Destierro.

Libre al fin, el río se transforma en un torrente furioso de aguas blancas y espumeantes que salta por encima de las rocas y atraviesa a toda velocidad las estrechas paredes de las cavernas. Las aguas están coléricas, con una cólera que adquieren al fluir junto a las zonas tenebrosas donde acechan seres llenos de ira, seres creados mediante la magia y abandonados luego; seres arrancados de sus amados hogares, llevados a una tierra extraña y dejados luego allí para que sobrevivieran como pudiesen; seres que viven allí porque su propio temperamento sombrío no les permite vivir donde hay luz.

El río presencia extraños espectáculos, mientras sigue su curso a toda velocidad. Trolls que lavan los huesos de sus víctimas en sus aguas con su peculiar estilo, limpiando los huesos para utilizarlos como adorno en su cuerpo o para decorar sus húmedas cuevas. Gigantes, hombres y mujeres, de seis metros de altura, fuertes como una roca y con la mentalidad de un niño, que se sientan en sus orillas, contemplando las aguas fijamente como fascinados. Dragones que toman el sol sobre las rocas que lo bordean como si de enormes lagartos se tratara, con un ojo siempre abierto, alerta a la presencia de extraños en sus secretos cubiles. Unicornios que beben en sus remansos, salvajes centauros que pescan en sus arroyos y grupos de hadas que danzan sobre sus aguas. Pero el espectáculo quizá más extraño de todos, lo encuentra el río al llegar a la parte más misteriosa y sombría de su recorrido, al pasar por el auténtico corazón del País del Destierro: el campamento de los Tecnólogos.

Cuando llega a esa región, el río Famirash es ancho y profundo, sus aguas son oscuras y se desliza con lentitud, ya que es al llegar a este punto cuando el río recibe una desagradable sorpresa, cayendo en manos de los Hechiceros del Noveno Misterio, quienes lo encadenan y obligan a trabajar para ellos.

Los Tecnólogos, o Cofradía de la Rueda, como se llaman a sí mismos, hace muchos años que llevan una existencia tranquila en su refugio del País del Destierro. Son varios cientos de personas, y su comunidad data de muy antiguo, ya que fue fundada por aquellos que escaparon a las purgas que tuvieron lugar después de las Guerras de Hierro.

«¡Dan Vida a aquello que está Muerto! —fue la acusación lanzada por los catalistas—. Sus Artes Arcanas nos destruirán en este mundo, tal y como estuvieron a punto de hacerlo en el antiguo. ¡Mirad lo que han hecho ya! ¡Cuántos han muerto ya y cuántos más morirán si no eliminamos esta plaga de nuestra tierra!»

Cientos de practicantes del Noveno Misterio fueron enviados al Más Allá en lo

que se denominó La Expulsión. Sus libros y documentos fueron destruidos, según informaron los catalistas, aunque éstos guardaron en secreto copias de muchos de ellos («Para vencer al enemigo, se debe llegar a conocerlo tan bien como a nosotros mismos»). Las terribles armas y máquinas de guerra de los Hechiceros se convirtieron poco a poco en oscura leyenda; las historias de máquinas que sacaban el agua del río y de carruajes que se arrastraban por el suelo sobre pies redondos se convirtieron en tema para cuentos infantiles que hacían reír a los niños.

Los pocos que consiguieron escapar de aquella persecución huyeron al País del Destierro, donde tuvieron que librar una constante y dura batalla por su supervivencia. Más tarde, pasaron a engrosar sus filas todos aquellos que, según el Patriarca Vanya, se sentían resentidos contra el mundo. Hombres y mujeres de las clases inferiores que se habían rebelado a su suerte, gentes de todas las clases sociales cuya codicia les había conducido al crimen, y otros cuyas retorcidas pasiones les habían hecho cometer mil y un pecados. También llegaron allí, años después, los Muertos, aquellas criaturas que no habían pasado las Pruebas. A todos se los aceptó porque a todos se los necesitaba para que ayudaran en la batalla que se libraba contra aquella tierra salvaje y primitiva, y sus habitantes.

Finalmente, con el paso de los siglos, los Tecnólogos habían conseguido crear un refugio en aquel lugar desolado, donde podían vivir más o menos en paz. Todo lo que deseaban era que los dejaran tranquilos, ya que no les quedaban ni ambiciones, ni deseos de imponer sus costumbres a otros. Querían vivir a su aire, trabajando el metal y la arcilla, construyendo sus norias, muelas y molinos de grano. Aunque seguían siendo un refugio para los desterrados de la sociedad, los Hechiceros del Noveno Misterio crearon sus propias leyes, que hacían cumplir con severidad. De esta forma se deshacían de aquellos que estaban corrompidos. Así consiguieron vivir aislados y aparte del resto de Thimhallan durante muchos, muchos años, y con el tiempo incluso consiguieron que el resto del mundo casi se olvidara de ellos.

Si el mundo se hubiera olvidado de los Hechiceros, hubiera dejado de ocuparse de ellos, pero, como a menudo le sucede a la humanidad en su búsqueda de conocimientos, la Cofradía tropezó por casualidad con un descubrimiento que hubiera podido conducir a cosas muy útiles pero que, por el contrario, fue utilizado para el mal.

Los Hechiceros aprendieron, una vez más, el antiguo y perdido arte de forjar el hierro.

¿Quién sabe de que manera aquel descubrimiento condujo hasta ellos a los hombres malvados? Quizá fuera el descubrimiento de un tosco cuchillo clavado en el cuerpo sin vida de un centauro. Quizás una lanza encontrada en las manos de un pobre y patético gigante, que balbuceó el nombre de aquellos que se la habían hecho antes de sucumbir a la tortura. Eso no importa ahora. Lo importante es que los

bandidos descubrieron la Cofradía, gente tranquila y sencilla, que vivía aislada del mundo. Esclavizarlos fue tarea fácil, ya que el cabecilla de los bandidos era un poderoso Señor de la Guerra, un antiguo *Duuk-tsarith*.

Así pues, durante los últimos cinco años, los Tecnólogos han estado gobernados por un grupo que ha tomado el hierro, ha tomado aquello que no tenía Vida y le ha infundido la más mortífera de las vidas.

1. El renegado

En menos tiempo de lo que se tarda en contarlo, Saryon inició su viaje. Cuando estuvo preparado para abandonar El Manantial, descubrió que ya no se sentía asustado, ni tampoco enojado o resentido. Se había resignado, y había aceptado su destino. Después de todo, había escapado al castigo durante diecisiete años... Abandonó El Manantial al amparo de la noche, efectuando el viaje a gran velocidad gracias a los Ejecutores, los enlutados *Duuk-tsarith*.

Únicamente una persona se dio cuenta de que Saryon se había ido: el Diácono Dulchase. Cuando las indagaciones efectuadas entre Maestros y Hermanos dieron como resultado tan sólo encogimientos de hombros y miradas de perplejidad, Dulchase, seguro del favor de su Duque, se enfrentó finalmente con el mismo Patriarca Vanya.

—A propósito, Divinidad —dijo Dulchase en tono familiar, plantándose frente al Patriarca, que paseaba por uno de los jardines colgantes—, últimamente he notado la ausencia del Hermano Saryon. Él y yo íbamos a discutir una hipótesis matemática sobre la posibilidad de conseguirle la luna a la Emperatriz. La última vez que lo vi, me comentó que había sido llamado a vuestros aposentos. Me preguntaba...

—¿El Padre Saryon? —lo interrumpió el Patriarca fríamente, lanzando una ojeada a su alrededor a varios catalistas, miembros de su servicio, que estaban por allí cerca —. El Padre Saryon... —el Patriarca reflexionó—. Sí, ahora recuerdo. Creo que él y yo discutimos una teoría matemática suya, algo sobre el modelado de la piedra. Me pareció cansado. Trabaja demasiado. ¿No os parece, *Diácono*? —Hizo hincapié en el rango—. Le recomendé unas... vacaciones.

—Estoy seguro de que tomó vuestra recomendación al pie de la letra, Divinidad —replicó el obstinado Diácono, ceñudo.

—Así lo espero, Hermano —dijo el Patriarca, alejándose.

Con un suspiro, Dulchase regresó a su celda para celebrar la Ceremonia Nocturna, mientras mentalmente veía a su pobre amigo avanzando penosamente entre judías y pepinos.

Dulchase no andaba muy equivocado en sus figuraciones. El Patriarca había decretado que Saryon debería crearse una «reputación» como catalista renegado de modo que, cuando desapareciera en el País del Destierro, se creyera en su historia. También le aconsejó a Saryon que averiguara todo lo que pudiera sobre Joram, para obtener información sobre el joven que pudiera serle de utilidad más adelante. ¿Qué mejor modo había pues de alcanzar ambos objetivos que vivir entre los Magos Campesinos del poblado de Walren?

Saryon aceptó el plan con calma y tranquilidad, como un condenado que acepta su destino. Después de reflexionar sobre ello seriamente, había llegado a la

conclusión de que aquel asunto de Joram era una farsa. No parecía haber ninguna otra explicación razonable. Simplemente no podía comprender por qué el Patriarca se tomaba tantas molestias para localizar a un joven Muerto, incluso si éste era un asesino.

Sencillamente, Saryon ya no era de utilidad a la Orden y aquélla era la forma en que Vanya lo eliminaba rápida y silenciosamente. No era la primera vez que ocurría; habían desaparecido catalistas con anterioridad. El Patriarca se había molestado incluso en conseguir un testigo en la persona de aquel desdichado Padre Tolban, quien contaría que Saryon había dado su vida por una causa heroica. De esta forma el espíritu de la madre de Saryon descansaría tranquilo y no molestaría a Vanya por las noches como hacían algunos espíritus ahora que ya no existían los nigromantes para aplacarlos.

Saryon y el Padre Tolban llegaron a la aldea de Walren a los pocos momentos de haber abandonado El Manantial, viajando a través de los Corredores, cuyas salas mágicas hacían que un viaje de cientos de kilómetros ocupara simplemente el espacio de tiempo que se emplea en colocar un pie delante del otro.

A pesar de que acababa de anochecer cuando llegaron, los Magos Campesinos estaban ya en la cama y dormidos, según Tolban, quien evidentemente se sentía nervioso e incómodo en presencia de Saryon. Murmurando unas palabras en el sentido de que estaba seguro de que Saryon desearía también descansar, Tolban condujo al sacerdote a una vivienda vacía cerca de la suya.

—El antiguo capataz vivía aquí —dijo el Padre Tolban con voz melancólica, abriendo la puerta que daba acceso al interior de un árbol quemado que había sido convertido en una vivienda como las demás de la aldea. Era ligeramente mayor que el resto, y parecía estar a punto de desplomarse.

Saryon le echó una ojeada al interior con amarga resignación. Su infelicidad era tal que parecía como si nada pudiera aumentarla ya.

—¿El capataz que fue asesinado? —preguntó con calma.

Tolban asintió con la cabeza.

—Espero que no os importe —musitó, frotándose las manos ya que soplaba un helado vientecillo primaveral—. Además es... es lo único que está vacío en estos momentos.

«Qué importa», pensó Saryon, hastiado.

—No, está bien.

—Os veré a la hora del desayuno, entonces. ¿Tendríais inconveniente en acompañarme en las comidas? —preguntó el Padre Tolban, indeciso—. Hay una mujer, demasiado vieja para trabajar en los campos, que se gana la vida haciendo tales faenas.

Saryon estaba a punto de responder que no tenía hambre y no esperaba tenerla,

cuando repentinamente se dio cuenta de la expresión ansiosa y cansada de Tolban. Algo pasó por la mente de Saryon entonces y, recordando la bolsa que alguien le había entregado antes de que abandonara El Manantial, se la entregó al Catalista Campesino.

—Desde luego, Hermano —repuso Saryon—. Estaría encantado de compartir vuestra mesa, pero debéis dejarme pagar mi parte.

—Diácono..., esto... esto es demasiado —tartamudeó Tolban, que no había apartado los ojos de la pesada bolsa desde que llegaran. Un fragante aroma de tocino y queso llenaba el ambiente.

Saryon sonrió sardónicamente.

—Podemos perfectamente comérnoslo ahora. No creo que lo necesite en el lugar a donde voy, ¿no le parece, Hermano?

Ruborizándose, el Padre Tolban murmuró una respuesta incoherente y retrocedió apresuradamente hasta la puerta, dejando a Saryon contemplando la casa. En alguna ocasión, debía de haber sido un lugar relativamente agradable en el que vivir, pensó Saryon con tristeza. Las paredes eran de madera pulimentada, y las ramas que formaban el techo daban muestras de haber sido reformadas y reparadas por manos hábiles, pero su último propietario llevaba muerto un año, y se había permitido que la vivienda se convirtiera en una ruina. Aparentemente, nadie había entrado en ella desde el asesinato de aquel hombre; había vestigios de su antiguo propietario desperdigados por todas partes en forma de ropas y unos pocos artículos personales.. Recogiéndolos, Saryon lo arrojó todo al hogar; luego miró a su alrededor.

Había una cama, formada de una rama del árbol, en un extremo de la pequeña habitación, y una tosca mesa y varias sillas amontonadas cerca del hogar, mientras que algunas ramas hacían de estanterías en las paredes que habían sido el tronco del árbol, y aquello era todo. Pensando en su cómoda celda en El Manantial, con su colchón de plumas, el acogedor fuego y las gruesas paredes de piedra, Saryon le dirigió a la cama donde había dormido el hombre asesinado una mirada estremecida. Luego, envolviéndose en sus ropas, se tumbó en el suelo, dando paso a la desesperación.

A la mañana siguiente, después de compartir el exiguo desayuno de Tolban, Saryon tuvo ocasión de conocer a la charlatana Marm Hudspeth, la cual lo consideró un prodigio enviado por el mismo Almin. Luego el catalista fue conducido al exterior para que conociera al resto de su gente e iniciara sus labores.

Según el papel que se le había encomendado, a Saryon lo habían enviado a los campos a causa de una infracción menor cometida contra la Orden, y aparentemente debía mostrarse descontento y rebelde. Pero, tal y como ya se ha dicho, no era un buen embustero.

—No sé si sabré representar mi papel —le confió al Padre Tolban mientras

avanzaban por entre el barro hacia el lugar donde los magos los aguardaban pacientemente en fila, en espera de que se les concediera el matutino Don de la Vida.

—¿Cuál...? ¿El de mostrarse enojado con la Iglesia? ¿El de estar enfadado por haber sido enviado aquí? ¡Oh!, lo hará bien —murmuró tristemente el Padre Tolban, mientras el viento primaveral hacía que sus ropas le azotaran el escuálido y agotado cuerpo—. Porque lo sentirá.

Y Saryon descubrió que así era. No llevaba ni un día en Walren cuando una parte de su profundo desconsuelo y autocompasión ya había desaparecido para dar paso a la cólera que le inspiraba la forma en que se obligaba a vivir a aquella gente.

Había considerado su alojamiento demasiado pequeño y reducido hasta que descubrió que familias enteras vivían en chozas de un tamaño semejante. En cuanto a la comida, era sencilla e insípida, además de escasa después del duro invierno, pues, al contrario de los afortunados habitantes de las ciudades donde el clima está bajo control, los Magos Campesinos están sujetos a los caprichos de las diferentes estaciones del año. En Merilon, rodeaba por su cúpula mágica, únicamente llueve cuando la Emperatriz decide que resulta pesado tanto sol, y la nieve cae tan sólo para brillar tenue y decorativa a la luz de la luna, sobre los palacios de cristal. Por el contrario, en la frontera tenían lugar terribles tormentas, como jamás las había presenciado Saryon.

—Los nobles de allí —el Padre Tolban lanzó una mirada en dirección a la lejana Merilon— temen a estos campesinos. Y con razón. —El Catalista Campesino se estremeció—. Vi sus rostros el día que ese condenado chico mató al capataz. ¡Pensé que iban a matarme a mí también!

Saryon también se estremeció, pero de frío. El viento había estado soplando sin parar desde las montañas y, hasta que cambiara, la primavera parecía más bien invierno. Abriendo un conducto hacia Marm Hudspeth, el Padre Tolban le dio Vida suficiente para que envolviera a los dos catalistas en una confortable esfera de calor que hizo que Saryon se sintiera como si estuviera sentado en una burbuja ardiente. Sin embargo no sirvió de mucho; al parecer el frío desafiaba a la magia. Había vivido en aquella choza más tiempo que los mortales, y deslizándose desde el suelo y las paredes, se filtró a través de los pies de Saryon y se le introdujo en los huesos. Se preguntó si volvería a entrar en calor de nuevo y algunas veces incluso pensó, con bastante amargura, que el Patriarca Vanya podía al menos haberle dicho que pretendía torturarlo antes de ejecutarlo.

—Pero si el Emperador teme una rebelión, ¿por qué no mejora las condiciones de vida? —preguntó Saryon, irritado, intentando cubrirse los pies con el faldón de su blanca túnica—. Dándole a esa gente una casa, comida suficiente...

—¡Comida suficiente! —Tolban parecía escandalizado—. Hermano Saryon, para empezar, esta gente tiene grandes poderes mágicos. He oído decir que son más

poderosos que los *Albanara*, los magos que pertenecen a la nobleza. ¿Cómo podríamos controlarlos si aún se volvieran más poderosos? Ahora mismo, se ven obligados a depender de nosotros para que les proveamos de Vida, y deben utilizar toda su energía para sobrevivir. Si alguna vez consiguieran almacenarla... —Sacudió la cabeza; entonces, mirando a su alrededor temeroso, se acercó a Saryon—. Y existe otro motivo —le susurró—. ¡Sus hijos no nacen Muertos!

Pasó un mes, luego dos. Los días y las noches se hicieron más cálidos, y Saryon aprendió a hacer el trabajo de un Catalista Campesino. Levantándose con el sol, sin tener jamás la sensación de haber dormido lo suficiente, mascullaba cansadamente las palabras rituales para la Ceremonia del Alba, compartía el frugal desayuno del Padre Tolban y luego se encaminaba hacia los campos donde le esperaban los magos. Allí, el catalista puso en práctica los ejercicios matemáticos que había aprendido desde la infancia. Aprendió a distribuir Vida en cantidades exactas y precisas, puesto que no se podía conceder demasiada cantidad a un Mago Campesino. Recorrió junto a ellos los sembrados, sin prestarles demasiada atención al principio. Parecía como si nada pudiera alterar su enorme infortunio. Incluso la visión del pequeño plantón irguiéndose en la tierra era como un rayo de sol que consigue asomar por una abertura en el cielo tormentoso, reconfortándolo durante escasos momentos, para volver a desaparecer de nuevo en la oscuridad.

El catalista no había olvidado, de todos modos, el auténtico motivo de su estancia allí. En gran parte por aburrimiento y también para no pensar en sus propias penas, Saryon se pasaba las tardes hablando con la gente, y de esta forma no le costó nada conseguir que le hablaran de Joram. De hecho, apenas si hablaban de otra cosa, ya que la muerte de Anja y el asesinato del capataz habían constituido el punto culminante de sus vidas. Contaban la historia con fruición, una y otra vez, durante la breve hora que les quedaba para dedicar a las relaciones sociales, después de sus pobres cenas.

—Joram era un tipo extraño —le dijo el padre del fugitivo Mosiah—. Lo vi crecer desde que era un bebé hasta que se convirtió en un hombre. Viví con él en esta aldea durante dieciséis años, y todas las palabras que me dirigió durante ese tiempo podría contarlas con los dedos de esta mano.

—¿Cómo pudo permanecer todo ese tiempo entre vosotros sin que se dieran cuenta de que estaba Muerto? —les preguntó Saryon.

Todos se encogieron de hombros sin saber qué responder.

—Si *estaba* Muerto —dijo una mujer, dirigiendo una mirada desdeñosa al Padre Tolban—. Joram hacía su trabajo igual que todos nosotros. Y aunque no tenía suficiente Vida para andar por el aire, tampoco la tienes tú, catalista.

Esto lo dijo con una sonrisa de desprecio y los otros se echaron a reír.

—Fue un niño guapo —comentó una de ellas.

—Y un joven atractivo —añadió otra.

Ante aquella afirmación, Saryon vio a una joven que asentía en silencio con tanto entusiasmo que se sonrojó terriblemente al darse cuenta de que él la observaba.

—O lo hubiera sido —añadió la mujer de más edad—, si hubiera sonreído alguna vez. Pero nunca lo hizo, ni tampoco reía.

—Ni lloraba —dijo el padre de Mosiah—. Ni siquiera cuando era pequeño. Un día lo vi caerse y hacerse daño. Joram parecía estar siempre cayéndose o tropezando con las cosas. De cualquier modo, se abrió la cabeza. La sangre le corría por la cara. Se quedó como atontado un buen rato. Un adulto se hubiera echado a llorar sin sentirse avergonzado por ello. A él también estaban a punto de saltarle las lágrimas. Por Almin, que el chico no tendría más que ocho o nueve años. Pero apretó los dientes y las obligó a retroceder. «Maldita sea, niño —le dije, corriendo hacia él para ayudarlo—, pega un grito o dos. Yo lo haría si me hubiera dado un golpe como ése.» Pero simplemente me lanzó una mirada tal con aquellos ojos castaños suyos, que fue un milagro que no me dejara convertido en piedra allí mismo.

—Fue su madre quien lo hizo ser así —dijo la anciana con desprecio—. Era una lunática, ésa. Llevando aquel disfraz hasta que se le cayó a trozos. Llenándole la cabeza con historias de Merilon y de cómo él era superior al resto de nosotros.

—Tenía una cabellera muy bonita —dijo la joven, tímidamente—. Y... me parece que lo vi sonreír... una vez. Estábamos trabajando juntos en el bosque y me encontré una rosa salvaje. Como parecía sentirse tan desgraciado la mayor parte del tiempo, yo... yo se la di a él. —La joven bajó la vista hasta sus manos, ruborizándose—. Me dio pena.

—¿Qué hizo él? —resopló la mujer—. ¿Morderte la mano?

Los demás dejaron escapar unos un resoplido burlón y otros una risita disimulada, haciendo que la muchacha se ruborizara aún más y callara.

—¿Qué hizo? —le preguntó Saryon amablemente.

Levantando los ojos hacia él, la muchacha le dirigió una sonrisa.

—No la cogió. Se comportó casi como si le asustase, pero me sonrió... Creo que sonrió. Fue más con los ojos que con los labios...

—Niña tonta —regañó la mujer, que era su madre—. Vete a casa y termina tu quehacer.

—De todas formas es verdad —dijo otro de ellos—. Nunca vi un pelo tan espeso y negro en la cabeza de ningún ser viviente. Pero si queréis saberlo, era una maldición, no algo bello.

—*Era* una maldición —murmuró Marm Hudspeth, mirando con ojos miopes, que brillaban ansiosos, la abandonada y ruinosa casucha que había sido el hogar de Joram —. La madre estaba maldita y pasó la maldición a su hijo. Siempre estaba encima de él, royéndole el alma. Le clavaba las uñas y le chupaba la sangre.

El padre de Mosiah se mofó, burlón, haciendo que Marm lo mirara con fiereza.

—No tienes mucho de que burlarte, Jacobias —exclamó con voz aguda—. ¡Tu propio chico se ha ido a buscarlo! ¿Muerto? Sí, Joram está Muerto y estoy convencida de que Anja le quitó la Vida. ¡Se la sacó del cuerpo para utilizarla en el suyo! Todos habíais visto las cicatrices blancas que tenía en el pecho...

Saryon estuvo a punto de preguntar «¿Qué cicatrices?», pero la conversación terminó bruscamente cuando Jacobias, con una demostración de poderes mágicos que Saryon encontró bastante alarmante teniendo en cuenta que el mago había trabajado todo el día, se desvaneció enojado en el aire. Moviendo la cabeza negativamente, los demás magos se dirigieron, con pasos cansados, hacia sus chozas para intentar dormir lo más posible antes de que el alba los encontrase de nuevo en los campos.

Regresando a su propio alojamiento, Saryon pensó en lo que había oído, empezando a formar en su mente una imagen de aquel joven. Producto de una unión maldita e impía, y criado por una madre demente, era probable que el muchacho estuviera también medio loco, y si a todo eso se añadía el hecho de que estaba Muerto (el Padre Tolban no había expresado la menor duda sobre aquel punto), era un milagro que no hubiera asesinado o cometido algún otro acto de brutalidad.

¿Y aquél era el joven que se suponía que Saryon debía localizar en el País del Destierro?

La amargura del Sacerdote se incrementó. Cualquier cosa —incluso la Transformación en Piedra— parecía mejor que aquella tortura.

La vida de Saryon en aquel momento resultaba realmente desdichada. Acostumbrado como estaba a pasar los días estudiando, envuelto en la reconfortante y silenciosa soledad de las bibliotecas o de su acogedora y segura celda, encontraba que la vida del Catalista Campesino no era más que dolor de huesos, pies hinchados y escocidos y una paralizante monotonía que entumecía por completo la mente. Un día sí y el otro también, él y el Padre Tolban iban a los campos, otorgando Vida a los magos, andando tras ellos a través de las hileras de espigas de trigo o de maíz o de remolacha o de lo que fuera que creciera allí. Saryon nunca lo supo, ya que todo le parecía igual.

Por la noche, se tumbaba en su duro camastro, doliéndole cada articulación y cada músculo del cuerpo, pero a pesar de estar terriblemente agotado, le era imposible dormir. El viento aullaba alrededor de su miserable cabaña, silbando a través de las grietas y resquicios que ni toda la magia de los magos podría jamás mantener tapadas. Por encima del salvaje sonido del viento, podía oír otros ruidos —ruidos hechos por seres vivos— y eran aquéllos los que lo asustaban más que ninguna otra cosa. Eran los sonidos que producían las bestias que vivían en el País del Destierro, quienes, según le dijeron, se sentían a veces lo suficientemente audaces o hambrientas como para aventurarse cerca del poblado con la esperanza de robar algo de comida.

Aquellos aullidos y gruñidos hicieron que Saryon se diera cuenta de que por mala que fuera la vida en el poblado, aquello no era nada comparado con el tipo de vida que le esperaba: la vida en el País del Destierro. Se le hacía un nudo en el estómago cada vez que pensaba en ello, y a menudo se ponía a temblar sin poder evitarlo. Su único y amargo consuelo era saber que probablemente no sobreviviría el tiempo suficiente como para sufrir.

Pasaron cuatro meses de esta guisa, el tiempo que se le había asignado a Saryon para que se creara una reputación como catalista renegado. No sabía si había conseguido engañar a alguien o no. Supuestamente hosco, rebelde y exaltado, Saryon en general daba la impresión de ser, por el contrario, una persona enfermiza y desgraciada; pero los magos estaban tan inmersos en la monotonía de sus propias vidas, que no le prestaban demasiada atención.

A medida que el día fijado para su partida a finales del verano se acercaba, Saryon se encontró con que aún no había recibido instrucciones de El Manantial, y empezó a pensar que a lo mejor el Patriarca Vanya se habría olvidado de él. «Quizá el enviarme aquí sea suficiente castigo —se le ocurrió—. Seguramente un muchacho Muerto no es tan importante.»

Así que Saryon decidió que sencillamente se quedaría donde estaba hasta que le dijeran algo. Él Padre Tolban evidentemente seguía considerándose inferior a Saryon y haría lo que el Sacerdote le pidiera.

Pero no iba a poder ser.

Unas cuantas noches antes de su supuesta partida, mientras estaba sentado solo en su cabaña, Saryon recibió un buen susto al ver cómo se abría repentinamente un Corredor ante él. Supo inmediatamente, incluso antes de que la figura se materializara, quién le había venido a visitar, y se le cayó el alma a los pies.

—Diácono Saryon —dijo la figura al salir del Corredor.

—Patriarca Vanya —exclamó Saryon, arrodillándose.

Saryon vio cómo el Patriarca inspeccionaba rápidamente su mísero alojamiento, pero, aparte de enarcar una ceja, no le prestó demasiada atención, ya que la tenía centrada en su Sacerdote.

—Pronto iniciaréis vuestro viaje.

—Sí, Divinidad —repuso Saryon.

Seguía aún de rodillas, no tanto por humildad como porque simplemente no creía tener energías suficientes para levantarse.

—No creo que pueda saber de vos durante algún tiempo —continuó Vanya, permaneciendo cerca de la entrada del Corredor, un negro agujero surgido de la nada —. Vuestra situación entre esos..., hum..., Hechiceros será delicada y os será difícil establecer contacto...

«Especialmente si estoy muerto», pensó Saryon con amargura, aunque no lo dijo.

—De todas formas —Vanya seguía hablando—, tenemos sistemas para comunicarnos con aquellos que están muy lejos. No voy a ampliar detalles ahora, pero no os sorprendáis si recibís noticias mías en el caso de que lo considere necesario. Entretanto, intentad enviar un mensaje a través de Tolban cuando creáis que vais a poder entregarnos a ese Joram.

Saryon levantó la mirada hacia el Patriarca, asombrado. ¡De nuevo aquel muchacho! Todo el sufrimiento y el enojo que Saryon había estado reprimiendo durante los últimos meses encontró una salida. Lentamente, crujiéndole los huesos, el Sacerdote se levantó con dificultad y se enfrentó a Vanya con aire retador.

—Divinidad —dijo Saryon con respeto, pero en un tono cortante nacido del miedo y la desesperación—, me estáis enviando a la muerte. Por lo menos dejadme morir con algo de dignidad. Sabéis perfectamente que no podré sobrevivir ni un día en el País del Destierro. Seguir manteniendo la pretensión de que voy a cazar a ese... ese Joram... está muy bien delante de un subordinado pero podríamos prescindir de ello estando entre nosotros...

El rostro de Vanya se congestionó y sus cejas se contrajeron. Apretando los labios, aspiró profundamente por la nariz.

—¿Me tomáis por un estúpido, Padre Saryon? —rugió.

—¡Divinidad! —exclamó Saryon con voz entrecortada, palideciendo. Nunca había visto tan enojado al Patriarca. Era más aterrador, en aquel momento, que todos los terrores desconocidos que pudieran existir en el País del Destierro—. Yo jamás...

—Creía haberme explicado bien. La importancia de llevar a ese joven ante la justicia no quedará nunca suficientemente recalcada. —Los gordezuelos dedos de Vanya hendieron el aire—. ¡Vos, Hermano Saryon, parecéis tener una muy buena opinión de vos mismo! ¿Creéis honradamente que yo malgastaría tanto tiempo y esfuerzo, simplemente para privar a la Orden de un Sacerdote necio? Yo no emprendo nada con la perspectiva de fracasar. Poseo información sobre esos practicantes de las Artes Arcanas, Saryon, y sé que necesitan una cosa, y esa cosa es la que les estoy enviando: un catalista. No, vos estaréis muy seguro, puedo garantizároslo, Padre Saryon. *Ellos* se encargarán de eso.

Saryon no pudo articular palabra. Tan sólo podía mirar al Patriarca con los ojos abiertos de par en par y totalmente confundido. Un pensamiento consiguió aflorar, no obstante, por entre las turbulentas aguas en que navegaba su mente. Una vez más se preguntó: ¿qué era lo que hacía que aquel joven Muerto fuera de tan suma importancia?

Al ver que el Sacerdote se había quedado sin habla, el Patriarca Vanya cerró la boca de golpe y, dándose la vuelta, se preparó para marcharse. Entonces pareció dudar, y se volvió de nuevo hacia el catalista.

—Hermano Saryon —le dijo el Patriarca en un tono de voz particularmente dulce

—, he estado reflexionando durante mucho tiempo sobre si debía o no contaros esto. Lo que os explique ahora no debe salir de esta habitación; algunas de las cosas que estoy a punto de revelaros sólo las conocemos el Emperador y yo. La situación política en Thimhallan no es buena. A pesar de que nos hemos esforzado mucho, lleva años deteriorándose. Sabemos de fuentes fidedignas que el reino de Sharakan ha sido influido por ciertos miembros de esa Cofradía de la Rueda. Aún no han abrazado las Artes Arcanas que casi nos destruyeron hace siglos, pero su Emperador ha cometido la imprudencia de invitar incluso a esa gente a su reino. El Cardinal del Reino, que intentó disuadirlo de ello, fue destituido de su puesto en la corte.

Saryon lo miró paralizado.

—Pero ¿por qué...?

—La guerra. Para utilizarlos a ellos y a sus armas infernales en contra de Merilon —respondió Vanya con un profundo suspiro—. Por eso, ya veis que es esencial que cojamos a ese muchacho vivo y, mediante su juicio, pongamos al descubierto lo que son esos demonios, asesinos y Hechiceros malvados capaces de pervertir objetos muertos dándoles Vida. Haciendo esto, podremos demostrarle al pueblo de Sharakan que su Emperador se ha aliado con los poderes de la oscuridad, y podremos entonces lograr su caída.

—¡Su caída!

Saryon se agarró al respaldo de una silla, sintiéndose débil y mareado.

—Su caída —repitió el Patriarca con severidad—. Sólo entonces, Padre Saryon, podremos prevenir una guerra catastrófica. —Miró torvamente al catalista—. Espero que os daréis cuenta ahora de la extrema urgencia e importancia de vuestra misión. No nos atrevemos a atacar el campamento de los Hechiceros. Sharakan vendría inmediatamente en su ayuda. Una persona debe infiltrarse allí y volver a traer al muchacho... Yo os escogí a vos, uno de los Hermanos más inteligentes de la Orden...

—Intentaré no fallaros, Divinidad —murmuró Saryon confusamente—. Tan sólo desearía haberlo sabido, para estar mejor preparado...

Vanya alargó la mano posándola sobre el hombro de Saryon, con una expresión de sincera preocupación.

—Sé que no me fallaréis, Diácono Saryon. Confío plenamente en vos. Tan sólo me apena que malinterpretarais la naturaleza de vuestra misión. No me atrevía a explicárosla en más detalle. El Manantial tiene oídos, ya sabéis. —Levantó la mano para bendecirlo según el ritual—. Que los elementos, tierra, aire, fuego y agua, os otorguen Vida. Que Almin esté con vos.

Y entrando en el Corredor, el Patriarca se desvaneció.

Cuando se hubo marchado, a Saryon se le acabaron las fuerzas y cayó de rodillas, abrumado por lo que acababa de oír. La idea de su propia muerte le había resultado espantosa. ¿Cómo no sería aún más espantoso ahora saber que el destino de dos

reinos descansaba, quizá, sobre sus hombros?

Con la mente totalmente trastornada, apoyó la cabeza sobre el dorso de sus manos crispadas e intentó comprender qué era lo que estaba sucediendo. Pero era superior a él. Qué claras, simples y puras eran las ecuaciones de su oficio. De qué forma tan hábil y lógica encajaba todo en el mundo de las matemáticas. ¡Qué horrible era penetrar en el reino del caos!

Sin embargo, no tenía elección, y, al hacerlo, estaría sirviendo a su país, a su Emperador y a su Iglesia. ¡Era muchísimo mejor que considerarse a sí mismo un criminal! Aquel pensamiento le dio valor y fue capaz de incorporarse.

—Necesito algo que hacer —murmuró para sí—. Algo que mantenga mi mente alejada de esto o volverá a invadirme el pánico.

En un esfuerzo para sosegarse, Saryon empezó a realizar las pequeñas tareas domésticas de su vivienda que, en su desesperación, había ido dejando de lado descuidadamente.

Tomando la tetera del lugar donde descansaba encima de la mesa, la lavó y secó, colocándola sobre la estantería. Barrió el suelo e incluso tuvo la entereza, finalmente, de empezar a empaquetar sus escasas posesiones para preparar el viaje. Cuando se dio cuenta de que estaba tan cansado que el sueño se adueñaría de él con facilidad, se tumbó sobre el duro camastro. Cerrando los ojos, empezaba ya a hundirse en la oscuridad cuando le asaltó un pensamiento.

Él no tenía ninguna tetera.

2. Simkin

Blachloch estaba sentado ante un escritorio en el interior de su morada de ladrillos, que era la mejor y más grande del poblado, profundamente absorto en su trabajo. El sol de la mañana, que penetraba por una ventana, brillaba con fuerza sobre el libro de contabilidad abierto por el que se deslizaba la mano del Señor de la Guerra. Un suave airecillo, perfumado con el aroma que desprenden los últimos días de estío, acompañaba al sol, arrastrando con él el susurro de las hojas de los árboles, el murmullo de las voces, el griterío de los niños que jugaban o las discordantes y sonoras carcajadas de sus secuaces, que ganduleaban en el exterior de la cabaña. Y, constantemente, sobresaliendo por encima y por debajo de los sonidos cotidianos y dominando los cambios de estación, resonaba el ruido de la forja, martilleando rítmicamente como el tañido de una campana.

Blachloch era consciente de todo aquello sin serlo. El más mínimo cambio en cualquiera de aquellos sonidos, una alteración en la dirección del viento, una pelea entre los niños, un hombre que bajara la voz hubiera hecho que las orejas de Blachloch se aguzaran como las de un gato. El cese del ruido de la forja lo hubiera obligado a levantar la cabeza y, con una orden dada en voz baja, enviar a uno de sus hombres a averiguar el motivo. Para eso se prepara a los *Duuk-tsarith*, para que estén al corriente de todo lo que sucede a su alrededor, controlándolo todo, y para que, al mismo tiempo, consigan mantenerse por encima y aparte de todo. De esta manera, Blachloch estaba al tanto de todo lo que ocurría en la cofradía, de esta manera lo tenía todo bajo su mando, a pesar de que apenas abandonaba su alojamiento, y cuando lo hacía era para guiar a sus hombres en sus silenciosas y mortales incursiones o, como acababa de suceder recientemente, para viajar a las tierras del norte.

Blachloch acababa de regresar de Sharakan. Y era debido al éxito que habían obtenido sus negociaciones allí que estaba anotando cifras en el libro de cuentas. Trabajaba con rapidez y precisión, equivocándose raras veces y escribiendo los números de manera pulcra y ordenada. Todo lo que lo rodeaba estaba colocado de manera pulcra y ordenada, empezando por el mobiliario y terminando por sus rubios cabellos, pasando por sus pensamientos y su recortado y rubio bigote. Todo pulcro, ordenado, frío, calculado y preciso.

Un golpe que sonó en la puerta no interrumpió a Blachloch. Puesto que hacía rato que se había dado cuenta de que se aproximaba uno de sus hombres, el antiguo Ejecutor no dejó su tarea. Ni tampoco pronunció una sola palabra. Los *Duuk-tsarith* hablan muy raras veces, ya que conocen muy bien el poder intimidatorio del silencio.

—Simkin ha vuelto —le informaron a través de la puerta.

Por lo visto, aquello era algo inesperado, pues la delgada y blanca mano que anotaba las cifras se detuvo por un instante, quedando suspendida sobre la página

mientras el cerebro que la guiaba se ocupaba rápidamente de aquel asunto.

—Traedle.

Si aquella palabra fue pronunciada o simplemente transmitida mentalmente al centinela, era una cuestión que nadie se molestaba en considerar cuando un *Duuk-tsarith* se dirigía a ellos, ya que éstos estaban preparados para leer la mente y controlarla, entre otras muchas habilidades adecuadas a las necesidades de aquellos que hacían cumplir la ley en Thimhallan. O que, como en el caso de Blachloch, utilizaban aquello que se les había enseñado para violarla.

El Señor de la Guerra no interrumpió sus cálculos, sino que continuó sumando las largas columnas de números. Había llegado ya al final de una de las columnas, cuando volvió a sonar un golpe en la puerta. No contestó de inmediato; muy al contrario, terminó su trabajo tranquilamente y sin prisas; luego, limpiando con un trapo blanco e inmaculado la punta de la pluma de ganso con la que había estado escribiendo, la dejó junto al libro de cuentas, girándola de manera que la pluma mirara hacia afuera a su derecha. Hizo, entonces, un movimiento con la mano y la puerta se abrió silenciosamente.

—Lo he traído. Está aquí conmigo...

El hombre penetró en el interior, vio cómo las cejas de Blachloch se enarcaban ligeramente y se volvió con rapidez. No había nadie con él.

—¡Maldición! —musitó el centinela—. Estaba justo detrás de mí...

Precipitándose al exterior en busca de su detenido, el guardián estuvo a punto de chocar con un joven que entraba en aquel momento, y cuya entrada en la fría y descolorida morada de Blachloch podría haberse comparado con una explosión floral.

—Voto a tal, patán —exclamó el joven, apartándose apresuradamente del guardián y envolviéndose en su capa para protegerse—, decidme, ¿vuestros pies vienen o van? ¡Ja! Me ha salido un verso. Haré otro. ¡Patán, haragán! Eso es precioso, ¿verdad? Ve a bañarte o a masacrar niños pequeños o lo que sea que hagas mejor. Ahora que lo pienso, el bañarse no entra en esa categoría. Ofendes a mis fosas nasales, rufián.

Extrayendo del aire un pedazo de seda de color naranja, el recién llegado se lo colocó sobre la nariz, echando una mirada a toda la habitación como aquel que ha llegado a una fiesta poco interesante y no sabe si quedarse o marcharse. El centinela dejó bien claro, no obstante, que se quedaba al colocar su mano sobre la manga de color morado del muchacho y empezar a empujarlo hacia el interior. Sin embargo, retiró la mano casi al instante, aullando de dolor.

—¡Ah!, cómo lo lamento. Ha sido totalmente culpa mía —dijo el joven, acercando la vista a la mano del hombre con fingido espanto—. Lo siento. A este color lo llamo *Uva Rosada*. Se me ocurrió esta misma mañana y no he tenido tiempo de acabarlo del todo. Creo que he dejado demasiado *Rosa* en la *Uva*. —Alargando el

brazo, arrancó algo de la mano del guardia—. Lo que pensé. Una espina. Chupa ahí. Eso es, buen chico. No creo que sea venenosa.

El joven pasó flotando junto al enojado centinela, rodeado de un embriagador olor a perfumes exóticos que lo envolvía como una sofocante nube, deteniéndose frente al inexpresivo Blachloch.

—¿Os gusta este conjunto? —le preguntó, girando a un lado y a otro, sin dejarse impresionar en lo más mínimo por la silenciosa y enlutada figura que permanecía sentada inmóvil, absorbiendo todo lo que lo rodeaba en su oscuro vacío interior—. Hace furor en la corte. Se los llama «calzones». Tremendamente incómodos. Me rozan las piernas, pero todo el mundo los lleva, incluso las mujeres. Pues bien, la Emperatriz me dijo... ¿Qué ha sido eso? ¿Habéis murmurado algo, ¡oh!, Silencioso Señor? Os agradezco la invitación aunque hubierais podido expresarla con algo más de elocuencia. Creo que me *sentaré*.

Dejándose caer elegantemente sobre una silla colocada frente al escritorio de Blachloch, el joven se recostó en ella, poniéndose cómodo y colocándose de manera que pudiera exhibir sus ropas sacándoles el mayor partido posible. Era difícil poder adivinar su edad, podía tener entre dieciocho y veinticinco años. Era alto y bien formado, y el cabello le caía en largos rizos color castaño sobre los delgados hombros. Una barbita corta y suave del mismo color ocultaba una barbilla de aspecto débil. Un flexible bigote le adornaba el labio superior, aparentemente con la única finalidad de facilitarle algo con lo que jugar cuando se sentía aburrido, que era lo más normal, e iba vestido con un auténtico ramillete de estridentes colores. Las medias de seda eran verdes, los calzones amarillos, el chaleco morado, el blusón de encaje verde —haciendo juego con las medias— y la capa color malva le colgaba de los hombros al suelo, arrastrando tras él majestuosamente.

Mientras el muchacho permanecía allí sentado, retorciéndose las puntas del bigote, el centinela se adelantó para colocarse detrás de la silla, pero, en cuanto se acercó, el joven se puso el pedazo de seda anaranjada sobre la nariz con prontitud y fingió marearse.

—¡Oh!, no puedo soportar esto. Empiezo a sentir náuseas...

Con una mirada, Blachloch le ordenó a su hombre que retrocediera. El guardián obedeció con un gruñido, ocupando su lugar al otro extremo de la limpia y ordenada habitación. El joven sonrió, bajando el pañuelo de seda.

—Cámbiate de ropa —ordenó Blachloch.

—No os comportéis como un patán... —empezó a decir el muchacho con voz ofendida.

Blachloch no se movió ni pronunció una sola palabra.

—Encontráis mi vestimenta totalmente ridícula. *Me* consideráis totalmente ridículo —dijo el joven alegremente—, pero os soy útil de todas formas, ¿verdad, mi

Benevolente Señor?

Los colores de sus ropas se intensificaron con lentitud, oscureciéndose, alterándose totalmente en forma y esencia, hasta que quedó vestido de negro de la cabeza a los pies, con ropas que eran una copia exacta de las de Blachloch, con algunas pequeñas excepciones. Las mangas eran demasiado largas y la capucha demasiado grande; las primeras se tragaban totalmente sus manos, la segunda le caía sobre los ojos para ir a reposar sobre su nariz. Inclinando la cabeza hacia atrás para poder ver, el joven sonrió.

—Ahora debería decir: ¡Detente, bellaco! —Agitó en el aire el pañuelo de seda —. ¿No es eso lo que vosotros los Ejecutores decís siempre? Me gusta bastante esto...

—¿Dónde has estado, Simkin? —preguntó Blachloch.

—Oh, por todas partes, acá y acullá, por aquí y por allí —repuso él con voz aburrida.

Alargando la mano por encima de la mesa, arrastrando la larga y negra manga sobre ella, Simkin tomó la pluma de ganso que estaba junto al libro de contabilidad de Blachloch. Recostándose de nuevo, se pasó la pluma por la nariz haciéndose cosquillas, aspiró, resopló y finalmente estornudó prodigiosamente, haciendo que la capucha cayera hacia adelante, cubriéndole por completo el rostro.

El hombre de Blachloch que estaba al fondo de la habitación emitió una especie de gruñido, apretando las manos como si aprisionaran al joven y estuvieran divirtiéndose con ello. Blachloch siguió sin moverse ni hablar en voz alta, pero Simkin, que se estaba echando hacia atrás la capucha, se removió incómodo repentinamente y volvió a colocar la pluma sobre la mesa con mucho cuidado.

—Fui al poblado —respondió bajando la voz.

—Deberías haberme dicho que ibas a ir.

—No lo pensé. —Simkin se encogió de hombros. Su nariz se contrajo—. Atch...

Iba a empezar a estornudar otra vez cuando captó la mirada de Blachloch, y se apresuró a apretarse la nariz con suma delicadeza.

El Señor de la Guerra aguardó un momento antes de hablar.

Con una sonrisa de alivio, Simkin retiró los dedos de su nariz.

—Un día de éstos irás demasiado lejos... —empezó a decir Blachloch.

—¡Chiss!

El estornudo de Simkin descendió como una fina lluvia sobre el libro de contabilidad del otro.

Sin decir una palabra, Blachloch alargó su blanca mano, cerró el libro y se quedó mirando con frialdad al joven que tenía enfrente.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Simkin, mansamente, y, tomando el pañuelo de seda color naranja, empezó a secar la superficie de la mesa—. Permitidme, dejadme secar esto.

—*Dra-ach* —dijo el Señor de la Guerra, dejando a Simkin paralizado con un gesto de la mano—. Continúa.

Incapaz de moverse, Simkin efectuó un sonido lastimero con su paralizada boca.

—Puedes hablar —le dijo Blachloch—. Hazlo.

Simkin hizo lo que le ordenaban, siendo los labios lo único que se movía en su rígido rostro. Las palabras surgían lentamente a medida que conseguía formarlas, lo cual le daba el aspecto de un hombre al que le está dando un ataque.

—¿Dónde... estaba... yo? El... poblado. Es... es... verdad. Catalista... allí.

Deteniéndose, le lanzó a Blachloch una mirada suplicante.

El Señor de la Guerra se ablandó.

—*Ach-dra* —dijo, retirando el encantamiento.

Arrellanándose en la silla, Simkin se dio un masaje en la mandíbula y se palpó el rostro con las manos como si quisiera asegurarse de que seguía allí. Mirando a Blachloch por el rabillo del ojo como un chiquillo al que han castigado, continuó hablando hoscamente.

—Y no va a estar allí mucho tiempo, por lo que he oído.

El rostro de Blachloch seguía siendo inexpresivo, dando la impresión de que era únicamente el sol al reflejarse en sus fríos ojos lo que los hacía brillar.

—¿Es un renegado, tal y como se nos informó?

—Bueno, en cuanto a eso... —Simkin, al percibir que el ambiente parecía caldearse un poco, se atrevió a levantar el pañuelo de seda y secarse ligeramente la nariz—. Yo no creo que *renegado* describa exactamente al catalista. *Digno de compasión* es mucho más apropiado. Pero sí que es verdad que piensa viajar al interior del País del Destierro. El Patriarca Vanya le ordenó que fuera, lo cual me hace creer —Simkin se apoyó sobre la mesa, bajando la voz con aire conspirador— que lo hace bajo coacción, si entendéis a lo que me refiero.

—El Patriarca Vanya.

Blachloch le envió una rápida mirada a su hombre, quien hizo una mueca, asintió y empezó a avanzar.

—Sí, estaba ahí —replicó Simkin, con una sonrisa encantadora y recostándose en su silla, totalmente a sus anchas una vez más—, junto con el Emperador y la Emperatriz. Un grupito bastante divertido, os lo aseguro. —Se atusó un extremo del bigote con los dedos—. Por fin, pude sentirme realmente en compañía de mis iguales. «Simkin —me dijo la Emperatriz—, me encanta el color de esas calzas que llevas. Por favor, dime el nombre de esa tonalidad, para que pueda copiarla...» «Majestad —le repliqué—, la he llamado *La Noche del Pavo Real*.» Y ella replicó...

—Simkin, eres un embustero —dijo Blachloch con voz impasible mientras el centinela se adelantaba con una mueca burlona en los labios.

—No, de verdad, palabra de honor —protestó Simkin, herido—, es verdad que la

llamo *La Noche del Pavo Real*. Aunque puedo aseguraros que jamás se me ocurriría enseñarle a copiarlo...

Blachloch levantó la pluma y volvió a su trabajo mientras el guardián se acercaba a ellos.

En medio de un centelleo de colores, Simkin volvió a lucir sus exóticas ropas y, poniéndose en pie con elegancia, miró a su alrededor.

—No me toques, patán —dijo, olfateando el aire y sonándose las narices. Luego, guardando el pañuelo de seda en la manga de su chaqueta, hizo que sus ojos descendieran hacia el Señor de la Guerra—. A propósito, Ser Cruel y Despiadado, ¿os gustaría que ofreciera mis servicios a ese catalista para guiarle a través de esta región salvaje? De lo contrario, es muy probable que algo increíblemente repugnante le ponga las manos encima. Sería desperdiciar a un buen catalista, ¿no os parece?

Aparentemente absorto en su trabajo, Blachloch le contestó sin siquiera levantar la vista:

—Así que realmente hay un catalista.

—En unas cuantas semanas, lo tendréis ante vos.

—¿Semanas? —El guardia lanzó un resoplido—. ¿Un catalista? Dejad que los muchachos y yo vayamos a buscarlo. Lo traeremos aquí en cuestión de minutos. Nos abrirá un Corredor y...

—Y los *Thon-Li*, los Amos de los Corredores, cerrarán la entrada de golpe —se mofó Simkin—. Quedaríais atrapados de la manera más ingeniosa. No entiendo cómo seguís teniendo a esos imbéciles a vuestro alrededor, Blachloch, a menos que, al igual que las ratas, sean baratos de alimentar. Personalmente, prefiero las sabandijas...

El guardia arremetió contra Simkin, cuya chaqueta se erizó súbitamente de espinas.

Blachloch efectuó un movimiento con la mano; ambos hombres quedaron paralizados al momento. El Señor de la Guerra no había ni levantado los ojos sino que continuaba escribiendo en el libro.

—Un catalista —murmuró Simkin a través de los entumecidos labios—. ¡Qué... poder... nos proporcionaría! Combinando... el hierro y la magia...

Levantando la cabeza, y dejando de escribir, aunque con la pluma suspendida en el aire, el Señor de la Guerra miró a Simkin. Pronunciando una palabra retiró el encantamiento.

—¿Cómo descubriste todo eso? ¿No te vieron?

—¡Claro que no! —Levantando la puntiaguda barbilla, Simkin se quedó mirando a Blachloch como si se sintiera herido en su dignidad—. ¿No soy yo un maestro del disfraz, como muy bien sabéis? Estuve en su propia casucha, sobre su propia mesa, ¡una auténtica tetera! No sólo *no* sospechó de mí, sino que incluso me lavó y me secó, y me colocó con bastante gusto sobre una estantería. Yo...

Blachloch hizo callar a Simkin con una mirada.

—Ve a encontrarte con él ahí fuera, y haz lo que sea necesario para traerlo aquí. —Aquellos fríos ojos azules paralizaron al joven, igual que un conjuro mágico—. Pero tráelo aquí. Vivo. Quiero a ese catalista más de lo que nunca he deseado nada en toda mi vida. Si me lo traes serás bien recompensado. Si vuelves sin él te ahogaré en el río. ¿Me entiendes, Simkin?

Los ojos del Señor de la Guerra lo miraban impasibles. Simkin esbozó una sonrisa.

—Os comprendo, Blachloch —dijo con suavidad—. ¿No lo hago siempre?

Con una profunda reverencia, se dispuso a marcharse, dejando que la capa color malva le arrastrase por el suelo.

—Oh, Simkin —dijo Blachloch, volviendo a su trabajo.

—¿Mi señor? —preguntó Simkin, girándose.

Blachloch hizo caso omiso del sarcasmo.

—Haz que le suceda algo desagradable al catalista. Nada grave, desde luego. Tan sólo convéncele de que sería poco prudente por su parte el pensar siquiera en abandonarnos...

—¡Ah!... —observó Simkin pensativamente—. Bien, eso *será* un placer. Adiós, patán —dijo, dándole una palmadita en la mejilla al centinela—. Augh...

Con una mueca, se limpió la mano en la tela de color naranja y salió por la puerta majestuosamente.

—Dad la orden y... —masculló entre dientes el centinela, mirando con fiereza por la abierta puerta al joven que se paseaba por el campamento como un arco iris ambulante.

Blachloch no se dignó ni a responder. Volvía a trabajar en su libro de cuentas.

—¿Por qué soportáis a ese imbécil? —gruñó el centinela.

—Lo mismo se podría preguntar de ti —le respondió Blachloch con su inexpresiva voz—. Y podría dar la misma respuesta. Porque es un imbécil útil y porque algún día lo ahogaré.

3. Perdido

—¿Qué ha sido eso?

Jacobias, sacado de su profundo sueño, se sentó en la cama y echó una mirada alrededor de la oscura cabaña, buscando lo que lo había despertado.

Volvió a oírlo; eran unos tímidos golpecitos en la puerta.

—Alguien está llamando a la puerta —susurró su esposa, sentándose en la cama junto a él. Su mano le aferró el brazo—. ¡A lo mejor es Mosiah!

—¡Bah! —gruñó el Mago Campesino apartando a un lado las mantas y deslizándose sin esfuerzo por el suelo gracias a la magia.

Una orden dada con voz suave rompió el sello que cerraba la puerta y el mago se asomó cautelosamente.

—¡Padre Saryon! —exclamó, sorprendido.

—Sí..., siento haberos despertado —balbuceó el catalista—. ¿Podría molestaros un poco más y... y autoinvitarme a pasar? ¡Realmente es urgente, imprescindible que hable con vosotros! —añadió desesperadamente, mirando suplicante al padre de Mosiah.

—Claro, claro, Padre —dijo Jacobias, retrocediendo y abriendo la puerta.

El catalista penetró en el interior, haciendo que su alta y delgada figura, cubierta por la verde túnica, se perfilara durante unos instantes a la luz de la luna llena que empezaba a elevarse en el firmamento. La luz de la luna se reflejó un momento en el rostro de Jacobias cuando éste intercambió una mirada con su asustada esposa, que seguía sentada en la cama, apretando las mantas contra su pecho. Luego cerró la puerta, extinguiendo la luz de la luna y sumiendo la habitación en la oscuridad. Una palabra del mago, no obstante, hizo que una cálida luz empezara a brillar entre las ramas del árbol que formaban el techo.

—¡Por favor, apagad eso! —suplicó Saryon, echándose hacia atrás y mirando por la ventana, temeroso.

Totalmente perplejo, Jacobias hizo lo que se le pedía, y apagó la luz dejando la habitación a oscuras una vez más. Un roce de ropas proveniente de la cama le indicó que su esposa se estaba levantando.

—¿Puedo ofreceros... algo, Padre? —le preguntó, vacilante—. ¿U... una taza de té?

¿*Qué* se le dice a un catalista que entra en tu casa a medianoche, especialmente a uno que tiene la misma expresión que si lo persiguieran demonios?

—No..., no, gracias —repuso Saryon—. Yo... —empezó a decir, pero carraspeó y se quedó en silencio.

Durante un buen rato, los tres permanecieron allí en la oscuridad escuchando sus propias respiraciones. Luego se oyó un crujido y un gruñido procedente de Jacobias,

en respuesta a un codazo de su esposa en las costillas.

—¿Hay algo, entonces, que podamos hacer por vos, Padre?

—Sí —respondió Saryon. Suspirando profundamente, dejó ir su discurso—. Quiero decir, espero que sí. Estoy..., uh..., desesperado, como veis, y... uh... se me dijo... quiero decir oí... que vosotros teníais... que podríais... —Al llegar a este punto se quedó callado, al habérsele ido de la cabeza completamente las frases que con tanto cuidado había preparado. Esperando que volverían de nuevo, se aferró a una palabra que recordaba—. Desesperado, como veis, y... —Pero era inútil, y Saryon se dio por vencido—. Necesito vuestra ayuda —dijo finalmente con sencillez—. Me voy al País del Destierro.

Si el Emperador se hubiera materializado en su cabaña y dicho que se iba al País del Destierro, Jacobias, probablemente, no se habría sorprendido mucho más. La luz de la luna se deslizaba ya a través de la ventana y brillaba sobre el maduro y medio calvo catalista que permanecía encorvado en el centro de la habitación, sujetando un saco conteniendo lo que Jacobias consideró que eran todas sus posesiones materiales. Un ruidito procedente de su mujer, que sonaba sospechosamente igual a una risita nerviosa ahogada, provocó una tosecilla de reproche del esposo, quien dijo con aspereza:

—Creo que tomaremos ese té, mujer. Será mejor que os sentéis, Padre.

Saryon sacudió la cabeza, mirando por la ventana.

—De... debo irme, mientras haya luna llena...

—La luna seguirá brillando un buen rato, todavía —dijo Jacobias con voz satisfecha, dejándose caer en una silla mientras su esposa preparaba el té en un pequeño fuego que había hecho arder en el hogar—. Ahora, Padre Saryon —el mago contempló al catalista con la misma severidad con que hubiera podido contemplar a un hijo de diez años—, ¿qué es ese disparate de querer iros al País del Destierro?

—Debo hacerlo. Estoy desesperado —repitió Saryon, sentándose, mientras seguía sujetando el saco de sus pertenencias contra el pecho. Y realmente tenía un aspecto desesperado, sentado allí ante aquella tosca y pequeña mesa, frente al Mago Campesino—. Por favor, no intentes detenerme y no me hagas preguntas. Simplemente concédeme la ayuda que necesito y déjame marchar. Estaré bien. Después de todo, nuestras vidas están en las manos de Almin...

—Padre —lo interrumpió Jacobias—, sé que en vuestra Orden, ser enviado aquí, a los Campos, es un castigo. Ahora bien, yo no sé qué pecado cometisteis ni tampoco quiero saberlo. —Levantó una mano, pensando que Saryon podría decir algo—. Pero, sea lo que fuere, no creo que sea tan importante como para que sacrifiquéis inútilmente vuestra vida. Quedaos aquí con nosotros, haced vuestro trabajo.

Saryon sencillamente negó con la cabeza.

Mirándolo fijamente un instante, Jacobias frunció el entrecejo. Removiéndose en

su silla, pareció sentirse incómodo.

—Yo...; no es normal en mí hablar de las cosas que voy a mencionar ahora, Padre. Vuestro dios y yo hemos estado en bastante buenas relaciones siempre, sin que ninguno de los dos exigiera demasiado del otro. Nunca me sentí ligado a Él, ni Él a mí, e imaginé que así era como Él lo quería. Al menos, así es como parecía entenderlo el Padre Tolban; pero vos sois diferente, Padre. Algunas de las cosas que *habéis* dicho han hecho que empezara a hacerme preguntas. Cuando *vos* decís que estamos en las manos de Almin, casi puedo creer que vos os referís a mí también, no tan sólo a vos mismo y al Patriarca.

Totalmente estupefacto, Saryon miró a aquel hombre con los ojos abiertos de par en par. Ciertamente no había esperado aquello y se sentía avergonzado, porque de repente se le ocurrió que cuando había dicho: «Estamos en las manos de Almin», él mismo no se lo creía realmente. De lo contrario, ¿por qué lo tendría que asustar tanto el aventurarse en la región salvaje? «Está bien que me vaya —pensó con amargura—; ahora, aparentemente, soy también un hipócrita.»

Al ver que Saryon guardaba silencio, evidentemente absorto en sus reflexiones, Jacobias asumió erróneamente que el catalista estaba reconsiderando su decisión.

—Quedaos con nosotros, Padre —le exhortó suavemente el Mago Campesino—. No es una buena vida, pero tampoco es mala. Las hay mucho peores, creedme —Jacobias bajó la voz—. Salid ahí fuera —indicó la ventana con un movimiento de la cabeza— y lo veréis.

El padre Saryon inclinó la cabeza, dejando caer los hombros en un gesto apesadumbrado con el rostro tenso y pálido por el miedo.

—Ya veo —dijo Jacobias tras una pausa—. De modo que así están las cosas, ¿verdad? Esto que yo estoy diciendo no es nuevo para vos, ¿no, Padre? Vuestro propio corazón os lo ha estado diciendo también. Alguien o algo os está obligando a ir.

—Sí —respondió Saryon con calma—. No me preguntes nada más. Miento muy mal.

Dejaron de hablar cuando la esposa de Jacobias envió el té flotando hacia la mesa, donde él mismo se vertió en tazas hechas de cuernos pulimentados. Sentándose junto a su esposo, le tomó una mano entre las suyas y la sujetó con fuerza.

—¿Es a causa de nuestro hijo? —preguntó con voz asustada.

Levantando la cabeza, Saryon los miró a los dos, con el rostro pálido y cansado a la luz de la luna.

—No —contestó en voz baja. Entonces, al ver que la mujer iba a decir algo, sacudió la cabeza, añadiendo—: Hacemos lo que tenemos que hacer.

—Pero, Padre —argumentó Jacobias—, hacemos, o deberíamos hacer, ¡aquello para lo que estamos *preparados*! Perdonadme que os hable con franqueza, Padre

Saryon, pero os he visto en los campos, ¡y si alguna vez habéis estado al aire libre, debe de haber sido en la rosaleda de alguna dama de la Casa Real! ¡No podéis dar diez pasos sin tropezar con alguna roca! Los primeros días de vuestra estancia aquí, el sol os dio tan fuerte que tuvimos que tenderos en el riachuelo para que volvierais en vos. Os habíais achicharrado bien. Y os asustáis incluso de vuestra propia sombra. Jamás en mi vida había visto correr a alguien tan deprisa como vos el día que aquella langosta echó a volar ante vuestras narices.

Saryon asintió con un suspiro, pero no respondió.

—Vos ya no sois joven, Padre —dijo la esposa de Jacobias con voz amable, ablandándose su corazón ante el semblante aterrado y desesperado del catalista. Alargando una mano, la colocó sobre la de Saryon que descansaba, temblorosa, encima de la mesa—. Seguramente debe de haber otro camino. ¿Por qué no os tomáis el té y os volvéis a la cama? Hablaremos con el Padre Tolban...

—No hay ningún otro camino, te lo aseguro —contestó Saryon en voz baja, con una serena dignidad que era aparente incluso en la tensa expresión de terror de su rostro—. Os agradezco vuestra amabilidad y... y vuestras atenciones. Es algo que... que no esperaba. —Poniéndose en pie, dejando su té sin tocar, los miró directamente —. Ahora, debo pediros que me facilitéis la ayuda que necesito. Sé que tenéis contactos ahí fuera. No os pido que me digáis sus nombres. Sencillamente decidme adónde debo ir y qué debo hacer para encontrarlos.

Jacobias lanzó una mirada a su esposa, indeciso. Ésta, que tampoco había tocado su té, tenía la vista clavada en las brasas del fuego. Le estrechó la mano, y sin volver la mirada hacia él, asintió con la cabeza. Aclarándose la garganta, Jacobias se pasó una mano por el pelo, se acarició la barbilla y finalmente dijo:

—Muy bien, Padre. ¡Haré lo que pueda por vos, aunque antes preferiría enviar a un hombre al Más Allá que ahí! ¡Ya lo creo!

—Lo comprendo —repuso Saryon, muy conmovido por el evidente sufrimiento de aquel hombre—. Y realmente te doy las gracias por tu ayuda.

—Vois sois un hombre amable y bondadoso —dijo la esposa de Jacobias repentinamente, con la vista fija aún en el fuego—. Os he visto mirarnos con una expresión en vuestros ojos que decía que no somos animales sino personas como vos. Si... si ve a mi hijo...

No pudo continuar y empezó a llorar en silencio.

—Es mejor que empecéis a moveros, Padre —dijo Jacobias con voz ronca—. La luna está ya sobre los árboles y tenéis que recorrer un largo trecho. Si no habéis llegado al río antes de que se ponga —añadió con severidad—, sentaos y esperad hasta el amanecer. No vayáis dando tropezones en la oscuridad. Podríais caeros por un barranco.

—Sí —consiguió decir Saryon, suspirando otra vez y alisándose los pliegues de la

túnica.

—Ahora, venid por aquí —Jacobias condujo al catalista hasta la puerta, que se abrió al acercarse ellos—; observad a donde señalo y escuchad mis palabras con atención, puesto que pueden significar la vida en lugar de la muerte, Padre.

—Comprendo —respondió Saryon, aferrándose a su valor con la misma fuerza con que sus manos agarraban el saco.

—Veis esa estrella allá a lo lejos, la que está en el extremo del grupo de estrellas a la que llaman la Mano de Dios. ¿La veis?

—Sí.

—Ésa es la Estrella del Norte. Y no la llaman la Mano de Dios por nada, ya que os indicará el camino, si la dejáis hacerlo. Mantened esa estrella en vuestro ojo izquierdo, como dice el dicho. ¿Sabéis lo que significa?

El catalista negó con la cabeza y Jacobias reprimió un suspiro.

—Significa que... No importa. Simplemente haced esto. Aseguraos siempre de andar directamente hacia la estrella y tan sólo un poquitín a la derecha de ella. No dejéis nunca que la estrella se ponga a vuestro lado derecho. ¿Comprendéis? Si no, iréis a parar al territorio de los centauros; y si ellos os cogen, todo lo que podéis hacer es rogar a Almin para que os maten de la manera más rápida posible.

Saryon levantó los ojos hacia el firmamento nocturno, mirando a la estrella, y de repente lo invadió el desaliento. Se dio cuenta de que jamás antes había contemplado el cielo, al menos no allí, en aquel lugar donde las estrellas parecían estar tan próximas y ser tan abundantes. Abrumado ante la inmensidad del universo comparado con su propia insignificancia, a Saryon le pareció terriblemente irónico que otra partícula insignificante, fría, distante e indiferente de aquel firmamento fuera a guiarlo a él. Pensó en El Manantial, donde se estudiaba a las estrellas y cómo afectaban a una persona en el momento de su nacimiento. Vio los gráficos extendidos sobre la mesa, recordando los cálculos que había efectuado con respecto a ellos y descubrió que ni una sola vez había contemplado realmente las estrellas tal y como las estaba contemplando ahora. Ahora que su vida dependía realmente de ellas.

—Comprendo —musitó, aunque en realidad no comprendía, no comprendía en absoluto.

Jacobias lo miró, dudoso.

—Quizá debería acompañarlo —le murmuró a su esposa.

Saryon volvió la mirada rápidamente.

—No —dijo—. No habrá problema. Ya me he quedado demasiado tiempo. Alguien puede habernos visto. Muchísimas gracias. Tanto por vuestra ayuda como... como por vuestra amabilidad. Adiós. Adiós. Que la bendición de Almin *os* acompañe a los dos.

—Quizá no me esté bien a mí deciros esto, Padre —comentó Jacobias torpemente

—, ya que yo no soy un catalista y todo eso, pero que la bendición de Almin os acompañe. —Ruborizándose, bajó la mirada al suelo—. Ya está. No creo que se ofenda, ¿lo creéis vos?

Saryon empezó a sonreír, pero el temblor de sus labios le hizo pensar que lo más probable era que se echase a llorar en lugar de sonreír, lo cual sería desastroso. Tendiendo la mano, estrechó con fuerza la de Jacobias, quien parecía estar en medio de un dilema, ya que seguía mirando a Saryon como si estuviera intentando decidir si decirle algo más. Su esposa, que flotaba junto a él, tomó repentinamente la mano de Saryon entre las suyas y la apretó contra sus ásperos labios.

—Esto es para vos —susurró quedamente—, y para mi chico, si lo veis.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y se volvió precipitándose al interior de su mísera morada.

Con los ojos nublados, Saryon hizo intención de alejarse, pero la mano de Jacobias sobre su hombro lo detuvo.

—Escuchad —dijo el Mago Campesino—. Cre... creo que debéis saberlo. Puede haceros las cosas más fáciles. Ha... ha habido gente que ha estado... haciendo preguntas, por así decirlo, sobre vos. Necesitan un catalista, imagino, de modo que es probable que se interesen por vos más de lo normal, si entendéis lo que quiere decir.

—Gracias —contestó Saryon, algo asustado. El Patriarca Vanya había dado a entender lo mismo. ¿Cómo lo habría sabido?—. ¿Dónde encontraré a esas...?

—Ellos os encontrarán —replicó Jacobias roncamente—. Simplemente acordaos de lo de la estrella, o de lo contrario la primera cosa que os encontrará será la muerte.

—Lo recordaré. Gracias y adiós.

Pero, aparentemente, Jacobias aún no había descargado su conciencia, puesto que retuvo a Saryon un último instante.

—No los apruebo —murmuró frunciendo el entrecejo—. No por nada que haya visto, en realidad, sino por lo que he oído. Espero que los rumores no resulten ciertos. Si lo son, ruego por que mi hijo no se haya visto envuelto. No me gustó que se fuera ahí, pero no tenía elección. No cuando nos enteramos de que enviaban al *Duuk-tsarith* a hablar con él...

—¿El *Duuk-tsarith*? —repitió Saryon, desconcertado—. Pero yo creía que había huido con ese joven que mató al capataz, con ese Joram...

—¿Joram? —Jacobias negó con la cabeza—. No sé quién os contó eso. Ese extraño joven no ha sido visto por aquí desde hace más de un año. Mosiah esperaba encontrarlo, eso es seguro; algo que a mí no me ilusionaba demasiado. Un Muerto andante... —Sacudió la cabeza de nuevo—. Pero no es de eso de lo que yo quería hablaros. —Sujetando el brazo de Saryon, Jacobias lo miró con la mayor seriedad—. No quise mencionar nada de esto con su madre cerca, pero si el chico *está* en mala compañía y va por el mal camino..., si sigue el sendero de la oscuridad, hablad con él,

¿querréis, Padre? ¿Le recordaréis que lo queremos y pensamos en él?

—Lo haré, Jacobias, lo haré —dijo Saryon con dulzura, acariciando la encallecida mano de aquel hombre.

—Gracias, Padre. —Jacobias se aclaró la garganta, y pasándose una mano por los ojos y la nariz, esperó un momento para calmarse antes de volver a la cabaña—. Adiós, Padre —se despidió.

Volviéndose, entró en el interior y cerró la puerta tras él. Mirando a través de la ventana, poco dispuesto a marcharse por un instante, Saryon vio al Mago Campesino y a su esposa de pie bajo la luz de la luna que penetraba por la ventana. Vio a Jacobias abrazar a su esposa y apretarla contra él, y oyó también sus ahogados sollozos.

Con un suspiro, Saryon agarró su saco y empezó a andar cruzando los campos, los ojos fijos en las estrellas y, a veces, en la vasta oscuridad hacia la que las estrellas lo estaban conduciendo. Sus pies tropezaban en aquel terreno desigual que para él no era más que zonas iluminadas por la luna mezcladas con otras sumidas en total oscuridad. Al llegar a las afueras de la aldea, contempló los campos de trigo que la brisa agitaba suavemente como si fueran un lago iluminado por la luna. Girándose, Saryon miró de nuevo por última vez a la aldea, a su último contacto, quizá, con la humanidad.

Las casas hechas de árboles descansaban impasibles sobre el suelo, proyectando fantásticas e intrincadas sombras a la luz de la luna con sus entrelazadas ramas. No se veían luces en el interior de las cabañas; una débil luz que había empezado a brillar en la ventana de Jacobias se extinguió mientras Saryon miraba. Demasiado cansados para soñar, los Magos Campesinos dormían.

Por un instante, el catalista pensó en regresar corriendo, pero mientras contemplaba el tranquilo poblado, Saryon se dio cuenta de que no podía. Podía haberlo hecho una hora antes, cuando el miedo que había en su interior había sido muy real, pero no ahora. Ahora podía dar media vuelta y alejarse de ellos, dar media vuelta y alejarse de todo lo que había sido su vida anterior. Se adentraría en la noche, guiado por aquella diminuta e indiferente estrella que brillaba allí arriba, y aquello no se debería a que hubiera descubierto un valor que no creía poseer. No. Era por un motivo tan oscuro como las sombras que proyectaban los árboles iluminados por la luna, cuyas hojas susurraban a su alrededor. No podía regresar, no hasta que tuviera la respuesta.

El Patriarca Vanya le había mentido sobre Mosiah. ¿Por qué?

Aquel persistente interrogante y la oscura sombra que ésta conllevaba acompañaron a Saryon a la región salvaje, demostrando ser unos valiosos compañeros puesto que mantuvieron la mente del catalista ocupada y obligaron a su otro acompañante —el miedo— a andar rezagado tras ellos. Con un ojo fijo en la

estrella, una hazaña que al catalista se le hacía cada vez más difícil de conseguir a medida que se hundía más y más en los espesos bosques, Saryon consideró aquella cuestión, intentando encontrar excusas, explicaciones, consiguiendo únicamente verse obligado a admitir que no había excusas y que no encontraba ninguna explicación.

El Patriarca había mentido, aquello estaba muy claro, y, lo que era más, había sido una conspiración de mentiras.

Deteniéndose un momento para descansar, Saryon se dejó caer sobre una piedra para darse un masaje en los doloridos y agarrotados músculos de las piernas. Los extraños e inquietantes sonidos del bosque reverberaban y cuchicheaban a su alrededor, pero Saryon fue capaz de ignorarlos volviendo mentalmente a los aposentos del Patriarca Vanya en El Manantial para rememorar aquel día en que fue llamado allí para escuchar la historia del Padre Tolban. Oyó las palabras de Vanya con toda claridad, ahogando misericordiosamente el largo gruñido de algún animal de presa que acechaba a su víctima durante la noche.

«Parece ser que ese Joram tenía un amigo —Saryon podía oír la voz de Vanya con toda claridad—, un joven llamado Mosiah. Uno de los Magos Campesinos se despertó una noche al oír ruidos, y miró por la ventana. Vio a Mosiah y a un muchacho, que está seguro era Joram, absortos en una conversación, y aunque no pudo oír todo lo que decían, jura que sorprendió las palabras "Cofradía" y "Rueda". Dijo que Mosiah retrocedió al oír esto, pero su amigo debió de ser muy persuasivo porque a la mañana siguiente, Mosiah se había ido.»

Sí, Mosiah se había ido, pero no a causa de Joram. Había huido porque se rumoreaba que los *Duuk-tsarith* estaban interesados en él.

Un agudo chillido a la espalda de Saryon, apagado repentinamente por un furioso gruñido, hizo que el catalista se levantara de un salto de la roca y echara a correr por el bosque antes de que fuera realmente consciente de lo que había sucedido. Cuando recobró la serenidad, se detuvo respirando profundamente varias veces intentando calmar los rápidos latidos de su corazón. Obligándose a sí mismo a ir más despacio, volvió a orientarse por aquella estrella que ahora apenas podía distinguir a través de las ramas que había por encima de su cabeza, y descubrió, con gran consternación por su parte, que la luna empezaba a desaparecer del firmamento.

El catalista recordó la recomendación de Jacobias de que no vagara en la oscuridad casi al mismo tiempo que le venía a la memoria, con toda claridad, la furtiva mirada que el Padre Tolban le había dirigido al Patriarca cuando Vanya estaba relatando aquel cuento sobre Joram y Mosiah. Saryon también recordó el rubor culpable de Tolban cuando vio que el catalista lo miraba. Una conspiración de embustes.

Pero ¿por qué? ¿Qué ocultaban?

De repente a Saryon se le ocurrió la respuesta. Avanzando a toda prisa con la vaga idea de abrirse camino hasta el río antes de que se pusiera la luna, Saryon resolvió el problema de manera parecida a como resolvía sus ecuaciones matemáticas. Vanya *sabía* que Joram estaba en aquella cofradía, y había mentido para ocultar su auténtica fuente de información. De hecho, Saryon se dio cuenta de que Vanya sabía muchas cosas sobre la cofradía: que necesitaban un catalista, que tenían tratos con el rey de Sharakan. Por lo tanto, era lógico que el Patriarca tuviera un espía instalado en la cofradía. Hasta aquí encajaba, pero Saryon arrugó el entrecejo: a su ecuación le faltaba la solución final.

Si Vanya tenía un espía en la cofradía, ¿por qué necesitaba a Saryon?

Sintiéndose confuso ante lo que estaba pensando, el catalista iba dando traspiés en su mente casi tan terribles como los que daba en la creciente oscuridad. Deteniéndose, Saryon recuperó el aliento, fijó su posición mediante la estrella y aguzó el oído tratando de captar el sonido del río. No lo oyó y, una vez que su sentido de la lógica lo hubo convencido de que no había andado lo suficiente para llegar a él, decidió hacer caso de las palabras de Jacobias y descansar el resto de la noche.

Saryon empezó a buscar un lugar donde pasar las horas que faltaban para el amanecer. Aún no había cruzado el río, e ingenuamente creyó que estaba relativamente seguro, aunque tampoco habría importado demasiado si hubiera pensado lo contrario. El catalista estaba tan exhausto a causa de aquel ejercicio al que estaba desacostumbrado y la tensión nerviosa a la que se veía sometido que sabía perfectamente que no podía dar ni un paso más. Calculando que podría ser mejor permanecer cerca del sendero (sin preocuparse en considerar quién o qué había abierto el sendero), Saryon se recogió la túnica alrededor de sus huesudos tobillos y se sentó, doblándose sobre sí mismo, al pie de un gigantesco roble, que ofrecía un lecho terriblemente incómodo entre dos enormes raíces que estaban al descubierto. Apoyando la barbilla sobre las rodillas, se instaló como pudo entre los matorrales y se preparó para esperar a que se hiciera de día.

Saryon no tenía intención de dormir. En realidad, no hubiera creído posible que *pudiera* dormirse. La luna había desaparecido y, aunque las estrellas brillaban con fuerza sobre su cabeza, la noche era oscura y aterradora a su alrededor. Se oían extraños crujidos, gruñidos y respiraciones, y los ojos de animales salvajes se clavaban en él, así que, desesperado, cerró los suyos.

«Estoy en las manos de Almin», se susurró a sí mismo febrilmente.

Pero aquellas palabras no le brindaron ningún consuelo. Por el contrario, le sonaron estúpidas y sin sentido. ¿Quién era él para Almin sino uno más de los muchos seres desgraciados de aquel mundo? Simplemente un ser diminuto, ni siquiera tan atraer la atención de Almin como una de aquellas brillantes y centelleantes estrellas, pues él, un pobre mortal, no despedía ninguna luz. ¡Incluso

cualquier campesino inculto podía rogar por la bendición de Almin con más sinceridad que su propio catalista! Saryon cerró los puños con desesperación. Su Iglesia, que una vez le había parecido tan poderosa y fuerte como la misma fortaleza montañosa en la que estaba ubicada, empezaba a hacerse pedazos y a desmoronarse por todas partes.

Su Patriarca, el hombre que estaba más cerca de su dios, le había mentido. Su Patriarca lo estaba utilizando para algún siniestro y oculto propósito.

Meneando la cabeza, Saryon procuró recordar sus estudios de teología, esperando poder capturar la fe que se le escapaba, pero fue como si hubiera intentado detener la marea saliente poniendo la mano en el agua y agarrando una ola. Su fe estaba estrechamente ligada a los hombres, y los hombres le habían fallado.

«No, sé honesto —se dijo Saryon a sí mismo, estremeciéndose al abalanzarse sobre él los espantosos sonidos de la noche, arrastrando todos los temores de su subconsciente con ellos—. Tu fe estaba basada en ti mismo. ¡Eres *tú* quien ha fallado!»

El catalista se cubrió la cabeza con los brazos en triste desesperación. Acurrucado bajo el árbol, escuchó aquellos horribles ruidos que cada vez se acercaban más y aguardó esperando sentir cómo unos afilados colmillos se hundían en su carne u oír la risa grosera de los centauros. No obstante, lentamente, los ruidos empezaron a desvanecerse, o quizás era *él* quien se desvanecía. Ya no importaba. Nada importaba.

Perdido y deambulando por una oscuridad aún mayor y más aterradora que la del País del Destierro, Saryon se resignó a su destino. Agotado y desesperado, sin importarle ya si vivía o moría, se durmió.

4. Hallado

Levantando la cabeza y parpadeando ante la brillante luz de la mañana, Saryon miró en derredor suyo. Completamente desorientado, se le ocurrió confuso que algo había hecho desaparecer su cabaña durante la noche, dejándolo a él durmiendo en el suelo.

Le llegó entonces a los oídos un gruñido y todo volvió a su memoria precipitadamente, incluidos sus terrores y el conocimiento de que se encontraba solo en una región desolada. Lleno de pavor, Saryon se puso en pie de un salto o, al menos, eso fue lo que intentó hacer, ya que en realidad apenas si consiguió sentarse. El dolor le atenazaba los músculos de la espalda, tenía las articulaciones entumecidas y las piernas parecían haber perdido toda su sensibilidad. La túnica estaba totalmente empapada por el rocío de la mañana y él se sentía helado y dolorido, y muy desdichado. Con un gemido, Saryon volvió a apoyar la cabeza sobre las rodillas y pensó en lo sencillo que sería permanecer allí y morir.

—Vaya —dijo una voz en tono de admiración—, sé de Señores de la Guerra que no se atreven a pasar una noche en el País del Destierro sin rodearse de un círculo de ardientes demonios y cosas parecidas, y aquí estás tú, un catalista, durmiendo como un bebé en los brazos de su madre.

Levantando la cabeza sobresaltado y mirando frenéticamente a su alrededor, mientras intentaba alejar el sueño de sus ojos, Saryon localizó por fin al propietario de la voz. Era un joven que estaba sentado sobre el tocón de un árbol, cuyos ojos contemplaban a Saryon con la misma franca admiración que sonaba en su voz. La larga melena de color castaño se enroscaba sobre sus hombros, complementada por una barba de un suave tono castaño y un elegante bigote. Iba vestido en armonía con su entorno, con capa y pantalones de color marrón y unas flexibles botas de piel.

—¿Quién...?, ¿quién sois vos? —tartamudeó Saryon, intentando, sin demasiado éxito, ponerse en pie. A su medio dormido cerebro se le ocurrió que a lo mejor los Magos Campesinos habían enviado a alguien a buscarlo—. ¿No sois del poblado?

—Deja que te ayude —dijo el joven, acercándose y ayudando al catalista a ponerse en pie con dificultad—. Eres ya bastante mayor para ir paseándote por los bosques, ¿no crees?

Saryon apartó de un tirón el brazo que el muchacho sujetaba solícito.

—Vuelvo a repetirlo, ¿quién sois vos? —preguntó con voz severa.

—¿Cuántos años tienes, si me perdonas el atrevimiento? —indagó el otro, mirando a Saryon con inquietud—. ¿Cuarentón?

—Exijo...

—No muchos más de cuarenta —siguió el joven, estudiando al catalista—. ¿Me equivoco?

—No es asunto vuestro —dijo Saryon, tiritando en sus húmedas ropas—. O bien contestáis a mi pregunta o ya podéis seguir vuestro camino y dejarme a mí seguir el mío...

La expresión del muchacho se volvió solemne.

—¡Ah!, bien, ahí está la cosa. Me temo que tu edad *es* un poco asunto mío, ¿sabes?, porque tu camino *es* mi camino. Soy tu guía.

Saryon se quedó mirándolo, demasiado sorprendido para replicar. Luego recordó las palabras de Jacobias: «Ha habido gente que ha estado haciendo preguntas sobre vos. Necesitan un catalista, de modo que es probable que se interesen por vos más de lo normal.»

—Me llamo Simkin —dijo el joven, tendiéndole la mano con gesto amistoso.

Temblándole las piernas de alivio, Saryon le devolvió el apretón de manos, haciendo muecas mientras se movía y lamentando amargamente la noche pasada bajo el árbol.

—Si te sientes capaz de viajar —continuó Simkin con tranquilidad—, deberíamos empezar a movernos. Los centauros capturaron a dos de los hombres de Blachloch aquí hace un mes. Los descuartizaron en pequeños pedazos a menos de quince metros de donde estamos nosotros. Fue un espectáculo espantoso, te lo aseguro.

El catalista palideció.

—¿Centauros? —repitió nerviosamente—. ¿Aquí? Pero no estamos al otro lado del río...

—¡Por mi honor! —exclamó Simkin, mirando sorprendido a Saryon—, no *sabes* nada de bosques, ¿verdad? Vaya, creí que eras increíblemente valiente y resulta que sólo eres increíblemente estúpido. ¡Has estado durmiendo sobre uno de los senderos de caza de los centauros! Y ahora, la verdad es que ya hemos malgastado demasiado tiempo. Cazan de día, ¿sabes? Bueno, imagino que *no* lo sabes, pero ya aprenderás. Vámonos.

Se quedó mirando a Saryon con expectación.

—¿Por qué me miráis así? —preguntó Saryon con voz temblorosa, ya que la frase «los descuartizaron en pequeños pedazos» le había dejado helado—. ¡Tú eres el guía!

—Pero tú eres el catalista —dijo Simkin con ingenuidad—. Abre un Corredor para nosotros.

—¿Un Co... Corredor? —Saryon se puso una mano en la cabeza, frotándosela perplejo—. ¡No puedo hacerlo! Nos descubrirían. Yo... yo estoy desesperado. —Recordando su papel añadió—: Soy un renegado...

—¡Oh, vamos! —dijo Simkin con un dejo de frialdad en la voz—, los granjeros puede que lo crean pero yo estoy mejor informado, y si crees que voy a viajar durante *meses* por este bosque dejado de la mano de Dios cuando podrías hacer que llegáramos a donde vamos en un instante, entonces estás muy equivocado.

—Pero los Ejecutores...

—Saben cuándo deben mirar hacia otro lado —repuso Simkin, mirando a Saryon astutamente—. Estoy seguro de que el Patriarca Vanya les ha dado sus instrucciones.

¡Vanya! Las sospechas, dudas y preguntas de Saryon, que habían quedado momentáneamente olvidadas, volvieron a aparecer. ¿Cómo sabía aquel joven lo de Vanya? A menos que él fuera el espía...

—No... no tengo ni idea de lo que estáis hablando —tartamudeó Saryon, frunciendo el entrecejo e intentando parecer sorprendido—. Soy un renegado. Un tribunal de catalistas me envió a ese miserable poblado como castigo. No he hablado nunca con el Patriarca Vanya...

—¡Oh!, esto es una total pérdida de tiempo —lo interrumpió Simkin, acariciándose los castaños rizos con la mano y mirando malhumorado el sendero—. Tú has hablado con el Patriarca Vanya. *Yo he* hablado con el Patriarca Vanya...

—¿Tú has... hablado... con el Patriarca?

Sintiendo que las rodillas empezaban a fallarle, Saryon se sujetó a la rama de un árbol para no caer al suelo.

—Mírate —le dijo Simkin con desdén—. Débil como un gatito. ¡Y es éste el hombre al que envían solo al País del Destierro! —exclamó, apelando a algún ser invisible—. Desde luego que he hablado con Vanya —continuó Simkin, volviéndose hacia Saryon—. Su Rechoncha Señoría me expuso sus planes con toda claridad. «Simkin —me dijo—, te estaría muy agradecido, eternamente agradecido, si me ayudaras en este pequeño asunto.» «Patriarca, viejo amigo —repuse yo—, estoy a tus órdenes.» Incluso me hubiera abrazado, pero hay ciertas cosas por las que no paso, y una de ellas es ser abrazado por personas gordas y calvas.

Saryon miró al joven de hito en hito desconcertado, sintiéndose mareado y comprendiendo sólo a medias lo que le había dicho. Su primer pensamiento lúcido fue que todo aquello era una insensatez. ¿Este... Simkin hablando con el Patriarca Vanya? ¡Su Rechoncha Señoría! Sin embargo, Simkin sabía...

—¡Tú debes de ser el espía! —le espetó Saryon.

—Debo serlo, ¿verdad? —dijo Simkin, mirándolo con expresión a la vez indiferente y misteriosa.

—¡Es como si lo hubieras admitido! —le gritó Saryon, agarrando al joven por el brazo. Dolorido, asustado y agotado, el catalista había llegado al límite de su resistencia—. ¿Por qué me envía Vanya? ¡Debo saberlo! ¡Tú podrías llevarle a ese Joram, si es eso todo lo que él quiere! ¿Por qué me mintió? ¿Por qué utilizar engaños?

—Mira, chico, tranquilízate —le dijo Simkin con dulzura. Poniéndose serio de repente, puso su mano sobre la de Saryon y lo atrajo hacia él—. Si lo que dices es cierto y *yo estoy* trabajando para Vanya, y, fíjate, que no estoy diciendo que lo haga...

—No, claro que no —musitó Saryon.

—Entonces debes saber que mi vida valdría menos que esa sucia vestimenta que llevas si alguien de allí —hizo un movimiento con la cabeza que Saryon presumió indicaba la dirección en que se encontraba el campamento de la cofradía— lo descubriera. No es que me preocupe por mi seguridad —añadió en voz baja—, pero se trata de mi hermana.

—¿Hermana? —preguntó Saryon débilmente.

Simkin asintió con la cabeza.

—La tienen cautiva —susurró.

—¿La Cofradía? —Saryon estaba cada vez más confuso.

—¡Los *Duuk-tsarith*! —exclamó Simkin—. Si fracaso... —Encogiéndose de hombros, se agarró a sí mismo por el cuello y retorció las manos—. ¡Chass! —dijo en tono pesimista.

—¡Eso es espantoso! —exclamó con voz ahogada Saryon.

—Podría entregarles a Joram —continuó Simkin con un suspiro—. Confía en mí, pobre muchacho. En realidad, soy su mejor amigo. Podría contarles todo lo que quieren saber sobre las negociaciones con el Emperador de Sharakan. Podría ayudar a desenmascarar a esos Tecnólogos, demostrando que son unos asesinos y unos Hechiceros perversos. Pero eso no es lo que estamos buscando, ¿verdad?

Saryon consideró que era más prudente no replicar, ya que él no estaba nada seguro de lo que estaba buscando. Sencillamente se quedó mirando a Simkin en silencio. ¿Cómo *sabía* todo eso? Vanya *debía* de habérselo contado...

—Es un juego de astucias el nuestro, hermano —dijo Simkin asiéndole por el brazo—. Oscuro y peligroso, y estás en él conmigo, eres el único en quien puedo confiar. —Recobró el aliento con un entrecortado sollozo—. Me alegro, me alegro de no estar solo.

Abrazándose al catalista, Simkin apoyó la cabeza en el hombro de Saryon y empezó a llorar.

Estupefacto ante aquella inesperada reacción, Saryon no pudo hacer otra cosa que permanecer allí impotente en medio del bosque, dándole torpes palmaditas en la espalda para consolarlo.

—Ya estoy bien —dijo Simkin valerosamente, enderezándose y secándose el rostro—. Siento haberme desmoronado así. Es la maldita tensión. Me sentiré mejor ahora que tengo a alguien con quien hablar. ¡Por el momento, no obstante, *debemos* irnos!

—Sí —musitó Saryon, sintiéndose aún sumamente confuso—, pero primero dime, por favor, por qué me han enviado a *mí*...

—¡Escucha! —exclamó Simkin con voz tensa, sujetando de nuevo el brazo de Saryon—. ¿Oíste eso?

Saryon se quedó totalmente inmóvil, con todos los sentidos alerta.

—No, yo...

—¡Lo he oído otra vez!

—No he oído...

—¡Centauros! ¡No hay duda! —Simkin estaba pálido, pero no había perdido el control—. ¡Nací en estos bosques! Puedo oír la respiración de una ardilla a cincuenta pasos. ¡Vámonos! Abre el Corredor. Ten, utiliza mi Energía Vital. Sé adónde vamos. Visualizaré mentalmente nuestro punto de destino.

Saryon vaciló, dudando todavía si utilizar un Corredor cuando sabía que los Thon-Li, los Amos de los Corredores, los estarían controlando con toda seguridad. No confiaba en aquel joven, ni en sus absurdas historias, aunque la única explicación que se le ocurría para toda la increíble cantidad de información que Simkin poseía era que aquel joven era un espía. De todas formas, antes de que abriera el Corredor...

¡Súbitamente, Saryon *oyó* algo, o creyó oírlo! ¡Un retumbar, como de cascos que galoparan por el sendero! Ahora sí que no parecía haber elección. Asiendo el brazo de Simkin, el catalista absorbió Energía Vital del joven, sin darse cuenta, en su agitación, de que era extraordinariamente potente, y balbuceó las palabras que abrían el Corredor. Se abrió el hueco, una parcela de vacío absoluto abierta en pleno sendero. Simkin saltó a su interior, arrastrando al catalista con él.

—¿Dónde estamos? —preguntó Saryon, saliendo cautelosamente del Corredor.

—En lo más profundo del País del Destierro —le respondió Simkin en voz baja, sujetando todavía el brazo de Saryon mientras salía—. Debes vigilar cada uno de tus pasos, medir tus palabras y escudriñar cada sombra.

El Corredor se cerró a sus espaldas, y Saryon volvió la cabeza nerviosamente, casi esperando ver a los Thon-Li surgiendo de él para arrestarlos. Quizá *esperaba* que alguien saliera y los arrestase, se confesó a sí mismo tristemente. Pero no fue así.

Ambos habían llegado a su destino sanos y salvos, siendo ese destino, por lo que Saryon podía ver, una ciénaga. A su alrededor, surgiendo de las turbias y oscuras aguas, se elevaban altos árboles de troncos gruesos y negros. El catalista no había visto árboles semejantes en toda su vida. Sus ramas retorcidas, brillantes de limo, se enroscaban las unas alrededor de las otras hasta que cada uno de ellos quedaba tan enredado en las ramas del otro que era imposible decir dónde terminaba un árbol y empezaba su vecino. Aquellos extraños árboles carecían de hojas, tenían tan sólo tentáculos retorcidos que brotaban de las ramas y se sumergían en las aguas, como largas y delgadas lenguas.

—¿Esto... esto no es... la Cofradía? —preguntó Saryon, atemorizado, notando cómo sus pies se hundían en aquel suelo pantanoso.

—¡No, claro que no! —susurró Simkin—. No resultaría si apareciéramos repentinamente en medio de la Cofradía, surgiendo de un Corredor, ¿no crees?

Quiero decir, que la gente haría preguntas, y puedes creerme —dijo en un tono solemne nada habitual en él, que hizo que su voz se endureciera—, no te gustaría que Blachloch te hiciera preguntas.

—¿Blachloch? —Saryon levantó un pie del lodo, e inmediatamente una bocanada de un gas hediondo burbujeó hasta la superficie, en el mismo lugar donde había estado su pie.

A punto de vomitar, el catalista se cubrió nariz y boca con la manga de la túnica, contemplando con horrorizada fascinación cómo el pantano se apresuraba a cubrir su rastro.

—¿Blachloch? Es el Jefe de la Cofradía —dijo Simkin con una sonrisa tirante y forzada—. Un *Duuk-tsarith*.

—¿Un Ejecutor?

—Ex Ejecutor —lo corrigió Simkin sucintamente—. Decidió que sus aptitudes, y son considerables, podían serle más provechosas a él que al Emperador. Así que se marchó.

Tiritando en el malsano y frío ambiente del tenebroso y enmarañado bosque, Saryon se arrebujó en su túnica y se quedó mirando a su alrededor con desesperación, preguntándose si habría serpientes.

—Conocerás más cosas sobre él..., muchas más..., demasiado pronto —siguió Simkin en tono misterioso—. Pero recuerda siempre, amigo mío —agarró con fuerza el brazo del catalista—, que Blachloch es un hombre peligroso. Muy peligroso. Ahora, ven por aquí. Yo iré delante. Mantente detrás de mí y pisa exactamente donde yo pise.

—¿Tenemos que andar por aquí? —preguntó Saryon con voz compungida.

—No mucho. Estamos cerca del poblado, esto es parte de las defensas exteriores. Vigila dónde pisas.

Viendo que las negras aguas borboteaban en la huella dejada por el pie de Simkin sobre el barro, tuvo cuidado de obedecer las instrucciones del joven. Moviéndose muy despacio detrás de él, la sangre golpeándole en las sienes y el corazón en un puño, aquel catalista que una vez había vivido en la seguridad y el aislamiento fijó la vista en lo que lo rodeaba como si todo aquello fuera una especie de horrible pesadilla. Algo se agitó en su cerebro, recuerdos de los cuentos de la infancia que le relataba la Maga Servidora cuando lo metía en la cama. Historias de criaturas encantadas traídas del Mundo de las Tinieblas de los antiguos: dragones, unicornios, serpientes marinas. Era en lugares como aquél donde vivían. Y si entonces le habían aterrorizado, cuando yacía en la seguridad de una cómoda cama, ¡cómo no lo iban a aterrorizar ahora, que quizá lo estaban espiando en aquel mismo instante!

Saryon nunca se había considerado una persona imaginativa, encerrado como estaba en su fría, lógica y cómoda celda matemática, pero ahora se daba cuenta de

que su imaginación debía de haber estado escondida bajo la cama, porque en aquellos momentos había hecho acto de presencia, dispuesta a asombrarlo y asustarlo.

«Esto es ridículo —se dijo a sí mismo con firmeza, intentando permanecer tranquilo, a pesar de que estaba seguro de haber visto la reluciente y escamosa cola de un espantoso monstruo que se deslizaba por las lóbregas aguas del pantano. Temblando a causa del miedo, la humedad y el frío, mantuvo la mirada fija en Simkin, que andaba rápidamente delante de él, muy seguro, en apariencia, de cada paso que daba—. Míralo. Es mi guía. Sabe adónde va. No tengo más que seguirlo...»

El catalista aflojó el paso, mirando a su alrededor con más atención, ahora con todos sus sentidos completamente alerta. ¡Pues claro! ¿Cómo no se había dado cuenta al principio?

—¡Simkin! —siseó Saryon.

—¿Qué sucede, ¡oh! Calvo y Tembloroso Amigo?

El joven se dio la vuelta con cuidado, enojado por tener que detenerse.

—¡Simkin, este bosque está encantado! —Saryon hizo un ademán—. ¡Estoy seguro! Puedo percibir la magia. ¡Es totalmente diferente a la que estoy acostumbrado!

Y lo era. Aquella magia era tan penetrante, que Saryon se sentía casi sofocado por ella.

Simkin pareció sentirse incómodo.

—Su... supongo que tienes razón —murmuró, lanzando una ojeada a la neblina que se elevaba del agua arremolinándose alrededor de los retorcidos árboles—. Creo que oí decir una vez que este bosque estaba... eh... encantado, tal como dices.

—¿Quién lo puso? ¿La Cofradía?

—N... no —confesó Simkin—. Generalmente no se dedican a este tipo de cosas. Además no hemos tenido a ningún catalista por aquí, excepto tú, ya sabes, de modo que hubiera resultado bastante difícil...

—Entonces, ¿quién?

Saryon se detuvo, mirando a Simkin con desconfianza.

—Mira, amigo, te sugiero que sigas andando.

—¿Quién? —repitió Saryon, airado.

Sonriendo y con un encogimiento de hombros, Simkin indicó los pies del catalista.

Bajando los ojos, Saryon vio asustado que se estaba hundiendo lentamente en el lodo.

—¡Dame la mano! —le gritó Simkin, tirando de él.

Le costó un considerable esfuerzo conseguir liberar los pies de Saryon del barro y, cuando lo logró, el suelo lo dejó ir con un sonoro ¡plop! como enfurecido al tener que dejar escapar a su presa.

Completamente atemorizado, el catalista no pudo hacer más que seguir a Simkin, dando tumbos detrás de él, a pesar de que la sofocante presencia de aquel fuerte hechizo lo agobiaba tanto que apenas si podía respirar. Parecía como si le estuviera chupando la Vida de manera espontánea, absorbiendo sus energías.

—Debo descansar —jadeó Saryon, cruzando las oscuras aguas tambaleante, agobiado por el peso de sus ropas mojadas.

—¡No, ahora no! —lo instó Simkin. Volviéndose, cogió a Saryon por el brazo, tirando de él—. Hay terreno firme un poco más adelante...

Fuertemente sujeto por el joven, Saryon siguió andando pesadamente, observando mientras lo hacía que Simkin no tenía ninguna dificultad para andar, sino que se movía con ligereza por encima de la superficie, sin que sus botas dejaran apenas la más mínima huella.

«Después de todo *es* un mago —se dijo Saryon con amargura, dando traspiés tras él—. Probablemente un brujo...»

—Ya estamos aquí —anunció Simkin alegremente, deteniéndose—. Ahora puedes descansar un rato, si es imprescindible.

—Lo es —repuso Saryon, agradecido de sentir de nuevo una superficie sólida bajo los pies. Mientras seguía a Simkin hasta un pequeño montículo que sobresalía de entre el lodo, Saryon se secó el helado sudor del rostro con la manga y, tiritando, lanzó una ojeada a los alrededores—. ¿Cuánto falta...? —empezó a decir, cuando, súbitamente, sintiendo que la voz se le quebraba en la garganta, emitió un sonido entrecortado—. ¡Huye! —gritó.

—¿Qué?

Simkin giró en redondo, agazapándose, preparado para enfrentarse a cualquier enemigo.

—¡Sal... de aquí! —consiguió decir Saryon, intentando mover los pies, mientras notaba que el hechizo lo empujaba lenta e inexorablemente hacia abajo.

—¿Salir de dónde? —La voz de Simkin parecía venir de muy lejos. La niebla se elevaba, arremolinándose alrededor de ellos.

—¡El círculo..., hongos! —le gritó Saryon, cayendo de bruces mientras el suelo temblaba y se estremecía bajo sus pies—. Simkin..., mira...

En un último y desesperado intento, el catalista intentó escapar del círculo mágico lanzando el cuerpo fuera de él, pero mientras procuraba avanzar hacia adelante, el suelo cedió y Saryon cayó. Sus dedos escarbaron durante un instante entre los hongos mientras intentaba sujetarse frenéticamente, pero el hechizo era irresistible, y le atraía hacia abajo, cada vez más abajo...

Lo último que oyó fue la voz de Simkin, que sonaba fantasmagórica a través de la neblina que giraba vertiginosamente a su alrededor.

—Creo, amigo, que tienes razón. Me siento terriblemente apenado...

—¿Simkin? —musitó Saryon, dirigiéndose a las impenetrables tinieblas.

—Estoy aquí, muchacho —le contestaron alegremente.

—¿Sabes dónde estamos?

—Me temo que sí. Intenta permanecer calmado, ¿quieres? Todo está bajo control.

Calmado. Saryon cerró los ojos respirando profundamente, intentando que su corazón, que parecía a punto de saltarle del pecho, latiera con más lentitud. Tenía la boca reseca y le costaba respirar. Sin embargo, se encontraba sobre tierra firme, lo cual era un consuelo, aunque cuando extendió las manos y tanteó en la oscuridad no pudo encontrar nada a su alrededor. Tampoco pudo *percibir* nada cerca de él, nada vivo. Ya que, por extraño que parezca, todo su cuerpo latía y vibraba lleno de magia: el origen del hechizo..., como Simkin debía de haber sabido.

Cuando consideró que podía hablar con una voz que sonase relativamente normal, con tan sólo un amago de temblor, empezó a decir:

—Exijo saber...

En ese momento, ante los ojos de Saryon tuvo lugar una auténtica explosión de luz y sonido. Llamearon las antorchas y las estrellas parecieron salir despedidas desde el firmamento para revolotear junto a él. Diminutos fuegos verdes pasaron zumbando ante sus ojos y bailaron sobre su cabeza. Brillantes estallidos de una fosforescencia blanca lo cegaron, mientras los sones de una trompeta lo ensordecían. Retrocediendo, se cubrió los ojos con las manos oyendo unas risas cristalinas que resonaban a su alrededor mezcladas con otras más profundas, que retumbaban con fuerza.

Mientras se frotaba los ojos, parpadeante, intentando ver algo en aquella deslumbrante y humeante atmósfera que era a la vez luminosa y sombría, Saryon oyó una voz queda y profunda que surgía de entre las risas como un río de frías aguas que recorriera una enorme caverna con eco.

—Simkin, mi dulce y lindo muchachito, has regresado. ¿Y me has traído lo que yo quería?

—Bueno, ejem, en realidad... no exactamente. Quiero decir... a lo mejor. Su Majestad es tan difícil de complacer...

—Yo no soy difícil de complacer. Me hubiera contentado contigo.

—¡Ah!, vamos, vamos, Majestad. Ya hemos discutido eso, ya lo sabéis —le contestó Simkin con la voz entrecortada, o así le pareció a Saryon, que seguía luchando por ver a través de aquel resplandor—. Ya sabéis que me... me sentiría muy honrado, pero si abandonara la Cofradía, Blachloch vendría a buscarme y me encontraría, y también os encontraría a vos. Blachloch es un poderoso Señor de la Guerra...

Saryon escuchó un gutural gruñido de impaciencia.

—Sí —añadió Simkin apresuradamente—, ya sé que podríais ocuparos de él y de sus hombres, pero sería tan desagradable... Conocen el hierro, ¿sabéis...?

Ante aquellas palabras, la oscuridad se llenó de terribles siseos y lloriqueos, mientras las luces parpadeaban y llameaban encolerizadas obligando a Saryon a protegerse los ojos con una mano.

—Algún día —dijo aquella voz queda y profunda— nos ocuparemos de este asunto. Pero ahora hay necesidades más urgentes.

Saryon oyó un crujido, como si alguien se hubiera movido, y al instante todo quedó en silencio. Las deslumbrantes luces se extinguieron con un pestañeo, cesaron aquellos horribles ruidos y el catalista se encontró, de nuevo, solo en la oscuridad. Aunque aquella oscuridad estaba viva, podía oírla respirar a su alrededor. Eran respiraciones ligeras y rápidas; respiraciones profundas, atronadoras incluso; y por encima de todas ellas, una respiración suave, susurrante, ronca.

No sabía qué hacer. No se atrevía a hablar ni a llamar a Simkin. Las respiraciones siguieron rodeándolo —parecía como si cada vez estuvieran más cerca— y la tensión creció en su interior hasta que se dio cuenta de que en cualquier momento se abalanzaría hacia la oscuridad echando a correr sin rumbo, para acabar, probablemente, hecho pedazos contra alguna roca...

La luz llameó de nuevo, sólo que esta vez era una agradable luz amarillenta que ni le cegaba ni le dañaba los ojos. Descubrió que le era posible ver en ella una vez que sus ojos se hubieron acostumbrado, y, al mirar en derredor, vio a Simkin.

El catalista parpadeó, asombrado. Era el mismo joven que lo había encontrado en el bosque, con el mismo pelo color castaño que se le rizaba sobre los hombros y con el mismo bigote castaño adornándole el labio superior, pero sus ropas de color marrón habían desaparecido, al igual que las botas de piel. Simkin no llevaba ahora por vestido más que brillantes hojas de color verde que se enroscaban por su cuerpo como la hiedra. Estaba frente a Saryon y mirando al catalista con una mirada de súplica en su expresivo rostro, mirada que se alteró al instante cuando apareció una figura que había estado oculta en la oscuridad detrás de Simkin.

La figura penetró en el círculo de resplandeciente luz. Saryon se olvidó del joven, del Patriarca, se olvidó incluso de las trampas hechizadas. A punto estuvo casi de olvidarse de respirar y no fue hasta sentirse aturdido y mareado cuando se acordó de expulsar el aire con un profundo y trémulo suspiro.

—Padre Saryon, permitidme que os presente a Su Majestad, la Reina de las Hadas, Elspeth.

Era la voz de Simkin, pero a Saryon le era imposible volver la vista hacia él. No tenía ojos más que para una cosa.

La mujer se acercó más.

Saryon sintió que la garganta se le secaba y se extendía por su pecho una aguda sensación de dolor.

La dorada cabellera le caía hasta el suelo, en una cascada de ondulantes rizos,

formando un halo de luz alrededor de la mujer mientras avanzaba. Sus ojos, de un gris plateado, brillaban más fríos y resplandecientes que las estrellas que Saryon había contemplado durante la noche. No andaba, al menos eso le pareció, y sin embargo cada vez estaba más cerca de él, ocupando todo su campo de visión. Su cuerpo desnudo —y Saryon no había imaginado en toda su vida que pudiera existir algo tan suave, pálido y terso— estaba cubierto de flores. Y aquellas flores, que podrían haber sido usadas para ocultar con recato su desnudez, tenían precisamente un efecto totalmente contrario. Racimos de rosas y lilas sujetaban sus blancos pechos, realzándolos como si los ofrecieran al fascinado Catalista. Hileras de caléndulas le cruzaban el liso estómago y le acariciaban las bien proporcionadas piernas como diciéndole a Saryon: «¿No nos envidias? ¡Apártanos! ¡Ocupa nuestro lugar!».

Acercándose cada vez más, intoxicándolo con su fragancia, se deslizó hasta detenerse frente a él, rozando apenas el suelo con los pies. Saryon se sentía incapaz de hacer o decir nada. Tan sólo podía mirar fijamente aquellos ojos plateados, oler el perfume de las lilas y temblar ante su proximidad.

Inclinando la hermosa cabeza hacia un lado, Elspeth lo estudió con atención, con seriedad, los labios, dulcemente curvos, fruncidos en expresión severa. Levantando las manos, las colocó sobre los hombros de Saryon, y aquel movimiento de los brazos elevó los pechos del jardín de rosas y lilas en que reposaban... Saryon cerró los ojos, tragando saliva con dificultad, quedándose rígido y envarado mientras los dedos de ella le recorrían los hombros, se deslizaban por su pecho y le acariciaban el cuello.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó repentinamente aquella voz queda y ronca.

Saryon abrió los ojos.

—Alrededor de cuarenta —contestó Simkin alegremente.

La expresión de Elspeth se nubló, fue casi un puchero, las comisuras de los labios doblándose hacia abajo. Saryon volvió a tragar saliva cuando las manos de ella fueron a detenerse grácilmente sobre sus hombros.

—¿No son muchos años para un humano?

—¡Oh, no! —exclamó Simkin precipitadamente—. No es nada viejo. Muchos la consideran la edad ideal, incluso se dice que es estar en la flor de la vida.

Saryon, que finalmente se sintió capaz de apartar la mirada de la hermosa mujer que tenía ante sus ojos, tuvo la intención de preguntar a Simkin qué era lo que estaba pasando —si es que conseguía articular palabra, claro está—, pero el joven lo miró con un aspecto tan amenazador, indicando al mismo tiempo con tanto énfasis hacia la Reina, que el catalista se mantuvo en silencio.

Elspeth frunció aún más el entrecejo.

—Está delgado. No es fuerte.

—Es un erudito, un hombre sabio —le contestó Simkin con rapidez—. Se ha pasado la vida estudiando.

—¿De veras? —la voz de Elspeth sonaba interesada—. Un hombre sabio. Nos gusta eso. Hay mucho que podríamos aprender.

Tras reflexionar durante un buen rato, con la cabeza ladeada y manteniendo sus hechiceros ojos fijos en Saryon, Elspeth asintió finalmente con la cabeza, murmurando para sí:

—Muy bien.

Tomando la mano de Saryon en la suya, se elevó ligeramente, se giró luego para mirar a su pueblo y volvió a descender posándose junto a él. Su dorada cabellera flotó alrededor del catalista, envolviéndolo, y su mismo roce hizo que un estremecimiento le recorriera el cuerpo como un suave y punzante veneno. Alzando la sumisa mano del catalista, Elspeth exclamó:

—¡Habitantes del país de las hadas, inclinaos! ¡Preparaos para la celebración! ¡Rendid homenaje a aquel que hemos elegido para engendrar a nuestro hijo!

5. El banquete de bodas

Saryon se paseó arriba y abajo, abajo y arriba, y arriba y abajo, de la pequeña habitación de la caverna hasta que, demasiado agotado para dar un paso más, se dejó caer en un blando y frondoso cenador hundiendo con un gemido la cabeza entre las manos.

—¡Vamos, muchacho, anímate! Eres el novio, el motivo del banquete, no su plato principal.

Al oír aquella alegre voz, Saryon levantó el macilento rostro.

—¡En qué me has metido! Has...

—Vamos, vamos, tranquilo, chico, tranquilo —le dijo Simkin con una carcajada, entrando en la habitación. Señalando con la cabeza a su espalda como sin darle importancia, cogió a Saryon con fuerza por la muñeca y lo sacó del lecho—. Tenemos compañía —susurró en voz muy baja—. Podemos hablar ahí atrás —añadió, conduciendo al catalista al fondo de la caverna.

Mirando por encima del hombro, Saryon vio a varios de aquellos seres fantásticos que permanecían de pie o revoloteando en el umbral, mirándolo maliciosamente, entre risitas y guiños. Con la llegada de las hadas, la cueva que hasta aquel momento había sido un remanso de paz, sumido en la penumbra, estalló en un caos total. Tanto las hadas como sus compañeros son seres muy sensuales que viven literalmente momento a momento, y cuyo único objetivo en la vida es entregarse a todas aquellas sensaciones que les proporcionen un placer inmediato. La magia del mundo fluye por ellos como el vino y viven en constante estado de embriaguez. Sus acciones no están gobernadas por ninguna ley ni ningún sentido de la moralidad; ningún código del honor los guía. Cada uno hace lo que él o ella desea sin tener en cuenta a los demás, y el único vínculo, la única fuerza que hace que esta diminuta pandilla permanezca unida, es su inquebrantable lealtad para con su Reina. Mientras su mente está fija en ellos, se aprecia algo parecido al orden, pero una vez que la Reina deja de concentrarse en ellos...

Los ojos de Saryon se abrieron de par en par. Donde antes había habido un florido y fragante cenador, ocupando un rincón de la oscura cueva, había ahora un enorme estanque, con nenúfares y cisnes flotando sobre su superficie. En un abrir y cerrar de ojos, los cisnes se convirtieron en caballos que chapoteaban frenéticos intentando salir del agua, mientras que los nenúfares eran ahora papagayos, que lanzaban estridentes chillidos mientras revoloteaban por las diferentes cavernas; y, de repente, el estanque ya no fue estanque sino un carruaje, tirado por caballos, que se abalanzaba sobre el catalista. Saryon cerró los ojos y se cubrió la cabeza con los brazos lanzando un grito de terror, esperando verse aplastado de un momento a otro, sintiendo ya la ardiente respiración de los corceles mientras a sus oídos llegaba el

retumbar de sus cascos. Alrededor de él sonaron unas alegres carcajadas, y, al abrir los ojos, vio que los caballos se habían convertido en mansas ovejas que brincaban a sus pies mientras él aullaba de terror. Incapaz de respirar, Saryon se tambaleó hacia atrás, sintiendo cómo el brazo de Simkin lo sujetaba con firmeza.

—No mires —le dijo el joven, haciendo que Saryon se diera la vuelta con energía.

Saryon cerró los ojos, aspirando profundamente para serenarse, arrepintiéndose de inmediato de haber hecho esto último, puesto que todos los aromas que imaginarse pueda se colaron por su nariz descendiendo hasta sus pulmones: perfumes delicados, el olor fétido de cuerpos putrefactos, el aroma del pan recién horneado.

—¿Y qué debo hacer ahora? ¿Dejar de respirar? —le preguntó a Simkin, pero el muchacho lo ignoró.

—Eso está mejor —dijo Simkin, dándole unas palmaditas en la mano a Saryon con aire solícito. Volviéndose hacia los duendes que se apiñaban en la entrada, añadió a modo de explicación—: Un ataque de nervios. Un miembro del clero. No ha estado nunca con una mujer..., si entendéis a lo que me refiero...

Obviamente, las hadas *sí* lo entendían, a juzgar por la algarabía que armaron.

A Saryon la sangre se le agolpó en la cabeza. Se sintió mareado, febril y muerto de frío, todo al mismo tiempo. Retirando bruscamente la mano que Simkin tenía entre las suyas, gimió de nuevo mientras intentaba obligarse a pensar con claridad.

—Será mejor que te sientes, viejo —dijo Simkin, guiando a Saryon hasta un almohadón de musgo que cambió para convertirse en un diván y luego en un gigantesco hongo antes de que hubieran llegado ni a medio camino de él—. Veré si puedo convencer a los invitados a la boda de que vayan a infligir sus atenciones sobre personajes más merecedores de ellas.

Siguiendo la indicación de Simkin sin darse demasiada cuenta de lo que hacía, Saryon le lanzó al hongo una mirada estremecida y se dejó caer sobre el suelo, para encontrarse con que volvía a estar sentado en el blando y frondoso cenador.

Pensó en todos los peligros que había esperado tener que afrontar en el País del Destierro; cualquier cosa, desde ser descuartizado por los centauros hasta caer prisionero del terrible hechizo de un dragón. El ser capturado por la Reina de las Hadas y tener que... Bien, esto sí que era algo en lo que nunca había pensado.

«¡Ni siquiera *creo* en las hadas! —murmuró para sí—. O al menos no creía. ¡No son más que cuentos de críos!»

—¡El círculo de hongos! Es así como las hadas y los duendes atrapan a los mortales. —La voz de la anciana Maga Servidora sonaba melodiosa en sus oídos como las risas de las hadas—. Aquellos que sean lo bastante estúpidos como para penetrar en el círculo mágico serán engullidos hacia las profundidades, bajando hasta las cuevas que tienen bajo la superficie de la tierra. Y allí, el pobre mortal, aunque sea

un brujo muy poderoso, se verá cautivado por los sortilegios de las hadas y de esa forma perderá sus propios poderes mágicos y se convertirá en un prisionero, pasando sus días en lujos sin fin y sus noches en actos inenarrables, hasta que tantos placeres lo hagan volverse loco.

De niño, Saryon había tenido una idea un tanto confusa de lo que podrían ser «actos inenarrables». Recordaba haber pensado vagamente que podrían tener algo que ver con cortarle la lengua a alguien; pero de todas maneras, la historia había sido lo suficientemente aterradora como para hacer que el muchacho huyera despavorido ante la visión de una simple seta sobre la hierba.

«Pero lo olvidé. Perdí la inocencia de aquel niño. Y aquí me veo, tumbado sobre un almohadón de hierbas olorosas, de tréboles y de musgo, más mullido que los mejores lechos del Emperador. Aquí estoy yo, con la sangre hirviendo en mi interior cada vez que conjuro en mi mente la imagen de Elspeth, con una parte de mí anhelando cometer esos "actos inenarrables".»

Volviéndose a medias, mirando por entre los entornados párpados, los ojos de Saryon se vieron atraídos muy a su pesar, fascinados, hacia aquellos seres que ocupaban el umbral, a quienes Simkin intentaba, sin demasiado éxito, ahuyentar.

«Sé que no estoy soñando —susurró Saryon para sí—, porque incluso en mis sueños, no poseo imaginación suficiente para crear seres así.»

Brotando de su misma puerta, de la misma forma en que brotaban sus hongos mágicos, las hadas y los duendes se desplazaban y transformaban ante sus ojos de la misma manera que sus insensatas creaciones mágicas. Algunos tenían casi metro veinte de altura y sus rostros de expresión maliciosa estaban morenos y arrugados, como niños que han crecido pero sin madurar. Otros eran diminutos, tan pequeños que hubieran cabido en la palma de Saryon. Asemejaban pequeñas bolas de luz, cada una de un color ligeramente diferente, sólo que, al mirarlas de cerca, a Saryon le pareció descubrir unos delicados y desnudos cuerpecillos alados, rodeados de un resplandor mágico. Y entre aquellos dos extremos existía toda una variedad de otras especies de hadas y duendes, algunos bajos, otros achaparrados, los había delgados, unos lo eran todo, otros nada. Había también niños —reproducciones en menor tamaño de los adultos— y animales de todo tipo que vagaban libremente, muchos de los cuales parecían servir de montura a los duendes de mayor tamaño.

Ninguna de las hadas era tan alta ni parecía tan humana como Elspeth, pero aquello no era raro por lo que recordaba Saryon de sus cuentos de la infancia. Al igual que la abeja reina era la de mayor tamaño y la más mimada de todas las de la colmena, también la Reina de las Hadas es alta, voluptuosa y bella. Lo cual también le servía, adivinó, ruborizándose, para continuar la especie, puesto que sin una Reina que los guiara, los irresponsables duendes morirían con toda seguridad. Era necesario, por lo tanto, que la Reina se apareara con un humano y tuviera

descendencia...

Saryon se cubrió la cabeza con las manos, intentando hacer desaparecer de su vista las muecas lascivas y las parpadeantes luces. Pero lo que no podía era hacer desaparecer sus voces.

Existen tantas variedades diferentes de hadas y duendes, y son tan diversos sus timbres y tonos de voz —yendo desde el chirrido del ratón hasta el retumbo sordo parecido al canto de la rana—, que Saryon se sintió desconcertado e incapaz de decidir si hablaban o no todos el mismo lenguaje. Él no podía entender una sola palabra, pero observó que Simkin sí podía. Simkin era capaz, no sólo de comprenderlos, sino de conversar también con ellos, y era eso lo que estaba haciendo en aquellos momentos, haciéndolos reír a grandes carcajadas. Sintiéndose terriblemente avergonzado, a Saryon no le costó nada imaginarse lo que les estaría contando.

«Dale a esto una explicación lógica —se dijo Saryon—. Explicad esto, catalistas, con tantos libros como tenéis en vuestras bibliotecas. Justificad la existencia de esta gente, y luego explícate a ti mismo por qué te quedas observándolos mientras danzan en tu florida habitación. Explícate también por qué piensas en dejarte encerrar en esta dulce prisión, en abandonarte a los placeres de ese suave, marfileño cuerpo...»

¡No! Todo aquel parloteo, y aquella agitación, y todas aquellas risitas estaban empezando a destrozarle los nervios.

«¡Tengo que salir de aquí! —comprendió, desesperado, enfrentándose a la realidad—. Me estoy volviendo loco, tal como decían aquellas viejas historias. Pero ¿cómo salir? ¡Simkin está confabulado con ellos! ¡Es él quien me ha traído aquí!»

Pero en el mismo instante en que Saryon pensaba estas cosas, la imagen de Elspeth penetró en su cerebro: los abultados pechos, la fina piel, aquella sensación cálida que emanaba de ella, su dulzura, su perfume... Como loco, Saryon abandonó de un salto el almohadón de musgo, con tal expresión de pánico y determinación en su macilento rostro, que Simkin, al verlo, empujó sin miramientos a todos los duendes, echándolos al pasillo, y cerró de un golpe la puerta de roble.

—¡Déjame salir! —gritó Saryon con voz sepulcral.

—Haz el favor de ser razonable, amigo mío —empezó Simkin, colocándose frente a la puerta.

Saryon no le respondió. Agarrando al joven con una fuerza nacida de la desesperación, lo apartó a un lado.

—Siento tener que hacer esto, pero debes atender a razones —dijo Simkin, con un suspiro, y pronunciando algunas palabras en el gorjeante lenguaje de las hadas, observó aliviado cómo la puerta de roble se empezaba a disolver para tomar la forma de una de las paredes de la caverna, en el mismo instante en que el catalista se arrojaba contra ella.

Gimiendo de dolor, y sintiendo que empezaba a perder la razón, el catalista dejó que su cuerpo se deslizara lentamente hasta el suelo.

—No te lo tomes así, chico —dijo Simkin, agachándose a su lado y poniendo una de sus manos sobre el hombro de Saryon para tranquilizarle—. Voy a conseguir que salgamos de este apuro. Simplemente tienes que darme un poco de tiempo, eso es todo.

Saryon sacudió la cabeza, lanzando una penetrante mirada al joven, que seguía vestido únicamente con hojas, y no contestó.

—Ya veo —siguió Simkin con voz trémula—. No confías en mí. Después de todo lo que he hecho por ti... Después de lo que hemos sido el uno para el otro... —Dos enormes lágrimas se deslizaron por su barba—. Yo que te he considerado como a un padre... Como a mi pobre padre. Él y yo estábamos muy unidos, ¿sabes? —Simkin hablaba con voz entrecortada—, hasta que los Ejecutores vinieron y ¡se lo llevaron! —Otras dos lágrimas le rodaron por el rostro. Cubriéndose la cara con las manos, Simkin cruzó la habitación dando traspiés y aterrizó sobre el almohadón de hojas, levantando una lluvia de olorosas flores—. ¡Ya sabes lo que le harán a mi hermana si no consigo que llegues a la cofradía! —sollozó—. ¡Oh, todo esto es demasiado para poder soportarlo! ¡Demasiado!

Mirando al joven fijamente, con asombro, Saryon se sintió totalmente desorientado. Al fin se incorporó, atravesó la cueva y, acercándose al sollozante muchacho, le dio unas torpes palmaditas en la espalda.

—Vamos —le dijo el catalista, sintiéndose muy violento—, yo no quería herirte. Es que estoy trastornado, eso es todo.

No obtuvo respuesta.

—¿Cómo puedes culparme? —preguntó Saryon con honda emoción—. Primero haces que vayamos a parar a un bosque encantado...

—Eso fue un accidente —le llegó una voz ahogada que surgía de entre las flores.

—Luego el círculo de hongos...

—Cualquiera puede equivocarse.

—¡Y luego la siguiente cosa que veo es a ti vestido como si fueras uno de *ellos*!

—Era sólo para quedar bien...

—La Reina te llama por tu nombre, hablas su lengua. ¡Incluso bromeas con ellos, en el nombre de Almin! —terminó Saryon, exasperado, perdiendo la paciencia y cometiendo un pecado imperdonable al pronunciar el nombre de Almin en vano—. ¿Qué se supone que debo pensar?

Sentándose, Simkin lo miró con ojos enrojecidos.

—Podrías haberme concedido el beneficio de la duda —dijo, sorbiendo por la nariz—. Todo tiene una explicación, te lo aseguro. Sólo que..., bueno..., no hay mucho tiempo ahora —añadió apresuradamente, secándose las lágrimas—. No

tendrás un peine, ¿verdad? —Clavando la mirada en la calva cabeza de Saryon, añadió con un suspiro—: Una pregunta estúpida. Tendré que arreglármelas así, imagino, aunque debo de estar hecho un espantajo.

Sacándose algunas ramas del pelo y de la barba, Simkin empezó a peinarse los rizos con una rama en forma de horquilla que había arrancado del cenador.

—Será mejor que tú también te prepares —declaró, mirando a Saryon—. Digo yo, ¿no podrías aparecer con algo mejor que esas ropas tristonas? ¡Tengo una idea! ¡Abre un conducto hacia mí! Te pondré de punta en blanco en un momento. Hojas del... hum... arce púrpura. Eso quedaría muy mono. Nada ostentoso. Una rama de pino en el lugar estratégico. Perfecto. Las agujas de pino escuecen un poco al principio, pero te acostumbrarás a ello. ¡Oh, vamos! Después de todo, te *vas* a casar...

—¡No lo voy a hacer! —exclamó Saryon, poniéndose en pie de un salto y paseándose febrilmente por la sellada caverna.

—Bueno, claro que no —dijo Simkin con una ligera risita que se quebró a medio camino. Carraspeando, miró al pálido catalista con optimismo—. Quiero decir que tampoco sería algo inconcebible, ¿verdad? Elspeth es realmente encantadora, ¿sabes? Un gran carácter, sin mencionar...

Saryon le lanzó una mirada rencorosa.

—Sí, tienes razón. Inconcebible —dijo Simkin con convencimiento—. Por lo tanto, tengo un plan. Todo está arreglado. Mi hermana..., ya sabes... —añadió en voz baja—. Su vida está en juego. Creo que ya te he mencionado que la tienen prisionera...

—¿Qué hemos de hacer? —lo interrogó Saryon, interrumpiéndolo, cansado, a media narración de su tragedia.

—Espera mi señal —dijo Simkin, levantándose y arreglando las hojas de su vestido con coquetería—. ¡Ah! Ahí están, vienen a escoltar al novio hasta su ruborosa novia.

—¿Cuál será la señal? —le preguntó Saryon al oído mientras la pétrea puerta empezaba a disolverse.

Al otro lado pudo ver llameantes antorchas rodeadas por millares de danzantes y parpadeantes luces, y escuchar cientos de voces: agudas, profundas, suaves y también gruesas, que entonaban una misteriosa y hechicera canción. En un extremo de la enorme caverna adornada de flores, adivinó más que vio la figura de Elspeth, sentada en un trono tallado en un roble, con los dorados cabellos reluciendo a la luz de las antorchas.

Saryon tragó saliva.

—¿La señal? —repitió con voz ronca.

—Ya la conocerás cuando la veas —le aseguró Simkin, y tomando al catalista por el brazo lo hizo avanzar hasta llegar a presencia de la Reina de las Hadas.

—¿Más vino, mi amor?

—Nnno, gracias —balbuceó Saryon, poniendo la mano sobre la copa de oro.

Pero ya era tarde. Con una simple palabra, Elspeth hizo que la copa se llenara a rebosar del dulce y sanguinolento líquido. Haciendo una mueca, Saryon apartó la mano con rapidez, secándosela subrepticiamente en la túnica.

—¿Más dulce de miel?

Una porción se materializó en su plato de oro.

—No, yo...

—¿Más fruta, carne, pan?

En cuestión de segundos, el plato quedó lleno de manjares exquisitos, cuyo aroma se mezclaba con todos los otros olores que lo rodeaban: el del humo de las antorchas, el de las humeantes fuentes de carne asada y, más cerca de él, el del perfume de la misma Elspeth, oscuro, almizclado, más embriagador que el vino.

—¡No has comido nada! —le dijo ella, inclinándose tan cerca de él, que su cabellera le rozó la mejilla.

—La verdad, no..., no tengo hambre —repuso Saryon con voz apenas audible.

—Supongo que estás nervioso —dijo Elspeth, haciendo que sus labios se curvaran en una sonrisa, mientras con los ojos lo invitaba a acercarse aún más—. ¿Es verdad que no has estado nunca con una mujer?

Saryon se puso aún más colorado que el vino y lanzó una mirada irritada a Simkin, que estaba sentado junto a él.

—Tuve que decirles *algo,* muchacho —murmuró Simkin por la comisura de la boca, vaciando su copa—. No podían entender por qué montaste aquella escena cuando su Reina hizo el anuncio de que tú ibas a ser el padre de su hijo y todo eso. Toda esa agitación y esos gritos. Tuviste suerte de que simplemente te pusieran en aquella pequeña habitación para que te tranquilizaras. Una vez que les hube explicado...

—¿Por qué te preocupas de ese bufón? Préstame atención a mí, mi amor —le dijo Elspeth dulcemente, agarrando la túnica de Saryon y tirando de él hacia ella. Se movía juguetona, su voz era dulce y seductora; sin embargo, sus palabras hicieron que Saryon sintiera un escalofrío—. Seré muy buena contigo, mi cielo, pero recuerda, ¡*eres* mío! Necesito, exijo, toda tu atención. En todo momento, de día y de noche, cada pensamiento tuyo debe centrarse *en* mí. Cada una de tus palabras debe dirigirse *a* mí. —Cogiéndole la mano, hizo que le rozase la mejilla, que era suave como el pétalo de una flor—. Ahora, cielo mío, puesto que no quieres comer y es aún demasiado pronto para ir al lecho nupcial...

—¿Cuándo..., cuándo será eso? —preguntó Saryon ruborizándose.

—Cuando salga la luna —contestó Simkin, observando con atención cómo subía el nivel del vino en su copa.

Elspeth le lanzó una mirada airada, pero en aquel momento estalló un bullicioso clamor al otro lado de la Reina, distrayéndola momentáneamente. Aprovechando aquella oportunidad, Saryon agarró a Simkin por el hombro.

—¡Cuando salga la luna! ¡Falta menos de una hora!

—Sí —replicó Simkin, contemplando fijamente su copa de vino.

—¡Hemos de salir de aquí! —le susurró Saryon con desesperación.

—Pronto —musitó Simkin.

Saryon no se atrevió a insistir de nuevo sobre aquel punto, ya que la disputa o el chiste o lo que fuera que había distraído a la Reina empezaba a calmarse. Intentando mantenerse tranquilo, presintiendo todo el tiempo que en cualquier momento empezaría a gritar, precipitándose en medio de la mesa, Saryon decidió que un sorbo de vino podría irle bien.

Acercándose la copa a los labios, intentando evitar que su mano temblara, miró a su alrededor con la misma expresión aturdida de un sonámbulo. Había asistido a fiestas en la corte. Había asistido a lo que en la corte se consideraban fiestas disolutas, como por ejemplo la del día de los Santos Inocentes, donde supuestamente se dejaba de lado todo decoro. Pero al contemplar toda la locura y el desvarío que tenía lugar ante sus ojos, sus sentidos quedaron literalmente tan abrumados que no pudo comprender lo que estaba sucediendo, apareciendo ante sus ojos simplemente como un torbellino de colores, ruidos y fulgurantes luces.

A su alrededor se llevaba a cabo todo tipo de actividad imaginable, desde la batalla campal celebrada en el centro de la mesa hasta el galanteo desvergonzado en los sofás. Había osos bailando en los pasillos, acróbatas haciendo malabarismos con teas encendidas, niños cantando canciones obscenas, y paredes, suelos y techos estaban salpicados de comida. Si miraba hacia un lado se sentía horrorizado; si miraba hacia otro, turbado; si miraba más allá, le entraban náuseas.

—¿Piensas en mí? —susurró una dulce voz al oído de Saryon.

El catalista dio un respingo.

—Desde luego —respondió apresuradamente, volviéndose para mirar a Elspeth, quien le sonrió y, pasando una mano por dentro de la manga de su túnica, le acarició el brazo con suavidad.

Y al mirarla, el catalista se dio cuenta de una cosa: aunque a su alrededor todo fuera caos, ella en sí misma era un refugio de paz, de tranquilidad. Se sintió atraído hacia ella aunque sólo fuera para escapar de la locura.

—Y ahora —dijo ella, haciendo un pequeño puchero—. Me dirás por qué no has estado nunca con una mujer. Me doy cuenta de que te gusta que te toque —añadió, al notar cómo los músculos de Saryon se tensaban de forma involuntaria.

—No..., no es la... costumbre... entre mi gente —tartamudeó Saryon, pasando la lengua por los resecos labios y haciendo que ella lo soltara para tomar su copa de

vino—. Semejante... apareamiento... lo hacen los animales, pero no los hombres y... hum... mujeres... civilizados.

—Había oído algo de eso —dijo Elspeth, mientras en sus plateados ojos brillaba la risa y el asombro—, pero no lo creí. —Se encogió de hombros, mientras sus pechos, adornados de muguete, subían y bajaban con la acompasada respiración—. ¿Cómo tenéis hijos, entonces?

—Cuando se dio a conocer al pueblo la voluntad de Almin con respecto a este asunto —explicó Saryon, con voz temblorosa—, a nosotros, los catalistas, junto con los *Theldara*, los hechiceros especializados en estos ritos, se nos facilitaron los conocimientos necesarios para efectuar esa ceremonia. Después de todo, el otorgar una vida es un don sagrado y sólo debe realizarse estando en el más... más respetuoso estado de ánimo.

Y mientras lo decía pensó en lo estúpido que sonaba todo aquello, estando allí junto a aquel suave cuerpo...

—Un discurso realmente be... be... bello —lloriqueó Simkin, haciendo que su copa de vino se llenara de nuevo—. Vas a ser un padre maravilloso. ¡Igual que el mío!

Derrumbándose, apoyó la cabeza sobre el brazo de Saryon y se echó a llorar.

—¡Simkin! —siseó Saryon, sacudiéndolo, consciente de que los relucientes ojos de Elspeth estaban fijos en ellos—. ¡Deja esto! ¡Siéntate derecho!

Simkin se sentó derecho, pero sólo para pasar un brazo alrededor del cuello de Saryon arrastrándolo con él y haciendo que el catalista se diera un buen golpe en la cabeza con la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Saryon, intentando liberarse y medio asfixiándose a causa de los vapores alcohólicos que escapaban de la boca de Simkin.

—Echto... cheñal —dijo Simkin en un sonoro susurro, pasando su otro brazo alrededor del cuello del catalista y levantando la cabeza para sonreírle con expresión de borracho—. Es hora de —lanzó un eructo— echcapar.

—¿Qué? —inquirió Saryon, intentando aún liberarse de Simkin.

Pero cada vez que conseguía aflojar una de las manos del joven, la otra se enroscaba de nuevo a su alrededor. Simkin se colgó de su cuello; luego, cayendo hacia adelante, se abrazó a su cintura, para después, apoyando la cabeza sobre su pecho, colgarse desmañadamente de sus hombros.

—Echcapemos —susurró Simkin, frunciendo el entrecejo con solemnidad—. Ahora.

—¿Cómo? —musitó Saryon, vagamente consciente de que se estaba cantando a su alrededor.

Con gran consternación, vio que la luz de la luna empezaba a filtrarse sobre la mesa a través de las fisuras que había en el alto techo de la caverna, y que Elspeth se

estaba poniendo en pie, su hermoso rostro tan frío y pálido como la luz que brillaba sobre él.

—Di... diles que echtoy enfermo —dijo Simkin, eructando de nuevo—. Una ho... ho... horrible enfermedad. Pechte.

—¡Pero si estás completamente borracho! —gruño, furioso, Saryon.

De repente Simkin se tambaleó hacia adelante y el peso de su cuerpo arrastró a Saryon al suelo con él. Los duendes rieron, vitoreándolos, y Elspeth empezó a gritar algo. Completamente enredado en Simkin, su propia túnica y la silla, Saryon yacía de espaldas sobre el suelo con Simkin encima de él, mientras pies de todos los tipos y tamaños bailoteaban y se movían a toda velocidad junto a su cuerpo.

Levantando la cabeza del pecho de Saryon, donde descansaba, Simkin miró al catalista con ojos muy abiertos y solemnes.

—Verach... —susurró oliendo terriblemente a vino—, lach hadach y loch duendech nunca che emborrachan. Ech fíchi... camente im... pochible. Creerán que echtoy enfermo. Echcaparemos. ¿Entiendech?

Saryon se quedó mirando al joven, esperanzado.

—¿Así que sólo finges estar borracho?

—¡Oh, no! —exclamó Simkin muy serio—. Nu... nunca hago nada a mediach. Chólo... ayúdame a... ponerme... de pie. Con... loch cuatro piech.

En aquel momento, varios de los duendes más fuertes agarraron a Simkin y lo apartaron del catalista. Algunos más ayudaron a Saryon a ponerse en pie, mientras el catalista fingía tener problemas para levantarse para tener tiempo de pensar qué podría decir y hacer, preguntándose si no podría huir por sí mismo.

Entretanto, Simkin se mantenía derecho gracias al esfuerzo combinado de cuatro duendes, dos sujetándole los pies y los otros dos revoloteando sobre su cabeza, sujetándolo con firmeza por los cabellos. Mirando al joven, que tenía los ojos en blanco, una mueca estúpida en los labios y las piernas que se le doblaban por momentos, Saryon se tranquilizó de repente, invadido por aquella calma que es fruto de la desesperación más profunda. ¿Irse sin Simkin? Imposible. Saryon no tenía la menor idea de dónde estaba y adivinaba, por lo que había visto, que el Reino de las Hadas era una enorme catacumba de retorcidos y sinuosos túneles y cavernas. Él solo se perdería. Además, si conseguía volver al bosque, su vida tampoco valdría nada.

Si se quedaba allí... con Elspeth... Se volvería loco muy pronto. Pero qué locura tan agradable...

Suspirando débilmente, Saryon se volvió hacia la Reina de las Hadas.

—Envía a buscar a tu Hacedor de Salud —le ordenó con su voz más severa.

—¿Qué? —Pareció asombrada y, levantando la mano, acalló al instante el clamor y el alboroto que organizaban las hadas. La oscuridad descendió súbitamente sobre la enorme sala exceptuando un resplandor que brotaba de sus áureos cabellos—. ¿Un

Hacedor de Salud? No tenemos ningún Hacedor de Salud.

—¿Qué, ninguno? —Saryon se escandalizó—. ¿Ningún *Mannanish*, por lo menos?

—¿Para qué? —le respondió desdeñosa Elspeth—. Nosotros no estamos nunca enfermos. ¿Por qué crees que evitamos que los humanos nos contami...?

Deteniéndose, miró a Simkin atentamente, entrecerrando los ojos.

—Hasta ahora —dijo Saryon con severidad, señalando a Simkin, que cada vez tenía peor aspecto.

Su rostro se había vuelto de un tono verdoso que se apreciaba perfectamente a pesar de la barba, y los ojos seguían en blanco. Los duendes que sujetaban al débil y vacilante joven miraron a su Reina asustados.

—Tranquilos —se ofreció Saryon, acercándose y rodeando con su brazo el decaído cuerpo de Simkin—, lo llevaré a sus habitaciones...

—¡Yo me encargaré de él! —dijo Elspeth con calma—. ¡Inmediatamente!

El corazón de Saryon dio un vuelco al ver que se preparaba para realizar un conjuro mágico que probablemente enviaría a Simkin al fondo del río.

—¡No! ¡Espera! —exclamó el catalista, pegándose a Simkin, que sonreía con expresión estúpida, mientras se balanceaba tranquilamente de un lado a otro, tarareando una cancioncilla—. No, no debes echarlo. ¡Tenemos... tenemos que averiguar lo que tiene! —terminó Saryon en un arranque de inspiración—. Para ver si es... contagioso.

—Fatal —dijo lúgubremente Simkin, y empezó a vomitar sobre el suelo.

Los duendes que se habían estado ocupando de él empezaron a chillar y parlotear entre ellos asustados y furiosos, retrocediendo hasta formar un claro círculo alrededor del catalista y su guía.

—¿Tan débiles son los humanos? —preguntó Elspeth frunciendo el entrecejo.

—¡Sí, oh sí! —dijo Saryon sin aliento, viendo cómo un rayo de esperanza se mezclaba con los rayos de la luna—. ¡A mí me pasa constantemente!

Elspeth le sonrió.

—Entonces será bueno que mezclemos la sangre de tu hijo con la mía. Quizá, con el tiempo, consigamos borrar ese punto flaco de los humanos. Llévalo a sus habitaciones, pues. Vosotros cuatro —destacó a cuatro de los duendes más altos— acompañadles. Cuando Simkin esté instalado, traed a mi amado a mi lecho.

Acercándose, acarició la mejilla de Saryon con sus labios. Su cuerpo cálido, suave y redondeado se apretó contra el suyo y por un momento el catalista se sintió tan débil como Simkin. Luego se alejó, la nube que formaban sus áureos cabellos reluciendo a su alrededor.

—¡Que continúe la diversión! —gritó y la oscuridad cobró vida de nuevo.

Saryon se volvió totalmente desesperado, y empezó a empujar y a arrastrar al

embriagado Simkin a través de la sala, seguido de una escolta de cuatro duendes danzarines.

—Bueno, al menos lo intentamos —le cuchicheó Saryon a Simkin con un suspiro —. Pero no funcionó.

—¿No? —preguntó Simkin, mirando a su alrededor con sorpresa—. ¿Noch cogieron? ¡No recuerdo haber corrido!

—¡Corrido! —exclamó Saryon, desconcertado—. ¿Qué quieres decir con... haber corrido? Yo creía que estabas intentando convencerlos de que nos dejaran marchar porque estabas enfermo.

—¡Eh, echta ech una buena idea! —exclamó Simkin, contemplando a Saryon con ojos empañados por la admiración—. Vamoch a probarla.

—Ya lo hice —soltó con brusquedad Saryon. Los brazos y la espalda le dolían por el esfuerzo a que estaban sometidos, las hojas que Simkin llevaba como vestido le pinchaban las manos y por si esto fuera poco, cada vez se sentía más mareado a causa del olor a bosque, vino y vómitos—. Pero no salió bien.

—¡Oh! —Simkin pareció quedar abatido, pero casi inmediatamente se animó otra vez—. Me pareche que tendremoch que... echar a correr.

—¡Shhh! —le advirtió Saryon, volviendo la cabeza hacia los guardias—. ¡Eso es una tontería! No puedes ni andar, cómo vas a correr.

—Olvidach —dijo Simkin, altanero— que soy un hábil mago. Un *Albanara*. Abre un con... ducto hacia mí, catalichta, y yo... me elevaré por loch airech.

—¿Realmente conoces el camino de salida? —preguntó Saryon, no sabiendo si creerle.

—Dechde luego.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor... dechde que vomité.

—Muy bien —murmuró Saryon, nervioso, volviendo la mirada hacia los guardianes, quienes no les estaban prestando la menor atención—. ¿Por dónde?

Simkin miró a su alrededor, girando la cabeza igual que un búho.

—Por aquí —indicó, señalando con la cabeza un pasillo oscuro poco utilizado que se bifurcaba a su derecha.

Volviendo la mirada de nuevo, Saryon vio cómo los cuatro guardias se rezagaban, contemplando melancólicamente la diversión que se estaban perdiendo.

—¡Ahora! —chilló Simkin.

Saryon empezó a murmurar una plegaria dirigida a Almin. Pero recordando amargamente que ahora sólo dependía de sí mismo, abrió un conducto para absorber la magia que lo rodeaba. Atrayéndola hacia su cuerpo, efectuó a toda velocidad los cálculos necesarios para transferir Vida al joven, pero no tanta como para quedarse él sin nada. Repleto de una magia que nunca podría utilizar, extendió el conducto hacia

Simkin y notó cómo la magia surgía en oleadas cuando el joven empezó a absorberla.

Bañado en energía mágica, Simkin se elevó en el aire con la gracia de un somormujo borracho.

Viendo que el joven estaba ya seguro y en movimiento, Saryon rompió a correr pasillo abajo en pos de Simkin, con una energía desconocida en él, producto del miedo contenido y del nerviosismo que le hervía en la sangre. Oyó gritar a los guardias, pero no se atrevió a arriesgarse a mirar atrás para ver qué estaba pasando. Tal y como estaban las cosas, le costaba bastante mantener el equilibrio, ya que a pesar de que aquí y allí chisporroteaban algunas antorchas, el corredor estaba oscuro y el suelo cubierto de piedras y escombros; además, no tenía ni idea de adónde se dirigían. En todas direcciones surgían pasillos, pero Simkin pasaba junto a ellos sin detenerse, con las hojas de su vestido revoloteando a su alrededor como las de un árbol bajo un fuerte viento.

Los gritos aumentaron a sus espaldas, resonando por las paredes de la caverna de manera alarmante. A Saryon le pareció oír la voz furiosa de Elspeth, levantándose aguda y discordante por encima de todas las demás. Las antorchas se apagaron con un parpadeo, sumergiéndolos en una oscuridad tal que Saryon perdió al momento toda noción de lo que tenía ante él, encima de él o debajo de él.

—¡Augh! ¡Caramba!

—¿Simkin? —gritó Saryon, temeroso, deteniéndose sin atreverse a dar un paso más en aquella oscuridad, a pesar de que podía oír los gritos de los duendes exultantes de júbilo.

—¡Más Vida, catalista! —chilló Simkin. Jadeante y con el corazón a punto de saltarle del pecho, Saryon abrió el conducto una vez más. Inmediatamente el pasillo quedó iluminado por una débil luz que brotaba de las manos de Simkin. El joven mago flotó ante él, frotándose la nariz.

—Me di contra una pared —dijo, pesaroso.

Echando una ojeada a su espalda, Saryon vio luces que bajaban dando saltos por el pasillo, ganando terreno rápidamente.

—¡Vámonos! —jadeó, echando a correr hacia adelante para retroceder de nuevo a toda velocidad exhalando un grito.

Una enorme y negra araña, casi tan grande como el mismo corredor, colgaba de una gigantesca tela que les impedía el paso. En la mente de Saryon se agolparon a toda velocidad imágenes de él chocando en la oscuridad contra aquella tela de araña, de unas patas peludas arrastrándose sobre su cuerpo y de un aguijón venenoso que se clavaba en su carne paralizándolo. Y se sintió tan aterrado y agotado que apenas si podía tenerse en pie.

Recostándose contra la pared, se quedó mirando fijamente aquella repugnante araña que los observaba con furibundos ojos rojos.

—Es inútil —dijo con resignación—. ¡No podemos luchar contra ellos!

—¡Ton... terías! —observó Simkin.

Volando hacia Saryon, agarró al catalista por el brazo y lo arrastró pasillo abajo, en dirección a la tela de araña.

—¿Estás loco? —jadeó Saryon.

—¡Vamos! —insistió Simkin.

Arrastrando al aterrorizado catalista con él, arremetió directamente contra el cuerpo de la enorme araña.

Saryon intentó desasirse frenético de los brazos de Simkin, pero el joven, que ahora estaba lleno de energía mágica, era demasiado fuerte. Los rojos ojos de la araña surgían amenazadores, más grandes aún que soles gemelos, las peludas patas se extendían hacia ellos, la tela lo envolvía sofocándolo...

Saryon cerró los ojos.

—Escucha, viejo amigo, no puedo seguir así para siempre —oyó decir a una voz en tono de queja.

Abriendo los ojos, Saryon vio con gran sorpresa que no había nada.

El oscuro pasillo se extendía ante ellos, vacío a excepción de Simkin, que flotaba en el aire cerca de él.

—¿Qué? La araña... —Saryon miró frenéticamente a su alrededor.

—Una ilusión —dijo Simkin con desdén—, estaba... bastante seguro... de que no era real. Elspeth es buena..., pero no tan buena. ¿Una araña auténtica chasqueando un... dedo? ¡Ja! —Lanzó un resoplido—. Claro —añadió, al ocurrírsele una idea de repente, abriendo desmesuradamente los ojos—. Supongo que siempre estaba la posibilidad de... una araña auténtica... colocada para custodiar el pasillo. No se me ocurrió. ¡Por la sangre de Almin, nos precipitamos justo al centro de la tela de araña! —Viendo la horrorizada expresión de Saryon, el joven mago se encogió de hombros y le dio unas palmaditas al catalista en la espalda—. Podría habernos resultado un poco pegajoso, ¿no es verdad, amigo?

Saryon, que estaba demasiado exhausto para hablar, no podía hacer más que respirar entrecortadamente mientras intentaba alejar de su mente aquel sentimiento de terror. Unos gritos que sonaron a sus espaldas lo ayudaron considerablemente en esto último.

—¿Estamos muy lejos? —consiguió preguntar, tambaleándose hacia adelante.

—Después de ese... recodo. —Simkin lo señaló con el dedo—. Creo... —Lanzando una mirada al catalista, que andaba fatigosamente a su lado, el joven preguntó—: ¿Lo conseguirás?

Saryon asintió con determinación, a pesar de que sus piernas habían perdido toda sensibilidad hacía tiempo y parecían no ser más que un peso muerto que él debía arrastrar. Los gritos sonaban cada vez más cerca. Mirando hacia atrás, vio aquellas

luces saltarinas, o quizás eran manchas que estallaban ante sus cansados ojos. No estaba seguro y, en aquellos momentos, tampoco le importaba demasiado.

—Se están acercando —graznó, la voz se le quebró en la garganta al sentir un repentino y punzante dolor en un costado.

—¡Yo los detendré! —dijo Simkin.

Girándose en pleno aire, levantó una mano. De sus dedos brotaron relámpagos que fueron a estrellarse contra el techo de la caverna, e inmediatamente el aire a su alrededor se pobló de un ruido atronador de rocas que se desprendían y un asfixiante olor a sulfuro.

Deslumbrado, ensordecido y en grave peligro de ser golpeado en la cabeza por el techo de la caverna, que empezaba a desplomarse, Saryon se precipitó hacia adelante, ayudado por Simkin.

—Eso debería mantenerlos ocupados —murmuró el joven con voz satisfecha mientras corrían a toda velocidad por el pasillo.

El catalista no supo nunca lo que ocurrió después de aquello. Corrió, tropezó y cayó, y le quedó la vaga idea de que Simkin tiraba de él para ponerle en pie, y que seguía corriendo. Recordaba confusamente haberle suplicado a Simkin que lo dejara tumbarse y morir en aquella oscuridad, y acabar así con aquel agudo dolor que le desgarraba el cuerpo. Oyó gritos a su espalda y luego éstos dejaron de oírse y él quiso detenerse, pero Simkin no se lo permitió y entonces se volvieron a oír los gritos otra vez y finalmente... vio la luz del sol.

La luz del sol. Aquello era lo único que podía atravesar aquella oscuridad hecha de miedo y dolor que iba envolviendo a Saryon. ¡Habían escapado! El aire fresco le azotó el rostro, dándole renovadas fuerzas. Con un último arranque de energía que surgía de algún lugar desconocido dentro de él, el catalista se abalanzó hacia la abertura que ahora podía ver, brillantemente iluminada al final del túnel.

¿Qué es lo que harían una vez fuera? ¿Los seguirían las hadas y los duendes hasta el bosque? ¿Los perseguirían, los acorralarían y los arrastrarían de vuelta? Saryon no lo sabía, pero tampoco le preocupaba. En cuanto pudiera volver a sentir el sol en el rostro y la hierba bajo sus pies y ver los hospitalarios árboles extendiendo las ramas sobre su cabeza, todo estaría bien. Lo sabía.

Inundado por un sentimiento de victoria y júbilo, Saryon alcanzó el final del túnel, y se precipitó al exterior, a la luz del sol...

... Y estuvo a punto de caer por un escarpado barranco.

Asiendo con fuerza al catalista, Simkin apartó a Saryon del saliente, dándose contra la pared al retroceder. Saryon cayó de rodillas, en un principio demasiado agotado y confuso para comprender lo que había pasado. Cuando el mareo se hubo disipado y pudo mirar a su alrededor, vio que tanto él como Simkin estaban encaramados en un pequeño saliente rocoso que sobresalía unos tres metros del túnel

antes de acabar en un precipicio de más de treinta metros de altura, que caía a pico sobre una arbolada garganta, por la que corría un río.

Con el cuerpo dolorido y sus esperanzas igual de rotas que si hubiera saltado del saliente y se hubiera estrellado allí abajo, Saryon no podía hacer otra cosa que mirar a Simkin, demasiado agotado para articular palabra.

—Esto *es* bastante inesperado —admitió el muchacho, acariciándose la barba mientras miraba hacia abajo, a las copas de los árboles—. ¡Ya sé! —exclamó de repente—. ¡Maldición! Hubiera debido girar a la derecha en la segunda bifurcación en lugar de a la izquierda. *Siempre* me equivoco en el mismo sitio.

Saryon cerró los ojos.

—Sigue y sálvate —le dijo—. Tienes suficiente Vida como para flotar siguiendo las corrientes de aire.

—¿Y dejarte? No, no, viejo amigo —replicó Simkin. Flotó hasta colocarse frente al catalista, zigzagueando todavía ligeramente por efecto del vino—. No podría aban... donarte. Eres como un... un padre para mí...

—¡No empieces a llorar! —le espetó Saryon. —No, lo siento —dijo Simkin conteniendo las lágrimas y sonándose la nariz—. Aún no estamos acabados, si es que todavía te quedan algunas fuerzas. —Miró al catalista, esperanzado.

—No lo sé.

Saryon sacudió la cabeza. Ni siquiera estaba seguro de tener energías suficientes para seguir respirando.

—Es esta especie de habilidad que poseo —dijo Simkin con voz persuasiva—. Puedo convertirme en cualquier objeto inanimado.

Saryon lo contempló sin comprender.

—Eso es disparatado —dijo finalmente—. Sé los cálculos matemáticos que implica. Se precisarían seis catalistas en posesión de todas sus fuerzas, para facilitarte la Vida necesaria...

Escuchó entonces unos gritos detrás de él, mezclados con las risas estridentes y discordantes de los duendes, que se habían dado cuenta de que sus presas estaban atrapadas.

—¡No! —exclamó Simkin, impaciente—. He dicho que es una habilidad mía. Puedo hacerlo a voluntad. Generalmente me basta con mi propia energía. Pero ahora no estoy en muy buenas condiciones y además me encuentro un poco embotado a causa del vino, así que si tú pudieras ayudar...

—Yo no...

—¡Rápido! —gritó Simkin, agarrando a Saryon y obligándolo a ponerse en pie.

Demasiado exhausto para discutir, y sin importarle demasiado ya, de todas formas, Saryon abrió el conducto y empleó la energía que aún le quedaba. La magia fluyó a través de él como la sangre por una vena abierta y se quedó vacío, sin nada.

Ya no le quedaba más para dar, porque tampoco le quedaba la energía suficiente para extraerla de lo que lo rodeaba. Los gritos aumentaron en intensidad, sonando cada vez más cerca. Pronto llegarían allí. Quizá sería mejor que saltara, pensó, y se asomó como en sueños al borde del saliente.

Se imaginó a sí mismo cayendo al vacío mientras el suelo saltaba a su encuentro, su cuerpo estrellándose contra las afiladas rocas, aplastándose, haciéndose pedazos...

Sintiendo un nudo en el estómago, Saryon retrocedió precipitadamente... chocando contra un árbol. Girando en redondo, contempló el árbol con sorpresa. No estaba allí antes. La repisa había estado desnuda...

—¡Arriba! ¡Sube! —dijo el árbol con voz apagada.

Contemplándolo fascinado, Saryon estiró una mano temblorosa para tocar la áspera corteza del tronco.

—¿Simkin?

—¡No hay tiempo que perder! ¡Escóndete entre las ramas! ¡Rápido!

Demasiado cansado para pensar con claridad o maravillarse siquiera ante aquel extraño suceso, Saryon se arremangó la túnica sujetándosela a la cintura y, agarrándose a una rama baja, se subió al árbol que estaba al borde del saliente rocoso.

—¡Más arriba! ¡Tienes que trepar más arriba! Cogiéndose al tronco, Saryon consiguió subir gateando otro trozo. Entonces se detuvo y apretando una mejilla contra una rama, sacudió la cabeza negativamente.

—No... puedo... subir... más... —musitó con voz entrecortada.

—¡De acuerdo! —La voz del árbol sonaba algo molesta—. Quédate quieto. Gracias a Dios que vas vestido de verde.

«Eso no los engañará —pensó Saryon, escuchando con atención las voces que resonaban en la caverna—. Sólo con que uno de ellos levante la cabeza o vuele hasta aquí arriba...»

Una ráfaga de viento golpeó el árbol y una rama que estaba bajo los pies de Saryon cedió con un repentino chasquido. Sujetándose a otra rama para volverse a afianzar, el catalista bajó la mirada hacia la astillada rama y sus esperanzas se desvanecieron por completo. Ennegrecida y totalmente seca en su interior, aquella rama estaba muerta, tan muerta como lo estaría él muy pronto. Otra ráfaga de viento se arremolinó alrededor de la montaña, y otra rama más cayó sobre la repisa rocosa. Saryon podía sentir cómo todo el árbol temblaba y se estremecía debajo de él. Se oyó un crujido, luego un chasquido y el sonido de algo que se desgarraba, y, finalmente, con una sacudida estremecedora, el árbol se vino abajo, cayendo por el precipicio.

Sujetándose con fuerza a la corteza y las hojas de Simkin, Saryon oyó cómo el joven murmuraba para sí mientras caían:

—¡Maldita sea! Estoy podrido.

6. La Cofradía de la Rueda

—Así que éste es el catalista.

—Sí, muchacho. No es un ejemplar muy impresionante, ¿verdad? De todas formas, debe haber algo más en él de lo que *tuve* ocasión de observar durante nuestra pequeña excursión. Lo han enviado aquí a buscarte, Joram.

—¿Enviado? ¿Quién lo ha enviado?

—El Patriarca Vanya.

—¡Oh!, y el catalista te lo contó a ti, ¿verdad, Simkin?

—Desde luego, Mosiah. El viejo confía en mí totalmente. Me considera como el hijo que nunca tuvo; me lo dijo varias veces. Eso no quiere decir que yo confíe en él. Después de todo, *es* un catalista. Pero lo oí también de labios del Patriarca Vanya, lo de Joram, claro está. *No* lo de ser el hijo que nunca tuvo.

—Y supongo que el Emperador envía sus saludos...

—La verdad es que no sé por qué habría de hacerlo. No a *vosotros*, campesinos. Muy bien, reíros. No tengo más que esperar el día de mi reivindicación. Este Saryon te ha venido a buscar, Muchacho de Oscuros Cabellos.

—Tiene bastante mal aspecto. ¿Qué le hiciste?

—¡Nada! Palabra de honor. ¿Es culpa mía, Mosiah, que ahí afuera exista un mundo cruel y pervertido? Un mundo en el cual, me atrevería a decir, nuestro catalista no se atreverá a aventurarse solo durante bastante tiempo.

Saryon se despertó con un estornudo.

Sentía la cabeza espesa y dolorida, y su garganta estaba reseca y le escocía. Tosiendo, el catalista se acurrucó en sus ropas, temeroso de abrir los ojos. Estaba en una cama, pero ¿dónde? «Estoy en mi propia cama en El Manantial —se dijo a sí mismo—. Cuando abra los ojos, eso será lo que veré. Todo ha sido un sueño.»

Durante unos agradables minutos permaneció así, envuelto en las mantas, fingiendo lo que no era. Incluso imaginó todos aquellos objetos de su habitación que le eran tan familiares: sus libros, los tapices que había traído de Merilon, todo estaría allí cuando abriera los ojos, tal y como había estado siempre.

Entonces oyó moverse a alguien y, con un suspiro, Saryon abrió los ojos.

Estaba en una pequeña habitación, una habitación como no había visto otra en su vida. La pálida luz del sol que se filtraba por una resquebrajada ventana iluminaba una escena que el catalista sólo hubiera podido imaginar que existiera en el Más Allá. Las paredes de la habitación no habían sido moldeadas a partir de la piedra o la madera, sino que estaban hechas de unos rectángulos perfectamente modelados colocados uno encima del otro. Tenían un aspecto de lo más antinatural y, mirándolas, el catalista sintió un escalofrío. En realidad, todo en aquella habitación parecía antinatural, observó con creciente horror mientras se apoyaba sobre los codos para

mirar a su alrededor. Una mesa que había en el centro de la habitación no había sido realizada amorosamente de una única pieza de madera, sino que había sido construida a partir de diferentes pedazos de madera unidos unos con otros brutalmente. Había varias sillas también construidas de la misma manera, que tenían un aspecto deforme y malicioso. Si Saryon hubiera visto a un ser humano deambulando por allí cuyo cuerpo estuviera hecho de partes de otros seres humanos muertos, no se hubiera sentido más horrorizado. Imaginó que podía oír incluso a la madera chillando agonizante.

Entonces se volvió a oír un ruido y su mirada vagó indecisa por la oscura y pequeña habitación.

—¿Hola? —preguntó con voz entrecortada.

No obtuvo respuesta. Perplejo, se recostó de nuevo. Podría haber jurado que había oído voces. ¿O había sido un sueño? Tenía tantos sueños últimamente, sueños terribles. Duendes y una mujer bellísima y un espantoso árbol...

Estornudando otra vez, se sentó de nuevo en la cama, buscando a tientas algo con que sonarse la nariz, que no cesaba de gotear.

—Oh, Magullado y Apaleado Padre, ¿te sirve esto?

Un trozo de seda color naranja se materializó en el aire y descendió con una suave ondulación hasta posarse sobre la manta, junto a la mano de Saryon. El catalista se echó hacia atrás como si se tratara de una serpiente.

—Soy yo. En carne y hueso, por así decirlo.

Mirando a su espalda, en dirección al lugar de donde provenía la voz, Saryon vio a Simkin de pie junto a la cabecera de la cama. Al menos el catalista supuso que aquél era el joven que lo había «rescatado» en el País del Destierro, puesto que habían desaparecido las ropas color marrón propias de un guardabosque y también las hojas del duende. En su lugar, llevaba una chaqueta de brocado de un llamativo color azul, combinada con un chaleco de un azul más pálido, que cubría una blusa de seda roja, más resplandeciente que aquel pálido sol que presagiaba lluvia. Los ajustados calzones verdes estaban abrochados en la rodilla mediante unas alhajas de color rojo y las piernas las tenía cubiertas por unas medias de seda roja, mientras de todas partes surgían vaporosos encajes: de las muñecas, del cuello, del chaleco. Sus cabellos castaños aparecían lisos y brillantes y la barba había sido peinada cuidadosamente.

—¿Admirando mi conjunto? —preguntó Simkin, alisándose los rizos—. Lo denomino *Cadáver de Azul*. «Un nombre horrible, Simkin», me dijo la Condesa Dupere. «Lo sé», le contesté con vehemencia. Pero fue lo primero que me vino a la mente, y como a mí *tan pocas veces* se me ocurren cosas, pensé que lo mejor sería agarrarse a ésta, por así decirlo, y darle la bienvenida.

Simkin se había ido acercando despacio mientras hablaba hasta colocarse junto a Saryon. Levantando con elegancia el pañuelo de seda naranja de encima de la manta,

se lo entregó al asombrado catalista con una reverencia.

—Ya lo sé. Los calzones. Supongo que no has visto nunca nada parecido. Es lo último en la corte. Ha creado furor. Debo confesar que me gustan, aunque me rozan las piernas, claro...

Un nuevo estornudo y un ataque de tos del catalista interrumpieron a Simkin, quien, haciendo una señal a una silla para que acudiera a su lado, se sentó en ella, cruzando las piernas para que pudiera admirar mejor sus calzas.

—Te sientes fatal, ¿no? Has pescado un buen resfriado. Debe de ser de cuando caímos al río.

—¿Dónde estoy? —gruñó Saryon—. ¿Qué es este lugar?

—La verdad es que tu voz suena igual que la de una rana croando. Y en cuanto a dónde estás, estás donde querías estar, desde luego. Yo era tu guía, al fin y al cabo. —Simkin bajó la voz—. Estás con los Tecnólogos. Te he traído a su Cofradía.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Qué pasó? ¿Qué río?

—¿No lo recuerdas? —Simkin parecía herido en su orgullo—. Después de que arriesgué mi vida, transformándome en un árbol y saltando luego por el precipicio, sosteniéndote entre mis ramas, bueno..., brazos, con la misma ternura con que una madre sostiene a su hijo.

—¿Fue eso real? —Saryon miró a Simkin con ojos llorosos y expresión incierta —. ¿No fue... una pesadilla?

—¡Me has herido en lo más íntimo! —dijo Simkin sorbiendo por la nariz, con todo el aspecto de sentirse terriblemente dolido—. Después de todo lo que he hecho por ti y tú no te acuerdas. Pero si eres como un padre para mí...

Tiritando, Saryon se cubrió con las mantas hasta el cuello. Cerrando los ojos, hizo que todo desapareciera: Simkin, chaquetas llamadas *Cadáver de Azul*, la abismal habitación, las voces que había oído o soñado. El joven siguió parloteando, pero Saryon lo ignoró, sintiéndose demasiado enfermo para importarle lo que dijera. Estuvo a punto incluso de dar una cabezada, pero una horrible sensación como si cayera se apoderó de él y, conteniendo la respiración, abrió de nuevo los ojos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que oía un ruido a lo lejos, un ruido que había parecido formar parte, retumbando rítmicamente, de sus terrores nocturnos.

—¿Qué es eso? —preguntó, volviendo a toser.

—¿Qué es qué?

—Ese... ruido... Esos golpes...

—La herrería...

La herrería. A Saryon se le encogió el alma; Vanya no se había equivocado. Los Hechiceros de la Cofradía *habían* vuelto a aprender el antiguo y proscrito arte, el arte arcano que había estado a punto de provocar la destrucción del mundo. ¿Qué clase de gente era aquella que había entregado su alma al Noveno Misterio? Debían de ser

unos seres desalmados, diabólicos, y ahora él estaba allí solo entre ellos. Solo a excepción de Simkin. ¿Quién era Simkin? ¿Qué era? Si Saryon no había soñado ni el árbol ni los duendes, entonces quizá las voces que había oído también habían sido reales, y eso significaba que Simkin lo había traicionado. «Lo han enviado aquí a buscarte, Joram.» No había habido afectación en la voz que pronunciara aquellas palabras. «¿Es culpa mía que ahí afuera exista un mundo cruel y pervertido? Un mundo en el cual, me atrevería a decir, nuestro catalista no se atreverá a aventurarse solo durante bastante tiempo.» No había encajes de color verde, ni seda anaranjada, ni tampoco una brillante y melosa sonrisa. *Cadáver en Azul*. Tan frío y cortante como el hierro.

«Joram sabe quién soy y por qué estoy aquí —comprendió Saryon, estremeciéndose—. Me matará. Ya ha matado antes. Aunque a lo mejor ellos no lo dejarán hacerlo; necesitan un catalista. Al menos eso es lo que dijo Vanya. Sin embargo, ¿cómo puedo yo ayudar a esos demonios, a estos sucios Hechiceros? ¿No los ayudaré de esa forma a aumentar sus espantosos conocimientos? ¿No lo ha previsto esto Vanya?»

Saryon se sentó en la cama, esforzándose por respirar, mientras sus pensamientos se deslizaban perezosamente por su cerebro embotado a causa del resfriado.

«¡No lo haré! —decidió—. En la primera ocasión en que ese Joram y yo estemos juntos a solas, abriré un Corredor y regresaré con él. Aunque esté Muerto, él y yo juntos poseemos la suficiente Vida entre los dos como para llevar a cabo el conjuro. Me lo llevaré conmigo y me desharé de él, que Vanya haga con él lo que quiera. Luego abandonaré El Manantial y sus espías, sus embustes y sus piadosas y vacías enseñanzas. A lo mejor regresaré a la casa de mi padre, que está vacía y es propiedad de la Iglesia. Me encerraré allí con mis libros...»

Saryon se acostó de nuevo, agitándose febrilmente. Tuvo la vaga impresión de que Simkin había abandonado la habitación, volando por los aires como una llamativa ave tropical, pero se sentía demasiado enfermo y turbado como para prestarle la menor atención.

El catalista se hundió en un agitado sueño. La imagen de un Hechicero apareció ante él, emergiendo de entre las llamas y el humo de la forja, un hombre cuyo rostro estaba deformado por diabólicas pasiones, cuyos ojos despedían chispas de tanto contemplar el fuego día tras día, y cuya piel estaba recubierta del repugnante hollín producto de su siniestro arte. Mientras Saryon lo contemplaba petrificado por el terror, el Hechicero se acercó a él, sujetando en una mano una incandescente barra de hierro.

—Tranquilo, Padre. No os asustéis.

Sentándose en el lecho sin ser consciente de lo que hacía, Saryon se encontró a sí mismo intentando desesperadamente apartar las ropas que lo cubrían y saltar de la

cama. El brillante resplandor de la llama lo deslumbraba en la oscura habitación. No podía ver..., pero tampoco quería ver...

—¡Padre! —Una mano se posó sobre su hombro y lo sacudió—. Padre, despertad. Estáis delirando.

Con un estremecimiento, Saryon volvió en sí. Recuperó la sensatez. Había vuelto a soñar. ¿Lo había hecho? Parpadeando, miró fijamente en dirección a la llama. La voz que había hablado no era la de Simkin. Era una voz más madura, más profunda. El Hechicero...

A medida que sus ojos se acostumbraban a la luz, Saryon vio cómo la incandescente barra de hierro se convertía en una insignificante antorcha encendida que sujetaba un anciano, cuyo arrugado rostro lo contemplaba con expresión bondadosa. La mano que se apoyaba en su hombro lo hacía con suavidad. Con un estremecido suspiro, Saryon se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Aquél no era un Hechicero; quizá no era más que un criado. Mirando a su alrededor observó que la habitación estaba a oscuras.

«¿Es de noche? —se preguntó vagamente—, ¿o es que la maldad de este horrible lugar ha hecho desaparecer finalmente la luz?»

—Muy bien, eso está mejor, Padre. El chico dijo que estabais inquieto. Recostaos y relajaos. Mi esposa viene ahora con la Hacedora de Salud...

—¿Hacedora de Salud? —Saryon clavó la mirada en el anciano, desconcertado —. ¿Tenéis una Hacedora de Salud?

—Una Druida que pertenece a los *Mannanish*, eso es todo, me temo. Es bastante experta en hierbas, a pesar de todo, ya que conserva mucha de la sabiduría que se ha perdido en el mundo exterior. Supongo, no obstante, que todos estos conocimientos ya no son necesarios para los Druidas al teneros a vosotros, los catalistas, para que les ayudéis en su trabajo.

Andando silenciosamente hasta el otro extremo de la habitación, el anciano utilizó la llama de la antorcha para encender un fuego en el hogar; luego apagó la antorcha en un cubo de agua.

—Quizás ahora ya no será necesario que confiemos en los dones de la naturaleza, puesto que estáis vos entre nosotros, Padre —continuó el anciano.

Tomando lo que parecía ser una delgada estaca de madera, acercó uno de sus extremos al fuego, haciendo que se encendiera, y la llevó hasta la mesa, hablando todo el tiempo sobre la Hacedora de Salud y sus habilidades.

Recostado en el lecho, Saryon seguía los movimientos de aquel viejo por la cabaña iluminada por la luz del fuego, con una extraña sensación de euforia, prestando atención sólo a medias a la conversación. Incluso el ver al anciano utilizar el extremo del llameante palo para encender la parte superior de otros altos y gruesos palos colocados sobre toscos pedestales, no alteró la extraña sensación de

despreocupación y relajación que experimentaba el catalista. Se quedó bastante sorprendido al ver que las llamas no se extinguían ni consumían inmediatamente los bastones, sino que, por el contrario, una pequeña llama permanecía ardiendo ininterrumpidamente encima de cada uno, iluminando la habitación con una suave y brillante luz.

—La *Mannanish* es una buena mujer, totalmente dedicada a su profesión. Sus artes curativas han salvado la vida de más de un miembro de nuestra colonia. Pero ¿cuántos más se hubieran podido salvar si sus poderes mágicos se hubieran visto aumentados? No tenéis ni idea —dijo el viejo con un suspiro, volviendo a su asiento y sonriéndole a Saryon—, he rezado mucho a Almin para que nos enviara un catalista.

—¿Le habéis rezado a Almin? —Saryon se sintió confundido por un momento, luego la verdad penetró en su lento cerebro—. ¡Ah!, claro. Vos no sois uno de *ellos*.

—¿Uno de quiénes, Padre? —preguntó el hombre, ensanchándose su sonrisa ligeramente.

—De los Hechiceros. —Saryon hizo un gesto indicando el exterior, echándose a toser—, esos Tecnólogos. ¿Sois vos un esclavo?

Metiendo la mano por debajo del cuello de su túnica gris, el anciano se sacó un extraño colgante unido a una cadena de oro exquisitamente labrada, que colgaba de su cuello. El colgante, hecho de madera, estaba tallado representando un círculo hueco conectado por nueve varitas.

—Padre —anunció el anciano con sencillez, mientras una expresión de orgullo aparecía en su arrugado rostro—, yo soy Andon, su jefe.

—Con calma, Padre. Eso es. Apoyaos en mi brazo. Ésta es vuestra primera salida y no conviene que os excedáis.

Andando lentamente junto al anciano, con la mano apoyada en el brazo de Andon, Saryon parpadeó al darle en los ojos la brillante luz del sol, al tiempo que aspiraba agradecido la fresca brisa, impregnada de los aromas propios del final del estío.

—Vuestras aventuras deben de haber resultado bastante aterradoras —continuó Andon mientras abandonaban con paso lento el pequeño patio de la cabaña para salir a la sucia calle que cruzaba el poblado.

Observando las miradas de los aldeanos, el anciano los fue saludando con un movimiento de cabeza. Sin embargo, nadie les dirigió la palabra, pero muchos contemplaron al catalista con la curiosidad pintada en el rostro, pero el respeto y la veneración que sentían por aquel anciano era tan evidente que nadie los molestó.

«Así que éstos son Hechiceros de las Artes Arcanas —pensó Saryon—. ¿Rostros de expresión diabólica? Más bien son los rostros de madres jóvenes amamantando a sus pequeños bebés. ¿Ojos brillantes y sanguinarios? Son ojos fatigados, agotados

por el trabajo. ¿Cánticos dirigidos a los poderes de las tinieblas? No hay más que las risas de los niños que juegan en la calle.» La única diferencia que pudo apreciar entre aquella gente y los habitantes de Merilon es que éstos usan muy poca o ninguna magia. Al verse obligados a conservar la Vida puesto que no tienen catalistas para reabastecerlos de ella, los Hechiceros andan por el suelo, avanzando con dificultad entre el barro de la sucia calle, calzados con flexibles botas de piel.

La mirada de Saryon se dirigió hacia un grupo de hombres que trabajaba afanosamente, dando forma a una vivienda; pero aquellos hombres no eran magos de la casta de los *Pron-alban*, que extraen la piedra amorosamente de la tierra, moldeándola hábilmente con sus mágicos conjuros. Aquellos hombres utilizaban las manos, apilando uno sobre otro aquellos bloques rectangulares de piedra artificial; porque incluso las piedras mismas habían sido hechas por la mano del hombre, según le dijo el anciano. Eran de arcilla colocada en moldes y puesta a secar al sol. Deteniéndose un momento, Saryon observó con ceñuda fascinación cómo aquellos hombres colocaban las piezas en ordenadas hileras, uniéndolas unas con otras mediante una sustancia adhesiva que extendían entre ellas. Pero aquello no era lo único para lo que se utilizaba la Tecnología; de hecho, mirara donde mirase, se encontraba con las Artes Arcanas.

Ninguna de ellas resultaba tan evidente como el símbolo de la misma Cofradía, el colgante que el anciano llevaba alrededor del cuello: la rueda. Pequeñas ruedas hacían que carretas cargadas rodaran sobre el suelo, mientras que una enorme rueda robaba Vida al río, utilizándola —según dijo Andon— para hacer que rodaran otras ruedas que había en el interior de un edificio de ladrillo. Estas ruedas obligaban a unas grandes piedras a friccionar entre ellas moliendo el trigo hasta convertirlo en harina. La tierra misma mostraba señales dejadas por los Hechiceros.

Al otro lado del río, el catalista pudo ver los negros ojos de algunas cuevas hechas por el hombre que lo contemplaban airados como censurándolo. En aquel lugar, hacía mucho tiempo, le contó Andon, los Tecnólogos habían arrancado de las entrañas de la tierra piedras que contenían hierro, utilizando una especie de sustancia diabólica que, literalmente, podía hacer saltar las rocas en pedazos. Una técnica que se había perdido, le comentó Andon tristemente. Los Hechiceros tenían que depender ahora del mineral de hierro que había quedado de aquella época pasada.

Y sobresaliendo por encima de todos los sonidos, las charlas, las risas, los llantos, se oía el eterno, interminable estruendo de la forja, resonando por el pueblo como si se tratara de una enorme y siniestra campana.

«Pervierten la Vida —chilló el catalista que había en Saryon—. ¡Están destruyendo la magia!» Pero su lado lógico le contestó: «Intentan sobrevivir». Y fue, quizás, ese mismo lado lógico el que Saryon pescó jugueteando con nuevos y maravillosos conceptos matemáticos para la utilización de estos conocimientos. Ya

había advertido que la vivienda de ladrillos en la que habitaba era más confortable que los huecos y muertos árboles que utilizaban los Magos Campesinos, y no podría hacerse algo...

Escandalizado de sorprenderse a sí mismo pensando en tales cosas, Saryon se obligó a concentrarse de nuevo en lo que decía el anciano.

—Sí, vuestras aventuras deben de haber sido bastante aterradoras. Capturado por gigantes, luchando con centauros y Simkin transformándose en un árbol para salvaros la vida. Me gustaría escuchar vuestra versión algún día, si es que no os trastorna hablar de ello. —Andon sonrió, indulgente—. Uno no sabe a veces si creer en Simkin.

—Contadme algo sobre Simkin —dijo Saryon, agradecido de poder dirigir sus pensamientos hacia otros asuntos—. ¿De dónde vino? ¿Qué sabéis de él?

—¿Saber de Simkin? Nada, en realidad. ¡Oh!, está todo eso que él nos cuenta, pero son todo tonterías, supongo, como sus historias sobre el Duque De-Esto-y-Aquello y la Condesa de Nosecuántos. —Posando sus ojos sobre el catalista, Andon añadió con voz bondadosa—: Nosotros no hacemos preguntas a aquellos que vienen a establecer su hogar entre nosotros, Padre. Por ejemplo, uno podría preguntarse qué está haciendo un catalista de El Manantial, lo que vos sois evidentemente, si me perdonáis el atrevimiento, intentando cruzar la frontera con el País del Destierro por sus propios medios.

—Veréis, yo... —tartamudeó Saryon, ruborizándose.

—No, no os estoy preguntando —lo interrumpió el anciano—. Y no necesitáis decírmelo. Ésta ha sido siempre la costumbre aquí, una costumbre que es tan vieja como este poblado. —Suspirando, Andon sacudió la cabeza—. Quizá no sea una costumbre tan buena —murmuró, dirigiendo la mirada hacia un enorme edificio que estaba situado lejos de los demás sobre una pequeña elevación—. Si hubiéramos hecho preguntas, nos podríamos haber ahorrado mucho dolor y sufrimiento.

—No entiendo.

Saryon había observado, durante su recuperación, que una sombra se cernía sobre aquellos que iban a visitarlo. Andon, su esposa, la Hacedora de Salud. Estaban nerviosos, hablaban en voz baja algunas veces, y miraban a su alrededor cautelosamente, como si temieran que los estuvieran escuchando. Más de una vez había pensado en preguntar a qué se debía aquello, recordando algunas cosas que dijera Simkin, pero aún se sentía como un extraño entre ellos y se encontraba incómodo en aquel ambiente desconocido y misterioso.

—Os conté que yo era el jefe de esta gente —le dijo Andon, bajando tanto la voz que Saryon tuvo que inclinarse para oírle. La calle por la que paseaban estaba vacía, pero el anciano no parecía dispuesto a arriesgarse a que, por casualidad, alguna de las pocas personas que pasaban apresuradamente, dirigiéndose o volviendo de sus

labores, escuchara sus palabras—. Eso no es exactamente cierto. Lo fue hace años, pero ahora es otro quien nos guía. —Miró a Saryon por el rabillo del ojo—. Pronto lo conoceréis. Ha estado preguntando por vos.

—Blachloch —dijo Saryon sin pensar.

Deteniéndose, el anciano lo miró fijamente.

—Sí, ¿cómo...?

—Simkin me contó... algo sobre él.

Andon asintió con la cabeza, mientras su rostro se ensombrecía.

—Simkin. Sí. Bien, hay alguien, Blachloch, quiero decir, que podría contaros más cosas sobre ese joven, creo. Simkin parece pasar gran parte de su tiempo con el Señor de la Guerra. Aunque eso no quiere decir que Blachloch fuera a contestar a vuestras preguntas, claro está. Ése es un auténtico *Duuk-tsarith*. Me he preguntado muchas veces qué es lo que haría para obligarlos a expulsarlo de esa temida Orden.

El anciano se estremeció.

—Pero —Saryon miró a su alrededor, a las numerosas viviendas y tiendecitas que bordeaban las calles del pueblo—, vosotros sois muchos y él es sólo uno. ¿Por qué...?

—¿... no luchamos contra él? —El anciano sacudió la cabeza con tristeza—. ¿Os han arrestado alguna vez los Ejecutores? ¿Habéis sentido alguna vez el contacto de sus manos sobre vuestro cuerpo, extrayéndoos la Vida igual que una araña le extrae la sangre a su víctima? No necesitáis responder, Padre. Si os ha sucedido, ya me comprendéis. Y en cuanto a nosotros... Sí, somos muchos, pero no estamos unidos. Eso puede que no lo entendáis ahora, pero ya lo haréis con el tiempo. —El anciano cambió de tema bruscamente—. Pero si seguís aún interesado en Simkin, podéis hablar de él con los dos jóvenes que comparten su casa.

Viendo que Andon estaba evidentemente decidido a alejar la conversación del antiguo Ejecutor, Saryon abandonó aquel tema y regresó de nuevo, y no de mala gana, a Simkin, comentando que le interesaría conocer a sus amigos.

—Se llaman Joram y Mosiah —observó Andon—. Puede que hayáis oído hablar de Mosiah a su padre, ya que vos vivisteis durante un tiempo en Walren. —Posando los ojos en el catalista, se interrumpió de repente, preocupado—. Pero qué pálido estáis, Padre. Ya me temía que esta salida podría resultar excesiva. ¿Queréis sentaros? Estamos cerca del parque.

—Sí, gracias —contestó Saryon, aunque no se sentía nada cansado.

De modo que Simkin había dicho la verdad cuando le contó que él y Joram eran amigos; y aquellas voces en su habitación que había oído mientras estaba enfermo. Joram... Mosiah... Simkin...

—Ahora están trabajando, Mosiah y Joram, claro. Simkin no ha dado golpe jamás, que se sepa —siguió Andon, ayudando a Saryon a sentarse en un banco a la sombra de un alto y frondoso roble—. ¿Os encontráis mejor, Padre? Si queréis aviso

a la Hacedora de Salud...

—No, gracias —musitó Saryon—. Vos tenéis razón. He oído hablar de Mosiah, y también de Joram, claro —añadió en voz baja.

—Un muchacho extraño —dijo Andon—. Imagino que puesto que venís de Walren, os habréis enterado del asesinato del capataz, ¿verdad?

Saryon asintió con la cabeza, temeroso de hablar, temeroso de contar demasiadas cosas.

El anciano suspiró.

—Nosotros lo sabíamos, desde luego. La noticia se extendió rápidamente. Algunos lo consideraron un héroe, otros pensaron que podía resultar útil. —Andon miró con expresión sombría el gran edificio de ladrillo de la colina—. De hecho, fue por eso por lo que se lo trajo aquí.

—¿Y vos? —preguntó Saryon. Había llegado a sentir un profundo respeto por aquel hombre tan bondadoso y sensato—. ¿Qué pensáis vos de Joram?

—Le temo —admitió Andon con una sonrisa—. Eso puede que os suene extraño, Padre, viniendo de un Hechicero de las Artes Arcanas. Sí —dio unas palmaditas sobre la mano de Saryon—, sé lo que habéis estado pensando. Puedo ver el horror y la repugnancia en vuestro rostro.

—Es... es que me cuesta mucho aceptar —farfulló Saryon, ruborizándose.

—Os comprendo. No sois el único. Muchos de los que vienen a refugiarse entre nosotros sienten lo mismo. A Mosiah, por ejemplo, aún le resulta difícil, creo, vivir entre nosotros y aceptar nuestro modo de vida.

—Pero, en cuanto a Joram —dijo Saryon, vacilante, preguntándose si su interés no resultaba demasiado sospechoso—. ¿Tenéis vos razón? ¿Hay que temerle?

El catalista sentía escalofríos mientras esperaba, ansioso, la respuesta. Pero cuando ésta llegó, no era lo que había esperado.

—No lo sé —dijo Andon con calma—. Hace un año que vive entre nosotros, y me parece que sé menos cosas de él de las que sé sobre vos, a quien conozco desde hace sólo unos días. ¿Temerle? Sí, le temo, pero no por la razón que vos pensáis. Y no soy yo el único.

La mirada de Andon se dirigió, de nuevo, al edificio de la colina.

—¿Un Ejecutor? ¿Asustado de un muchacho de diecisiete años?

Saryon parecía escéptico.

—¡Oh! Él no lo admitirá, quizá no lo hará ni a sí mismo; pero le teme, y si no lo hace, debería hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Saryon—. ¿Tan terrible es ese joven? ¿Tan violento es?

—No, nada de eso. Hubo circunstancias atenuantes en el asesinato, ya sabéis. Joram acababa de ver cómo mataban a su madre. No tiene una naturaleza violenta o salvaje. Si algo tiene, es que se domina *demasiado*. Es frío y duro como la piedra. Y

está solo..., muy solo.

—Entonces...

—Creo... —Andon frunció el entrecejo intentando traducir en palabras sus pensamientos—. Es porque... ¿Os habéis dirigido alguna vez a una muchedumbre, Padre, llamándoos inmediatamente la atención una persona en particular? ¿No debido a que esa persona haya hecho o dicho algo, sino simplemente a causa de su sola presencia? Joram es una persona así. Quizá porque quitó una vida, Almin lo ha señalado para siempre. Existe una fuerza en él, una especie de predestinación. La premonición de un destino sombrío. —El anciano se encogió de hombros con expresión severa—. No puedo explicarlo, pero vos podréis juzgar por vos mismo. Pronto podréis conocer a ese muchacho, si queréis. Es ahí adonde nos dirigimos. Joram trabaja en la herrería, ¿sabéis?

7. La herrería

Según el catecismo, «Tener tratos con las Artes Arcanas del Noveno Misterio es tener tratos con la Muerte».

También según el catecismo, «Las Almas de aquellos que tengan tratos con la Muerte serán arrojadas al ardiente abismo y permanecerán allí para siempre en eterna e interminable agonía».

«De esta forma, son ellos mismos los causantes de su propia perdición», pensó Saryon mientras contemplaba con fijeza la rojiza oscuridad de la forja, iluminada únicamente por el fuego que ardía en ella.

Andon había entrado en la caverna delante de él, y estaba hablando con los hombres que trabajaban allí, señalando mediante gestos al catalista que tenía a su espalda. Al darse cuenta de que Saryon no lo había seguido, el anciano se dio la vuelta, y Saryon vio moverse sus labios, aunque el ruido en la herrería era tal que le fue imposible oír nada. Andon le hizo un gesto con la mano.

—Entrad. Entrad.

La cólera del fuego azotaba el rostro del anciano con un fulgor amarillo anaranjado, el rojo corazón de la fragua ardía en sus ojos, la rueda que le colgaba sobre el pecho resplandecía con llameante luz. Horrorizado, viendo al Hechicero de sus sueños aparecer ante él, Saryon retrocedió alejándose de la abierta entrada. Andon parecía realmente el Maligno alzándose para arrastrar a Saryon a las llamas eternas.

Al ver el temor de Saryon, el rostro de Andon se arrugó en una expresión de dolida perplejidad, que fue seguida, casi de inmediato, por una de comprensión.

—Lo siento, Padre. —Saryon vio cómo los labios de Andon formaban las palabras—. Debiera de haberme dado cuenta de que esto os impresionaría. —El anciano se dirigió hacia él—. Volvamos a casa.

Pero a Saryon le era imposible moverse. Contemplaba la escena paralizado. La forja estaba situada en una cueva en la ladera de la montaña, y una chimenea natural aspiraba los vapores nocivos y el calor generados por una enorme cantidad de carbones incandescentes, depositados en el centro de una gran plataforma redonda de piedra. Agazapado sobre ella como un resollante monstruo, un artefacto enorme parecido a un saco lanzaba bocanadas de aire sobre los tizones, haciéndolos llamear con fuerza.

—¿Qué... qué están haciendo? —preguntó Saryon, deseando marcharse y sin embargo incapaz de moverse, totalmente fascinado.

—Calientan el mineral de hierro hasta que se convierte en una masa fundida —gritó Andon por encima del martilleo, los siseos y la respiración jadeante de aquel aparato— que contiene desperdicio de mineral de hierro y carbón también.

Mientras Saryon observaba, uno de los jóvenes que trabajaba en la forja se acercó a la repisa y, utilizando lo que parecía ser una repugnante prolongación de su brazo hecha de metal, levantó un pedazo de hierro al rojo vivo de su lecho de brasas. Colocándolo sobre otra repisa —no de piedra, sino también de hierro—, tomó una herramienta y empezó a golpear el hierro candente.

—Ahí está; ése es Joram —dijo Andon.

—¿Qué está haciendo?

Saryon notó cómo sus labios formaban las palabras, pero le fue imposible oír su propia voz a causa del ruido.

—Golpea el hierro hasta darle la forma que desea —continuó Andon—. Lo puede hacer así o si no también podría verter el hierro candente en el interior de un molde y dejarlo enfriar primero, para moldearlo luego.

«Destruye la Vida que hay en la piedra. Le da forma al hierro con una herramienta. Pervierte las cualidades que el hierro ha recibido de Dios. Mata la magia. Tiene tratos con la Muerte.»

Aquellos pensamientos martillearon en la mente de Saryon al compás de los golpes del martillo.

Hizo un movimiento para alejarse, pero, en aquel momento, el joven que trabajaba en la negra oscuridad de la forja levantó la cabeza y lo miró.

Está escrito que Almin lee en el corazón de los hombres, pero no lo gobierna; de esta forma cada hombre es libre de escoger su propio destino, pero también de esta manera, Almin puede prever cómo actuará cada hombre para realizar ese destino. Capaces de fundirse en un todo con Almin, los Adivinos podían, de esta forma, predecir el futuro. También se dice que dos almas que estén destinadas a unirse para el bien o para el mal, se darán cuenta de ello en el mismo instante en que se encuentren.

En aquel momento, dos almas se encontraron. Dos almas supieron que estaban predestinadas a unirse.

Mientras los sonoros golpes del martillo resquebrajaban la negra escoria que recubría el ardiente hierro, la oscura mirada de Joram hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Saryon. Totalmente trastornado, el catalista dio media vuelta alejándose de la forja y de sus llameantes sombras.

Andon no se apartaba de su lado.

—Padre, vos no os encontráis bien. Lo siento tanto... Debiera haberme dado cuenta de lo espantoso...

Pero la voz del anciano se perdió en el incesante martilleo y la firme e intensa mirada de aquellos ojos castaños. Porque Saryon los conocía, conocía aquel rostro.

Mientras andaba dando traspiés por las calles del poblado, con la vaga sensación de que Andon seguía a su lado pero incapaz de ver u oír al anciano, Saryon no veía

más que aquellos ojos de mirada fría que ni el calor que despedía el hierro derretido podía caldear. Veía las espesas y negras cejas trazando una línea de amargura en su sudorosa frente. Y veía también la boca de expresión severa y torva, los pómulos prominentes, el brillante cabello negro de reflejos cobrizos.

«¡Conozco ese rostro!», se decía a sí mismo. Pero ¿cómo? Desde luego no bajo aquel aspecto. La palabra tristeza, no amargura, le vino a la mente. Una tristeza que nunca abandonaba del todo aquel rostro, ni siquiera en las alegrías. Quizás había visto aquel rostro diecisiete años atrás, en El Manantial. Quizás había conocido al desventurado padre del muchacho; pero sólo un vago recuerdo de haber oído sobre el juicio del catalista renegado, le vino a la mente a Saryon. Se había hablado de aquel escándalo durante semanas, pero él había estado demasiado inmerso en su propio suplicio para interesarse por los problemas de otro. Aunque quizá se había fijado en él inconscientemente, sin darse cuenta. Ésa debía ser la explicación. Tenía que serlo y sin embargo, sin embargo...

Imágenes de aquel rostro acudieron a su mente. Lo veía sonriente, riendo pero no obstante siempre había algo más, parecía estar siempre perseguido por una sombra de tristeza...

¡Lo había reconocido! ¡Lo conocía! Casi podía darle un nombre...

Pero éste se desvaneció en el aire antes de que pudiera sujetarlo, evaporándose de su mente como humo arrastrado por el viento.

8. El Señor de la Guerra

Andando con mucho cuidado por las embarradas calles del poblado de los Tecnólogos, Simkin tenía todo el aspecto de un ave de brillante plumaje que se paseara por una triste jungla de ladrillos. La mayoría de las personas que trabajaban por allí le dirigieron miradas de desconfiado asombro, muy parecidas a las que podrían haber dedicado a un ave exótica que hubiera aparecido en medio de ellos de repente. Algunas fruncieron el entrecejo y sacudieron la cabeza con reprobación, murmurando comentarios poco halagüeños, mientras que aquí y allí, unos pocos saludaban alegremente al joven de llamativas ropas que se paseaba por las calles, cuidando de que su capa no arrastrara por el barro. Simkin respondió por igual tanto a las imprecaciones como a los saludos, agitando despreocupadamente una mano cubierta de encajes o quitándose el sombrero adornado con una pluma rosa que acababa de añadir, a última hora, para rematar su vestuario.

Los niños del poblado, no obstante, se sintieron encantados de volver a verlo. Para ellos, significaba una agradable distracción, una presa fácil. Danzando a su alrededor, intentaron tocar sus extrañas vestiduras, se burlaron de sus piernas cubiertas con medias de seda e incluso se desafiaron unos a otros a arrojarle barro. El más atrevido de todos ellos —un robusto niño de once años que tenía la reputación de ser el más duro del pueblo— recibió el encargo de acertarle entre los omóplatos. Acercándosele silenciosamente por la espalda, el niño estaba ya listo para arrojarle la bola de barro cuando Simkin se dio la vuelta. No le dijo ni una palabra al chiquillo, simplemente se quedó mirándolo con fijeza. Acobardado, el niño se retiró deprisa, y de inmediato se ocupó de darle una paliza al primer niño más pequeño que él que se cruzó en su camino.

Levantando la nariz con gesto desdeñoso, Simkin se envolvió protectoramente en su capa e iba a continuar su camino cuando se le acercó un grupo de mujeres. Vestidas con tosquedad, incultas y con las manos enrojecidas y encallecidas por el duro trabajo, eran, sin embargo, las primeras damas del pueblo; siendo una de ellas la esposa del herrero, otra la del capataz de la mina y una tercera la del cerero. Apiñándose alrededor de Simkin, le rogaron con insistencia y, en cierta forma, patéticamente que les diera noticias de una corte que nunca habían visto a no ser a través de los ojos del muchacho. Una corte de la que estaban tan distantes como la luna lo está del sol.

Para su deleite, Simkin accedió de buena gana.

—La Emperatriz me dijo: «¿Cómo *llamas* a esa tonalidad de verde, Simkin, mi cielo?» A lo cual yo repliqué: «No la llamo para nada, Majestad. ¡Simplemente aparece cuando silbo!». Ja, ja, ¿qué? Maldición, ¿qué estabas diciendo, querida? ¡No puedo oír nada en absoluto con este ruido infernal! —Dirigió una dura mirada en

dirección a la herrería—. ¿Salud? ¿La Emperatriz? Pésima, sencillamente pésima. Pero *se empeña* en dar recepciones oficiales cada noche. No, no es mentira. De un mal gusto terrible, si queréis mi opinión. «¿No tendrá nada *contagioso*?», le pregunté al viejo Duque Mardoc. ¡Pobre hombre! La verdad es que no quería disgustarlo. Agarró a su catalista por el brazo, el bueno del Duque, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos; nunca hubiera supuesto que el buen hombre fuera capaz de algo así. ¿Qué habéis dicho? Sí, esto es a*bsolutamente lo último* en cuestión de modas. Aunque me irritan las piernas... Y ahora debo seguir mi camino. Le estoy haciendo unos recados a nuestro Noble Jefe. ¿Habéis visto al catalista?

Sí, aquellas damas lo habían visto. Andon y él habían estado visitando la forja, pero ambos habían regresado ya a casa de Andon, no obstante, puesto que el catalista se había sentido repentinamente enfermo.

—No lo dudo —murmuró Simkin para su barba.

Quitándose el sombrero y despidiéndose de las damas con una gran reverencia, siguió su camino, llegando finalmente a una de las casas más viejas y de mayor tamaño del poblado. Tras llamar a la puerta, se dedicó a hacer girar el sombrero entre las manos, mientras esperaba pacientemente, silbando un aire de danza.

—Entra, Simkin, y sé bienvenido —le dijo afablemente una anciana, al mismo tiempo que le abría la puerta.

—Gracias, Marta —repuso Simkin, deteniéndose un momento al pasar para besarle la arrugada mejilla—. La Emperatriz te envía sus mejores deseos y te agradece tu preocupación por su salud.

—¡Déjate de bobadas! —lo regañó Marta, agitando la mano para disipar la fuerte oleada a perfume de gardenia que la envolvió cuando Simkin pasó por su lado—. ¡La Emperatriz nada menos! Tú eres o bien un embustero o un chiflado, jovencito.

—¡Ah!, Marta —dijo Simkin, inclinándose junto a ella para susurrarle en tono confidencial—: El mismo Emperador me hizo esa misma pregunta. «Simkin —dijo —, ¿eres un mentiroso o un chiflado?»

—¿Y cuál fue tu respuesta? —preguntó Marta, mientras sus labios se crispaban en una sonrisa, a pesar de que intentaba parecer severa.

—Yo le contesté: «Si os digo que no soy ninguna de las dos, Majestad, entonces soy una de ellas. Y si digo que soy una de ellas, entonces soy la otra». ¿Me sigues hasta ahora, Marta?

—¿Y si dijeras que eres ambas cosas?

Marta inclinó a un lado la cabeza, ocultando las manos bajo el delantal que llevaba puesto sobre el vestido.

—Fue precisamente lo que Su Majestad quiso saber. Le respondí: «Entonces soy cualquiera de las dos, ¿no es así?». —Simkin hizo una reverencia—. Piénsalo, Marta. Mantuvo a Su Majestad ocupado al menos durante una hora.

—Así que has estado de nuevo en la corte, ¿verdad, Simkin? —preguntó Andon, acercándose para saludar al joven—. ¿En cuál de ellas?

—Merilon. Zith-el. No importa —replicó Simkin con un enorme bostezo—. Os aseguro, señor, que todas son iguales, especialmente en esta época del año. Se están preparando para las Fiestas de la Cosecha y todo eso. Todo bastante aburrido. Os doy mi palabra de que estaría más que encantado de quedarme y charlar. En especial —olfateó ávidamente el aire— si se tiene en cuenta que la cena huele divinamente, como dijo el centauro refiriéndose al catalista que estaba guisando, pero... ¿Qué era lo que estaba diciendo? Oh, catalista... Sí, ése es el motivo por el que he venido. ¿Está por ahí?

—Está descansando —dijo Andon con voz seria.

—¿No se habrá puesto enfermo? —preguntó Simkin con indiferencia, mientras su mirada se paseaba por la habitación y se detenía como por casualidad sobre la figura que yacía sobre un camastro, en un oscuro rincón.

—No. Esta mañana anduvo más de lo que debía, me temo.

—Una lástima. El viejo Blachloch quiere verlo —dijo Simkin tranquilamente, haciendo girar el sombrero en la mano.

El rostro de Andon se ensombreció.

—Si pudiera esperar...

—Me temo que no —replicó Simkin con otro bostezo—. Es urgente y todo eso. Ya conocéis a Blachloch.

Colocándose junto a su esposo, con una expresión preocupada en el rostro, Marta le puso una mano sobre el brazo, que Andon acarició suavemente.

—Sí —dijo con calma—, lo conozco. Sin embargo...

La figura tumbada en la cama se incorporó.

—No os preocupéis, Andon —dijo Saryon, poniéndose en pie—. Ya me siento mucho mejor. Creo que deben de haber sido los vapores o el humo lo que me hizo sentirme mareado...

—¡Padre! No podéis imaginar —exclamó Simkin con voz entrecortada, dando un brinco hacia adelante y abrazando al sobresaltado catalista— lo maravilloso que es veros en pie y paseando. ¡Estaba tan preocupado! Tan terriblemente preocupado...

—Vamos, vamos —dijo Saryon, sonrojándose, turbado, e intentando desembarazarse del joven, que sollozaba sobre su hombro.

—Estoy bien —dijo Simkin valientemente, retrocediendo—. Lo siento. Olvidé los buenos modales. Bueno... —Se frotó las manos, sonriente—. ¿Todo listo? Si estáis cansado, podemos tomar una carreta...

—¿Una qué?

—Una carreta —dijo Simkin, pacientemente—. Ya sabéis. Se mueve por el suelo. Va tirada por un caballo. Una cosa con ruedas...

—¡Oh!, no. Realmente preferiría andar —se apresuró a decir Saryon.

—Bien, como prefiráis. —Simkin se encogió de hombros—. Ahora, debemos irnos. —Conduciendo al catalista hacia el exterior, enfrente de él, el joven le hizo salir prácticamente de un empujón—. Adiós, Marta, Andon. Espero que volveremos a tiempo para la cena. Si no es así, no nos esperéis levantados.

Antes de que supiera realmente lo que estaba pasando, Saryon se encontró en medio de la calle, restregándose los ojos para alejar el sueño. Se dio cuenta entonces, al ver que el sol empezaba a ponerse por detrás de los árboles que bordeaban la orilla del río, de que había dormitado toda la tarde, pero no por ello se sentía mejor y deseó no haber dormido. Ahora le dolía la cabeza, sintiéndose incapaz de pensar con claridad.

Tener que enfrentarse ahora a Blachloch, el hombre al que todos, empezando por Andon y terminando por el despreocupado Simkin, parecían temer secretamente.

«Me gustaría saber qué piensa Joram de él —se dijo Saryon. Luego sacudió la cabeza enojado consigo mismo—. Qué idea más estúpida. Como si importara. Esperemos que el paseo me despeje», añadió para sí, echando a andar junto a Simkin, que tiraba de él.

—¿Qué puedes contarme de ese Blachloch? —le preguntó Saryon a Simkin en voz baja mientras se movían entre las alargadas sombras que proyectaban los edificios en la creciente penumbra crepuscular.

—Nada que no te haya contado ya. Nada que no vayas a descubrir por ti mismo muy pronto —replicó Simkin, indiferente.

—He oído que pasas gran parte de tu tiempo con él —comentó Saryon, mirando a Simkin con atención.

Pero el joven le devolvió la mirada con una sonrisa fría y sardónica.

—Dirán lo mismo de ti dentro de poco —comentó a su vez.

Estremeciéndose, Saryon se envolvió en su túnica. Pensar en lo que aquel Señor de la Guerra, aquel Ejecutor convertido en un proscrito, podía pedirle que hiciera le asustaba. ¿Por qué no había pensado en ello antes?

«Porque antes no pensé que viviría lo suficiente como para llegar hasta aquí —se respondió Saryon a sí mismo con amargura—. ¡Ahora que estoy aquí, no tengo ni idea de lo que debo hacer! Quizá —se dijo esperanzado—, no será más que darle a esta gente Vida suficiente para que puedan hacer su trabajo con más facilidad.»

A su mente acudió el recuerdo de aquellos nuevos cálculos matemáticos que había realizado. Seguramente aquello sería todo lo que esperarían de él...

—Dime —le dijo Saryon a Simkin de repente, alegrándose de poder cambiar de tema y poder así sacarse de la cabeza una preocupación investigando otra—, ¿cómo consigues realizar esa... esa magia tuya?

—¡Oh!, ¿has estado admirando mi sombrero? —preguntó Simkin con voz

complacida, dándole vueltas a la pluma con un dedo—. En realidad, la parte más difícil no está en conjurar el objeto, sino en decidir el tono de rosa exacto. Demasiado fuerte, y hará que mis ojos parezcan hinchados, eso fue lo que la Duquesa de Fenwick me dijo, y me parece que tenía mucha razón...

—No me refiero al sombrero —lo atajó Saryon, irritado—, me refiero al... al árbol. ¡Transformándote en árbol! Es completamente imposible —añadió—. Matemáticamente hablando, claro. He dado vueltas y vueltas a la fórmula...

—¡Oh!, yo no sé una palabra de matemáticas —dijo Simkin con un encogimiento de hombros—. Todo lo que sé es que funciona. Lo he hecho desde que era un pequeñajo. Mosiah dice que debe de ser parecido a lo que les pasa a los lagartos, que cambian de color para confundirse con las rocas y cosas de ese estilo. Te contaré cómo sucedió, si quieres. Aún nos falta un buen trecho para llegar, me temo.

Su mirada se dirigió hacia el alto edificio, que, recortándose negro bajo la rojiza luz del sol poniente, proyectaba una sombra oscura y desolada sobre toda la aldea.

—Me abandonaron en Merilon cuando era un bebé —empezó a decir Simkin en voz baja—. Arrojado a un portal. Abandonado a mi suerte. No conocí nunca a mis padres; probablemente yo no debiera de haber sucedido, si entiendes lo que quiero decir. —Encogiéndose de hombros, dejó escapar una corta y forzada carcajada—. Me recogió una vieja. No por caridad, eso te lo puedo asegurar. A los cinco años ya estaba trabajando, escarbando en las basuras en busca de cualquier cosa de valor que ella pudiera vender. Además me pegaba con regularidad, y, al final, me escapé. Crecí en las calles de la Ciudad Inferior, la parte que no se ve desde las Agujas de Cristal. ¿Tienes alguna idea de lo que hacen los *Duuk-tsarith* con los niños abandonados?

Saryon lo miraba asombrado.

—¿Niños abandonados? Pero...

—Yo tampoco —continuó Simkin con una forzada sonrisita—. Simplemente... desaparecen... Vi cómo sucedía. Amigos míos. Desaparecidos. Nunca se volvió a saber de ellos. Un día, los Ejecutores se materializaron de repente en la calle, justo enfrente de mí. No podía escapar. Aún me parece oír el crujido de sus negras ropas, tan cerca de mí, tan cerca... Estaba aterrorizado. No puedes ni imaginarlo... Mi único pensamiento era que no debían verme y concentré todo mi ser en esa sola idea. —Sonrió de repente—. ¿Y sabes qué? *No* me vieron. Los *Duuk-tsarith* pasaron junto a mí... igual que si pasaran junto a un cubo de agua que hubiera en la calle.

Saryon se rascó la cabeza.

—Me estás diciendo que por puro terror, fuiste capaz de...

—¿Realizar una notable transformación? Sí —replicó Simkin con una nota de modesto orgullo—. Más tarde aprendí a controlarlo. De esta forma he sobrevivido durante muchos, muchos años.

Saryon se quedó en silencio un momento, luego preguntó con severidad:

—¿Y qué hay de tu hermana?

—¿Hermana? —Simkin le lanzó una mirada de perplejidad—. ¿Qué hermana? Soy huérfano.

—La hermana que los *Duuk-tsarith* tienen prisionera, ¿recuerdas? Y luego también está tu padre. Aquel a quien los Ejecutores se llevaron. Aquel a quien yo te recuerdo...

—Me parece, viejo amigo —Simkin lo miró con profunda inquietud—, que debiste recibir un buen golpe en la cabeza cuando saltamos por el precipicio. ¿De qué estás hablando?

—Nosotros no saltamos —dijo Saryon apretando los dientes—. Caímos porque *tú* estabas podrido...

—¡Podrido! —Simkin se detuvo en seco en medio de la calle, con el rostro afligido—. Me siento herido, muy herido. ¡Ten, toma mi daga —una se materializó en su mano— y atraviésame el corazón! —Abriéndose la chaqueta de brocado de un tirón, mostró una amplia extensión de camisa color verde—. ¡No puedo seguir viviendo con la mancha de este deshonor!

—¡Oh, vamos! —exclamó Saryon, consciente de que toda la gente de los alrededores estaba pendiente de ellos.

—¡No, hasta que te hayas disculpado! —exclamó Simkin, melodramático.

—¡Muy bien, te pido perdón! —masculló Saryon, mirando al joven tan confuso que no se le ocurrió ninguna pregunta.

—Acepto tus disculpas —respondió Simkin cortésmente, y la daga desapareció, siendo reemplazada por un revoloteo de seda anaranjada.

Al mirar a Joram a los ojos, Saryon había visto un alma —atormentada, sombría, consumida por la cólera—, pero un alma no obstante, cuyas mismas pasiones la mantenían con vida. Al mirar al Señor de la Guerra a los ojos, Saryon no vio nada. Opacos y sin vida, aquellos ojos lo miraron fijamente durante un buen rato; luego, con un movimiento de los finos párpados Blachloch le ordenó que se sentara.

Saryon obedeció, absorbida su voluntad por aquellos ojos tan eficazmente como lo hubiera hecho cualquier conjuro.

Un *Duuk-tsarith*. Una clase privilegiada. Su enlutada presencia en Thimhallan garantizaba seguridad y paz. Había que pagar por ello, no obstante, pero la gente, recordando los viejos tiempos, estaba dispuesta a pagar el precio.

Aunque totalmente diferentes en muchas cosas, los Señores de la Guerra eran un reflejo de aquellos que eran su polo opuesto, los catalistas. Tan poderosos en magia como débiles son los catalistas, los niños que nacen dentro del Misterio del Fuego son considerados una rareza, y, también a ellos, se los saca de sus casas a una tierna edad y se los envía a una escuela cuyo emplazamiento es un secreto. En este lugar, las poderosas habilidades mágicas de estos jóvenes brujos, tanto hombres como mujeres,

son desarrolladas y canalizadas, y aquí aprenden la estricta y severa disciplina que a partir de aquel momento gobernará sus vidas. La preparación es dura y agotadora, ya que es necesario ponerle riendas a ese poder y mantenerlo bajo control. Eso fue lo que inició los disturbios hace muchísimo tiempo en el antiguo Mundo Oscuro, según cuenta la leyenda. Las brujas y los hechiceros, nada satisfechos de tener que mantener ocultos sus poderes mágicos, se desperdigaron por la tierra para intentar reclamar aquello que consideraban era suyo. Aquello les acarreó el odio del pueblo hacia los de su raza, y empezaron así las persecuciones, que finalmente obligarían a muchos de ellos a abandonar aquellas tierras y buscar un nuevo hogar entre las estrellas.

La mayoría de los nacidos dentro del Misterio del Fuego se convierten en *Duuk-tsarith*, llamados también Ejecutores, que son los que hacen que se respete la ley en Thimhallan. Unos pocos, los más poderosos, se convierten en *Dkarn-Duuk*, los Estrategas de las Batallas. Y en general se los conoce a todos bajo el común denominador de Señores de la Guerra. Desde luego los hay que fracasan, pero nada se dice de éstos. Jamás vuelven a sus casas; simplemente se desvanecen en el aire. La creencia popular es que se los envía al Más Allá.

¿Cuál es la recompensa que reciben por esta oscura vida de disciplina? Poder ilimitado. Y saber que incluso los mismos Emperadores, a pesar de que intentan disimularlo lo mejor que pueden, miran con temor a estas figuras vestidas de negro que se deslizan silenciosas por los Palacios Reales. Porque el *Duuk-tsarith* conoce un conjuro mágico que únicamente él puede utilizar; mientras que el catalista tiene el poder de otorgar Vida, el Ejecutor tiene el poder de arrebatar la Vida. Raramente visto, hablando en contadas ocasiones, el *Duuk-tsarith* pasea por las calles, los salones o los campos, cubierto por un manto de invisibilidad y armado con su Magia Aniquiladora que puede absorber la magia de cualquier mago o brujo, dejándolo tan desvalido e impotente como pueda estarlo un bebé.

Blachloch era uno de los fracasos. No contento con su poder, se contaba de él que había buscado una recompensa mejor y más tangible. Nadie sabía cómo había conseguido escapar; no debía de haber sido fácil, y demostraba sus extraordinarias dotes y su sangre fría, ya que los *Duuk-tsarith* viven todos juntos, aislados en su pequeña comunidad, manteniéndose ellos mismos bajo una vigilancia tan severa como la vigilancia a que someten al pueblo.

Saryon tuvo en cuenta todo aquello mientras permanecía allí sentado, helado y nervioso, ante el enlutado Señor de la Guerra. Blachloch había estado trabajando de nuevo en sus libros de contabilidad, y únicamente había dejado a un lado dicha tarea cuando uno de sus hombres hizo entrar al catalista y a Simkin.

Envuelto en el acostumbrado silencio de los de su clase, Blachloch tenía los ojos clavados en Saryon, averiguando más cosas de él por la forma en que se sentaba, las líneas de su rostro y la posición de sus manos y brazos, de lo que hubiera averiguado

en una hora de interrogatorio.

A pesar de que luchaba por permanecer tranquilo e impasible, Saryon se revolvía nervioso bajo aquel examen. Aterradores recuerdos de su propio breve encuentro con los Ejecutores en El Manantial en la época en que cometiera su crimen hacían que su garganta se secara y le sudaran las palmas de las manos. Una gran parte de la eficacia de los Ejecutores se basa en su capacidad para intimidar con su sola presencia. Las ropas de color negro, las manos cruzadas una sobre otra, el forzado silencio, el rostro inexpresivo, todo aquello les era enseñado cuidadosamente. Se les enseñaba a engendrar una única emoción: el miedo.

—Vuestro nombre, Padre —fueron las primeras palabras que Blachloch pronunció: se trataba más de una verificación que de una pregunta.

—Saryon —replicó el catalista tras un primer intento fallido de hablar.

Las manos del Señor de la Guerra descansaban sobre la mesa con los dedos entrelazados. Un silencio tan espeso y pesado como las negras ropas que vestía envolvió la habitación, mientras Blachloch contemplaba al catalista, impasible.

Sintiéndose gradualmente más y más turbado, y notando que aquellos penetrantes ojos se sumergían en lo más profundo de su alma, a Saryon no le reconfortó el hecho de que incluso Simkin parecía sumiso, los vistosos colores de su traje parecían apagarse ante la oscura silueta del Señor de la Guerra.

—Padre —dijo Blachloch al fin—, es la costumbre en esta aldea que nadie haga preguntas sobre el pasado de otro. Yo permito que esta costumbre continúe existiendo, en general porque el pasado de una persona no me importa lo más mínimo; pero hay algo en vuestro rostro que no me agrada, catalista. En las líneas que rodean vuestros ojos veo al sabio, no al renegado. En esa piel quemada por el sol veo a alguien que está acostumbrado a pasar largas horas en las bibliotecas, no en los campos de labranza. En la boca, la forma de los hombros, la expresión de los ojos, veo debilidad. Pero vos sois una persona, según se me ha dicho, que se rebeló contra su Orden y huyó al lugar más peligroso y nefasto de este mundo: el País del Destierro. Por lo tanto, contadme vuestra historia, Padre Saryon.

Saryon dirigió una rápida mirada a Simkin, que estaba jugueteando con el pedazo de seda naranja, fingiendo despreocupadamente intentar atarlo alrededor de la pluma de su sombrero, que reposaba sobre sus rodillas. El joven ni lo miró ni pareció estar mínimamente interesado en lo que estaba sucediendo. No había más remedio que seguir representando aquel amargo papel hasta el final.

—Tenéis razón, *Duuk-tsarith*...

A Blachloch no pareció molestarle la utilización de un título al que no tenía derecho. Saryon lo había utilizado, al oír que uno de sus secuaces se dirigía a él como tal.

—Soy un erudito. Mi tema de estudio particular son las matemáticas. Hace

diecisiete años —continuó Saryon en una voz queda que lo sorprendió por su firmeza —, cometí un crimen que provocó mi sed de conocimientos. Se me encontró leyendo libros prohibidos...

—¿Qué libros prohibidos? —lo interrumpió Blachloch.

Siendo un *Duuk-tsarith*, debía de estar, desde luego, familiarizado con la mayoría de los textos proscritos.

—Aquellos que tratan del Noveno Misterio —replicó Saryon.

Blachloch parpadeó, pero aparte de esto no hizo ningún gesto. Haciendo una pausa por si el Señor de la Guerra tenía alguna otra pregunta, Saryon notó más que vio cómo Simkin escuchaba atentamente, con un interés inusitado. El catalista suspiró.

—Me descubrieron. A causa de mi juventud, y sobre todo al hecho de que mi madre era la prima de la Emperatriz, se silenció mi crimen y se me envió a Merilon, con la esperanza de que pronto olvidaría mi interés por las Artes Arcanas.

—Sí, hasta ahí puedo corroborar que todo eso es verdad, catalista —dijo Blachloch, las manos inmóviles, cruzadas todavía la una sobre la otra, descansando aún sobre la mesa—. Continuad.

Saryon palideció, una extraña sensación se apoderó de su estómago. Su suposición de que Blachloch sabría ya alguna cosa sobre él había sido correcta. Era indudable que aquel hombre aún debía de tener contactos entre los Ejecutores, y aquel tipo de información no debía de ser difícil de adquirir. Y, desde luego, también estaba Simkin. ¿Quién podía saber cuál era su propio juego?

—Sin... sin embargo, me di cuenta de que no podía evitarlo. Me... me fascinan las Artes Arcanas. Yo representaba... una vergüenza para mi Orden en la corte. Hubiera sido muy sencillo hacer que me transfirieran de nuevo a El Manantial, donde esperaba poder continuar, en secreto, desde luego, mis estudios. Pero sin embargo eso no pudo ser. Mi madre acababa de morir y yo no tenía ni contactos ni fuertes vínculos en la corte. Por lo tanto, se me consideró una amenaza y se me envió a la aldea de Walren.

—Una existencia miserable, la del Catalista Campesino, pero segura —comentó Blachloch—. Ciertamente mucho mejor que la vida en el País del Destierro. —Moviéndose lenta y deliberadamente, los dos dedos índices de las manos del Señor de la Guerra se abrieron y extendieron. Era el primer movimiento que aquel hombre había hecho desde que ellos habían entrado, y tanto Simkin como Saryon no pudieron evitar contemplar, fascinados, cómo los dos dedos se unían, formando una daga de carne y hueso, para señalar al catalista—. ¿Por qué se fue?

—Oí hablar de la Cofradía —respondió Saryon, manteniendo el tono de firmeza en la voz—. Me estaba pudriendo en aquel pueblo. Mi cerebro se estaba reblandeciendo. He venido aquí para estudiar y aprender... las Artes Arcanas.

Blachloch no se movió ni habló. Los dedos continuaron apuntando a Saryon y, ni aunque se hubiera tratado de una auténtica daga colocada sobre su cuello, no hubiera éste padecido un sufrimiento ni temor mayor que el que experimentaba contemplándolos mientras descansaban apoyados sobre la mesa.

—Muy bien —habló Blachloch de repente y el sonido de aquella voz hizo que el medio hipnotizado catalista diera un respingo—. Estudiaréis. Sólo que deberéis aprender a no desmayaros cada vez que veáis la forja.

La sangre se agolpó en el rostro de Saryon. Bajando la cabeza ante la mirada de aquellos ojos apagados, deseó que se achacase a la turbación y no al sentimiento de culpa. No había sido la visión de la forja la que lo había trastornado, al menos no tanto como ver a Joram.

—Se os dará una casa en la aldea y compartiréis nuestra comida. Pero, como todos los demás, a cambio deberéis trabajar para nosotros...

—Me sentiré muy feliz de poder facilitar mis servicios a los habitantes de la aldea —dijo Saryon—. La Hacedora de Salud me ha dicho que el índice de mortalidad entre los niños es muy alto. Espero...

—Saldremos esta misma semana —prosiguió Blachloch, ignorando completamente las palabras del catalista—, para abastecernos de provisiones para el invierno. Nuestro trabajo en la forja y las minas precisa de tanta gente, como vos podéis imaginar, que no podemos dedicarnos a cultivar comida. Los poblados de Magos Campesinos nos proveen, por lo tanto, de lo que necesitamos.

—Os acompañaré, si es eso lo que deseáis —dijo Saryon, algo desconcertado—, pero considero que sería de más utilidad aquí...

—No, Padre. Me seréis de mucha más utilidad a *mí* —lo interrumpió Blachloch, con voz inexpresiva—. Veréis, los poblados no saben que van a ayudarnos a pasar el invierno. En el pasado, nos veíamos obligados a depender de incursiones repentinas, robando comida por las noches. Un trabajo degradante, con el que generalmente se consigue muy poco. Pero —con un encogimiento de hombros levantó los dedos hasta colocarlos sobre los labios— no poseíamos magia. Ahora os tenemos a vos. Tenemos Vida y, lo que es más importante, tenemos también Muerte. Este invierno será un buen invierno para nosotros, ¿verdad, Simkin?

Si aquella súbita pregunta había sido hecha con la intención de sobresaltar al joven, no tuvo el menor éxito. Aparentemente absorto ahora en intentar desatar el pedazo de seda naranja que rodeaba la pluma, Simkin había descubierto que el nudo estaba demasiado apretado. Después de tirar de él sin resultado, hizo desaparecer en el aire con gesto malhumorado tanto el sombrero como el pañuelo de seda.

—La verdad es que no me preocupa qué clase de invierno paséis, Blachloch —dijo con aire de sumo aburrimiento—, ya que yo pasaré la mayor parte de él en la corte. Robar a los nativos no me parece nada divertido, además...

—¡Yo... yo no puedo ayudaros a hacer eso! —tartamudeó Saryon—. Robar... Esa gente apenas tiene lo suficiente para vivir...

—El castigo por huir, catalista, es la Transformación. ¿La habéis visto hacer alguna vez? Yo sí. —Los dedos que estaban apoyados sobre los labios se movieron, descendiendo lentamente para volver a señalar a Saryon—. Veo que vuestra mente está trabajando, señor estudioso. Sí, tal y como supusisteis, aún tengo contactos con los de *mi* Orden. Decirles dónde podrían encontraros sería de lo más sencillo; incluso me darían dinero. No tanto como el que puedo obtener utilizándoos a vos, pero el suficiente para hacer que sea una idea a considerar con ecuanimidad. Os sugiero que paséis los días que faltan aprendiendo a montar a caballo.

Las manos se descruzaron, separándose; alargó una de ellas para agarrar el brazo del catalista.

—Es una pena que sólo estéis vos —observó Blachloch, aprisionando a Saryon con su mirada penetrante—. Si tuviéramos más catalistas, podríamos mutar algunos hombres dándoles alas, enviándolos a atacar desde el aire. Durante un tiempo estudié las técnicas de los *Dkarn-Duuk*. —La mano se cerró con más fuerza sobre el brazo—. Se pensó que podría estar capacitado para convertirme en un Estratega, pero se me consideró... inestable. De todas maneras, si todo va bien en el Reino del Norte, quién sabe. Quizás aún podré ser Estratega. Y ahora, catalista, antes de que os vayáis, otorgadme Vida.

Mirándolo horrorizado, Saryon estaba tan desconcertado que, por un momento, le fue imposible recordar las palabras de la oración ritual.

Blachloch apretó aún más la mano, sus dedos de hierro se cerraron con fuerza alrededor del brazo del catalista.

—Otorgadme Vida —dijo en voz muy baja.

Inclinando la cabeza, Saryon acató la orden. Abriendo su ser a la magia, la absorbió y dejó que una porción de ella fluyera a través de él hacia el Señor de la Guerra.

—Más —exigió Blachloch.

—No puedo..., estoy débil...

La mano se cerró aún más, incrementada su fuerza por la energía mágica. Una punzante sensación de dolor recorrió el brazo del catalista. Jadeante, dejó que la magia surgiera de él, cubriendo de Vida al Señor de la Guerra, para luego derrumbarse, exhausto, en su silla.

Con rostro totalmente inexpresivo, Blachloch lo soltó.

—Podéis retiraros.

Aunque no habló ni hizo ningún gesto, la puerta de la habitación se abrió y uno de sus hombres penetró en el interior. Saryon se levantó tambaleante, dándose la vuelta como paralizado, y se dirigió hacia la puerta con pasos titubeantes. Bostezando,

Simkin se incorporó también, pero se hundió de nuevo en su silla al observar un apenas perceptible movimiento de los párpados del Señor de la Guerra.

—Si no puedes encontrar el camino de vuelta, Calvo Amigo —dijo Simkin con voz lánguida—, espérame. No tardaré nada.

Saryon no lo oyó. La sangre le martilleaba con fuerza en los oídos, haciéndole perder el equilibrio. Apenas si podía andar.

Mirando por la ventana el cada vez más oscuro atardecer, Simkin vio al catalista tambalearse y estar a punto de caer, y luego apoyarse cansadamente contra un árbol.

—Realmente debería ir a ayudar a ese pobrecillo —dijo Simkin—. Os comportasteis de una manera bastante brutal con él, después de todo.

—Está mintiendo.

—Por Dios, mi querido Blachloch, según vosotros, los *Duuk-tsarith*, no existe un solo ser viviente en este planeta, que tenga más de seis semanas, que diga una sola palabra de verdad en toda su vida.

—Tú sabes la auténtica razón por la que está aquí.

—Ya os la he contado, ¡oh! Despiadado Señor. El Patriarca Vanya lo ha enviado.

El Señor de la Guerra miró fijamente al joven. Simkin palideció.

—Es la verdad. Ha venido a buscar a Joram —musitó.

Blachloch enarcó una ceja.

—¿Joram? —repitió.

Simkin se encogió de hombros con indiferencia.

—El joven que trajeron del poblado, medio muerto. Aquel que siempre está sombrío, de cabellos... El chico que mató al capataz. Trabaja en la forja...

—Lo conozco —dijo Blachloch con un dejo de irritación. Continuó mirando fijamente al joven, que seguía observando por la ventana a Saryon—. *Mírame*, Simkin —siguió en voz baja.

—Muy bien, si insistís, aunque os encuentro extremadamente poco interesante —repuso Simkin, intentando ahogar un bostezo. Repantigándose en su asiento, pasando una pierna envuelta en seda por encima del brazo de la silla, miró a Blachloch con expresión servicial—. Me pregunto, ¿os enjuagáis con limón el pelo? Si es así, empieza a oscurecerse en las raíces. —Repentinamente, Simkin se quedó rígido, su alegre voz se tornó chillona—. Deteneos, Blachloch. Sé lo que... estáis intentando hacer... —Sus palabras se desvanecieron, soñolientas—. He pachado por echto... antech...

Sacudiendo la cabeza, Simkin intentó liberarse pero los apagados ojos azules del Ejecutor lo tenían totalmente bajo su poder, mirándolo firmes y sin pestañear. Lentamente, los párpados del joven se agitaron, pestañearon, se abrieron de par en par, luego volvieron a agitarse, pestañear, agitarse y finalmente se cerraron.

Murmurando unas palabras mágicas, un antiguo y poderoso encantamiento,

Blachloch se puso en pie lenta y silenciosamente y rodeó la mesa hasta llegar junto a Simkin. Salmodiando las palabras una y otra vez en un dulce estribillo, colocó las manos sobre la lisa y brillante cabellera de Simkin. El Señor de la Guerra cerró los ojos y, echando atrás la cabeza, ejerció todos sus poderes de concentración sobre el joven.

—Déjame penetrar en tu mente. La verdad, Simkin, dime todo lo que sepas...

Simkin empezó a musitar algo.

Sonriendo, Blachloch se inclinó junto a él para oír.

—Lo llamo... *Uva Rosada*... Cuidado con las espinas... No creo que... sean venenosas.

9. El experimento

La noche inundó el poblado como si se tratara de las oscuras aguas del río, sumergiendo temores y penas en sus tranquilas aguas. Se deslizó alrededor de las casas de ladrillo, cuyas sombras se proyectaban más y más largas cada vez, bajo el cielo encapotado y sin luna. Poco a poco, casi sin excepción, todas las luces de la aldea fueron siendo engullidas por la creciente oscuridad, y también casi sin excepción, todo el mundo permitió que el sueño se adueñase de él, hundiéndose en las lóbregas profundidades de los sueños.

Pero cuando la noche lo hubo inundado ya todo, y las silenciosas aguas del sueño corrían a más profundidad, la luz de la forja seguía brillando con un impresionante resplandor rojizo, consumiendo el sueño y las ilusiones de, al menos, una persona.

El resplandor del fuego relucía sobre un negro y ensortijado cabello, parpadeaba en unos ojos oscuros y azotaba un rostro que ahora no aparecía ni hosco ni enojado, sino determinado y ansioso. Joram estaba calentando mineral de hierro en un crisol, en el fuego de la fragua, un hierro que había triturado tan finamente como había podido. A un lado del joven había el molde de una daga, pero no vertió el hierro fundido en su interior, sino que, por el contrario, levantó otro crisol del fuego, conteniendo éste un líquido fundido de apariencia semejante a la del hierro, excepto por un extraño color morado blanquecino.

Joram contempló pensativo el segundo crisol con una mirada de frustración que hizo que sus espesas y negras cejas se contrajeran.

—Si tan sólo pudiera saber a qué se referían —murmuró—. ¡Si pudiera comprenderlo!

Cerrando los ojos, trajo a su memoria aquellas viejas páginas manuscritas. Podía ver las letras, de hecho, podía ver cada uno de los rasgos, peculiaridades e idiosincrasias de la mano que las había formado, tantas veces había estudiado y reflexionado sobre aquella página. Pero no le sirvió de nada. Una y otra vez aparecían ante sus ojos aquellos extraños símbolos, que podían haber estado en otro idioma para lo que le servían a él.

Finalmente, encogiéndose de hombros con una expresión torva y sacudiendo la cabeza con resignación, pasó el contenido del segundo crisol al primero, observando con atención cómo aquel líquido caliente se derramaba sobre el hirviente hierro. Continuó vertiendo líquido hasta casi doblar la cantidad de hierro, entonces se detuvo. Examinando la mezcla, se encogió de nuevo de hombros y añadió un poco más sin que hubiera ninguna razón especial para ello, excepto que le pareció que debía hacerlo. Dejando el segundo crisol a un lado cuidadosamente, Joram removió la mezcla, estudiándola con ojo crítico. No descubrió nada extraordinario. ¿Era aquello bueno o malo? No lo sabía y, encogiéndose de hombros una vez más con frustración,

vertió la aleación en el molde en forma de daga.

Se enfriaría rápidamente, explicaba el libro, se necesitarían unos minutos sólo, comparado con las horas que precisaba el hierro para enfriarse. Sin embargo, a Joram no le parecía lo suficientemente rápido; sus dedos estaban impacientes por quitar el molde y ver el objeto que había creado. Para distraerse entretanto, levantó el segundo crisol y lo devolvió a su escondite entre un montón de herramientas desechadas y rotas, y otros desperdicios de la herrería. Hecho esto, se dirigió a la entrada de la caverna y miró atentamente a través de las rendijas de la tosca puerta de madera. La aldea estaba en silencio, sumida en un profundo sueño. Asintiendo satisfecho con la cabeza, Joram regresó a la fragua. Ya debía de estar listo. Con las manos temblándole de ilusión, quitó de un golpe las piezas de madera que sujetaban el molde; luego rompió el molde mismo.

El objeto que había en su interior tenía tan sólo un muy tosco parecido al arma en que se convertiría. Levantándolo con unas tenazas, lo sumergió en las brasas de la fragua, calentándolo hasta ponerlo al rojo vivo tal y como indicaba el texto. Llevó luego la daga hasta el yunque, levantó el martillo y, con expertos golpes, le dio forma. Lo hizo apresuradamente, sin ser demasiado exigente en cuanto a la forma del arma, ya que aquello no era más que una prueba. Lo que venía después era de suma importancia y estaba ansioso por seguir adelante. Por fin, considerando la daga lo bastante buena para lo que se proponía, la levantó de nuevo con las tenazas y, conteniendo la respiración, sumergió el ardiente objeto en un cubo de agua.

Se elevó una nube de vapor, cegándolo momentáneamente. Pero junto con el siseo que produjo el hierro al rojo al sumergirlo en el agua, se oyó también otro sonido, un seco chasquido. Las espesas cejas de Joram se unieron en un gesto de malhumor. Agitando la mano impacientemente para disipar el humo, sacó la daga del agua con brusquedad. Pero extrajo únicamente un pedazo roto. Arrojándolo al montón de desperdicios con una maldición, estaba a punto de deshacerse de la inútil aleación que había producido cuando un hormigueo en la base del cuello lo hizo volverse rápidamente.

—Trabajas hasta muy tarde, Joram —dijo Blachloch.

El rostro del Señor de la Guerra se hizo visible cuando penetró en el círculo de luz de la fragua, al igual que las manos que mantenía cruzadas frente a él, a la manera de los Ejecutores. Aparte de eso, no era más que un pedazo de oscuridad en la rojiza luz que iluminaba la herrería, la negrura de sus ropas absorbía la luz e incluso el calor que despedía el fuego.

—Estoy castigado —dijo Joram con frialdad, ya que tenía la respuesta preparada de antemano—. Hoy he sido descuidado en mi trabajo y el patrón me ordenó que me quedara hasta que estuviera terminada la daga.

—Parece que tendrás que pasarte aquí casi toda la noche —manifestó el Señor de

la Guerra, dirigiendo su fría mirada hacia el montón de desechos.

Joram se encogió de hombros. La amargura y el enojo fluyeron a su rostro de manera muy parecida a como se había deslizado el hierro fundido por el molde.

—Tendré que hacerlo si no se me permite continuar con mi trabajo —dijo con voz hosca, apartándose para darle a los fuelles.

Dándole la espalda deliberadamente al Señor de la Guerra, estuvo a punto de apartar a un lado a la enlutada figura de un empujón.

Una pequeña arruga cruzó la lisa frente de Blachloch, y sus labios se apretaron con fuerza, pero no había ninguna muestra de enfado o irritación en su voz.

—Tengo entendido que dices provenir de noble cuna.

Gruñendo a causa del esfuerzo que estaba realizando, Joram no se molestó en contestar. Sin parecer sorprendido ni desconcertado por ello, Blachloch se colocó donde pudiera ver el rostro del muchacho.

—Sabes leer.

Joram detuvo su trabajo durante un instante, pero continuó con él casi inmediatamente, con los músculos de su espalda y los brazos tensándose y destensándose por el esfuerzo de hacer funcionar el mecanismo que enviaba un chorro de aire a los carbones de la fragua.

—He oído que has estado leyendo libros.

Joram parecía estar sordo. Sus brazos se agitaban con movimientos incesantes y rítmicos, los oscuros cabellos le caían hacia adelante, enroscándose alrededor del rostro.

—Unos pocos conocimientos en alguien que por lo demás es un ignorante, son como un puñal en las manos de un niño, Joram. Pueden hacerle mucho daño —continuó Blachloch—. Creí que habías aprendido la lección cuando cometiste aquel asesinato.

Mirando a Blachloch a través de su enmarañada cabellera negra, Joram sonrió con una sonrisa que tan sólo era visible en los oscuros ojos iluminados por el resplandor de las llamas.

—Yo creía que eso os había enseñado algo a vos —dijo Joram.

—¿Lo ves? Me estás amenazando. —A juzgar por su tono tranquilo y calmado, Blachloch podría haber estado hablando del tiempo—. El niño empuña la daga. Te cortarás con sus afilados bordes, Joram —murmuró el Señor de la Guerra—. Lo harás. O bien tú —Blachloch alzó los hombros—, o algún otro. ¿Sabe tu amigo? ¿Cómo se llama? ¿Mosiah? ¿Sabe él leer?

El rostro de Joram se oscureció, el continuo bombeo de los fuelles disminuyó ligeramente su velocidad.

—No —respondió—. Dejadle fuera de esto.

—Ya pensaba que no —dijo Blachloch suavemente—. Tú y yo somos los únicos

del pueblo que sabemos leer, Joram. Y creo que sobra uno, pero no hay nada que pueda hacer, excepto hacer que tus ojos desaparezcan.

Por primera vez, el Señor de la Guerra movió las manos, separándolas y levantando una de ellas para acariciarse el rubio y delgado bigote que le cruzaba el labio superior. Joram había dejado de trabajar. Con las manos en las palancas que movían los fuelles, miraba fijamente al fuego.

Blachloch se le acercó.

—Me dolería destruir los libros.

Joram se agitó.

—El anciano nunca os dirá dónde están.

—Lo haría —dijo Blachloch con una sonrisa—, con el tiempo. Con el tiempo buscaría incluso cosas que contarme. No lo he presionado con anterioridad sobre este asunto porque simplemente no valía la pena trastornar a esta gente recurriendo a la violencia. Sería una lástima si me viera obligado a cambiar mi política, particularmente ahora que tengo la magia.

Joram se puso colorado, ardiendo bajo el resplandor de los encendidos carbones.

—No tendréis que hacerlo —murmuró.

—Bien. —Blachloch volvió a cruzar las manos—. Nosotros, los *Duuk-tsarith*, sabemos algunas cosas sobre estos libros, ¿sabes? Hay cosas escritas en ellos que es mejor para el mundo que sigan siendo ignoradas.

El Señor de la Guerra miró atentamente a Joram, que seguía en el mismo sitio, contemplando el fuego.

—Me recuerdas a mí mismo, muchacho —dijo Blachloch—. Y eso hace que me sienta nervioso. También yo odiaba la autoridad. También yo me creía por encima de ella —un ligerísimo toque de sarcasmo animó aquella voz normalmente monótona—, aunque yo *no* soy de noble cuna. Para librarme de aquellos que yo creía me estaban oprimiendo cometí, al igual que tú, crímenes por los que nunca me sentí culpable ni tuve remordimientos. Te gustó esa sensación de poder, ¿verdad? Y ahora ansias más. Sí, lo veo, lo siento ardiendo en tu interior. Te he visto aprender, durante este año, a manipular a la gente, a utilizarla y conseguir de ella lo que quieres. Así fue como conseguiste que el viejo te mostrara sus libros, ¿verdad?

Joram no contestó, ni apartó la mirada de las llamas; pero su puño izquierdo se crispó.

Blachloch sonrió, con una sonrisa que brilló siniestra a la luz del fuego.

—Veo que estás llamado a hacer grandes cosas. Con el tiempo aprenderás a dominar ese anhelo que te consume. Pero eres todavía un niño, tan joven como lo era yo cuando cometí mi primera acción irreflexiva, la acción que me trajo aquí. Existe una diferencia, no obstante, entre tú y yo, Joram. El hombre a quien yo buscaba reemplazar no estaba enterado de mi existencia ni de mis ambiciones. Me dio la

espalda. —Separando las manos, el Señor de la Guerra colocó una de ellas sobre el brazo del muchacho. Incluso con el calor que despedía la fragua, Joram tiritó al sentir aquel helado contacto—. Yo *estoy* alerta, Joram, y no te daré la espalda.

—Por qué no me matáis simplemente —musitó Joram con una sonrisa de desprecio—, y acabáis con ello.

—Porque no —repitió Blachloch—. No me eres de mucha utilidad ahora, aunque me lo puedes ser cuando seas mayor. El que te hagas *mayor* o no dependerá de ti y de aquellos que se interesen por ti.

—¿Qué queréis decir con «aquellos que se interesen por mí»?

Joram lo miró.

—El catalista.

Joram se encogió de hombros.

—Está aquí por causa tuya. ¿Por qué?

—Porque soy un asesino...

—No —dijo Blachloch quedamente—. Los Ejecutores son los que cazan asesinos, no los catalistas. ¿Por qué? ¿Qué ha venido a buscar?

—No tengo ni idea —replicó Joram con impaciencia—. Preguntádselo a él... o a Simkin.

Los ojos de Blachloch miraron los de Joram con perspicacia. El Señor de la Guerra empezó a pronunciar unas palabras mágicas. Vio cómo los castaños ojos se volvían vidriosos y le caían los párpados. Moviendo una mano para tocar el rostro de Joram, enarcó una ceja.

—Estás diciendo la verdad. Tú *no* lo sabes, ¿verdad, muchacho? Lo que es más, no crees a Simkin. Tampoco estoy seguro de que yo lo haga y sin embargo... ¿Cómo arriesgarme? ¿Cuál es el juego de Simkin?

Irritado, el Señor de la Guerra dejó caer la mano.

Sintiéndose como si acabara de despertar de un sueño agitado e irregular, Joram parpadeó y miró alrededor de la fragua con rapidez. Estaba solo.

10. El espía

—El Patriarca Vanya se ha retirado a sus aposentos privados para pasar la tarde —era el mensaje que el Diácono que actuaba como su secretario daba a todos aquellos que deseaban ver a Su Divinidad.

Éstos no eran demasiados; todos los habitantes de El Manantial, y una gran mayoría de los forasteros, estaban muy familiarizados con las costumbres del Patriarca. Se retiraba siempre a sus aposentos para cenar en privado, o con aquellos pocos que eran lo bastante afortunados como para ser invitados; y cuando estaba en sus aposentos, no se lo podía molestar por ningún motivo excepto el asesinato de alguno de los Emperadores. (Si la muerte de los Emperadores se debía a causas naturales, entonces podía esperar hasta la mañana siguiente.) *Duuk-tsarith* montaban guardia frente a los aposentos del Patriarca, con la única misión de asegurarse de que no se molestara a Su Divinidad.

Existían varias razones para aquella, tan celosamente guardada, intimidad, tanto públicas como privadas. Públicamente, se sabía en todo Thimhallan que el Patriarca Vanya era un buen gastrónomo que se negaba a permitir que ningún tipo de molestia interrumpiera su cena. Los invitados a su mesa eran seleccionados cuidadosamente para proporcionar una conversación interesante y nada polémica a la hora de la cena, lo cual se consideraba muy importante para una buena digestión.

También era de dominio público que el Patriarca Vanya trabajaba de forma agotadora durante el día, dedicándose totalmente a los asuntos de la Iglesia (y del estado). Levantándose antes de que saliera el sol, raramente abandonaba su despacho hasta después de su puesta. Tras un día tan intenso, era importante para su salud el disfrutar de aquellas horas de ininterrumpido descanso y distracción durante el anochecer.

Se sabía también que el Patriarca empleaba aquellas horas de tranquilidad para meditar y entrar en contacto con Almin.

Aquéllas eran las razones que se daban a conocer públicamente. La auténtica razón, claro está, era un secreto, que sólo conocía el Patriarca. Vanya utilizaba aquellas horas de tranquilidad para tratar asuntos, pero no con Almin. Aquellos con quienes hablaba eran más de este mundo...

Aquella noche de otoño había habido invitados a cenar, pero se habían retirado temprano, al indicar el Patriarca que se hallaba extraordinariamente cansado aquella tarde. Sin embargo, una vez que se hubieron marchado los invitados, Vanya no se dirigió a su alcoba como hubiera podido esperarse. En su lugar, moviéndose con una velocidad y una presteza que mal encajaban con su pretendido agotamiento, el Patriarca retiró el encantamiento que sellaba una pequeña capilla privada, y abrió la puerta.

La capilla, un lugar bello y tranquilo, estaba construida siguiendo las antiguas tradiciones. Su oscuro interior estaba iluminado por vidrieras creadas mágicamente muchos siglos atrás por los mejores artesanos especializados en el modelado del cristal. Unos bancos de madera de palisandro estaban situados frente a un altar de cristal, que también tenía siglos de antigüedad, decorado con los símbolos de los Nueve Misterios.

En este lugar Vanya celebraba la Ceremonia del Alba, los Rezos Vespertinos, y buscaba también la guía y el consejo de Almin, algo que hacía con muy poca frecuencia, si es que lo hacía, ya que era la opinión personal del Patriarca que era Almin quien debiera utilizar la guía y el consejo de su ministro, y no al contrario.

Vanya penetró en la capilla, que estaba iluminada por un rayo de luz perpetuo que brillaba desde el altar, tan pálido y sereno como los rayos de la luna, prestándole al aposento una atmósfera de paz y tranquilidad.

Sin embargo, no parecía haber paz ni tranquilidad en el Patriarca mientras atravesaba la capilla. Moviéndose con rapidez, sin dedicarle una sola mirada al altar, Vanya cruzó la habitación y fue a detenerse ante uno de los elegantemente decorados paneles de madera que formaban el revestimiento interior de la pequeña capilla. Posando las manos sobre el panel, el Patriarca murmuró unas palabras secretas y arcanas, y el panel se disolvió bajo sus dedos. Ante él se abrió un enorme hueco, vacío y tenebroso: un Corredor; pero no era un Corredor común, no formaba parte de la vasta red de túneles tiempo-dimensionales creados tiempo atrás por los Adivinos, que cruzaban y entrecruzaban Thimhallan. Aquel Corredor también había sido creado por los Adivinos, pero no conectaba con ningún otro Corredor. Sólo un hombre conocía su existencia —el Patriarca del Reino— y conducía a un solo sitio.

Fue a este lugar adonde se dirigió el Patriarca Vanya, llegando allí en un ensalmo. Al salir del Corredor, el Patriarca se encontró en una cavidad hecha del mismo material que los Corredores, una cavidad que existía únicamente en la distorsionada estructura del tiempo y del espacio. Cada vez que penetraba en ese lugar, a Vanya le parecía como si penetrase en alguna oscura y secreta región de su propia mente.

No había nada que ver allí dentro, ni tampoco podía tocar paredes o sentir un suelo bajo sus pies, aunque tenía la sensación de que andaba sobre él. Tenía la impresión de que aquel hueco en el espacio y el tiempo era redondo. En el centro había una silla donde podía sentarse, si lo que venía a hacer allí le tomaba demasiado tiempo. Pero la silla podía muy bien ser un producto de su imaginación, puesto que parecía tener brazos cuando los quería y carecer de ellos cuando no le eran necesarios. A veces era blanda, otras veces dura, y algunas veces, cuando estaba enojado o escaso de tiempo o tenía ganas de andar, la silla simplemente no estaba allí.

Aquella tarde, la silla estaba y, aquella tarde, resultaba blanda y cómoda. Sentándose, Vanya se relajó. Aquélla no era una reunión que exigiera la aplicación de

sutiles presiones, amenazas o coacciones. No se trataba de una negociación delicada. Era una reunión de índole informativa, para clarificar y reconfirmar que todo se desarrollaba de acuerdo con el plan.

Recostándose, Vanya se permitió un momento de respiro antes de absorber y activar la magia de la habitación que permitía que tuviera lugar la comunicación. Luego se dirigió en voz alta a la oscuridad.

—Amigo mío, deseo hablarte.

La magia palpitó a su alrededor. Podía sentirla cuchichear junto a su oído y agitarse entre los dedos de su mano.

—Estoy a vuestro servicio.

Era la oscuridad la que hablaba a Vanya, aunque eran unos labios humanos los que formaban las palabras a cientos de kilómetros de distancia. Debido a la magia de la habitación, el Patriarca oía las palabras tal y como su propia mente las formaba, y no necesariamente como la persona que estaba al otro extremo de su pensamiento consciente las pronunciaba. Por eso se conocía a la habitación como la Cámara de la Discreción, ya que dos personas podían conversar entre sí sin que ninguna de las dos conociera la identidad de la otra, a menos que le fuera revelada, sin que ninguna pudiera reconocer a la otra por el aspecto o la voz. En la antigüedad, según contaban las leyendas, había habido varias de estas cámaras; cada una de las Casas Reales, por ejemplo, tenía una, al igual que los diferentes Gremios. Sin embargo, después de la Segunda Enmienda, los catalistas se habían ocupado rápidamente de que los demás huecos de los Corredores fueran sellados, dando como pretexto el argumento de que en un mundo de paz nadie necesitaba tener secretos para con los demás.

Se dio por supuesto que, cuando los catalistas cerraron las otras Cámaras de la Discreción, cerraron también la que ellos poseían en El Manantial. Lo cual no hace más que demostrar la razón del viejo adagio que dice que las suposiciones no son más que mentiras que creen los ciegos.

—¿Estás solo? —interrogó la mente de Vanya a su invisible valido.

—Por el momento. Pero estoy ocupado. Nos ponemos en marcha esta misma semana.

—Ya lo sé. ¿Ha llegado el catalista?

—Sí.

—¿Sin problemas?

—Según como se mire. Está mejor ahora, si es eso lo que queréis decir. Al menos no siente el menor deseo de aventurarse solo por el País del Destierro.

—Bien. ¿Servirá?

—No veo ningún problema para ello. *Parece* ser, tal como vos lo describisteis, ingenuo y dócil, fácilmente intimidable, pero...

—¡Bah! Ese hombre es una masa de temblorosa gelatina. Puede que cause

problemas una vez, pero imagino que eso se tratará adecuadamente. Una vez que haya aprendido la lección, no creo que presente más problemas.

—Espero que no.

La voz que sonaba en la mente de Vanya parecía escéptica, lo cual hizo que el Patriarca frunciera el entrecejo.

—¿Hasta dónde han llegado los Tecnólogos en lo referente a la forja de las armas? —continuó Vanya.

—Con la ayuda del catalista, la producción debería acelerarse rápidamente.

—¿Qué progresos se están haciendo en Sharakan? ¿Os habéis puesto en contacto ya con Su Majestad?

—Probablemente vos sabéis más de eso que yo, Divinidad. Yo debo ser cauteloso, claro está. No puedo permitirme revelar mi juego. A Su Majestad se le ha informado discretamente de la adquisición de un catalista y de cómo nos afectará eso. Eso es todo lo que pude hacer.

—Suficiente. Su Majestad debe estar muy seguro de vosotros. Su comportamiento es cada vez más belicoso. Nosotros estamos intentando, desde luego, reprimir esa tempestad. —Vanya hizo un movimiento con la mano como intentando calmar unas aguas embravecidas—, y cuando llegue el momento tendremos que admitir con pesar que hemos fracasado. Las cosas se están moviendo aquí. El hermano de la Emperatriz se está convirtiendo en una molestia, pero nos ocuparemos de él con facilidad. Cuando se declare la guerra, estaremos listos para actuar. ¿Hay algo más?

—Sí. ¿Qué hay de Joram? ¿Qué pretende hacer con él ese catalista?

—¿Qué te importa a ti eso? El muchacho no es más que un instrumento. La única cosa que te debe preocupar es mantenerlo con vida.

—¿Cuáles son las instrucciones del catalista? ¿Qué hará?

—¿Hacer? Dudo que tenga agallas para hacer nada. Le he recomendado precaución. Deberá informarme dentro de un mes o así. Le rogaré que lleve el asunto con calma. Pero haz tus preparativos. Cuando yo dé la orden, tendrás que moverte con rapidez. Tienes tus órdenes. ¿Necesito recordártelas? —Vanya frunció aún más el entrecejo—. Percibo descontento en ti, amigo mío. No estoy acostumbrado a estos interrogatorios. ¿Qué pasa? ¿Han descubierto tu disfraz?

—Claro que no, Patriarca. —La voz se volvió fría y cortante—. Ambos conocemos mi gran talento. Por eso es por lo que me escogisteis a mí. Pero han surgido ciertas cuestiones inesperadas. Alguien se está tomando en todo esto un interés mayor del que a mí me gustaría.

—¿Quién? —exigió Vanya.

—Creo que lo sabéis. —La voz que sonaba dentro de Vanya era suave—. De hecho, me parece que me habéis dado cartas marcadas.

—¡Cómo te atreves...!

—Me atrevo porque soy quien soy. Y ahora, debo irme. Alguien se acerca. Recordad, Divinidad, en mi mano está el rey.

El lazo mágico que los unía se rompió, dejando a Vanya allí sentado, contemplando la oscuridad con labios apretados, sus dedos moviéndose como las patas de una araña por el brazo de la silla.

—¿El rey? Sí, amigo mío. Pero en la mía están las espadas.

LIBRO III

La Ceremonia del Scianc

Somos muchos, pero no estamos unidos

Si los Tecnólogos se hubieran alzado en grupo y rebelado contra Blachloch, el Señor de la Guerra y sus secuaces hubieran caído. Sin un catalista para facilitarle Vida, los poderes mágicos del Ejecutor hubieran sido limitados, y sus hombres, pocos en número, no hubieran podido resistir el ataque de cientos de personas. Sin embargo, aquellos cientos no se alzaron. De hecho, la mayoría de los Hechiceros estaban totalmente de acuerdo con los planes de Blachloch de aliarse con los habitantes de Sharakan y declarar la guerra. Ya era hora de que los Hechiceros recuperaran para el mundo el poder del Noveno Misterio, volviendo a ocupar el lugar que les correspondía entre los habitantes de Thimhallan. Y si, para conseguirlo, tenían que volver a traer al mundo la muerte y la destrucción, ¿no quedaría esto atenuado por las maravillas que introducirían, maravillas que mejorarían el sistema de vida?

Había algunos Tecnólogos, no obstante, que eran lo bastante inteligentes como para darse cuenta de que en aquel tipo de sueño, los Hechiceros no hacían más que repetir los trágicos errores del pasado; pero éstos estaban en minoría. A Andon, que era un anciano, le iba muy bien hablar de tener paciencia y vivir en paz. Eran los jóvenes los que estaban hartos de tener que andar agazapándose por los bosques, llevando una triste y dura existencia cuando todas las riquezas del mundo podían ser suyas, *debieran* ser suyas.

Así que siguieron a Blachloch incondicionalmente, abandonando sus granjas, trabajando de buena gana en las minas y en la fragua para forjar las armas que iban a labrarles un porvenir.

Aquel porvenir terminó encarnándose para ellos en el monumento que ocupaba el centro del pueblo: la Gran Rueda. Más vieja que el mismo pueblo, la Rueda había sido rescatada de la destrucción de los Templos de los Hechiceros por los perseguidos Tecnólogos, después de las Guerras de Hierro. La trajeron con ellos cuando huyeron al País del Destierro para salvar sus vidas, y ahora está colgada del centro de un arco hecho de piedra negra. La enorme Rueda con sus nueve radios se ha convertido en el centro de un ritual conocido en el pueblo con el nombre de la Ceremonia del Scianc.

¿Quién sabe cómo empezó aquel ritual? Sus raíces están enterradas entre el barro y la sangre del pasado. Es posible que, tiempo atrás, cuando los Hechiceros se dieron cuenta de que los conocimientos que tanto les había costado adquirir empezaban a desaparecer en las tinieblas de su dura existencia, utilizarán este método para intentar transmitir lo que ellos habían aprendido a la siguiente generación. Por desgracia, la siguiente generación únicamente recordó las palabras; la sabiduría y los conocimientos se fueron reduciendo hasta extinguirse como la llama de una vela que se consume.

La séptima noche de cada semana, todos los habitantes del pueblo se reúnen alrededor de la Rueda y entonan el cántico que cada uno aprende de niño. Con el acompañamiento de instrumentos hechos de hierro, de madera torturada y de pieles tensadas de animales, el cántico empieza rindiendo homenaje a las tres fuerzas principales en la vida de los Hechiceros: el Fuego, el Viento y el Agua. Con voces que se elevan más y más fuertes a medida que la música de los instrumentos se vuelve más frenética, la gente cuenta en sus canciones la creación, la construcción y el desarrollo de cosas prodigiosas que nadie recuerda ni comprende ya.

La noche anterior a la salida de los hombres del pueblo junto con Blachloch para atacar las comunidades agrícolas, la Ceremonia del Scianc fue particularmente delirante, siendo utilizada con mucha habilidad por el ex *Duuk-tsarith* en forma parecida a como el *Dkarn-Duuk* utiliza la danza de la guerra: para hacer que hierva la sangre hasta que todo atisbo de compasión o escrúpulo se consume en aquel delirio. Los cantores danzaron dando vueltas y más vueltas alrededor de la Rueda, mientras el golpear y rasgar de los instrumentos añadía su inhumana voz a la confusión. La oscuridad estaba iluminada por antorchas y, bajo su luz, la Rueda —forjada en algún tipo de reluciente metal, que ya nadie recordaba cómo hacer— brillaba como un sol pagano. De vez en cuando, uno de los danzantes saltaba sobre la plataforma de piedra negra que sostenía el monumento, y, agarrando uno de los martillos de la herrería, golpeaba el centro de aquella Rueda de nueve radios, obligándola a unirse a los cánticos con una resonante voz de hierro que parecía surgir de las mismas entrañas de la tierra.

La mayoría de los Hechiceros participó en la Ceremonia del Scianc, hombres, mujeres y niños, entonando aquellas frases que nadie entendía, danzando bajo la llameante luz, o contemplándola con sentimientos contradictorios.

Andon la contemplaba con pena, oyendo en la letra de la canción las voces de los antiguos pidiéndoles a sus descendientes que recordasen el pasado.

Saryon la miraba con tal horror que fue un milagro que no perdiera la razón. Las luces resplandecientes, la estridente música, las saltarinas figuras de hombres y de mujeres sedientos de sangre, todo parecía salido de aquella imagen del Infierno que tan cuidadosamente le había sido inculcada. No prestó la menor atención a la letra de aquellos cánticos, se sentía demasiado mareado para hacerlo. Allí residía la Muerte, y él se encontraba en medio de ella.

Por el contrario, Blachloch la observaba con satisfacción. Su negra figura permanecía bien apartada del círculo de danzantes, tranquila, atenta, pasando totalmente inadvertida. Él sí oyó las palabras de la canción, pero las había oído a menudo y ya no importaban.

Joram, en cambio, tenía un profundo sentimiento de frustración. También él oyó las palabras y, lo que es más, las escuchó y las entendió, en parte. Únicamente él

había leído los libros ocultos. Únicamente él, de entre todos los allí presentes, se daba cuenta de que en ese lugar estaban los conocimientos que aquellos antiguos Hechiceros habían esperado transmitir a sus descendientes. Sabía que estaban allí, pero no era capaz de descifrarlos. Aquellos conocimientos permanecían encerrados en aquellas palabras, en los libros, y le era imposible encontrar la llave, que se hallaba oculta bajo la forma de extraños e insondables símbolos.

Simkin observaba, aburrido.

La Ceremonia del Scianc terminó al salir la luna. De pie en el centro del llameante círculo que formaban las antorchas, Blachloch blandió el martillo, golpeando nueve veces la Rueda. La gente alzó la voz lanzando nueve gritos salvajes. Luego el ardiente círculo se rompió, y los Hechiceros se dirigieron a sus hogares, comentando las grandes hazañas que realizarían cuando, una vez más, el Noveno Misterio gobernara el mundo.

Pronto, las negras arcadas de piedra quedaron solitarias, proyectando extrañas sombras a medida que la luna se elevaba en el cielo, su pálida luz brillando sobre la Rueda como un espectral reflejo del fuego de las antorchas. El pueblo dormía en aquella oscuridad iluminada por la luna, envuelto en un silencio roto tan sólo por el sonido de las hojas muertas que el otoño empezaba a hacer caer y que —empujadas por un viento helado— recorrían susurrantes las desiertas calles.

1. Escoge tres cartas

Una brillante y soleada mañana de finales de otoño, la mayoría de los hombres y muchachos del poblado de los Hechiceros salió a caballo para tomar, según su punto de vista, lo que el mundo les debía. Andon los vio marchar con ojos que guardaban la tristeza de siglos. Había hecho todo lo que había podido para detenerlos, pero había fracasado. Se dijo que tenían que aprender la lección por sí mismos y el anciano tan sólo esperó que no resultase demasiado amarga. Ni demasiado cara.

Los primeros días del viaje fueron soleados y despejados, cálidos y agradables durante las horas de luz, frescos y vivificadores, insinuando la proximidad del invierno, durante la noche. La banda de Blachloch se sentía alegre y satisfecha; los jóvenes, especialmente, disfrutaban con aquella interrupción de su pesado trabajo en la fragua o en el molino, en las minas o como albañiles. Liderados por el bullicioso Simkin, que vestía de nuevo su traje de guardabosque en honor a la ocasión («a este color le llamo *Barro con Excrementos*»), los jóvenes reían, bromeaban y se tomaban el pelo los unos a los otros a causa de las dificultades que experimentaban para montar los peludos y medio salvajes caballos que criaban en el pueblo. Por la noche se reunían alrededor de un brillante fuego para intercambiar historias y jugar a juegos de azar con los hombres de más edad, apostando sus raciones de comida para el invierno y perdiéndolas tan a menudo que lo más probable era que ninguno de ellos pudiera comer hasta la primavera.

Incluso el generalmente taciturno Joram parecía haber mejorado con el cambio, sorprendiendo a Mosiah con sus ganas de hablar, cuando no estaba tomando parte en las peleas amistosas y en las bromas. Pero también, reflexionó Mosiah, aquello podía estar relacionado con el hecho de que Joram acababa de salir de uno de sus oscuros estados melancólicos.

No obstante, a la segunda semana la alegría había desaparecido del viaje. Una lluvia helada chorreaba de las amarillentas hojas de los árboles, penetrando a través de las capas y resbalándoles por la espalda. El ruido sordo de las gotas acompañaba rítmicamente el pesado golpeteo de los cascos de los caballos. La lluvia no cesó, sino que siguió cayendo con regularidad durante días. Además, por orden de Blachloch no se podían encender hogueras, ya que ahora estaban en territorio centauro, y también se había doblado la vigilancia, lo que significaba que muchos perdían media noche de sueño. Todo el mundo se sentía desgraciado y de mal humor, pero había una persona que era tan evidente que se sentía aún más desdichada que los demás, que Mosiah no pudo evitar darse cuenta de ello.

Aparentemente, Joram también lo había notado. De vez en cuando Mosiah veía una expresión de sombrío placer en los oscuros ojos de Joram y una media sonrisa casi afloraba a sus labios. Siguiendo su mirada, Mosiah vio que contemplaba al

catalista, que cabalgaba frente a ellos, saltando incómodo en la silla, la cabeza tonsurada inclinada, los hombros caídos. A caballo, el catalista ofrecía un espectáculo patético. Los primeros días había montado rígido como un palo a causa del miedo. Ahora estaba simplemente anquilosado. Le dolía cada hueso y cada músculo de su cuerpo. Evidentemente el solo hecho de sentarse en la silla le resultaba doloroso.

—Me da pena ese hombre —dijo Mosiah la segunda semana de su viaje hacia el norte.

Helados y empapados, Joram, Simkin y él cabalgaban juntos por un trecho del sendero que era lo suficientemente ancho como para haber permitido a una brigada de caballería cabalgar de frente. Eran los gigantes quienes habían abierto aquel camino, les comunicó Blachloch, avisándoles de que se mantuvieran alerta.

—¿Qué hombre? —preguntó Joram.

Había estado escuchando las explicaciones de Simkin de cómo el Duque de Westshire había contratado a todo el Gremio de Moldeadores de Piedra, junto con seis catalistas, para rehacer completamente su residencia palaciega en Merilon, cambiando la estructura de cristal por una de mármol rosado, veteado de verde pálido.

—En la corte no se habla de nada más. Una cosa así no se había hecho nunca. Imagínate, ¡mármol! Tiene un aspecto bastante... pesado... —estaba diciendo Simkin.

—El catalista. ¿Cómo se llama? Me da pena —dijo Mosiah.

—¿Saryon? —Simkin pareció ligeramente desconcertado—. Perdóname, querido muchacho, pero ¿qué tiene que ver él con el mármol de color rosa?

—Nada —contestó Mosiah—. Sencillamente estaba observando la expresión de Joram. Parecen divertirle los sufrimientos del pobre hombre.

—Es un catalista —replicó secamente Joram—. Y te equivocas. No me interesa lo suficiente como para pensar en él en un sentido u otro.

—Hummm —murmuró Mosiah, al ver cómo los oscuros ojos de Joram se oscurecían aún más al clavarlos en la espalda, cubierta por una túnica verde, del catalista.

—Viene de vuestro pueblo, ¿sabéis? —comentó Simkin, inclinándose sobre el cuello de su montura para hablar confidencialmente en un tono de voz tan alto que podían oírle casi todos los de la fila.

—¡Baja la voz! Nos va a oír. ¿Qué quieres decir con que es de nuestro pueblo? —preguntó Mosiah, asombrado—. ¿Por qué no dijiste nada antes? ¡Quizá conoce a mis padres!

—Estoy seguro de que comenté algo —protestó Simkin, con aire ofendido—, cuando os conté que venía a buscar a Joram...

—¡Chisst! —siseó Mosiah—. ¡Esas tonterías! —Mordiéndose el labio, el joven se quedó mirando al catalista, pensativo—. Me pregunto cómo estarán mis padres. Hace

tanto tiempo...

—¡Oh, adelántate! ¡Habla con él! —soltó Joram, y sus cejas se unieron en una línea gruesa y dura que le cruzaba la frente.

—Sí, ve a charlar con el viejo —dijo Simkin lánguidamente—. No es mala persona, realmente, si tenemos en cuenta cómo son los catalistas. Y a mí no me gustan más que a ti, ¡oh Sombrío y Melancólico Amigo! Ya te conté cómo se llevaron a mi hermanito pequeño, ¿no es así? Al pequeño Nat. ¡Pobre chiquillo! No pasó las Pruebas. Lo tuvimos escondido hasta que cumplió los cinco años, pero ellos lo descubrieron. Uno de los vecinos lo delató. Estaba resentido con mi madre. Yo era el favorito de Nat, ¿sabes? El pobrecillo se aferró a mí cuando se lo llevaban.

Dos lágrimas rodaron por el rostro de Simkin hasta perderse en su barba. Mosiah exhaló un exasperado suspiro.

—¡Eso! —exclamó Simkin, sorbiendo por la nariz—. Búrlate de mi aflicción. No le des importancia a mi dolor. Si me perdonáis —musitó, mientras numerosas lágrimas le corrían por el rostro, mezclándose con el agua de lluvia—, daré rienda suelta a mi pena en privado. Vosotros dos seguid adelante. No, no sirve de nada que intentéis consolarme. En absoluto...

Hablando entre dientes de forma incoherente, Simkin hizo dar media vuelta a su caballo de repente y abandonó el sendero, galopando hacia atrás en dirección a la retaguardia de la columna.

—¡Burlarme de su aflicción! Con éste, ¿cuántos hermanos van que han sufrido una muerte horrible? —Con un resoplido de indignación, Mosiah volvió la vista hacia Simkin, quien se estaba secando las lágrimas del rostro, mientras al mismo tiempo le lanzaba una grosería a uno de los secuaces de Blachloch—. Sin mencionar el surtido de hermanas que han sido hechas prisioneras por nobles o arrebatadas por centauros, sin tener en cuenta la que huyó de casa porque estaba enamorada de un gigante. Luego, también está la tía, que se ahogó en una fuente pública porque creía que era un cisne, y su madre, que ha muerto ya cinco veces de cinco diferentes y raras enfermedades, y una vez de dolor porque los *Duuk-tsarith* arrestaron a su padre por conjurar ilusiones ópticas ofensivas del Emperador. Todo lo cual le ha sucedido a un huérfano al que se encontró flotando en un cesto hecho de pétalos de rosa en las alcantarillas de Merilon. ¡Es un mentiroso monumental! ¡No entiendo cómo puedes aguantarlo!

—Porque es un mentiroso divertido —replicó Joram, encogiéndose de hombros —. Y eso hace que sea diferente.

—¿Diferente?

—Del resto de vosotros —dijo Joram, mirando a Mosiah por debajo de sus espesas y oscuras cejas. ¿Por qué no vas a hablar con tu catalista? —sugirió fríamente, al ver que el rostro de Mosiah se ponía rojo de ira—. Si lo que he oído es

verdad, es candidato a castigos aún peores que las llagas que produce la silla de montar.

Clavando los talones en los ijares del caballo, Joram galopó hacia adelante, pasando junto al catalista sin dirigirle una sola mirada, los cascos de su caballo salpicándolo de barro. Mosiah vio cómo el catalista alzaba la cabeza y seguía con la mirada al joven, cuya larga y negra cabellera, agitándose libre de ataduras, brillaba bajo la lluvia como el plumaje de un pájaro mojado.

—¿Por qué te aguanto a *ti*? —murmuró Mosiah, contemplando la figura de su amigo—. ¿Por compasión? Me odiarías por ello. Pero, en cierto modo, es verdad. Puedo comprender por qué te niegas a confiar en nadie. Tus cicatrices no son únicamente las de las heridas de tu pecho. Pero, algún día, amigo mío, ¡esas cicatrices no serán nada, nada, comparadas con la cicatriz de la herida que recibirás cuando descubras que estabas equivocado!

Sacudiendo la cabeza, Mosiah hizo adelantarse a su caballo hasta que se colocó junto al catalista.

—Perdonadme por interrumpir vuestras meditaciones, Padre —dijo el joven, indeciso—, pero ¿os importaría... os importaría si os hago compañía?.

Saryon levantó los ojos temeroso, su rostro estaba cansado y tenso. Entonces, al ver únicamente al muchacho, pareció relajarse.

—No, me gustaría mucho, en realidad.

—Vos... vos no estabais rezando ni nada de eso, ¿verdad, Padre? —preguntó Mosiah, turbado—, puedo irme, si vos...

—No, no estaba rezando —dijo Saryon con una débil sonrisa—. No he estado rezando mucho últimamente —añadió en voz baja, contemplando aquella región inhóspita con un estremecimiento—. Estoy acostumbrado a encontrar a Almin en los pasillos de El Manantial. No aquí fuera. No creo que Él esté aquí.

Mosiah no comprendió, pero viendo una oportunidad para romper el hielo, comentó:

—Mi padre habla así algunas veces. Dice que Almin cena con los ricos y arroja las sobras a los pobres. Que no se preocupa de nosotros, y que por lo tanto debemos vivir nuestras vidas según nuestro propio honor e integridad, porque cuando morimos ésa es la cosa más importante que dejamos tras de nosotros.

—Jacobias es una persona muy sensata —dijo Saryon, mirando a Mosiah con atención—. Lo conozco. Tú eres Mosiah, ¿verdad?

—Sí. —El muchacho se ruborizó—. Sé que vos lo conocéis. Es por eso que me acerqué... Es decir, no lo sabía o me hubiera acercado antes... Quiero decir que Simkin me lo acaba de decir...

—Comprendo —Saryon asintió gravemente—. Debiera haber ido a verte. Tengo mensajes de tus padres, pero... no he estado bien.

Ahora le tocaba el turno al catalista de ruborizarse incómodo. Con una mueca de dolor, se removió en su silla, dirigiendo la mirada a la figura de Joram, que desaparecía entre los árboles en aquel momento.

—Mis padres... —le recordó Mosiah, tras un buen rato de silencio.

—¡Oh!, sí, lo siento. —Saryon se animó—. Están bien y te envían su amor. Te recuerdan todos los días —dijo el catalista, viendo cómo una expresión de anhelo y nostalgia cruzaba el rostro del joven—. Tu madre me dio un beso para ti, pero no creo que sea necesario que te lo pase personalmente.

—No, claro que no. Gracias, Padre —musitó Mosiah, enrojeciendo—. ¿Di... dijeron algo más? Mi padre...

Echándole una ojeada al muchacho, el rostro de Saryon se tornó grave y no contestó inmediatamente.

Mosiah vio su expresión y comprendió.

—Es eso, ¿verdad? —dijo con tristeza—. Me va a echar un sermón.

—No un sermón —contestó Saryon con una sonrisa—. Me dijo que había oído algunos rumores sobre esta gente que no le gustaron. Esperaba que los rumores fuesen falsos, pero, si no lo eran, esperaba que tú recordarías aquello en lo que te habían enseñado a creer desde pequeño, y que él y tu madre te querían y que estabas siempre en sus pensamientos.

Mirando al muchacho, Saryon vio cómo el rubor manchaba sus tersas mejillas, en las que había un ligerísimo asomo de barba. Pero la vergüenza —si es que era eso— desapareció casi inmediatamente, siendo reemplazada por la ira.

—Lo que habéis oído es falso.

—¿Y qué hay de esta incursión?

—Estas gentes son buena gente. —Mosiah miró ferozmente a Saryon, desafiante —. Todo lo que quieren es tener las mismas oportunidades de vivir que los otros. De acuerdo —añadió rápidamente cuando pareció que Saryon iba a hablar—, quizá no me gusten algunas de las cosas que hacen, quizá yo no crea que estén bien. Pero tenemos derecho a sobrevivir.

—¿Haciendo esto? ¿Robando a otros? Andon me dijo...

Mosiah hizo un gesto de impaciencia.

—Andon es un anciano...

—Me dijo que antes de la llegada de Blachloch, los Tecnólogos eran capaces de mantenerse a sí mismos —continuó Saryon—. Labraban la tierra, utilizando herramientas en lugar de magia.

—Ahora no tenemos tiempo. Trabajamos demasiado duro. ¡Tenemos que comer este invierno! —replicó Mosiah, enojado.

—También la gente a la que estamos robando.

—No cogemos demasiada cantidad. Joram lo dijo. Les dejamos mucho...

—No este año. Este año me tenéis a mí, un catalista. Este año Blachloch puede utilizarme para aumentar sus poderes. ¿Has visto alguna vez la cantidad de magia que puede reunir un Señor de la Guerra?

—Entonces, ¿por qué estáis vos aquí? —preguntó Mosiah con brusquedad, volviéndose para mirar a Saryon, con expresión torva—. ¿Por qué huisteis al País del Destierro si teníais unas ideas tan rectas?

—Lo sabes —repuso el catalista en voz baja—. Oí cómo Simkin os lo decía.

Mosiah negó con la cabeza.

—Simkin es incapaz de decir la hora del día sin mentir —dijo con desdén—. Si os referís a esa tontería acerca de venir en busca de Joram...

—No es una tontería.

Mosiah parpadeó, mirándolo con fijeza. El rostro de Saryon, aunque pálido y ojeroso por el cansancio, aparecía sereno.

—¿Qué? —repitió, no estando seguro de haber oído correctamente.

—No es una tontería —dijo el catalista—. Me enviaron aquí para llevar a Joram de vuelta para hacer justicia.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué me estáis contando esto? —exigió Mosiah, desconcertado—. ¿Queréis algo de mí?, ¿es eso? ¿Es que queréis que os ayude? ¡Porque no lo haré! ¡No Joram! Él es mi...

—No, desde luego que no —lo interrumpió Saryon, moviendo la cabeza con una triste sonrisa—. No quiero nada de ti. Lo que yo haga con respecto a Joram, debo hacerlo solo. —Suspirando, se frotó los ojos, cansado—. Te lo he contado porque le prometí a tu padre que te hablaría si te encontraba envuelto en este... —Agitó la mano.

Ambos cabalgaron juntos en silencio a través de la monótona lluvia. Débilmente, detrás de ellos, por encima del cascabeleo de los arneses y el sordo golpear de los cascos de los animales, Mosiah oyó la estridente risa de Simkin.

—Podríais haber predicado vuestro sermón sin decirme la verdad sobre vos, Padre. De todos modos no le creí a Simkin. Nadie lo hace nunca —musitó Mosiah, retorciendo las riendas con la mano, y los ojos clavados en la enmarañada crin del caballo—. No sé qué es lo que queréis decir con lo de llevaros a Joram para que se haga justicia. No veo cómo podríais hacerlo —añadió, mirando al catalista con desprecio—. Avisaré a Joram, desde luego. Sigo sin entender por qué me lo habéis contado. Debéis de haber comprendido que eso nos convertiría en enemigos, a vos y a mí.

—Sí, y lo siento —respondió Saryon, encorvándose aún más en su empapada túnica—. Pero temía que, de lo contrario, no me prestaras atención. Mi «sermón» no hubiera tenido demasiado efecto en ti, si pensabas que predicaba lo que no hacía, como dice el dicho. Ahora, al menos, espero que recapacitarás sobre lo que te he

dicho.

Mosiah no contestó, sino que siguió mirando fijamente la crin del caballo. Su semblante se endureció; la mano que retorcía las riendas las apretó con firmeza.

—Ahora, vuestra conciencia puede sentirse tranquila —dijo, levantando la cabeza —. Habéis cumplido con vuestro deber para con mi padre. Pero, hablando de conciencias, no creo que vaciléis en obedecer a Blachloch cuando os pida que le otorguéis Vida. O quizá pensáis desobedecerle —dijo Mosiah con una sonrisa burlona, recordando el castigo al que había aludido Joram.

Esperando ver cómo aquel catalista de apariencia débil se acobardaba y encogía de miedo, el muchacho quedó sorprendido al ver cómo el otro lo miraba a los ojos con serena dignidad.

—Ésa es mi vergüenza —respondió Saryon con firmeza—, y yo debo enfrentarme con ella, al igual que tú debes enfrentarte con la tuya.

—Yo no necesito enfrentarme... —empezó a decir Mosiah, enojado, pero fue interrumpido por la melodiosa voz de Simkin, elevándose por encima del sonido de la lluvia y de los cascos de los caballos.

—¡Mosiah! ¡Mosiah! ¿Dónde estás?

Malhumorado, el muchacho se volvió sobre la silla, mirando a su espalda y agitando la mano.

—Estaré ahí en un momento —gritó. Luego se volvió de nuevo hacia el catalista —. Una última cosa que no comprendo, Padre. ¿Por qué le contasteis a Simkin lo de Joram? ¿También le estabais sermoneando?

—Yo no se lo dije a Simkin —dijo Saryon. Golpeando desmañadamente a su caballo con sus enormes y torpes pies, el fatigado catalista hizo adelantarse al animal —. Es mejor que vayas, te están llamando. Adiós, Mosiah. Espero que podamos hablar de nuevo.

—¡No se lo dijisteis! Entonces cómo...

Pero Saryon meneó la cabeza negativamente. Bajándose la capucha hasta los ojos, siguió adelante, dejando a Mosiah contemplando, totalmente aturdido, cómo se alejaba.

—Eres demasiado crédulo.

—Tú no estabas allí —murmuró Mosiah—. No lo viste, no viste la expresión de su rostro. Está diciendo la verdad. ¡Oh!, ya sé lo que piensas de eso —añadió, viendo una media sonrisa agria en los oscuros ojos de Joram—, pero tienes que admitir que Simkin *nos dijo* que el catalista había venido a buscarte. Y si el catalista afirma que él no se lo dijo a Simkin, entonces cómo...

—¿Qué importa? —le espetó Joram, impaciente, contemplando con expresión taciturna el pequeño fuego que habían encendido para secar sus ropas.

El grupo se había refugiado para pasar la noche en una enorme cueva que habían

descubierto en la ladera de la colina cerca del río. Puesto que era raro encontrar una cueva desocupada en el País del Destierro, Blachloch había penetrado en ella cautelosamente, manteniendo al catalista a su lado. No obstante, una vez inspeccionada concienzudamente, resultó estar vacía, y el Señor de la Guerra decidió que era un lugar seguro para pernoctar. El único inconveniente era un hediondo olor proveniente de un montón de basura que había en un oscuro rincón; basura que nadie deseó examinar muy de cerca. A pesar de que la habían quemado, el olor persistió, y Blachloch dijo que posiblemente aquella cueva había estado habitada por trolls.

—Desde luego a ti lo del catalista no te importa —dijo Mosiah con amargura, empezando a ponerse en pie—. Nunca te importa nada...

Joram alargó el brazo, agarrando la mano de su amigo.

—Lo siento —dijo con voz tensa, saliéndole las palabras con dificultad—. Te agradezco... el aviso. —Los labios se le torcieron con aquella media sonrisa—. No considero que un catalista de mediana edad pueda ser una gran amenaza, pero estaré alerta. En cuanto a Simkin —se encogió de hombros—, pregúntale cómo se enteró.

—¡Pero no puedes creer a ese imbécil! —soltó Mosiah, exasperado, sentándose de nuevo.

—¿Imbécil? ¿He oído a alguien pronunciar mi nombre en vano? —una voz de tonos suaves surgió de la oscuridad.

Con un suspiro de disgusto, Mosiah puso mala cara y se cubrió los ojos con la mano cuando la figura vestida de forma llamativa penetró en la zona iluminada por la hoguera.

—¿Qué pasa, querido muchacho? ¿No te gusta esto? —preguntó Simkin, alzando los brazos para exhibir su nueva vestimenta de modo que se pudieran apreciar mejor sus chillones colores—. Me sentía tan fastidiado, llevando ese tristón vestido de guardabosque, que decidí que un cambio me vendría bien, como dijo la Duquesa D'Longeville cuando se casó con su cuarto marido. ¿O era el quinto? Aunque no es que importe. No tardará mucho en estar muerto como los otros. *Nunca* toméis el té con la Duquesa D'Longeville. O, si lo hacéis, aseguraos de que no os sirve de la misma tetera con la que sirve a su marido. ¿No te gusta este tono rojo? Lo llamo *Bermellón Triturado*. ¿Qué sucede, Mosiah? Pareces estar hoy de peor humor que nuestro amigo El Sombrío.

—Nada —refunfuñó Mosiah, contorsionándose para ponerse en pie y observar el interior de un tosco puchero de barro colocado precariamente sobre un lecho de ardientes brasas.

—Huele como si se hubiera pegado al fondo —dijo Simkin, inclinándose y olfateando el contenido—. Digo yo, ¿por qué no le pides a ese divertido catalista un poco de Vida? Podríamos utilizar nuestra magia, como hace todo el mundo ahora que él está aquí. ¿Estoy invitado a cenar?

—No.

Levantando un palo, e ignorando la sugerencia sobre el catalista, Mosiah empezó a remover el burbujeante contenido del puchero.

—¡Ah! —dijo Simkin sentándose—, gracias. Veamos, ¿por qué estamos de tan mal humor? ¡Ya sé! Cabalgaste con el Padre Cabezapelada hoy. ¿Te contó algo interesante?

—Chisst —le advirtió Mosiah, indicando con un gesto el lugar donde se sentaba Saryon solo, intentando sin demasiado éxito encender un fuego—. ¿Por qué preguntas? Probablemente sabes tú más sobre lo que hemos discutido que ninguno de nosotros.

—Probablemente es verdad —dijo Simkin con alegría—. Mirad al pobrecillo, se está muriendo de frío. Un anciano como él no debería andar vagando por estas regiones salvajes. Lo invitaré a compartir nuestro estofado. —El joven miró a sus amigos—. ¿Lo hago? Creo que lo haré. No pongas esa cara, Joram. Realmente deberías conocerlo. Después de todo está aquí para prenderte. ¡Eh, catalista!

La voz de Simkin resonó en la caverna. Saryon dio un respingo y se volvió, como hicieron casi todos los que estaban en la cueva.

Mosiah tiró de la manga de Simkin.

—¡Para ya, estúpido!

Pero Simkin volvía a llamarlo de nuevo agitando una mano, con su roja vestimenta reluciendo a la luz de la hoguera.

—Venid aquí, catalista. Veréis, tenemos este exquisito guisado de ardilla...

La mayoría de los hombres los estaba mirando, riendo disimuladamente y haciendo comentarios en voz baja. Incluso Blachloch levantó la encapuchada cabeza de la partida de cartas que jugaba con algunos de sus hombres, contemplando al grupo con mirada fría e intensa. Ruborizado, Saryon se incorporó con lentitud y se dirigió hacia ellos, evidentemente esperando así hacer callar a Simkin.

—¡Maldición! —gruñó Mosiah, inclinándose junto a Joram—. Vámonos. Ya no tengo hambre...

—No, espera. Quiero conocerlo —le susurró Joram, clavando sus oscuros ojos en el catalista.

—Yo os acompañaré, Padre —exclamó Simkin, poniéndose en pie de un salto y dirigiéndose hacia el catalista. Con una elegante reverencia, agarró al desconcertado hombre de la mano y lo condujo hasta el fuego, improvisando unos pasos de danza mientras se acercaban—. ¿Bailamos, Padre? Un, dos, tres, salto. Un, dos, tres, salto...

Se oyeron carcajadas. Todos los que estaban en la cueva los observaban, ahora, agradecidos por la diversión. Blachloch fue la excepción, volviendo a su partida de cartas.

—¿No sabéis bailar, Padre? Probablemente lo desaprobáis, ¿no es así?

Saryon intentaba, sin éxito, desasirse de Simkin.

Pero Simkin se lo estaba pasando estupendamente y continuó diciendo:

—Sin duda Su Rechoncha Señoría lo prohíbe simplemente porque está celoso. Quiero decir que en su caso el «un, dos, tres, salto» se parecería más a «un, dos, tres, plof, plof, plof».

Hinchando los carrillos y sacando la barriga, Simkin realizó una muy creíble imitación del Patriarca, que hizo brotar carcajadas e intermitentes aplausos.

—Gracias, gracias. —Colocándose una mano sobre el corazón, Simkin hizo una reverencia. Luego, con un florido ademán del pañuelo de seda naranja, condujo al catalista junto al fuego—. Aquí estamos, Padre —dijo, hurgando por todas partes y acercando finalmente un tronco podrido—. ¡Esperad! No os sentéis todavía. Apuesto a que tenéis hemorroides. Son la maldición de la gente mayor. Mi abuelo murió de ellas, ¿sabéis? Sí —continuó, afligido, golpeando ligeramente el tronco una sola vez y transformándolo en un almohadón de terciopelo—, el pobre anciano pasó nueve años sin sentarse. Entonces lo intentó una vez, y, ¡bam!, se desplomó de golpe. La sangre se acumuló en su...

—¿Por qué no os sentáis, Padre, por favor? —lo interrumpió Mosiah precipitadamente—. Me... me parece que no conocéis a Joram. Joram, éste es el P... Padre...

Mosiah empezó a tartamudear aturdido y finalmente se quedó en silencio mientras Joram miraba con fijeza al catalista sin decir una palabra.

Sentándose con dificultad en el almohadón, Saryon intentó saludar cortésmente al joven, pero la mirada de frío desdén que había en los marrones ojos de Joram dejó su cuerpo sin respiración y su mente sin palabras. Únicamente Simkin se sentía cómodo. Sentado, con el cuerpo doblado, sobre una roca, apoyaba los brazos en las dobladas rodillas, descansando la barbada barbilla sobre las manos, y sonreía a los tres traviesamente.

—Apostaría a que la ardilla ya está cocida —dijo, alargando un brazo de repente para darle al catalista un travieso empujón—. ¿No os parece, Padre? ¿O es otra cosa quizá la que se cuece?

Enrojeciendo tan vivamente que parecía como si tuviera fiebre, Saryon tenía todo el aspecto de desear que se lo tragara la tierra. Mosiah le lanzó una mirada furiosa a Simkin, y se inclinó apresuradamente hacia el puchero de hierro. Iba a cogerlo por el asa, cuando Joram le sujetó el brazo.

—Estará caliente —dijo. Un palo se materializó en la mano de Joram, y, pasándolo a través del asa, levantó el puchero de las llamas—. El calor del fuego calienta tanto el recipiente como el asa.

—Tú y tu maldita Tecnología —murmuró Mosiah, volviendo a sentarse.

—Si lo deseáis, abriré un conducto y os facilitaré Vida —empezó a decir Saryon,

pero entonces sus ojos se encontraron con los de Joram.

—A mí no me serviría de mucho, ¿verdad, Padre? —dijo Joram sin entonación, sus espesas cejas formando una oscura línea que le cruzaba la frente—. Estoy Muerto. ¿O no lo sabíais?

—Lo sabía —repuso Saryon con calma. El rubor había desaparecido de su rostro, dejándolo pálido y sereno. Nadie les prestaba atención ahora; los demás hombres de la cueva, al ver que aparentemente el espectáculo había terminado, habían vuelto a ocuparse de sus propios asuntos—. No voy a mentirte. Me han enviado para llevarte ante la justicia. Eres un asesino.

—Y uno de los Muertos vivientes —lo atajó Joram secamente, colocando la olla del estofado sobre el suelo con un golpe sordo.

—¡Eh! Cuidado —protestó Simkin, inclinándose con rapidez para salvar la olla. Tomando una cuchara, empezó a servir porciones de aquella mezcla gris y espesa en unos cuencos de madera toscamente tallada—. Perdonad que utilice herramientas, Padre, pero...

—¿Lo eres? —preguntó Saryon, mirando fijamente a Joram—. Te he estado observando, y te he visto utilizar magia. Ese palo que sacaste de la nada, por ejemplo...

Ante la sorpresa de Saryon, los oscuros ojos de Joram centellearon, pero no de ira. De miedo. Perplejo, olvidando lo que iba a decir, el catalista lo contempló con atención. La mirada desapareció en cuestión de segundos, bajo la dura y pétrea fachada; pero había estado allí, de eso Saryon estaba seguro.

Tomando un cuenco de las manos de Simkin, Joram se sentó sobre el suelo de piedra y empezó a comer, utilizando aquella herramienta para llevar la comida a su boca con rapidez, sin levantar ni una sola vez los ojos del plato. Cogiendo su cuenco, Mosiah hizo lo mismo, manejando la extraña cuchara con torpeza. Simkin le ofreció un recipiente al catalista, quien lo tomó junto con una cuchara. Pero Saryon no comió, seguía con la vista fija en Joram.

—He estado pensando —dijo, dirigiéndose al ceñudo muchacho—. Puesto que no existe ningún documento relativo a tus Pruebas, es posible que el Padre Tolban se hubiera equivocado, en la excitación del momento, con respecto a ti. Vuelve conmigo por tu propia voluntad y deja que se estudie el caso. Hubo circunstancias atenuantes en relación al asesinato, según he oído. Tu madre...

—No mencionéis a mi madre. Hablemos de mi padre, en su lugar. ¿Lo conocisteis, catalista? —preguntó Joram fríamente—. ¿Estuvisteis vos ahí, observando, cuando convirtieron su cuerpo en piedra?

Saryon había tomado su cuenco, pero ahora volvió a dejarlo en el suelo con manos temblorosas.

—Pregunto yo, Mosiah —comentó Simkin, masticando vigorosamente—; esta

ardilla no iría a parar a tus brazos tambaleante para morir allí de vieja, ¿verdad, querido amigo? Si así fue, debieras de haberle dado un entierro decente; hace diez minutos que estoy masticando este pedazo...

—No, no..., no estuve presente en la ejecución de tu padre —replicó Saryon en voz baja, los ojos fijos en el suelo de piedra—. Entonces yo era un Diácono. Sólo aquellos miembros de mayor categoría de mi Orden...

—¿Consiguen presenciar el espectáculo? —dijo con desprecio Joram.

—¡Agua! ¡Necesito agua! —Simkin hizo un movimiento, y un odre de agua, que colgaba en una parte más fresca de la cueva, flotó hacia ellos—. Necesito algo para poder tragar a esta anciana. —Tomando un trago, se secó la boca con el pañuelo de seda naranja, luego dejó escapar un enorme bostezo—. Oíd, esta conversación me aburre terriblemente. Juguemos al tarot.

Alzando una mano en el aire, hizo aparecer una baraja de brillantes cartas de cantos dorados.

—¿De dónde has sacado esa baraja? —exigió Mosiah, dando gracias por la interrupción—. Espera un momento, ésas no serán las de Blachloch, ¿verdad?

—Claro que no —Simkin parecía ofendido—. Él está jugando ahí en el rincón, ¿no te habías dado cuenta? En cuanto a éstas —extendió las cartas sobre el suelo con un experto movimiento de la mano—, las cogí en la corte. Es el último modelo de baraja. Los artesanos hicieron un trabajo excelente. Las figuras de las cartas están dibujadas de modo que se parezcan a los miembros de la Casa Real de Merilon. Hacen furor, os lo aseguro. Aunque dan una imagen excesivamente favorecida de la Emperatriz, desde luego. No tiene tan buen aspecto ahora, especialmente si se la mira de cerca. Pero los artesanos no tienen opción en esto, supongo. ¿Observáis este precioso color azul celeste del cielo en la carta del Sol? Es lapislázuli triturado. No, de verdad, os lo aseguro. ¿Y veis a los Reyes? Cada palo es un Emperador de uno de los reinos. Rey de Espadas: el Emperador de Merilon. El Rey de Bastos es el de Zith-el. El Rey de Copas es el Emperador de Balzab, famoso por sus amoríos. Un gran parecido, y el Rey de Oros es ese avaro de Sharakan...

—Vamos a jugar, ¿verdad, Joram? —interrumpió Mosiah apresuradamente, al ver que Simkin se disponía a pasar a las Reinas—. ¿Vos qué, Padre? ¿O jugar al tarot va en contra de vuestros votos o algo así?

—Sólo tres jugadores —dijo Simkin, barajando las cartas—. El catalista tendrá que esperar su turno.

—Gracias —repuso Saryon. Envolviéndose en sus ropas, empezó a incorporarse, dejando su estofado intacto sobre el suelo—. Se nos permite jugar pero yo no quisiera interrumpir vuestro juego. Quizás otra vez...

—Adelante, catalista. —Apartando su plato de un empujón, Joram se puso en pie con expresión sombría y malhumorada, y una extraña y salvaje mirada en los ojos—.

No quiero jugar. Podéis ocupar mi sitio.

—¡No, Joram! —dijo Mosiah en un susurro.

Con voz ansiosa, sujetó el musculoso brazo de Joram.

—Muy bien —dijo Simkin alegremente, cortando la baraja y volviendo a juntar las cartas con un rápido movimiento de la mano—. No jugaremos si Joram va a volver a tener uno de sus ataques de mal humor. Mirad, os diré la buenaventura. Volved a sentaros, catalista. Creo que esto os parecerá interesante. Tú primero, Joram.

Antiguamente, los Adivinos habían utilizado las cartas del tarot para poder ver el futuro. Traídas del Mundo Arcano, fueron consideradas originalmente artilugios sagrados. Se decía que tan sólo los Adivinos sabían cómo traducir las complejas imágenes pintadas en ellas; pero los Adivinos ya no existían, habiendo perecido todos en las Guerras de Hierro. Las cartas aún persistían, no obstante, conservándose gracias a su singular belleza, y al cabo de un tiempo alguien recordó que antiguamente se habían utilizado en un juego llamado tarot. El juego se hizo popular, particularmente entre los miembros de la nobleza. Por su parte, el arte de la adivinación tampoco murió totalmente, sino que se redujo (con el estímulo de los catalistas) convirtiéndose en un pasatiempo inofensivo apropiado para divertirse en las fiestas.

—Vamos, Joram. Soy bastante experto en esto, ya sabes —dijo Simkin con voz persuasiva, tirando de la manga de Joram hasta que consiguió que el joven se sentara. Incluso Saryon vaciló, contemplando las cartas con la fascinación que todo el mundo siente cuando se intenta levantar el velo que esconde el futuro—. La Emperatriz sencillamente me adora. Ahora, Joram, utilizando tu mano izquierda, la mano que está más cerca de tu corazón, escoge tres cartas. El pasado, el presente y el futuro. Este es tu pasado.

Simkin dio la vuelta a la primera carta. Una figura vestida de negro montando un macilento caballo los miró con el rostro burlón de una calavera.

—La Muerte —musitó Simkin.

Muy a pesar suyo, Saryon no pudo reprimir un escalofrío. Dirigió una mirada rápida al muchacho, pero Joram estaba contemplando las cartas con tan sólo una media sonrisa en los labios, una sonrisa que podría haber sido de desprecio.

La segunda carta representaba a un hombre ataviado con regias vestiduras, sentado en un trono.

—El Rey de Espadas. ¡Oh, oh! —exclamó Simkin, con una carcajada—. Quizás estés destinado a arrebatarle el control a Blachloch, Joram. ¡Emperador de los Hechiceros!

—¡Silencio! ¡No te atrevas ni a bromear con eso! —replicó Mosiah, dirigiendo una nerviosa mirada al rincón de la caverna donde Blachloch y sus hombres jugaban su partida.

—No estoy bromeando —dijo Simkin con voz molesta—. Realmente soy bastante bueno en esto. El Duque de Osborne dijo...

—Dale la vuelta a la tercera carta —murmuró Joram—. Así nos podremos ir a dormir.

Simkin volvió la carta, obedientemente. Al verla, los ojos de Joram parpadearon divertidos.

—¡Dos cartas exactamente iguales! Debería de haber sabido que tendrías una baraja trucada —exclamó Mosiah, enojado, aunque Saryon observó que su voz denotaba alivio al ver cómo la extraña expresión desaparecía del rostro de Joram—. ¡La buenaventura! Si a ti te sale la carta del Bufón, Simkin, creeré en ella. Vamos, Joram. Buenas noches, Padre.

Ambos se alejaron, dirigiéndose al lugar donde estaban, arrolladas, sus mantas.

—Buenas noches —dijo Saryon distraídamente.

Su atención estaba puesta en Simkin, que contemplaba las cartas con perplejidad.

—Eso es imposible —declaró Simkin, frunciendo el entrecejo—. Estoy seguro de que la última vez que examiné esta baraja, era perfectamente normal. Lo recuerdo muy bien. Le dije al Marqués de Lucien que iba a encontrarse con un extraño alto y sombrío. Le sucedió, además. Los *Duuk-tsarith* lo cogieron al día siguiente. Humm, es muy curioso. ¡Oh!, bueno. —Encogiéndose de hombros otra vez, cubrió con su pañuelo de seda naranja las cartas y, dándoles un golpecito en la parte superior, las hizo desaparecer—. Oye, Calvo Amigo, ¿te vas a comer tu guisado?

—¿Qué? ¡Oh!... no —contestó Saryon negando con la cabeza—. Adelante.

—Odio ver cómo se desperdicia, aunque ¡ojalá Mosiah sintiera más respeto por los ancianos! —dijo Simkin, tomando el cuenco y metiéndose una cucharada de guisado de ardilla en la boca.

Recostándose en el almohadón de terciopelo, empezó a mascar con resignación.

Saryon no le contestó. Alejándose, el catalista se dirigió a un rincón de la cueva sumido en una relativa oscuridad. Envolviéndose en sus ropas y su manta, se tumbó sobre la fría roca e intentó acomodarse lo mejor posible. Pero le era imposible dormir. Seguía viendo las cartas esparcidas sobre el suelo de piedra.

La tercera carta había sido la Muerte de nuevo; aunque esta vez, la burlona figura había aparecido cabeza abajo.

2. Transfiéreme Vida...

El viaje y la lluvia continuaron, al igual que los sufrimientos de Saryon. Sólo que ahora eran unos sufrimientos suavizados por un temor que crecía a medida que se acercaban más y más a su destino, el pequeño poblado de Magos Campesinos de Dunam, al norte de la frontera con el País del Destierro, a unos ciento cincuenta kilómetros de la costa. Al menos una vez al día, Blachloch le pedía al catalista que le transfiriese Vida; nunca demasiada cantidad, sólo la suficiente para usos defensivos o para darle a sus hombres la facultad mágica de elevarse por encima de las copas de los árboles, siguiendo las corrientes de aire, para inspeccionar el sendero que les esperaba más adelante.

Pero, aunque eran de naturaleza secundaria, Saryon sabía el motivo de aquellas peticiones: eran condicionamientos, obligando a un esclavo a que obedeciera la voz de su amo. Cada orden era un poco más difícil, cada una requería más gasto de energía por parte del catalista que la anterior, cada una le agotaba la magia un poco más cada vez. Y la fría e intensa mirada del Señor de la Guerra lo contemplaba siempre desde la oscuridad de su negra capucha, en busca del menor signo de debilidad, de vacilación o de resistencia.

Lo que Blachloch hubiera hecho de haberse rebelado su esclavo, Saryon no lo sabía. Ni una sola vez durante todo aquel mes de viaje por el País del Destierro, había visto el catalista que el Señor de la Guerra maltratara, amenazara o ni siquiera hablara a nadie con dureza. El *Duuk-tsarith* no necesitaba recurrir a tales medidas. La simple presencia del Señor de la Guerra infundía respeto, cuando sus ojos se volvían hacia alguien les invadía a todos un vago sentimiento de pavor. El ser incluido como uno del terceto en las diarias partidas nocturnas de tarot de Blachloch —el único vicio del Señor de la Guerra y uno del que era un adicto apasionado— requería o bien una gran entereza o bien un enorme valor. Algunos sencillamente no podían soportar jugar a las cartas durante horas bajo la mirada de aquellos ojos azules y sin expresión. Saryon vio a hombres ocultarse en la oscuridad cuando llegaba el anochecer y Blachloch sacaba su juego de cartas.

El sentimiento de culpa y desesperación de Saryon iba en aumento. Día tras día, el catalista cabalgaba bajo la lluvia, con la cabeza inclinada hasta casi tocar la de su caballo. Nada sucedió que diera al traste con aquella penosa cabalgada, y aunque los bandidos vieron huellas de centauros, no fueron atacados. El centauro prefiere capturar a uno o dos humanos solos y se lo pensará dos veces antes de atacar a un grupo tan numeroso y bien equipado. Una vez, a Saryon le pareció ver fugazmente a un gigante que los contemplaba por encima de las copas de los árboles, con la enorme y desgreñada cabeza en aparente desacuerdo con sus protuberantes e infantiles ojillos y la entreabierta boca que sonreía con deleite ante la visión de aquel diminuto desfile

que atravesaba su territorio. Antes de que el catalista pudiera decir algo o lanzar un aviso, la figura ya había desaparecido. Saryon hubiera dudado de sus sentidos, pero sintió cómo el suelo se estremecía bajo el peso de aquellos pies gigantescos que se alejaban. Más tarde se alegró de no haberlo mencionado, al escuchar a algunos de los hombres de Blachloch explicando cómo se divertían cuando capturaban a una de aquellas enormes, bondadosas y mentalmente retrasadas criaturas.

Los únicos sorbos de placer en el amargo cáliz del catalista eran los pocos momentos que pasaba cada día en compañía de Mosiah. El muchacho se aficionó a cabalgar junto a Saryon durante cortos espacios de tiempo, la mayor parte de las veces solo, y de vez en cuando (cuando Mosiah no podía librarse de él) con Simkin. Joram, claro está, nunca se unió a ellos, aunque siempre observó que el joven cabalgaba a poca distancia detrás de ellos, de modo que pudiera oírlos. Pero cuando el catalista fue a mencionárselo a Mosiah, únicamente recibió por respuesta una rápida sacudida de cabeza, una veloz ojeada a su espalda y las siguientes palabras dichas en un susurro: «No le prestéis la menor atención».

Los dos formaban una pareja curiosa: el alto y encorvado sacerdote de mediana edad, y el joven apuesto y de rubios cabellos. Su conversación abarcaba una amplia variedad de temas, empezando casi siempre con las pequeñas actividades de los habitantes del pueblo de Mosiah, que el añorado joven nunca se cansaba de comentar. Sin embargo, después de esto iba más lejos, con Saryon hablando de sus estudios, de la vida en la corte y en la ciudad de Merilon. Era durante aquellos momentos, especialmente cuando hablaba de Merilon, o cuando se refería a las matemáticas (su tema favorito), cuando veía, por el rabillo del ojo, cómo Joram hacía que su caballo se acercase a ellos.

—Decidme, Padre —la voz de Mosiah sobresalía claramente por encima del sonido de los cascos de los caballos y del gotear de los árboles bajo los cuales cabalgaban—, cuando Simkin habla de la corte de Merilon... Ya sabéis, cuando menciona a esos Duques y Duquesas y Condes y todo eso, se lo... quiero decir... ¿se los está inventando? ¿O existen realmente?

«¿Miente? —murmuró para sí Joram mientras cabalgaba detrás de ellos, con aquella extraña sonrisa interior iluminándole los ojos—. Claro que está mintiendo. Sigues intentando pescar al astuto Simkin, ¿verdad, Mosiah? Bien, pues ríndete. Otros mejores que tú lo han intentado, amigo.»

—Realmente no lo puedo decir —Joram oyó replicar al catalista con voz perpleja —. Verás, yo no frecuenté demasiado la corte y... tengo muy mala memoria para los nombres, sin embargo no me son nada familiares. Supongo que es totalmente posible que...

—¿Lo ves? —dijo Joram detrás de Mosiah.

A menudo hacía comentarios parecidos durante sus conversaciones. Pero los

hacía siempre para sí, nunca llegaban a oídos de los afectados, porque Joram no se unía a ellos, y si alguno de ellos miraba hacia atrás, fingía estar absorto en la contemplación de lo que lo rodeaba.

Sin embargo, escuchaba, escuchaba cuidadosamente y con gran interés. Joram había cambiado durante los meses que llevaba viviendo entre los Hechiceros de la Tecnología. Enfermo y agotado al llegar, le había sido fácil al joven volver a su antiguo hábito de dejar a los demás totalmente aparte y esperar que éstos hicieran lo mismo con él. Pero después de largas semanas de comportarse así, descubrió que el que a uno lo dejaran de lado significaba... soledad. Peor que eso, se dio cuenta de que si aquella autoimpuesta soledad continuaba, pronto terminaría tan demente como la pobre Anja.

Afortunadamente, Simkin había regresado por aquella época de una de sus frecuentes y misteriosas desapariciones. Actuando, según algunos, por sugerencia de Blachloch, Simkin apareció en el umbral de la casa de Joram, se presentó a sí mismo y se mudó allí antes de que el taciturno muchacho pudiera pronunciar una sola palabra. Joram, intrigado y divertido por la conversación de aquel joven de más edad, permitió que Simkin se quedara. Simkin, por su parte, lanzó a Joram al mundo.

—Tienes un don, querido muchacho —le dijo una noche Simkin a Joram en tono burlón—. No pongas mala cara. Tu cara se quedará paralizada en esa expresión un buen día y te pasarás toda la vida asustando a perros y a niños pequeños. Ahora, en cuanto a ese don, no estoy bromeando. Lo he visto en la corte. Tu madre era un *Albanara*, ¿verdad? Nacen con esta facilidad, carisma, encanto, o como lo quieras llamar. Claro está que tú tienes el encanto de un montón de piedras, pero quédate conmigo y aprenderás. ¿Por qué deberías molestarte?, te preguntas. Tienes el mejor motivo del mundo. Porque, querido jovencito, puedes conseguir que la gente haga cualquier cosa que tú quieras...

Al aventurarse a salir a aquel pequeño mundo, Joram descubrió, con gran sorpresa y alegría, que lo que Simkin había dicho era verdad. Quizá se debía a la «sangre noble», el talento hereditario de los *Albanara* que corría por sus venas, quizá no era más que el hecho de que había recibido una educación. Fuera cual fuese la razón, Joram descubrió la manera de manipular a la gente, de utilizarla y al mismo tiempo mantenerla a una cómoda distancia de sí mismo.

En la única persona en que aquello no funcionaba era en Mosiah. Aunque se había sentido muy feliz de ver a su amigo de tanto tiempo cuando el joven llegó al campamento, a Joram le molestaban los continuos intentos de Mosiah por romper la cuidadosamente construida envoltura pétrea con que se protegía. Simkin distraía a Joram. Mosiah le pedía algo a cambio de su amistad.

«Apártate —pensaba a menudo Joram con exasperación—. ¡Apártate y déjame respirar!»

A pesar de esto, Joram estaba realmente más contento entre aquella gente de lo que jamás había creído posible. Aunque aún debía hacerles creer que poseía una cierta cantidad de magia, le era posible hacerlo con facilidad gracias a sus artes de prestidigitación. Había otros en el campamento que habían fallado las Pruebas, y por lo tanto no se sentía como un fenómeno o un ser aparte.

A causa del duro trabajo físico, se había convertido en un joven fuerte y musculoso. Desapareció al mismo tiempo parte de la amargura y la ira que marcaban su rostro, aunque las severas y negras cejas y los oscuros y meditabundos ojos seguían haciendo que muchos se sintieran incómodos en su presencia. La hermosa y brillante cabellera negra estaba generalmente descuidada y enmarañada, al no haber una Anja que se la peinara a Joram cada noche; pero se negaba a cortársela, luciéndola en una larga y gruesa trenza que le bajaba por las anchas espaldas hasta llegar casi a la cintura.

También le gustaba su trabajo en la fragua. Moldear el informe mineral dándole la forma de herramientas y armas útiles le producía la satisfacción que él imaginaba que otros hombres debían sentir cuando invocaban la magia. En realidad, Joram se sintió fascinado por los Tecnólogos. Se pasaba horas escuchando a Andon contar las leyendas de las épocas pasadas, cuando los Hechiceros del Noveno Misterio habían gobernado al mundo con sus terribles y maravillosos artefactos y máquinas. Por algún medio misterioso, el muchacho pudo descubrir la localización de los antiguos textos que habían sido escritos después de las Guerras de Hierro por aquellos que habían huido de la persecución. Intrigado por las maravillas que describían, a Joram le enfurecía que tantas cosas se hubieran perdido.

—¡Podríamos volver a gobernar el mundo si tuviéramos tales cosas! —le dijo a Mosiah más de una vez, ya que sus pensamientos siempre se volvían en aquella dirección durante aquellos períodos febriles y locuaces que seguían a sus oscuros ataques de melancolía—. Un polvo fino como la arena, que podía derribar muros; máquinas que arrojaban bolas de fuego líquido...

—¡Es muerte! —exclamó Mosiah, horrorizado—. Es de eso de lo que estás hablando, Joram. Máquinas Mortíferas. Es por eso por lo que se desterró a los Tecnólogos.

—¿Desterrados por quién? ¡Los catalistas! ¡Porque nos temían! —replicó Joram —. En cuanto a la muerte, la gente muere a manos de los Estrategas de las Batallas, los *Dkarn-Duuk*, o, aún peor, se los muta, transformándolos hasta que quedan irreconocibles. Piensa simplemente, Mosiah, piensa lo que podríamos hacer si combináramos magia con Tecnología...

—Blachloch piensa en ello —musitó Mosiah—. Ahí tienes a tu soberano, Joram. Un Señor de la Guerra renegado.

—Quizá... —murmuró Joram pensativo, con aquella extraña media sonrisa en los

ojos—. Quizá no...

Joram había hecho un descubrimiento en uno de aquellos antiguos libros. Era aquel descubrimiento el que le hacía trabajar hasta altas horas de la noche en la forja con tan decepcionantes resultados. Le faltaba aún la clave para acabar de comprenderlo. Ése era el motivo de que su experimento hubiera fallado. Pero ahora se decía que podría haberla encontrado en el lugar más inverosímil: el catalista. Finalmente tenía una idea de lo que eran aquellos extraños símbolos del libro. Eran números. La clave estaba en las matemáticas.

Pero ahora, Joram no sabía qué hacer. Odiaba al catalista; con Saryon volvían amargos recuerdos: las historias de Anja, la estatua de piedra, saber que él estaba Muerto, saber que había cometido un asesinato. Su tranquila existencia había quedado hecha pedazos. Las viejas pesadillas volvieron a atormentarlo, los ataques de oscura melancolía volvieron a amenazar con sumergirlo en su locura. Al poco tiempo de llegar el catalista, más de una vez había pensado en acabar con su vida de la misma manera en que había acabado tan fácilmente con la de otro. A menudo se quedaba de pie, paralizado, con una piedra lisa en la mano, recordando lo fácil que había sido. Recordaba claramente lo que había sentido al arrojar la piedra y el sonido que había producido al chocar con la cabeza de aquel hombre.

Sin embargo, no mató al catalista. El motivo era, se dijo, que había descubierto que sabía matemáticas. Un plan empezó a tomar forma en la mente de Joram, un plan que daría lugar a algo tan potente y mortífero como las espadas de hierro que batía.

Utilizaría al catalista. Joram sonrió interiormente. El catalista le otorgaría Vida, un tipo de Vida. «Tendré que esperar y ver qué clase de persona es —se dijo Joram —. ¿Es débil e ignorante como Tolban, o tiene algo de valor?» Una cosa sí que la tenía el catalista en su favor: aquel hombre había sido, para su sorpresa, totalmente honrado con él. Eso no quería decir que Joram confiara en él. El muchacho casi se echó a reír ante aquella absurda idea; no, no confiaba en el catalista, pero sentía por él, muy a pesar suyo, un cierto respeto.

Pronto llegaría el momento de la prueba definitiva. Joram se mantenía a la espera, al igual que casi todos los demás miembros del grupo de bandidos, de ver cómo reaccionaría Saryon cuando Blachloch le exigiera su ayuda para robar a los aldeanos.

—¿Consideras que lo que estamos haciendo está bien? —le preguntó Mosiah una noche mientras yacían tumbados sobre un montón de hojas muertas, bajo un árbol. Incluso envueltos en sus mantas, parecía imposible conseguir entrar en calor.

—¿Qué es lo que está bien? —murmuró Joram, intentando, sin conseguirlo, ponerse cómodo.

—Coger la comida... de esa gente.

—¿Así que has estado hablando con ese piadoso anciano de nuevo? —preguntó Joram, sarcástico.

—No es eso —replicó Mosiah. Incorporándose sobre un hombro se volvió para mirar a su amigo, que no era más que una masa informe en aquella oscura noche sin estrellas ni luna—. He estado recapacitando. Esas gentes son como nosotros, Joram. Son como mi padre, mi madre y tu madre. —Hizo caso omiso de un repentino crujido producido por su amigo al agitarse enojado—. Acuérdate de lo duros que eran los inviernos. ¿Qué hubiera pasado si nos hubiesen robado los bandidos?

—Hubiera sido mala suerte por nuestra parte, igual que les pasará a ellos —respondió Joram con indiferencia—. Se trata de nosotros o de ellos. Tenemos que conseguir comida.

—Podríamos dar algo a cambio...

—¿Qué? ¿Puntas de flecha? ¿Dagas? ¿Puntas de lanza? ¿Las herramientas del Noveno Misterio? ¿Crees que esos granjeros harían trueques con Hechiceros que han vendido sus almas a los Poderes de las Tinieblas? ¡Ja! Preferirían morir antes que alimentarnos.

La conversación terminó con Joram dándose la vuelta y negándose a hablar, mientras Mosiah oía cómo aquellas últimas e inquietantes palabras resonaban en su cerebro:

«Preferirían morir antes que...»

3. El ataque

Un fuerte y helado viento que soplaba del océano alejó las tormentosas nubes, haciéndolas retroceder hacia el sur, al interior del País del Destierro. Cesó la lluvia y apareció el sol, aunque su pobre calor otoñal poco podía hacer para contrarrestar el frío cortante del viento al atravesar las ropas mojadas. El ánimo de los hombres no mejoró. Al cesar la lluvia, Blachloch los hizo avanzar con rapidez, incluso con cabalgadas nocturnas, cuando la noche era clara. Los espesos bosques de robles y nogales del País del Destierro dieron paso a bosques de pinos, y los jinetes se volvieron más cautelosos, ya que empezaban a acercarse a la frontera con las tierras civilizadas. Deteniéndose por fin a la orilla del río, acamparon y pasaron tres días cortando árboles y atando juntos los troncos para formar toscas balsas.

Al catalista se lo mantuvo muy ocupado transfiriendo Vida a los hombres para que pudieran completar el trabajo velozmente. Hacía lo que le decían, aunque contemplaba la construcción de las balsas con desaliento, y, mentalmente, las veía ya cargadas con el botín, listas para ser transportadas río arriba hasta el poblado.

Por fin, las balsas quedaron terminadas, y llegó una noche en la que no apareció la luna. El viento soplaba todavía con más fuerza y violencia, zarandeando a los hombres de Blachloch mientras montaban en sus caballos. Galopando a gran velocidad, con las negras capas ondulando al viento como las velas de una armada fantasmal, los bandidos se dejaron caer sobre la aldea de Dunam, con la intención de atacarlos al anochecer cuando, agotados por su larga jornada de trabajo en el campo, los magos se dispusieran a descansar.

En las afueras del pueblo, Blachloch tiró de las riendas de su caballo, ordenándoles que se detuvieran. Ante ellos había una extensión de terreno descubierto, de campos cuya cosecha ya había sido recogida, que permanecían sin cultivar a la espera de la primavera. Apilados en un extremo se veían los discos que utilizaban los Ariels para transportar los frutos de la cosecha hasta los graneros del propietario de las tierras. Al verlos, los hombres se sonrieron unos a otros con satisfacción. Habían llegado a tiempo.

El viento soplaba helado del océano en dirección norte, arrastrando con él, incluso a tanta distancia, un ligero regusto salobre. Recibiendo el cortante viento en pleno hocico, los caballos sacudían la cabeza haciendo que los arneses emitieran un sonido metálico y provocando que algunos de los más asustadizos se agitaran nerviosamente. Los jinetes, no mucho más tranquilos que sus monturas, embozados hasta las cejas en gruesas capas todavía mojadas por la húmeda cabalgada, permanecían sobre sus monturas, impasibles, formando una hilera, aguardando las órdenes que los haría entrar en acción.

Sentado sobre su montura algo alejado de ellos, solo, encorvado bajo su verde

capa, Saryon temblaba de miedo y de frío, mientras el credo con el que había crecido resonaba en sus oídos y la ironía de sus palabras se retorcía en su estómago.

Obedire est vivere. Vivere est obedire.

—Catalista, a mi lado.

Las palabras no fueron oídas, sino que penetraron raudas en la mente de Saryon. Sujetando las riendas con mano temblorosa, el catalista cabalgó al frente.

—Obedecer es vivir...

¿Dónde estaba Almin? ¿Dónde estaba su Dios en aquella hora de desesperación? Probablemente, allá en El Manantial, asistiendo a los Rezos Vespertinos. Era seguro que Él no estaba cabalgando con los bandidos en aquella borrascosa y tempestuosa noche.

—Vivir es obedecer...

Mientras avanzaba a lomos de su caballo, Saryon observó vagamente un rostro que se volvía para contemplarlo. Con la capucha echada hacia atrás, el joven era apenas visible bajo la brillante luz de las estrellas, pero el catalista reconoció a Mosiah, que parecía hallarse preocupado y aturdido. Indudablemente la oscura y amortajada figura que lo acompañaba debía de ser la de Joram. Saryon pudo entrever los ojos del muchacho ocultos tras una mata de cabellos enmarañados, que lo miraban fríos y especuladores. Una risa ahogada surgió de detrás de ellos dos con un brillante destello de color: era Simkin.

Aparentemente por su propia voluntad, el caballo de Saryon lo condujo hasta la cabecera de la fila pasando junto a los jóvenes, y junto a las hileras de ceñudos Hechiceros que aguardaban sobre sus nerviosas monturas. Allí se encontraba Blachloch sobre su corcel, un robusto caballo de batalla.

Había llegado el momento. Volviéndose a medias en su silla, el Señor de la Guerra miró a Saryon. Blachloch no habló, su rostro continuó impasible, inescrutable, pero el catalista sintió que el valor lo abandonaba igual que si el Señor de la Guerra le hubiera cortado de un tajo la garganta. Saryon inclinó la cabeza y, al verlo, Blachloch sonrió por vez primera.

—Me satisface que nos comprendamos mutuamente, Padre. ¿Os han adiestrado en el arte de la guerra?

—Fue hace mucho tiempo —dijo Saryon en voz baja.

—Sí, me lo imagino. No os preocupéis. Esto acabará pronto, creo.

Volviéndose, Blachloch dirigió unas palabras a uno de sus guardias, aparentemente revisando las instrucciones en el último minuto. Saryon no escuchó lo que decían, no podía oír nada a causa del viento y del martilleo de la sangre en sus sienes.

El Señor de la Guerra avanzó; a un gesto suyo, el catalista se puso a su lado.

—Lo que no debéis olvidar, catalista —le aconsejó Blachloch—, es permanecer a

mi izquierda y ligeramente detrás de mí. De esta forma puedo protegeros si es necesario. No obstante, quiero poder veros siempre por el rabillo del ojo, así que procurad manteneros dentro de mi campo de visión. Y, Padre —Blachloch sonrió de nuevo, con una sonrisa que hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo del catalista—, sé que vosotros tenéis el poder de aspirar la Vida, así como el de transferirla. Es una maniobra peligrosa, pero no sin precedentes si el catalista decide vengarse de su brujo. No lo intentéis conmigo.

No era una amenaza. Las palabras fueron dichas con voz inexpresiva, uniforme; pero el último y diminuto resquicio de esperanza que quedaba en el catalista se desvaneció con ellas. Tampoco había brillado con demasiada fuerza. Aspirar la Vida de Blachloch hubiera dejado a Saryon a merced de los Hechiceros, ya que tal acción deja también exhausto al catalista. Y, tal y como Blachloch había dicho, era un riesgo extremadamente peligroso. Un brujo poderoso podía cerrar el conducto, para luego darle un rápido castigo a su atacante. De todas formas, había sido una posibilidad, y ahora ya no existía.

¿Había tenido en cuenta aquello el Patriarca Vanya? ¿Había sabido que Saryon se vería obligado a cometer aquellos espantosos crímenes? ¡Seguramente Vanya no había tenido nunca la intención de que aquello llegara tan lejos! Incluso si le había mentido, debía de tener alguna razón, algún propósito...

—Salve, extranjeros que surgís de la noche —dijo una voz.

Saryon se sobresaltó de tal manera que estuvo a punto de caer de la silla. Blachloch refrenó a su caballo y el catalista hizo lo mismo apresuradamente, colocándose tal y como el Señor de la Guerra le había indicado, a la izquierda de Blachloch y ligeramente a su espalda.

Mirando a su alrededor, el catalista se dio cuenta de que mientras él había estado inmerso en sus sombríos pensamientos, habían cabalgado hasta el interior del pueblo. La luz brillaba en las ventanas de las casas modeladas a partir de rocas, donde vivían los Magos Campesinos. Era un poblado grande, por lo que pudo observar Saryon, mayor que Walren. La esperanza volvió a renacer. Seguramente Blachloch, que sólo disponía de una banda de unos treinta hombres, no se atrevería jamás a atacar un pueblo en el que debían de vivir al menos un centenar de magos.

La puerta de una de las casas se había abierto y un hombre permanecía en el umbral, perfilándose a la luz del fuego, que brillaba débilmente tras él. Saryon pudo ver que era alto y fuerte. Sin duda era el capataz y debía de ser quien había lanzado el saludo.

—Catalista —gritó el hombre—. Tenemos visitantes.

La puerta de la casa de piedra contigua a la suya se abrió y otro hombre salió al exterior, un catalista, a juzgar por su túnica de color verde. Mientras se apresuraba a ocupar su lugar junto al capataz, Saryon vio el rostro del catalista reflejándose a la

luz. Era joven, probablemente tan sólo un Diácono. Aquél debía de ser su primer trabajo.

El capataz atisbó en la oscuridad, intentando ver quién penetraba en su pueblo a aquellas horas. Se mostraba cauteloso, precavido. Blachloch no había dicho una palabra ni tampoco había respondido al saludo como era costumbre.

«Debemos de parecer como negras ventanas abiertas en la noche», se dijo Saryon.

Entonces sintió que una fría mano le tocaba la muñeca y palideció, sintiendo un estremecimiento en el estómago.

«Transfiéreme Vida, catalista.»

Las palabras no fueron pronunciadas; tan sólo resonaron en la cabeza de Saryon. Cerrando los ojos, hizo desaparecer las luces de las casuchas, el perplejo y suspicaz rostro del capataz y la rígida expresión de la cara del joven catalista. «Podría mentir —pensó con desesperación—, podría decir que estoy demasiado débil, demasiado asustado para percibir la magia...»

La fría mano se cerró con fuerza haciéndole daño. Con un escalofrío, sintiendo cómo la magia surgía del suelo, de la noche, del viento, y fluía a través de él, Saryon abrió el conducto.

La magia fluyó desde él hasta Blachloch.

—He dicho «Salve, extranjero». —La voz del capataz se volvió ronca—. ¿Estás perdido? ¿De dónde vienes y adónde vas?

—Vengo del País del Destierro —dijo Blachloch—, y éste es mi destino.

—¿El País del Destierro? —El capataz cruzó los brazos sobre el pecho—. Entonces ya puedes dar la vuelta y cabalgar de regreso a ese territorio maldito de Dios. No queremos a ninguno de los de tu clase por aquí. Vamos, vete de aquí. Catalista...

Pero el joven Diácono era de pensamiento rápido y había abierto un conducto hacia el capataz antes de que lo pidiera.

Para entonces, el sonido de las voces había alertado a otros aldeanos que vivían cerca. Algunos miraron por las ventanas, varios hombres salieron a las puertas de sus casas y unos pocos llegaron hasta el sendero.

Sentado con tranquilidad sobre su montura, Blachloch parecía haber estado esperando la presencia de público, ya que volvió a sonreír, como con satisfacción.

—¡He dicho fuera! —empezó a decir el capataz, dando un paso hacia adelante.

Blachloch retiró la mano del brazo de Saryon, rompiendo el conducto con tal rapidez que el catalista casi se ahogó cuando parte del poder mágico volvió atrás para fluir de nuevo por su cuerpo.

Señalando con su mano al capataz, Blachloch murmuró una palabra. El capataz empezó a brillar con una misteriosa aureola que rodeaba su cuerpo, desprendiendo un débil resplandor verdoso —el mago pertenecía al Misterio de la Tierra—. La aureola

empezó a brillar con más fuerza, y a su luz, Saryon vio cómo el rostro del capataz se contorsionaba asombrado, primero, y aterrorizado, después, cuando se dio cuenta de lo que le estaba sucediendo. La luz era su propia magia, su propia Vida. Cuando el resplandor se extinguió, el cuerpo del hombre cayó pesadamente al suelo.

Saryon sintió una opresión en la garganta. Le era imposible respirar. Toda su vida había oído hablar del terrible poder de la Magia Aniquiladora, pero nunca la había visto usar. El capataz no estaba muerto, pero era como si lo estuviese. Estaba tumbado en el umbral de su casa, más indefenso que un bebé recién nacido; hasta que no fuera invertido el hechizo, o hasta que pudiera, si le era posible, acostumbrar a su cuerpo a vivir sin la magia, no podría ser capaz de hacer absolutamente nada más que mirar a su alrededor con rabia impotente, con los brazos y las piernas agitándose con débiles sacudidas.

Varios de los magos se dirigían corriendo hacia su capataz dando voces de alarma. Arrodillándose junto a él, el joven Diácono levantó la cabeza para mirar a Blachloch. Saryon vio cómo los ojos del catalista se abrían de par en par asustados, mientras sus labios se entreabrían en una súplica, una protesta, una oración...

Blachloch movió de nuevo la mano, volviendo a hablar. Aquella vez no hubo ni luz, ni sonido. El hechizo fue rápido y eficiente. Una ráfaga de aire se abalanzó sobre el joven catalista como una ola marina, cubriéndolo y aplastando su cuerpo contra la pared de piedra de la casa del capataz.

Los gritos de alarma se convirtieron en gritos de cólera y ultraje. Sintiéndose mareado y horrorizado, Saryon se balanceó en su silla, mientras las luces del pueblo flotaban a su alrededor y las sombras danzaban y saltaban ante su mirada aturdida. Vio cómo Blachloch alzaba la mano, la vio arder en llamas y oyó el sonido de los cascos de los caballos batiendo el suelo a sus espaldas en respuesta a la señal. La banda iniciaba el ataque. Tuvo la vaga impresión de que algunos de los Magos Campesinos parecían dispuestos a combatir a Blachloch con su propia magia, a pesar de lo debilitada que debía de estar después de todo un día de trabajo en los campos, cuando el Señor de la Guerra, alzando la llameante mano, apuntó.

Una de las casas se convirtió de golpe en un infierno en llamas. Del interior surgieron unos desgarradores alaridos, y una mujer y varios niños se precipitaron al exterior, con las ropas ardiendo. Los Magos Campesinos se detuvieron, vacilando; el miedo y la confusión reemplazaron en sus rostros a la cólera. Algunos se acercaron un poco más, otros se dieron la vuelta, dando traspiés, para ayudar a las víctimas del fuego. Pero dos siguieron andando en dirección a Blachloch y a Saryon, uno levantando las manos para invocar a las fuerzas terrestres en su ayuda. Tenía los ojos clavados en Saryon, a quien le era imposible moverse.

El catalista se encontró a sí mismo deseando amargamente que aquel hombre acabara con él allí donde estaba; pero Blachloch, sin excesiva prisa, movió la mano

apenas un poco, señalando otra casucha. También ésta se incendió de repente.

—Puedo destruir todo este pueblo en cuestión de minutos —le dijo con voz inexpresiva al mago que se aproximaba—. Lanza tu hechizo. Si sabes algo de los *Duuk-tsarith*, sabrás que puedo proteger tanto a mi catalista como a mí mismo. ¿Y de dónde sacarás la energía para lanzar otro hechizo? Vuestro catalista está muerto. El mío vive. —Extendiendo la mano hacia Saryon, dijo—: Catalista, otórgame Vida.

Obedire est vivere.

Saryon seguía sin poder moverse. Como en una horrorosa pesadilla, su mirada fue del mago al cuerpo del joven Diácono, que yacía en el umbral junto al indefenso capataz.

Blachloch no se volvió, ni miró a Saryon. Simplemente repitió:

—Catalista, otórgame Vida.

Tampoco esta vez su voz sonó amenazadora, ni siquiera en el tono. Sin embargo Saryon sabía que tendría que pagar por faltar a su deber. Blachloch jamás daba dos veces la misma orden.

Obedire est vivere.

Y no tenía la menor duda de que el precio a pagar sería alto.

—No —dijo Saryon con voz baja y firme—. No pienso hacerlo.

—Bien, bien —musitó Joram—, el viejo tiene más agallas de lo que yo había imaginado.

—¿Qué? —Mosiah, con el rostro pálido y tenso, contemplaba con ojos muy abiertos las incendiadas casas de los Magos Campesinos. Aturdido, se volvió hacia Joram—. ¿Qué has dicho?

—Mira. —Joram señaló el lugar donde estaba el Señor de la Guerra, sentado a horcajadas sobre su caballo no muy lejos de ellos, ya que los dos jóvenes habían cabalgado con la vanguardia—. El catalista. Se ha negado a obedecer la orden de Blachloch de que le transfiriera más Vida.

—¡Lo matará! —susurró, horrorizado, Mosiah.

—No. Blachloch es más listo que todo eso. No matará a su único catalista. De todas formas, apostaría a que ese hombre deseará muy pronto estar muerto.

Mosiah se llevó una mano a la cabeza.

—Esto es espantoso, Joram —dijo con voz apagada—. ¡No tenía ni idea... no sabía que seria algo así...! ¡Me voy!

Empezó a hacer girar a su caballo.

—¡Domínate! —le espetó Joram, sujetando el brazo de su amigo y tirando de él hacia atrás con violencia—. ¡No puedes huir! Los aldeanos podrían atacarnos...

—¡Espero que lo hagan! —gritó Mosiah, furioso—. Espero que os maten a todos. ¡Suéltame, Joram!

—¿Adónde irás? ¡Piensa! —Joram seguía sujetándolo férreamente.

—¡Puedo meterme en el bosque! —siseó Mosiah, intentando desasirse—. Me esconderé allí hasta que os hayáis ido. Entonces volveré aquí, para hacer lo que pueda por esta gente...

—Te entregarán a los Ejecutores —masculló Joram, apretando los dientes, manteniendo sujeto a su amigo con dificultad. Los caballos, asustados por el fuego y el humo, los aullidos y el forcejeo de los dos jóvenes, daban vueltas y más vueltas sobre sí mismos, removiendo la tierra con sus cascos—. Atiende a razones... Espera... —Levantó los ojos—. Mira, tu catalista...

Mosiah se volvió. Su mirada siguió la de Joram, a tiempo de ver cómo dos de los hombres de Blachloch desmontaban a Saryon y lo arrojaban al suelo. Tambaleándose, Saryon intentó ponerse en pie, pero los otros dos hombres, a un gesto del Señor de la Guerra, saltaron de sus caballos, agarraron al catalista y le sujetaron los brazos a la espalda. Viendo que se obedecían sus órdenes, Blachloch le lanzó una última mirada al catalista, diciendo algo que Joram no pudo oír. Luego el Señor de la Guerra se alejó al galope, gritando más instrucciones a sus hombres e indicando un enorme edificio donde se almacenaban las cosechas. A su paso se incendiaban nuevas cabañas, iluminando la noche como si un terrible sol hubiera caído sobre la tierra.

Alrededor de Joram y Mosiah, los bandidos se apresuraban sobre sus caballos para cumplir las órdenes de su comandante, algunos dirigiéndose al granero, otros vigilando a los Magos Campesinos, algunos de los cuales huían espantados, mientras otros intentaban en vano salvar sus casas de aquel fuego mágico. La atención de Joram y Mosiah, no obstante, estaba puesta en los hombres que sujetaban a Saryon.

A la luz de las incendiadas casas, Joram vio cerrarse un puño y luego oyó el sonido de un puñetazo que se clavaba en la carne. El catalista se dobló hacia adelante con un quejido, pero el guarda que lo sujetaba lo obligó a ponerse derecho. El siguiente golpe del atacante se estrelló en la cabeza de Saryon. Con el rostro repentinamente oscurecido por la sangre, el ahogado grito del catalista se cortó cuando el guarda hundió su puño de nuevo en el estómago del sacerdote.

—¡Dios mío! —musitó Mosiah.

Sintiendo cómo el cuerpo de su amigo se ponía rígido, Joram se volvió hacia él, asustado. El rostro de Mosiah se había vuelto de un color ceniciento, gotas de sudor perlaban su frente y contemplaba al catalista con ojos desencajados. Mirando a su espalda, Joram vio al catalista desplomado en brazos de su captor, gimiendo, encogiéndose mientras nuevos golpes llovían con brutal eficiencia sobre aquel cuerpo que no ofrecía resistencia.

—¡No! No lo hagas... ¿Estás loco? —gritó Joram, agarrándose a Mosiah—. Aún te harán cosas peores a ti si te entrometes...

Pero igual hubiera sido si se hubiese dirigido al aire. Lanzándole a su amigo una agria y colérica mirada, Mosiah golpeó violentamente a su caballo en las costillas y

se precipitó hacia adelante, sacando casi a Joram de su silla al dar aquel salvaje salto hacia adelante.

—¡Maldición! —juró Joram, mirando a su alrededor en busca de ayuda para detener a Mosiah.

—Oye —a sus oídos llegó una melodiosa voz—, una espléndida conflagración ésta. Me estoy divirtiendo bastante. ¿Qué te parecería un paseíto hasta el granero para contemplar cómo cargan los sacos? ¡Por la sangre de Almin!, ¿qué es lo que pasa, viejo amigo?

—¡Cállate y sígueme! —le gritó Joram señalando con un brazo—. ¡Mira!

—Más jolgorio —dijo Simkin con entusiasmo, cabalgando tras Joram—. Me había perdido esto completamente. ¿Qué le *están* haciendo a nuestro pobre amigo catalista?

—Se negó a obedecer una de las órdenes de Blachloch —repuso Joram de mal humor, obligando a su caballo a ponerse al galope—. ¡Y mira, ahí está Mosiah! A punto de verse mezclado en esto.

—Creo que debería señalar que, por lo que parece, Mosiah *ya* está mezclado en esto —jadeó Simkin, rebotando sobre la silla mientras intentaba seguir su ritmo—. La verdad es que me divierte tanto como a cualquiera darle una paliza a un catalista, pero los hombres de Blachloch parecen estárselo pasando muy bien y no creo que les guste que nos entrometamos en su diversión... ¡Por la sangre y los sesos de Almin! ¿Qué *está* haciendo nuestro amigo?

Saltando de su caballo, Mosiah se había arrojado sobre el hombre que estaba golpeando a Saryon, derribándolo al suelo. Al caer los dos en un confuso montón, el otro guarda, que había estado sujetando a Saryon mientras su compañero lo golpeaba, arrojó al catalista a un lado y, haciendo aparecer un grueso tronco en su mano, hizo intención de estrellarlo en la cabeza del muchacho.

—¡Mosiah! —gritó Joram, desmontando del caballo y precipitándose como un loco hacia ellos, aunque sabía, sintiendo un agudo dolor en el corazón que lo sorprendió, que llegaría demasiado tarde. El tronco estaba ya a punto de alcanzarle la cabeza. Entonces Joram se detuvo, contemplando asombrado cómo un ladrillo se materializaba de la nada y flotaba en el aire justo encima de la cabeza del guarda.

—¡Eh, toma eso! —gritó el ladrillo.

Dejándose caer, golpeó al guarda violentamente en la cabeza, para desplomarse luego sobre la hierba. El guarda dio un paso hacia adelante tambaleándose, se balanceó como si estuviera borracho y cayó hacia adelante, aterrizando encima del ladrillo.

Saltando hacia adelante, Joram agarró a Mosiah, que rodeaba con sus manos el cuello del otro guarda.

—¡Déjalo ir! —gruñó Joram, arrancando a su amigo de su víctima.

El hombre rodó por el suelo, haciendo esfuerzos por respirar. Luchando por escapar de los brazos de Joram, Mosiah dio con su bota al guarda en la cabeza. El hombre se quedó inmóvil.

—¡No puede hacer nada! ¡Déjalo estar! —le ordenó Joram a Mosiah, sacudiéndolo—. ¡Escucha! ¡Hemos de salir de aquí!

Mirando a su amigo con ojos sedientos de sangre, Mosiah negó con la cabeza, aturdido.

—Saryon —jadeó, limpiándose la sangre del labio herido.

—¡Oh! Por el amor de... —empezó a decir Joram, malhumorado—. Ahí está, pero creo que ya no podemos ayudarlo. —Indicó con un gesto el cuerpo inerte del catalista, que yacía hecho un ovillo sobre el suelo—. Ponlo en un caballo, entonces, si insistes. Maldición, ¿dónde demonios está Simkin...?

—¡Ayuda! —gritó una voz sofocada—. ¡Joram! ¡Sácame a este sinvergüenza de encima! ¡Esta peste me está asfixiando!

Mientras Mosiah se inclinaba sobre el catalista, Joram se agachó y agarró al secuaz de Blachloch por el cuello de la camisa, levantándolo de encima del ladrillo. El ladrillo desapareció entonces, transformándose en Simkin, quien se colocó un pedazo de seda color naranja sobre la nariz mientras se quedaba contemplando al hombre con expresión de disgusto.

—¡Santo cielo, qué bruto! Me siento mareado. ¿Dónde están Mosiah y nuestro divertido amigo el catalista? —Mirando en derredor suyo, Simkin abrió los ojos de par en par—. ¡Oh!, me parece... —Dejó escapar un suave silbido—. Tenemos problemas.

—¡Blachloch! —murmuró Joram, contemplando cómo se aproximaba la enlutada figura, atravesando el humo y el fuego—. ¡Simkin! Utiliza tu magia. Sácanos de aquí... ¿Simkin?

El joven había desaparecido. Joram sostenía en una mano un ladrillo manchado de sangre.

4. Prisioneros

—Padre...

Saryon dio un respingo, saliendo de un oscuro sueño que parecía reacio a dejarlo escapar de sus garras.

—Padre —volvió a llamar la voz—. ¿Podéis oírme? ¿Cómo os encontráis?

—¡No veo nada! —gimió Saryon, intentando encontrar el origen de la voz con manos inseguras.

—Es a causa de la oscuridad que reina en este asqueroso lugar, Padre —dijo la voz con suavidad—. Temimos que la luz le impidiera descansar. Eso es, ¿podéis ver, ahora?

El suave resplandor de una única vela iluminó el bondadoso rostro de Andon, y le brindó un inestimable alivio al catalista.

Dejándose caer de nuevo en el duro lecho, Saryon se tocó la cabeza con la mano en el lugar donde notaba una especie de pesadez. Algo oscurecía la visión de su ojo izquierdo; intentó arrancarlo, pero la mano de Andon detuvo la suya.

—No os toquéis los vendajes, Padre —le avisó, sosteniendo la vela por encima de Saryon, y examinándolo bajo su luz—. O volveréis a sangrar. Lo mejor será que permanezcáis aquí tumbado tranquilamente durante unos cuantos días. ¿Os duele en algún otro sitio? —preguntó, con una sombra de ansiedad en la voz.

—En las costillas —respondió el catalista.

—Pero ¿no en el estómago o en la espalda? —continuó Andon.

Saryon negó con la cabeza, fatigado.

—Demos gracias a Almin —murmuró el anciano—. Y ahora debo haceros algunas preguntas. ¿Cómo os llamáis?

—Saryon —respondió el catalista—. Pero vos ya lo sabéis...

—Habéis recibido una fuerte herida en la cabeza, Padre. ¿Qué es lo que recordáis de lo sucedido?

Aquellos sueños. ¿Habían sido sueños en realidad?

—Re... recuerdo el pueblo, al joven Diácono... —Estremeciéndose, Saryon se cubrió la cara—. ¡Lo mató de una forma brutal, con mi ayuda! ¿Qué es lo que he hecho?

—No quería angustiaros, Padre —le dijo Andon en tono bondadoso. Dejando la vela en el suelo a sus pies, puso una mano sobre el hombro del catalista—. Hicisteis lo que teníais que hacer. Ninguno de nosotros creyó que Blachloch llegaría tan lejos, pero eso no hace al caso ahora. ¿Recordáis algo más, Padre?

Saryon rebuscó en su memoria, pero todo lo que halló fueron llamas, dolor, oscuridad y terror. Observando la expresión agonizante del catalista, el anciano lo palmeó en la espalda y exhaló un suspiro.

—Lo siento de verdad, Padre. Gracias a Almin que estáis sano y salvo.

—¿Qué me sucedió? —preguntó Saryon.

—Blachloch hizo que os golpearan por desobedecerlo. Sus hombres se... excedieron en el cumplimiento de su deber. Os hubieran matado si no hubiese sido por él.

Andon se volvió, y su mirada se dirigió a otro rincón de la oscura habitación.

Saryon siguió la mirada de Andon, lentamente, consciente ahora de la presencia de un dolor sordo en su cabeza. Había un joven sentado en una silla junto a una tosca ventana, con la cabeza apoyada en los brazos, contemplando el firmamento nocturno. Una media luna le arrojaba su pálida y fría luz sobre el rostro, subrayando con sombras bien definidas su semblante hosco y severo, las gruesas cejas negras, la boca de labios gruesos y expresión torva. El negro y rizado cabello, que parecía de color púrpura bajo la luz de la luna, caía enmarañado alrededor de las anchas espaldas del joven.

—¡Joram! —dejó escapar Saryon, sorprendido.

—Debo admitir que me quedé tan impresionado como vos, Padre —dijo Andon, hablando en voz baja, aunque parecía como si el muchacho hubiera olvidado totalmente su presencia—. Joram no parecía haberse preocupado nunca por nadie antes, ni siquiera por sus amigos. No se molestó en adoptar una actitud contraria a los actos malvados de Blachloch cuando intenté hablar con él sobre ello. Dijo que al mundo no le importábamos y que, por lo tanto, no nos teníamos que preocupar por lo que le sucediese al mundo. —Encogiéndose de hombros con impotencia, Andon pareció perplejo—. Pero según Simkin, cuando Joram vio que os golpeaban a vos, se lanzó en medio de la refriega, hiriendo gravemente a uno de los guardas. Mosiah también ayudó a rescataros, me parece.

—Mosiah... ¿Está bien? —preguntó Saryon con inquietud.

—Sí, está perfectamente. No le ha pasado nada. Tan sólo le han advertido que se ocupe de sus propios asuntos, eso es todo.

—¿Dónde estamos? —siguió preguntando Saryon, examinando su desolado entorno todo lo bien que la pobre luz y el dolor de su cabeza le permitieron. Estaba en una pequeña y sucia construcción de ladrillo, que no tenía más que una única habitación con una ventana y una gruesa puerta de roble.

—Vos y Joram estáis prisioneros. Blachloch los ha puesto a los dos aquí dentro, diciendo que algo estaba cociéndose entre ambos y que pensaba descubrir lo que era.

—Ésta es la prisión del pueblo...

Saryon recordó vagamente haberla visto durante uno de sus paseos.

—Sí. Estáis de regreso en el poblado. Os trajeron aquí en la balsa, navegando río arriba con las provisiones robadas. Ojalá se les atraganten —refunfuñó el anciano.

Saryon levantó la mirada hacia él, algo sorprendido.

—Mis seguidores y yo hemos hecho un juramento —dijo Andon con suavidad—. No comeremos la comida que le arrebataron a esas desgraciadas gentes. Antes nos moriremos de hambre.

—Es culpa mía... —murmuró Saryon.

—No, Padre. —El anciano suspiró y sacudió la cabeza negativamente—. Si alguien tiene la culpa, somos nosotros, los Hechiceros. Debimos haberle detenido cuando llegó aquí hace cinco años. Dejamos que nos intimidara. O, a lo mejor, ni siquiera era eso, aunque es un consuelo mirar atrás y decir que estábamos asustados de él. Pero ¿lo estábamos? Me lo pregunto. —Andon alzó la arrugada mano que había mantenido posada sobre un hombro de Saryon, y la llevó al colgante en forma de rueda que pendía de su cuello. Manoseándolo distraídamente, clavó la mirada en la parpadeante luz de la vela que había dejado sobre el suelo de piedra, a sus pies—. Creo que, en realidad, nos alegramos de su llegada. Era agradable la idea de vengarse del mundo que nos había injuriado. —Torció la boca en una agria sonrisa—. Aunque sólo fuera robando unas cuantas fanegas de grano por las noches. Su mención de suministrar armas hechas mediante nuestras Artes Arcanas a Sharakan nos pareció algo excelente, entonces. —Los ojos de Andon brillaron enrojecidos mientras contenía las lágrimas—. Las leyendas cuentan muchas cosas de las épocas pasadas, del esplendor de nuestro arte. No todo era malo. Muchas cosas buenas y provechosas las realizaron los miembros del Noveno Misterio. Si tuviéramos tan sólo una oportunidad de mostrar al pueblo las cosas maravillosas que podemos construir, cómo se podría ahorrar energía mágica, para poder dedicarla a la creación de cosas hermosas, maravillosas... ¡Ah!, ése era nuestro sueño —exclamó pensativamente—. ¡Y ese hombre malvado lo ha convertido en una pesadilla! Nos ha conducido a nuestra perdición. La destrucción de ese pueblo no quedará sin castigo. Al menos eso es lo que *yo* creo. Blachloch se ríe de mí cuando le comunico mis temores. O más bien, no se ríe, ese hombre nunca ríe; pero es como si lo hiciese, puedo ver el desprecio en sus ojos. «No se atreverán a venir a buscarnos», me dice.

—Puede que tenga razón —musitó Saryon.

Recordó entonces las palabras del Patriarca Vanya: «Los Hechiceros están aumentando en número y, aunque podríamos encargarnos de ellos con bastante facilidad, entrar allí para llevarnos a ese joven por la fuerza significaría dar pie a un conflicto armado. Representaría habladurías, molestias y preocupaciones. No podemos permitir eso, no ahora que la situación política en la corte se mantiene en un equilibrio tan delicado».

—¿Cuáles son sus planes? —preguntó Saryon, volviendo al presente y estremeciéndose. La prisión estaba helada. En el hogar, en el otro extremo de la habitación, ardía un fuego vacilante, que daba muy poca luz y aún menos calor.

—Quiere que trabajemos todo el invierno, fabricando armas. Entretanto, él

proseguirá sus negociaciones con Sharakan. —Andon se encogió de hombros—. Si *nos* atacan, Sharakan vendrá en nuestra ayuda, dice él.

—Pero todo ello significa guerra —comentó Saryon con aire pensativo.

Dirigió la mirada de nuevo hacia Joram, que seguía mirando fijamente por la ventana contemplando la noche de luna. Saryon volvió a oír las palabras de Vanya una vez más. «Por eso, ya veis que es esencial que cojamos a ese muchacho vivo y, mediante él, pongamos al descubierto lo que son esos demonios, asesinos y Hechiceros malvados capaces de pervertir objetos Muertos dándoles Vida. Haciendo esto, podremos demostrarle al pueblo de Sharakan que su Emperador se ha aliado con los poderes de la oscuridad, y podremos entonces lograr su caída.»

Pero no eran los Hechiceros los malvados. Volvió la vista hacia Andon, un anciano que soñaba con llevar molinos de agua al mundo para que la magia pudiera ser utilizada en la creación de arcos iris en lugar de lluvia. Miró a Joram. Había llegado a pensar de diferente manera, también, con respecto a aquel joven, ahora que lo conocía.

«No es un engendro diabólico como yo había imaginado. Desde luego se siente confuso, amargado, desdichado, pero yo también era así en mi juventud —pensó Saryon—. Ha cometido un asesinato, eso es verdad. Pero ¡qué provocación recibió! Su madre, yaciendo muerta ante sus ojos. ¿Soy yo mejor? —Cerrando los ojos, Saryon sacudió la cabeza nerviosamente—. ¿No soy yo responsable de la muerte de aquel joven catalista? Si les llevo de vuelta a Joram, tal y como se me ordenó, ¿provocaré la ruina de esta gente? ¿Qué debo hacer? ¿Dónde podría encontrar ayuda?»

—Os dejaré ahora, Padre —dijo Andon, recogiendo su vela e incorporándose—. Estáis cansado. He sido muy egoísta al preocuparos con mis problemas cuando vos ya tenéis bastante con los vuestros. Pondremos nuestra fe en Almin y le pediremos que nos brinde Su ayuda y consejo...

—¡Almin! —repitió Saryon con amargura, sentándose—. No, estoy bien. Tan sólo un poquito mareado. —Pasó los pies por encima del borde de la cama, rehusando la ayuda de Andon con un movimiento de las manos e ignorando sus preocupados cloqueos—. ¡Habláis como si conocierais a Almin personalmente!

—Pero es que es así, Padre —replicó Andon, mirando al catalista un poco turbado. Colocando la vela en una rudimentaria mesa de madera que ocupaba el centro de la prisión, el anciano se arrodilló e hizo todo lo que pudo por avivar el fuego, utilizando su magia para aumentar su calor—. Ya sé que se supone que únicamente podemos hablar con él a través de vosotros, los Sacerdotes, y espero que lo que os digo no os molestará. Pero hace ya muchos, muchos años que no hay un catalista entre nosotros para interceder ante Almin en nuestro nombre. Él y yo hemos compartido muchos problemas. Él es nuestro refugio en estos turbulentos tiempos. Su

consejo es el que nos ha llevado a jurar que no comeremos comida obtenida a sangre y fuego.

Saryon contempló al anciano, perplejo.

—¿Habla con vos? ¿Contesta a vuestras plegarias?

—Me doy cuenta de que no soy un catalista —dijo Andon con humildad, manoseando el colgante que llevaba alrededor del cuello mientras se levantaba—; pero sí. Él se comunica conmigo. ¡Oh, no con palabras! No oigo Su voz; pero un sentimiento de paz embarga mi alma cuando he tomado una decisión, y sé entonces que he recibido Su consejo.

«Un sentimiento de paz —pensó Saryon con abatimiento—. Yo he experimentado fervor religioso, éxtasis, el Hechizo, pero nunca paz. ¿Me habló alguna vez? ¿Presté atención alguna vez para ver si me hablaba?»

El catalista exhaló un gemido. Tenía la cabeza dolorida, el cuerpo también. Las imágenes de las llamas danzaron ante sus ojos. Pudo ver claramente la expresión asustada de aquel joven Diácono justo antes de que Blachloch...

—Que Almin os ayude a descansar.

Se oyó el sonido de una puerta que se cerraba con suavidad. Saryon sacudió la cabeza para aclarar su visión y al momento lamentó haberlo hecho, ya que aquello únicamente provocó que aquel dolor sordo se convirtiera en un agudo y rápido ramalazo de dolor. Cuando pudo por fin mirar a su alrededor, descubrió que Andon se había marchado.

Sosteniéndose inseguro sobre sus pies, Saryon cruzó tambaleante la habitación y se dejó caer en una silla que había junto a la mesa. Sabía que lo que probablemente debería hacer era volver a tumbarse en la cama, pero le asustaba, tenía miedo de volver a cerrar los ojos, miedo de lo que vería si lo hacía.

La visión de una jarra de agua le hizo darse cuenta de que estaba terriblemente sediento. Alargando una temblorosa mano, intentando combatir el mareo que amenazaba con apoderarse de él, estaba a punto de verter un poco de agua en una taza que tenía junto a él, cuando una voz lo sobresaltó.

—Se dejarán morir de hambre este invierno, los muy estúpidos.

Soltando casi la jarra del susto, Saryon se volvió hacia Joram, quien no había pronunciado ni una sola palabra durante todo el tiempo que Andon había permanecido en la prisión.

El muchacho no se movió del lugar que ocupaba junto a la ventana. Ahora estaba de espaldas a Saryon, ya que el catalista se había levantado de la cama, que quedaba al otro lado de la habitación; pero Saryon podía ver mentalmente los oscuros ojos contemplando la luna y también su rostro de expresión taciturna.

—Debéis saber además, catalista —continuó Joram fríamente, todavía sin volverse—, que yo *no* os salvé la vida. Podrían apalearos a todos vosotros, y yo no

movería ni un dedo para detenerlos.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué...?

—Más mentiras de Simkin —dijo Joram, encogiéndose de hombros—. El compasivo y bobo Mosiah se metió en medio para salvaros vuestra preciosa piel, y yo fui para sacarlo a él del lío. Después de todo, no era asunto nuestro si vos erais tan estúpido como para desafiar a Blachloch. Luego Simkin... Pero ¿qué importa eso?

—¿Qué tuvo que ver Simkin con ello? —preguntó Saryon, intentando verter un poco de agua en la taza y derramando la mayor parte sobre la mesa.

—¿Qué tiene que ver Simkin siempre con cualquier cosa? —replicó Joram—. Nada y todo. Sacó a Mosiah de allí, lo cual era más de lo que ese idiota se merecía.

—¿Y qué ocurrió contigo?

Pasando el brazo con gesto indolente por encima del respaldo de la silla, Joram se volvió para mirar al catalista.

—¿Qué importa lo que me pase? Estoy Muerto, catalista, ¿o lo habíais olvidado? En realidad —continuó, abriendo los brazos—, ésta es vuestra gran oportunidad. Aquí estamos los dos... solos. No hay nadie que os lo impida. Abrid un Corredor. Haced venir a los *Duuk-tsarith*.

Hundiéndose aún más en la silla, sintiendo que le abandonaban las fuerzas, Saryon murmuró:

—Tú podrías detenerme. —De hecho, había estado considerando aquella idea y se sintió asombrado al darse cuenta de que el muchacho había conseguido penetrar en su pensamiento de aquella manera—. Incluso los Muertos tienen magia suficiente para detener a un catalista. Lo sé. He visto lo que puedes hacer...

Durante un largo rato, Joram se quedó mirando a Saryon en silencio como si estuviera pensando en algo. Luego, levantándose de repente, se acercó a la mesa y se inclinó sobre ella, mirando directamente al rostro del pálido y ojeroso catalista.

—Abre un conducto hacia mí —dijo.

Desconcertado, Saryon se echó hacia atrás, reacio a concederle a aquel muchacho más fuerza adicional.

—No creo que...

—¡Vamos! —exigió Joram con voz dura.

Se agarró con fuerza al borde de la mesa, haciendo que los músculos de sus brazos se crisparan mientras las venas se le marcaban debajo de la piel y los oscuros ojos llameaban a la luz de la vela.

Hipnotizado por la mirada repentinamente febril del joven, indeciso, Saryon abrió un conducto hacia Joram... y no sintió absolutamente nada. La magia lo llenó por completo, hormigueó por la sangre y la carne de Saryon, pero no fue a ningún sitio. No sintió la agradable sensación que provocaba la transferencia de energía, no la sintió fluir de un cuerpo al otro... Lentamente la magia empezó a escaparse de su

cuerpo mientras contemplaba incrédulo a Joram.

—Pero esto es imposible —dijo, tiritando incontroladamente en la helada celda de la prisión—. Te he visto hacer cosas mágicas...

—¿De verdad? —preguntó Joram. Soltando la mesa, se irguió cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿O me habéis visto hacer esto?

Con un brusco movimiento de la mano, hizo aparecer un trapo con el que empezó a secar el agua derramada. Dando una palmada, hizo desaparecer el trapo, algo que le pareció muy normal a Saryon, hasta que vio cómo el muchacho sacaba aquel trapo húmedo de un hábilmente oculto bolsillo de su camisa.

—Mi madre lo llamaba prestidigitación —dijo Joram con tranquilidad, pareciendo divertirle el desconcierto de Saryon—. ¿Sabéis lo que es?

—Lo he visto hacer en la corte —contestó Saryon, apoyando la cabeza en una mano. La sensación de vértigo había desaparecido, pero el dolor que le golpeaba las sienes le impedía pensar con fluidez—. Es un... juego... —Hizo un débil ademán—. Los... jóvenes lo hacen.

—Me preguntaba de dónde lo habría aprendido mi madre —dijo Joram, como si no le importara demasiado—. Bueno, pues es un juego que me ha salvado la vida. O quizá debería decir que es un juego que *es* mi vida, ya que toda la vida es un juego, según Simkin. —Bajó la mirada hacia el catalista con una expresión de amarga victoria—. Ahora ya conocéis mi secreto, catalista. Sabéis aquello que nadie más sabe sobre mí. Conocéis la verdad, algo a lo que ni mi madre era capaz de enfrentarse. Estoy Muerto. Verdaderamente Muerto. Ni un ápice de magia se agita en mi interior, hay menos en mí de la que hay en un cadáver, si creemos en lo que las leyendas cuentan de los antiguos Nigromantes, que aparentemente podían comunicarse con las almas de los muertos.

—¿Por qué me lo has contado? —preguntó Saryon con los labios tan embotados que apenas si pudo formar las palabras.

Un recuerdo le vino a la dolorida mente, un recuerdo de alguien que había estado Muerto, verdaderamente Muerto; de alguien que había fallado las Pruebas completamente como nadie las había fallado antes ni después...

Joram se inclinó de nuevo junto a él. El catalista se encogió apartándose del contacto con el joven del mismo modo que hubiera evitado el contacto con un cadáver. «¡No!», se dijo Saryon, contemplando horrorizado al muchacho, incapaz su mente de dominar el torbellino de ideas que lo inundaba como una ola arrolladora. Sintiendo que empezaba a ahogarse bajo todas ellas, el catalista las desterró de su mente, cerrándoles el paso. No. Era imposible. El niño estaba Muerto. Vanya lo había dicho.

El niño estaba Muerto. El niño está Muerto.

Al ver el desconcierto de Saryon, Joram se acercó un poco más.

—Os lo he contado, catalista, porque de todas formas hubiera sido tan sólo cuestión de tiempo el que lo descubrieseis. Cuanto más tiempo permanezcáis aquí, mayor es el peligro que corro. ¡Oh! —hizo un gesto de impaciencia—, existen Muertos vivientes entre nosotros, sin embargo tienen algo de magia. Yo soy diferente. ¡Completa, incalificable y horriblemente diferente! ¿Tenéis alguna idea, catalista, de lo que Blachloch y esa gente, sí, incluso los Hechiceros del Noveno Misterio, me harían si descubrieran que estoy totalmente Muerto?

Saryon fue incapaz de contestar. Ni siquiera podía comprender lo que estaba hablando el muchacho. Su mente se había cerrado, negándoles la entrada a aquellos sombríos y terroríficos pensamientos.

—Debéis tomar una decisión, catalista —le estaba diciendo Joram; su voz le llegaba a Saryon como a través de una oscura neblina—. Debéis llevarme ante los Ejecutores ahora o de lo contrario os quedaréis conmigo aquí y me ayudaréis.

—¿Ayudarte? —Saryon parpadeó asombrado al hacer aquella pregunta, que lo devolvió bruscamente a la realidad—. ¿Ayudarte a hacer qué?

—A detener a Blachloch —respondió Joram con calma, brillándole aquella media sonrisa suya en los oscuros ojos.

5. Tentado...

—Lamento el incidente, Padre, al igual que vos, estoy seguro —dijo Blachloch con su inexpresiva voz—. Y ahora que se ha administrado el castigo y la lección ha quedado bien aprendida, no volveremos a mencionarlo.

El Señor de la Guerra estaba sentado ante la mesa de madera de la prisión. La gris y sombría luz del atardecer —el mismo color de las húmedas paredes— se filtraba por la pequeña ventana, a la vez que un helado airecillo hacía crujir su mal ajustado marco, haciendo oscilar la llama de la vela y que la exigua luz no sirviera prácticamente para nada. De pie junto a la ventana, Joram lanzó una mirada al catalista. Saryon tenía un color ceniciento a causa del frío, a pesar de estar envuelto en su capa y sus ropas. Joram sonrió para sus adentros. Vestido únicamente con una burda camisa de lana y unos finos calzones de ante, el joven permanecía apoyado en la pared y miraba por la resquebrajada ventana, haciendo caso omiso tanto del catalista como del Señor de la Guerra.

—¿Quiere esto decir que puedo volver a casa de Andon? —preguntó Saryon, castañeteándole los dientes.

—No, me temo que no.

—Seguiré estando prisionero, entonces.

—¿Prisionero? —Blachloch enarcó una ceja—. No se le ha puesto ningún encantamiento a esta casa. Vos sois libre de ir y venir como prefiráis. Recibís visitas. Andon estuvo aquí anoche. El muchacho —indicó con un gesto a Joram— sigue trabajando diariamente en la herrería. Con excepción del guarda, que está aquí para vuestra propia protección, esto no se parece en nada a una prisión.

—¡No esperaréis que vivamos en este miserable lugar durante el invierno! —soltó Saryon. «El frío debe de estarle dando valor al catalista», pensó Joram—. Nos congelaremos.

Blachloch se puso en pie, sus negras ropas cayéndole en suaves pliegues alrededor del cuerpo.

—Para cuando llegue el invierno, estoy seguro de que ya habréis demostrado vuestra lealtad hacia mí, Padre, y podréis trasladaros a un alojamiento más apropiado para un hombre de vuestra edad. No a casa de Andon, no obstante. —La negra capucha de Blachloch se agitó ligeramente cuando se giró para marcharse—. A menudo me he preguntado si no sería la influencia del anciano lo que hizo que me desafiarais. De hecho, he oído un rumor en el sentido de que él y su gente se niegan a comer las provisiones que obtuve. —Joram tuvo la impresión de que el Señor de la Guerra lo observaba—. Morirse de hambre es una forma lenta y desagradable de morir, lo mismo que morir de frío. Espero que ese rumor no sea cierto.

Con las negras ropas barriendo el sucio suelo, Blachloch se situó junto a Saryon y

le puso una mano en un hombro.

—Otorgadme Vida, Padre —le dijo.

Volviendo la mirada, Joram vio al catalista estremecerse al contacto de aquellos delgados dedos que parecían la personificación del cortante viento. Con un movimiento involuntario, Saryon intentó desasirse y los dedos se cerraron con fuerza sobre su hombro. Inclinando la cabeza, el catalista abrió un conducto hacia el Señor de la Guerra e, inundado de magia, Blachloch desapareció de su vista.

Cerrando los puños, Saryon cruzó los brazos sobre el pecho para darse calor..

—Hay que parar a ese hombre. ¿Qué tipo de ayuda puedo darte? —le preguntó a Joram repentinamente.

El rostro de Joram no mostró ninguna reacción ante la pregunta de Saryon; pero en su interior se sentía lleno de júbilo. Su plan hacía progresos, pero debía actuar con mucho cuidado. Después de todo, pensó, sombrío, tenía que atraerlo hacia las Artes Arcanas. Dirigiéndole a Saryon una fría y apreciativa mirada, Joram volvió a mirar por la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras continuaba apoyado en la pared de ladrillo.

—¿Se ha ido?

—¿Quién? —Saryon miró a su alrededor, sobresaltado—. ¿Blachloch?

—Los *Duuk-tsarith* tienen la facultad de hacerse invisibles. Con todo, supongo que vosotros tenéis la capacidad de percibir su presencia.

—Sí —replicó Saryon tras un momento de concentración—. Se ha ido.

Joram asintió con la cabeza y continuó conduciendo al confiado catalista hacia las tinieblas.

—Simkin me dijo que en una ocasión vos habíais leído algunos de los libros prohibidos sobre el Noveno Misterio.

—Sólo uno —admitió Saryon, sonrojándose—. Y yo... yo únicamente pude echarle un vistazo...

—¿Cuánto sabéis sobre las Guerras de Hierro?

—He leído y estudiado las historias...

—¡Historias escritas por catalistas! —lo interrumpió Joram fríamente—. Yo también conocía esas historias cuando llegué aquí. Leí los libros. ¡Oh, claro que sí! —añadió en respuesta a una exclamación ahogada que oyó a su espalda—. Se me educó como a un hijo de familia noble. Mi madre era una *Albanara*. Pero seguramente vos ya lo sabíais.

—Sí, lo sabía... ¿De dónde sacó ella los libros? —preguntó Saryon.

—Me lo he preguntado —dijo Joram en voz baja, como respondiendo a una pregunta interior, que apareciera con regularidad—. Estaba deshonrada y la había rechazado la sociedad. ¿Regresaba acaso a su hogar durante la noche, viajando por los Corredores del tiempo y del espacio? ¿Flotaba a través de los pasillos que había

conocido de niña, volviendo al lugar donde había perdido su juventud y destrozado su vida como un fantasma condenado a vagar por el lugar donde muriera?

El rostro de Joram se ensombreció. Se quedó silencioso, mirando por la ventana.

—Siento apenarte... —empezó a decir Saryon.

—Desde entonces —lo interrumpió Joram con frialdad—, he leído otros libros, lo que cuentan es muy diferente de lo que nos enseñaron. Hay que recordar siempre, dice Andon, que son los que ganan la guerra los que escriben la historia. ¿Sabíais, por ejemplo, que durante las Guerras de Hierro, los Hechiceros desarrollaron un arma que podía absorber la magia?

—¿Absorber la magia? —Saryon negó con la cabeza—. Eso es ridículo...

—¿Lo es? —Joram se volvió para mirarlo—. Pensad en ello, catalista. Pensad en ello con lógica, como a vos os gusta hacer. Para cada acción existe una reacción opuesta e igual. ¿No era eso lo que vos habíais dicho?

—Sí, pero...

—Por lo tanto, es evidente que en un mundo que rezuma magia debe de existir una fuerza que la absorba también. Así es como razonaron los Hechiceros de antaño, y tuvieron razón. La encontraron. Existe en la naturaleza en un estado físico al que se puede dar forma y convertir en objetos. No me creéis.

—Lo siento, muchacho —masculló Saryon entre dientes. Parecía decepcionado —. Dejé de creer en los cuentos de los Magos Servidores cuando tenía nueve años.

—¿Y sin embargo creéis en las hadas? —preguntó Joram, contemplando al catalista con aquella extraña media sonrisa suya que raramente aparecía en los labios, sino en los ojos castaños.

—Estaba con Simkin —musitó Saryon, ruborizándose. Acercándose al fuego lo más posible, se encorvó sobre él—. Cuando me encuentro cerca de él, no estoy muy seguro de creer en mí mismo, y mucho menos en cualquier otra cosa.

—Sin embargo, ¿las visteis? ¿Hablasteis con ellas?

—Sí —admitió Saryon a regañadientes—. Las vi...

—Ahora ved esto.

Joram sacó el objeto del aire, o eso pareció, y lo depositó sobre la mesa frente al catalista, que se había acercado, interesado. Tomándolo, Saryon observó aquel objeto con suspicacia.

—¿Una piedra?

—Un mineral. Lo llaman piedra-oscura.

—Parece similar al hierro, pero qué color tan extraño —dijo Saryon, estudiándola.

—Tenéis buen ojo, catalista —repuso Joram, acercando una silla con el pie y sentándose a la mesa. Sacando otro pequeño pedazo de piedra, lo estudió también él, con el ceño fruncido—. Tiene muchas de las propiedades del hierro, pero es diferente.

—Su voz se agrió—. Sumamente diferente, como he podido comprobar yo mismo. ¿Qué sabéis vos del hierro, catalista? Jamás hubiera pensado que supierais algo de minerales.

—Si no quieres llamarme por mi título exacto, que es «Padre», me gustaría que me llamases por mi nombre —dijo Saryon despacio—. A lo mejor eso te recordará que soy una persona como tú. Siempre es más fácil odiar que amar, y aún es más fácil odiar a una clase o a una raza de personas porque no tienen ni rostro ni nombre. Si vas a odiarme, prefiero que lo hagas porque me odias a *mí*, no a lo que yo represento.

—Guardaos vuestros sermones para Mosiah —contestó Joram—. Lo que yo piense de vos, o vos de mí, no tiene nada que ver con esto, ¿no es así?

Viendo que Joram le dirigía una mueca de desprecio, Saryon suspiró y volvió a contemplar la pequeña piedra que sostenía en la mano.

—Sí, estudié los minerales —dijo—. Estudiamos todos los elementos de que se compone nuestro mundo. Son conocimientos valiosos por ellos mismos y por lo que suponen; además son conocimientos útiles y necesarios a los de nuestra Orden que trabajan con los *Pron-alban*, los Moldeadores de Piedra, o con los *Mon-alban*, los Alquimistas. —La frente de Saryon se arrugó, perpleja—. Pero no recuerdo haber visto o leído sobre ningún mineral parecido a éste, particularmente uno con las mismas propiedades del hierro.

—Eso es debido a que todas las referencias a él fueron eliminadas durante las purgas que se realizaron después de las guerras —dijo Joram, observando al catalista con avidez, abriendo y cerrando las manos espasmódicamente como si fuera a arrancarle los conocimientos del corazón—. ¿Por qué? Pues porque los Hechiceros lo utilizaban para hacer armas, armas de un poder tremendo, armas que podían...

—... Absorber la magia —murmuró Saryon, mirando fijamente la piedra—. Estoy empezando a creerte. En el interior de la Cámara del Noveno Misterio, hay libros desparramados por el suelo y amontonados contra las paredes. Libros sobre cosas antiguas y prohibidas.

Observando al catalista con atención, Joram se dio cuenta de que Saryon se había olvidado del gélido viento que gemía lastimero a través de la ventana, y de que se había olvidado también de su propio miedo, su malestar y sus desdichas. Joram lo miró a los ojos y vio en ellos la misma ansia que sabía existía en los suyos: el ansia de saber. Las palabras salieron de los labios de Saryon casi a regañadientes:

—¿Cómo lo hacían?

«Le tengo —pensó Joram—. Una vez este hombre ya estuvo a punto de vender su alma a cambio del conocimiento; esta vez me aseguraré de que complete el trato.»

—Según los libros —dijo Joram, teniendo cuidado de hablar con serenidad y reprimiendo su creciente excitación—, los antiguos mezclaban la piedra-oscura con el hierro para crear una aleación...

—¿Qué? —interrumpió Saryon.

—Una aleación, una mezcla de dos o más metales.

—¿Se hacía mediante la alquimia? —preguntó Saryon, y una nota de temor sonó en su voz—. ¿Cambiando la base del metal mediante la magia?

—No. —Joram sacudió la cabeza, observando con regocijo la creciente palidez del catalista—. No. Se hace de acuerdo con los rituales de las Artes Arcanas, catalista. Los minerales se pulverizan y calientan hasta que llegan a su punto de fusión, luego se unen físicamente. Después de eso se colocan en moldes, se baten, se templan y se les da forma de espadas y dagas. Bastante mortíferas —la mirada de Joram volvió de nuevo a la piedra que sostenía en su mano—, como bien podréis imaginar. Primero, la espada deja al mago sin su magia, una vez hecho esto es capaz entonces de penetrar en su carne.

Joram notó cómo el cuerpo del catalista, que estaba junto a él, se estremecía. Saryon se apresuró a dejar la piedra sobre la mesa.

—¿Lo has intentado? —preguntó con voz débil y temblorosa.

—Sí —contestó Joram fríamente—. No funcionó. Hice la aleación y la vertí en un molde, pero la daga que resultó se quebró en cuanto la sumergí en el agua...

Cerrando los ojos, Saryon dejó escapar un suspiro. Podría haber sido de alivio, en realidad eso fue lo que se dijo a sí mismo, pero el muchacho, que lo observaba con gran atención, se preguntó si no ocultaba un ligero dejo de desilusión.

—Es posible que esta piedra no sea más que una piedra de aspecto extraño —dijo Saryon tras una pausa—. A lo mejor no es el mineral que mencionan los libros, o a lo mejor los mismos libros están mintiendo. Tú no podrías darte cuenta de si podía o no absorber magia... —vaciló.

—... Puesto que estoy Muerto —terminó Joram por él—. No, tenéis razón. —Empujó el mineral a través de la mesa hacia el catalista—. Sin embargo, vos debierais ser capaz de distinguirlo. Intentadlo, catalista. ¿Qué es lo que percibís en este mineral?

Saryon tomó la piedra y la contempló durante un buen rato; luego, cerrando los ojos, intentó percibir la magia.

Observándolo con atención, Joram vio cómo el rostro del catalista se sosegaba, mientras su concentración se dirigía sobre sí mismo. Su expresión se transformó en una de admiración y éxtasis; estaba absorbiendo la magia. Pero entonces, lentamente, la expresión del catalista se trocó en horror. Rápidamente, abrió los ojos y colocó la piedra sobre la mesa, retirando la mano con precipitación.

—¡Es la piedra-oscura! —dijo Joram con suavidad.

—No entiendo por qué te excita —replicó Saryon. Se pasó la lengua por los labios como si tuviera un sabor amargo en la boca—. El secreto para crear esa antigua aleación aparentemente tú no lo puedes descubrir.

—Yo no —siguió Joram en voz muy persuasiva—. Vos, catalista. Veréis —se inclinó acercándose aún más—, la fórmula de la aleación aparece en el texto, pero yo no la entiendo. Es...

—... Una fórmula matemática.

Saryon frunció los labios.

—Matemáticas —repitió Joram—. Algo que mi madre no me enseñó nunca, desde luego, puesto que es un estudio propio de los catalistas. —Sacudiendo la cabeza, el muchacho apretó los puños, olvidando la prudencia en su ardor—. ¡Los libros están repletos de ecuaciones matemáticas! ¡No podéis comprender, Saryon, lo frustrante que fue eso para mí! Estar tan cerca, haber encontrado el mineral del que hablaban y descubrir entonces que me cierran el paso todos esos galimatías que aparecen en mitad de la página. Hice todo lo que pude. Creí que quizás a base de experimentar daría con la solución accidentalmente, pero no tenía mucho tiempo, y Blachloch empezó a sospechar. Está haciendo que me vigilen. —Levantando la piedra, Joram la sostuvo sobre su palma abierta, luego cerró los dedos lentamente sobre ella, como si quisiera triturarla con la mano—. De todas formas, no creo que lo hubiera conseguido —continuó con voz cada vez más amarga—. No hace más que hablar de catalistas allí. Instrucciones para ellos. Pensé que podría pasarlo por alto, pero aparentemente no se puede.

—Me has llamado Saryon —le dijo el catalista a Joram en voz muy baja.

Levantando los ojos, Joram se ruborizó. No había tenido intención de hacerlo, no formaba parte de su plan. Había algo en aquel hombre con lo que no había contado, especialmente al tratarse de un catalista. Era alguien que comprendía.

Joram endureció el rostro, enojado; unió las negras cejas, amenazadoras. No, debía seguir con el plan. Aquel hombre era un instrumento, nada más.

—Si vamos a trabajar juntos, supongo que debo llamaros por vuestro nombre —dijo, malhumorado—. ¡*No* os llamaré «Padre»! —añadió con una mueca de desprecio.

—Yo no he dicho que vaya a trabajar contigo —replicó Saryon con voz firme—. Dime, si creas esta... esta arma, ¿qué harás con ella?

—Detener a Blachloch —contestó Joram con decisión—. Creedme, cata... Saryon, es sólo cuestión de tiempo el que él acabe conmigo. De hecho ya me lo ha dicho. En cuanto a vos... ¿Queréis formar parte de otro grupo de asalto?

—No —repuso Saryon en voz baja—. ¿Tomarás tú entonces el mando de la Cofradía?

—¿Yo? —Joram sacudió la cabeza con una triste carcajada—. ¿Estáis loco? ¿Por qué querría yo esa responsabilidad? No, le devolveré la jefatura de la Cofradía a Andon. Así él y estas gentes podrán volver a vivir en paz. En cuanto a mí, sólo quiero una cosa: regresar a Merilon y reclamar lo que es mío. Con esa arma —dijo

torvamente—, puedo hacerlo.

—Olvidas una cosa —intervino Saryon—, me enviaron para llevarte de vuelta para... para someterte a juicio.

—Tenéis razón —repuso Joram tras una pausa—. Lo había olvidado. Muy bien —se encogió de hombros—, abrid un Corredor. Llamad a los *Duuk-tsarith*.

—No puedo abrir un Corredor sin la ayuda de alguien que utilice la magia —le contestó Saryon—. Si tú poseyeras Vida suficiente, podría utilizar la tuya…

—¿Ése era el plan?

—Sí —murmuró Saryon de forma casi inaudible.

—Es una lástima que no resultara, catalista —contestó Joram con descaro—. Por muy débil que vos seáis, yo lo soy aún más. Ahora, claro. Cuando tenga el arma, sin embargo... Bueno, vos haréis lo que tengáis que hacer cuando llegue el momento. A lo mejor vuestro Patriarca aceptaría a Blachloch en mi lugar. Pero... Saryon, ¿estáis vos conmigo ahora? ¿Ayudaréis a liberarnos a los dos, y a Andon y su gente? Sabéis perfectamente que mantendrán su juramento y conocéis lo que les hará Blachloch.

—Sí —dijo Saryon. Entrecruzando las manos, bajó la vista hacia ellas, dándose cuenta de que las uñas se le volvían azules—. Estoy perdiendo el tacto en los dedos —murmuró. Poniéndose en pie, se apartó de la mesa para aproximarse al débil fuego —. Me gustaría saber qué está haciendo Almin en estos momentos —dijo para sí, tendiendo las manos hacia el calor del fuego—. ¿Preparándose para asistir a los Rezos Vespertinos en El Manantial? ¿Disponiéndose a escuchar al Patriarca Vanya orando en busca de un consejo que probablemente no necesita? No me extraña que Almin se quede allí, a salvo y sin problemas, en el interior de El Manantial.

—Es un trabajo sencillo.

6. Caído

—No puede hacerse —dijo Saryon, levantando la mirada del libro que estaba leyendo, su rostro pálido y cansado.

—¿Qué queréis decir con que no puede hacerse? —exigió Joram, dejando de pasear arriba y abajo, y yendo a colocarse junto al catalista—. ¿Es que no lo entendéis? ¿No sabéis matemáticas? ¿Nos falta alguna cosa? ¿Algo de lo que no nos hemos dado cuenta? Si es así...

—Digo que no puede hacerse porque no lo voy a hacer —dijo Saryon con voz fatigada, apoyando la cabeza en la mano. Hizo un gesto señalando el libro—. Lo comprendo —continuó con voz sepulcral—. Lo comprendo demasiado bien. ¡Y no lo haré! —Cerró los ojos—. No lo haré.

Joram torció el gesto, furioso, apretando los puños, y por un momento pareció como si fuera a golpear al catalista. Se controló con un visible esfuerzo y, dando otra vuelta a la pequeña y subterránea cámara, hizo un esfuerzo por calmarse.

Al oír alejarse a Joram, Saryon abrió los ojos, yendo a caer su melancólica mirada sobre los numerosos volúmenes de piel, encuadernados a mano, que reposaban pulcramente ordenados sobre unas estanterías de madera de construcción tan tosca que parecían hechas por niños. Un primer ejemplo de trabajo de carpintería hecho sin utilizar la magia, supuso el catalista. Sentía la cólera de Joram —emanaba de él como una ola de calor emana de la fragua— y Saryon se quedó allí sentado, tenso y expectante, esperando el ataque, verbal o físico. Pero no llegó ninguno de los dos. Únicamente un silencio que parecía a punto de explotar y el ininterrumpido y acompasado ir y venir del joven, paseando su frustración. Saryon suspiró. Casi hubiera preferido un arrebato de ira. Aquella serenidad en alguien tan joven, aquel control sobre una naturaleza que evidentemente se encontraba en un estado de total confusión, era aterrador.

¿De dónde vendría?, se preguntó Saryon. No de sus padres, desde luego, quienes, si eran ciertos los rumores, se entregaron a pasiones tales, que provocaron su ruina. Quizás aquél era una especie de intento de dar una compensación al padre de Joram, tendiendo hacia él sus manos de piedra. O también existía la posibilidad de que hubiera llegado hasta Saryon surgiendo de la oscuridad, del dolor de su herida. Aquella que había dejado fuera, aquella en la que nunca volvería a pensar...

Saryon sacudió la cabeza con enojo. Qué tontería. Era la influencia de aquella habitación, tenía que serlo.

Joram se sentó en una silla junto a él.

—Muy bien, Saryon —dijo; su voz era fría y serena—, decidme qué es lo que debe hacerse y por qué no lo haréis.

El catalista volvió a suspirar. Levantando la cabeza, volvió a mirar el libro

colocado ante él, sobre la mesa. Sonriendo tristemente, pasó la mano sobre las páginas como acariciándolas.

—¿Tienes alguna idea de las maravillas que se esconden entre estas páginas? —le preguntó a Joram con voz reposada.

Los ojos de Joram devoraron al catalista, espiando la más mínima variación en la expresión del cansado y arrugado rostro de aquel hombre.

—Con esas maravillas, podríamos gobernar el mundo —replicó.

—¡No, no, no! —exclamó Saryon con impaciencia—. Quiero decir maravillas, conocimientos maravillosos. Las matemáticas... —Cerró los ojos de nuevo con expresión de intensa angustia—. Soy el mejor matemático de este siglo —murmuró —. Un genio me llaman ellos. Sin embargo ahí, en esas páginas, he encontrado tales conocimientos que me hacen sentir como si fuera un niño acurrucado sobre las rodillas de su madre. No he empezado ni a comprenderlos. Podría estudiarlos durante meses, años... —La expresión de dolor desapareció de su rostro siendo reemplazada por una de deseo. Acarició las páginas del libro—. Qué alegría —susurró—, si hubiera encontrado esto cuando era joven... —Su voz se extinguió.

Joram aguardó, vigilante, paciente como un gato.

—Pero no lo encontré —siguió Saryon. Abriendo los ojos apartó la mano de las páginas del libro con rapidez, de la misma manera que se aparta la mano de un hierro candente—, lo he encontrado ahora que soy viejo, y mi conciencia y mi sentido de la moral están formados ya. Es posible que mi moralidad no sea la correcta —añadió, al ver que Joram ponía mala cara—, pero, sea la que fuere, es ya una parte de mí. Intentar negarla o luchar contra ella me volvería loco.

—¿De modo que lo que me estáis diciendo es que comprendéis lo que significa todo esto —Joram indicó el libro—, y que podéis hacer lo que debe hacerse, excepto que va en contra de vuestra conciencia?

Saryon asintió.

—¿E iba también en contra de esa conciencia vuestra matar a aquel joven catalista en ese pueblo...?

—¡Basta! —exclamó Saryon en voz baja.

—No, no voy a callarme —replicó Joram agriamente—. Vos sois muy bueno soltando sermones, catalista. Dadle un sermón a Blachloch. Mostradle lo malvadas que son sus acciones mientras ata a Andon por las manos a un poste para azotarle. Observad con atención cómo sus hombres le arrancan la carne de los huesos a ese anciano. Observadlo y confortaos sabiendo que puede que no esté bien pero al menos no va en contra de *vuestra* conciencia...

—¡Basta! —El puño de Saryon se crispó. Le lanzó una mirada airada al muchacho—. Deseo que eso no suceda tanto como tú...

—¡Entonces, ayudadme a evitarlo! —siseó Joram—. ¡Depende de vos, catalista!

¡Vos sois el único que puede hacerlo!

Saryon volvió a cerrar los ojos, apoyando la cabeza entre las manos, desmoralizado.

Recostándose en su silla, Joram lo observó y esperó. El catalista alzó un rostro macilento.

—Según el libro, debo darle Vida... a aquello que está Muerto.

El semblante de Joram se ensombreció, las espesas cejas se juntaron.

—¿Qué queréis decir? —preguntó con voz tirante—. No a mí...

—No. —Aspirando profundamente, Saryon se volvió hacia el libro. Humedeciéndose un dedo, giró con cuidado una de las quebradizas páginas de pergamino, tocándolas con suavidad, respetuosamente—. Has fracasado por dos razones. No has estado mezclando la aleación en las proporciones correctas. Según esta fórmula, eso es muy importante. Una desviación de unas pocas gotas puede significar la diferencia entre el éxito y el fracaso. Luego, una vez que se lo saca del molde, el metal debe calentarse a una temperatura altísima...

—Pero perderá su forma —protestó Joram.

—Espera... —Saryon alzó una mano—. Este segundo proceso de calentamiento no tiene lugar en el fuego de la fragua. —Pasándose la lengua por los labios, calló un momento, luego continuó, hablando lentamente y de mala gana—. Se calienta con el fuego de la magia...

Joram se quedó mirándolo, confuso.

—No comprendo.

—Debo abrir un conducto, sacar magia de mi alrededor e infundírsela al metal. —Saryon miró a Joram fijamente—. ¿Puedes entenderlo, muchacho? Debo traspasar la Vida que hay en este mundo a algo Muerto, hecho por la mano del hombre. Eso va en contra de todas mis creencias. Verdaderamente es la más tenebrosa de todas las Artes Arcanas.

—¿Qué harás, catalista? —le preguntó Joram, recostándose en su silla de nuevo y contemplando a Saryon con expresión triunfante.

Pero Saryon llevaba ya más de cuarenta años en el mundo. Unos años de vida muy cómoda, tal y como había llegado a darse cuenta, pero que no obstante le habían servido de experiencia. No era el estúpido que Joram imaginaba, andando por el borde del precipicio, contemplando al sol que brillaba sobre su cabeza en lugar de al mundo real que lo rodeaba. No, Saryon vio el abismo. Se dio cuenta de que si daba unos cuantos pasos más, caería abajo, y se dio cuenta de ello porque aquel sendero le era conocido, ya lo había recorrido antes, aunque hacía mucho tiempo de ello.

Un suave golpe en una trampilla que había sobre sus cabezas hizo que se pusieran en pie de golpe, alarmados.

—¿Bien? —preguntó Joram con insistencia.

Mirándolo, contemplando la apasionada intensidad de su semblante, Saryon respiró profundamente, cerró los ojos, y saltó por el acantilado.

—Sí —contestó de modo inaudible.

Asintiendo para sí con satisfacción, Joram se precipitó apresuradamente al centro de la pequeña habitación y levantó los ojos hacia arriba en el mismo momento en que la trampilla del techo se abría unos centímetros.

—Soy yo, Andon —les llegó un susurro—. El guarda os está buscando. Debéis regresar.

—Deja caer la escalera.

Una escalera de cuerda rodó hacia abajo como respuesta, atrapándola Joram en su caída.

—Catalista... —Le indicó que se acercara con un gesto.

—Sí.

Recogiéndose las ropas a su alrededor, Saryon se acercó, colocándose debajo de la escalera, no sin antes dirigirle una última y ávida mirada a aquel depósito de tesoros que lo rodeaba.

—¿No deberíamos llevarnos el libro con nosotros? —preguntó Joram, empezando a darse la vuelta para recogerlo.

—No —respondió Saryon con voz cansada—. He memorizado la fórmula. Es mejor que vuelvas a ponerlo en su sitio.

Joram colocó rápidamente el libro en una de las estanterías, luego apagó la vela. Una densa oscuridad sepultó la cámara, rancia por el olor de aquellos antiguos libros que yacían en su oculto sepulcro.

¿Habitaban también en aquel lugar los espíritus de aquellos que los habían escrito?, se preguntó Saryon mientras trepaba torpemente por la escala de cuerda bajo la débil luz de una vela que Andon sostenía por encima de sus cabezas. «Quizá *mi* espíritu volverá aquí cuando yo esté muerto —pensó el catalista, incapaz de reprimir una mirada atrás mientras subía ruidosamente por la escalera con la impaciente ayuda de Joram—. Aquí podría, desde luego, vivir muy feliz siglos enteros.»

—Aquí, Padre, dadme la mano.

Había llegado arriba. Cogiéndolo por la muñeca, Andon tiró de él desde el otro lado de la trampilla, ayudando a Saryon a trepar hasta aquel antiguo pozo de extracción que pasaba por debajo de su casa.

—Sostened la luz —le indicó el anciano, pasándole la vela colocada en su soporte de hierro forjado. Las sombras saltaron y danzaron por las pétreas paredes cuando Saryon tomó la luz.

Joram subió con facilidad; Saryon contempló con envidia sus fuertes y musculosos brazos. Inclinándose, el muchacho se aseguró de que la trampilla quedaba bien cerrada. Luego entre él y Andon la sujetaron con algo que el anciano

llamó un candado, insertando en él un pedazo de metal de forma extraña y dándole la vuelta con un chasquido. Devolviendo la llave a su bolsillo, Andon se apartó unos pasos y, tras una breve inspección, movió la cabeza afirmativamente en dirección a Joram.

El joven colocó ambas manos sobre una gigantesca piedra y con evidente esfuerzo la hizo rodar hasta colocarla en su lugar, sobre la trampilla, ocultándola totalmente a la vista.

Andon sacudió la cabeza.

—Normalmente se necesitan dos hombres adultos para mover esa roca —le dijo a Saryon, observando a Joram y sonriendo admirado—. Al menos así lo recuerdo yo de cuando era joven. La roca no había sido movida desde hacía muchos años, no hasta que este joven insistió en ver los antiguos libros. —Dejó escapar un suspiro—. No había sido necesario moverla, nadie había tenido la necesidad de bajar ahí. Ninguno de nosotros sabe leerlos, nadie los sabía leer ya en época de mi padre. Únicamente había visto mover esa piedra una vez, y entonces supongo que fue simplemente una comprobación para asegurarse de que los libros continuaban intactos.

—Están bien conservados —musitó Saryon—. El ambiente es seco en esa habitación. Se conservarán durante siglos si no se los toca.

Con una amable expresión de simpatía, Andon puso su mano sobre el brazo del catalista.

—Lo siento, Padre. Imagino cómo debéis sentiros. —Arrugó la frente, enojado—. Intenté decírselo a Joram...

—No, no lo culpo a él —dijo Saryon con voz firme—. Yo tomé la decisión de venir. No lamento haberlo hecho.

—Pero parecéis trastornado...

—Tantos conocimientos... perdidos —replicó el catalista, dirigiendo la mirada hacia la piedra, mientras sus pensamientos permanecían fijos en lo que descansaba bajo ella.

—Sí —coincidió Andon tristemente.

—No están perdidos —dijo Joram acercándose a ellos, con los ojos brillando aún más que la llama de la vela—. No están perdidos... —repitió frotándose las manos.

—Palabra de honor que esto está infernalmente helado. ¿O son estas expresiones contradictorias? Me perdonaréis, confío —dijo Simkin, poniéndose rápidamente una capa de piel que hizo aparecer con un descuidado movimiento de la mano—, pero tengo una cierta tendencia a las afecciones de pulmón. Mi hermana murió de pulmonía, ya sabéis. Bueno, en realidad no. Murió por haberse golpeado gravemente al caer de una de las plataformas de Merilon, pero no se hubiera caído si no hubiera estado deambulando por ahí delirante a causa de la fiebre provocada por una pulmonía. No obstante...

—Ahora no —lo atajó Mosiah, sentándose a la mesa junto al joven—. No podemos permanecer mucho tiempo. El guarda no quería ni dejarnos entrar, pero Simkin consiguió que Blachloch nos diera permiso. ¿Por qué nos habéis llamado?

—Necesitamos vuestra ayuda —dijo Joram, sentándose junto a ellos.

—¡Oh, una conspiración! Qué espantosamente horrible suena. Soy todo oídos. *Podría* ser todo oídos, por supuesto —añadió Simkin ocurriéndosele la idea de repente—. Si sirve de ayuda.

—Todo boca estaría más cerca de la verdad. Cállate —murmuró Mosiah.

—No diré ni una palabra más. —Envuelto hasta los ojos en pieles, Simkin apretó los labios con fuerza, servicial, y miró a Joram con solemne intensidad que, no obstante, quedó algo desvirtuada a causa de un enorme bostezo—. Lo siento —dijo.

Tiritando, acurrucado en un rincón tan cerca del débil fuego como le era posible, Saryon dejó escapar un resoplido de enojo. Joram le dirigió una mirada irritada, haciendo un gesto como para tranquilizarlo. Luego se volvió otra vez hacia sus amigos.

—El catalista y yo hemos de salir de aquí esta noche...

—¿Os vais a escapar? —preguntó, ansioso, Mosiah—. Iré con vosotros...

—¡No, escucha! —dijo Joram con exasperación—. No puedo deciros lo que estamos haciendo. De todas maneras es mejor que no lo sepáis, por si algo sale mal. Hemos de salir de aquí y volver a entrar sin que el guarda se dé cuenta y, lo que es más importante, hemos de tener libertad absoluta para hacer... lo que hemos de hacer sin que se nos interrumpa.

—Eso debería de ser fácil. —Mosiah pareció desilusionado—. Fuisteis a casa de Andon anoche...

—El guarda nos escoltó hasta allí y de regreso aquí, de la misma manera que me acompaña cada día a la forja —terminó Joram ferozmente.

—En otras palabras —dijo Simkin con tranquilidad—, quieres que el guarda esté en el País de los Sueños mientras vosotros dos lleváis a cabo oscuras y traicioneras acciones. Y por la mañana, quieres que os encuentre durmiendo tranquilamente en vuestras camitas cuando se despierte.

Echándole una mirada a Simkin, Saryon se agitó incómodo. Las conjeturas del muchacho, hechas en tono festivo, se acercaban mucho a la verdad. Demasiado. El catalista no había querido involucrar a aquellos dos jóvenes, a Mosiah porque era peligroso y a Simkin porque era Simkin.

—Además de esto —continuaba diciendo el joven lánguidamente, bajo su capa de pieles—, no deseas ninguna interrupción por parte de una persona en particular, nuestro Rubio y Siniestro Caudillo. Mi querido muchacho —Simkin se arrebujó en su capa—, nada más fácil. Déjamelo todo a mí.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Saryon, con voz áspera.

—Vaya, amigo mío. No te estarás resfriando, ¿verdad? —preguntó a su vez Simkin con inquietud, girándose para mirar al catalista—. Es un poco peligroso para alguien de edad tan avanzada como tú. Se llevó al Conde de Mooria en cuestión de días, y tenía exactamente tu misma edad. Perdió la cabeza de un estornudo. Literalmente. Fue a aterrizar, ¡plaf!, sobre las natillas. Claro que el Duque Zebulon *dijo* que no era más que una pequeña broma, una especie de espectáculo de sobremesa para divertir a los invitados, y que no había sido su *intención* que su catalista le hiciera caso y le transfiriera tan excesiva cantidad de magia. Pero todos nos preguntamos... Él y el Conde se habían peleado jugando al Destino del Cisne, justamente el día anterior. Algo referente a hacer trampas. De todas formas, los invitados se divirtieron muchísimo. No se habló de nada más durante semanas. Está muy de moda, ahora, conseguir que el Duque te invite a cenar...

—¡No me estoy resfriando! —soltó Saryon cuando consiguió meter baza.

—Encantado de saberlo —dijo Simkin con la mayor seriedad, inclinándose para darle unas palmaditas en la mano al catalista.

—Sigamos con esto —la voz de Joram sonaba impaciente—. ¿El guarda y Blachloch?

—¡Ah, sí! Sabía que estábamos hablando de alguna otra cosa. El guarda. Yo me ocuparé de él —dijo Simkin.

—¿Cómo? —preguntó Mosiah, receloso, dirigiéndole una mirada al catalista.

Era evidente que él y Saryon compartían la misma opinión sobre el barbudo joven.

—Un suave calmante, cuya receta conocemos sólo yo y la Marquesa de Lonnoni, quien tuvo catorce hijos. Eso en cuanto al guarda. Ahora, en cuanto a Blachloch. De todos modos, se me ha requerido para jugar al tarot con él esta noche. No os molestará. Palabra de honor.

—¡Honor! —exclamó Mosiah con sarcasmo—. Iré contigo.

—¡Oh!, no. Totalmente imposible —dijo Simkin, bostezando de nuevo. Estirando los pies en dirección al fuego, se repantigó en la silla en una posición que parecía imposible, removiéndose hasta sentirse totalmente cómodo—. No quisiera parecer insensible, pero eres un poco cateto, querido muchacho. Quiero decir, que no me atrevería a llevarte a ningún sitio en el que hubiera gente educada. Tus modales en la mesa son bastante chocantes. Además —añadió, ignorando la furiosa mirada de Mosiah—, alguien debería quedarse aquí, en esta miserable casucha, para hacer creer que Padre e Hijo están en su interior.

—Ésa no es una mala idea —dijo Joram, colocando una mano en el crispado puño de Mosiah, intentando refrenarlo—. ¿Qué tendría que hacer?

—No demasiado —repuso Simkin, encogiendo los hombros cubiertos por las pieles como un oso remilgado—. Atizar el fuego. Moverse arriba y abajo en frente de

la ventana de vez en cuando, de modo que se vea su sombra. Caramba, Mosiah —añadió, bostezando de tal manera que sus mandíbulas crujieron—, podría incluso hacer un conjuro para que tu pelo se pareciera al de Joram. Tan sólo un poco de ayuda de nuestro amigo Vivificador aquí presente y tus trenzas serían la envidia de todas las mujeres del poblado. Largas, gruesas, exuberantes...

Mosiah se volvió hacia Joram.

—Es un bufón —dijo el muchacho en voz baja—. ¡Estás poniendo tu vida en manos de un payaso!

La aburrida expresión que mostraba el barbudo rostro de Simkin cambió repentinamente para convertirse en una mirada tan astuta y penetrante que Saryon hubiera podido jurar, por un instante, que era un extraño el que se sentaba allí. Mosiah estaba de espaldas al joven; Joram miraba malhumorado a Mosiah. Nadie vio aquella mirada excepto el catalista, y antes de que pudiera comprender su significado o absorberla, ya había desaparecido, siendo reemplazada por una juguetona y negligente sonrisa.

El manto de piel se desvaneció, al igual que los calzones de seda y el chaleco. Hubo un revoloteo confuso de colores y, en un instante, Simkin apareció vestido de pies a cabeza con un traje multicolor. Con todos los colores del arco iris colocados de tal manera que desentonaban de una manera atroz, con cintas ondeando por doquier y campanillas tintineando por todo el vestido, Simkin se deslizó fuera de su silla y se arrastró a gatas hasta llegar junto a Joram. Sentándose ante él con las piernas cruzadas, hizo sonar las campanillas de su sombrero.

—Un bufón, sí, soy un bufón —gritó Simkin alegremente, agitando los brazos con grandes ademanes, haciendo que las cintas revolotearan a su alrededor como un remolino de nieblas multicolor—. Soy el bufón de Joram. ¿Recuerdas lo que dijo el tarot? ¡Tu carta era el Rey de Espadas! Algún día serás Emperador y necesitarás un bufón, ¿no es así, Joram? —Inclinándose hacia adelante, Simkin juntó las manos fingiendo orar—. Dejadme ser vuestro bufón, mi Señor. Necesitáis uno, os lo aseguro.

—¿Por qué, imbécil? —preguntó Joram, la media sonrisa bailándole en los ojos.

—Porque sólo un bufón se atreve a decirte la verdad —dijo Simkin en voz baja.

Joram se quedó mirando a Simkin en silencio durante un brevísimo instante; luego, al ver cómo una mueca burlona aparecía en aquel rostro barbudo, levantó una de sus gruesas botas y la colocó con fuerza sobre el pecho del joven, empujándolo hacia atrás. Dando una voltereta, entre frenéticas carcajadas, Simkin efectuó un elegante salto mortal y se quedó de pie.

Haciendo caso omiso de Simkin, que daba saltos por la habitación, Mosiah puso una mano sobre un hombro de Joram, sacudiéndolo casi en su vehemencia.

—Escúchame —le dijo, apremiante—. ¡Olvida esto! Olvida las cartas, olvida

cualquier idea que tengas de desafiar a Blachloch. ¡Oh, vamos, Joram! ¡Te conozco! Te he oído hablar. Tendría que ser un estúpido para no comprenderlo. ¡Aprovechemos esta ocasión para escapar! Deja que Simkin utilice su poción con el guarda y probemos suerte ahí fuera, en el País del Destierro. Podemos conseguirlo. Somos jóvenes y fuertes, además tendremos al catalista con nosotros para que nos facilite Vida. Vos vendréis, ¿verdad, Padre?

Saryon no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza. La idea de desaparecer en los bosques le resultaba tan atractiva de repente, que se hubiera precipitado al exterior en aquel mismo momento sólo con que una persona hubiera dado ejemplo.

Joram no contestó de inmediato, y Mosiah, viendo la expresión pensativa del sombrío rostro de su amigo y confundiéndola con interés, siguió hablando precipitadamente.

—Podríamos ir hacia el norte, a Sharakan. Allí encontraremos trabajo. Nadie nos conoce. Es peligroso, pero no tan peligroso como quedarse por aquí, no tan peligroso como luchar contra Blach...

—No —dijo Joram con calma.

—Joram, piensa...

—¡Piensa tú! —gritó Joram. En sus ojos castaños brilló una llama mientras se sacudía la mano de Mosiah de su hombro—. ¿Crees por un instante que Blachloch dejaría que escapase su catalista sin hacer todo lo posible para recuperarlo? Y sus poderes son condenadamente amplios. ¿Para qué se prepara a los *Duuk-tsarith*? ¡Para capturar y localizar a la gente! ¡Él conoce perfectamente el País del Destierro! Nosotros no. Y cuando nos coja, nos matará a ti y a mí. ¿Qué somos nosotros, después de todo? Pero ¿qué pasará con el catalista? ¿Qué crees que le hará a él?

—Cortarle las manos —dijo Simkin, despojándose de las vestiduras de bufón con un gesto. Vestido de nuevo con sus habituales ropajes llamativos, hizo aparecer la capa de piel y se la colocó sobre los hombros con elegancia—. Es lo que acostumbraban hacer en la antigüedad, según tengo entendido —continuó, pidiendo disculpas con la mirada a Saryon—. No merma su utilidad, ¿sabéis?

Frunciendo el entrecejo, Mosiah mantuvo la mirada fija en Joram.

—¿Y qué pasa si nos coge ahora?

—No lo hará.

Mosiah se volvió.

—Vamos —le dijo a Simkin—. Hemos estado aquí demasiado tiempo. El guarda empezará a sospechar.

—Sí, debemos irnos —asintió Simkin, siguiéndolo—. Me parece que tengo la nariz congestionada. Yo... ¡Atchiss! ¿Veis?, ¡qué os dije! ¡El catalista me ha pasado su resfriado! ¡Estoy...! ¡Atchiss! ¡Bastante enojado! —El pedazo de tela color naranja revoloteó en el aire. Colocándoselo en la nariz, se sonó con aire melancólico—. Y

con esa agotadora noche por delante, además. Blachloch hace trampas, ¿sabéis?

—No, él no las hace. Es demasiado bueno en el juego. *Tú* haces trampas —dijo Joram secamente.

—¿Por qué siempre gana? Incluso cuando hago trampas, nunca parezco conseguirlo. Supongo que debería concentrarme en el juego. Te veré de aquí a un rato, querido amigo. Debo ir a recoger esas preciosas florecillas y a preparar la poción. —Simkin guiñó un ojo—. Estad preparados. Oiréis mi voz...

Indicando con la cabeza al centinela, al que se podía ver montando guardia desde el portal de la casa que había al otro lado de la calle, Simkin salió tranquilamente de la prisión.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Joram, deteniendo a Mosiah en la puerta.

—Quizá sí, quizá no —le respondió Mosiah sin mirarlo—. Quizá me vaya yo solo, antes de que os cojan a todos.

—Bien..., buena suerte, entonces —dijo Joram con frialdad.

—Gracias. —Mosiah le dirigió una mirada herida y amarga—. Muchas gracias. Que tengáis buena suerte también vosotros.

Dando un portazo detrás de él, salió precipitadamente.

Mirando por la ventana, Saryon lo vio alejarse con la cabeza inclinada.

—Le importas mucho —dijo el catalista, volviéndose desde la ventana para mirar a Joram, que estaba preparando una escudilla de gachas sobre las brasas del hogar.

El muchacho no contestó, se diría que no le había oído.

Atravesando la pequeña y helada prisión, Saryon se tumbó sobre su dura cama. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía? ¿Un sueño realmente tranquilo? ¿Podría volver a dormir alguna vez? ¿O vería siempre a aquel joven Diácono, con aquella expresión aterrada al ver la muerte en los ojos del Señor de la Guerra?

—¿Confías en Simkin? —preguntó Saryon, contemplando las podridas vigas del techo.

—Tanto como confío en vos, catalista —repuso Joram.

7. La tormenta

—Vamos, vieja bruja, ve un poco más rápido. ¡Si tardas mucho más, la cena se convertirá en desayuno!

La anciana a quien iban dirigidas estas palabras no contestó, ni tampoco pareció moverse más deprisa. Arrastrando los pies mientras iba y venía de la mesa a la chimenea, llevando verduras en el delantal, las arrojó en un puchero que colgaba de un gancho sobre el fuego. Recostado en una silla junto a una mesa que había arrastrado colocándola cerca de la ventana, el centinela vigilaba todas aquellas acciones refunfuñando, dividiendo su atención entre la anciana, el puchero que borboteaba sobre el fuego —del que salía un fuerte olor a cebolla— y la prisión que había al otro lado de la calle.

Una luz muy tenue brillaba a través de la ventana de la prisión, la luz de un débil fuego. De vez en cuando, el guarda podía ver borrosas siluetas que cruzaban por delante de la ventana yendo de un lado a otro. No había nadie por la calle aquella noche; nadie iba a visitar a los prisioneros, y los prisioneros tampoco habían hecho intención de querer salir, cosa que les agradecía. No era una noche para estar en la calle. Una fría y oblicua lluvia chocaba contra el barro de la calle como una lluvia de lanzas, un granizo agudo como puntas de flecha golpeaba las ventanas de las casas, mientras el viento, encabezando aquel violento ataque, gemía y aullaba como una horda de demonios.

—Es idiota mantener a un hombre aquí esta noche —masculló el centinela—. Ni siquiera el Príncipe de los Demonios saldría en medio de una tormenta como ésta. ¿No está listo eso todavía, vieja?

Volviéndose a medias en su silla, levantó la mano como si fuera a abofetear a la mujer. Ésta, que era ligeramente sorda y no veía demasiado bien, siguió sin prestarle atención, y el centinela estaba ya poniéndose en pie cuando lo sobresaltó el repiqueteo del cerrojo de la puerta.

—¡Abrid ahí dentro! —gritó una horripilante voz, tan estridente como el viento.

El centinela dirigió una veloz mirada al otro lado de la calle. La débil luz seguía brillando en la prisión, pero no se veía ninguna sombra en las ventanas.

—¡Eh! ¡Eh! —volvió a gritar la voz.

Aquello fue seguido por una serie de golpes y patadas contra la puerta, que pareció como si fueran a derribarla.

El centinela no poseía precisamente una gran imaginación ni tampoco una gran inteligencia. Habiendo conjurado mentalmente, por así decirlo, al Príncipe de los Demonios, el centinela descubrió, al igual que muchos magos, que era muy difícil hacerlo marchar. El que aquel caballero hubiera ido a reclamar su alma no le pareció imposible, ya que era lo que su madre, a la que sólo recordaba vagamente, le había

dicho que sería indudablemente su destino. Poniéndose en pie, miró por la ventana intentando ver a aquel visitante, pero no pudo distinguir nada a excepción de una confusa sombra.

—¡Abre la puerta! —le gritó el centinela a la anciana, ocurriéndosele la peregrina idea de que a lo mejor el Príncipe podría no ser excesivamente escrupuloso en cuanto al alma que se llevaba. Pero la atención de la anciana se concentraba únicamente en el estofado, ya que no había oído ni el grito ni el golpe en la puerta.

—¿Hay alguien en casa? —dijo la voz, y el repiqueteo aumentó.

Al oír esto, el centinela sintió brillar un poco de esperanza en su interior. Apartándose de la ventana de modo que no pudiera ser visto, consideró que a lo mejor aquel visitante no deseado se iría. Para asegurarse de ello, le hizo varias señales a la anciana, indicándole que siguiera con su trabajo sin hacer caso.

Desgraciadamente, sus frenéticos ademanes consiguieron lo que todo el griterío del pueblo no hubiera conseguido: llamaron la atención de la mujer. Al ver que el centinela señalaba la puerta, asintió con la cabeza y, arrastrando los pies, se dirigió hacia ella y la abrió.

Una ráfaga de viento helado y lluvia, una punzante avalancha de granizo y una enorme figura peluda se precipitaron en el interior de la habitación simultáneamente. Pero sólo se permitió permanecer en ella a uno sólo de los visitantes nocturnos. Dándose la vuelta, la peluda figura apoyó su hombro en la puerta y, con la ayuda de la anciana, la cerró a los helados intrusos.

—¡Por la muerte de Almin! —juró una voz sepulcral, sonando ligeramente apagada bajo la piel bordeada de escarcha—. ¡Hubiera podido morir ahí en la puerta! Y yo que he venido especialmente por ti.

Ante aquella confirmación de sus temores, aunque había esperado ver algo más terrible con cola y cuernos, el centinela sólo pudo farfullar de forma incoherente hasta que la figura se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo con otro juramento.

Éste fue correspondido por otro juramento del centinela.

—Simkin —masculló, dejándose caer sobre la silla, temblándole las piernas de alivio.

—Así que éste es el agradecimiento que recibo, después de estar a punto de morir de frío para traerte un poco de alegría —dijo Simkin con un gesto de desprecio, lanzando un pellejo de cerveza sobre la mesa frente al centinela.

—¿Qué es esto? —exigió el hombre, receloso.

—Una cosita que envía nuestro querido amigo Blachloch —dijo el muchacho, con un desenfadado movimiento de la mano mientras se colocaba junto al fuego—. Una porción del botín capturado, una recompensa por un buen trabajo, para que brindes por el saqueo, el pillaje y el robo, y todo ese tipo de cosas.

El rostro del centinela se iluminó.

—Bueno, eso está muy bien, muy bien —contestó, mirando el pellejo de cerveza codiciosamente y frotándose las manos. Un pensamiento le vino de repente a la cabeza, y miró a su alrededor entrecerrando los ojos—. Escucha —dijo hoscamente, observando a Simkin, que parecía muy interesado en el guiso que se estaba cociendo —. No puedes quedarte. Estoy de guardia y no se me puede molestar.

—Créeme, querido amigo, no me quedaría aquí ni por todos los monos domesticados de Zith-el. —Simkin olfateó el ambiente y, haciendo aparecer el pedazo de seda naranja, se lo colocó sobre la nariz—. Te puedo asegurar que el olor a cebolla y a patán que no se baña jamás no me atrae en absoluto. Soy un recadero, eso es todo, y permaneceré aquí el tiempo suficiente para entrar en calor o perecer asfixiado por esta peste, lo que sea que me suceda primero. En cuanto a tu guardia —lanzó una mirada de desdén por la ventana—, si me preguntas a mí, te diré que es una completa pérdida de tiempo.

—No te he preguntado, pero en eso tienes razón —dijo el centinela, recostándose cómodamente, nada perturbado por los insultos de Simkin ahora que se había asegurado de que el joven no compartiría su comida—. Puedo entender que soporte al catalista y se asegure de que se comporta como debe, pero un buen trancazo en la cabeza y un chapuzón en el río acabaría con ese crío bastardo de negros cabellos. Por qué Blachloch le aguanta me resulta totalmente incomprensible.

—Sí, claro —murmuró Simkin en tono aburrido, sus ojos fijos en el centinela, que estaba sacando el corcho del pellejo—. Bien, regreso a la noche, como se dice. Cuidaos, abuelita —le susurró el joven—. Idos temprano a la cama y, cuando lo hagáis, aseguraos de apagar la luz.

Simkin subrayó aquello último con un guiño y un movimiento de cabeza en dirección al centinela, que estaba oliendo la cerveza y lamiéndose los labios. Mirándolo con ojos repentinamente astutos y penetrantes, la anciana sonrió y agitó la blanca cofia; luego se volvió para servir el estofado, sus oídos sordos a todo lo que no fueran susurros, según parecía.

Animado por la visión del centinela llevándose el pellejo a los labios, Simkin salió apresuradamente a la calle en medio de la tormenta y la atravesó. No pudiendo ver apenas a causa de la oscuridad, la lluvia, el granizo y su enorme gorro de piel, no tardó en colisionar con otra persona.

—¡Simkin! ¡Mira por dónde vas! —gruñó con alivio una voz irritada.

—¡Caramba, Mosiah! ¡Así que después de todo no te atreviste a aventurarte en la región salvaje! No, no en la puerta, ese animal aún está vigilando. Ven por aquí a esta parte que está en sombras. Espera...

—¿Esperar qué? ¡Me estoy helando! No has...

—¡Ah!, ahí está la señal.

La luz de la casa del centinela se apagó, dejándola sumida en la oscuridad a

excepción del resplandor del fuego. Saliendo a toda velocidad de una esquina de la prisión, Simkin golpeó la puerta, que se abrió inmediatamente.

Precipitándose en su interior, Simkin arrastró a Mosiah con él, y Joram cerró la puerta de golpe detrás de ellos.

—Vaya una nochecita que habéis escogido para hacer esto —dijo Simkin, castañeteándole los dientes.

—Lo sé —repuso Joram, impávido desde la oscuridad de la helada habitación—. Con la niebla y la lluvia no se verá la luz de la forja.

—Tampoco importará si se ve —musitó Mosiah, que permanecía encorvado y tiritando junto a la puerta—. He hablado con el herrero. Ha hecho correr la voz entre los hombres de Blachloch de que algunos de sus trabajadores podrían trabajar esta noche, para recuperar el tiempo perdido durante la incursión. No te preocupes —siguió Mosiah al ver que Joram fruncía el entrecejo—. No le conté nada, y él no me preguntó. Sus hijos estaban con nosotros cuando se incendió el pueblo. Han hecho el juramento. Puedes... Bueno, no importa —Mosiah se interrumpió.

—¿Puedo qué? —preguntó Joram.

—Nada —refunfuñó entre dientes Mosiah. «Puedes confiar en él», era lo que había estado a punto de salir de los labios de Mosiah, pero, al ver la sombría y fría expresión de Joram, sacudió la cabeza.

La media sonrisa iluminó los ojos castaños igual que si fuera la luz de las mortecinas brasas. Joram sabía lo que su amigo había estado a punto de decir y por qué no lo había dicho.

—¿Qué hay del centinela?

—Ese animal ya está en su corral —informó Simkin, muy satisfecho de aquel verso que había estado componiendo durante toda la tarde—. Yo... ¡Oh, buenas noches, Padre! No os había visto, ahí escondido entre las sombras. ¿Practicando? ¿Sabéis una cosa?, tenéis muy mal aspecto. ¿Os sigue molestando el resfriado? Yo ya me he quitado el mío de encima, afortunadamente. Blachloch y un resfriado de cabeza serían mucho más de lo que yo podría soportar...

Saryon no dijo nada. Ni siquiera había oído a Simkin. No podía oír nada a causa del sonido del viento, que merodeaba alrededor de la casa como un animal de presa anhelante por la sangre que ha olido en su interior.

Una vez, mucho tiempo atrás, Saryon había oído hablar al viento. Sólo que entonces había susurrado: «El Príncipe está Muerto... El Príncipe está Muerto...» y su voz había sonado triste y pesarosa. Ahora chillaba y gemía: «¡Muerto, Muerto, Muerto! » en una especie de insensato regocijo, deleitándose en atormentarlo en su caída.

—Saryon...

El viento le habló, llamándolo por su nombre, convocándolo...

—¡Saryon!

Parpadeó, sobresaltado.

—Lo... lo siento —murmuró—. Estaba... sólo... ¿Es la hora?

—Sí —la voz de Joram sonaba fría e inexpresiva. La del viento había sonado más enérgica—. Simkin se ha ido. No debemos retrasarnos más.

—Tened, Padre, vos necesitaréis abrigaros más que yo —dijo Mosiah, luchando por despojarse de su capa mojada.

—Ya entrará en calor con bastante rapidez en la herrería —masculló Joram, enojado por el retraso.

Sin prestarle atención a Joram, Mosiah hizo caso omiso de las confusas protestas de Saryon y ayudó al catalista a ponerse la capa sobre sus raídas ropas.

—¿Estáis ya listo, por fin? —preguntó Joram y, sin esperar una respuesta, abrió cautelosamente la puerta y miró a la calle.

Como era de esperar, sus únicos ocupantes eran la lluvia, el granizo y el viento. Agarrando una capa que Mosiah le entregó en el último momento —no habría sido capaz de salir con aquel tiempo glacial sin ninguna protección—, Joram se la colocó descuidadamente sobre los hombros y salió en medio de la tormenta, cuya furia parecía reflejarse en el rostro del muchacho.

Moviéndose lentamente, Saryon lo siguió.

—Que Almin os acompañe —oyó susurrar muy bajo a Mosiah.

Saryon sacudió la cabeza.

Como si hubiera estado esperando a que apareciese, el viento rugió sobre el catalista. Las heladas zarpas de la lluvia le atravesaron la capa y las ropas con facilidad; el pedrisco le hincó sus afilados dientes en la carne. Pero el viento no tenía intención de devorarlo, parecía. Pisándole los talones, jadeaba a sus espaldas, empujándolo hacia adelante, echándole su frío aliento sobre el cuello. Saryon tuvo la vaga impresión de que si intentaba desviarse de aquel tenebroso sendero por el que se movía, el viento se precipitaría para interceptarle y cortarle el paso, mordiéndole los desnudos tobillos, sus agudos colmillos convirtiéndose en una amenaza y un recordatorio.

Muerte, Muerte, Muerte...

—¡Demonio, Padre, mirad por dónde vais! —exclamó Joram, impaciente, con voz cascada; pero su fuerte brazo sostuvo a Saryon, quien en su miseria y desesperación había estado a punto de caer, sin darse cuenta, en una hondonada llena de agua helada.

—No falta demasiado —siguió Joram.

Mirando al joven a través de la torrencial lluvia, Saryon se dio cuenta de que Joram tenía los dientes apretados, no a causa del frío que producía la tormenta sino por la excitación que bullía en su interior. Y, como conjurada por la voz del joven, la

caverna donde estaba situada la herrería se alzó de la oscuridad ante ellos, con el rojizo resplandor de sus ascuas contemplando a Saryon como si se tratara de los ojos de la criatura que lo había estado persiguiendo.

Joram empujó a un lado la pesada puerta de madera para que pudieran entrar. Saryon hizo un movimiento para penetrar en su interior, y el calor y la paz que se respiraban en aquella oscuridad iluminada por el fuego lo atrajeron hacia el interior. Entonces vaciló. Podía dar media vuelta y huir. Volver a su Iglesia. *Obedire est vivere. Vivere est obedire*. ¡Sí! ¡Era tan simple! Obedecería. ¿No era eso lo que los catalistas había hecho durante siglos, obedecer sin hacer preguntas?

Pero el viento simplemente se rió de él, burlándose, y Saryon se dio cuenta de que la tormenta había sido la base de su vida, alzándose desde aquel primer susurro hasta aquel aullido de triunfo. Levantándole los faldones de la túnica, el viento tiró de él por ambos lados y lo empujó desde atrás hasta que, con un definitivo y salvaje aullido, lo lanzó por encima de la pequeña repisa de piedra, enviándolo al interior de las rojizas tinieblas.

A su espalda, Joram arrastró de nuevo la pesada puerta cerrándola, luego se dirigió apresuradamente a su trabajo. De pie junto a la fragua, relajándose a su calor, Saryon miró a su alrededor con una fascinación que ya no podía negar. Extrañas herramientas brillaban bajo el resplandor de las brasas que ardían con más fuerza ahora que Joram, accionando el fuelle, las había avivado. Las criaturas nacidas de aquella ardiente unión atestaban el suelo, herraduras, bocados, clavos rotos, cuchillos a medio terminar, pucheros de hierro. Absorto en su trabajo, Joram no le prestaba atención al catalista. Saryon, sentándose, cuidando de mantenerse apartado para no molestar al joven, se dedicó a escuchar la violenta respiración del fuelle y se dio cuenta de repente de que ya no oía el viento.

La tormenta seguía rugiendo, aumentando su furia, debido, quizás, a que celebraba su triunfo sobre el catalista. El viento bramaba por las calles, arrancando ramas de los árboles, tejas de los tejados. La lluvia llamaba amenazadora a todas las puertas y el granizo golpeaba contra las ventanas. No obstante, aquellos que estaban en el interior del gran edificio de ladrillo situado sobre la colina dominando el poblado de los Tecnólogos ignoraban tranquilamente la tormenta. Absortos en la complejidad de los juegos —y se estaba jugando a más de un juego— prestaban muy poca atención a los caprichos de la naturaleza que ocurrían en el exterior, estando como estaban mucho más preocupados por los que tenían lugar en el interior.

—Reina de Copas, un triunfo. Ésa se lleva a tu Caballero, Simkin, y las dos bazas siguientes son mías, creo. —Blachloch depositó una carta sobre la mesa y, echándose hacia atrás en su silla, se quedó mirando a Simkin con expectación—. ¿Qué tal les va a nuestros prisioneros? —preguntó sin darle importancia el Señor de la Guerra.

Mirando la carta que tenía ante él con consternación, Simkin contempló su mano

pensativamente.

—Conspirando contra vos, ¡oh Ser Victorioso! —contestó, encogiéndose de hombros.

—¡Ah! —Blachloch sonrió ligeramente, pasándose la punta del dedo por el rubio bigote—. Ya me lo imaginaba. ¿Qué están urdiendo?

—Mataros, y ese tipo de cosas —replicó Simkin. Levantando los ojos hacia Blachloch con una dulce sonrisa, colocó una carta sobre la Reina del Señor de la Guerra—; sacrificaré ésta para proteger a mi Caballero.

Blachloch crispó su inexpresivo rostro y comprimió los labios, haciendo que el bigote se convirtiera en una delgada y recta línea.

—¡El Bufón! ¡Esta carta ya ha salido antes!

—¡Oh!, no, querido amigo —dijo Simkin con un bostezo—. Debéis de estar equivocado...

—Yo nunca me equivoco —replicó Blachloch con frialdad—. He seguido la salida de las cartas con la mayor atención. El Bufón ya ha sido jugado, te lo aseguro. Drumlor lo sacrificó para proteger a su Rey...

El Señor de la Guerra miró a su hombre en busca de confirmación.

—S... sí —tartamudeó Drumlor—. Yo... yo... Quiero decir...

Habiendo sido invitado a jugar para que pudieran ser tres, a Drumlor no le gustaba ni le interesaba aquel juego. Como a la mayoría de los otros guardas, Blachloch le había enseñado a jugar para que así el Señor de la Guerra pudiera tener alguien con quien jugar. Aquellas noches se convertían en horripilantes experiencias para el pobre Drumlor, quien apenas si recordaba cuál era la última carta que había jugado, y mucho menos una jugada diez manos antes.

—Realmente, Blachloch, el único Bufón que ese imbécil recuerda es el que vio esta mañana cuando se miró al espejo. ¡Además, si os vais a poner de malhumor, repasad todas las manos! De todas formas no importa. —Simkin lanzó sus cartas sobre la mesa—. Me habéis derrotado. Siempre lo hacéis.

—No es el ganar —comentó Blachloch, dándole la vuelta a las cartas de Simkin y seleccionándolas—, es el juego, los cálculos, la estrategia, la habilidad para derrotar al oponente. Deberías saber eso, Simkin. Tú y yo jugamos por amor al juego, ¿no es verdad, amigo mío?

—Puedo asegúraroslo, querido señor —dijo Simkin lánguidamente, recostándose en su silla—, el juego es la única razón por la que continúo existiendo en este pedazo de hierba y arena que llamamos mundo. Sin él, la vida sería tan aburrida, que más le valdría a uno enroscarse en un ovillo y dejarse caer en el río.

—Yo te evitaré esa molestia algún día, Simkin —repuso suavemente Blachloch, clasificando las diferentes manos jugadas, y pasando las cartas con rápidos y diestros movimientos de sus delgadas manos—. No tolero a aquellos que, equivocadamente,

creen que pueden vencerme.

Con un rápido movimiento de muñeca, el Señor de la Guerra arrojó una carta a Simkin. En aquellos momentos, había dos cartas con el Bufón sobre la mesa.

—No es culpa *mía* —dijo Simkin con voz dolida—. Después de todo, es vuestra baraja. No me sorprendería que fueseis *vos* quien intentara hacerme trampas a *mí*. —El joven sorbió por la nariz y el pañuelo de seda naranja apareció en su mano. Simkin se sonó la nariz delicadamente—. Hace una noche horrible ahí fuera. Creo que me he resfriado.

Una ráfaga de viento extraordinariamente fuerte golpeó en la casa, haciendo que las vigas crujieran. En algún sitio, cerca de allí, sonó un fuerte estrépito, una rama de un árbol se había roto y caído al suelo. Barajando las cartas, Blachloch echó una ojeada por la ventana. Su mirada se paralizó bruscamente.

—Hay luz en la herrería.

—¡Oh!, eso —dijo Drumlor, sobresaltado. Había estado dando cabezadas, mientras su cuerpo iba resbalando de la silla con gran regocijo por parte de Simkin. Dándose cuenta, el hombre se enderezó con dificultad—. El herrero tiene a algunos hombres... trabajando hasta tarde.

—Ya —dijo Blachloch. Apilando las cartas con pulcritud, las deslizó hasta Simkin—. Tú das. Y recuerda, te vigilo. ¿Cuál de los hombres está trabajando?

—Joram —dijo Simkin, pasándole las cartas a Drumlor para que cortara.

Un músculo se crispó en la mejilla de Blachloch, y sus ojos se entrecerraron. La mano que había estado descansando con negligencia sobre la mesa se puso en tensión, los dedos curváronse ligeramente sobre sí mismos.

—¿Joram? —repitió.

—Joram. Un jugador muy poco prometedor, ya que lo mencionamos —dijo Simkin, bostezando—. Demasiado impaciente. A menudo se lo puede engatusar para que juegue sus triunfos, en lugar de guardárselos para más adelante, cuando le serían de más utilidad.

Disponiéndose a repartir, la atención de Simkin estaba puesta en Blachloch, no en las cartas.

—¿Qué hay del catalista? —preguntó Blachloch, mirando por la ventana aquel llameante punto rojo que brillaba en la caverna, parpadeante, oscurecido por la torrencial lluvia y el granizo.

—Es un jugador mucho más experto, aunque uno no lo pensaría así al verlo —replicó Simkin en voz baja, barajando de nuevo las cartas con aire ausente—. Saryon juega según las reglas, amigo mío. —Una sonrisa apareció en los labios de Simkin—. Os propongo que no juguemos más. Empiezo a encontrar este juego mortalmente aburrido.

Drumlor lanzó a Simkin una mirada de profundo agradecimiento.

—Os diré la buenaventura en lugar de ello, ¿queréis? —le preguntó el joven a Blachloch con indiferencia.

—Ya sabes que no creo en eso... —Apartando la mirada de la ventana, Blachloch tuvo una fugaz visión del rostro de Simkin—. Muy bien —dijo con brusquedad.

El viento se levantó de nuevo. La lluvia entró por la chimenea, siseando al caer sobre el fuego. Acomodándose en su silla, Drumlor cruzó las manos sobre el estómago y volvió a dejarse llevar por el sueño. Simkin le pasó las cartas a Blachloch.

—Cortadlas...

—Sáltate esas tonterías —le replicó fríamente el Señor de la Guerra—. Acaba de una vez.

Encogiéndose de hombros, Simkin volvió a tomar las cartas.

—La primera carta es vuestro pasado —dijo, dándole la vuelta. Una figura mitrada aparecía sentada entre dos columnas—. El Sumo Sacerdote. —Simkin enarcó una ceja—. Vaya, esto es un poco extraño...

—Continúa.

Con un gesto de indiferencia, Simkin volvió la segunda carta.

—Éste es vuestro presente. El Mago Invertido. Alguien que es mago pero no es...

—Ya las interpretaré por mí mismo —dijo Blachloch, manteniendo los ojos clavados en las cartas.

—El futuro... —Simkin le dio la vuelta a la tercera carta—. El Rey de Espadas.

Blachloch sonrió.

8. La forja de la Espada Arcana

—Qué color tan extraño tiene —murmuró Saryon—. El hierro se pone rojo. Esto se pone blanco. Me pregunto por qué. Sin duda, a causa de que tiene propiedades diferentes. Ojalá pudiera estudiarlo... Ahora ve con cuidado. Pon la cantidad exacta. Eso es.

Apenas si respiraba, por si aquello pudiera hacer perder la concentración a Joram y provocar que vertiera demasiado de aquel líquido fundido.

—No parece suficiente —observó Joram, mirándolo desaprobadoramente.

—¡No pongas más! —lo instó Saryon; alargó la mano para detener al joven—. ¡No le añadas más!

—No lo voy a hacer —replicó Joram fríamente, levantando el crisol y colocándolo a un lado.

El catalista sintió que podía volver a respirar libremente.

—Ahora debes...

—Esta parte ya la sé —lo interrumpió Joram—. Ése es mi oficio.

Vertió el ardiente líquido en un gran molde hecho de arcilla, sujeto por piezas de madera.

Mirándolo, Saryon tragó saliva, nervioso. Tenía la boca seca, con un regusto a hierro, y se bebió un vaso de agua con avidez. El calor en la fragua era sofocante. Sus ropas estaban sucias de hollín y empapadas de sudor. El cuerpo de Joram relucía a la luz del fuego y sus negros cabellos, sujetos hacia atrás por una cinta de cuero que le rodeaba la frente, se enroscaban con fuerza alrededor de su rostro. Contemplando al muchacho mientras trabajaba, Saryon volvió a sentir aquella punzada en su memoria, un pequeño dolor tan agudo como una espina.

Había visto un pelo como aquél, lo había admirado. Había sido hacía mucho tiempo en... en... El recuerdo estaba casi allí y entonces se esfumó. Fue en su busca de nuevo, pero no regresó y permaneció perdido entre las hojas de mohosos libros, enterrado bajo cifras y ecuaciones.

—¿Por qué me miráis así? ¿Cuánto tiempo dura el período de enfriamiento?

Saryon volvió al presente, sobresaltado.

—Lo... lo siento —dijo—. Mis pensamientos estaban... muy lejos. ¿Qué preguntabas?

—El enfriamiento...

—¡Oh, sí! Treinta minutos.

Poniéndose en pie con dificultad, se dio cuenta entonces de que no se había movido durante una hora, y decidió ir a ver si aún continuaba la tormenta. Por el rabillo del ojo, vio cómo Joram cogía un aparato para controlar el tiempo. Una buena prueba de lo abstraído que estaba Saryon fue que no le dedicara más que una mirada,

a pesar de que, cuando había visto por primera vez lo que Andon denominaba un «reloj de arena», había quedado totalmente fascinado por su asombrosa simplicidad.

Sintió el frío antes de haberse acercado siquiera a la entrada de la cueva. Si antes había sido glacial, ahora era aún peor, en contraste con el calor de la fragua. Saryon podía oír otra vez el aullido del viento pero sonaba lejano, como si la fiera estuviera encadenada en el exterior, gimiendo por entrar.

Sacudiendo la cabeza, Saryon regresó apresuradamente junto a la fragua, donde Joram estaba muy ocupado limpiando todas las huellas de su extraña labor.

—¿Cuánta cantidad de piedra-oscura existe? —preguntó el catalista, observando cómo Joram recogía cuidadosamente en el interior de una pequeña bolsa los finos granos del mineral pulverizado.

—No lo sé. Encontré estas pocas piedras en las minas abandonadas que hay debajo de la casa de Andon. Según lo que leí en los libros, había un enorme depósito del mineral en algún sitio cerca de allí. Desde luego, ése es el motivo de que los Tecnólogos vinieran a este lugar después de la guerra. Planeaban volver a forjar sus armas, regresar y vengarse de aquellos que los habían perseguido.

Saryon sintió la mirada acusadora y penetrante de aquellos oscuros ojos, pero no se acobardó ante ella. Por lo que había visto en los libros, los miembros de su Orden habían tenido razón al desterrar aquel Arte Arcano y suprimir aquellos peligrosos conocimientos.

—¿Por qué no lo hicieron?

—Tenían demasiadas cosas de las que preocuparse —refunfuñó Joram—. Cosas tales como permanecer vivos. Luchar contra los centauros y otras criaturas mutadas, creadas y luego abandonadas por los Estrategas. Más tarde vinieron el hambre y las enfermedades. Los pocos catalistas que habían llegado con ellos murieron sin dejar herederos. Pronto todo lo que le preocupó a aquella gente fue sobrevivir. Dejaron de escribir su historia. ¿Para qué? Sus hijos no sabían leer, no tenían tiempo de enseñarles. La lucha por la supervivencia era demasiado desesperada. Finalmente, incluso el recuerdo de las viejas técnicas se perdió, y con ellas desapareció también la idea de volver y buscar venganza. Todo lo que queda son los cánticos de la Ceremonia del Scianc y unas cuantas piedras.

—Pero las canciones transmiten la tradición; sin duda hubieran podido utilizarlas para transmitir los conocimientos —protestó Saryon suavemente—. ¿Qué pasaría si tú estuvieses equivocado, Joram? ¿Y si esta gente se hubiera dado cuenta del horror que habían estado a punto de hacer caer sobre el mundo y hubieran escogido suprimirlo deliberadamente ellos mismos?

—¡Bah! —gruñó Joram, volviéndose del lugar donde había escondido el crisol en el montón de desperdicios—. Los cánticos guardan la clave de esos conocimientos. Era la única forma de que los sabios pudieran transmitirla, cuando vieron cómo las

tinieblas de la ignorancia empezaban a cernirse sobre ellos, y eso es lo que refuta vuestra mojigata teoría, catalista. *Hay* claves en esas letanías para aquellos que de verdad las escuchan. De ellas es de donde saqué la idea de buscar en los libros. Para los Hechiceros —hizo un gesto señalando al poblado, más allá de las paredes de la cueva—, los cánticos no son nada, sólo palabras místicas, palabras llenas de magia y de poder quizá, pero cuando se llega al fondo, sólo son palabras.

Saryon negó con la cabeza, nada convencido.

—Seguramente debe de haber habido otros antes de ahora que se dieron cuenta de eso.

—Los ha habido —dijo Joram, la media sonrisa brillando en las profundidades de su oscura mirada—. Andon fue uno. Blachloch otro. El anciano sabía que las claves estaban allí, sabía que conducían a los libros que habían sido tan cuidadosamente conservados. —Joram se encogió de hombros—. Pero no sabía leer. Preguntadle algún día, Saryon, sobre el amargo sentimiento de frustración que lo roía por dentro. Oídle contar cómo bajaba a la mina y se quedaba allí mirando los libros, maldiciéndolos incluso, con una rabia impotente, porque sabía que en su interior estaban los conocimientos que podían ayudar a su gente, más preciosos que el tesoro del Emperador, e igual de imposible de conseguir para aquellos que no poseen la llave.

Joram hablaba con una profunda y apasionada intensidad que Saryon encontró bastante extraordinaria en aquel joven que normalmente se mostraba sombrío y reticente. Cuando mencionó la palabra llave, su mano se cerró sobre un objeto invisible, con los ojos llameando en febril excitación. El catalista se removió incómodo. Sí, ahora tenía la llave, la llave del tesoro, y el mismo Saryon le había mostrado cómo hacerla entrar en la cerradura.

—¿Qué dijiste sobre Blachloch? —preguntó, intentando desterrar aquellos inquietantes pensamientos y tratando también de apartar de su mente el hecho de que la arena se acumulaba rápidamente en la parte inferior del reloj.

—La primera vez que oyó los cánticos, según dice Andon, oyó las claves y dedujo que debían existir los libros, pero el anciano, que temía a Blachloch desde el principio, se negó a decirle dónde encontrarlos. Eso debe de haber resultado bastante frustrante para el Señor de la Guerra. —La media sonrisa casi se materializó en los labios de Joram—. Un maestro en el arte de la «persuasión» y no se atreve a utilizarlo porque sabe que todo el campamento se rebelaría contra él.

—Está esperando el momento oportuno, eso es todo —dijo Saryon casi en un susurro—. Ahora tiene a la gente tan dominada que puede hacer lo que quiera.

Joram no respondió; su mirada estaba clavada en el estuche de arcilla, aunque de vez en cuando miraba con impaciencia hacia el reloj de arena. También Saryon se quedó silencioso, sus pensamientos conduciéndole a lugares por los que preferiría no

pasar todavía. El silencio se hizo tan profundo que pudo advertir lo diferente que era el sonido de la respiración de cada uno de ellos, la suya algo rápida y superficial contrastando con la de Joram, que era más profunda y regular. Empezó a imaginar que podía oír el crujir de la arena al caer a través del cuello del reloj.

La arena cayó del todo. Lentamente, casi de mala gana, Joram se puso en pie y cogió un martillo. Sujetándolo con ambas manos, se colocó encima del molde que descansaba sobre el suelo de piedra de la cueva, contemplándolo fijamente.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó de repente Saryon—. ¿Por qué te enseñó Andon los libros?

Levantando la mirada hacia el catalista, contemplándolo con aquellos ojos oscuros que ya no eran oscuros sino que relucían como si el frío material del que estaban hechos hubiera sido calentado en el carbón de la fragua, Joram sonrió, una sonrisa victoriosa, triunfante, una sonrisa que se reflejó en sus labios, aunque no fuera más que en una mueca siniestra.

—No lo hizo. No la primera vez. Simkin me los enseñó.

Levantando el martillo, Joram lo abatió sobre el molde de arcilla, haciéndolo añicos. El fuego de la fragua se reflejó anaranjado sobre su piel cuando se agachó sobre el oscuro objeto que yacía entre pedazos de arcilla y madera astillada. Estiró cautelosamente una mano que temblaba de impaciencia por cogerlo.

—Cuidado, estará caliente... —le advirtió Saryon, acercándose al objeto, atraído por una fascinación que se negaba a justificar ante sí mismo y que tampoco quería admitir.

—No está caliente —susurró Joram, atemorizado, sosteniendo la mano a poca distancia de él—. ¡Acercaos más, Saryon! ¡Venid a ver! ¡Ved lo que hemos creado!

En su entusiasmo, Joram olvidó su enemistad con el catalista y lo cogió del brazo obligándolo a acercarse.

¿Qué era lo que había esperado ver? Saryon no estaba seguro. Había visto dibujos de espadas en aquellos antiguos libros, dibujos detallados de gráciles hojas curvas, de empuñaduras vistosamente trabajadas, hechos recordando con cariño a aquellos que habían empuñado aquellas herramientas siniestras. Saryon se sorprendió de poder recordar aquellas ilustraciones con tal claridad, después de haberse dicho repetidamente que *eran* herramientas siniestras, instrumentos de Muerte. Sin embargo, ahora se daba cuenta, al sentirse decepcionado, que se las había estado representando en su mente, admirándolas en secreto por su delicada eficiencia. Había ansiado, quizá tanto como el muchacho, comprobar si podía emular aquella belleza.

Habían fracasado. Retrocediendo con repugnancia, Saryon se desasió de Joram. Aquella cosa que reposaba sobre el suelo de piedra no era hermosa. Era fea; una herramienta siniestra, un instrumento de Muerte, en lugar de una brillante y resplandeciente hoja de luz.

Saryon se dio cuenta de que las espadas representadas en los antiguos libros eran el resultado de siglos de esfuerzos y aprendizaje. Joram no era más que un principiante, sin experiencia, sin la técnica ni los conocimientos necesarios, sin nadie que le enseñara. La tosca espada que acababa de forjar esa noche podría muy bien haberla esgrimido, mil años antes, algún salvaje y bárbaro antepasado suyo.

Estaba hecha de un sólido pedazo de metal, empuñadura y hoja hechas de una sola pieza, sin gracia ni forma. La hoja era recta y apenas si se la podía distinguir de la empuñadura. Un corto travesaño de cantos redondeados separaba ambas partes. La empuñadura aparecía ligeramente redondeada, para encajar en la mano. Joram le había añadido una protuberancia en el extremo en un intento por equilibrarla, al haber calculado Saryon que aquello sería necesario para poder manejar el arma eficazmente.

La espada era tosca y fea. Sin embargo, Saryon hubiera podido enfrentarse a aquello de una manera lógica. Pero en aquella espada había algo aún más horrendo, algo diabólico: el pomo redondeado de la empuñadura unido al largo cuello de la empuñadura misma, junto con los cortos y toscos brazos que formaban la cruz, y el estrecho cuerpo de la hoja, convertían aquella arma en una macabra parodia de un ser humano.

La espada yacía a sus pies como un cadáver, como la personificación del pecado cometido por el catalista.

—¡Destrúyela! —jadeó con voz ronca, y tendía la mano para cogerla, con la loca idea de arrojarla en pleno corazón de aquellos carbones ardientes, cuando Joram lo apartó de un empujón.

—¿Estáis loco?

Perdiendo el equilibrio, Saryon se tambaleó hacia atrás yendo a dar contra un montón de moldes de madera.

—No, estoy cuerdo por primera vez en mucho tiempo —gritó con voz hueca, levantándose—. Destrúyela, Joram. ¡Destrúyela, o ella te destruirá a ti!

—¿Vais a entrar en el negocio de adivinar el futuro? —le gruñó Joram furioso—. ¡Le haréis la competencia a Simkin!

—No necesito cartas para ver el futuro en esa arma —dijo Saryon, señalándola con una mano temblorosa—. ¡Mírala, Joram! ¡Mírala! ¡Tú estás Muerto, pero la vida palpita y corre por tus venas! ¡Te preocupas, sientes! ¡La espada está *muerta*! Y traerá únicamente muerte.

—¡No, catalista! —le contestó Joram, sus ojos tan negros y fríos como la espada —. Porque vos le vais a dar Vida.

—No.

Saryon negó resueltamente con la cabeza. Envolviéndose en sus ropas, buscó las palabras precisas para discutir con Joram y hacerlo entrar en razón, pero no podía ver

nada, ni pensar en nada, únicamente en la espada que estaba allí sobre el suelo, rodeada de los desperdicios que habían sobrado en su fabricación.

—Le daréis Vida, Saryon —repitió Joram con suavidad, levantando la espada torpemente en su mano. Algunos pedazos de arcilla estaban todavía adheridos a su superficie. De su cuerpo sobresalían delgados tentáculos de metal, en aquellos lugares donde la líquida aleación se había introducido en pequeñas grietas del molde—. Vos tenéis mucha razón al hablar de la muerte, catalista. Es verdad. Esto —agitó la espada con dificultad, casi a punto de dejarla caer, ya que su peso hacía que se le doblase la muñeca— está muerto. Reparte muerte. Pero es una hoja de doble filo, Saryon. También reparte vida. Representará la vida para Andon y su gente, sin mencionar a todos los otros que están por ahí, a quienes Blachloch planea explotar.

—¡A ti no te importa nada de eso! —le acusó Saryon, respirando pesadamente.

—Quizá no —siguió Joram, indiferente. Se enderezó, echando hacia atrás la rizada melena negra para apartarla de su rostro, y miró fijamente a Saryon, sin mostrar la menor expresión en sus oscuros ojos—. ¿A quién le importa? ¿Al Emperador? ¿A vuestro Patriarca? ¿Qué hay de su dios, también? No, sólo a vos, catalista. Y ésa es vuestra desgracia, no la mía. Y porque vos os preocupáis, haréis esto por mí.

A Saryon se le pegaba la lengua al paladar. Las palabras bullían en su cerebro pero no encontraba forma de expresarlas. ¿Cómo podía aquel muchacho penetrar las mismas tinieblas de su alma?

Al ver la expresión agonizante del catalista y su desorbitada mirada, Joram volvió a sonreír, con aquella extraña sonrisa sin brillo.

—Vos decís que hemos traído la muerte al mundo —siguió, encogiéndose de hombros—; yo digo que la muerte ya existía en el mundo, y nosotros hemos traído la vida.

La espada estaba sobre el yunque. Joram la había vuelto a colocar sobre las brasas, calentándola hasta que el metal se volvió maleable. El arma brillaba con un fulgor rojizo, tomando las propiedades del hierro que había en la aleación, más que de la piedra-oscura de fulgor blanquecino. En aquellos momentos, el joven golpeaba los cantos de la hoja para afilarlos, con estruendosos martillazos. Una vez que el arma estuviera templada, utilizaría una rueda de piedra para afilar la punta y el filo de ambos lados.

Saryon observaba cómo Joram trabajaba con la mente trastornada, y los ojos vidriosos escociéndole, mientras en su cabeza resonaba aquel martilleo que le sacudía todo el cuerpo.

Vida... muerte... vida... muerte... Cada martillazo, cada latido de su corazón, lo sacaba a relucir. Saryon había estado equivocado. La espada no estaba muerta, ahora se daba cuenta. Estaba viva, terriblemente viva, retorciéndose y sacudiéndose,

pareciendo disfrutar con cada golpe. Aquel ruido destrozaba los nervios, pero cuando Joram arrojó finalmente a un lado el martillo, el silencio resultó más fuerte y más doloroso que los golpes del martillo. Cogiendo la espada firmemente con unas tenazas de hierro, Joram le echó una torva mirada al catalista. Encorvado en sus ropas, con aspecto desdichado, Saryon tiritaba con un sudor frío.

—Ahora, catalista —dijo Joram—. Otórgame Vida.

Hablaba con voz burlona, imitando a Blachloch.

Saryon cerró los ojos, pero aún podía ver el rojo fuego de la fragua grabado en sus párpados. Parecía como si su visión nadara en sangre. La imagen de Joram estaba allí, una confusa mancha oscura, mientras que el arma que empuñaba resplandecía con un llamativo color verde. Aparecieron unas imágenes en medio de las llamas y la sangre: el joven Diácono moribundo; Andon atado a un poste de madera, con el cuerpo doblándose bajo los golpes; Mosiah corriendo, pero no lo suficientemente deprisa como para sacudirse de encima a sus perseguidores.

Yo digo que la muerte está en el mundo...

Saryon vaciló. Otras imágenes pasaron por su mente: el Patriarca conduciendo al diminuto Príncipe a la muerte, todos aquellos niños a los que él mismo había enviado a la muerte «por el bien del mundo».

Quizás el mundo había existido únicamente en cada uno de aquellos niños.

Alrededor de Saryon todo era quietud y silencio. Podía oír los propios latidos de su corazón, como un martilleo ahogado, y supo que para él, el mundo existía ahora sólo en Mosiah, en Andon y en los niños de aquel poblado campesino que habían visto cómo sus casas se quemaban. Respirando profundamente, Saryon invocó la magia.

El catalista sintió cómo penetraba en su cuerpo, haciéndole sentir el Hechizo y, al mismo tiempo, exigiendo una salida. Se levantó lentamente de la silla donde había estado sentado y se acercó colocándose frente a Joram.

—Coloca la espada en el suelo delante de mí —intentó decir Saryon, pero las palabras resultaron inaudibles.

Obedeciendo más por instinto que porque lo hubiera entendido, Joram colocó la espada a los pies del catalista.

De la misma manera que se arrodillaba para la Ceremonia del Alba, de la misma manera que se arrodillaba para los Rezos Vespertinos, de la misma manera que se arrodillaba ante Almin, que estaba muy lejos, asistiendo a los oficios en El Manantial, Saryon se arrodilló sobre el pétreo suelo ante la espada. Tendiendo una mano temblorosa, sujetó la empuñadura. Su carne pareció encogerse cuando la tocó; temió que lo quemara, pero la mágica aleación se había vuelto ya fría y rígida. El frío penetrante del hierro se precipitó por su brazo, asestándole un golpe en el corazón. Saryon, sin embargo, sujetó la espada con fuerza, animado por una fuerza de espíritu

que superaba la debilidad de la carne.

Con un apagado suspiro, Saryon repitió la oración que acompañaba al proceso de transferir Vida, y sintió cómo la magia fluía desde el mundo, recorriéndole todo el cuerpo hasta desembocar en aquel pedazo muerto de metal creado por el hombre.

Mientras la asía, la espada empezó a refulgir de nuevo, esta vez con el blanco fulgor de la fundida piedra-oscura. Brillaba cada vez con más fuerza, como si estuviera al rojo vivo y fuera a disolverse en cualquier momento a través de la piedra sobre la que descansaba; sin embargo, su tacto seguía siendo helado. El catalista sujetaba aún la empuñadura.

¡No podía soltarla! ¡No podía cerrar el conducto que había abierto hacia la espada! Como si de un ser Vivo se tratara, la espada absorbió la magia que había en él, dejándolo sin nada, luego lo utilizó para seguir absorbiendo la magia de todo lo que la rodeaba. Haciendo esfuerzos por respirar, sintiéndose cada vez más y más débil, Saryon intentó arrancarse la espada de la mano, pero no pudo moverla.

—¡Joram! —gritó en un susurro—. ¡Ayúdame!

Pero Joram tenía los ojos clavados en la espada, su frío y pálido resplandor era tal que parecía como si la luna se hubiera escapado de entre las nubes de tormenta y hubiera ido allí a reinar.

Perdiendo el conocimiento, Saryon cayó al suelo, su mente quedó sumida en un estupor mientras la magia penetraba en él, lo atravesaba y salía de él con una fuerza que se estaba llevando con ella su propia Energía Vital. La oscuridad se cerró a su alrededor en el mismo momento en que la luz empezaba a brillar aún con más fuerza.

Y entonces unos fuertes brazos lo levantaron y unas fuertes manos lo arrastraron por el suelo, apoyándolo contra algo que se sentía demasiado mareado y aturdido para reconocer. No podía ver. Una luz brillante lo cegaba. ¿Dónde estaba la espada? La blanca luz parecía que estaba muy lejos de él, en el centro de la cueva, y sin embargo, le parecía también como si siguiese sujetando aún aquel frío metal y fuera a seguir sujetándolo siempre, eternamente.

Saryon podía oír de nuevo el viento en el exterior, y sentir su frío aliento en la mejilla. Debía de estar tendido cerca de la entrada de la cueva, pensó confusamente, y en ese momento el sonido del viento quedó ahogado por un fuerte siseo. Abriendo los ojos, horrorizado, vio cómo Joram sumergía la fría y, a la vez, abrasadora espada en la pila del agua. Una nube de blanco y fétido vapor se alzó ante él, como un fantasma que abandona su cuerpo sin vida.

Saryon volvió a cerrar los ojos, con su mente demasiado fatigada para absorber nada más. La luz, la niebla, el rostro lívido de Joram, todo se entremezcló en un turbulento y asfixiante vórtice. Lo invadieron las náuseas, sintió un peso en el estómago y se dio cuenta de que iba a vomitar. Desplomándose totalmente sobre el suelo, apretó la febril mejilla contra la fría piedra, anhelando respirar aire fresco.

Por encima del siseo de aquella agua hirviente y burbujeante, le llegó la voz de Joram susurrando en una invocación casi reverencial:

—La Espada Arcana...

9. La jugada de Simkin

Regresaron de la forja bajo la grisácea luz del amanecer dando tropezones con aire furtivo, helados hasta la médula, y tan agotados que eran incapaces de pensar coherentemente. La tempestad había cesado; ya no soplaba el viento y la lluvia había dejado de caer. Los únicos sonidos audibles en la todavía dormida aldea eran los producidos por el agua de lluvia al gotear de los aleros de las casas y el medio adormilado ladrido de algún perro guardián que parecía tomarse sus deberes con inusitada dedicación. Pero el frío seguía siendo penetrante hasta tal punto, que incluso la prisión le empezaba a parecer a Saryon un remanso de paz y bienestar mientras se movía a trompicones por las desconocidas y oscuras calles, apoyado en el brazo de Joram. El joven llevaba también con él la Espada Arcana, bien sujeta contra su pecho, ocultándola bajo la capa.

Tanto Joram como Saryon estaban exhaustos, agotados por la excitación y el miedo. Por si esto fuera poco, se alzó ahora, para atormentarlos, el repentino temor —casi olvidado en la confusión provocada por la forja de la espada— de que algo hubiera ido mal. ¿Se habría despertado el centinela y decidido investigar? ¿Habrían descubierto a Mosiah? ¿Encontrarían a Blachloch sentado allí, esperándolos pacientemente como el gato que acecha al ratón? Aquellos temores aumentaron a medida que se acercaban a la prisión. Cuando llegaron a la calle donde se encontraba el edificio, ambos se detuvieron, ocultándose en las sombras, mirándolo fijamente antes de atreverse a seguir avanzando.

Todo parecía tranquilo. No se veía ninguna luz en la ventana del centinela, como hubiera sido el caso de hallarse levantado. Tampoco se veía ninguna luz en la ventana de la prisión.

—Todo está bien —suspiró Saryon aliviado, dando un paso hacia adelante.

—Podría ser una trampa —le advirtió Joram colocando una mano sobre la espada.

—En este momento ya no me importa —dijo el catalista, fatigado, pero, no obstante, permaneció junto a Joram.

Sujetando con torpeza el arma, no muy seguro de lo que haría con ella si lo atacaban, Joram continuó bajando la calle. También en él empezaba a apagarse el sentimiento de emoción, dejándolo extraordinariamente cansado y vacío por dentro; el viejo y oscuro desánimo empezaba a apoderarse de él con rapidez.

Nada había salido como él había esperado. La espada era pesada y poco manejable, y no sentía ninguna oleada de energía cuando la empuñaba, tan sólo un dolor en la muñeca y el brazo, causado por aquel peso desacostumbrado. Había intentado afilarla, pero aquellas manos que podían ser tan delicadas cuando realizaba su magia habían demostrado ser torpes e inexpertas para aquello. Tenía miedo de haber estropeado el trabajo. La hoja era irregular y mal acabada, no estaba curvada ni

afilada como las que había visto en los antiguos textos. Era un estúpido al creer que aquella arma tosca y fea podría jamás superar los poderes mágicos de Blachloch, y así, una y otra vez, su mente daba vueltas y vueltas a aquella idea, descendiendo su ánimo cada vez más. La melancolía empezaba a embargarle; podía reconocer los síntomas. Bueno, y qué importaba, pensó sombrío. Que venga. Había conseguido su objetivo, de todas maneras.

Con una última y furtiva mirada a la ventana del centinela que quedaba al otro lado de la calle, y no viendo ninguna señal de movimiento, Joram empujó suavemente la puerta. Abriéndola, le hizo una señal a Saryon para que entrara.

Mosiah, que dormía sentado a la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos, dio un respingo al oír movimiento, levantándose a medias de la silla, asustado y medio dormido todavía.

—¡Qué..., Padre! —El muchacho se adelantó para sujetar al catalista, cuyas rodillas empezaban a doblarse bajo su peso—. ¡Dios mío, tenéis un aspecto horrible! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Joram? ¿Va todo bien?

Saryon sólo tuvo fuerzas para asentir con la cabeza, mientras Mosiah lo ayudaba a llegar a su cama.

—Os traeré algo de vino...

—No —musitó Saryon—. No podría tragarlo. Sólo necesito descansar...

Ayudando al agotado catalista a tumbarse en el lecho, Mosiah le cubrió el tembloroso cuerpo con una raída manta, luego se volvió en el preciso momento en que Joram cerraba la puerta a su espalda.

—Saryon tiene un aspecto terrible. ¿Está herido? Tú tampoco tienes mucho mejor aspecto. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Estamos perfectamente los dos. Únicamente cansados. ¿Fue todo bien aquí?

Joram se expresaba con evidente esfuerzo. Viendo que Mosiah asentía, se dirigió hacia su cama y, levantando el colchón de paja, sacó algo bajo su capa y lo deslizó debajo del colchón.

Mosiah estuvo a punto de preguntarle qué era, pero, reconociendo los síntomas de un inminente ataque de melancolía en la torva expresión de Joram, se lo pensó mejor. De todas formas, no estaba seguro de querer ver aquella cosa.

—Todo estuvo muy tranquilo aquí —contestó en su lugar—. No pasó nadie por la calle, que yo pudiera ver. La tormenta ha sido terrible, no cesó hasta primeras horas de la mañana. De... debo de haberme quedado dormido al dejar de aullar el viento...

Mosiah se calló cuando le resultó evidente que Joram no lo escuchaba; echado sobre su cama, el joven miraba fijamente al vacío. Saryon, por su parte, se hallaba sumido ya en un agitado sueño, dando vueltas en el lecho espasmódicamente. En una ocasión dejó escapar un gemido, murmurando algo incoherente. Sintiéndose solo e

inquieto, con un extraño e irracional temor creciendo en su interior, Mosiah se paseaba sin hacer ruido por la habitación cuando una voz susurrante que provenía del exterior hizo que todos sus nervios se estremecieran.

—¡Eh, abrid la puerta!

Un estremecimiento helado recorrió la espalda de Mosiah cuando percibió una inusual tensión en aquella voz normalmente despreocupada. Dirigiéndole una rápida mirada a Joram, Mosiah abrió la puerta con brusquedad y Simkin se precipitó al interior.

—Cierra rápido. Eso es, buen chico. Confío en que no me hayan visto.

Deslizándose hasta la ventana, pero manteniéndose oculto, Simkin se asomó al exterior. La acostumbrada expresión alocada y negligente había desaparecido, el rostro que asomaba por debajo de la barba estaba pálido, los labios lívidos.

—Todo tranquilo —murmuró—. Bueno, eso no durará mucho.

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que ha ido mal?

—Traigo unas noticias bastante malas, me temo —dijo Simkin, volviéndose hacia Mosiah con una forzada imitación de su alegre sonrisa—. Acabo de ir a comprobar cómo estaba el centinela, para ver si había pasado una noche tranquila. La ha pasado, de hecho. *Muy* tranquila, si entiendes lo que quiero decir.

—Bien, pues no lo entiendo —repuso Mosiah con irritación—. ¿Qué ocurre?

—Verás —empezó Simkin, mordiéndose el labio—. La cosa está así. Ese estúpido patán resulta que ha tenido la poca delicadeza de morírsenos.

—¡Morir! —Mosiah se quedó boquiabierto de asombro. Durante unos instantes fue incapaz de articular palabra, y lo único que pudo hacer fue quedarse mirando a Simkin fijamente. Por fin, atravesó la habitación tambaleante—. ¡Joram! ¡Por favor! ¡Es urgente, te necesito..., te necesitamos! ¡Joram!

Lentamente, Joram apartó la mirada del techo. Mosiah casi pudo percibir su lucha por emerger de aquella oscuridad que lo cubría.

—¿Qué?

—¡El centinela! ¡Simkin lo ha matado!

Los castaños ojos de Joram se abrieron de par en par. Sentándose, miró fríamente a Simkin.

—Se suponía que sólo ibas a drogarlo.

—Eso es precisamente lo que hice —replicó Simkin, dolido.

—¿Qué fue lo que le diste?

—Beleño —murmuró Simkin.

—¿Beleño? —repitió Mosiah, horrorizado—. ¡Pero si eso es belladona! Es venenoso.

—Para las gallinas —observó Simkin con desdén—. No tenía ni idea de que podría afectar a esos brutos, aunque de todas formas, era un mal tipo, ahora que lo

pienso.

Mosiah se sentó a los pies de la cama de Joram, intentando pensar.

—¿Estás seguro de que está uh..., uh..., muerto? A lo mejor tiene el sueño pesado...

—No a menos que se quede frío y fláccido como un pescado y duerma con los ojos abiertos. No, no, está bien muerto, os lo aseguro. El pellejo de cerveza estaba todavía lleno, junto a él. Probablemente se desplomó después del primer trago. Me pregunto si, pensándolo bien, no habré confundido esa poción con la de la Duquesa de Longeville. Si no recuerdo mal, encontraron a su segundo esposo en un estado casi similar...

—¡Cállate! —exclamó Mosiah lacónicamente—. ¿Qué podemos hacer, Joram? Hemos de pensar. —Se secó el helado sudor que le resbalaba por el rostro—. ¡Ya sé! Esconderemos el cuerpo. Lo llevaremos al bosque...

Joram no dijo nada. Sentado en el borde de la cama, hundió el rostro entre las manos, mientras la negra oscuridad volvía a cernerse sobre él.

—Es un plan excelente, amigo mío —dijo Simkin, mirando a Mosiah con admiración—. De verdad, me siento impresionado. Pero —alzó una mano en el momento en que Mosiah se ponía en pie de un salto— no funcionará. Yo no estaba..., hum..., solo, ¿sabes?, cuando realicé mi pequeño descubrimiento. Uno de los secuaces de Blachloch, de nombre Drumlor, me hacía compañía junto con este pellejo de extraordinario buen vino. —Simkin lanzó un suspiro—. Me temo que se tomó el fallecimiento de su compañero bastante mal. Se fue volando con el cuento al Señor de la Guerra. De todos modos, resultó muy sorprendente comprobar lo rápido que podía correr, teniendo en cuenta lo borracho que...

—¿Quieres decir con eso que Blachloch lo sabe?

—Si no lo sabe ahora, yo diría que lo sabrá en cuestión de minutos.

—¡Maldición! —Poniéndose en pie de un salto, Mosiah se arrojó sobre Simkin cogiéndolo por las solapas cubiertas de encaje y arrojándolo de espaldas contra la pared—. ¡Maldito seas por ser tan estúpido! ¿Qué hacemos ahora?

—Bien, en mi opinión valdría la pena que despertásemos al Calvo Compañero que duerme allí —replicó Simkin, alisándose el arrugado encaje con ofendida dignidad—. Aunque me resulta incomprensible cómo puede seguir durmiendo con tus gritos. Luego también tenemos que sacar a nuestro sombrío amigo de su enfurruñamiento...

—Estoy perfectamente. Despertad a Saryon —dijo Joram. Al ver que Mosiah daba otro paso en dirección a Simkin, se levantó, añadiendo—: ¡Basta! Calmaos los dos. No hemos hecho nada malo.

—¿No lo hemos hecho? —Simkin pareció indeciso.

—No. ¡Vamos, Mosiah! Despierta al catalista. Hemos de ponernos de acuerdo en

lo que vamos a decir...

Sacudiendo la cabeza, Mosiah se dirigió de inmediato hacia el lecho donde el catalista seguía durmiendo espasmódicamente.

—¡Padre! —Inclinándose sobre él, lo sacudió por el hombro—. ¡Padre!

—Ahora bien —dijo Joram con tranquilidad—, el catalista y yo...

Su voz se extinguió.

Volviéndose, con la mano todavía en el hombro del catalista, Mosiah vio cómo el enlutado Señor de la Guerra se materializaba en el centro de la habitación, con las manos cruzadas ante él como era la costumbre y los ojos ocultos bajo la negra capucha que le caía sobre el rostro.

—Tú y el catalista ¿qué, muchacho? —preguntó aquella voz inexpresiva.

—... Hemos estado aquí toda la noche —continuó Joram sin perder la calma—. Podríais preguntárselo a vuestro centinela, pero eso sería difícil en estos momentos, a menos que seáis un Nigromante.

—Sí, ya supuse que Simkin os contaría lo de la muerte del centinela —dijo Blachloch, lanzando una mirada al barbudo joven.

—He recibido un susto horroroso, os lo aseguro —observó Simkin. Sacando del aire el pañuelo de seda naranja, se secó la frente cuidadosamente—. Me siento trastornado, tal como dijo el Barón de Esock cuando se transformó a sí mismo, por error, en una mandolina. ¿De qué creéis que murió? —preguntó Simkin con aire distraído—. El centinela, claro. El Barón murió de una manera bastante estrafalaria. La Baronesa, una mujer muy voluminosa, se sentó sobre su estuche. Lo dejó hecho astillas, pero se fue con una canción. En cuanto a vuestro centinela, era el bruto de siempre cuando lo dejé anoche. Quizá se asfixió. —Simkin se colocó el pañuelo naranja sobre la nariz—. A mí casi me asfixia.

—Lo envenenaron —dijo Blachloch, ignorando a Simkin, mientras su encapuchada cabeza se volvió hacia Joram. Sus ojos parecían dardos, explorando la mente del muchacho—. ¿Así que estuviste aquí toda la noche? ¿Qué hiciste, jugar en la chimenea?

Bajando la mirada hacia sus ropas y su piel manchadas de hollín, Joram hizo un gesto de indiferencia.

—No me preocupé de lavarme cuando regresé de la herrería ayer.

Sin una palabra, las manos cruzadas todavía ante él, Blachloch se dio la vuelta y se dirigió hacia donde estaba Mosiah, que finalmente había conseguido despertar al catalista.

—¿Estuvisteis vos también aquí toda la noche, Padre? —preguntó el Señor de la Guerra.

—S... sí. —Saryon levantó los entornados ojos hacia el enlutado Ejecutor, parpadeando aturdido.

A pesar de estar medio dormido y de que era totalmente incapaz de comprender lo que estaba pasando, podía sentir el peligro crepitando en el ambiente. Intentando desesperadamente sacudirse de encima aquella somnolencia, se sentó en la cama, frotándose los ojos.

Blachloch estiró la mano y arrancó la manta que cubría al catalista.

—El borde de vuestra túnica está húmedo, catalista. Y cubierto de barro y hollín, también.

—La chimenea filtra —dijo Mosiah, malhumorado.

Blachloch dejó escapar una sonrisa.

—Otorgadme Vida, catalista —dijo en voz baja.

Saryon se estremeció.

—No puedo —le replicó en voz apenas audible, los ojos clavados en el suelo—. No tengo energía. He... pasado una mala noche...

Dándose cuenta de la ironía de aquellas palabras, y con la horrible sensación de que el Señor de la Guerra también era consciente de ella, Saryon palideció, aguardando, agotado de tal manera que ya no le importaba nada de lo que pudiera ocurrir.

Nada ocurrió. Apartándose del catalista, Blachloch les lanzó una última mirada a todos ellos y, sin pronunciar ninguna otra palabra, se desvaneció.

Se miraron los cuatro unos a otros en silencio durante un largo rato, temerosos de hablar, temerosos incluso de moverse.

—Se ha ido —dijo Saryon con dificultad.

Le dolían todos los músculos de cansancio y el entumecido cerebro, incapaz de enfrentarse a lo que fuera que hubiese ocurrido, seguía instándole a ignorarlo todo y volver a dormir de nuevo. Sacudiendo la cabeza con fuerza, el catalista se puso en pie tambaleante, cruzó el frío suelo y hundió la cabeza y el rostro en una palangana de agua helada.

—¿Cuánto tiempo suponéis que hacía que estaba aquí antes de que nosotros nos diéramos cuenta? —preguntó Mosiah con voz tensa y preocupada.

—¿Qué importa? —replicó Joram, encogiéndose de hombros, indiferente—. Sabe que estamos mintiendo.

—Entonces, ¿por qué no hizo algo? —exclamó Mosiah, estallándole los nervios —. ¿A qué está jugando...?

—A un juego en el que tú ya estás perdiendo como no te controles —contestó Simkin lánguidamente—. ¡Mírame a *mí*! —Alargó una de sus manos cubiertas de encaje—. ¿Lo ves? Ni el más ligero temblor. Y fui *yo* el que descubrió el cadáver. Hablando del cadáver, me gustaría saber qué piensan hacer con él. Si lo arrojan al río yo, desde luego, no me vuelvo a bañar durante un año...

—¡Cadáver!

Los ojos de Saryon se abrieron desmesuradamente.

—Explícale lo sucedido a nuestra Rosa Silvestre, ¿quieres, muchacho? Yo me siento totalmente incapaz de volver a revivirlo. Es bastante agotador. A propósito —preguntó Simkin con voz aburrida, mirando directamente a Joram—, ¿fue todo bien anoche?

Joram no respondió; recayendo de nuevo en el abatimiento, se dejó caer sobre la cama.

—Digo yo que al menos podrías decirme qué es lo que estuvisteis haciendo, después de todas las molestias que me tomé...

—¡Asesinando centinelas! —le espetó Mosiah con rabia.

—Bueno, si quieres llamarlo de una manera tan ordinaria. De todas formas, yo... ¡Por la sangre de Almin, serás bruto!

Esta exclamación fue provocada porque la puerta de la prisión se abrió de golpe, derribando casi a Simkin. Lanzando una mirada de desprecio al airado joven, uno de los hombres de Blachloch penetró en el interior en el momento en que Simkin intentaba salir.

—Bueno, muévete a un lado o a otro, ¿quieres? —dijo Simkin, con el pañuelo sobre la nariz—. No puedo pasar a través de ti. Bueno, supongo que podría, pero a ti no te gustaría demasiado...

—Tú no vas a ningún sitio. Son órdenes. He venido a decíroslo. No hasta que...

—¡Oh!, no. Realmente esto es intolerable —dijo Simkin. Pasando con tranquilidad junto al centinela, evitó rozarlo siquiera, arrugando la nariz—. Estoy seguro de que hay un error. Esas órdenes no tienen nada que ver conmigo, claro está, ¿no es así? Sólo afectan a estos tres.

—Bien, yo... —balbuceó aquel hombre, frunciendo el entrecejo.

—¿Lo ves, lo ves? —Simkin le dio unas palmaditas en la espalda y salió por la puerta—. No fuerces tanto tu cerebro, chico. Estás expuesto a que te dé un ataque. —Haciendo un molinete de despedida con el pañuelo de seda, dirigió la vista de nuevo al interior de la prisión—. Hasta pronto, queridos amigos. Encantado de haber podido ayudar. Me voy.

—¡Ayúdanos! —murmuró Mosiah, mientras la puerta se cerraba tras la llamativa figura, dejando al guarda paseando arriba y abajo en el exterior.

Acercándose a la ventana, Mosiah vio cómo el joven se dirigía con pasos remilgados al otro lado de la calle, a la casa donde había muerto el centinela. Dos de los hombres de Blachloch sacaban el cuerpo en aquel momento. Simkin se puso a andar junto a ellos, sosteniendo el pañuelo naranja de forma que le cubriera nariz y boca. Al mismo tiempo, otros guardas tomaron posiciones en la ventana, manteniendo los ojos fijos en la prisión. Golpeando enojado con la mano en la repisa de la ventana, Mosiah se apartó de ella.

—Si no hubiera sido por ese payaso y su belladona, todo hubiera ido bien. ¡Podría habernos entregado él mismo a Blachloch de paso! Quizás ahora creerás lo que te digo de él, Joram. Ahora que es demasiado tarde.

Joram se tendió sobre la cama sin contestar, ni dar ninguna indicación de haberlo oído. Con las manos detrás de la cabeza, se quedó mirando fijamente al techo.

Secándose el agua del rostro con las mangas de la túnica, Saryon fue hacia la ventana y miró al exterior, viendo a Simkin encabezando lo que se había convertido en un improvisado cortejo fúnebre, con los centinelas siguiéndolo con su macabra carga y un semblante de lo más lúgubre. Llevándose repetidamente el pañuelo a los ojos, Simkin saludaba con tristeza a los pocos ciudadanos que estaban levantados. Nadie le contestaba; contemplaban el cadáver con temerosa perplejidad y se alejaban luego con mucha prisa, cuchicheando entre ellos y sacudiendo la cabeza reprobadoramente.

¿Un estúpido? La mente de Saryon regresó al bosque que había a las afueras del pueblo de Walren, el bosque donde había encontrado a Simkin por primera vez.

«Es un juego de astucias el nuestro, hermano —le había dicho el joven—. Oscuro y peligroso.»

¿Cuál era el juego de Simkin?

La noticia del asesinato del centinela se extendió rápidamente por la pequeña comunidad. La gente iba y venía de una casa a otra, hablando entre sí en voz baja y asustada. Los hombres de Blachloch parecían estar por todas partes, rondando por las calles con semblante tosco e impaciente, como si supieran lo que iba a pasar y lo esperaran con ansia. Finalmente, los ciudadanos iniciaron sus labores cotidianas, aunque no resultó un día muy productivo. Mucha gente dejó el trabajo temprano. Incluso el herrero cerró la herrería antes de la caída de la noche, contento de poder irse a casa.

Había resultado un día muy largo para el herrero, largo y perturbador. Primero habían llegado los hombres de Blachloch, fisgoneando por todas partes, volcando esto, tirando aquello y haciendo toda clase de preguntas.

—¿Había alguien trabajando anoche?

—Sí.

—¿Quién?

—No lo sé ahora mismo. —Acompañó su respuesta con un encogimiento de sus enormes hombros—. Uno o dos de los aprendices, podría ser. Están atrasados en su trabajo. Todos vamos atrasados e iremos cada vez más atrasados, si se nos interrumpe para hacernos responder a preguntas estúpidas.

Finalmente, los lacayos de Blachloch se fueron, para ser reemplazados por el mismo Blachloch. Al herrero no lo sorprendió. De edad madura y con hijos ya crecidos, el herrero era un hombre perspicaz y observador, aunque algo impulsivo.

Tenía fama de no sentir ningún cariño por el Señor de la Guerra; el ataque a aquel pueblo lo había llenado de dolor e indignación, y aprobaba la determinación de Andon de morir de hambre antes que comer un pan bañado en sangre. Era partidario, además, de tomar medidas más enérgicas contra el Señor de la Guerra; de hecho, las hubiera tomado si el anciano, temiendo duras represalias, no le hubiera rogado que mantuviera la calma.

El herrero había aceptado de mala gana; pero así y todo, únicamente porque estaba almacenando armas en un escondrijo para utilizarlas cuando llegara el momento. No estaba muy seguro de cuándo llegaría ese momento, pero tenía el presentimiento de que no estaba muy lejano, a juzgar por la expresión preocupada de Andon y ciertos extraños acontecimientos que parecían haber tenido lugar en la herrería, según había observado.

—¿Trabajó alguien anoche? —preguntó Blachloch.

—Sí.

—¿Quién?

—Ya lo he dicho, no lo sé —gruñó el herrero.

—¿Podría haber sido Joram?

—Podría. Podría haber sido cualquiera de los aprendices. Preguntadle a ellos.

El herrero contestó a todas aquellas preguntas y a muchas más sin abandonar su trabajo, haciendo que los sonoros golpes de su martillo subrayaran sus palabras con tal fuerza que parecía como si tuviera al Señor de la Guerra tendido sobre el yunque. No obstante, contestó las preguntas de todas formas, desviando la mirada de la enlutada figura. A pesar de lo mucho que odiaba a Blachloch, el herrero lo temía aún más.

Vigilándolo por el rabillo del ojo, el herrero siguió los movimientos del Señor de la Guerra por la forja, mientras Blachloch registraba el lugar. Apenas si tocó nada. Sencillamente dirigía su penetrante mirada hacia cada sombra, cada grieta, cada rincón. Finalmente se detuvo. Con la bota empezó a remover distraídamente un montón de desperdicios que había en un extremo hasta que, inclinándose, recogió algo del suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó, haciendo girar el objeto en la mano y estudiándolo con expresión indiferente, su rostro tan inexpresivo como de costumbre.

—Un crisol —gruñó el herrero, continuando con sus martillazos.

—¿Para qué se utiliza?

—Para derretir metal.

—¿Te parecen extraños estos restos?

Blachloch alargó el crisol hacia el herrero, manteniéndolo bajo la luz de la refulgente fragua.

—No —respondió el herrero, echándoles una mirada de indiferencia, y volviendo

luego la vista hacia su trabajo.

Pero su mirada se precipitó de nuevo hacia él cuando pensó que el Señor de la Guerra no estaba mirando. Al encontrarse con los ojos de Blachloch, el herrero se ruborizó y clavó los suyos una vez más en su trabajo, golpeando aún con más fuerza con el martillo.

Con el crisol en la mano, el Señor de la Guerra lo contempló fijamente. Los ojos que asomaban por los pliegues de la capucha brillaban enrojecidos bajo el fuego de la fragua.

—Se acabó trabajar de noche, Maestro Herrero —dijo fríamente mientras desaparecía en el aire con la misma facilidad con que el humo desaparecía chimenea arriba.

Recordando tanto sus palabras como su mirada, el herrero se volvió a estremecer ahora, al igual que lo había hecho aquella mañana. Poseedor de una cierta cantidad de magia, aunque no tanta como otros, se sentía impresionado por el poder del Señor de la Guerra, y aún más por su inteligencia. Era una combinación peligrosa, pensó, y su oculto escondite de armas le pareció de repente algo insignificante e inútil.

«El Señor de la Guerra podría convertirlas en un montón de hierro fundido, tal como eran en un principio», se estaba diciendo con pesimismo, preparándose para abandonar la forja por aquella noche, cuando oyó un ruido.

—¿Qué es eso? —gritó, vacilante, creyendo que podía haber sido Blachloch que regresaba—. ¿Quién anda ahí?

Le llegó un terrible estrépito, seguido de un juramento. Luego una voz lastimera se elevó de las oscuras sombras que había al fondo de la caverna.

—Vaya, estoy en un aprieto aquí. ¿Podrías echarme una mano? No literalmente, claro está —añadió la voz apresuradamente—. Es una broma repugnante que siempre hace el Marqués de Winter. La misma bromita idiota, año tras año. Se la arranca por la muñeca. Le dije al Emperador que dejaría de hacerlo si nadie se riera pero...

—¿Simkin? —preguntó el herrero asombrado, atravesando la herrería rápidamente hasta llegar al fondo de la cueva, donde encontró al joven intentando sin éxito conseguir salir de debajo de un montón de herramientas y utensilios—. ¿Qué estás haciendo, muchacho?

—Chissst —susurró Simkin—. Nadie debe saber que estoy aquí...

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —le preguntó el herrero, ceñudo—. En estos momentos debes de haber despertado ya a la mitad del pueblo...

—No ha sido culpa mía —dijo Simkin quejoso, lanzando una dura mirada al montón de herramientas—. Yo estaba... ¡Oh! No importa. —Bajando la voz, siguió —: ¿Estuvo Blachloch aquí hoy?

—Sí —refunfuñó el herrero, mirando nervioso a su alrededor.

—¿Encontró algo, cogió algo? Es muy urgente que lo sepa.

Simkin miró ansioso al herrero.

El herrero vaciló, frunciendo el entrecejo.

—Bueno —dijo al cabo de un rato—. Supongo que no importará que te lo diga. No hizo de ello un secreto. Encontró un crisol.

—¿Un crisol? —Simkin enarcó una ceja—. ¿Eso es todo? Quiero decir, supongo que tienes muchos de ellos, por todas partes.

—Sí, tenemos muchos. Eso es lo que encontró de todas formas, y se lo llevó con él. Ahora, lo mejor es que vengas afuera conmigo. ¿Cómo pudiste entrar, sin que te viera yo? —se le ocurrió de repente al herrero, mirando a Simkin, suspicaz.

—Oh, paso inadvertido con facilidad. —El muchacho agitó una mano negligentemente, mientras sus ropas de vivos colores relucían brillantes a la luz del fuego de la fragua—. En cuanto a ese crisol, no habría nada extraño en él, ¿verdad?

El herrero arrugó aún más la frente. Apretando los labios con fuerza, hizo salir a Simkin hacia la entrada de la cueva.

—Alguna clase de cosa extraña, por ejemplo —continuó el joven con aplomo, tropezando con un molde.

—No sabría decirlo —dijo el herrero con frialdad cuando finalmente llegaron a la entrada de la cueva—. Y puedes contarle a quien quiera que esté interesado que ya no va a haber más trabajo nocturno. No durante un largo tiempo. Quizá nunca más.

El herrero negó, pesimista, con la cabeza.

—¿Trabajo nocturno? —repitió Simkin encogiéndose de hombros y dejando escapar una extraña sonrisa—. ¡Ah!, me parece que te equivocas en cuanto a eso. Se llevará a cabo un trabajo nocturno más, pero no tiene por qué afectarte a ti —dijo tranquilizador al sobresaltado herrero, quien, dirigiéndole una torva mirada, cerró la puerta de la herrería y la selló con un sortilegio.

10. Las cartas están echadas

La Cámara de la Discreción era un dispositivo de comunicación que únicamente funcionaba en una dirección: el Patriarca Vanya podía contactar a través de ella con sus validos, pero ellos no podían ponerse en contacto con él. De esta manera, sus antiguos diseñadores se habían asegurado de que el valido permaneciera sometido al poder de su señor. Esto tenía un inconveniente, no obstante, y era que no se podía contactar con el señor cuando había cuestiones urgentes o que precisaban instrucciones inmediatas. Aquel inconveniente no preocupaba demasiado a Vanya. El Patriarca lo controlaba todo de tal manera, que consideraba altamente improbable que tal situación pudiera presentarse.

Por consiguiente, se sintió en cierta forma desagradablemente sorprendido al entrar en la Cámara de la Discreción aquel atardecer de finales de otoño y percibir que toda la oscuridad que lo rodeaba parecía zumbar y vibrar repleta de energía. Aunque sus servidores no podían entrar en contacto con él, la Cámara era tan sensible a las mentes de aquellos a los que se acercaba, que cualquiera de ellos, concentrando su pensamiento en su señor, podía hacer que éste se diera cuenta de que se lo necesitaba.

Molesto, Vanya se sentó en una silla. Cerrando los ojos, limpió su cerebro tranquila y deliberadamente de todo pensamiento inoportuno o que pudiera significar un obstáculo a la comunicación, dejándolo limpio y abierto a todo tipo de impresiones. Casi inmediatamente se formó una. Un siniestro presentimiento oprimió al Patriarca. Se dio cuenta de que había estado esperando —temiendo más bien— aquello desde hacía algún tiempo.

—Estoy aquí —le dijo Vanya a aquella impresión que se había formado en su mente—. ¿Qué quieres? No hemos hablado desde hace algún tiempo. Di por sentado que todo iba bien.

—Todo no está yendo bien —replicó la voz, respondiendo con tanta inmediatez, que Vanya supo que lo había estado esperando—. Joram ha descubierto la piedra-oscura.

Por suerte, el valido no pudo ver el cambio que se operó en su señor en aquel momento, de lo contrario su confianza en él hubiera recibido un duro golpe. Vanya se quedó boquiabierto, con su gran papada cayéndole sobre el pecho; la mano que se había estado arrastrando por el brazo del sillón como una araña irritable e impaciente, se crispó de repente, cerrándose los dedos sobre sí mismos, formando una pelota. Qué frío era aquel lugar. No se había dado cuenta antes. Sus pesadas vestiduras no eran lo más adecuado...

—¿Estáis ahí?

—Sí —contestó Vanya, pasándose la lengua por los resecos labios—. Creí que a

lo mejor te habías equivocado en lo que habías dicho. Estaba esperando a que te corrigieras...

—Si ha habido algún error, no he sido yo quien lo ha cometido —replicó la voz que había en la mente del Patriarca—. Os dije que aquí había copias de los antiguos libros.

—Imposible. Según los archivos, todos fueron localizados y destruidos.

—Los archivos están equivocados. No es que eso importe ahora. El daño ya está hecho. ¡Sabe que existe la piedra-oscura, y no es sólo eso: con la ayuda de vuestro catalista, ha aprendido a forjarla!

Vanya cerró los ojos, sintiendo que la oscuridad se arremolinaba a su alrededor. Sobresaltado momentáneamente, sintió cómo su sillón empezaba a resbalar haciéndolo caer hacia atrás. Sujetándose desesperado a los brazos de su asiento, se obligó a sí mismo a tranquilizarse y considerar la cuestión con calma. No serviría de nada dejarse llevar por el pánico, y tampoco era necesario asustarse tanto. Era un acontecimiento inesperado, pero del que podía ocuparse.

—¿Esperando de nuevo a que me corrija?

—No —contestó Vanya con frialdad—. Simplemente estoy considerando todas las ramificaciones de este terrible incidente.

—Bien, pues aquí tenéis una en el que a lo mejor no habéis pensado. Ahora que tenemos piedra-oscura, Sharakan y los Tecnólogos *ganarán* esta guerra. No hay ninguna necesidad de mantener un equilibrio de poder. No tiene ningún sentido si la balanza está en nuestro poder.

—Un pensamiento interesante, querido amigo, uno digno de ti —observó Vanya secamente—. Pero te recuerdo que hay otros asuntos en marcha aquí de los que no tienes ni idea. No eres más que una carta de la baraja, por decirlo de alguna manera. No, esto altera nuestros planes, pero sólo ligeramente. Desde luego, ahora es esencial que tenga al muchacho en mi poder inmediatamente, *junto con* lo que sea que haya creado con piedra-oscura. ¿Qué demonios le hiciste a ese hombre? —Vanya encontró un motivo para dar rienda suelta a su frustración—. Tenía el temple de un ratón cuando se fue de aquí. ¡Se suponía que lo ibas a convertir en un ser sin voluntad, no a darle valor!

—¡Un ratón! Os habéis equivocado con él al igual que os habéis equivocado con otras cosas. En cuanto a enviaros al muchacho, eso es muy arriesgado. Dejad que lo mate a él y al catalista...

—¡No! —La palabra salió de los labios de Vanya como una explosión. Las rechonchas manos se crisparon sobre los brazos del sillón, apareciendo unas cavidades blanquecinas allí donde un hombre más delgado tendría los nudillos—. No —repitió Vanya, tragando saliva—. *No* se debe matar al muchacho. ¿Está eso bien claro? ¡Si me desobedeces llegarás a pensar que la mutación es un destino benévolo

comparado con el tuyo!

—Primero tendríais que cogerme, Patriarca, y os recuerdo que estamos muy lejos el uno del otro...

Vanya lanzó un profundo y tembloroso suspiro.

—El chico es el Príncipe de Merilon —masculló entre dientes.

Hubo un momento de silencio. Luego percibió mentalmente cómo el otro se encogía de hombros.

—Tanto mejor. Se supone que el Príncipe está muerto, y yo simplemente corregiré lo que presumo que es otro de vuestros errores...

—No es un error —dijo Vanya con la boca reseca—. ¡Te lo repito, el muchacho *no debe morir*! Y si insistes en saber la razón, te pido que recuerdes esto: la Profecía.

El silencio fue más largo, más profundo esta vez. Vanya casi podía escuchar los pensamientos que bullían en aquel silencio, cuchicheando a su alrededor como alas de murciélagos.

—Muy bien —dijo finalmente la voz con frialdad—. Pero será más difícil y peligroso, especialmente ahora que tiene la piedra-oscura. Éste no fue el trato original. Mi precio sube.

—Se te compensará de acuerdo con tus merecimientos —observó Vanya—. Actúa con rapidez, antes de que se dé cuenta de todo el potencial que hay en la piedra. Y tráelo personalmente —añadió el Patriarca después de pensarlo—. Hay ciertas cuestiones que deseo discutir contigo, tu recompensa entre ellas.

—Claro que tendré que llevarlo personalmente —replicó la voz—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Fiarme de vuestro cobarde catalista? Utilizaré los canales habituales. Buscadme cuando me veáis.

—¡Debe ser *pronto*! —exclamó Vanya, procurando con todas sus fuerzas mantener sus pensamientos en calma—. Me pondré en contacto contigo mañana por la noche.

—Puede que conteste o puede que no —replicó la voz—. Este asunto debe manejarse con mucha delicadeza.

Finalizó la comunicación y la Cámara se quedó en silencio.

Un hilillo de sudor se deslizó por la cabeza tonsurada del Patriarca hasta el cuello de su túnica. Pálido, temblando de cólera y temor, se quedó sentado en la Cámara durante muchas horas, mirando sin ver a la oscuridad.

«Nacerá de la Casa Real alguien que está muerto y que no obstante vivirá, morirá de nuevo y volverá a vivir. Y cuando regrese, en su mano llevará la destrucción del mundo...»

11. Le toca el turno a Saryon

—Escuchad, Saryon —dijo Joram en voz baja y persuasiva—, será sencillo. —Estaba sentado junto al catalista y, acercándose aún más a él, le puso una mano sobre un brazo—. Id a ver a Blachloch, y decidle que no podéis descansar, que os es imposible dormir. Está tan horrorizado por lo que he hecho y lo que os he hecho hacer, que le parece que se va a volver loco.

—No soy un buen mentiroso —murmuró Saryon, sacudiendo la cabeza.

—¿Sería una mentira, realmente? —preguntó Joram, iluminándosele los oscuros ojos con una amarga media sonrisa—. Al contrario, creo que podríais resultar muy convincente.

El catalista no contestó, ni tampoco levantó la mirada de la mesa a la que ambos se sentaban. Una gruesa, casi obscena luna otoñal les sonreía burlonamente desde el despejado cielo nocturno. Brillando a través de la ventana, la luna absorbía todo el color y toda la vida en sus hinchadas mejillas, haciendo que todo pareciera de un gris mortecino. Bañados por su luz, los dos se sentaban muy juntos ante la mesa colocada bajo la ventana, hablando en susurros, mientras la mirada vigilante de Joram se repartía entre los centinelas que ocupaban la casa que había al otro lado de la calle y Mosiah, quien dormía inquieto en un camastro colocado en un oscuro rincón.

Al oír las voces, Mosiah se agitó en la cama y murmuró en sueños, haciendo que Joram apretara el brazo de Saryon para que guardara silencio. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra hasta que Mosiah volvió a sumirse en un sueño profundo, colocándose el brazo sobre los ojos en sueños cuando la luz de la luna se deslizó furtivamente por el suelo subiendo hasta el camastro para examinar y recrearse en la contemplación de aquel pálido rostro.

—Y entonces ¿qué debo hacer? —preguntó Saryon.

—Decidle que lo llevaréis a donde estoy yo. Le ayudaréis a prenderme y —la voz de Joram se convirtió en un susurro apenas audible— a conseguir la Espada Arcana. Lo conduciréis hasta la herrería, donde yo estaré trabajando, y una vez allí, ya lo tendremos.

Saryon cerró los ojos, mientras un escalofrío le convulsionaba el cuerpo.

—¿Qué quieres decir con... lo tendremos?

—¿Qué creéis que quiero decir, catalista? —Joram apartó la mano con gesto impaciente y se recostó en su silla, dirigiéndoles una nueva mirada a los centinelas, cuyas sombras podían verse claramente recortadas contra el brillante fuego que ardía en la casa de enfrente—. Hemos hablado de esto antes. Una vez que lo dejemos sin magia, estará totalmente indefenso. Entonces podréis abrir un Corredor y llamar a los *Duuk-tsarith*. Sin duda debe de hacer muchos años que están esperando ansiosamente para ponerle las manos encima a uno que es una deshonra para su Orden. —Se

encogió de hombros—. Os convertiréis en un héroe, catalista.

Saryon suspiró y entrelazó las manos encima de la mesa, hundiéndose los dedos con fuerza en la carne.

—¿Qué pasará contigo? —le preguntó a Joram, dirigiendo la mirada hacia el joven.

Al reflejarse en la luz de la luna, el severo rostro parecía casi el de una calavera.

—¿Qué *pasará* conmigo? —preguntó a su vez Joram con voz tranquila, mirando fijamente por la ventana, la media sonrisa jugueteando en sus labios.

—Se abrirá un Corredor, los *Duuk-tsarith* estarán allí. Podría entregarte a ellos, como me ordenó mi superior que hiciera.

—Pero no lo haréis, ¿verdad, Saryon? —dijo Joram sin mirarlo. Mosiah gimió en su esquina y empezó a volverse a un lado y a otro, intentando escapar de la jubilosa mirada de la luna—. No lo haréis. Yo os doy a Blachloch y vos me dais mi libertad. No tenéis por qué tenerme miedo, catalista. No tengo la misma ambición que Blachloch. No pretendo utilizar mi poder para conquistar el mundo. Simplemente quiero recuperar lo que es legítimamente mío. ¡Iré a Merilon y, con la ayuda de esta espada que he forjado, lo encontraré!

Observándolo, Saryon vio que el rostro del muchacho se dulcificaba por un instante, mostrando la misma expresión triste y anhelante de un niño que contempla un brillante y adornado sonajero. El catalista se sintió invadido por la compasión. Recordó las sombrías historias que había oído sobre la juventud de Joram y de su demente madre. Pensó en la dura vida que había llevado aquel joven, en la constante lucha por sobrevivir, en la necesidad de ocultar que estaba realmente Muerto. También Saryon sabía lo que era ser débil e impotente en aquel mundo de magos. Los recuerdos regresaron a su mente: el anhelo de poder cabalgar sobre el viento, de poder crear cosas hermosas y maravillosas con un gesto de la mano, de poder modelar la piedra convirtiéndola en gráciles y útiles torres... Joram tenía ahora aquel poder, sólo que a la inversa. Tenía el poder de destruir, no de crear, y todo lo que deseaba obtener era realizar el sueño de un niño.

—Sin duda alguna, te convertirás en un héroe. —La voz de Joram le llegó a Saryon como si procediese de aquel sueño—. Podrás regresar a El Manantial, volver y arrastrarte de nuevo debajo de tu roca. Estoy seguro de que pasarán por alto tu fracaso en lo que se refiere a llevarme a mí ante la justicia. Siempre pueden intentar capturarme en Merilon. Si se atreven...

Joram se quedó en silencio por un momento. Luego volvió a la realidad, endureciéndose su semblante anhelante e infantil, para convertirse en el semblante del Hechicero que había asesinado al capataz con una piedra.

—Cuando el Señor de la Guerra esté en la forja, lo atacaré con la Espada Arcana y absorberé su magia...

—Eso esperas —replicó Saryon, enojado, porque estaba descubriendo de repente que empezaba a preocuparse por aquel muchacho—. Tienes únicamente una muy vaga idea del poder de la espada. No sabes nada sobre cómo manejar un arma semejante.

—No necesito saber esgrima —dijo Joram, irritado—. Después de todo no vamos a matarlo. Cuando yo lo ataque y la Espada empiece a atraer su magia, vos debéis atacarlo también y absorber su Vida.

Saryon negó con la cabeza.

—Eso es demasiado peligroso. Nunca se me enseñó a hacerlo...

—¡No tenéis elección, catalista! —exclamó Joram, apretando los dientes, agarrando con su mano de nuevo el brazo de Saryon—. ¡Simkin dice que Blachloch ha encontrado el crisol! Si aún no conoce la existencia de la piedra-oscura, pronto lo hará. ¿Queréis fabricar Espadas Arcanas para él?

El catalista hundió la cabeza en sus manos temblorosas. Soltando su brazo lentamente, Joram volvió a recostarse en la silla, asintiendo para sí con satisfacción.

—¿Cómo podemos salir de aquí? —preguntó Saryon, alzando un rostro macilento y echando una mirada a la prisión.

—Corred hacia los centinelas. Decidles que estabais dormido, y que cuando os despertasteis, descubristeis que me había ido. Pedidles que los conduzcan hasta Blachloch. Me escaparé en medio de la confusión.

—Pero ¿cómo? ¡Te estarán buscando! Es...

—... Asunto mío, catalista —intervino Joram con frialdad—. Vos preocupaos de hacer bien vuestra parte. Entretened a Blachloch tanto como podáis, para que yo tenga tiempo de llegar allí.

—¡Entretener! ¿Qué podría yo...?

—¡Desmayaos! ¡Vomitad encima de él! ¡No lo sé! No tiene por qué ser difícil. De todas formas, parece como si fuerais a hacer ambas cosas en este preciso momento.

Lanzándole una dura mirada al catalista, Joram se puso en pie y empezó a pasear nerviosamente por la habitación.

—No soy tan débil como tú me consideras, muchacho —dijo Saryon en voz baja —. Nunca debiera haber aceptado ayudarte a traer al mundo esta arma siniestra. Sin embargo lo hice, y ahora debo hacerme responsable de mis acciones. Esta noche, haré lo que me pides que haga. Te ayudaré a llevar a ese malvado Señor de la Guerra ante la justicia, pero no lo haré para convertirme en un héroe, ni tampoco para que me permita regresar. —Saryon permaneció en silencio unos instantes, luego, respirando profundamente, continuó—: No puedo regresar. Lo sé ahora. Ya no hay nada para mí allí.

Joram había dejado de andar y estaba contemplando a Saryon en silencio, atentamente.

—Y me dejaréis ir...

—Sí, pero no porque te tema a ti o a tu espada.

—Entonces ¿por qué? —preguntó Joram, con un ligero tono de desprecio.

—Exactamente —musitó Saryon—. ¿Por qué? Me lo he preguntado bastante a menudo. Podría darte... muchísimas razones. Que nuestras vidas están ligadas de alguna forma extraña, que me di cuenta de ello la primera vez que te vi, que esto se remonta a una época de mi vida anterior a tu nacimiento. Podría decirte eso. —Sacudió la cabeza—. Podría hablarte de un Druida que me aconsejó. Podría hablarte de un bebé que sostuve en mis brazos... De alguna manera todo parece tener relación, y no tiene ningún sentido. Me doy cuenta ya de que no lo crees.

—Si os creo o no, da totalmente lo mismo. En realidad, no me importa lo más mínimo cuáles sean vuestras razones, catalista, mientras hagáis lo que yo os pida.

—Lo haré, pero con una condición.

—¡Ah! Ya salió —dijo Joram, ceñudo—. ¿Cuál es? ¿Que *me* entregue? ¿O quizá que permanezca enterrado en vida en esta región desolada olvidada de la mano de Dios...?

—Que me lleves contigo —contestó Saryon en voz baja.

—¿Qué? —Joram se quedó mirando al catalista con asombro. Luego asintiendo con la cabeza para sí, dejó escapar una corta y desagradable carcajada—. Desde luego, ya entiendo. Cada hombre Muerto necesita su propio catalista. —Encogiéndose de hombros, casi dejó escapar una sonrisa—. No faltaba más, venid conmigo a Merilon. Nos lo pasaremos estupendamente juntos, como diría nuestro amigo Simkin. Ahora, ¿podemos ya seguir con esto?

Moviéndose cuidadosamente y en silencio para evitar despertar a Mosiah, Joram le dio la espalda al alarmado catalista y atravesó la habitación. Se arrodilló junto a su cama, pasó las manos por debajo del colchón y, lenta y reverencialmente, sacó la Espada Arcana.

Saryon lo observó en perplejo silencio. Había esperado rabia, una negativa. Había esperado tener que adoptar una posición firme, discutir, resistir amenazas incluso. De alguna manera, aquella rápida y despreocupada aceptación era peor. Quizás el muchacho no había comprendido...

Joram estaba envolviendo cuidadosamente la espada con algunos trapos. Acercándose por detrás, Saryon puso con suavidad su mano en el hombro del muchacho.

—No voy a entregarte. Sólo quiero ayudarte. Verás, tú tampoco puedes volver. No a Merilon...

—Escuchad, catalista —dijo Joram, incorporándose y librándose de un tirón de la mano del otro—. Ya lo he dicho. No me importa lo que vos hagáis o adónde vayáis mientras me ayudéis en esto. ¿Lo comprendéis?

Bajó la mirada hacia la espada que sostenía entre sus brazos. El blanco reflejo de la luna sobre los trapos hacía que aquel objeto metálico similar a un esqueleto que descansaba entre ellos pareciera mucho más oscuro por contraste. La visión del bebé Muerto, envuelto en el blanco manto de la Casa Real, le vino a Saryon a la mente y, cerrando los ojos, dio media vuelta.

Al ver la reacción del catalista, Joram hizo una mueca de desprecio.

—Si habéis concluido vuestro sermón, Padre —aquella palabra fue pronunciada con tanto veneno, que Saryon vaciló—, debemos irnos. Quiero acabar con esto.

Pasando la espada por un cinturón de piel que se había hecho y que ahora llevaba colocado alrededor de la cintura —una tosca imitación de los que había visto dibujados en los libros—, Joram se colocó una larga y oscura capa, que Simkin le había facilitado, sobre los hombros. Luego recorrió la celda, mirándose con aire crítico. La espada quedaba bien oculta. Asintiendo con la cabeza, se volvió hacia Saryon haciéndole un gesto autoritario.

—Estoy listo.

«¿Lo estoy yo?», se preguntó Saryon, angustiado. Quiso decir algo, pero no pudo hablar y, tosiendo, intentó aclararse la garganta. Era inútil. Nunca podría tragarse el miedo. El rostro de Joram se ensombreció, enojado por el retraso. Saryon pudo ver cómo los músculos se destacaban rígidos y tensos en la firme mandíbula del joven. Un ojo parpadeó nervioso, y sus manos, que colgaban a los lados, se abrieron y cerraron nerviosamente. Pero en sus ojos ardía un luz más brillante que la de la luna, más brillante y más fría.

No había nada que decir. Nada en absoluto.

Extendiendo el brazo, temblándole la mano, Saryon abrió la puerta suave y silenciosamente. Cada nervio, cada fibra de su cuerpo le aconsejaban que se diera la vuelta, que se negara, que permaneciera en el interior de la casa, pero el ímpetu de su vida pasada se empezaba a alzar a su alrededor como una ola gigantesca y arrolladora. Atrapado por aquella marea, no podía hacer más que surcar las encrespadas olas que lo arrojaban hacia adelante, a pesar de que podía ver con toda claridad las afiladas rocas surgiendo amenazadoras y siniestras ante él.

12. El Rey de Espadas

Blachloch cruzó las manos y las colocó sobre la mesa frente a él.

—De manera, Padre, que sintiéndoos desgraciado por haber cometido una acción inmoral, y aterrorizado por la idea de que podríais veros obligado a cometer otra, visteis como vuestra única alternativa cometer un acto tan atroz, tan perverso, que fue prohibido por vuestra Orden siglos atrás.

—Ya he admitido que no pensaba con claridad —murmuró Saryon, acobardado por aquella desnuda exposición de los hechos que acababa de hacer Blachloch—. Soy... soy un estudioso... Este tipo de vida me asusta... y me aturde.

—Pero ya no os sentís aturdido —dijo Blachloch con ironía—. Espantado y horrorizado sí, pero no confuso. Os disponéis a entregarme la Espada Arcana y a Joram.

—La espada debe ser destruida —lo interrumpió Saryon—. O no seguiré con esto.

—Desde luego —replicó Blachloch con un ligero encogimiento de hombros, como si sobre lo que estaban discutiendo no fuera más que una agrietada jarra de cerveza, en lugar de una espada que posiblemente podía darle el poder suficiente para gobernar el mundo. «Debe tomarme por un completo idiota», pensó Saryon amargamente. Blachloch entrecruzó las manos ante él—. Ahora, en cuanto al chico...

—Debe ser entregado al Patriarca Vanya —dijo Saryon con voz áspera.

—Así que Simkin tenía razón —observó Blachloch—. Éste es el auténtico motivo de que os enviaran a la Cofradía.

—Sí. —Saryon tragó saliva.

—Ojalá hubierais confiado en mí —dijo el Señor de la Guerra, juntando sus dos dedos índices para formar una diminuta espada, que apuntó al catalista—. La vida os hubiera resultado mucho más sencilla, Padre. Vuestro Patriarca Vanya debe de ser un imbécil —musitó, mientras una pequeña arruga aparecía en su frente y sus ojos se clavaban en un oscuro rincón de la habitación— para pensar que una persona dedicada al estudio como vos podía enfrentarse a un verdadero asesino como ese Joram...

—¿Os encargaréis de que sea conducido a El Manantial? —prosiguió Saryon, enrojeciendo—. Yo no puedo hacerlo personalmente por... por obvias razones. Imagino que vuestros contactos entre los *Duuk-tsarith*...

—Sí, eso puede arreglarse —atajó Blachloch—. Habéis dicho «por obvias razones». Supongo que queréis decir que no os atrevéis a volver al rebaño. ¿Qué va a ser de vos, Padre?

—Debería entregarme al Patriarca Vanya —respondió Saryon, sabiendo lo que se esperaba de él. Inclinó la cabeza, clavando la mirada en sus zapatos—. He cometido

un grave pecado. Merezco lo que me pase.

—La Transformación en Piedra, Padre. Una forma terrible de... vivir. Lo sé. Tal como os dije, lo he visto hacer. *Ése* sería vuestro castigo por ayudar a crear la Espada Arcana, como vos mismo ya sabéis, desde luego. Es un desperdicio —dijo Blachloch, pasándose un dedo por el rubio bigote—, un gran desperdicio.

Saryon se estremeció. Sí, aquél sería su castigo. ¿Sería capaz de enfrentarse a él? ¿Vivir eternamente sabiendo lo que había hecho? No, si se llegaba a aquello, había maneras de acabar con todo. Beleño, por ejemplo.

—Sin embargo, podríais ser perdonado, considerado como algo parecido a un héroe...

Saryon negó con la cabeza.

—¡Ah! Ésta es vuestra segunda infracción. Lo había olvidado. Así que sólo podéis elegir entre una inmortalidad del tipo más horrible o quedaros aquí con la Cofradía y resignaros a cometer más acciones inmorales. —Los dedos de Blachloch se alzaron ligeramente, apuntando al corazón de Saryon—. Existe, claro está, otra opción.

Levantando los ojos con rapidez, Saryon vio lo que Blachloch quería decir expresado con toda claridad en su frío semblante y en aquellos ojos que lo miraban sin pestañear. El catalista tragó saliva de nuevo, sintiendo un amargo sabor en la boca. Resultaba inquietante cómo aquel hombre podía leer en su mente, inquietante y aterrador.

—La... la última no es ninguna opción —dijo Saryon, cambiando de posición, incómodo—. El suicidio es un pecado imperdonable.

—Mientras que ayudarme a mí a saquear y robar o ayudar a Joram a crear un arma que puede destruir el mundo no lo es —repuso Blachloch con una mueca de desdén. Sus manos se separaron, extendiéndose, boca abajo, sobre el escritorio—. Me admira esa manera tan pulcra y ordenada de pensar que tenéis vosotros, los catalistas. No obstante, a mí me es útil. Así que ¿por qué debería quejarme?

Sudando profusamente bajo sus ropas, Saryon consideró más seguro no replicar. Las cosas iban bien, demasiado bien casi. Probablemente era, tal como había dicho Joram, porque no tenía que mentir; bueno, al menos no demasiado. El suicidio era un pecado imperdonable únicamente si uno creía en un dios.

—¿Dónde está el muchacho?

Blachloch se puso en pie.

Saryon se incorporó también, contento de llevar aquellas ropas tan amplias y largas que ocultaban sus temblorosas piernas.

—En... en la forja —dijo débilmente.

No ardía ningún fuego en la fragua aquella noche. Un apagado resplandor rojizo brillaba tenuemente surgiendo de los amontonados carbones, pero era el pálido y frío

brillo de la luna, que empezaba ya a ponerse, el que hería la hoja de la espada, su superficie totalmente acribillada por los golpes del martillo, sus bordes afilados, aunque irregulares.

La espada fue el primer objeto que vio Saryon, cuando él y Blachloch se materializaron en la oscuridad de la forja iluminada por la luna. El arma descansaba sobre el yunque, dejándose acariciar por la luz de la luna como una malévola serpiente.

Blachloch también la vio. Saryon lo supo inmediatamente. Aunque no podía ver el rostro del Señor de la Guerra, oculto como estaba por las sombras que proyectaba su negra capucha, pudo adivinarlo al sentir cómo contenía la respiración por unos segundos, algo que ni siquiera la autodisciplina de los *Duuk-tsarith* pudo evitar. Las manos que mantenía cruzadas ante sí se estremecieron, sus dedos se crisparon, anhelando tocarla. No obstante, el Ejecutor tenía un total autodominio de sí mismo. Alertando cada uno de sus sentidos, su mente se introdujo entre las sombras, en busca de su presa.

Saryon miró también a su alrededor casi con indiferencia en busca de Joram. El catalista había pensado que se quedaría totalmente paralizado por el miedo; sus manos habían temblado de tal manera al abandonar la residencia de Blachloch, que apenas si había sido capaz de abrir un conducto hacia el Señor de la Guerra. Sin embargo, ahora que estaba allí, el miedo lo había abandonado, dejando en su interior una deprimente y clara sensación de vacío.

De pie en la herrería, mirando a su alrededor durante los que podrían ser los últimos minutos de su vida, Saryon sintió cómo el mundo se precipitaba en su interior para ocupar el vacío. Era como si viviera cada segundo por separado, pasando de uno a otro con la uniforme regularidad de los latidos de un corazón. Cada segundo absorbía toda su atención; era literalmente capaz de verlo todo, oírlo todo, y ser totalmente consciente de todo lo que lo rodeaba en ese segundo. Luego pasaba al siguiente. Lo más curioso de todo era que ninguna de aquellas cosas tenía ningún significado para él. Se sentía aparte, un observador, mirando mientras su cuerpo llevaba a cabo su parte en aquel juego mortal. Blachloch podría haberle cortado las manos en aquel mismo instante, cortándolas a la altura de las muñecas, y Saryon no hubiera gritado, no hubiera sentido absolutamente nada. Casi podía imaginarse a sí mismo, allí de pie en aquella oscuridad iluminada sólo por la luna, mirando con calma cómo le goteaba la sangre.

«Así que esto es el valor», pensó, contemplando cómo una mano, pálida a la luz de la luna, surgía de las sombras y agarraba silenciosamente la empuñadura de la espada.

No se oyó el menor sonido y tan sólo un levísimo indicio de movimiento. En realidad, si Saryon no hubiera estado mirando directamente a la espada, nunca se

hubiera dado cuenta de ello; Joram había actuado con la habilidad y la destreza de aquel arte que su madre le había enseñado de niño. Pero los *Duuk-tsarith* están entrenados para poder oír incluso a la misma noche acercándose silenciosa por detrás de ellos.

Blachloch reaccionó con tal velocidad, que Saryon únicamente vio cómo un negro viento recorría arrollador la herrería, haciendo saltar chispas de las brasas. Con un gesto y una palabra, el Señor de la Guerra lanzó un conjuro que dejaría a su oponente incapaz de moverse, actuar o pensar siquiera. Era el conjuro que eliminaba la magia, consumía la Vida.

Excepto que Joram no tenía Vida.

Saryon estuvo a punto de echarse a reír, tal era su nerviosismo, cuando sintió cómo el conjuro golpeaba al joven con una fuerza que hubiera debido de ser destructiva. En cambio, revoloteó a su alrededor como si se tratara de una lluvia de pétalos de rosa. La pálida mano siguió alzando la espada. El metal no brillaba. Era como una línea oscura que atravesara la luz de la luna, como si Joram blandiera la personificación misma de la noche.

Saliendo a la luz, Joram levantó la espada ante él, su rostro tenso y tirante, sus ojos más oscuros aún que el metal. Saryon pudo percibir el miedo y la incertidumbre del muchacho; a pesar de todo lo que había estudiado, Joram tenía tan sólo una muy vaga idea de los poderes de la espada. Pero el catalista, con todos sus sentidos alerta por vez primera —podría haber sido un niño recién nacido en aquel instante—, pudo percibir también la incertidumbre, el asombro, el temor creciente de Blachloch.

¿Qué sabía aquel *Duuk-tsarith* sobre la piedra-oscura? Probablemente no mucho más que Joram. ¿Qué pensamientos debían de agolparse en la mente del Señor de la Guerra? ¿Era la espada la que había bloqueado su conjuro de la Magia Aniquiladora? ¿Bloquearía otros? Blachloch debía tomar una decisión instantáneamente al realizar su siguiente movimiento, en una fracción de segundo. Por lo que sabía, su vida podía muy bien depender de ello.

Fríamente, con mucha calma, el *Duuk-tsarith* escogió el conjuro y lo lanzó. Sus ojos se encendieron con un fulgor verde y al instante un líquido verdoso se condensó en el aire cayendo sobre la piel de Joram, donde empezó a burbujear y silbar. Aquel conjuro se llamaba Veneno Verde. Al reconocerlo, Saryon hizo una mueca de dolor, sintiendo que se le encogía el estómago. El dolor que producía era insoportable, según le habían contado, como si cada terminal nerviosa estuviese ardiendo. Cualquier mago lo suficientemente poderoso como para protegerse de la Magia Aniquiladora caería víctima de la parálisis mágica que producía aquel veneno. Le sería imposible protegerse de los dos conjuros.

Y aparentemente afectaba a los Muertos igual que a los Vivos. Joram contrajo el rostro en una mueca de dolor e hizo esfuerzos por respirar mientras su cuerpo se

doblaba hacia adelante a medida que el líquido se extendía y aquel terrible dolor le abrasaba la carne. No obstante aquél era un conjuro que agotaba rápidamente al mago que lo lanzaba.

—¡Otorgadme Vida, catalista! —exigió Blachloch, mientras sus ojos brillaban con un verde aún más brillante al contemplar al muchacho.

Éste era el momento. Saryon lo sabía. «El momento en que debo decidir. Soy la única posibilidad de Joram. Sin mí caerá. No puede controlar la espada, si es que la piedra-oscura funciona en realidad. » El catalista lanzó una veloz mirada al arma y un escalofrío de júbilo lo recorrió. El cuerpo de Joram desprendía un resplandor verde, el muchacho aullaba de dolor. Se estaba desplomando literalmente en el suelo mientras el veneno iba invadiendo su cuerpo. No obstante, sus manos sujetaban todavía la espada, manos que no estaban cubiertas por aquel líquido mortífero, e, incluso mientras Saryon lo observaba, el veneno empezó a desaparecer de los brazos de Joram y de la parte superior de su cuerpo: la Espada Arcana estaba absorbiendo el hechizo.

Sin embargo, lo estaba haciendo con demasiada lentitud. Joram estaría peor que muerto en cuestión de segundos, convirtiéndose su cuerpo en un informe montón de carne retorcida y convulsa sobre la arena que cubría el suelo de la herrería.

Saryon empezó a repetir las antiguas palabras, las palabras que había aprendido hacia diecisiete años cuando se convirtió en Diácono, palabras que jamás había pronunciado, que jamás había pensado que pronunciaría... Palabras que cada catalista implora no verse nunca obligado a pronunciar...

Empezó a aspirar la Vida de Blachloch.

Era una maniobra terriblemente peligrosa. Generalmente se practica tan sólo en época de guerra cuando un catalista intenta debilitar a un oponente utilizando este recurso. En lugar de cerrar un conducto, lo cual corta el suministro de Vida que se le envía a un mago, el catalista deja el conducto abierto y simplemente invierte el flujo. El peligro radica en que el brujo se da cuenta inmediatamente de que la Vida está empezando a escaparse de él y puede, a menos que se distraiga su atención, volverse contra el catalista y reducirlo a polvo.

Saryon conocía perfectamente el peligro con el que se enfrentaba y no se acobardó cuando el grito de ultraje de Blachloch desgarró la oscuridad, los brillantes ojos verdosos se movieron para enviar sobre él su venenoso dolor. Su valor se mantuvo, incluso a pesar de ver cómo las puntas de sus dedos empezaban a volverse verdes y sintió los primeros azotes del dolor subiéndole por los brazos.

—¡Joram! —gritó—. ¡Ayúdame!

El muchacho estaba de rodillas, sollozante. Al haber apartado Blachloch la atención de él y con la espada absorbiendo el hechizo, el veneno iba desapareciendo de su cuerpo, aunque todavía muy lentamente. Al oír el grito de Saryon, Joram

levantó la cabeza. Apretando los dientes, intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil para arreglárselas solo y no había nada cerca de él que pudiera utilizar para apoyarse. Finalmente, hundiendo la punta de la espada en la tierra que cubría el suelo de la forja, se agarró al mango y se puso en pie con un supremo esfuerzo.

—¡Joram!

El veneno le corroía el cuerpo a Saryon, y el catalista se maldijo a sí mismo. ¡Con toda su lógica debía de haber previsto aquello! ¡Estaba absorbiendo Vida del Señor de la Guerra, pero no podía hacer nada con ella! En una batalla, hubiera tenido a un mago como aliado, y hubiera podido transferir aquella Vida a su compañero, quien la hubiera podido utilizar para aumentar su propio poder y rechazar al enemigo. Pero el catalista no podía darle Vida a Joram, no podía ayudarlo.

Entonces Saryon vio la espada.

Estaba allí apoyada en el suelo, sus brazos abiertos como un hombre implorando ayuda. Su negro metal no reflejaba ninguna luz. Era una creación siniestra, *era* la oscuridad. Como un hombre implorando ayuda.

Un sentimiento de disgusto y horror embargó a Saryon, insensibilizándolo al creciente dolor que se extendía lentamente por todo su cuerpo, lentamente porque, incluso ahora, seguía aspirando la Vida del Señor de la Guerra y podía sentir cómo éste se iba debilitando.

«No puedo darle Vida a Joram, pero se la puedo dar a la espada.»

Cerrando los ojos, Saryon apartó de su vista aquella espantosa y negra parodia de un ser vivo que parecía estar abriendo sus rígidos brazos para estrecharlo entre ellos. «Puedo rendirme. Mi tormento llegaría a su fin.»

Obedire est vivere...

Ante él vio las llamas del pueblo incendiado, al joven Diácono desplomándose muerto sobre la tierra, a Simkin repartiendo cartas de una baraja anónima y descolorida.

Vivere est obedire...

Abriendo los ojos, Saryon vio cómo Joram levantaba la hoja del suelo y la elevaba por encima de su cabeza. No obstante, el joven no fue más que una sombra a la luz de la luna en la mente de Saryon. Todo lo que éste veía y en lo que tenía realmente concentrada su atención, era la espada. Extendiendo su mano hacia ella, mientras el dolor hacía que sus dedos se crisparan involuntariamente, Saryon abrió un conducto hasta el frío y muerto metal.

La magia surgió de él como una ráfaga de viento, con tanta fuerza que lo hizo tambalearse hacia atrás. El dolor cesó bruscamente, el líquido que cubría su piel desapareció. La espada empezó a despedir un brillante resplandor blanco azulado y, con un grito inarticulado, Blachloch cayó al suelo, el poder combinado de la espada y del catalista absorbiendo a la vez la magia de su cuerpo, dejándolo convertido tan

sólo en el vacío caparazón de un ser humano.

La espada cayó al suelo. No estando preparado para la tremenda sacudida de energía que había hecho vibrar todo su ser, Joram había dejado caer el arma y ahora permanecía mirándola con asombro mientras ésta yacía en el suelo, tintineando y zumbando con un horripilante, casi humano, chillido de placer. Volviéndose, dirigió la mirada de la espada al indefenso Señor de la Guerra. Con un gruñido de rabia, Blachloch se revolvió, intentando recuperar el uso de sus miembros. No le sirvió de nada. Debilitado al haber utilizado todo su poder mágico y ahora privado totalmente de Vida, el Señor de la Guerra se debatía en el lodo como un pez al que han sacado del agua.

Sintiendo repugnancia y náuseas ante aquella visión, Saryon se volvió de espaldas. Apoyándose en un banco de trabajo, se dio cuenta, lentamente, de que todo había terminado.

—Abriré un Corredor —dijo, sin volverse para mirar a Joram. No podía soportar la visión del Señor de la Guerra que yacía totalmente impotente en el suelo, privado de toda su dignidad de ser humano. Ya era bastante horrible oír sus incoherentes sonidos y lastimeras convulsiones—. Tengo suficiente Energía Vital todavía como para poder hacerlo. Lo colocaré en el interior del Corredor, luego lo cerraré otra vez antes de que los Ejecutores descubran lo que ha sucedido. No creo probable que nadie regrese aquí. Parecen estar resueltos a evitar este lugar y, una vez que tengan a Blachloch, creo que dejarán que los Tecnólogos vivan en paz. De todas formas, sería mejor para ti que te fueras, por si acaso...

Un chillido lo interrumpió, un chillido de furia y terror. Elevándose hasta convertirse en un agudo aullido de insoportable dolor, el grito se convirtió en un lamento, que se extinguió con un espantoso y ahogado borboteo.

Con el alma desgarrada por aquel espantoso sonido, Saryon se dio la vuelta.

Blachloch yacía muerto, sus ojos clavados en la noche, la boca abierta en aquel aullido que seguía resonando en el cerebro del catalista. Joram estaba de pie junto al Señor de la Guerra, el rostro muy pálido a la luz de la luna, los ojos convertidos en dos agujeros oscuros. Tenía en sus manos la Espada Arcana, la hoja sobresaliendo del pecho del Señor de la Guerra. La arrancó de un tirón y Saryon vio sangre negra reluciendo sobre la Espada.

El catalista se sintió incapaz de hablar. El grito de muerte de aquel hombre aullaba en sus oídos. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente a Joram, mientras intentaba ahogar el sonido de aquel espantoso grito lo suficiente como para poder pensar.

—¿Por qué? —pudo articular finalmente el catalista.

Joram miró hacia él y Saryon vio el brillo de su media sonrisa en los oscuros ojos.

—Iba a atacaros, catalista —respondió el muchacho fríamente—. Se lo impedí.

Por un momento, Saryon vio en su mente con toda nitidez aquel cuerpo indefenso y convulsionado. Un líquido abrasador invadió de repente su garganta, e intentando contener las náuseas se volvió rápidamente para no ver aquella horrible escena y contempló el suelo a sus pies.

—¡Estás mintiendo! ¡Eso no es posible! —masculló entre dientes.

—Venid, catalista —dijo Joram, sarcástico. Pasando por encima del cadáver, cogió un trapo del suelo y empezó a limpiar la sangre de la espada—. Se ha acabado. Ya no tenéis que seguir con el juego.

¿Había oído bien Saryon? Le parecía como si no oyera más que aquel aullido.

—¿Juego? —consiguió preguntar—. ¿Qué juego? No comprendo...

—¡Por la sangre de Almin! ¿Por quién me tomáis? ¡Mosiah! —Joram soltó una carcajada, pero sonó como un gruñido, amargo y desagradable—. Como si yo me creyera toda esa palabrería mojigata. —Su voz se elevó en un agudo gimoteo, parodiando la de Saryon—. «Abriré un Corredor. Tú vete...» ¡Ja! —Tirando el trapo manchado de sangre al suelo, Joram colocó cuidadosamente la espada junto a él—. ¿Creísteis que me lo iba a tragar? Yo sabía cuál era vuestro plan. Una vez que hubierais abierto el Corredor...

—¡No! ¡Te equivocas!

La apasionada exclamación de Saryon cogió desprevenido a Joram. Mirando por encima de su hombro, contempló con atención el rostro del catalista.

—Bueno, por todos los..., creo que lo decís en serio —dijo lentamente, contemplando a Saryon con asombro.

El catalista no pudo responder. Dejándose caer sobre el banco, cerró los ojos y, estremeciéndose, se hundió aún más en sus ropas. Parecía que el difunto Señor de la Guerra se estaba tomando venganza, ya que su grito se había llevado con él la vitalidad de Saryon tan eficazmente como el catalista le había arrebatado la magia al mago. Mareado, muerto de frío, y lleno de odio y repugnancia hacia sí mismo y hacia el muchacho, si Saryon hubiera creído en Almin lo suficiente como para pedirle un último favor, éste hubiera sido que lo bendijera con la muerte, que haría que lo olvidara todo.

Oyó los pasos de Joram moviéndose por el suelo de arena y pudo sentir la presencia del joven detrás de él.

—Lo decíais en serio —repitió Joram.

—Sí —dijo Saryon con voz fatigada—. Lo decía en serio.

—Me habéis salvado la vida —continuó Joram, hablando en voz baja—. Habéis arriesgado la vuestra para hacerlo. Lo sé. Vi...

Saryon sintió que algo le tocaba el hombro. Sobresaltado, miró a su alrededor viendo la mano de Joram que descansaba allí indecisa, torpe. Pudo ver aquel rostro a la cada vez más débil luz de la luna, los ojos oscuros ocultos por una maraña de pelo

negro y espeso y en los ojos, por un brevísimo segundo, apareció el anhelo, la nostalgia. El catalista supo la verdad en aquel momento, tal como la había sabido todo el tiempo.

«Años atrás —le fue susurrando a Saryon su propia mente—, ¡yo sostuve a este niño entre mis brazos!»

Levantando una mano, intentó tocar la de Joram con la suya, pero tan pronto lo hizo, la mano que reposaba sobre su hombro se retiró bruscamente.

—¿Por qué? —exigió Joram—. ¿Qué queréis de mí?

Saryon contempló al muchacho por un momento, luego sus labios se torcieron en una pequeña y cansada sonrisa.

—No quiero nada de ti, Joram.

—Entonces ¿cuál era vuestro motivo, catalista? Y no intentéis halagarme con todas esas dulces palabras que vosotros utilizáis para que la gente como Mosiah se deje manejar. Os conozco. Tiene que haber un motivo.

—Te lo he dicho —dijo Saryon con suavidad, dirigiendo la mirada hacia la espada que yacía en el suelo como otro cadáver—. Ayudé a traer esta... arma siniestra al mundo. Es mi responsabilidad, mi responsabilidad *en parte* —rectificó al ver que Joram hacía intención de hablar. La mirada de Saryon pasó de la espada al Señor de la Guerra—. He fracasado. Ha derramado sangre, ha truncado una vida...

—¡*Yo* he derramado sangre! ¡*Yo* he segado una vida! —exclamó Joram, colocándose frente al catalista—. La Espada Arcana no ha sido más que una herramienta en mis manos. ¡Dejad de hablar de esa maldita cosa como si estuviera más viva que yo!

Saryon no replicó. Tambaleándose de agotamiento, cruzó vacilante el arenoso suelo de la herrería y se arrodilló junto al cuerpo de Blachloch. Apretando los dientes para reprimir las ganas de vomitar, manteniendo la mirada alejada de aquella horrible herida del pecho, estiró una mano y cerró aquellos ojos que miraban a lo alto con aterrorizado asombro. Intentó cerrarle las mandíbulas, arreglando el rostro para que tuviese una apariencia de paz interior y, levantando las heladas manos, empezó a cruzárselas sobre el pecho, como era tradicional, pero descubrió que le era imposible al apoderarse de él unas terribles náuseas. Dejándolas caer, se alejó rápidamente, desplomándose sobre el banco de trabajo, tiritando con un sudor helado.

—Llevaré el cuerpo al bosque —dijo Joram.

Al oír un crujido de ropas, Saryon volvió la cabeza para ver cómo el joven tiraba de la capucha del Señor de la Guerra para que le tapara el rostro y le cubría el cuerpo con su propia capa.

—Cuando lo encuentren, imaginarán que lo atraparon centauros.

«¿A un *Duuk-tsarith*?», pensó Saryon, pero no dijo nada. De todas formas, ya no le importaba. Mirando pensativo al exterior, medio esperó ver el alba abriéndose paso

con su luz por el horizonte, pero la luna acababa de ponerse. Era todavía noche cerrada. Anhelaba su cama. Aunque era fría y dura, deseaba tumbarse en ella y colocarse su propia capa sobre la cabeza y quizás..., sólo quizás..., el sueño que lo había eludido noches enteras se acercaría a él y, por un rato, podría olvidar.

—¡Escuchadme, catalista! —la voz de Joram sonaba áspera—. La única persona que conocía la existencia de la Espada Arcana además de vos y de mí está muerta...

—Así que por eso es por lo que lo mataste.

Joram hizo caso omiso de él.

—Debe permanecer así. Mientras yo traslado el cuerpo, vos coged la espada y regresad a la prisión.

—Los centinelas de Blachloch están por toda la ciudad, buscándote... —protestó Saryon, recordando el escándalo organizado cuando informó de la desaparición de Joram—. ¿Cómo podrás...?

—¿Cómo creéis que llegué hasta aquí? Hay una salida al fondo de la herrería —repuso Joram con impaciencia—. El herrero la ha estado usando desde hace más de un año para llevar las armas al escondite.

—¿Armas? —preguntó Saryon sin comprender.

—Sí, catalista. Los días de Blachloch estaban contados. Los Tecnólogos tenían que acabar rebelándose. Nosotros únicamente hemos precipitado lo que tarde o temprano iba a ocurrir. ¡Pero eso no importa ahora! Coged la espada y regresad a la prisión. Nadie os molestará. Después de todo, vos estabais con Blachloch, y si os paran, decidles que el Señor de la Guerra siguió mis huellas al interior del bosque. Que fue solo en mi busca. Que eso es todo lo que sabéis.

—Sí —murmuró Saryon.

Joram lo miró fijamente, frunciendo el entrecejo.

—¿Habéis oído realmente algo de lo que he dicho?

—¡He oído! —replicó Saryon con voz dura—. Y haré lo que dices. No quiero que nadie sepa de esta terrible arma tanto como tú. —Poniéndose en pie, miró al joven directamente a la cara—. Debes destruirla. Si tú no lo haces lo haré yo.

Los dos permanecían de pie, uno frente al otro, en medio de la oscuridad iluminada sólo ahora por el débil resplandor de las brasas. El fuego brillaba tenuemente en los ojos de Joram y en los labios, que se distendieron en una oscura sonrisa teñida de rojo.

—¿Qué sucedería si alguien os ofreciera la magia, catalista? —preguntó suavemente—. ¿Qué pasaría si alguien os dijera: «Vamos, toma este poder. A partir de ahora ya no tienes que andar por el suelo como un animal. Puedes volar. Puedes invocar a los vientos. Puedes desterrar el sol y abatir las estrellas, si lo deseas»? ¿Qué haríais? ¿No lo tomaríais?

«¿No lo haría?», pensó Saryon, viniéndole de pronto a la mente el recuerdo de su

padre. Vio al chiquillo quitándose con furia los odiados zapatos, flotando sobre la tierra en brazos del mago.

—Ésta es mi magia —dijo Joram, dirigiendo su mirada a la espada que había en el suelo—. Mañana me pongo en camino hacia Merilon. Vos también, catalista, si insistís en venir. Una vez que estéis allí, en Merilon, en la ciudad que acabó con la vida de mis padres y me ha robado mi herencia, esta espada abatirá las estrellas y las pondrá en mi mano. No, no la destruiré. —Se detuvo un instante—. Y tampoco vos.

—¿Por qué no? —preguntó Saryon.

—Porque vos habéis ayudado a crearla —dijo Joram, con el fuego de la fragua encendiéndole el rostro—. Porque ayudasteis a traerla al mundo y porque le habéis dado Vida.

—Yo... —empezó a decir Saryon, pero no pudo terminar. Estaba demasiado asustado para examinarse interiormente en busca de la verdad.

Joram asintió con la cabeza, satisfecho. Volviéndose, se dirigió hacia el cadáver, dando instrucciones mientras andaba.

—Envolved la espada en esos trapos. Si alguien os detiene, decidle que lleváis un niño. Un niño muerto. —Echándole un vistazo al pálido y conmocionado catalista, sonrió—: Vuestra criatura, Saryon —dijo—. Vuestra y mía.

Inclinándose, Joram levantó el cuerpo del Señor de la Guerra en sus fuertes brazos. Echándose el cuerpo sobre el hombro, se volvió y echó a andar entre los montones de herramientas y las pilas de madera y carbón, dirigiéndose hacia el fondo de la caverna. Al andar el muchacho, el cadáver rebotaba de una manera horrible, las manos colgando fláccidas a su espalda, rozando los objetos al pasar como si intentara en vano asirse a aquel mundo que su espíritu ya había abandonado. Finalmente, Joram desapareció en la negrura de las profundidades de la cueva, dejando a Saryon solo en la herrería, con los ojos clavados en una gran mancha oscura que había en el suelo.

Durante mucho rato, permaneció allí, incapaz de moverse. Luego se sintió embargado por una extrañísima sensación, como si se estuviera elevando lentamente del suelo y, deslizándose hacia atrás, pudiera mirar abajo y verse a sí mismo allí de pie todavía. Elevándose más y más, contempló cómo su cuerpo se acercaba lentamente a la espada. Moviéndose en espiral, siguiendo su ascensión, alejándose cada vez más, se vio a sí mismo envolviendo la espada en aquellos trapos. Se vio levantarla cuidadosamente en sus brazos, y, acunándola contra su pecho, abandonar la herrería.

La pesada puerta de roble se cerró tras los renqueantes pasos del catalista y el murmullo de sus ropas. El silencio volvió a invadir la herrería como las sombras de la noche, pareciendo apagar incluso las incandescentes brasas con su pesadez. Repentinamente un clamoroso estrépito lo hizo añicos. Unas enormes tenazas se

desprendieron del clavo del que pendían y cayeron con un chapoteo en el interior de un cubo de agua.

—La hice buena —murmuraron las tenazas—. No vi ese maldito trasto en medio de esta oscuridad. Y además *tenía* que estar lleno.

El sonido de un cubo que se volcaba, seguido del de agua derramándose por el suelo, fue acompañado de un amplio y variado surtido de maldiciones hasta que Simkin consiguió salir de entre los escombros poniéndose en pie en el centro de la herrería, luciendo sus acostumbradas y llamativas, aunque esta vez algo húmedas, galas.

—Vaya —observó el joven, secándose el agua de la barba y mirando a su alrededor—, qué asunto más extraordinario. No me había divertido tanto desde que el Conde de Mumsburg hizo volar a un siervo rebelde sobre su castillo. Le ató una cuerda al tobillo y lo colgó en el exterior durante un fuerte viento. «El chico intentó elevarse por encima de su condición social», me dijo el viejo mientras contemplábamos al campesino ondeando al viento. «Ahora ya sabe lo que se siente.»

Sacudiendo la cabeza, Simkin se dirigió con aire despreocupado hasta la oscura mancha de sangre aún fresca que empapaba el suelo de la forja. Hizo un gesto y un pedazo de seda anaranjada se materializó obedeciendo su orden. Descendiendo suavemente hasta el suelo, la seda se depositó sobre la mancha, cubriéndola; luego, con un chasquido de los dedos, Simkin hizo que tanto la seda como la mancha de sangre desaparecieran.

—Palabra de honor —musitó con una sonrisa lánguida— que nos lo vamos a pasar en grande en Merilon.

Tras decir esto, también Simkin desapareció, disolviéndose en el aire como una voluta de humo.

13. La última carta

No había habido ningún banquete aquella noche en los aposentos del Patriarca Vanya.

—Su Divinidad se encuentra indispuesto —fue el mensaje que los Ariels llevaron a aquellos que habían sido invitados.

Entre éstos se incluía el cuñado del Emperador, cuyo número de invitaciones para cenar en El Manantial aumentaba según empeoraba la salud de su hermana. Todo el mundo se había mostrado muy amable y terriblemente preocupado por el bienestar del Patriarca. El Emperador ofreció incluso su *Theldara* personal al Patriarca, ofrecimiento que fue rehusado respetuosamente.

Vanya cenó solo, y tan preocupado estaba el Patriarca que muy bien podría haber estado comiendo salchichas con sus Catalistas Campesinos en lugar de cosas tan delicadas como lengua de pavo real y cola de lagarto, que apenas si probó, no dándose cuenta siquiera de que estaban poco hechas.

Una vez que hubo terminado y hecho que le retiraran la bandeja, bebió un coñac y se sosegó para esperar hasta que la diminuta luna del reloj de cristal de su escritorio llegará a su cenit. La espera resultaba difícil, pero la mente de Vanya estaba tan ocupada que descubrió que el tiempo pasaba más rápidamente de lo que había esperado. Los regordetes dedos se arrastraban incesantemente por los brazos del sillón, tocando ahora este hilo de su tela de araña mental, ahora aquél, comprobando si necesitaba reforzarse o repararse, lanzando nuevos filamentos donde fuera necesario.

La Emperatriz: una mosca que pronto estaría muerta.

Su hermano: heredero al trono. Una especie diferente de mosca que requería una consideración especial.

El Emperador: su cordura era en el mejor de los casos precaria, la muerte de su adorada esposa podría muy bien hacer que se viniera abajo una mente ya de por sí débil.

Sharakan: los demás imperios de Thimhallan observaban aquel estado rebelde con demasiado interés. Se lo debía aplastar y darle una lección a sus habitantes. Y junto con ellos, borrar totalmente del mapa los Hechiceros del Noveno Misterio. Aquello iba saliendo muy bien... o había ido saliendo.

Vanya se removió inquieto y echó un vistazo al reloj de cristal. La diminuta luna empezaba a despuntar ahora en el horizonte. Con un gruñido, el Patriarca se sirvió otro coñac.

El chico. Maldito chico, y maldito también ese condenado catalista. La piedra-oscura. Vanya cerró los ojos, estremeciéndose. Estaba en peligro, en peligro de muerte. Si alguien descubría alguna vez la increíble metedura de pata que había

cometido...

Vanya vio aquellos ojos codiciosos que lo vigilaban, esperando su caída. Los ojos del Lord Cardinal de Merilon, quien había hecho ya —según se rumoreaba— planes para redecorar los aposentos del Patriarca en El Manantial. Los ojos de su propio Cardinal, un hombre que pensaba con lentitud, desde luego, pero que había ascendido a través de las diferentes categorías con paso lento y seguro, pisoteando todo aquello o a aquellos que se interponían en su camino. Y había otros. Vigilando, esperando, ansiosos...

Si llegaban a oler siquiera su fracaso, se lanzarían sobre él como grifos, desgarrándole la carne con sus espolones.

¡Pero no! Vanya cerró con fuerza una mano rechoncha, luego se forzó a sí mismo a calmarse. Todo iba bien. Había planeado cada contingencia, incluso las más improbables.

Con aquel pensamiento en la mente y dándose cuenta de que la luna estaba ya finalmente acercándose a la parte superior del reloj, el Patriarca alzó su mole del sillón y se dirigió, a pasos lentos y calculados, a la Cámara de la Discreción.

La oscuridad era vacía y silenciosa. No había ninguna señal de trastorno mental. Quizá fuera una buena señal, se dijo Vanya mientras se sentaba en el centro de la redonda habitación. No obstante, un estremecimiento de temor recorrió la telaraña cuando envió su llamada a su valido.

Esperó, sus dedos crispándose como las patas de una araña.

La oscuridad seguía siendo inmóvil, fría, silenciosa.

Vanya lanzó de nuevo su llamada, los dedos cerrándose sobre sí mismos.

«Puede que conteste o puede que no», le había dicho la voz. Sí, eso sería muy propio de él, ese arrogante...

Vanya lanzó un juramento, sus manos sujetándose con fuerza a la silla, bajándole el sudor por la frente. ¡*Tenía* que saberlo! ¡Era demasiado importante! Tendría...

Sí...

Vanya aflojó las manos. Empezó a pensar, dándole vueltas en la cabeza a aquella idea. Había previsto todas las contingencias, incluso las improbables. Y aquélla la había previsto incluso sin saberlo. Así piensan los genios.

Recostándose en la silla, la mente del Patriarca Vanya tocó otro hilo de la telaraña, enviando una urgente llamada a alguien que, lo sabía, no esperaría en absoluto recibirla.